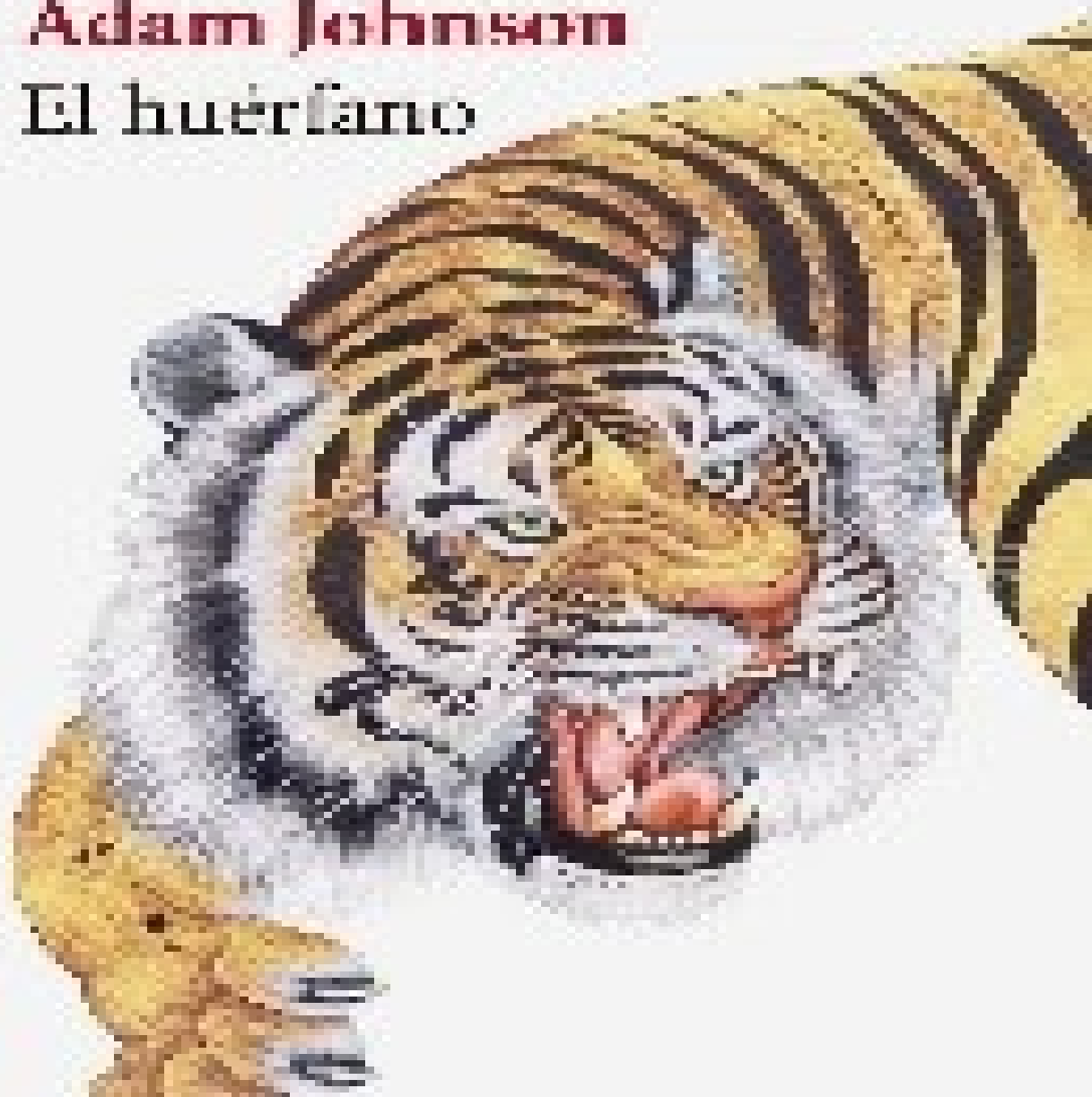


Primer Manual de la Biblioteca de la Universidad



Adam Johnson

El huérfano



Annotation

Una obra magistral, una apasionante historia de amor y espionaje que transcurre en la impenetrable Corea del Norte. El huérfano es, en parte, una novela de aprendizaje, la historia de Jun Do, un niño salido de un orfanato que va ascendiendo al servicio del ejército norcoreano. Y la historia de Jun Do es también la historia de un asesino abandonado por la sociedad desde su nacimiento, en una desesperada búsqueda del amor. Un thriller trepidante, un amor apasionado y un retrato realista de un mundo escondido, maldito y surrealista, de un régimen dictatorial y de la devastación física y moral de un pueblo.

Adam Johnson

El huérfano

Traducción del inglés por Carles Andreu

Diseño original de la colección: Josep Bagá Associats

Título original: The Orphan Masters Son

Primera edición: junio 2014

© Adam Johnson, 2012 Publicado de acuerdo con

Random House, un sello de The Random House Publishing Group,
una división de Random House, Inc.

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© Editorial Seix Barral, S. A.,

2014 Avda. Diagonal, 662-664 —08034 Barcelona

www.seix-barral.es www.planetadelibros.es

© Traducción: Carles Andreu, 2014

ISBN: 978-84-322-2276-4

Depósito legal: B. 10.042-2014

Impreso en España

Liberdúplex, S. L., Barcelona

Preimpresión: La Nueva Edimac, S. L., Barcelona

También disponible en e-book

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado
como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial
de este libro, ni su incorporación a un sistema informático,
ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación

u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91/93 272 04 47.

Dedicatoria

Para Stephanie: mi sol, mi luna,
mi estrella y satélite

El huérfano

¡Ciudadanos, reuníos alrededor de los altavoces, pues os traemos noticias importantes! ¡En vuestras cocinas, oficinas, fábricas, dondequiera que se encuentre vuestro altavoz, subid el volumen!

En cuanto a las noticias locales, nuestro Querido Líder Kim Jong-il fue visto ofreciendo consejos sobre el terreno a los ingenieros que excavan el canal del río Taedong. Mientras nuestro Querido Líder daba instrucciones a los operarios de las dragas, una bandada de palomas se reunió sobre su cabeza para dar sombra a nuestro Reverendo General en un día tan caluroso. También traemos una petición del Ministerio de Salud Pública de Pyongyang que, en pleno apogeo de la temporada de caza del pichón, insta a los ciudadanos a que coloquen cepos y trampas fuera del alcance de los camaradas más pequeños. Y no olvidéis, ciudadanos, que sigue vigente la prohibición contra la práctica de la astronomía.

Durante la emisión anunciaremos el ganador del concurso de cocina de este mes. Hemos recibido cientos de recetas, ¡pero solo una puede ser considerada como la mejor manera de preparar sopa de cáscara de calabaza! Sin embargo, antes debemos comunicar graves noticias procedentes del mar del Este, donde el agresor americano flirtea con acciones de guerra total después de detener y saquear un pesquero norcoreano. Una vez más, los yanquis han violado las aguas coreanas para robar la preciosa carga de un barco soberano, al tiempo que nos acusan de bandolerismo, de secuestros y de crueldad hacia los tiburones. En primer lugar, los verdaderos piratas del mar son los americanos y sus títeres. En segundo lugar, ¿no es acaso cierto que una mujer americana atravesó todo el mundo remando para pedir asilo en nuestra gran nación, el paraíso de los trabajadores donde a los ciudadanos no les falta de nada? Solo eso es ya de por sí una demostración de lo ridículas que son las constantes acusaciones de secuestro.

Pero ¿crueldad hacia los tiburones? Esta imputación exige una

respuesta. Existe una camaradería histórica entre el pueblo coreano y el tiburón, conocido como el amigo del pescador. ¿No es acaso cierto que en el año 1592 los tiburones ofrecieron pescado de sus bocas a los marineros del almirante Yi, para que sobrevivieran al sitio del puerto de Okpo? ¿Es acaso menos cierto que los tiburones han desarrollado la capacidad de curar el cáncer, lo que permite a sus amigos humanos vivir más sanos y durante más tiempo? ¿No es cierto que nuestro comandante Ga, ganador del Cinturón Dorado, se toma un relajante cuenco de sopa de aleta de tiburón antes de cada victorioso combate de taekwondo? Y, ciudadanos, ¿acaso no visteis con vuestros propios ojos la película *Una auténtica hija del país* aquí mismo, en el Teatro Moranbong de Pyongyang? En ese caso, sin duda recordaréis la escena en la que nuestra actriz nacional, Sun Moon, zozobró en la bahía de Inchon mientras intentaba evitar un ataque furtivo por parte de los americanos. Cuando los tiburones empezaron a dar vueltas alrededor de la heroína, indefensa y a merced de las olas, fue un momento espeluznante para todos. Pero ¿acaso los tiburones no percibieron la modestia coreana de Sun Moon? ¿Acaso no olieron la sangre caliente de su patriotismo y la llevaron sobre sus aletas para depositarla sana y salva en la orilla, donde se unió a la fiera batalla para repeler el ataque del invasor imperialista?

Solo a partir de estos hechos, ciudadanos, podéis ver que los rumores que circulan por Pyongyang (y que insinúan que el comandante Ga y Sun Moon están nada menos que perdidamente enamorados) son mentiras sin fundamento. Como tampoco tienen fundamento los actos de abordaje de nuestros inocentes barcos de pesca por parte de las potencias extranjeras, o las acusaciones de secuestro que nos lanzan los japoneses. ¿Creen los japoneses que se nos ha olvidado que en su día fueron ellos quienes esclavizaron a nuestros maridos y convirtieron a nuestras esposas en mujeres de solaz? Todo ello tiene tan poco fundamento como la idea de que alguna mujer pueda querer más a su marido que Sun Moon. ¿O es que los ciudadanos no visteis cómo esta, con las mejillas encendidas de

modestia y amor, le ponía el Cinturón Dorado a su nuevo marido? ¿Acaso no os reunisteis en la plaza de Kim Il-sung para presenciarlo en persona?

¿Qué vais a creer, ciudadanos? ¿Rumores y mentiras o lo que os dicen vuestros propios ojos?

Pero volvamos al resto de la programación de hoy, que incluye una reemisión del glorioso discurso de Kim Il-sung del Quince de Abril de Juche 71, y un anuncio del servicio público del ministro de Aprovisionamiento, Camarada Buc, sobre la cuestión de alargar la duración de las bombillas fluorescentes compactas. Pero antes, ciudadanos, un obsequio: es un placer anunciar que Pyongyang tiene una nueva cantante de ópera. Nuestro Querido Líder la ha bautizado con el nombre de Deliciosa Huésped. Y aquí la tenemos, para complacer nuestro orgullo patriótico cantando las arias de *Mar de sangre*. Así pues, volved a vuestros tornos industriales y telares de vinalón, ciudadanos, y redoblad vuestras cuotas de productividad mientras escucháis cómo esta Deliciosa Huésped canta la historia de la mayor nación del mundo, ¡la República Popular Democrática de Corea!

PRIMERA PARTE

LA BIOGRAFÍA DE JUN DO

La madre de Jun Do era cantante. Eso era lo único que el padre de Jun Do, el supervisor del orfanato, le había contado sobre ella. El supervisor del orfanato guardaba una fotografía de una mujer en su cuartito de Feliz Porvenir. Su belleza era notable: unos ojos grandes que miraban de soslayo y unos labios fruncidos que esbozaban una palabra no dicha. A las mujeres bellas de provincias se las llevaban a Pyongyang, y eso, sin duda, era lo que le había pasado a su madre. El supervisor del orfanato era una prueba viviente de ello: se pasaba las noches bebiendo y, desde los barracones, los huérfanos lo oían llorar y lamentarse, suplicando a media voz a la mujer de la fotografía. Jun Do era el único que tenía permiso para ir a consolarlo y quitarle la botella de las manos.

Jun Do era el chico de más edad de Feliz Porvenir, y eso entrañaba una serie de responsabilidades: racionar la comida, asignar los camastros y bautizar a todos los chicos a partir de la lista de los 114 Grandes Mártires de la Revolución. Pero el supervisor del orfanato estaba decidido a no tratar con favoritismo a su hijo, el único niño de Feliz Porvenir que no era huérfano. Cuando la conejera estaba sucia, era Jun Do quien pasaba la noche ahí encerrado; cuando algún niño mojaba la cama, Jun Do era el encargado de desprender el pis congelado del suelo. Jun Do no fanfarroneaba delante de los demás por ser el hijo del supervisor del orfanato y no un chico cualquiera al que sus padres habían abandonado de camino a un campo 9/27. La verdad, para quien quería entenderla, era bastante evidente: Jun Do llevaba allí desde antes que todos ellos, y si nunca lo habían adoptado era porque su padre no había permitido que nadie se llevara a su hijo. También tenía sentido que, después de que

enviaran a su madre a Pyongyang, su padre hubiera solicitado el único trabajo que le permitía ganarse la vida y, al mismo tiempo, cuidar de su hijo.

Pero la muestra más clara de que la mujer de la foto era la madre de Jun Do era la forma implacable con que el supervisor del orfanato lo convertía en objeto de sus castigos. Eso solo podía significar que, en la cara de Jun Do, el supervisor del orfanato veía a la mujer de la fotografía, un recordatorio diario del eterno dolor que le provocaba su pérdida. Solo un padre que padecía un dolor así podía dejar a su hijo sin zapatos en pleno invierno. Solo un padre de verdad, de carne y hueso, podía quemar a su hijo con el extremo candente de una pala de carbonero.

De vez en cuando una fábrica adoptaba a un grupo de huérfanos y, en primavera, hombres con acento chino se presentaban y se llevaban a los niños que querían. Aparte de eso, cualquiera que pudiera alimentarlos y que tuviera una botella para el supervisor del orfanato se los podía llevar durante un día. En verano llenaban sacos de arena y en invierno rompían el hielo de los muelles con barras metálicas. En las plantas de maquinaria, y a cambio de un cuenco de *chap chai* frío, recogían con palas las limaduras de metal grasiento que caían de los tornos industriales. Pero donde mejor comían era en el ferrocarril, pues allí les daban un sabroso *yukejang*. Una vez, mientras vaciaban un furgón a paladas, levantaron un polvillo que parecía sal. Con el sudor, empezaron a volverse colorados: las manos, la cara, los dientes... El tren trasladaba productos químicos de una fábrica de pinturas. Los niños pasaron varias semanas de color rojo.

Y entonces, en el año Juche 85, llegaron las inundaciones. Llovió durante tres semanas, pero los altavoces no dijeron nada sobre las azoteas que se hundían, las presas que cedían y los pueblos que se precipitaban unos sobre otros. El Ejército estaba ocupado intentando salvar la fábrica Sungli 58 de la crecida de las aguas, de modo que a los niños de Feliz Porvenir les dieron cuerdas y arpones de mango largo para que intentaran

pescar a las personas que habían caído al río Chong-jin antes de que la corriente las arrastrara hasta el puerto. El agua era un revoltijo de troncos, bidones de petróleo y toneles letrina. La crecida arrastró ruedas de tractor y neveras soviéticas. Oyeron el estruendo de unos vagones de tren que rodaban por el fondo del río, pasó flotando el techo de un transporte militar, con una familia sentada encima, gritando. Más tarde salió a flote una mujer joven, con la boca abierta pero silenciosa, y el huérfano llamado Bo Song la arponeó en el brazo; la corriente se lo llevó al momento. Bo Song había llegado al orfanato como un niño delicado, y tras descubrir que no oía, Jun Do lo había bautizado en honor a Un Bo Song, el 37.º Mártir de la Revolución, que se había llenado las orejas de barro para no oír las balas mientras cargaba contra los japoneses.

Y, no obstante, los demás niños corrieron río abajo, gritando: «¡Bo Song, Bo Song!», siguiendo desde la orilla el punto donde creían que debía de estar el pequeño. Dejaron atrás los desagües de la Siderurgia de la Unificación y los márgenes enfangados de los estanques de lejía de Ryongsong, pero nunca volvieron a ver a Bo Song. Los chicos se detuvieron al llegar al puerto, sus aguas oscuras atestadas de cadáveres, miles de ellos, flotando a merced de las olas, como los cuajos que brotan del mijo cuando se calienta en la sartén.

Aunque todavía no lo sabían, aquello fue el principio de la hambruna; primero se cortó la corriente y luego el servicio ferroviario. Cuando dejaron de sonar las sirenas de llamada al trabajo, Jun Do supo que la situación era grave. Un día la flota pesquera salió y no regresó. Con el invierno llegó la hipotermia, y los viejos se fueron a dormir. Eran solo los primeros meses, mucho antes de que la gente empezara a comer corteza de árbol. Los altavoces se referían a la hambruna como la Fatigosa Marcha, pero esa voz provenía de Pyongyang. Jun Do nunca oyó a nadie en Chongjin que la llamara así. Lo que les pasaba no necesitaba un nombre: lo era todo, cada uña que masticabas y te tragabas, cada esfuerzo por levantar un párpado, cada viaje a las letrinas para intentar

cagar tapones de serrín. Cuando ya no quedaba ninguna esperanza, el supervisor del orfanato prendió fuego a los barracones, y la última noche los chicos durmieron alrededor de una cazuela incandescente. Por la mañana, el supervisor mandó detenerse a un Tsir soviético, el furgón militar al que llamaban *cuervo* por el toldo negro que cubría la parte de atrás. Quedaban solo una docena de chicos, la cantidad perfecta para la trasera del cuervo. A la larga todos los huérfanos terminan en el Ejército, pero así fue como Jun Do, a los catorce años, se convirtió en soldado de túneles y empezó a recibir instrucción en el arte del combate en ausencia total de luz.

Y allí fue donde el oficial So lo encontró ocho años más tarde. El viejo incluso descendió bajo tierra para echarle un vistazo a Jun Do, que había pasado la noche montando guardia con su equipo en un túnel que se adentraba diez kilómetros bajo la zona desmilitarizada, casi hasta las afueras de Seúl. Salían siempre del túnel caminando de espaldas, para que se les acostumbraran los ojos, y a punto estuvo de chocar con el oficial So, cuyos hombros y tórax dejaban claro que había crecido todavía durante los buenos tiempos, antes de las campañas de Chollima.

—¿Es usted Pak Jun Do? —le preguntó.

Este se dio la vuelta y vio un halo de luz que brillaba tras el pelo blanco rapado del hombre.

—Sí, soy yo —dijo.

—Eso es nombre de mártir —observó el oficial So—. ¿Es este un destacamento de huérfanos?

Jun Do asintió con la cabeza.

—Así es —respondió—, pero yo no soy huérfano.

Los ojos del oficial So se posaron entonces sobre la insignia de taekwondo que lucía Jun Do en el pecho.

—Muy bien —dijo el oficial So, que le lanzó una bolsa.

Dentro había unos lejanos, una camiseta amarilla con un caballo de polo bordado en el pecho y unas zapatillas deportivas llamadas Nike que

Jun Do reconoció de otra época, cuando los niños del orfanato oficiaban como comité de bienvenida de los *ferrys* llenos de coreanos a los que convencían para que regresaran de Japón con promesas de cargos dentro del Partido y apartamentos en Pyongyang. Los huérfanos iban al puerto a recibirlos con banderolas y entonando cánticos del Partido, para que los coreanos japoneses descendieran por la pasarela a pesar del lamentable estado de Chongjin y de los cuervos que los esperaban para transportarlos a los numerosos campos *kwan li so*. De repente se sintió como antaño, cuando veían a esos chicos perfectos, con sus zapatillas nuevas, que regresaban finalmente a casa.

Jun Do cogió la camiseta amarilla.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? —preguntó.

—Es su nuevo uniforme —contestó el oficial So—. No se mareará en el mar, ¿verdad?

No se mareaba. Cogieron un tren hasta el puerto oriental de Cholhwang, donde el oficial So requisó un barco de pesca. La tripulación tenía tanto miedo de sus huéspedes militares que llevaron puestos los alfileres de Kim Il-sung hasta que atravesaron el mar y llegaron a la costa de Japón. En el agua, Jun Do vio pececillos con alas y la bruma matutina era tan densa que te arrancaba las palabras de la boca. No había altavoces vociferando todo el día, y todos los pescadores llevaban los retratos de sus mujeres tatuados en el pecho. El mar era espontáneo de una forma que no había visto nunca: tu cuerpo no sabía hacia dónde iba a tener que inclinarse al cabo de un momento pero, al mismo tiempo, te terminabas acostumbrando a ello. El viento en los aparejos parecía comunicarse con las olas que levantaban a hombros el casco y por la noche, tendido encima de la timonera, Jun Do tenía la sensación de encontrarse en un lugar donde uno podía cerrar los ojos y respirar.

El oficial So también se había llevado a un hombre llamado Gil como intérprete. Gil leía novelas en japonés en cubierta y llevaba puestos unos

auriculares conectados a un pequeño radiocasete. Jun Do intentó hablar con Gil en una única ocasión, para preguntarle qué escuchaba. Pero antes de que Jun Do tuviera tiempo de abrir la boca, Gil paró la cinta y dijo la palabra *ópera*.

Iban a coger a alguien (alguien que estaba en una playa) e iban a llevarse a ese alguien con ellos. Eso era lo único que el oficial So había accedido a revelar acerca de su viaje.

El segundo día, al anochecer, divisaron las luces distantes de un pueblo, pero el capitán se negó a acercarse más.

—Eso es Japón —declaró—. No tengo cartas de navegación para estas aguas.

—Yo te diré lo cerca que estamos —le espetó el oficial So, y con un pescador sondeando el fondo marino se acercaron a la costa.

Jun Do se vistió y se ciñó el cinturón para que no se le cayeran los rígidos vaqueros.

—¿Esta ropa era de la última persona a la que secuestró? —preguntó Jun Do.

—No he secuestrado a nadie desde hace años —respondió el oficial So.

Jun Do notó cómo se le tensaban los músculos de la cara, y una sensación de terror se apoderó de él.

—Relájese —le dijo el oficial So—. Lo he hecho cientos de veces.

—¿En serio?

—Bueno, veintisiete.

El oficial So se había llevado también un pequeño esquife y, en cuanto estuvieron lo bastante cerca de la costa, dio órdenes a los pescadores para que lo botaran al agua. Al oeste, el sol se ponía sobre Corea del Norte, el viento había cambiado de dirección y estaba refrescando. El esquife era diminuto, pensó Jun Do, allí casi no cabía ni una persona, y menos aún tres, más la víctima de un secuestro que forcejeara sin parar. El oficial So bajó al esquife con unos prismáticos y un termo. Gil lo siguió. Cuando Jun Do ocupó su lugar junto a Gil, el agua negra se coló por encima de

los bordes y se le empaparon las zapatillas de inmediato. Vaciló sobre si debía confesar que no sabía nadar.

Gil intentaba todo el rato que Jun Do repitiera frases en japonés. Buenas tardes: «*Konban wa*». Disculpe, me he perdido: «*Chotto sumimasen, michi ni mayoimashita*». ¿Puede ayudarme a encontrar mi gato?: «*Watashi no neko ga maigo ni narimashita?*».

El oficial So dirigió la proa hacia la costa. El viejo maniobraba el motor fueraborda, un agotado Vpresna soviético, con un ímpetu a todas luces excesivo. De pronto viró a la derecha, y la embarcación quedó paralela a la costa. La marejada acercaba la balsa a la playa y la arrastraba de nuevo a aguas abiertas cuando se retiraba.

Gil cogió los prismáticos, pero en lugar de mirar hacia la playa, estudió los edificios altos y se fijó en cómo los neones del centro de la ciudad cobraban vida.

—La verdad —observó Gil—, aquí no han pasado nunca una Fatigosa Marcha.

Jun Do y el oficial So intercambiaron una mirada.

—Dígale otra vez cómo se dice «cómo estás» —le ordenó el oficial So a Gil.

—Ogenki desu ka —*dijo Gil*.

—Ogenki desu ka —*repitió Jun Do*—. Ogenki desu ka.

—Dígalo como diría: «¿Cómo estás, camarada?». *Ogenki desu ka* —le indicó el oficial So—, y no: «¿Cómo estás, te voy a arrancar de esta puta playa?».

—¿Es así como lo llaman? —preguntó Jun Do—. ¿Arrancar a alguien?

—Antaño lo llamábamos así —explicó el oficial, y esbozó una sonrisa falsa—. Dígalo con amabilidad y ya está.

—¿Pero por qué no mandamos a Gil? —preguntó Jun Do—. El que habla japonés es él.

El oficial So se volvió de nuevo hacia el agua.

—Sabe perfectamente por qué lo hemos traído aquí.

—¿Por qué lo hemos traído aquí? —preguntó Gil.

—Porque sabe luchar en la oscuridad —contestó el oficial So.

Gil se volvió hacia Jun Do.

—¿A eso te dedicas? ¿Esa es tu carrera?

—Dirijo un equipo de incursiones —dijo Jun Do—. Por lo general corremos a oscuras, pero sí, a veces también hay enfrentamientos.

—Y yo que creía que mi trabajo era una mierda... —intervino Gil.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Jun Do.

—¿Antes de ir a la escuela de idiomas? —dijo Gil—. Minas terrestres.

—¿Y qué hacías con ellas? ¿Desactivarlas?

—Qué más quisiera yo —comentó Gil.

Llegaron a unos doscientos metros de la costa y a continuación costearon las playas de la prefectura de Kagoshima. Cuanto más se desvanecía la luz, más claramente la veía Jun Do reflejada en la arquitectura de cada ola que los mecía.

Gil levantó la mano.

—Allí —dijo—. Hay alguien en la playa. Una mujer.

El oficial So echó hacia atrás el estrangulador y cogió los prismáticos de campaña. Se los llevó a los ojos y enfocó, levantando y bajando las cejas en el proceso.

—No —repuso, y le devolvió los prismáticos a Gil—. Fíjese bien, son dos mujeres. Están paseando juntas.

—Creía que buscaban a un hombre —comentó Jun Do.

—Da igual —respondió el viejo—, siempre y cuando la persona esté a solas.

—Pero, entonces, ¿vamos a coger a alguien cualquiera?

El oficial So no respondió. Durante un rato solo se oyó el sonido del motor Vpresna.

—En mis tiempos —dijo finalmente el oficial So— contábamos con una división entera, disponíamos de recursos. Me refiero a lanchas motoras y pistolas calmantes. Realizábamos tareas de vigilancia, nos

infiltrábamos y seleccionábamos cuidadosamente los objetivos. Nunca arrancábamos a personas con familia ni a niños. Me retiré con un historial inmaculado y ahora mírenme. Debo de ser el último que queda. Apuesto a que soy el único que han encontrado que aún se acuerda de qué va esto.

Gil se fijó en algo que había en la playa. Limpió las lentes de los prismáticos, pero en realidad estaba demasiado oscuro como para ver algo. Se los pasó a Jun Do.

—¿Qué ves? —le preguntó.

Jun Do se llevó los prismáticos a los ojos y logró distinguir una silueta masculina que recorría la playa, cerca del agua; era apenas un borrón un poco más claro encima de un borrón oscuro. Entonces un movimiento captó su atención. Un animal se acercó corriendo por la playa hacia el hombre: debía de ser un perro, pero era grande, del tamaño de un lobo. El hombre hizo algo y el perro salió corriendo.

Jun Do se volvió hacia el oficial So.

—Hay un hombre. Lo acompaña un perro.

El oficial So se incorporó y puso una mano encima del motor fueraborda.

—¿Está solo?

Jun Do asintió con la cabeza.

—¿El perro es un akita?

Jun Do no sabía nada de razas. Una vez por semana, los huérfanos iban a limpiar una granja de perros. Los perros eran unos animales sucios que se te abalanzaban en cuanto podían, y los postes de los corrales guardaban las marcas de dónde habían atacado con sus colmillos. Eso era lo único que Jun Do necesitaba saber sobre perros.

—Mientras el animal menee la cola, no tiene de qué preocuparse —aseguró el oficial So.

—Los japoneses entrenan a sus perros para que hagan trucos —dijo Gil—. «Siéntate, perrito», le tienes que decir. *Yo-shi yoshi. Osuwari kawaii*

desu ne.

—¿Quieres callarte ya de una vez con el japonés? dijo Jun Do.

Quería preguntar si había algún plan, pero el oficial So se limitó a dirigirlos hacia la playa. En Panmunjom, Jun Do era el líder de su escuadrón de túneles, de modo que disponía de una ración de licor y de crédito semanal para una de las mujeres. Al cabo de tres días tenía que disputar el combate de cuartos de final del torneo de taekwondo del Ejército Popular de Corea.

El escuadrón de Jun Do barría todos los túneles que se extendían bajo la zona desmilitarizada una vez al mes, y trabajaban sin luz, lo que significaba correr durante kilómetros en la más absoluta oscuridad. Solo usaban las luces rojas cuando llegaban al final de una galería y tenían que inspeccionar los sellos y los cables trampa. Actuaban como si fueran a toparse con los surcoreanos en cualquier momento, y excepto durante la temporada de lluvias, cuando los túneles quedaban demasiado embarrados, se entrenaban a diario en el combate mano a mano en condiciones de oscuridad absoluta. Se decía que los soldados de la República de Corea disponían de infrarrojos y de gafas americanas de visión nocturna. La única arma que tenían los chicos de Jun Do era la oscuridad.

Las olas crecieron, y cuando notó que le entraba el pánico, Jun Do se volvió hacia Gil.

—¿Qué trabajo puede ser peor que desactivar minas terrestres?

—Trazar mapas de minas —respondió Gil.

—¿Cómo? ¿Con un detector?

—Los detectores de metal no sirven —dijo Gil—. Ahora los americanos usan minas de plástico. No, elaborábamos mapas sobre su posible ubicación a partir de la psicología y el análisis del terreno. Cuando un camino te llevaba a pasar por un punto concreto, o las raíces de los árboles dirigían tus pies hacia un lugar determinado, asumíamos que allí había una mina y la marcábamos. Pasábamos toda la noche en un

campo minado, jugándonos la vida a cada paso, total ¿para qué? Por la mañana las minas seguían ahí, lo mismo que el enemigo.

Jun Do sabía quiénes se llevaban los peores trabajos (reconocimiento en los túneles, submarinos de doce tripulantes, minas, plantas bioquímicas) y de pronto vio a Gil bajo una luz distinta.

—Entonces eres huérfano —dijo.

Gil le dirigió una mirada de sorpresa.

—No, qué va. ¿Tú?

—No —negó Jun Do—. Yo no.

La unidad de Jun Do estaba formada por huérfanos, pero su caso había sido un error. En su ficha del Ejército Popular de Corea constaba la dirección de Feliz Porvenir, y eso lo había condenado. Era un fallo técnico que nadie en Corea del Norte parecía ser capaz de subsanar y que se había terminado convirtiendo en su destino. Había pasado la vida rodeado de huérfanos, comprendía su triste situación y no los odiaba como la mayoría de la gente. Solo que no era uno de ellos.

—¿Y ahora eres intérprete? —le preguntó Jun Do.

—Si trabajas durante el tiempo suficiente en los campos de minas, te recompensan —dijo Gil—. Te mandan a algún lugar que no está mal, por ejemplo a una escuela de idiomas.

El oficial So soltó una carcajada cortante.

La espuma de las grandes olas se colaba dentro de la barca.

—La putada —añadió Gil— es que ahora, cuando voy por la calle, pienso: «Yo pondría una mina ahí». O me doy cuenta de que no piso en sitios determinados, como el umbral de las puertas o delante de los urinarios. Ya no puedo ir ni a los parques.

—¿Parques? —preguntó Jun Do, que no había visto un parque en su vida.

—Ya basta —dijo el oficial So—. Ha llegado el momento de encontrar un nuevo profesor de japonés para la escuela de idiomas.

Levantó el estrangulador y el fragor de la espuma subió de volumen, al

tiempo que el esquife se ladeaba sobre las olas.

Distinguieron la silueta de un hombre en la playa, observándolos, pero se encontraban a unos veinte metros de la costa y no podían hacer nada. Jun Do notó que la barca empezaba a escorar y saltó al agua para sujetarla; las olas le llegaban solo hasta la cintura, pero aun así lo arrastraron con fuerza. La marea lo revolcó por el fondo arenoso, pero finalmente logró salir de nuevo a la superficie, tosiendo.

El hombre de la playa no dijo nada. Cuando Jun Do llegó vadeando a la arena, la oscuridad era casi absoluta.

Jun Do respiró hondo y se apartó el agua del pelo.

— *Konban wa* —le dijo al desconocido—. *Odenki kesu da.*

— *Ogenki desu ka* —gritó Gil desde la barca.

— *Desu ka* —repitió Jun Do.

El perro llegó corriendo con una pelota amarilla. Durante un instante el hombre no se movió, y entonces dio un paso hacia atrás.

—¡Agárrelo! —vociferó el oficial So.

El hombre dio media vuelta y Jun Do se lanzó tras él, con los vaqueros mojados y los zapatos llenos de arena. El perro era grande y blanco, y brincaba de emoción. El japonés salió disparado playa adentro, casi invisible excepto por el perro, que lo seguía dando vueltas a su alrededor. Jun Do corrió como si le llevara el diablo. Se concentró en los pasos, que sonaban ante él como latidos sobre la arena. Y cerró los ojos. En los túneles, Jun Do había desarrollado un sexto sentido para ubicar a personas a las que no podía ver. Si estaban ahí, las percibía, y si se encontraban dentro de su alcance, daba siempre en el blanco. Su padre, el supervisor del orfanato, siempre le había dado a entender que su madre estaba muerta, pero eso no era verdad: estaba sana y salva, solo que fuera de su alcance. Y aunque nunca había tenido noticias sobre la suerte del supervisor del orfanato, Jun Do sentía que su padre ya no estaba en este mundo. La clave para luchar en la oscuridad no era muy distinta: tenías que sentir a tu oponente, notarlo, y no usar nunca la imaginación. La

imaginación llena la oscuridad del interior de tu cabeza con historias que no tienen nada que ver con la oscuridad que te rodea.

Unos metros más adelante, se oyó el ruido sordo de alguien que caía al suelo a oscuras. Jun Do, que había oído aquel sonido un millar de veces, se acercó al lugar donde el hombre intentaba levantarse, su rostro fantasmal cubierto de arena. Los dos jadeaban y resollaban, y sus respectivos alientos blancos se fundieron y se recortaron en la oscuridad.

La verdad era que Jun Do nunca lograba buenos resultados en los campeonatos. Cuando luchabas en la oscuridad, con cada puñetazo le permitías saber a tu oponente dónde te encontrabas. En la oscuridad, tenías que golpear como si te abrieras paso entre la multitud. Lo importante era lograr la máxima extensión: puñetazos de campesino y amplias patadas circulares que cubrieran mucho espacio, capaces de derribar al oponente. En un campeonato, en cambio, los contrincantes anticipaban esos movimientos a la legua. No tenían más que apartarse. ¿Pero un hombre en una playa, de noche, con los pies hundidos en la arena? Jun Do le soltó una patada posterior con giro en la cabeza, y el desconocido se desplomó.

El perro desbordaba energía, excitación, o tal vez frustración. Brincó sobre la arena, junto al hombre inconsciente, y finalmente dejó caer la pelota. Jun Do quería arrojársela, pero no se atrevía a acercarse a aquella dentadura. Se dio cuenta de que no meneaba la cola. Entonces atisbo un destello en la oscuridad: eran las gafas del hombre. Jun Do se las puso y de pronto el borroso resplandor que asomaba por encima de las dunas se convirtió en una multitud de puntitos de luz correspondientes a un sinfín de ventanas. En lugar de inmensos bloques de viviendas, los japoneses vivían en barracones más pequeños, de tamaño individual.

Jun Do se guardó las gafas, cogió al hombre por los tobillos, dio media vuelta y empezó a tirar de él. El perro gruñía y soltaba ladridos cortos y agresivos. Jun Do miró por encima del hombro y vio que el perro gruñía muy cerca de la cara del hombre, y que le arañaba las mejillas y la frente

con las patas delanteras. Jun Do agachó la cabeza y siguió tirando. El primer día en el túnel no es ningún problema, pero el segundo día, cuando despiertas de la oscuridad de un sueño y te topas con la oscuridad real, tienes que abrir los ojos. Porque si los mantienes cerrados, tu mente imagina todo tipo de películas sin ton ni son, como por ejemplo que un perro te ataca por la espalda. Si ibas con los ojos abiertos, en cambio, solo te tenías que enfrentar al vacío de lo que estabas haciendo.

Cuando finalmente Jun Do encontró la barca en la oscuridad, dejó caer el peso muerto sobre los travesaños de aluminio. El hombre abrió los ojos una vez y miró a un lado y a otro, pero era una mirada desprovista de toda conciencia.

—¿Qué le has hecho en la cara? —preguntó Gil.

—¿Dónde te habías metido? —le espetó Jun Do—. El tío pesa un montón.

—Yo solo soy el intérprete —dijo Gil.

El oficial So le dio una palmada en la espalda a Jun Do.

—No está nada mal para un huérfano.

Jun Do se revolvió.

—Que yo no soy huérfano, joder —protestó—. ¿Y usted de qué coño va, diciendo que ha hecho esto cientos de veces? ¿Cómo es posible que no tuviera ningún plan, más que mandarme corriendo? ¡Pero si ni siquiera se ha bajado de la barca!

—Quería ver cómo se las arreglaba —dijo el oficial So—. La próxima vez utilizaremos el cerebro.

—No habrá una próxima vez —le espetó Jun Do.

Gil y Jun Do empujaron la barca y la encararon hacia las olas, que los azotaron con fuerza mientras el oficial So intentaba arrancar el motor. Cuando los cuatro estaban ya a bordo y se dirigían hacia mar abierto, el oficial So dijo:

—Con el tiempo esto se vuelve más fácil, ya lo verá. No piense en ello y ya está. He dicho que había secuestrado a veintisiete personas pero era

una trola. No las conté nunca. Tal como vayan llegando, olvídelas, una tras otra. Se trata de agarrarlas con las manos y, al mismo tiempo, soltarlas con la mente. Hay que hacer justamente lo contrario a llevar la cuenta.

Incluso desde el esquile, todavía oían al perro en la playa. Por mucho que se alejaran, sus aullidos les llegaban por encima de las olas y Jun Do supo que ya no iba a dejar de oírlo jamás.

Se quedaron en una base Songun, cerca del puerto de Kinjye. Las instalaciones estaban rodeadas por los búnkeres de los misiles tierra-aire, y en cuanto se puso el sol vieron el brillo de los rieles blancos de los lanzamisiles a la luz de la luna. Habían estado en Japón, o sea que no se podían alojar con el resto de los soldados del Ejército Popular de Corea. Los instalaron a los tres en la enfermería, un cuartito diminuto con seis catres plegables. Lo único que indicaba que se trataba de una enfermería era un solitario botiquín lleno de instrumental para extraer sangre y un viejo frigorífico chino con una cruz de color rojo en la puerta.

Habían encerrado al japonés en uno de los cubos de calor del patio de instrucción, y en aquel momento Gil estaba con él, practicando japonés a través del hueco de la puerta. Jun Do y el oficial So estaban apoyados en el marco de la ventana de la enfermería, compartiendo un cigarrillo mientras observaban a Gil que, sentado en el suelo, pulía su dominio del idioma con el hombre al que había ayudado a secuestrar. El oficial So negó con la cabeza, como si ahora ya sí lo hubiera visto todo. Había un paciente en la enfermería, un soldadito de unos dieciséis años con los huesos destrozados a causa de la hambruna. Estaba echado en una de las camas y le castañeteaban los dientes. El humo del cigarrillo le daba tos. Arrastraron la cama hasta el extremo más alejado del cuchitril, pero ni así se calló.

No había ningún médico. La enfermería era solo un lugar donde se alojaban los soldados enfermos hasta que quedaba claro que no se iban a

recuperar. Si el joven soldado no mejoraba antes del día siguiente, los de la policía militar le colocarían una vía en el brazo y le sacarían cuatro unidades de sangre. Jun Do lo había visto y, en su opinión, era la mejor opción posible. La operación requería apenas unos minutos: primero el paciente se adormilaba, luego se le iba un poco la cabeza, y aunque era cierto que pasaba un último momento de pánico, no importaba porque ya no podía hablar; cuando finalmente la luz de sus ojos se apagaba, tenía en el rostro una mirada de grata confusión, como un grillo al que le hubieran arrancado las antenas.

El generador del campo dejó de funcionar. Las luces se fueron apagando lentamente y la nevera quedó en silencio.

El oficial So y Jun Do se metieron en sus camas.

Había un japonés. Al japonés le gustaba pasear a su perro. Y de pronto dejó de existir. Para quienes lo habían conocido, dejaría de existir para siempre. Eso era lo que Jun Do pensaba de los chicos que se llevaban los hombres con acento chino: un día estaban ahí y al siguiente no estaban en ningún lado. Como Bo Song, se los llevaban a lugares desconocidos. De hecho, eso era lo que Jun Do pensaba de la mayoría de las personas: aparecían en tu vida como niños abandonados ante la puerta de tu casa y un día se los llevaba la riada. Pero no era cierto que Bo Song no hubiera ido a ningún lado: tanto si había terminado con las anguilas lobo que viven en las aguas profundas como si se había hinchado y la corriente se lo había llevado a Vladivostok, seguro que había ido a algún lado. Tampoco era verdad que el hombre japonés hubiera desaparecido: estaba ahí mismo, en el cubo de calor del patio de instrucción. Y de repente Jun Do cayó en la cuenta de que su madre estaba en algún lado en aquel momento, en un apartamento de la capital, quizá, delante del espejo, peinándose antes de acostarse.

Por primera vez en años, Jun Do cerró los ojos y se permitió recordar su cara. Conjurarse a alguien de aquella forma era peligroso. Si lo hacías, pronto entrarían en el túnel contigo. Le había pasado muchas veces tras

recordar a chicos de Feliz Porvenir: un resbalón, y de repente había un chico siguiéndote en la oscuridad. Y te decía cosas, te preguntaba por qué no habías sido tú quien había sucumbido al frío, quien había caído a la tina de pintura, y tenías la sensación de que en cualquier momento te iban a cruzar la cara de una patada frontal.

Pero ahí estaba ella, su madre. Tendido en el camastro, escuchando cómo el joven soldado se estremecía, oyó su voz. *Arirang*, cantaba, con voz dolorida, al borde de un suspiro procedente de algún lugar desconocido. Incluso los malditos huérfanos sabían dónde estaban sus padres.

Más tarde, esa misma noche, Gil entró en el cuartito dando tumbos. Abrió el frigorífico, aunque estaba prohibido, y metió algo dentro. A continuación se dejó caer en su cama. Gil dormía con los brazos y las piernas colgando a ambos lados, y Jun Do se dijo que de niño debía de haber tenido una cama propia. Se quedó frito al instante.

A oscuras, Jun Do y el oficial So fueron hasta el frigorífico. El oficial So abrió la puerta y de dentro salió un aliento débil, frío. Al fondo, detrás de varios montones de bolsas cuadradas de sangre, el oficial So encontró una botella medio llena de *sho-ju*. Cerraron la puerta rápidamente, pues la sangre iba a ir a Pyongyang y como se echara a perder se les caería el pelo.

Se llevaron la botella junto a la ventana. A lo lejos oían a los perros que ladraban en sus corrales. En el horizonte, por encima de los búnkeres de los misiles tierra-aire, un fulgor teñía de luz el cielo y la luna lejana se reflejaba en el océano. A sus espaldas, Gil empezó a tirarse pedos en sueños.

El oficial So tomó un trago.

—Me parece que el bueno de Gil no está acostumbrado a la dieta de pan de mijo y sopa de sorgo.

—¿Quién coño es este tío? —preguntó Jun Do.

—Olvídese de él —le ordenó el oficial So—. No sé por qué Pyongyang

ha vuelto a empezar con esto después de tantos años, pero con un poco de suerte antes de una semana nos habremos librado de él. Una misión y, si todo sale bien, no volveremos a verlo jamás.

Jun Do bebió un trago. Su estómago se agarró a la fruta y el alcohol.

—¿En qué consiste la misión? —quiso saber.

—Antes realizaremos otra operación de entrenamiento —dijo el oficial So—. Pero luego iremos a por alguien especial. La Ópera de Tokio pasa los veranos en Niigata. En la ópera hay una soprano. Se llama Rumina.

El siguiente trago de *shoju* le bajó suave como la seda.

—¿Una cantante de ópera? —preguntó Jun Do.

El oficial So se encogió de hombros.

—Algún pez gordo de Pyongyang la oiría en alguna grabación de contrabando y debe de haber decidido que quería tenerla.

—Gil dice que sobrevivió a lo de las minas terrestres —comentó Jun Do—, y que por eso lo mandaron a la escuela de idiomas. ¿Funciona así? ¿Te recompensan por tu trabajo?

—De momento tenemos que cargar con Gil, es lo que hay. Pero no le haga caso, escúcheme solo a mí.

Jun Do no respondió.

—¿Por qué lo pregunta? ¿Quiere algo? —preguntó el oficial So—. ¿Ya sabe qué pediría como recompensa?

Jun Do negó con la cabeza.

—Pues no piense más en ello.

El oficial So fue hasta el rincón y se sentó en el cubo de la letrina. Se apoyó en la pared y se quedó así durante un buen rato, pero no sucedió nada.

—En su día oí un par de milagros —le contó—. Y obtuve mi recompensa. Y ahora míreme —agregó, negando con la cabeza—. La única recompensa que debe interesarle es no terminar como yo.

Jun Do echó un vistazo al cubo de calor a través de la ventana.

—¿Y a ese qué le va a pasar?

—¿Al hombre-perro? —preguntó el oficial So—. Seguramente haya ya un par de Pubyok en el tren de Pyongyang que vienen a buscarlo.

—Ya, pero ¿qué le va a pasar?

El oficial So intentó orinar por última vez.

—No haga preguntas estúpidas —repuso con los dientes apretados.

Jun Do pensó en su madre, en un tren rumbo a Pyongyang.

—¿Se puede pedir a una persona como recompensa?

—¿Se refiere a una mujer? —preguntó el oficial So, que se sacudió el *umkoyung* con frustración—. Sí, eso puede pedirlo.

Entonces volvió y se bebió el resto de la botella. Dejó apenas el último trago, que vertió gota a gota sobre los labios del soldado moribundo. El oficial So le dio una palmadita de despedida en el pecho y metió la botella vacía bajo el sobaco mojado del chaval.

Requisaron otro barco de pesca y realizaron otra incursión. En la cuenca de Tsushima se oían los fuertes chasquidos, como puñetazos en el pecho, de los cachalotes que luchaban en las profundidades, y de pronto, cerca de la isla de Dogo, vieron unas agujas de roca que sobresalían del agua, blancas por la parte de arriba a causa del guano, y anaranjadas más abajo debido a la acumulación de estrellas de mar. Jun Do observó el promontorio del norte de la isla, de un negro volcánico, cubierto de píceas enanas. Se trataba de un mundo creado para sus propios fines, sin mensaje ni sentido, un paisaje que no pretendía demostrar la superioridad de ningún gran líder por encima de otro.

Había un famoso complejo turístico en la isla, y el oficial So pensó que a lo mejor podían sorprender a un turista solitario en la playa. Pero al llegar a sotavento de la isla encontraron una barca vacía, una Avon hinchable de color negro, con espacio para seis tripulantes y un motor fueraborda Honda de cincuenta caballos. Se acercaron con el esquife para investigar. La Avon estaba abandonada, y en el mar no se veía un alma. Subieron a bordo y el oficial So puso el motor Honda en marcha. Lo

apagó. Sacó el bidón de combustible del esquiife, y juntos lo hundieron en el agua. Este se llenó enseguida y se hundió por la parte trasera por el peso del motor Vpresna.

—Ahora ya sí somos un equipo de verdad dijo el oficial So mientras admiraban su nueva barca.

Y entonces fue cuando el submarinista asomó a la superficie.

El hombre se quitó la mascarilla y dirigió una mirada de asombro a aquellos tres hombres que habían aparecido en su barca. Aun así, lanzó un saco lleno de orejas marinas dentro de la barca y aceptó la mano que le ofrecía Gil para ayudarlo a subir. El submarinista era más grande que él, y bajo el traje de neopreno se insinuaba un cuerpo musculoso.

—Dígale que se nos ha roto la barca, que se ha hundido —le indicó el oficial So a Gil.

Este habló con el buzo, que gesticuló enérgicamente y soltó una carcajada.

—Ya sé que vuestra barca se ha hundido —tradujo Gil—. Casi me da en la cabeza.

Entonces el submarinista divisó el barco de pesca en la distancia y se lo quedó mirando, ladeando la cabeza.

Gil le dio una palmada en el hombro y le dijo algo. El hombre lo miró fijamente y le entró el pánico. Pronto descubrieron que los pescadores de orejas de mar llevaban un cuchillo especial en el tobillo, y por eso Jun Do tardó un buen rato en dominarlo. Finalmente agarró al hombre por la espalda y empezó a estrujarlo con fuerza. La llave de tijera escurría el agua del traje de neopreno.

El cuchillo salió volando y Gil saltó por la borda.

—¿Qué coño le has dicho? —preguntó Jun Do.

—La verdad —respondió Gil flotando en el agua.

El oficial So, que se había llevado un buen tajo en el antebrazo, cerró los ojos de dolor.

—Seguiremos practicando —fue lo único que pudo decir.

Encerraron al buzo en la bodega del barco de pesca y pusieron rumbo a tierra. Esa noche, ante la costa del pueblo de Fukura, botaron la Avon al agua. Junto al muelle pesquero de Fukura había un parque de atracciones, con farolillos colgando y ancianos que cantaban karaoke en un escenario público. Jun Do, Gil y el oficial So aguardaban más allá de donde rompían las olas, esperando a que se apagaran los neones de la montaña rusa y a que la ridícula música de órgano de la feria cesara. Finalmente, una figura solitaria se acercó al extremo del embarcadero. Vieron el punto rojo de un cigarrillo y supieron que se trataba de un hombre. El oficial So arrancó el motor.

Se acercaron lentamente al embarcadero, que se elevaba imponente mientras se acercaban por la popa. En el lugar donde los pilotes se hundían en la densa espuma el agua estaba agitada, algunas de las olas chocaban frontalmente y otras se desviaban y avanzaban perpendiculares a la costa.

—Háblele en japonés —le ordenó el oficial So a Gil—. Le dice que ha perdido su perrito, o algo así. Se le acerca y entonces, zas, lo arroja por encima de la barandilla. La caída es considerable y el agua está fría. En cuanto vuelva a salir, lo único que querrá será subir a la barca.

Gil bajó del bote nada más llegar a la playa.

—Vale, ya lo tengo —aseguró—. Déjenmelo a mí.

—No, ni hablar —replicó el oficial So—. Irán los dos.

—Lo digo en serio —insistió Gil—, puedo encargarme solo.

—Largo —le dijo el oficial So a Jun Do—. Y póngase esas malditas gafas.

Los dos cruzaron la línea de la marea y llegaron a una plazoleta. Había bancos y un puesto de té con las contraventanas cerradas. No parecía que hubiera ninguna estatua, de modo que no habrían sabido decir a qué estaba dedicada la plaza. Los árboles estaban cargados de ciruelas, tan maduras que la piel se agrietó y les manchó las manos de jugo. Parecía

tan increíble que resultaba sospechoso. Había un hombre mugriento durmiendo en un banco, y se asombraron de que una persona pudiera dormir donde le placiera.

Gil estudió las casas que los rodeaban. Parecían tradicionales, con vigas oscuras y tejados de cerámica, pero se notaba que eran nuevecitas.

—Quiero abrir todas esas puertas —dijo—. Sentarme en sus sillas, escuchar su música.

Jun Do se lo quedó mirando.

—Ya me entiendes —añadió Gil—, para ver cómo es.

Los túneles terminaban siempre con una escalera de mano que subía hasta un agujero. Los hombres de Jun Do rivalizaban para ser los elegidos para salir y pasearse por Corea del Sur durante un rato. Al volver contaban historias sobre máquinas que daban dinero y personas que recogían la mierda de perro y la metían en bolsas. Jun Do nunca había querido ir a verlo. Sabía que allí los televisores eran enormes y que había todo el arroz que te pudieras comer. Y, aun así, no quería saber nada de ello. Temía que si lo veía con sus propios ojos, su vida entera perdería todo su significado. ¿Robarle nabos a un viejo que se había quedado ciego de hambre? Lo habría hecho por nada. ¿Enviar a otro chico en su lugar para limpiar las tinas de pintura? También por nada.

Jun Do tiró su ciruela a medio comer.

—Las he probado mejores —reconoció.

En el embarcadero cruzaron tabloncillos manchados por años de pesca con cebo. Más adelante, en el otro extremo, atisbaron una cara iluminada por el brillo azulado de un teléfono móvil.

—Solo tenemos que lanzarlo por encima de la barandilla —dijo Jun Do. Gil respiró hondo.

—Por encima de la barandilla —repitió.

En el embarcadero había botellas vacías y colillas. Jun Do avanzaba con paso tranquilo y notaba cómo, a su lado, Gil intentaba imitar su forma de caminar. Bajo sus pies se oía el ronco burbujeo de la fueraborda

en punto muerto. La figura dejó de hablar por teléfono.

—¿*Daré?* —les dijo una voz—. ¿*Daré nano?*

—No respondas —susurró Jun Do.

Es una voz de mujer —afirmó Gil.

—No respondas —repitió Jun Do.

La figura se quitó la capucha y debajo de esta apareció el rostro de una chica joven.

—Yo no estoy hecho para esto —protestó Gil.

—Cíñete al plan.

Sus pasos resonaban de forma exagerada. De pronto Jun Do comprendió que un día unos hombres habían ido a por su madre, y que ahora él era uno de esos hombres.

Llegaron junto a ella. Era menuda debajo del abrigo. Abrió la boca, como si fuera a gritar, y Jun Do vio que una fina tira metálica le recorría la dentadura. La cogieron por los brazos y la levantaron por encima de la barandilla.

— *Zenzen oyogenai 'n desu* —dijo, y aunque Jun Do no hablaba japonés, supo que se trataba de una confesión descarnada, suplicante, algo así como «soy virgen».

La arrojaron por encima de la barandilla. Cayó en silencio, sin una palabra, sin tan siquiera coger aliento. Pero Jun Do vio un destello en su mirada. No era de miedo, ni por lo absurdo de la situación: sabía que estaba pensando en sus padres, y en cómo nunca iban a saber qué había sido de ella.

Se oyó un chapoteo y el rugir de la fueraborda.

Jun Do no podía quitarse aquella mirada de la cabeza.

En el suelo del embarcadero estaba el teléfono. Jun Do lo cogió y se lo llevó a la oreja. Gil iba ya a decir algo, pero Jun Do se lo impidió.

—¿Mayumi? —preguntó una voz de mujer—. ¿Mayumi?

Jun Do pulsó varios botones para apagarlo. A continuación se inclinó por encima de la barandilla y vio la barca flotando sobre las olas.

—¿Dónde está? —preguntó Jun Do.

El oficial So escrutaba las aguas.

—Se ha hundido —contestó.

—¿Cómo que se ha hundido?

El otro levantó las manos.

—Ha caído al agua y se ha hundido.

Jun Do se volvió hacia Gil.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho: «No sé nadar» —explicó Gil.

—¿«No sé nadar»? —repitió Jun Do—. ¿Ha dicho que no sabía nadar y no has hecho nada para detenerme?

—El plan era arrojarla por encima de la barandilla, ¿no? ¡Pero si me has dicho que me ciñera al plan!

Jun Do examinó las aguas negras y profundas del extremo del embarcadero. Estaba ahí abajo, el voluminoso abrigo como una vela en la corriente, su cuerpo rodando por el fondo arenoso.

Sonó el teléfono. La pantalla cobró un brillo azulado y vibró en la mano de Jun Do. Él y Gil se lo quedaron mirando. Gil cogió el teléfono y escuchó, con los ojos muy abiertos. Incluso desde donde estaba, Jun Do se dio cuenta de que era una voz de mujer, de madre.

—Tíralo —le dijo Jun Do—. Arrójalo bien lejos.

Gil movió los ojos de un lado a otro mientras escuchaba. Le temblaban las manos. Asintió varias veces con la cabeza. Cuando finalmente dijo «*Hay*», Jun Do se lo arrebató de las manos y empezó a pulsar botones. En la pantallita apareció una foto de un bebé. Tiró el teléfono al mar.

Jun Do se acercó a la barandilla.

—¿Cómo puede ser que no llevara la cuenta? —le gritó al oficial So—. ¿Cómo puede ser que no la llevara?

Así terminaron las prácticas. Había llegado la hora de ir a por la cantante de ópera. El oficial So cruzaría el mar del Japón en un barco de

pesca, mientras Jim Do y Gil cogían el *ferry* nocturno de Chongjin a Niigata. A medianoche, con la cantante ya en sus manos, se reunirían con el oficial So en la playa. La clave del plan yacía en su simplicidad, aseguró el oficial So.

Jun Do y Gil tomaron el tren nocturno a Chongjin. En la estación había familias que dormían bajo las plataformas de carga, esperando a que oscureciera para partir hacia Sinuiju, desde donde bastaba con cruzar a nado el río Tumen para llegar a China.

Llegaron al puerto de Chongjin a pie, tras dejar atrás los hornos de fundición de la Reunificación, con sus grandes grúas oxidadas e inmóviles; hacía ya tiempo que habían birlado los cables de cobre que conectaban con el horno. Los bloques de apartamentos estaban vacíos, y las ventanas de entrega de raciones, cubiertas con papel de parafina. No había ropa tendida a secar, y el olor a cebolla no impregnaba el aire. Habían talado todos los árboles durante la hambruna y en aquel momento, años más tarde, sus retoños presentaban todos un tamaño uniforme, los troncos del grueso de un tobillo, con los tallos que asomaban en los lugares más extraños, en tinajas de lluvia y desagües; incluso había un árbol que salía del retrete exterior donde un esqueleto humano había defecado su indigesta semilla.

Cuando finalmente llegaron, Feliz Porvenir no parecía más grande que la enfermería.

Jun Do no debería haber dicho nada, pues Gil insistió en entrar.

Dentro no había más que sombras. Lo habían desvalijado todo para utilizarlo como combustible, incluso habían quemado los marcos de las puertas. Lo único que quedaba era la lista de los 114 Grandes Mártires de la Revolución, pintada en la pared.

Gil no se creía que Jun Do hubiera bautizado a todos los huérfanos.

—¿De verdad te sabes la lista de los mártires de memoria? —preguntó—. ¿Qué me dices del número once?

—Es Ha Shin —respondió Jun Do—. Cuando lo capturaron se cortó su

propia lengua para que los japoneses no le pudieran sonsacar ninguna información. Había un chico que nunca decía nada y le puse su nombre.

Gil siguió la lista con un dedo.

—Aquí está —dijo—. Mártir número setenta y seis, Pak Jun Do. ¿Cuál es la historia de este tipo?

Jun Do pasó la mano por la mancha oscura del suelo donde en su día había estado el horno.

—Aunque mató a muchos soldados japoneses —explicó—, los revolucionarios de la unidad de Pak Jun Do no confiaban en él porque descendía de un linaje impuro. Para demostrar su lealtad se ahorcó.

Gil se lo quedó mirando.

—¿Elegiste tú mismo el nombre? ¿Por qué?

—Porque superó la prueba de lealtad definitiva.

La habitación del supervisor del orfanato resultó no ser más grande que un palé. Y en cuanto a la fotografía de aquella mujer que tanto lo había atormentado, Jun Do no encontró más que un agujero.

—¿Aquí es donde dormías? —preguntó Gil—. ¿En el cuarto del supervisor del orfanato?

Jun Do le mostró el agujero de la pared.

—Aquí estaba colgado el retrato de mi madre.

Gil lo inspeccionó.

—Sí, vale, aquí había un clavo —admitió—. Pero dime, si vivías con tu padre, ¿por qué tienes nombre de huérfano?

—No me podía dar su nombre —respondió Jun Do—, o todo el mundo habría visto la ignominia en la que se veía obligado a criar a su hijo. Pero tampoco soportaba la idea de ponerme el nombre de otro hombre, ni siquiera el de un mártir. Por eso tuve que hacerlo yo.

Gil le dirigió una mirada vacía.

—¿Y tu madre? —preguntó—. ¿Cómo se llamaba?

Oyeron la sirena del *ferry Mangyongbong-92* a lo lejos y Jun Do dijo:

—Como si mis problemas fueran a resolverse por ponerles un nombre.

Jun Do pasó aquella noche en la oscura popa del barco, observando la estela turbulenta que dejaban a su paso. «Rumina», pensaba una y otra vez. Hizo un esfuerzo consciente por no escuchar su voz y para no visualizarla. Solo imaginó cómo pasarla el último día si supiera que estaban a punto de ir a por ella.

Era ya entrada la mañana cuando llegaron al puerto de Bandai-jima, en cuyas aduanas ondeaban las banderas internacionales. En los amarraderos estaban cargando de arroz unos grandes barcos de mercancías, pintados de azul humanitario. Jun Do y Gil llevaban documentos falsos y, vestidos con polo, vaqueros y zapatillas deportivas, bajaron por la pasarela y se dirigieron al centro de Niigata. Era domingo.

De camino al auditorio, Jun Do vio un avión de pasajeros que cruzaba el cielo, dejando tras de sí una larga estela. Lo observó boquiabierto, estirando el cuello: era increíble. Tan increíble que decidió fingir que todo le parecía normal: las luces de colores que controlaban el tráfico o aquellos autobuses que se arrodillaban como bueyes para que pudieran subir los ancianos. Los parquímetros hablaban, cómo no, y las puertas de las tiendas se abrían a su paso. Desde luego, en los baños no había ni un cubo para el agua ni un cazo.

La función de tarde era un popurrí de las obras que la compañía operística iba a representar durante la temporada siguiente, de modo que los cantantes se iban turnando para interpretar arias breves. Gil parecía conocerse las canciones, pues tarareaba al compás. Rumina, una mujer menuda y ancha de espaldas, subió al escenario con un vestido color grafito. Tenía los ojos oscuros bajo un flequillo puntiagudo. Jun Do se percató de que era una mujer que había conocido la tristeza, pero aun así ignoraba la gravedad de las tribulaciones que le deparaba el futuro. No sabía que ese mismo día, al anochecer, su vida iba a convertirse en una ópera, con Jun Do en el papel de la lúgubre figura que al final del primer acto raptaba a la heroína y se la llevaba a una tierra de lamentos.

La soprano cantó en italiano, alemán y japonés. Cuando finalmente cantó en coreano, quedó claro por qué la habían elegido desde Pyongyang. Tenía un timbre precioso y cantó con voz delicada acerca de dos amantes en un lago, una canción que no hablaba ni del Querido Líder, ni de derrotar a los imperialistas, ni del orgullo de alguna fábrica norcoreana, sino de una chica y un chico en una barca. La chica llevaba un *choson-ot* blanco y el chico tenía una mirada conmovedora.

Rumina cantaba en coreano y llevaba un vestido de color grafito; podría haber cantado sobre una araña que atrapaba a quienes la escuchaban en su telaraña. Jun Do y Gil vagaron por las calles de Niigata colgando de esa tela y fingiendo que no estaban a punto de secuestrarla de la cercana villa de los artistas. Jun Do no lograba quitarse de la cabeza el verso que hablaba de cómo, al llegar al centro del lago, los amantes decidían dejar de remar.

Pasearon por la ciudad como en trance, esperando a que anoheciera. Lo que más efecto tuvo sobre Jun Do fueron los anuncios. En Corea del Norte no existían los anuncios y allí, en cambio, los había en buses, carteles y pantallas gigantes. Eran inmediatos, suplicantes (parejas abrazándose, un niño triste), y Jun Do le preguntó a Gil qué decían, pero todas sus respuestas tenían que ver con seguros de coche y tarifas telefónicas. A través de un escaparate vieron a unas mujeres coreanas que les cortaban las uñas a unas mujeres japonesas. Solo para divertirse, echaron unas monedas en una máquina expendedora y esta les devolvió una bolsa de una comida de color naranja que ninguno de los dos quiso probar.

Gil se detuvo ante una tienda que vendía material de submarinismo. En el escaparate había una bolsa grande para guardar los aparejos de buceo. Era negra, de nailon, y el vendedor les mostró que era lo bastante grande como para guardar en ella todo lo necesario para una aventura submarina para dos. La compraron.

Le preguntaron a un hombre que empujaba un carrito si se lo prestaba y

el hombre les dijo que podían coger uno en el supermercado. Dentro de la tienda era casi imposible saber qué contenían la mayoría de las cajas y paquetes. No encontraron en ninguna parte las cosas importantes, como las fanegas de nabos y los cubos de castañas. Gil compró un grueso rollo de cinta adhesiva y, en la sección de juguetes para niños, una pequeña caja de acuarelas. Por lo menos Gil tenía alguien a quien comprarle un recuerdo.

Oscuració y en los escaparates se encendieron neones de color azul y rojo; los sauces estaban inquietantemente iluminados por debajo. Los faros de los coches los deslumbraban. Jun Do se sentía vulnerable, desubicado. ¿Y el toque de queda? ¿Por qué no respetaban los japoneses la oscuridad, como la gente normal?

Se detuvieron delante de un bar. Aún tenían algo de tiempo. Dentro había gente riendo y hablando. Gil sacó sus yenes y los contó.

—No tiene ningún sentido llevárselos de vuelta —dijo.

Ya dentro, pidió dos whiskies. Había dos mujeres en la barra y Gil las invitó a beber. Las mujeres les sonrieron y retomaron su conversación.

—¿Tú has visto qué dientes? —preguntó Gil—. Blancos y perfectos, como los de un niño. —Al ver que Jun Do no asentía, Gil añadió—: Relájate, ¿no? Suéltate un poco.

—Para ti es muy fácil —protestó Jun Do—. Tú no tienes que echarle el guante a nadie esta noche y luego transportarlo a través de la ciudad. Y como no encontremos al oficial So en esa playa...

—Sí, eso sería gravísimo, vamos —observó Gil—. Yo no veo a nadie por aquí que conspire para fugarse a Corea del Norte. No veo que vengán a raptar a nadie a nuestras playas.

—Hablar de estas cosas no es precisamente útil.

—Bebe, anda —dijo Gil—. Si quieres ya meto yo a la cantante en la bolsa. No eres el único que puede con una mujer, ¿sabes? No creo que sea muy difícil.

—No, de la cantante me encargo yo —replicó Jun Do—. Y tú céntrate

un poco.

—Soy perfectamente capaz de meter a una cantante en una bolsa, ¿vale? —dijo Gil—. Y de empujar un carro de la compra. Bebe, anda. Es probable que sea la última vez que veas Japón.

Gil intentó hablarles en japonés a las mujeres, pero estas sonrieron y lo ignoraron. Entonces invitó a la camarera, que se acercó y habló con él mientras le servía. Era una mujer estrecha de hombros, llevaba la camisa ceñida y tenía el pelo totalmente negro. Bebieron juntos y él dijo algo que la hizo reír. Cuando fue a servir a otro cliente, Gil se volvió hacia Jun Do.

—Si te acostaras con una de estas mujeres —le aseguró—, sabrías que es porque quiere, no porque es una mujer de solaz del Ejército, que tiene que conseguir nueve sellos al día en su libreta de cupones, o una chica de una fábrica a la que su junta de vivienda ha decidido casar. En nuestro país, las chicas guapas ni te miran. No puedes ni tomarte un té con una sin que su padre empiece ya a preparar la boda.

«¿Chicas guapas?», pensó Jun Do.

—El mundo cree que soy huérfano, esa es mi maldición —le dijo Jun Do—. Pero ¿cómo se lo monta un chico de Pyongyang como tú para terminar en un trabajo de mierda como este?

Gil pidió otra ronda, aunque Jun Do apenas había tocado su bebida.

—Realmente, vivir en el orfanato te ha fundido los sesos —respondió Gil—. Que no me suene con la mano no significa que no sea un chico de campo, de Myohsun. Tú también tendrías que evolucionar un poco. En Japón puedes ser quien quieras.

Oyeron una motocicleta que frenaba y, al otro lado del ventanal, vieron a un hombre que la aparcaba en fila, entre varias más. Entonces sacó la llave del contacto y la escondió debajo del borde del depósito de la gasolina. Gil y Jun Do se miraron.

Gil dio un trago de whisky, se lo pasó por toda la boca y echó la cabeza hacia atrás para hacer gárgaras delicadamente.

—No bebes como un chico de pueblo.

—Y tú no bebes como un huérfano.

—Porque no soy huérfano.

Mejor —dijo Gil—. Porque los huérfanos de mi unidad de localizadores de minas terrestres solo sabían robarte cosas: cigarrillos, calcetines, *shoju*... ¿No te cabrea que alguien se beba tu *shoju*? Los de mi unidad engullían todo lo que pillaban, como un perro que se come a sus cachorros, y para darte las gracias te dejaban sus endebles cagarrutas.

Jun Do le dedicó una de esas sonrisas que sirven para tranquilizar a alguien justo antes de asestarle el golpe de gracia, pero Gil siguió a lo suyo:

—Pero se nota que tú eres un tipo decente. Eres fiel como el mártir de la historia. No tienes por qué contarte cuentos sobre si tu padre era esto o tu madre era lo otro: puedes ser quien quieras ser. Reinventarte cada noche. Olvidarte de aquel borracho y su agujero en la pared.

Jun Do se levantó. Retrocedió un paso y se colocó a la distancia justa para soltarle una patada giratoria. Cerró los ojos y percibió el espacio, visualizó cómo pivotaba sobre la cadera, levantaba la pierna y descargaba el empeine mientras giraba sobre sí mismo. Jun Do llevaba toda su vida tragando con aquello, estaba harto de que a la gente que venía de una familia normal le resultara inconcebible que un hombre pudiera estar tan herido que ni siquiera fuera capaz de reconocer a su propio hijo, que pensarán que no había nada peor que una madre que abandonaba a su hijo, aunque fuera algo que pasaba constantemente, y que acusaran de «robar» a personas que tenían tan poco que ofrecer que prácticamente no tenían nada.

Jun Do abrió los ojos y de repente Gil se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Le faltó poco para que se le cayera la bebida.

—Oye, oye —dijo—. Me he equivocado, ¿vale? Vengo de una familia numerosa y no sé nada sobre huérfanos. Es hora de marcharnos, tenemos cosas que hacer.

—De acuerdo —respondió Jun Do—. Me gustará ver cómo te manejas

con las chicas guapas de Pyongyang.

Detrás del auditorio estaba la villa de los artistas, una serie de casitas construidas alrededor de unas fuentes termales. Vieron el arroyo de agua, aún caliente, que salía de la casa de baño: de color blanco mineral, descendía por encima de las rocas desgastadas y descoloridas, hacia el mar.

Escondieron el carrito de la compra y Jun Do ayudó a Gil a pasar por encima de la verja. Gil fue a abrir la puerta metálica para Jun Do, pero entonces se detuvo un instante y los dos se quedaron mirándose a través de los barrotes, hasta que Gil levantó el pestillo y dejó pasar a Jun Do.

Unos diminutos conos de luz iluminaban el camino de losas que conducía al bungalow de Rumina. Encima de sus cabezas, el verde oscuro y el blanco de los magnolios ocultaban las estrellas. En el ambiente flotaba un aroma a coníferas y cedro, con un toque a océano. Jun Do cortó dos tiras de cinta adhesiva y se las pegó a Gil en las mangas.

—Así las tendrás a punto —susurró Jun Do.

Gil le dirigió una mirada de asombro y de incredulidad.

—Pero ¿vamos a entrar ahí por la fuerza?

—Yo abriré la puerta —respondió Jun Do—. Y tú le tapas la boca con la cinta.

Jun Do cogió una pesada losa del camino y la llevó hasta la puerta. La apoyó en el pomo, la golpeó con la cadera y la puerta cedió. Gil corrió hacia la mujer, que estaba sentada en la cama, iluminada solo por un televisor. Jun Do vio desde la puerta cómo Gil le colocaba la cinta adhesiva sobre la boca, pero entonces, entre las sábanas y la cama mullida, pareció que empezaban a cambiar las tornas. Gil perdió un puñado de pelo. La mujer lo agarró por el cuello de la camisa y le hizo perder el equilibrio, pero entonces él se le colgó del cuello y los dos cayeron rodando por el suelo. Gil la aplastó con su peso y a la mujer se le crisparon los pies del dolor. Jun Do estuvo un buen rato fijándose en

aquellos dedos: tenían las uñas pintadas de un rojo chillón.

En un primer momento, Jun Do pensaba «agárrala por aquí, presiónala ahí», pero de pronto se apoderó de él una sensación desagradable. Mientras rodaban por el suelo, Jun Do se dio cuenta de que la mujer se había meado encima, y la crudeza, la brutalidad de lo que estaba sucediendo se le hizo evidente de nuevo. Gil terminó de dominarla y le ató las muñecas y los tobillos; la mujer estaba arrodillada y Gil sacó la bolsa y abrió la cremallera. Al verla, a la mujer se le pusieron los ojos en blanco (desbocados y anegados de lágrimas), y se quedó lacia. Jun Do se quitó las gafas: era mucho mejor verlo todo borroso.

Salió al exterior y respiró hondo. Oyó los resoplidos de Gil, que intentaba doblarla para que cupiera en la bolsa. Las estrellas sobre el océano, ahora desenfocadas, le recordaron la libertad que había experimentado la noche que cruzó por primera vez el mar del Japón, lo cómodo que se había sentido en aquel barco de pesca. Volvió a entrar y vio que Gil había cerrado la bolsa de modo que a Rumina ya solo se le veía la cara, con las aletas de la nariz ensanchándose para coger más oxígeno. Gil se le colocó encima, exhausto pero sonriente, y tensó la tela de los pantalones encima de la ingle, para que la mujer viera la silueta de su erección. Esta puso unos ojos como platos y Gil terminó de cerrar la cremallera.

Rebuscaron rápidamente entre sus cosas. Gil se embolsó un puñado de yenes y un collar de piedras rojas y blancas. Jun Do no sabía qué coger. Encima de una mesa había botes de medicamentos, cosméticos y un montón de fotografías de familia. Entonces sus ojos se toparon con el vestido color grafito y lo sacó de la percha.

—¿Qué coño haces? —preguntó Gil.

—No lo sé —dijo Jun Do.

El carro de la compra iba sobrecargado y traqueteaba con cada grieta de la acera. No dijeron nada. Gil tenía varios arañazos y llevaba la camisa desgarrada. Parecía como si se le hubiera corrido el maquillaje. La parte

de la cabeza donde le habían arrancado el pelo estaba ya cubierta por un líquido amarillento. Cerca del bordillo, el cemento formaba pendiente y las ruedas tenían tendencia a girar de forma extraña, de modo que el carrito se volcaba y la carga caía al suelo.

Las calles estaban llenas de fardos de cartón. En los desagües, los lavaplatos limpiaban esterillas de cocina con mangueras. Pasó zumbando un autobús, reluciente y vacío. Cerca del parque había un hombre paseando un gran perro blanco, que se detuvo y se los quedó mirando. La bolsa se estremecía ocasionalmente, pero pronto quedaba inmóvil. En una esquina, Gil le dijo a Jun Do que girara a la izquierda. Allí, después de una empinada pendiente y un parking, estaba la playa.

—Yo me encargo de vigilar la retaguardia —dijo Gil.

El carro estuvo a punto de salir disparado cuesta abajo, pero Jun Do agarró el asa con más fuerza.

—De acuerdo —respondió.

—Lo que he dicho antes sobre los huérfanos estaba completamente fuera de lugar —comentó Gil a sus espaldas—. No tengo ni idea de qué significa que tus padres hayan muerto o te hayan abandonado. Me he equivocado, ahora me doy cuenta.

—No pasa nada —replicó Jun Do—. Yo no soy huérfano.

—Bueno, pues hágame de la última vez que viste a tu padre —le pidió Gil desde detrás.

El carrito seguía acelerándose, como si quisiera ir por libre. Jun Do tenía que hacer contrapeso con todo el cuerpo y derrapar con los dos pies sobre el suelo.

—No hubo ninguna fiesta de despedida, ni nada así. —El carro se precipitó y arrastró a Jun Do un par de metros, hasta que logró recuperar la tracción—. Yo llevaba allí más tiempo que nadie: nunca me adoptaron, mi padre no habría permitido que se llevaran a su único hijo. Esa noche vino a verme. Habíamos quemado las camas, de modo que yo estaba en el suelo... Gil, échame una mano.

De pronto el carrito iba muy rápido. Jun Do tropezó, se le escapó de las manos y salió despedido cuesta abajo, dando tumbos.

—¡Gil! —gritó al ver que se alejaba. El carrito empezó a traquetear por la velocidad, atravesó el parking entero, chocó contra el bordillo del otro extremo y salió volando por los aires. La bolsa negra cayó sobre la arena oscura.

Jun Do se volvió, pero no vio a Gil por ninguna parte.

Echó a correr hacia la playa. Dejó atrás la bolsa negra, que había caído en una posición peculiar, y al llegar junto al agua escrutó las olas en busca del oficial So, pero allí no había nada. Se llevó las manos a los bolsillos: no llevaba ni un mapa, ni un reloj, ni una linterna. Apoyó las manos en las rodillas, incapaz de recuperar el aliento. Unos metros más lejos, revoloteando por la playa, pasó el vestido color grafito, que el viento iba hinchando y deshinchando; se alejó dando tumbos por la arena hasta que lo engulló la noche.

Encontró la bolsa y le dio la vuelta. Abrió parcialmente la cremallera y de dentro salió una bocanada de calor. Le quitó la cinta de la cara, que tenía rozada a causa del nailon. La mujer le dijo algo en japonés.

—No entiendo —dijo Jun Do.

—Gracias por rescatarme —dijo entonces la mujer en coreano.

Él se fijó en su cara, maltrecha e hinchada.

—Unos psicópatas me han metido aquí dentro —le contó—. Gracias a Dios que ha venido. Creía que estaba muerta, pero me ha liberado.

Jun Do miró de nuevo alrededor por si veía a Gil, aunque ya sabía que no iba a encontrarlo.

—Gracias por sacarme de aquí —insistió la mujer—. De verdad, muchas gracias por salvarme.

Jun Do comprobó el estado de la cinta con los dedos, pero ya casi no pegaba. Había un mechón de pelo de la mujer pegado en la cinta. Jun Do la soltó y se la llevó el viento.

—Dios mío —dijo entonces la mujer—. Eres uno de ellos.

La brisa levantó una nube de arena, que entró en la bolsa y se le metió en los ojos.

—Créame —le aseguró Jun Do—. Sé por lo que está pasando.

—No tiene por qué ser una mala persona —le dijo la mujer— Hay bondad en su interior, lo veo. Suélteme y cantaré para usted. Ni se imagina lo bien que puedo cantar.

—Llevo todo el día inquieto, pensando en su canción —dijo Jun Do—. La del chico que decide dejar de remar al llegar a la mitad del lago.

—Es solo un aria —explicó la mujer—. Forma parte de una ópera llena de tramas menores, giros argumentales y traiciones.

Jun Do se acercó más a ella.

—Pero el chico, ¿se detiene porque ha rescatado a la chica y sabe que al llegar a la otra orilla deberá entregarla a sus superiores? ¿O la ha raptado y sabe que le espera un castigo?

—Es una historia de amor —respondió ella.

—Eso ya lo sé —dijo Jun Do—, pero ¿cuál es la respuesta? ¿Es posible que el chico sepa que haga lo que haga lo espera un campo de prisioneros?

La mujer escrutó su rostro, como si él supiera la respuesta.

—¿Cómo termina? —insistió Jun Do—. ¿Qué les pasa al final?

—Si me deja salir de aquí se lo cuento —respondió ella—. Abra la bolsa y le canto el final.

Jun Do cogió la cremallera y la cerró. Entonces se acercó a la parte de la bolsa de nailon negra donde quedaba la cara de la mujer.

—Mantenga los ojos abiertos —le dijo—. Ya sé que no ve nada, pero pase lo que pase, no los cierre. La oscuridad y la estrechez no son sus enemigos.

Arrastró la bolsa hasta la orilla del agua. El océano, frío y cubierto de espuma, le lamió las zapatillas mientras él escrutaba las olas en busca del oficial So. De pronto una ola más alta que el resto subió por la arena y llegó hasta donde estaba la bolsa, y la mujer soltó un grito como Jun Do

no había oído nunca. Desde el agua lo iluminó una linterna: el oficial So la había oído e hizo girar la lancha hinchable, mientras Jun Do arrastraba la bolsa hasta las olas. Entre los dos la cargaron en la lancha, tirando de las correas.

¿Dónde está Gil? —quiso saber el oficial So.

—Gil se ha ido —dijo Jun Do—. Estaba a mi lado y de repente ha desaparecido.

El agua les llegaba hasta las rodillas, mientras intentaban estabilizar la balsa. Las luces de la ciudad se reflejaban en los ojos del oficial So.

—¿Sabe qué les pasó a los otros oficiales de la misión? —preguntó—. Éramos cuatro. Ahora solo quedo yo. Los otros están en la Prisión 9, ¿ha oído hablar de ese lugar, tunelero? toda la prisión se encuentra bajo tierra. Es una mina y en cuanto entras ya no vuelves a ver el sol.

—Oiga, asustándome no va a conseguir nada. No sé dónde está.

Pero el oficial So siguió:

—Hay una puerta de hierro en la boca de la mina y en cuanto la atraviesas, se terminó todo. Dentro no hay ni guardas, ni médicos, ni cafetería, ni baños. Tienes que cavar en la oscuridad, y si encuentras algún mineral, lo arrastras hasta la superficie y lo intercambias por comida, velas y picos a través de los barrotes. No salen ni los cadáveres.

—Puede estar en cualquier parte —admitió Jun Do—. Habla japonés.

Desde dentro de la bolsa se oyó la voz de Rulina.

—Yo los puedo ayudar —dijo—. Me conozco Niigata como la palma de la mano. Déjenme salir y les juro que lo encuentro.

Pero ellos la ignoraron.

—¿Quién es ese tío, vamos a ver? —preguntó Jun Do.

—El hijo consentido de no sé qué ministro —dijo el oficial So—. O eso es lo que me dijeron. Su padre lo mandó aquí para que se le endureciera el carácter. Ya se sabe que el hijo del héroe es siempre el más timorato.

Jun Do se volvió y estudió las luces de Niigata. El oficial So le puso una mano encima del hombro.

—Es usted un hombre muy marcial —le dijo—. Cuando hay que hacer algo, usted lo hace. —Apartó el asa de la bolsa de nailon e hizo un nudo corredizo con ella—. Gil nos ha puesto la sogá al cuello. Ahora le toca a usted.

Jun Do cruzó el distrito imbuido de una extraña calma. La luna se reflejaba en cada charco y cuando un autobús se detuvo en la parada, el conductor le digirió una mirada y no le pidió el billete. El bus iba vacío a excepción de dos hombres coreanos que iban sentados al fondo. Aún llevaban puestos los gorritos blancos de un puesto de comida rápida. Jun Do habló con ellos, pero los hombres negaron con la cabeza.

Si quería tener alguna opción de encontrar a Gil en aquella ciudad, Jun Do necesitaba la moto. Pero si Gil tenía dos dedos de frente, esta ya hacía rato que habría desaparecido. Cuando finalmente dobló la esquina de la whiskería, la motocicleta negra relucía junto al bordillo. Se sentó a horcajadas y cogió el manillar, pero cuando fue a sacar la llave de debajo de la tapa del depósito de gasolina, se dio cuenta de que no estaba. Se volvió hacia la ventana del bar y a través de los cristales vio a Gil, riendo con la camarera.

Jun Do se sentó junto a Gil, que estaba enfrascado pintando una acuarela. Tenía el estuche de pinturas abierto y mojaba el pincel en un vasito de agua, que había adquirido un tono entre morado y verde. Estaba dibujando un paisaje, con campos de bambú y caminitos que serpenteaban por una llanura pedregosa. Gil levantó la vista y vio a Jun Do. Entonces mojó el pincel y lo tiñó de amarillo para resaltar los tallos de bambú.

—Joder, mira que eres idiota —le recriminó Jun Do.

—No, el idiota eres tú —respondió Gil—. Ya tenías a la cantante, ¿a quién se le ocurre volver a buscarme?

—A mí —le dijo Jun Do—. Dame la llave.

Esta estaba encima de la barra y Gil se la pasó.

Gil hizo un gesto con los dedos para pedir otra ronda. La camarera se acercó; llevaba el collar de Rumina. Gil habló con ella, cogió la mitad de los yenes y se los dio a Jun Do.

—Le he dicho que la próxima ronda la pagas tú —comentó Gil.

La camarera sirvió tres vasos de whisky y a continuación dijo algo que hizo reír a Gil.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jun Do.

—Dice que se te ve muy fuerte, y que es una pena que seas un mariquita.

Jun Do se lo quedó mirando y Gil se encogió de hombros.

—Es posible que le haya contado que nos hemos peleado, por una chica, y que iba ganando hasta que me has tirado del pelo.

—Aún puedes salir de esta —insistió Jun Do—. No diremos nada, te lo juro. Si volvemos ahora será como si nunca hubieras echado a correr.

—¿Tú me ves corriendo? —preguntó Gil—. Además, no puedo dejar a mi novia.

Gil le tendió la acuarela a la camarera, y esta la colgó de la pared para que se secara, junto a un retrato de sí misma, radiante con su collar blanco y rojo. Observando la acuarela con los ojos entornados, de pronto Jun Do comprendió que Gil no había pintado un paisaje, sino un campo de minas exuberante, bucólico.

—Así que estuviste trabajando con minas terrestres —dijo.

—Mi madre me mandó a Mansuade, a estudiar pintura —contó Gil—. Pero entonces mi padre decidió que los campos de minas harían de mí un hombre e hizo valer sus contactos. —A Gil se le escapó la risa ante la idea de tener que recurrir a contactos para mandarlo a un batallón suicida—. Logré que me pusieran a dibujar los mapas en lugar de cartografiarlos.

Mientras hablaba, empezó a trabajar en otra acuarela, el retrato de una mujer con la boca abierta e iluminada desde debajo, de modo que las cuencas de los ojos le quedaban a oscuras. El retrato adoptó

inmediatamente las facciones de Rumina, aunque no se sabía si cantaba con gran intensidad o gritaba desesperadamente.

—Dile que te vas a tomar la última —dijo Jun Do, y le entregó todos los yenes que le quedaban a la camarera.

—Siento mucho todo esto —se disculpó Gil—, lo siento de veras. Pero no pienso moverme de aquí. Considera la cantante de ópera como un regalo y dales recuerdos a todos de mi parte.

—¿Fue tu padre quien pidió a la cantante? ¿Por eso estás aquí?

Gil lo ignoró y empezó a pintar un retrato de él y de Jun Do juntos, los dos con los pulgares levantados. Sonreían de forma extraña, forzada. Jun Do no quería que lo terminara.

—Vámonos —le ordenó Jun Do—. O llegarás tarde al karaoke de Yanggkdo, o donde sea que vayáis las élites a divertiros.

Gil no se movió de donde estaba. Estaba repasando los músculos de Jun Do y haciéndolos muy grandes, como si fuera un simio.

—Es verdad —admitió Gil—. He probado la ternera y el avestruz. He visto *Titanic* y he navegado diez veces por internet. Y sí, hay karaoke. Cada semana una de las mesas queda vacía; antes la ocupaba siempre la misma familia, pero han desaparecido. Nadie habla de ellos y las canciones que cantaban han desaparecido de la máquina.

—Te lo prometo —insistió Jun Do—. Vuelve y nadie sabrá nunca nada.

—La pregunta no es si yo voy a ir contigo —dijo Gil—, sino si vas a venir tú conmigo.

Si Jun Do hubiera querido desertar, habría tenido ya una docena de ocasiones para hacerlo. Al final de cada túnel no costaba nada trepar por la escalera y abrir la tapa con resorte.

—Lo único que he visto que tuviera sentido en este absurdo país han sido esas mujeres coreanas que lavaban los pies a las japonesas —afirmó Jun Do.

—Podría llevarte a la embajada de Corea del Sur mañana mismo. En metro tardaríamos un momento. En seis semanas estarías en Seúl. Les

resultarías muy útil, un verdadero filón.

¿Y tu madre? ¿Y tu padre? —preguntó Jun Do—. Los mandarán a los campos.

—Cuando estás en el karaoke no importa lo bien o lo mal que cantes: siempre termina saliendo tu número. Es solo una cuestión de tiempo.

—¿Y qué me dices del oficial So? ¿Cuántos whiskies caros necesitarás para olvidar que está cavando en la oscuridad de la Prisión 9?

—El oficial So es precisamente el motivo por el que debes marcharte —dijo Gil—. Para no terminar como él.

—Pues te manda recuerdos —dijo Jun Do, que le colocó el lazo de nylon encima de la cabeza y tiró para que le quedara bien sujeto al cuello.

Gil se terminó el whisky de un trago.

—Yo no soy más que una persona —repuso—. Un don nadie que se quiere largar.

La camarera vio la correa y, cubriéndose la boca, soltó:

—Homo janai.

—Supongo que eso no hace falta que te lo traduzca —dijo Gil.

Jun Do tiró de la correa y se levantaron los dos. Gil cerró la caja de acuarelas y le dedicó una inclinación de cabeza a la camarera.

—*Chousenjin ni turesareruyo* —le dijo.

La mujer les sacó una fotografía con el teléfono móvil y se sirvió una bebida. Lo levantó y brindó por Gil antes de beberse.

—Jodidos japoneses —maldijo Gil—. Son la leche. Le acabo de decir que me están secuestrando para llevarme a Corea del Norte y mírala.

—Fíjate bien, muy bien, en todo esto —dijo Jun Do, y cogió las llaves de la moto de la barra.

Dejaron atrás el rompeolas y pusieron rumbo mar adentro, entre la marejada; la lancha hinchable se levantó y cayó plana sobre el agua,

lodos iban agarrados a la cuerda de salvamento. Rumina iba en la proa, las manos atadas con un fragmento nuevo de cinta adhesiva. El oficial So la cubrió con su chaqueta, pero aparte de eso iba desnuda y estaba morada a causa del frío.

Jun Do y Gil estaban sentados en lados opuestos de la lancha, pero Gil se negaba a mirarlo. Al llegar a mar abierto, el oficial So redujo la marcha para poder oír a Jun Do.

—Le he dado mi palabra a Gil —le dijo al oficial So—. Le he prometido que nos olvidaríamos de que ha intentado huir.

Rumina estaba sentada de espaldas al viento, y el pelo se le arremolinaba ante la cara.

—Yo lo metía en la bolsa —opinó.

El oficial So se pegó un hartón de reír.

—La cantante de ópera tiene razón —dijo—. Ha pescado a un desertor, hijo mío. Nos había puesto una pistola en la sien, pero hemos sido más listos que él. Vaya pensando en su recompensa —agregó—. Empiece a saborearla.

De repente, la idea de pedir una recompensa, de encontrar a su madre y liberarla de su destino en Pyongyang, lo sublevaba. En los túneles, a veces te topabas con una cortina de gas. Tú no te dabas cuenta, pero pronto te empezaba a doler la cabeza y la oscuridad se volvía de un rojo palpitante. Eso fue lo que sintió en aquel momento ante la mirada fulgurante de Rumina: de repente se preguntó si no se estaría refiriendo a él, si no habría querido decir que a quien debían meter en la bolsa era a Jun Do. Pero no había sido él quien le había pegado una paliza y la había atado. No había sido su padre quien había ordenado su secuestro. Y, además, ¿qué alternativa tenía, en general? No tenía la culpa de haber crecido en una ciudad donde no había ni electricidad, ni calefacción, ni combustible, donde las fábricas se habían oxidado y donde los hombres sanos estaban o en campos de trabajo o paralizados por el hambre. No tenía la culpa de que todos los chicos que había tenido a su cargo vivieran

atenazados por el abandono, desesperados ante la posibilidad de que los reclutaran como carceleros o miembros de algún escuadrón suicida.

Gil llevaba aún la cuerda atada al cuello. Por pura diversión, el oficial So tiró de ella con fuerza, solo para notar como se tensaba.

—Lo echaría por la borda ahora mismo —le dijo—, pero entonces me perdería lo que le van a hacer.

Gil dio un respingo de dolor y replicó:

—Jun Do ya está enseñado. Ahora ocupará su lugar y a usted lo mandarán a un campo, para que nunca pueda hablar de nada de esto.

—Usted no sabe nada —repuso el oficial So—. Es un pusilánime y un débil. Este juego lo inventé yo: yo secuestre al chef de *sushi* de Kim Jong-il. Yo arranqué al médico de nuestro Querido Líder de un hospital de Osaka, a plena luz del día, con estas manos.

—No tiene ni idea de cómo funciona Pyongyang —aseguró Gil—. En cuanto los demás ministros la vean, todos querrán a su propia cantante de ópera.

Les cayó encima una lluvia de espuma fría y blanca. Rumina respiró hondo, como si cada pequeño detalle pudiera costarle la vida. Entonces se volvió hacia Jun Do y lo fulminó otra vez con la mirada. Este se dio cuenta de que aquella mujer estaba a punto de decirle algo, que una palabra estaba tomando cuerpo en sus labios.

Jun Do desplegó las gafas y se las puso; entonces vio los cardenales en la garganta de la mujer, sus manos regordetas y amoratadas bajo la cinta adhesiva que le inmovilizaba las muñecas. La mujer no apartaba la mirada. Era como si sus ojos vieran claramente las decisiones que Jun Do había tomado en la vida, como si supieran que él había sido el encargado de decidir qué huérfanos comían primero y cuáles se quedaban con las cucharadas líquidas y sin sustancia; el encargado de asignar las camas que había junto a la estufa y las del pasillo, donde acechaba la hipotermia; el responsable de elegir qué chicos se quedarían ciegos trabajando en el horno de arco y cuáles irían a la planta química, que

volvía el cielo amarillo. Era como si aquella mujer supiera que había enviado a Ha Shin, el chico que no podía hablar y el único que no diría que no, a limpiar las cubas de la fábrica de pintura; que había sido Jun Do quien había puesto el arpón en las manos de Bo Song.

—¿Qué alternativa tenía? —le preguntó Jun Do.

No se trataba de una pregunta retórica: necesitaba saberlo, del mismo modo que necesitaba saber qué les pasaba al chico y a la chica al final del aria.

La mujer levantó el pie y le mostró a Jun Do los dedos, el esmalte rojo sobre el negro platino. Dijo una palabra y le hundió el pie en la cara.

Su sangre era oscura y le manchó la camisa que había llevado el hombre al que habían secuestrado en la playa. La uña del dedo gordo del pie le hizo un corte en la encía, pero no pasaba nada, se sentía mejor, ahora sabía la palabra que la mujer había tenido en los labios. No necesitaba hablar japonés para saber que le había dicho «muérete». Aquel era también el final de la ópera, estaba seguro. Eso era lo que les pasaba al chico y a la chica de la barca. Pero no se trataba de una historia triste, sino de una historia de amor: el chico y la chica por lo menos sabían cuáles eran sus destinos y no iban a estar solos nunca más.

Hubo muchos más secuestros. De hecho, estos se prolongaron durante años y años. Hubo el de la mujer a la que sorprendieron en una piscina natural en la isla de Nishino: llevaba los pantalones remangados y tenía la vista fija en una cámara montada sobre un trípode de madera. Tenía el pelo canoso y revuelto, y accedió a marcharse sin rechistar a cambio de sacarle una foto a Jun Do. El del climatólogo japonés al que descubrieron en un iceberg del estrecho de Tsugaru; se llevaron también su material

científico y su kayak rojo. Y también los del campesino que encontraron en un campo de arroz, el ingeniero de muelles y la mujer que dijo que había ido a la playa para ahogarse.

Y entonces, un día, los secuestros terminaron de golpe, tal como habían empezado. Enviaron a Jun Do a una escuela de idiomas y pasó allí un año estudiando inglés. Le preguntó al oficial de control de Kyongson si su nuevo emplazamiento era una recompensa por haber impedido la desertión del hijo del ministro. El oficial se quedó el antiguo uniforme militar de Jun Do, su tarjeta de racionamiento de licor y una libreta de cupones para prostitutas. Al ver que la libreta estaba casi llena, sonrió.

—Sí, cómo no —dijo.

En Majon-ni, en las montañas Onjin, hacía más frío del que había hecho nunca en Chongjin. Jun Do dio las gracias por los auriculares azules que llevaba puestos todo el día y que ahogaban el estruendo de los interminables ejercicios de los tanques de la Novena Mecanizada, que estaba estacionada allí. Los oficiales de la escuela no tenían ningún interés en que Jun Do aprendiera a hablar inglés. Lo único que tenía que hacer era transcribirlo, aprender el vocabulario y la gramática que oía a través de los auriculares, y reproducirlo tecleando con dos dedos en su máquina de escribir. «*Querría comprar un cachorro*», decía la voz de mujer a través de los auriculares, y Jun Do lo escribía. Casi al final, llegó a la escuela un maestro humano, un hombre triste y propenso a la decepción que Pyongyang había sacado de África. El tipo no hablaba coreano y se pasaba las clases haciéndoles a los estudiantes preguntas profundas e imposibles de responder, que incrementaron en gran medida su dominio del modo interrogativo.

Durante cuatro estaciones, Jun Do logró evitar las serpientes venenosas, las sesiones de autocrítica y el tétanos, que afectaba a algún soldado casi cada semana. Empezaba siempre como si nada (un pinchazo con un alambre, un corte con la tapa de una lata de víveres), pero pronto empezaban la fiebre, los temblores y finalmente un agarrotamiento de la

musculatura que dejaba el cuerpo tanrígido y retorcido que era imposible meterlo en un ataúd. La recompensa que Jun Do obtuvo por estos logros fue un puesto de escucha en el mar del Este, a bordo del pesquero *Junma*. Sus dependencias se encontraban en la bodega de popa del *Junma*, una cámara de acero donde cabían una mesa, una silla, una máquina de escribir y un montón de receptores sacados de los aviones americanos derribados durante la guerra. La bodega estaba iluminada tan solo por el piloto verde del aparato de escucha, cuya luz se reflejaba sobre el agua con olor a pescado que se filtraba bajo los mamparos y se deslizaba por el suelo. Incluso cuando llevaba ya tres meses a bordo del barco, Jun Do no podía dejar de imaginar lo que había al otro lado de aquellas paredes metálicas: cámaras llenas de peces que exhalaban el último aliento rodeados de frío y oscuridad.

Llevaban ya varios días en aguas internacionales, con la bandera norcoreana arriada para evitarse problemas. Primero se dedicaron a perseguir los bancos de caballa que surcaban las profundidades, y luego los inquietos bonitos que asomaban a la superficie en las contadas ocasiones en que asomaba el sol. Ahora andaban buscando tiburones. Durante la noche, el *Junma* los había estado pescando con palangre al borde de la fosa oceánica, y al amanecer Jun Do oyó los chirridos del cabrestante y los coletazos de los tiburones cuando los sacaban del agua y batían contra el casco.

De la puesta a la salida del sol, Jun Do monitorizaba las transmisiones habituales: por lo general capitanes de pesqueros, el *ferry* de Uichi a Vladivostok, e incluso el parte nocturno de dos americanas que estaban dando la vuelta al mundo a remo: una remaba por la noche y la otra durante el día, algo que echó por tierra la teoría de la tripulación de que habían ido hasta el mar del Este para tener relaciones entre chicas.

Ocultas entre el aparejo y las botavaras del *Junma* había una potente antena abierta, y encima del timón había también una antena direccional que giraba 360 grados. Estados Unidos, Japón y Corea del Sur

encriptaban todas sus transmisiones militares, que sonaban como una serie de chirridos y balidos, pero al parecer a Pyongyang le interesaba mucho estar al corriente de la cantidad de balidos, y de dónde y cuándo se producían. Mientras documentara eso, podía curiosear por las ondas todo lo que quisiera.

Era evidente que a la tripulación no le gustaba tenerlo a bordo. Tenía nombre de huérfano y se pasaba la noche escribiendo a máquina ahí abajo, a oscuras. Era como si el hecho de tener a bordo a una persona que se dedicaba a escuchar y dejar constancia de las amenazas hiciera que la tripulación, formada por jóvenes marineros del puerto de Kinjye, viviera también husmeando el aire, atenta al peligro. Y luego estaba el capitán. Este tenía motivos para estar receloso, y cada vez que Jun Do le ordenaba cambiar el rumbo para seguir una señal extraña tenía que hacer un esfuerzo por disimular el cabreo que le producía que hubieran destinado a un oficial de escucha a su barco. Jun Do solo consiguió que la tripulación empezara a congraciarse con él cuando adquirió el hábito de compartir con ellos las noticias sobre las dos chicas americanas que remaban alrededor del mundo.

Después de cumplir con su cuota diaria de sondeos militares, Jun Do se dedicaba a explorar todo el espectro de radio. Había emisoras reservadas a los leprosos, lo mismo que a los ciegos, y las familias de los presos de Manila transmitían las últimas novedades a las prisiones. Las familias pasaban el día haciendo cola para poder hablar sobre cartillas de notas, dientes de bebés y nuevas perspectivas laborales. Luego estaba el doctor Rendezvous, un británico que cada día narraba sus «sueños» eróticos y proporcionaba las coordenadas donde pensaba anclar su velero. Había una emisora de Okinawa que emitía retratos de familias japonesas que los militares estadounidenses se negaban a reclamar. Una vez al día, los chinos transmitían confesiones de prisioneros, y no importaba que estas fueran forzosas, falsas y en un lenguaje que no entendía: a Jun Do le resultaban casi insoportables. Pero al final siempre le tocaba el turno a la

chica que remaba en la oscuridad. Cada noche hacía una pausa para comunicar sus coordenadas, su estado físico y las condiciones atmosféricas. A menudo hablaba también sobre otras cosas: la silueta de los pájaros que migraban por la noche, o un tiburón ballena que cazaba camarones antárticos delante de la proa de su canoa. La chica aseguraba que cada vez le costaba menos soñar mientras remaba.

¿Qué tenían los angloparlantes que les permitía hablar por sus emisoras como si el cielo fuera un diario? Tal vez si los coreanos hubieran hablado de aquella forma, Jun Do les habría encontrado más sentido. A lo mejor habría entendido por qué había personas que aceptaban su destino y personas que no; a lo mejor habría comprendido por qué había hombres que registraban todos los orfanatos buscando a un niño en concreto, cuando cualquier niño les habría ido bien, cuando había niños perfectamente válidos en todas partes. Habría sabido por qué todos los pescadores del *Junma* llevaban el retrato de sus mujeres tatuado en el pecho, y por qué él se había convertido en el hombre que llevaba auriculares en la oscuridad de la bodega de un barco de pesca que pasaba veintisiete días al mes en alta mar.

Aunque la verdad era que no envidiaba a quienes remaban durante el día. De día, uno miraba *a través* de la luz el cielo y el agua. De noche, en cambio, mirabas *dentro* de todas esas cosas. Mirabas *dentro* de las estrellas, *dentro* de las olas oscuras y el sorprendente destello plateado de la espuma. Nadie observaba nunca la punta de un cigarrillo durante el día, y ¿quién montaba guardia a la luz del sol? Por la noche, en el *Junma*, reinaba la acuidad, el silencio, la calma. Los miembros de la tripulación tenían una mirada que era al mismo tiempo introspectiva y lejana. Seguramente habría otro hombre como él que hablaba inglés y al que habían destinado a un barco de pesca como aquel, donde escuchaba inútilmente todas las emisiones desde que el sol salía hasta que se ponía. Desde luego se trataba de otro humilde escribano como él. Había oído que la escuela de idiomas de Pyongyang donde te enseñaban a «hablar»

inglés estaba llena de *yangbans*, hijos de la élite que pasaban por el Ejército como condición previa para ingresar en el Partido, y que luego se dedicaban a la vida diplomática. A Jun Do no le costaba nada imaginar sus nombres patrióticos y su ropa china de fantasía, los veía pasando los días en la capital, practicando diálogos sobre cómo pedir café y comprar medicina en el extranjero.

Arriba, otro tiburón cayó sobre la cubierta y Jun Do decidió que por aquella noche ya bastaba. Estaba a punto de desconectar el instrumental cuando oyó la transmisión fantasma. Una vez por semana, aproximadamente, sintonizaba una emisión en inglés, potente y breve, que duraba unos pocos minutos antes de desaparecer. Aquel día las voces hablaban con acento americano y ruso, como de costumbre, y la emisión había empezado a media conversación. Los hombres hablaban sobre una trayectoria y una maniobra de ataque y repostaje. La semana anterior los había acompañado alguien que hablaba en japonés. Jun Do accionó la manivela que lentamente hacía girar la antena direccional, pero la señal de la transmisión era igual de potente con independencia de hacia dónde apuntara. Eso era imposible. ¿Cómo iba la señal a venir de todas partes?

De pronto, sin más, la transmisión pareció cortarse, pero Jun Do cogió el receptor de UHF y una parabólica portátil y subió a cubierta. El barco era una vieja embarcación soviética con el casco de acero, diseñado para las aguas frías, y su proa, alta y puntiaguda, hacía que con cada ola se hundiera y surcara las profundidades.

Jun Do se sujetó a la barandilla, apuntó con el plato hacia la bruma matutina y barrió el horizonte. Captó algunas conversaciones de pilotos de buques contenedores, y cuando apuntó hacia Japón, las comunicaciones navales se cruzaron con una emisión cristiana por el canal VHF. Había sangre en la cubierta y las botas militares de Jun Do dejaron un rastro zigzagueante que llegaba hasta la popa, donde las únicas transmisiones audibles eran los graznidos y ladridos de la encriptación naval estadounidense. Barrió rápidamente el cielo y localizó

a un piloto de Taiwan Air que lamentaba la proximidad del espacio aéreo de la República Popular Democrática de Corea. Pero aparte de eso no había nada más, la señal había desaparecido.

—¿Hay algo que debería saber? —preguntó el capitán.

—Mantenga el rumbo —le respondió Jun Do.

El capitán señaló con la cabeza la antena direccional que había en lo alto del timón, y que estaba diseñada para que pareciera un altavoz.

—Esa es un poco más sutil —dijo.

Habían acordado que Jun Do no cometería ninguna imprudencia, como por ejemplo subir a cubierta con el instrumental de espionaje. El capitán era un hombre mayor. En su día había sido corpulento, pero tras pasar varios años a bordo de una embarcación penitenciaria rusa, había adelgazado tanto que ahora la piel le colgaba por todas partes. Se notaba que en su día había sido un capitán enérgico y que daba órdenes claras, aunque estas implicaran pescar en aguas que Rusia exigía para sí. Se notaba asimismo que había sido también un prisionero enérgico, que había trabajado con cautela y sin quejarse, custodiado también de forma enérgica. Y ahora era las dos cosas a la vez.

El capitán se encendió un cigarrillo, le ofreció uno a Jun Do y se volvió para ver cómo iba la pesca del tiburón: cada vez que el maquinista levantaba uno con el cabrestante, el capitán pulsaba el botón de un contador manual. Los tiburones habían estado colgando de la plomada en aguas abiertas, de modo que los sacaban del agua en un estado de estupor debido a la falta de oxígeno, y los estampaban contra el casco del barco antes de levantarlos con la botavara. Una vez en la cubierta, sus movimientos eran lentos y movían la nariz como cachorros ciegos, abriendo y cerrando la boca como si intentaran decir algo. El trabajo del segundo oficial, un tipo joven y nuevo en el barco, consistía en retirar los anzuelos, al tiempo que con siete incisiones rápidas, de la zona dorsal a la zona anal, el primer oficial cortaba las aletas y devolvía el tiburón al agua, donde el animal, incapaz de maniobrar, no podía más que nadar

hacia las profundidades y desaparecer en la negrura, dejando un tenue rastro de sangre tras de sí.

Jun Do se asomó por el costado y lo vio hundirse mientras lo seguía con la parabólica. El agua que se filtraba a través de las agallas del tiburón despertaría de nuevo su mente y sus sentidos. En aquellos momentos navegaban por encima de la losa, de casi cuatro kilómetros de profundidad, por lo que el animal tenía ante sí tal vez media hora de caída libre. A través de los auriculares, el silbido de fondo del abismo sugería el espeluznante crujido de una muerte por presión. Ahí abajo no había nada que oír: todos los submarinos se comunicaban con ráfagas de frecuencia ultrabaja. No obstante, Jun Do apuntó con la parabólica hacia las olas y describió una lenta parábola de proa a popa: la transmisión fantasma tenía que provenir de alguna parte. ¿Cómo era posible que pareciera salir de todas partes si no venía de abajo? Jun Do notó cómo los miembros de la tripulación lo observaban.

—¿Ha encontrado algo ahí abajo? —le preguntó el maquinista.

—En realidad he perdido algo —respondió Jun Do.

Con la primera luz del día Jun Do se acostó, mientras la tripulación (el práctico, el maquinista, el primer oficial, el segundo oficial y el capitán) se pasó el día guardando las aletas de tiburón en cajas, cubiertas de capas de sal y hielo. Los chinos pagaban sus aletas con divisa fuerte y eran muy exigentes con el producto.

Jun Do se levantó antes de la cena, que para él era el desayuno. Aún tenía que redactar varios informes antes de que oscureciera. Había habido un incendio en el *Junma* que había afectado la cocina, la proa y la mitad de los camarotes, y que había dejado tan solo planchas de hojalata, un espejo renegrido y un lavabo partido por la mitad a causa del calor. Sin embargo, el horno seguía funcionando, y además era verano, de modo que la tripulación comía en la cubierta, desde donde de vez en cuando tenía ocasión de contemplar la puesta de sol. En el horizonte había un grupo de barcos de transporte de tropas de la flota estadounidense: unos barcos tan

enormes que parecía imposible que pudieran moverse, y menos aún flotar. Parecían una cadena de islas, tan antiguas que podrían haber tenido su propio idioma y sus dioses.

Habían pescado un mero con la plomada y se comieron las carrilleras en el acto, crudas. También habían capturado una tortuga, una presa nada corriente. La tortuga tardaría un día en estar bien estofada, pero el pescado lo cocinaron entero y le quitaron las espinas con los dedos. También había quedado un calamar enredado en el cable, pero el capitán no lo quiso subir a bordo. Había aleccionado muchas veces a sus hombres acerca del calamar: el viejo capitán consideraba que el pulpo era el animal más inteligente del océano, mientras que el calamar era el más salvaje.

Se quitaron las camisetas y fumaron mientras el sol se ponía. El *Junma* estaba al paro y se mecía con las olas, las boyas sueltas sobre la cubierta. Incluso las maromas y las botavaras tenían un brillo anaranjado bajo aquella luz, cálida como la de un horno. Los marineros vivían bien: no tenían unas cuotas tan exigentes como las de las fábricas y en el barco no había ningún altavoz que se pasara el día vociferando los boletines gubernamentales. Había comida y aunque la tripulación veía con recelo lo de tener a un oficial espía a bordo, eso significaba también que el *Junma* disponía de todos los cupones de combustible que necesitaba. Además, si Jun Do conducía la embarcación hacia un lugar donde se pescaba menos, todos recibían cartillas de racionamiento extra.

—¿Y bien, tercer oficial? —le preguntó el práctico—. ¿Cómo les va a nuestras chicas?

A Jun Do lo llamaban a veces tercer oficial, en broma.

—Están cerca de Hokkaido —les contó Jun Do—. Por lo menos ayer por la noche. Reman treinta kilómetros cada día.

—¿Y aún van desnudas? —preguntó el práctico.

—Solo la chica que rema en la oscuridad —dijo Jun Do.

—Dar la vuelta al mundo a remo... —comentó el segundo oficial—.

Eso solo lo puede hacer una mujer *sexy*. ¡Es tan absurdo y arrogante! Solo unas americanas *sexys* podrían ver el mundo como algo que hay que derrotar.

El segundo oficial no debía de tener más de veinte años. El tatuaje de su mujer que llevaba en el pecho era nuevo y se notaba que era una belleza.

—¿Quién ha dicho que sean *sexys*? —preguntó Jun Do, aunque él también se las imaginaba de aquella manera.

—Lo sé —admitió el segundo oficial—. Las chicas *sexys* creen que pueden hacer cualquier cosa. Créeme, es algo que veo a diario.

—Si tu mujer está tan buena —quiso saber el maquinista—, ¿por qué no se la llevaron a trabajar de azafata en la capital?

—Muy fácil —contestó el segundo oficial—. Su padre no quería que terminara haciendo de camarera o de puta en

Pyongyang, de modo que echó mano de sus contactos y le consiguió un puesto en la fábrica de pescado, lira una chica guapísima y de pronto llegué yo.

—Pues yo me lo creeré cuando lo vea —intervino el primer oficial—. Si no viene nunca a despedirte, por algo será.

—Dale tiempo —replicó el segundo oficial—. Aún se está acostumbrando. Yo le enseñaré la luz.

—Hokkaido —dijo el práctico—. Allí el hielo es peor en verano: las placas se parten y las corrientes se las tragan. El hielo que no ves es el que te destroza.

Entonces habló el capitán. Iba descamisado y con todos los tatuajes rusos a la vista: aquella luz sesgada les daba un aspecto pesado, como si fueran la causa por la que le colgaba la piel.

—Allí en invierno se hiela todo —contó—. Se te congelan los meados dentro de la polla y los restos de pescado en la barba. Intentas dejar el cuchillo y no lo puedes soltar. Una vez estábamos en la cámara de cortar cuando chocamos contra un iceberg sumergido. Se zarandeó el barco entero y nos caímos dentro de la montaña de tripas. Desde el suelo vimos

cómo el hielo rozaba el costado de la nave y abollaba el casco.

Jun Do se fijó en el pecho del capitán. El tatuaje de su mujer estaba borroso, como una acuarela. Un día, el barco del capitán no había regresado. A su mujer le habían adjudicado un marido de reemplazo y ahora el capitán estaba solo. Además, habían sumado los años que había pasado en la cárcel al tiempo de servicio que le debía al Estado, de modo que se había quedado sin jubilación.

—El frío puede aplastar un barco —soltó de pronto el capitán—, puede contraerlo todo, los marcos metálicos de las puertas y también los cerrojos, y dejarte encerrado en el depósito de residuos. Y nadie, absolutamente nadie, vendrá con cubos de agua caliente para rescatarte.

El capitán no le dirigió ninguna mirada extraña, ni mucho menos, pero Jun Do se preguntó si aquellas palabras sobre la prisión irían dirigidas a él por haber subido su instrumental de escucha a cubierta y haber despertado de nuevo al fantasma, haberle recordado que todo aquello se podía volver a repetir.

Cuando finalmente oscureció y los demás se metieron bajo cubierta, Jun Do le ofreció al segundo oficial tres paquetes de cigarrillos a cambio de que se subiera al timón y trepara al mástil al que estaba montado el altavoz.

—Lo haré —dijo el segundo oficial—, pero en lugar de cigarrillos quiero escuchar a las remeras.

El chico estaba preguntándole siempre a Jun Do qué aspecto tenían ciudades como Seúl y Tokio, y no se creía que Jun Do no hubiera estado nunca en Pyongyang. No era un gran escalador, pero sentía curiosidad por saber cómo funcionaban las radios y en parte eso compensaba sus deficiencias. Jun Do le enseñó cómo tenía que tirar del pasador para levantar la antena direccional y apuntarla hacia el agua.

Más tarde se sentaron en el puente de mando, aún caliente por el sol, a fumar. El viento les resonaba en los oídos y encendía el ascua de sus

cigarrillos. No había ninguna otra luz en el mar y el horizonte separaba la negrura absoluta del agua de la oscuridad lechosa del cielo, plagado de estrellas. Un par de satélites cruzaron el firmamento y, al norte, divisaron el rastro de varias estrellas fugaces.

—Las chicas de la barca —dijo el segundo oficial—, ¿tú crees que están casadas?

—No lo sé —respondió Jun Do—. Pero ¿qué importa?

—¿Cuánto se tarda en dar la vuelta al mundo a remo? ¿Un par de años? Aunque no tengan maridos, ¿qué pasa con el resto de las personas que han dejado atrás? ¿No les importa un huevo nadie, o qué?

Jun Do se sacó unas briznas de tabaco de la lengua y miró al chico, que contemplaba las estrellas con la cabeza apoyada en las manos. Era una buena pregunta: ¿qué pasaba con la gente que habían dejado atrás? Sin embargo, resultaba extraña en boca del segundo oficial.

—Hace un rato no hacías más que hablar tic lo *sexys* que eran —repuso Jun Do—, ¿Han hecho algo que te haya cabreado?

—Solo intento entender qué mosca debió de picarles el día que decidieron remar alrededor del mundo.

—¿Tú no lo harías si pudieras?

—A eso me refiero, que no se puede. ¿Cómo van a lograrlo, con las olas y el hielo, en esa barquita diminuta? Alguien se lo tendría que haber impedido. Tendrían que haberles quitado esa estúpida idea de la cabeza.

Por cómo hablaba, Jun Do habría dicho que el chaval no estaba acostumbrado al tipo de pensamientos profundos que le pasaban por la cabeza. Decidió hablar con él para calmarlo un poco:

—Ya han llegado a mitad de camino —señaló—. Además, estoy seguro de que son muy buenas atletas. Están entrenadas para hacer esto, seguramente sea su pasión. Y cuando dices barquita no pienses en una cáscara de nuez como este barco. Estamos hablando de chicas americanas, tendrán una embarcación de alta tecnología, con todo tipo de comodidades y aparatos electrónicos. No te las imagines como si fueran

esposas de funcionarios del Partido remando en una lata de sardinas.

Pero el segundo oficial apenas lo escuchaba.

—Pero y después de dar la vuelta al mundo, ¿qué? ¿Cómo vuelves a esperar a que te llegue el turno en el baño de tu bloque de apartamentos, sabiendo que has estado en América? A lo mejor el mijo sabía mejor en otro país y los altavoces no tenían un sonido tan metálico. De pronto el grifo que apesta es el tuyo. ¿Qué haces entonces?

Jun Do no respondió.

La luna había empezado a salir. En lo alto, vieron un avión a reacción que acababa de despegar de Japón; lentamente, empezó a girar para evitar el espacio aéreo de Corea del Norte.

—Seguramente se las terminen comiendo los tiburones —observó el segundo oficial al cabo de un rato, y apartó el cigarrillo—, bueno, ¿y de qué va todo eso de apuntar con la antena? ¿Qué hay ahí abajo?

Jun Do no estaba muy seguro de cómo responder a esa pregunta.

—Una voz.

—¿En el océano? ¿Y de quién es? ¿Qué dice?

—Hay varias voces americanas y de rusos que hablan en inglés. Una vez oí también a un japonés. Hablan sobre maniobras de ataque y cosas así.

—Sin ánimo de ofender, pero todo eso me suena a las teorías de conspiración que les oigo repetir una y otra vez a las viejas viudas de mi edificio.

Ciertamente, ahora que el segundo oficial lo expresaba en voz alta, sonaba un poco paranoide. Pero a Jun Do le gustaba la idea de una conspiración, pensar que había gente que se comunicaba, que las cosas obedecían a un plan, que lo que la gente hacía tenía intención, un sentido, un objetivo: necesitaba creer que era así, aunque comprendía que la gente normal no tenía necesidad de pensar en estos términos. La chica que remaba durante el día tenía el horizonte de donde venía y, si se volvía, el horizonte hacia el que se dirigía. Pero la chica que remaba en la

oscuridad solo tenía el chapoteo y la resistencia de cada remada, y el convencimiento de que al final todo eso la llevaría a su casa.

Jun Do miró el reloj.

—La remera nocturna estará a punto de dar el parte —dijo—. ¿O prefieres a la que rema durante el día?

El segundo oficial se enfureció de repente.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? ¿Qué importa? No quiero a ninguna de las dos. Mi esposa es la mujer más guapa de todo el bloque. Cuando la miro a los ojos, sé exactamente lo que está pensando, sé qué dirá antes de que lo diga. Y eso es la definición del amor, pregúntaselo a cualquier veterano.

El segundo oficial se fumó otro cigarrillo y cuando lo terminó lo tiró al mar.

—Pongamos que es verdad y que los rusos y los americanos están ahí abajo, en el fondo del océano. ¿Qué te hace pensar que traman algo?

Jun Do estaba pensando en las definiciones populares del amor: que era como dos manos que protegen un ascua para que no se apague, como una perla que brilla para siempre, incluso en la tripa de la anguila que se come la ostra, o como un oso que te da de comer miel de sus zarpas. Jim Do visualizó a aquellas chicas que compartían sus esfuerzos y su soledad e imaginó el momento en que los remos cambiaban de manos.

—Los americanos y los rusos están ahí abajo —afirmó Jun Do señalando el agua— y traman algo, lo sé. ¿Alguna vez has oído que alguien botara un submarino en nombre de la paz y de la jodida fraternidad?

El segundo oficial se reclinó en el puente de mando, el cielo inmenso sobre sus cabezas.

—No —repuso—, supongo que no.

El capitán salió de la timonera y le dijo al segundo oficial que tenía cubos de mierda que limpiar. Jun Do le ofreció un cigarrillo al capitán, pero cuando el chico se metió bajo cubierta, lo rechazó.

—No le meta ideas en la cabeza —dijo, y se alejó con calma por la pasarela que conducía a la proa superior del *Junma*.

Un carguero inmenso avanzaba lentamente ante ellos, la cubierta alfombrada de coches nuevos. Seguramente se dirigía de Corea del Sur a California y, al pasar, la luz de la luna se reflejó en rápida sucesión sobre un millar de parabrisas nuevos.

Un par de noches más tarde, el *Junma* tenía las bodegas llenas y se dirigía hacia el oeste, rumbo a casa. Jun Do fumaba con el capitán y el práctico cuando de pronto vieron cómo se encendía la luz roja intermitente de la timonera. Soplaban un norte que los empujaba y la cubierta estaba tranquila, como si no se movieran de sitio. La luz soltó otro destello.

—¿Va a contestar? —le preguntó el práctico al capitán.

Este se sacó el cigarrillo de la boca y se lo quedó mirando.

¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —repitió el práctico.

—Pues eso, ¿para qué? Sea lo que sea, seguro que para nosotros es una mierda.

Finalmente, el capitán se levantó y se alisó la chaqueta. El tiempo que había pasado en Rusia le había quitado el vicio del alcohol, pero se dirigió hacia la timonera más como si lo esperara un trago que como si fuera a responder a una llamada del ministro de Marina de Chongjin.

—A ese tío le falta un hervor —dijo el práctico, y en cuanto la luz roja se apagó supieron que el capitán había respondido a la llamada. Tampoco es que tuviera opción. El *Junma* no estaba nunca comunicado. Los rusos, antiguos propietarios del barco, habían instalado una radio de submarino: su larga antena estaba diseñada para transmitir desde debajo del agua y el aparato contaba con una batería de celda húmeda de veinte voltios.

Jun Do observó la silueta del capitán, que se recortaba dentro de la

timonera, e intentó imaginar qué podía estar diciendo por la radio por cómo se echaba el gorro hacia atrás y se frotaba los ojos. Jun Do, en su bodega, solo recibía transmisiones; no había emitido en su vida. Estaba construyendo un radiotransmisor en secreto, en tierra, pero cuanto menos le quedaba para terminarlo, más nervioso se ponía al pensar qué iba a decir.

El capitán regresó y se sentó en el hueco de la barandilla, sobre el que oscilaba el cabrestante, con las piernas colgando sobre el costado del barco. Se quitó el gorro, una prenda mugrienta que solo se ponía de vez en cuando, y lo dejó a un lado. Jun Do estudió el blasón de latón con la hoz y el martillo repujado en relieve sobre la esfera de una brújula y un arpón. Ya ni siquiera hacían gorros como ese.

—Bueno, ¿qué? —dijo el práctico—. ¿Qué quieren?

—Camarones —contestó el capitán—. Camarones frescos.

—¿En estas aguas? —preguntó el práctico—. ¿Y en esta época del año? —añadió, negando con la cabeza—. Imposible.

—¿Por qué no los compran? quiso saber Jun Do.

—Eso mismo les he preguntado yo —dijo el capitán—. Se ve que los camarones tienen que ser norcoreanos.

Una petición como esa solo podía venir de las altas esferas, tal vez de las más altas. Habían oído que los camarones de agua fría tenían mucha demanda en Pyongyang. La nueva moda era comérselos mientras aún estaban vivos.

—¿Y qué vamos a hacer? —dijo el práctico.

—¿Qué haremos? —se preguntó el capitán—. ¿Qué haremos?

—En realidad no hay nada que decidir —declaró Jun Do—. Nos han ordenado que pesquemos camarón y tenemos que pescar camarón, ¿no?

El capitán no respondió, se echó hacia atrás sobre la cubierta con los pies aún colgando y cerró los ojos.

—Ella era una convencida, ¿saben? —comenzó el capitán—. Mi mujer, digo. Pensaba que el socialismo era lo único que volvería a hacernos

fuertes. Siempre decía que pasaríamos por un período difícil, que requeriría sacrificios, pero que luego las cosas mejorarían. Nunca creí que fuera a echar eso de menos, la verdad. No era consciente de hasta qué punto necesitaba a alguien que me repitiera una y otra vez por qué hago lo que hago.

—¿Que por qué? —preguntó el práctico—. Porque otras personas dependen de usted. Todo el mundo aquí le necesita. Imagine qué sería del segundo oficial si no pudiera martirizarlo constantemente con sus preguntas estúpidas.

Pero el capitán lo mandó callar con un gesto.

—Los rusos me condenaron a cuatro años —dijo—. Cuatro años en un barco de destripe de pescado, no tomamos puerto ni una sola vez. Conseguí que los rusos soltaran a mi tripulación; eran jóvenes, chicos de pueblo en su mayoría. Pero ¿harán lo mismo la próxima vez? Lo dudo.

—Iremos a por camarones —propuso el práctico—, y si no encontramos, pues no encontramos.

El capitán no dijo nada sobre ese plan.

—Las traineras iban y venían sin parar —continuó—. Pasaban semanas en el mar y entonces venían donde nosotros y transferían la carga a nuestro barco-prisión. Nunca sabías qué le echarían. Estabas en la bodega de destripado y oías los motores de una trainera que se acercaba por la popa, y entonces se abrían las compuertas hidráulicas; a veces nos subíamos a las mesas de las sierras, porque por el tobogán bajaban miles de peces en oleada, seriola, bacalao, pargo e incluso sardinitas. De repente estabas de pescado hasta la cintura y ponías en marcha la sierra neumática, pues sabías que nadie saldría de allí hasta que no quedara ni un pescado por destripar. Unas veces el pescado llevaba seis semanas en una bodega y estaba congelado, y otras lo habían pescado esa misma mañana y aún olía a vida.

»Por la tarde abrían el desagüe y arrojaban miles de litros de tripas al mar. Siempre subíamos a la cubierta para ver el espectáculo: de la nada

aparecían nubes de aves marinas, seguidas de los peces grandes y los tiburones. Era un verdadero frenesí. Y entonces, de las profundidades, emergían los gigantescos calamares árticos, criaturas albinas que parecían leche en el agua. Cuando se ponían furiosos cambiaban de color, rojo y blanco, rojo y blanco, y cuando atacaban, para desconcertar a sus víctimas, se encendían y brillaban con una intensidad increíble. Era como ver una tormenta eléctrica submarina.

»Un día, dos traineras decidieron atrapar esos calamares. Una lanzó una traína que llegaba hasta las aguas profundas. La parte inferior de la red estaba conectada a la otra trainera, que actuaba como remolcadora. Los calamares salieron a la superficie lentamente, algunos pesaban hasta cien kilos, y cuando empezaron a emitir destellos, la remolcadora tiró de la red y los atrapó.

»Lo presenciamos desde cubierta. Incluso aplaudimos, por increíble que parezca. Acto seguido nos fuimos a trabajar, como si por el tobogán no estuvieran a punto de caernos cientos de calamares, electrificados de ira, encima de la cabeza.

Habría preferido mil tiburones, la verdad: por lo menos no tienen diez patas, ni un pico negro. Los tiburones no se enfadan, ni tienen ojos gigantes, ni ventosas con garfios. Dios, aún recuerdo el sonido de los calamares cayendo por el tobogán, los chorros de tinta, el chirrido de sus picos sobre el acero inoxidable, y sus colores centelleantes. A bordo había un tipo menudo, vietnamita, jamás lo olvidaré. Era un buen tipo, desde luego. Estaba todavía un poco verde, como nuestro segundo oficial, y lo tomé bajo mi protección. Era un chaval y aún no sabía nada de la vida. ¡Si hubieran visto las muñecas que tenía! No eran más anchas que esto.

Jun Do escuchaba la historia como si fuera una emisión procedente de algún lugar remoto, desconocido. Las historias reales, humanas, como aquella, podían costarte la cárcel. El tema era lo de menos. Que la historia hablara de una anciana o de un ataque de calamares era lo de

menos: si le robaba atención al Querido Líder, era peligrosa. Jun Do necesitaba la máquina de escribir, tenía que tomar nota, ese era el único motivo por el que escuchaba en la oscuridad.

—¿Cómo se llamaba? —le preguntó al capitán.

—La cuestión —señaló el capitán— es que quienes me arrebataron a mi mujer no fueron los rusos. Los rusos solo querían cuatro años; pasados esos cuatro años me soltaron. Pero aquí no hay final. Aquí nada tiene límite.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó el práctico.

—Quiere decir que vire el timón —le dijo el capitán—. Volvemos hacia el norte.

—No va a cometer ninguna estupidez, ¿verdad? —se inquietó el práctico.

—Lo que voy a hacer es ir a por camarones.

—¿Estaba pescando camarones cuando lo apresaron los rusos?

Pero el capitán había cerrado los ojos.

—Vu —dijo—. El chico se llamaba Vu.

El día siguiente por la noche brillaba una luna clara y se encontraban ya mucho más al norte, en los bancos de Juljuksan, una cadena de islas con arrecifes volcánicos en litigio. El capitán le había pedido a Jun Do que pasara todo el día escuchando («quiero saber si hay algo o alguien cerca»), pero cuando se acercaron al atolón más meridional, ordenó que apagaran todo el instrumental para que las baterías pudieran alimentar los focos.

Pronto empezaron a oír las olas que rompían aquí y allá; ver la espuma blanca recortarse sobre la invisible negrura resultaba desconcertante. Ni siquiera la luna servía de nada si no podías distinguir las rocas. El capitán estaba al timón, con el práctico, y el primer oficial se encontraba en la proa con el loco grande. Con la ayuda de linternas, el segundo oficial y Jun Do iluminaban estribor y babor respectivamente en un intento por

calibrar la profundidad. Con las bodegas llenas, el *Junma* iba hundido en el agua y tardaba en maniobrar, de modo que el maquinista estaba junto al motor, por si tenía que dar gas de forma urgente.

Había un único canal que avanzaba serpenteando por entre los yacimientos de lava sólida, pero incluso la marea tenía problemas para abrirse paso por él y la corriente empezó pronto a arrastrarlos casi de costado, a través de la depresión. El fulgor oscuro del fondo marino pasaba a toda velocidad bajo el haz de la linterna de Jun Do.

El capitán parecía haber revivido y mostraba la sonrisa desenfrenada de quien no tiene nada que perder.

—Los rusos bautizaron este canal como el fox-trot —comentó.

A lo lejos, en la marea, Jun Do divisó una nave. Llamó al primer oficial y la iluminaron entre los dos: era una patrullera desvencijada, y yacía de lado sobre un ostrero. No conservaba ninguna marca y era evidente que llevaba tiempo en las rocas. La antena era pequeña y en forma de espiral, por lo que Jun Do se dijo que no habría ninguna radio a bordo digna de ser rescatada.

—Apuesto que zozobró en otro lugar y la marea la arrastró hasta aquí —dijo el capitán.

Jun Do no estaba tan seguro. El práctico no dijo nada.

—Comprobad si lleva un bote salvavidas —ordenó el capitán.

Al segundo oficial le reventaba encontrarse en el lado equivocado del barco.

—¿Para saber si hubo supervivientes? —preguntó.

—Tú preocúpate de tu linterna —le dijo el práctico.

—¿Veis algo? —preguntó el capitán.

El primer oficial negó con la cabeza.

Jun Do vio el destello rojo de un extintor unido con una correa a la popa de la embarcación, pero aunque le hubiera encantado que el *Junma* contara con un extintor, optó por no abrir la boca. Pasaron a toda velocidad junto al barco naufragado, que desapareció tras ellos.

—Supongo que no hay bote salvavidas por el que valga la pena irse a pique —se lamentó el capitán.

Habían apagado el incendio del *Junma* con cubos, de modo que el momento de abandonar el barco, el momento en que el segundo oficial se habría percatado de que no disponían de bote salvavidas, nunca llegó a producirse.

—¿Qué pasa con el bote salvavidas? —preguntó el segundo oficial.

—Que te concentres en la linterna —le repitió el práctico.

Dejaron atrás el traicionero rompeolas en alta mar y, como si alguien hubiera cortado una soga, el *Junma* se adentró en aguas más tranquilas. Tenían el escarpado saliente de la isla sobre ellos, y a sotavento había una ancha laguna que las corrientes exteriores mantenían en movimiento continuo. Ese era el lugar donde se solían congregarse los camarones. Apagaron primero las luces y luego el motor, y entraron en la laguna por inercia. Pronto estuvieron a merced de la corriente circular. La corriente era constante y tranquila, y nadie pareció preocuparse ni siquiera cuando el casco tocó la arena.

Bajo los peñascos de obsidiana había una playa empinada, negra y brillante, de un fulgor tan acerado que seguramente podía lacerarte los pies. En la arena crecían árboles retorcidos, de aspecto diminuto, y bajo la luz azulada se podía ver que el viento les había rizado incluso las hojas. En el agua, la luna iluminaba conglomerados de detritus que la marea había arrastrado desde los estrechos.

El maquinista extendió las batangas, echó las redes y dejó que se empaparan para que permanecieran hundidas aunque el barco avanzara lentamente. Los dos oficiales aseguraron las maromas y las poleas, y a continuación levantaron las redes para ver si había algún camarón. Varios brincaron sobre la red de nailon verde, pero también había otra cosa.

Vaciaron las redes, y sobre la cubierta, entre la fosforescencia y la agitación de varias docenas de camarones, aparecieron un par de zapatillas deportivas desaparejadas.

—Eso son zapatillas americanas —dijo el maquinista.

Jun Do leyó lo que ponía en las zapatillas.

—«Nike.»

El segundo oficial cogió una y Jun Do se percató de su mirada.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. Las remeras están lejos de aquí.

—Lee la etiqueta —le pidió el segundo oficial—. ¿Es una zapatilla de mujer?

El capitán se acercó y examinó una de las zapatillas: la olisqueó y dobló la suela para ver cuánta agua sacaba.

—No se molesten —dijo finalmente—. No las ha llevado nunca nadie.

Le indicó al práctico que encendiera los focos, lo que reveló cientos, tal vez miles de zapatillas flotando en el agua verde gris. El práctico examinó las aguas.

—Espero que no haya ningún contenedor de carga girando dentro de esta bañera —declaró—, esperando para arrancarnos el fondo del casco.

El capitán se volvió hacia Jun Do.

—¿Ha interceptado alguna llamada de socorro?

—Ya sabe cuál es la política al respecto respondió Jim Do.

—¿Cuál es la política respecto a las llamadas de socorro? —preguntó el segundo oficial.

—Sí, ya sé cuál es la política —aseguró el capitán—. Solo quiero saber si hay un montón de barcos dirigiéndose hacia nosotros en respuesta a una llamada.

—No he oído nada —repuso Jun Do—. Pero la gente ya no pide socorro por radio. Ahora tienen balizas de emergencia y artilugios que transmiten automáticamente las coordenadas de GPS a través de los satélites. Y yo no intercepto nada de eso. El práctico tiene razón, seguramente un contenedor cayó por la borda de un carguero y terminó viniendo a parar aquí.

—¿Y nosotros no respondemos a las llamadas de socorro? —preguntó el segundo oficial.

—Con él a bordo, no —dijo el capitán, y le dio un zapato a Jun Do—. Bien, caballeros, volvamos a meter esas redes en el agua. Nos espera una noche larga.

Jun Do encontró una emisora de música, cuya señal llegaba alta y clara desde Vladivostok, y la hizo sonar a través de un altavoz de cubierta. Era Strauss. Empezaron a escrutar las aguas negras y apenas tuvieron tiempo para maravillarse del calzado deportivo que se iba amontonando en las escotillas.

Mientras la tripulación pescaba zapatillas, Jun Do se puso los auriculares. Se oía un sinfín de graznidos y ladridos ahí fuera: alguien, en alguna parte, se iba a llevar una alegría. Se había perdido las confesiones en chino de cada día justo después de la puesta de sol, aunque tampoco le importaba demasiado, pues las voces le parecían siempre desesperadamente tristes, y por lo tanto también culpables. Sí oyó a las familias de Okinawa que llamaban a los padres que los escuchaban desde los barcos, pero era difícil sentir lástima por unos hijos que tenían madres y hermanos. Además, el buen humor de sus «¡Adóptanos!» resultaba repugnante. Cuando las familias rusas se dirigían en tono jovial a los padres que se encontraban en la cárcel era para infundirles ánimos. ¿Pero suplicarle a un padre que volviera? ¿Quién iba a tragarse eso? ¿Quién iba a querer ocuparse de un hijo tan desesperado y patético?

Jun Do se quedó dormido en su puesto de escucha, cosa nada habitual. Lo despertó la voz de la chica que remaba en la oscuridad. Había estado remando desnuda, dijo, y bajo un cielo que era «negro y ondulado como un clavel empapado de linfa». Había tenido una visión según la cual un día los humanos iban a regresar a los océanos y desarrollarían aletas y espiráculos. La humanidad volvería a ser una en el océano, y no habría ni intolerancia ni guerras. «La pobre está fatal», pensó Jun Do, que decidió no poner al segundo oficial al día.

Por la mañana, el *Junma* puso de nuevo rumbo al sur. Las redes iban

llenas y oscilaban violentamente con su ligero botín de zapatillas. Había cientos de zapatillas más sobre la cubierta, y el primer y segundo oficiales habían empezado a atarlas juntas, según su diseño. Colgaban como guirnaldas de todas las abrazaderas, secándose al sol. Era evidente que habían logrado aparejar muy pocas zapatillas, pero aun así, y a pesar de la falta de sueño, se les veía de muy buen humor.

El primer oficial encontró una pareja, azul y blanca, y la ocultó bajo su litera. El práctico estudió con asombro un zapato de la talla cincuenta, preguntándose qué tipo de hombre necesitaba un calzado así. El maquinista, por su parte, había formado una alta montaña de zapatillas que pretendía que se probara su mujer. Los tonos plateados y rojos, los detalles llamativos y las franjas reflectantes, los blancos blanquísimos... Aquellos zapatos eran oro puro, y equivalían a comida, regalos, sobornos y favores. Cuando te los ponías era como si no llevaras nada en los pies. Aquellos zapatos daban a los calcetines de la tripulación un aspecto francamente inmundo, y al lado de aquel color tan puro, sus piernas parecían manchadas y quemadas por el sol. El segundo oficial buscó y rebuscó, hasta encontrar un par que bautizó como sus «zapatos americanos». Eran dos zapatillas de mujer, una roja y blanca, y la otra azul. Arrojó sus zapatos por la borda y se paseó por cubierta con una Nike distinta en cada pie.

Ante ellos, al este, se había formado un frente nuboso, con un remolino de aves marinas que avanzaban junto al vértice más próximo. Era una surgencia: el agua fría del fondo de la fosa subía a la superficie y se condensaba. Se trataba de las aguas profundas que buscaban los cachalotes y donde los tiburones de seis branquias se sentían como en casa. Junto con aquella agua subían del fondo medusas negras, calamares y camarones de las profundidades, blancos y ciegos. Según decían, el mismísimo Querido Líder se comía esos camarones, cuyos enormes ojos estaban cerrados y aún se retorcían, sazonados con caviar.

El capitán cogió los prismáticos y evaluó la situación. Entonces hizo

sonar una campana y los oficiales se levantaron de un brinco, con sus zapatillas nuevas.

—Vamos, chicos —dijo el capitán—. Seremos héroes de la revolución.

El capitán cogió las redes él mismo, mientras Jun Do ayudaba al maquinista a construir un vivero con dos tinas de agua de lluvia y una bomba de lastre. Sin embargo, adentrarse en aquellas aguas agitadas resultó ser más complejo de lo que habían imaginado. Lo que al principio parecía niebla resultó ser un banco de nubes de varios kilómetros de diámetro. Las olas los embestían desde ángulos inesperados, de modo que resultaba difícil mantener el equilibrio. Veloces islotes de niebla recorrían las olas y generaban inesperados bosques y prados de visibilidad.

Obtuvieron frutos ya la primera vez que echaron las redes. Los camarones eran casi transparentes bajo el agua, blancos cuando sacaron la red, y otra vez transparentes mientras chapoteaban en el vivero, estirando y replegando sus largas antenas. Cuando el capitán ordenó volver a echar las redes, las aves habían desaparecido, y el práctico empezó a guiar la nave a través de la niebla para encontrarlas.

Era imposible adivinar la dirección que habían tomado desde el agua, pero los oficiales manejaban las redes y se inclinaban hacia un lado u otro según de dónde vinieran las olas. De repente hubo una conmoción en la superficie del agua.

—¡Los atunes los han encontrado! —exclamó el capitán, y el primer oficial volvió a echar las redes.

El práctico giró el timón y empezó a estrechar el cerco, aunque la resistencia de las redes amenazaba con volcar la embarcación. Dos olas convergieron y embistieron simultáneamente el *Junma*, y varias zapatillas sueltas cayeron al agua, pero la captura permaneció dentro de las redes, y cuando el maquinista levantó el botín y lo sacó del agua, este brilló con Tuerza, como si hubieran estado pescando candelabros. En aquel momento, como si existiera una comunicación secreta entre ellos,

los camarones del tanque empezaron también a brillar.

Se acercaron todos al vivero para ayudar a desembarcar el botín, pues en cuanto se encontrara sobre la cubierta podía oscilar en cualquier dirección. El maquinista manejaba el cabrestante, y cuando el capitán le gritó que lo detuviera, la red se bamboleó violentamente. El capitán escrutó la niebla desde la borda. Los demás se quedaron también inmóviles, observando no sabían muy bien qué, desconcertados por aquella súbita quietud en medio del vaivén del barco y los giros de la red. El capitán le indicó al práctico que hiciera sonar la bocina y todos aguzaron el oído por si recibían una respuesta de entre la niebla.

—Ocupe su puesto bajo cubierta —le indicó el capitán a Jun Do— y dígame qué oye.

Pero ya era demasiado tarde: al cabo de un instante, la nube se aclaró y todos vieron la proa inmóvil de una fragata estadounidense. El *Junma* dio una cabezada, como si lo llevara el diablo, pero la maniobra no sirvió de nada ante el buque americano, en cuya barandilla había reunidos varios hombres con prismáticos. Al momento se les echó encima una embarcación de abordaje hinchable y los americanos empezaron a

lanzar cabos a su barco: ahí estaban los hombres que calzaban un cincuenta.

Los americanos se pusieron manos a la obra sin perder un instante, y ejecutaron una coreografía consistente en apuntar aquí y allá con sus rifles negros, y levantarlos cuando estaban seguros de que no había peligro. Comprobaron la timonera, la galera y los camarotes inferiores. Desde la cubierta se los oía avanzar por todo el barco, gritando «vía libre, vía libre».

Con ellos iba un oficial de la Marina surcoreana, que se quedó en la cubierta mientras los americanos examinaban el barco. El oficial surcoreano iba impecable, vestido con su uniforme blanco, y se llamaba Pak. Llevaba un casco blanco con franjas azul claro y reborde plateado. Pidió un manifiesto, el documento de abanderamiento del barco y la

licencia del capitán, pero el *Junma* no disponía de ninguna de esas tres cosas. Pak quiso saber dónde estaba la bandera y por qué no habían respondido cuando les habían hecho señas.

Los camarones oscilaban en la red. El capitán le dijo al primer oficial que los echara dentro del vivero.

—No, que lo haga ese —dijo Pak, y señaló a Jun Do.

Jun Do miró al capitán, que asintió con la cabeza. Jun Do se acercó a la red e intentó sujetarla a pesar del vaivén del barco. Aunque había visto a los pescadores hacerlo muchas veces, lo cierto era que nunca se había encargado de descargar una captura. Encontró la abertura e intentó calcular el momento en el que la red pasaría justo por encima del vivero, pues creía que el botín saldría disparado todo de golpe, pero en cuanto tiró de la maroma, los camarones cayeron en un chorro uniforme. En un primer momento fueron a dar dentro del barril, pero entonces la embarcación pegó un bandazo y se desparramaron por toda la borda, los canalones de desagüe y, finalmente, sobre sus botas.

—Ya decía yo que no parecías pescador —señaló Pak—. Mira la piel que tienes, mira esas manos. Quítate la camisa —le ordenó.

—Aquí las órdenes las doy yo —intervino el capitán.

—Quítate la camisa, maldito espía, si no quieres que te la quiten los americanos.

Bastó con que se desabrochara un par de botones para que Pak constatará que Jun Do no llevaba ningún tatuaje en el pecho.

—No estoy casado —dijo Jun Do.

—No estás casado —repitió Pak.

—Eso es lo que ha dicho, no está casado —corroboró el capitán.

—Los norcoreanos nunca te habrían dejado salir a navegar si no estuvieras casado. ¿A quién iban a meter en la cárcel si desertaras?

—Mire —terció el práctico—, somos pescadores y volvíamos ya a puerto. Eso es todo.

Pak se volvió hacia el segundo oficial.

—¿Cómo se llama? —le preguntó señalando a Jun Do.

El segundo oficial no contestó y miró al capitán.

—No lo mires a él —ordenó Pak, que se le acercó un poco más—.

¿Cuál es su posición?

—¿Cómo su posición?

—En el barco —dijo Pak—. A ver, ¿cuál es tu posición?

—Segundo oficial.

—De acuerdo, segundo oficial —dijo Pak, y señaló a Jun Do—. ¿Y este tío sin nombre? Responde, ¿cuál es su posición?

—Tercer oficial —contestó el segundo oficial.

Pak se echó a reír.

—Sí, claro, tercer oficial. Muy bien, cojonudo. Voy a escribir una novela de espías y la titularé *El tercer oficial*. Espías de mierda, qué asco me dais. Estáis espionando a naciones libres. ¡Lo que intentáis desestabilizar son democracias!

Algunos de los americanos subieron a cubierta. Llevaban la cara y los hombros tiznados de haber pasado por lugares estrechos y chamuscados. Habían terminado ya de peinar el barco y llevaban los rifles colgados a la espalda. Su actitud era relajada y jocosa; eran sorprendentemente jóvenes. Resultaba increíble pensar que pudieran dejar aquel acorazado en manos de unos niños. De repente parecieron repartir por primera vez en las zapatillas deportivas. Uno de los marines cogió una del suelo.

—La leche —dijo—. Son las nuevas Air Jordán. No se encuentran ni en Okinawa.

—He aquí la prueba —declaró Pak—. Estos tíos son un puñado de espías, piratas y bandidos, y vamos a arrestarlos a todos.

El marine que había cogido la zapatilla miró a los pescadores con admiración.

—¿Un piti? ¿Un piti? —preguntó, y les ofreció un cigarrillo. Solo Jun Do aceptó la oferta, un Marlboro de sabor muy intenso. El marine llevaba un mechero con un misil de crucero sonriente, con un bíceps flexionado a

modo de alero—. Así me gusta —dijo—. Menudos bandoleros están hechos estos norcoreanos.

Dos de los otros marines negaron con la cabeza ante el estado del barco, en especial los pernos oxidados que sujetaban las cuerdas de salvamento.

—¿Espías? —preguntó uno de ellos—. Pero si no tienen ni radar. Joder, si navegan con brújula. No hay ni un solo mapa en la sala de mapas. Guían esta cafetera a ciegas.

—No comprenden lo arteros que son estos norcoreanos —le replicó Pak—. Toda su sociedad se basa en el engaño. Pero esperen, desvalijaremos este barco y ya verán como tengo razón.

Se agachó y abrió la escotilla de la bodega delantera. Dentro había miles de caballas con la boca abierta, pues las habían congelado vivas.

Entonces Jun Do se dio cuenta de que si descubrían su instrumental se burlarían de él: lo arrancarían, lo sacarían a la superficie y se reirían de su tinglado. Y entonces nunca más volvería a oír una historia erótica del doctor Rendezvous, no sabría si los presos rusos habían obtenido la provisional, y la pregunta de si sus remeras lograban volver a casa se convertiría en un misterio eterno. Y él estaba ya harto de misterios eternos.

Uno de los marines salió de la timonera con una bandera de la República Popular Democrática de Corea a modo de capa.

—¡Qué cabrón! —le espetó otro de los marines—. ¿De dónde coño has sacado eso? Si sabes lo que te conviene, ya estás trayendo eso para acá.

Otro marine salió de debajo de la cubierta. Llevaba una placa de identificación en la que podía leerse «Teniente Jervis» y un portafolios en la mano.

—¿Tienen chalecos salvavidas? —preguntó a la tripulación.

Jervis hizo el gesto como de ponerse un chaleco, pero la tripulación del *Junma* negó con la cabeza. Jervis marcó una casilla del portafolios.

—¿Y pistola lanzabengalas? —agregó, y fingió disparar al aire.

—Ni hablar —dijo el capitán—. A mi barco no sube ninguna pistola.

Jervis se volvió hacia Pak.

—¿Usted es el intérprete o no? —le espetó.

—Soy un oficial de inteligencia —respondió este.

—¿Quiere hacer el jodido favor de traducir por una vez?

—Pero ¿no me han oído? ¡Son espías!

—¿Espías? —preguntó Jervis—. El barco está medio incendiado. Ni siquiera tienen un cagadero. Pregúntele si tienen extintor.

A Jun Do se le iluminaron los ojos.

—¡Ah! —exclamó Pak—. Ese lo ha entendido. Seguramente hablan todos inglés.

Jervis imitó un extintor, con sonido y todo. El maquinista juntó las manos, como si rezara. Aunque llevaba una radio, Jervis se volvió hacia el acorazado y gritó:

—¡Necesitamos un extintor!

Hubo un breve debate en la cubierta del buque americano.

—¿Hay un incendio? —fue la respuesta.

—¡Joder! —exclamó Jervis—. Mandadme uno y punto.

—Lo venderán en el mercado negro intervino Pak—. Son unos bandidos, viven en un país de bandidos.

Cuando Jun Do vio que desde el acorazado arriaban un extintor rojo atado a una cuerda, comprendió súbitamente que los americanos los iban a dejar marchar. Apenas había pronunciado una palabra en inglés en su vida, pues eso no formaba parte de su instrucción, pero aun así dijo:

—Bote salvavidas.

Jervis se lo quedó mirando.

—¿No tienen bote salvavidas?

Jun Do negó con la cabeza.

—¡Mandad también una lancha hinchable! —les gritó a los del acorazado.

Pak estaba al borde de un ataque. Se quitó el casco y se pasó los dedos por el pelo de punta.

—¿No es evidente por qué no les permiten llevar bote salvavidas?

—Debo reconocer que tenía razón en lo de que ese entiende inglés —le dijo Jervis a Pak.

En la timonera, varios marines manosearon la radio. Se les oía ahí dentro, transmitiendo mensajes. Uno cogió el auricular y dijo:

—Esto es una llamada personal para Kim Jong-il de Tom Johnson. Hemos interceptado su salón de belleza flotante pero no encontramos ni la laca de pelo, ni el pelele, ni los zapatos de plataforma, cambio.

El capitán creía que les iban a dar un bote salvavidas, de modo que cuando vio que atado a la cuerda había un fardo amarillo del tamaño de un saco de veinte kilos de arroz se quedó desconcertado. Jervis le mostró dónde estaba el tirador para desplegarlo e hizo un gesto con los brazos para indicar las dimensiones que iba a adquirir.

Todos los americanos llevaban unas pequeñas cámaras y cuando uno empezó a tomar fotografías, los demás lo imitaron. Fotografiaron los montones de zapatillas Nike, el lavabo marrón donde se afeitaba la tripulación, el caparazón de tortuga que se secaba al sol, y el trozo de barandilla que el maquinista había cortado para que pudieran cagar directamente en el mar. Uno de los marines encontró el calendario del capitán, con fotos de la actriz Sun Moon y fotogramas de sus últimas películas. Los soldados empezaron a reírse de que las modelos coreanas llevaran vestidos de cuerpo entero, pero el capitán no pensaba tolerar esa afrenta, de modo que fue y les arrancó el calendario de las manos. En ese momento, uno de los marines salió de la timonera con el retrato enmarcado de Kim Jong-il que llevaba el barco. Había logrado arrancarlo de la pared y lo sostenía en alto.

—¿Qué os parece esto? —preguntó—. Es el menda en persona.

La tripulación del *Junma* se quedó de una pieza y Pak reaccionó inmediatamente.

—No, no, no —dijo—. Esto es muy serio. Tienen que dejarlo donde estaba.

Pero el marine no pensaba devolver el retrato.

—Hace un momento ha dicho que eran un hatajo de espías, ¿no? Pues esto lo he encontrado yo y me lo quedo, ¿verdad, teniente?

El teniente Jervis intentó quitarle hierro al asunto:

—Los chicos bien se merecen un recuerdo...

—Pero con esto no se pueden hacer bromas —dijo Pak—. La gente va a prisión por esto. En Corea del Norte esto puede significar la muerte.

Otro marine salió de la timonera: había arrancado el retrato de Kim Il-sung.

—Mira, su hermano —dijo.

Pak levantó las dos manos.

—Un momento —protestó—. No lo entienden. Están mandando a estos hombres a la tumba. Lo que tenemos que hacer es detenerlos e interrogarlos, no condenarlos.

—¡Mirad qué he encontrado! —exclamó otro marine, que salió de la timonera con el gorro del capitán.

Con dos pasos cortos, el segundo oficial se había sacado el cuchillo de destripar tiburones y se lo había puesto en la garganta al marine. Media docena de rifles se levantaron al unísono y soltaron un chasquido casi instantáneo. En la cubierta de la fragata, los marines con sus tazas de café se quedaron helados. En el silencio se oyó el tintineo habitual del aparejo y el chapoteo del agua que salía del vivero. Jun Do notó cómo las olas que rebotaban en la proa de la fragata sacudían el *Junma*.

El capitán se dirigió al segundo oficial con voz serena:

—Es solo un gorro, hijo.

El segundo oficial le respondió al capitán sin separar los ojos de los del marine.

—No puedes ir por el mundo haciendo lo que te dé la gana. Hay reglas y las reglas están para cumplirlas. No puedes ir por ahí robándole el gorro a la gente.

—Dejemos que el marine se vaya —sugirió Jun Do.

—Yo sé dónde está el límite —repuso el segundo oficial—. Y no soy yo quien lo está cruzando, sino ellos. Alguien los tiene que detener, alguien les tiene que quitar estas ideas de la cabeza.

Jervis también había levantado el arma.

—Pak —dijo—. Comuníqueles que este hombre está a punto de recibir un tiro, por favor.

Jun Do dio un paso al frente. El segundo oficial tenía la mirada fría y centelleante de incertidumbre. El marine le dirigió una mirada suplicante a Jun Do, quien, con gesto delicado, le quitó el gorro de la cabeza y puso una mano encima del hombro del segundo oficial.

—Hay que detener a un hombre antes de que cometa una estupidez —dijo el segundo oficial, que acto seguido dio un paso hacia atrás y arrojó el cuchillo al mar.

Sin bajar los rifles, los marines se volvieron hacia Jervis, que se acercó a Jun Do.

—Gracias por hacer entrar en razón a su hombre —dijo, y al estrecharle la mano le entregó su tarjeta de visita—. Por si alguna vez se encuentra en el mundo libre —añadió, y echó un largo último vistazo al *Junma*—. Aquí no hay nada —dijo finalmente—. Retirada de forma controlada, caballeros.

Lo que vino a continuación fue casi una coreografía de ballet: uno a uno, los marines bajaron el rifle, retrocedieron, dieron media vuelta y volvieron a levantarlo. Los ocho americanos abandonaron el *Junma* de tal forma que en todo momento hubo siete rifles apuntando a la tripulación y, no obstante, tras una serie de movimientos silenciosos, la cubierta quedó despejada y la embarcación de abordaje empezó a alejarse.

Al instante, el práctico ocupó el timón e hizo virar el *Junma*. La niebla había empezado ya a tragarse las aristas del casco gris de la fragata. Jun Do entornó los ojos para intentar ver a través de la niebla, e imaginó el puente de comunicaciones y el instrumental con los que debía de contar, capaz de oírlo lodo, de captar cualquier cosa que se dijera en cualquier

lugar del mundo. Miró la tarjeta que tenía en la mano. No se trataba de una fragata, sino de un buque interceptor, el *USS Fortitude*; en ese mismo momento se dio cuenta de que tenía las botas hundidas en un palmo de camarones.

Aunque no les quedaba demasiado combustible, el capitán dio orden de poner rumbo al oeste y la tripulación esperó que su objetivo no fuera encontrar una cala poco profunda donde hundir el profanado *Junma*, sino regresar a la seguridad de las aguas norcoreanas. Avanzaban con las olas, a buena velocidad, y al tener la tierra a la vista se les hacía extraño no oír la bandera agitarse en lo alto. El práctico, al timón, no podía quitarle el ojo de encima a los dos recuadros blancos donde habían colgado los retratos de los dos líderes.

Jun Do, agotado en pleno día, barría los camarones que habían derramado y los echaba a los canalones de desagüe y, de ahí, al mar, para devolverlos al mundo que los había creado. Pero barría con denuedo fingido, del mismo modo que los oficiales fingían afanarse alrededor del vivero y que el cabrestante que sujetaba el maquinista no era más que una pieza de atrezo. El capitán iba de aquí para allá por la cubierta, con un enfado creciente a juzgar por cómo murmuraba para sí, y si bien nadie quería acercársele cuando estaba de aquella manera, tampoco le quitaban el ojo de encima.

El capitán volvió a pasar junto a Jun Do. El viejo tenía la piel enrojecida y el negro de sus tatuajes resaltaba con fuerza.

—Tres meses —dijo—. Tres meses en este barco y ni siquiera puede fingir ser un marinero. Nos ha visto vaciar las redes en esta cubierta por lo menos un centenar de veces. ¿Acaso no come de los mismos platos y caga en el mismo cubo que nosotros?

Todos siguieron al capitán con la mirada mientras se dirigía hacia la proa, y cuando regresó los oficiales dejaron de fingir que trabajaban y el práctico salió de la timonera.

—Se instala ahí abajo con sus auriculares y se pasa la noche girando los diales y tecleando en la máquina de escribir. Cuando subió a bordo dijeron que sabía taekwondo, dijeron que sabía matar. Yo pensaba que cuando llegara el momento demostraría de qué era capaz. ¿Qué especie de oficial de inteligencia es usted, si no sabe ni hacerse pasar por un campesino ignorante como los demás?

—No estoy en inteligencia —dijo Jun Do—. Yo solo soy un tipo al que mandaron a la escuela de idiomas.

Pero el capitán ni siquiera lo escuchaba.

—Lo que ha hecho el segundo oficial ha sido una estupidez, pero él por lo menos nos ha intentado defender, no ponernos en peligro. Usted, en cambio, se ha quedado bloqueado y ahora es posible que todo haya terminado para nosotros.

El primer oficial intentó decir algo, pero el capitán lo fulminó con la mirada.

—Podría haber dicho que era periodista y que estaba trabajando en un artículo sobre un grupo de humildes pescadores. Podría haber dicho que era de la Universidad Kim Il-sung y que estaba estudiando los camarones. Ese oficial no quería hacerse amigo suyo, usted no le importa lo más mínimo.

V esos —añadió el capitán señalando la costa—, esos son aún peores. Para ellos las personas no significan nada, nada de nada.

Jun Do le dirigió al capitán una mirada fría.

—¿Me ha entendido?

Jun Do asintió en silencio.

—Pues repítalo.

—Para ellos las personas no significan nada —dijo Jun Do.

—Eso es —respondió el capitán—. Lo único que les importa es la historia que les contemos y si les resulta útil o no. (Cuando le pregunten qué ha pasado con la bandera y los retratos, ¿qué historia les contará?

—No lo sé —reconoció Jun Do.

El capitán se volvió hacia el maquinista.

—Ha habido otro incendio —dijo este—, esta vez en la limonera, y lamentablemente los retratos se han quemado. Podríamos provocar un incendio y, cuando nos parezca que el barco está lo bastante chamuscado, apagarlo con el extintor. Lo suyo sería entrar en el puerto con el barco aún humeando.

—Bien, bien —aprobo el capitán, que le preguntó al maquinista cuál había sido su papel.

—Me he quemado las manos intentando salvar los retratos.

—¿Cómo se ha originado el fuego? —preguntó el capitán.

—A causa del combustible chino barato —respondió el segundo oficial.

—Bien —dijo el capitán.

—O de combustible surcoreano contaminado —intervino el primer oficial.

—Mejor aún —observó el capitán.

—Y yo me he quemado el pelo intentando salvar la bandera —sugirió el práctico.

—¿Y usted, tercer oficial? —preguntó el capitán—. ¿Cuál ha sido su participación en el incendio?

Jun Do lo pensó un momento.

—Pues... —dijo—. ¿Echar cubos de agua?

El capitán le dirigió una mirada de desprecio. Entonces cogió una zapatilla y estudió sus colores: verde y amarillo, con el diamante de la bandera de Brasil.

—No tendremos forma de explicar esto —admitió, y las tiró por la borda. Cogió otra, blanca con una franja plateada, y la tiró también al mar—. Unos humildes pescadores estaban pescando en las abundantes aguas de Corea del Norte, acrecentando con sus esfuerzos las riquezas del país más democrático del mundo. Aunque estaban cansados y habían superado ya con creces sus cuotas revolucionarias, sabían que se acercaba el cumpleaños del Gran Líder Kim Il-sung y que los dignatarios de todo el

mundo acudirían a presentarle sus respetos.

El primer oficial cogió las zapatillas que había elegido y las arrojó al agua con un suspiro de dolor.

—¿Qué podían hacer esos humildes pescadores para ofrecer sus respetos al Gran Líder? —preguntó este—. Decidieron pescar unos deliciosos camarones norcoreanos, la envidia del mundo.

El práctico tiró una zapatilla al mar.

—Para alabar al Gran Líder, los camarones saltaron voluntariamente del océano a las redes de los pescadores.

El maquinista empezó a echar montañas de zapatillas por la borda.

—Pero ocultos en la niebla, como unos cobardes, estaban los americanos —dijo—, apostados en un barco gigantesco comprado con el dinero manchado de sangre del capitalismo.

El segundo oficial cerró los ojos un instante. Se quitó las zapatillas: ahora no tenía ningunas. Su mirada daba a entender que aquella era la peor injusticia que se hubiera producido jamás. Y entonces las zapatillas se le escurrieron de entre los dedos y cayeron al agua. Hizo como que contemplaba el horizonte para que nadie tuviera que verle la cara.

El capitán se volvió hacia Jun Do.

—¿Y cuál fue su papel durante esta agresión imperialista manifiesta, ciudadano?

—Yo lo vi todo —aseguró Jun Do—. El joven segundo oficial es demasiado humilde como para glosar su propio valor, pero yo lo vi todo. Vi cómo los americanos abordaban nuestro barco en un ataque sorpresa, mientras un oficial de la República de Corea los guiaba como perros atados con correa. Vi cómo insultaban nuestro país y se burlaban de nuestra bandera, pero en cuanto tocaron los retratos de nuestros líderes, el segundo oficial, raudo y veloz, en un acto de verdadera abnegación, desenvainó el cuchillo y se abalanzó contra todo el pelotón americano. Al cabo de un momento los americanos huían despavoridos, tal era el furor y el celo revolucionario del oficial.

El capitán se acercó a Jun Do y le dio unas palmaditas en la espalda. Con eso, el resto de las Nike fueron a dar en el agua y el barco se alejó dejando un rastro de zapatillas tras de sí. En apenas unos minutos se habían deshecho de lo que habían tardado toda una noche en reunir. Entonces el capitán pidió que le llevaran el extintor.

El maquinista lo echó por la borda y todos vieron cómo caía al agua: se hundió primero por la parte del pulverizador y a continuación, con un destello rojo, se perdió en las profundidades marinas. Entonces le llegó el turno al bote salvavidas. Lo colocaron encima de la barandilla y lo contemplaron por última vez: brillaba, amarillísimo, con la luz del atardecer, y cuando el primer oficial ya iba a pegarle el empujón definitivo, el capitán lo detuvo.

—Un momento —dijo, y se tomó un momento para hacer acopio de valor—. Por lo menos veamos cómo funciona.

Accionó el tirador y, tal como habían prometido los americanos, se desplegó explosivamente antes incluso de llegar al agua. Era nuevecito, impecable, con dos anillos de flotación e incluso una cubierta para el mal tiempo, lo bastante grande como para que cupieran todos. Llevaba una luz roja intermitente en la parte superior. Se quedaron todos mirando cómo su bote salvavidas zarpaba sin ellos.

Jun Do durmió hasta que llegaron al puerto de Kinjye, esa misma tarde. Todos los miembros de la tripulación se pusieron sus insignias del Partido. En el puerto los esperaba un cuantioso grupo de personas: varios soldados, el ministro de Marina de Chongjin, varios oficiales locales del Partido y un periodista de la oficina regional del *Rodong Sinmun*. Todos habían oído las injuriosas transmisiones de radio de los americanos, aunque lo último que se les habría pasado por la cabeza habría sido desafiar a la flota estadounidense para rescatar el *Junma*.

Jim Do contó su historia y cuando el periodista le preguntó cómo se llamaba, Jun Do dijo que eso no importaba, que él no era más que un

humilde ciudadano del mejor país del mundo. Al periodista le gustó la respuesta. En el puerto había un hombre mayor en el que Jun Do no había reparado hasta entonces. Llevaba un traje gris y tenía el pelo cano corto y de punta, pero lo verdaderamente inolvidable eran sus manos: se las habían roto y los huesos habían soldado mal. Parecía como si se las hubieran aplastado en el cabrestante del *Junma*. Cuando todo terminó, el anciano y el periodista se llevaron al segundo oficial para confirmar la historia y recoger más citas.

Al caer la noche, Jun Do se abrió paso por entre los carros de pescado que conducían hasta la nueva fábrica de conservas. La vieja había producido una remesa de latas defectuosa y muchos ciudadanos habían muerto de botulismo. No habían logrado localizar el foco del problema, de modo que habían construido una fábrica nueva junto a la vieja. Dejó atrás los barcos de pesca. El *Junma* estaba amarrado al muelle y había varios hombres vestidos con camisa, descargándolo. Si los burócratas de Chongjin no mostraban una obediencia suprema, los mandaban de peregrinaje a Wonsan o Kinjye, donde pasaban unas semanas realizando trabajos revolucionarios, como por ejemplo descargar barcos de pesca día y noche.

Jun Do vivía en la casa del supervisor de la fábrica de conservas, una vivienda amplia y hermosa donde, después de lo que les había pasado al supervisor y a su familia, no quería vivir nadie. Jun Do ocupaba tan solo una habitación, la cocina, donde disponía de todo lo que necesitaba: una lámpara, una ventana, una mesa, el horno y una cama plegable. Pasaba en tierra apenas un par de días al mes, y si realmente había fantasmas, no parecía que lo molestaran.

Encima de la mesa tenía el transmisor que había estado construyendo. Si transmitía mensajes cortos, como hacían los americanos desde el fondo del mar, a lo mejor podría utilizarlo sin que lo detectaran. Pero cuanto más cerca estaba de terminarlo, más lentamente avanzaba, porque ¿qué demonios iba a decir? ¿Habría con el marine que le había dicho

«¿Un piti? ¿Un piti?»? A lo mejor le contaría la cara que había puesto el capitán cuando se habían dirigido al sur y habían navegado por delante de las anchas playas desiertas de Wonsan, donde les dicen a los burócratas de Pyongyang que irán en cuanto accedan al paraíso de la jubilación.

Jun Do se preparó una taza de té en la cocina y se afeitó por primera vez en tres semanas. Por la ventana veía a los hombres que descargaban el *Junma* en la oscuridad, rezando sin duda porque se cortara la electricidad y pudieran regresar a sus catres. Primero se afeitó alrededor de la boca y luego, en lugar de terminarse el té, tomó unos tragos de whisky chino mientras se pasaba la navaja, que sonaba como si raspara la piel de un tiburón. Había sido ciertamente excitante contarle la historia al periodista y, por increíble que pareciera, el capitán tenía razón: este ni siquiera había insistido para que le dijera su nombre.

Más tarde, cuando ya habían cortado la electricidad y la luna se había puesto, Jun Do subió al tejado oscuro y llegó a lientas hasta la chimenea del horno. Su idea era instalar una antena que asomara por la chimenea al tirar de un cordón. De momento, esa noche solo tenía intención de pasar el cable, pero incluso eso tenía que hacerlo al amparo de la oscuridad más absoluta. Oía el océano y notaba la brisa de la costa en la cara, pero aun así, sentado en el tejado inclinado, no lograba distinguir nada. Había visto el océano a la luz del día y lo había surcado en incontables ocasiones, pero ¿qué sucedería si no lo hubiera hecho? ¿Cómo imaginaría la oscuridad insondable que tenía ante sí? Por lo menos los tiburones a los que cortaban las aletas habían visto lo que había en el fondo del océano y su consuelo era que sabían hacia dónde descendían.

Al amanecer sonaron las sirenas de llamada al trabajo, que normalmente anunciaban la hora en que Jun Do se acostaba. Por el altavoz empezaron a resonar los anuncios matutinos.

—¡Buenos días, ciudadanos! —exclamó la voz.

Llamaron a la puerta y, al abrir, Jun Do se encontró ante el segundo oficial. El joven estaba bastante borracho y parecía haberse visto

involucrado en una pelea.

—¿Te has enterado? —preguntó el segundo oficial—. Me han nombrado Héroe de la Revolución Eterna, con todas las medallas correspondientes y una pensión de héroe cuando me retire.

El segundo oficial tenía una oreja desgarrada y más tarde le iban a tener que pedir al capitán que le diera unos puntos en la boca. También tenía toda la cara hinchada y varios chichones. En el pecho llevaba una medalla, la Estrella Carmesí.

—¿Tienes licor de serpiente? —preguntó.

—¿Te conformas con una cerveza? —respondió Jun Do antes de abrir dos botellas de Ryoksong.

—Una de las cosas que me gusta de ti es que estés siempre dispuesto a beber por la mañana. ¿Cómo es el brindis? Ah, sí: «¡Cuando más larga la noche, más corta es la mañana!».

El segundo oficial bebió de la botella y Jun Do se dio cuenta de que no tenía ninguna herida en los nudillos.

—Parece que anoche hiciste unos cuantos amigos —comentó.

—Si te digo la verdad —respondió el segundo oficial—, los actos de heroísmo están chupados. Lo jodido es convertirse en un héroe.

—Bebamos por el heroísmo, pues.

—Y sus incentivos —añadió el segundo oficial—. A propósito, tengo que presentarte a mi mujer. Ya verás lo guapa que es.

Sí, me muero de ganas —le dijo Jun Do.

—No, no, no —repuso el segundo oficial, que fue hasta la ventana y señaló a una mujer que había junto a la fila de carros de pescado—. Mírala —dijo—, ¿No es una belleza? Dime que no lo es.

Jun Do miró por la ventana. La chica tenía los ojos húmedos y separados. Jun Do conocía aquella mirada: era la de alguien que se moría de ganas de que la adoptaran, pero sabía que aquel día no había visitas de padres.

—Dime que no es increíble —insistió el segundo oficial—. Enséñame

una mujer que sea más guapa.

—No, tengo que darte la razón —admitió Jun Do—. Ya sabes que puede entrar si quiere...

—Lo siento —se disculpó el segundo oficial, y se dejó caer en la butaca—. No quiere poner los pies en este sitio. Le dan miedo los fantasmas. El año que viene seguramente le haré un bebé y sus pechos rezumarán leche. Si quieres verla mejor, le puedo decir que se acerque. A lo mejor incluso consigo que cante. En cuanto la oigas te vas a caer por la ventana.

Jun Do dio un sorbo a la cerveza.

—Que cante esa sobre cómo los verdaderos héroes rechazan todas las recompensas.

—Tienes un sentido del humor que es para cagarse —dijo el segundo oficial, que sostenía la botella de cerveza fría pegada a las costillas—. ¿Sabes que los hijos de los héroes van a colegios de élite? A lo mejor tendré una numerosa prole y viviré en una casa como esta. A lo mejor viviré exactamente en esta.

—Es toda tuya —respondió Jun Do—. Pero no parece que tu mujer vaya a acompañarte.

—Bah, es una niña —replicó el oficial—. Hará lo que yo le diga. En serio, la voy a llamar. La llevo por donde quiero, ya lo verás.

—¿Y a ti? ¿No te dan miedo los fantasmas? —preguntó Jun Do.

El segundo oficial miró a su alrededor, como si de pronto examinara la casa con otros ojos.

—No quiero pensar demasiado en cómo terminaron los hijos del supervisor de la fábrica de conservas —dijo—. ¿Dónde sucedió?

—Arriba.

—¿En el baño?

—Hay una habitación de bebé.

El segundo oficial echó la cabeza hacia atrás y contempló el techo. Y entonces cerró los ojos. Por un momento, Jun Do creyó que se había dormido, pero entonces el segundo oficial volvió a hablar.

—Hay que tener niños —dijo—. De eso se trata, ¿no? O eso dicen.

—Sí, eso dicen —repitió Jun Do—. Pero hay gente que hace cosas para sobrevivir, y después de sobrevivir no puede vivir con lo que ha hecho.

El segundo oficial había sido un crío durante la década de los noventa, de modo que para él los años posteriores a la hambruna debían de haber sido una época de plenitud gloriosa. Dio un largo trago a la cerveza.

—Si todos los que las han pasado canutas y han mordido el polvo se convirtieran en un pedo —observó—, el mundo apestaría hasta las copas de los árboles, ¿sabes qué te quiero decir?

—Sí, supongo.

—O sea que yo no creo en los espíritus, ¿vale? A alguien se le muere el canario y en cuanto oye un trino en la oscuridad piensa: «Oh, es el espíritu de mi pájaro». No, en mi opinión un espíritu es justo lo contrario: algo que percibes, que sabes que está ahí pero no logras ubicar. Como el capitán del *Kwan Li*. Al final los médicos tuvieron que amputar. No sé si conoces la historia.

—No, no la conozco —le dijo Jun Do.

—Cuando despertó en el hospital, preguntó: «¿Dónde está mi brazo?», y los médicos le dijeron: «Lo sentimos, pero se lo hemos tenido que amputar». «Ya sé que me he quedado sin brazo», contestó el capitán, «pero ¿dónde está?». No se lo quisieron decir y ahora dice que lo siente, que nota cómo cierra el puño sin él. En la bañera, nota el agua caliente sobre el brazo que le falta. Pero ¿dónde está? ¿En la basura? ¿Incinerado? El capitán sabe que está en alguna parte, lo siente, literalmente, pero no lo puede controlar.

—Para mí —dijo Jun Do—, en lo que se equivoca todo el mundo respecto a los fantasmas es en pensar que están muertos. En mi experiencia, los fantasmas son personas vivas, gente a la que conoces, solo que están para siempre fuera de tu alcance.

—¿Cómo la mujer del capitán?

—Como la mujer del capitán.

—Yo no la conocí —reconoció el segundo oficial—, pero veo su cara en el pecho del capitán y se me hace muy difícil no preguntarme dónde estará, con quién y si pensará aún en el capitán.

Jun Do levantó la cerveza y brindó por aquella idea.

—Y eso también se puede aplicar a tus americanos del fondo del mar —agregó el segundo oficial—. Los oyes ahí abajo y sabes que son importantes, pero están fuera de tu alcance. En realidad, tiene lógica. Encaja con tu perfil.

—¿Mi perfil? ¿Y cuál es mi perfil?

—No, nada —dijo el segundo oficial—. Es algo que el capitán mencionó una vez.

—¿Ah, sí?

—Nos contó que eres huérfano y que los huérfanos siempre quieren cosas que no pueden tener.

—¿En serio? ¿Y estás seguro de que no dijo que los huérfanos intentan robarle la vida a la otra gente?

—No te cabrees. El capitán lo dijo solo para que no me hiciera demasiado amigo tuyo.

—¿O que al morir a los huérfanos les gusta llevarse a otras personas con ellos? ¿O que si uno termina huérfano es siempre por algo? La gente dice muchas cosas sobre los huérfanos, ya lo sabes.

El segundo oficial levantó la mano.

—Oye —se defendió—, el capitán solo dijo que nadie te había enseñado qué significa la lealtad.

—Claro, porque tú sabes mucho del asunto. Además, por si te interesa saberlo yo no soy huérfano.

—Ya nos avisó de que dirías eso. No lo dijo con mala intención —aseguró el segundo oficial—. Solo dijo que los militares cogen a los huérfanos y les dan un entrenamiento especial para que no sientan nada cuando les pasan cosas malas a los demás.

Al otro lado de la ventana, el sol había empezado ya a reflejarse en los

aparejos de la flota pesquera. La mujer que esperaba en la calle se hacía a un lado cada vez que uno de esos carros de pescado de dos ruedas pasaba junto a ella.

—¿Por qué no me cuentas a qué has venido? —dijo Jun Do.

—Ya te lo he dicho —respondió el oficial—. Quería enseñarte a mi mujer. Es muy guapa, ¿no crees?

Jun Do se lo quedó mirando.

—Pues claro que lo es —siguió diciendo el segundo oficial—. Es como un imán, ¿sabes? Es imposible resistirse a su belleza. Mi tatuaje no le hace justicia. Y ya casi tenemos familia. Además, ahora soy un héroe y es casi seguro que un día me convertiré en capitán. Quiero decir que tengo mucho que perder —recalcó el segundo oficial, eligiendo bien las palabras—. Tú en cambio no tienes a nadie. Vives en una cama plegable, en la cocina de un monstruo.

La mujer de la calle lo llamó por señas, pero el segundo oficial le hizo un gesto de que esperara.

—Si le hubieras pegado un puñetazo en la cara a aquel americano —observó—, en estos momentos estarías en Seúl y serías libre. Eso es lo que no entiendo. Si no te ata nada, ¿qué te detiene?

¿Cómo iba a contarle al segundo oficial que la única forma de librarte de tus fantasmas es yendo a buscarlos y que aquel era el único lugar donde Jun Do podía hacer eso? ¿Cómo podía explicarle el sueño recurrente en el que escuchaba la radio y oía retazos de mensajes importantes, de su madre, o de otros chicos del orfanato? Sintonizar con los mensajes no es nada fácil, y en varias ocasiones se despertó aterrado al poste de la cama, como si este fuera el dial de UHF. A veces los mensajes son de personas que transmiten mensajes de otras personas que han hablado con alguien que ha visto a su madre. Su madre quiere comunicarle algo urgente, decirle dónde está, explicarle por qué, y no para de repetir su nombre, una y otra vez, pero él apenas logra comprender lo que dice. ¿Cómo iba a contarle que sabe con certeza que

en Seúl esos mensajes se terminarían?

—Ven —dijo Jun Do—. Iremos a que el capitán te dé unos puntos.

—¿Bromeas? Soy un héroe. Ahora puedo ir al hospital.

Cuando el *Junma* volvió a zarpar, lo hizo equipado con nuevos retratos del Gran Líder Kim Il-sung y el Querido Líder Kim Jong-il. Tenían una mesa de cocina nueva y también un retrete, pues no era de recibo que un héroe tuviera que cagar en un cubo, aunque los héroes de Corea del Norte hubieran soportado situaciones mucho peores sin quejarse. También llevaban una bandera de la República Popular Democrática de Corea nueva, que arriaron en cuanto estuvieron a once kilómetros de la costa.

El capitán estaba de muy buen humor. En la cubierta había un armario nuevo y, con un pie encima de este, convocó a su tripulación. De dentro del armario sacó en primer lugar una granada de mano.

—Esto me lo han dado por si vuelven los americanos dijo—, en cuyo caso tengo que lanzarla dentro de la bodega de popa y hundir nuestro querido *Junma*.

Jun Do puso unos ojos como platos.

—¿Y por qué no la lanza dentro de la sala de máquinas?

El maquinista lo mandó a la mierda con la mirada.

El capitán tiró la granada por la borda y esta se hundió en el agua casi sin hacer ruido. Entonces se volvió hacia Jun Do y dijo:

—No se preocupe, antes habría llamado a la puerta.

El capitán abrió otra puerta del armario de una patada. Dentro había un bote salvavidas, sacado sin duda de algún viejo avión de pasajeros soviético. En su día había sido naranja, pero actualmente tenía un tono melocotón desteñido, y junto al tirador rojo había un siniestro cartelito que prohibía fumar durante su uso.

—Después de lanzar la granada y de que nuestro querido barco se haya hundido bajo las olas, me han dado órdenes de desplegar esto para que la vida de nuestro héroe no corra peligro. No hace falta que les diga la

confianza que han depositado en nosotros regalándonos esto.

El segundo oficial dio un paso al frente, como si el bote le diera miedo, e inspeccionó el mensaje en cirílico.

—Es más grande que el otro —observó.

—En este bote cabrían los pasajeros de un avión entero —dijo el maquinista—. O toda la grandeza de un héroe.

—Sí —añadió el primer oficial—. Yo, sin ir más lejos, consideraría un honor poder remar dentro de un bote en el que va un verdadero Héroe de la Revolución Eterna.

Pero el capitán aún no había terminado.

—Creo también que ha llegado ya la hora de que el tercer oficial se convierta en miembro de pleno derecho de la tripulación —declaró, y se sacó una hoja de papel encerado que llevaba doblada en el bolsillo. Dentro había nueve finas agujas de coser, todas unidas. Las agujas tenían las puntas renegridas de los muchos tatuajes que habían hecho—. No soy ruso —le dijo a Jun Do—, pero ya verá que le he cogido bastante el tranquillo. Además, aquí ni siquiera tenemos que preocuparnos por si la tinta se congela.

En la cocina, le mandó a Jun Do que se quitara la camisa y se reclinara en la mesa.

—Vaya, es virgen —comentó el práctico al ver el pecho desnudo de Jun Do, y los demás se rieron.

Si les digo la verdad, no lo veo demasiado claro —intervino Jun Do—. Ni siquiera estoy casado.

No se preocupe —lo tranquilizó el capitán—. Le voy a dar la mujer más hermosa del mundo.

Mientras el práctico y el primer oficial hojeaban el calendario de la actriz Sun Moon, el capitán echó algo de tinta en polvo en una cuchara y la mezcló con unas gotas de agua, hasta que la mezcla quedó un poco más húmeda que el engrudo. El calendario llevaba ya un tiempo colgado en la timonera, pero Jun Do ni siquiera le había prestado atención, pues

apestaba a los mensajes patrioteros que emitían a través de los altavoces. Solo había visto un puñado de películas en su vida, siempre las mismas cintas bélicas chinas que ponían en la unidad del Ejército cuando hacía mal tiempo. Desde luego que por las calles había carteles de las películas de Sun Moon, pero a él no le decían nada. En aquel momento, viendo al primer oficial y al práctico hojear los pósteres de películas mientras discutían cuál era la mejor imagen para un tatuaje, sintió celos de aquellos hombres que recordaban escenas y citas famosas de la actriz nacional de Corea del Norte. Se percató de la profundidad y la tristeza que se reflejaba en los ojos de Sun Moon, surcados por unas leves arrugas que indicaban una gran determinación ante la pérdida, y tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir el recuerdo de Rulina. De repente la idea de llevar un retrato, de quien fuera, encima del corazón, para siempre, le pareció irresistible. ¿Cómo era posible que la gente no fuera siempre por ahí con las personas que les importaban tatuadas en la piel? Y entonces se acordó de que él no tenía nadie que le importara, y que por eso le iban a tatuar una actriz a la que no había visto nunca, sacada de un calendario que colgaba junto al timón de un barco de pesca.

—Si es una actriz tan famosa —dijo Jun Do—, todo el mundo en Corea del Norte la reconocerá y sabrá que no es mi esposa.

—El tatuaje es para los americanos y los surcoreanos —explicó el capitán—. Para ellos será solo una cara de mujer.

—Sinceramente —reconoció Jun Do, no entiendo qué sentido tiene todo esto. ¿Por qué os tatuáis a vuestras mujeres en el pecho?

—Pues porque somos pescadores —respondió el segundo oficial.

—Para que puedan identificar el cuerpo —terció el práctico.

—Porque así —dijo el taciturno maquinista—, cuando piensas en ella, está ahí.

—Todo eso suena muy noble —convino el primer oficial—. Pero en realidad es para que las mujeres estén tranquilas. Creen que ninguna mujer querrá dormir con un hombre que lleve un tatuaje así; aunque

luego, naturalmente, siempre hay chicas dispuestas.

—Solo hay un motivo —repuso el capitán—. Es porque así la llevas en el corazón para siempre.

Jun Do pensó un momento sobre esa respuesta. De pronto se le ocurrió una idea pueril, que denotaba que nunca había conocido el amor de ningún tipo.

—¿Eso significa que voy a llevar a Sun Moon para siempre en el corazón? —preguntó.

—Ay, nuestro pequeño tercer oficial —dijo el capitán, mirando a los demás y sonriendo—. Esa mujer es una actriz. En realidad, la que sale en sus películas no es ella, sino el personaje que interpreta.

—No he visto ninguna de sus películas —confesó Jun Do.

—Pues ya está —decidió el capitán—. En ese caso no tiene de qué preocuparse.

—¿Y qué tipo de nombre es Sun Moon? —preguntó Jun Do.

—Supongo que se llama así porque es famosa —dijo el capitán—. O a lo mejor todos los *yangbans* de Pyongyang tienen nombres raros.

Eligieron una imagen de *Que se mueran los tiranos*. Se trataba de un primer plano y en lugar de dirigir una mirada inflamada de deber patriótico hacia el lejano ejército imperialista, o de volver los ojos hacia el monte Paektu en busca de consejo, Sun Moon miraba al espectador con verdadera veneración por todo lo que habrían perdido juntos en cuanto salieran los créditos finales de la película.

El práctico sujetó el retrato y el capitán empezó a copiarlo por los ojos. Tenía buena técnica: hacía retroceder las agujas, y las iba clavando y sacando de debajo de la piel con un gesto parecido al que empleaba para hacer un nudo de calabrote doble. Eso disminuía el dolor y además, al clavar las agujas en ángulo, la tinta se fijaba mejor. Con un trapo húmedo, el capitán iba secando los rastros de tinta y sangre extraviados.

Sin dejar de trabajar, el capitán se preguntó en voz alta:

—¿Qué cosas debería saber el tercer oficial de su mujer? Su belleza es

evidente. Es de Pyongyang, un lugar que ninguno de nosotros verá jamás. La descubrió nuestro Querido Líder en persona y la incluyó en el reparto de *Una verdadera hija del país*, la primera película norcoreana de la historia. ¿Qué edad tendría entonces?

—Dieciséis —contestó el primer oficial.

—Sí, es posible —admitió el práctico—. ¿Qué edad tienes tú? —le preguntó al segundo oficial.

—Veinte.

—Veinte —repitió el práctico—. La película se rodó el año en que naciste.

El vaivén del barco no parecía molestar al capitán.

—Era el ojito derecho de nuestro Querido Líder y su única actriz. Nadie más podía aparecer en una película, y eso fue así durante años. Además, a pesar de su belleza, o precisamente por ello, el Querido Líder no permitía que se casara, de modo que todos sus papeles eran eso, papeles, pues la muchacha no conocía el amor.

—Pero entonces llegó el comandante Ga —dijo el maquinista.

—Sí, entonces llegó el comandante Ga —repitió el capitán con el tono ausente de quien se pierde en los detalles—. Y él es el motivo por el que no hace falta que te preocupes demasiado porque Sun Moon eche raíces en tu corazón.

Jun Do había oído hablar del comandante Ga. Los militares lo idolatraban porque había dirigido seis misiones asesinas en Corea del Sur, había ganado el Cinturón Dorado de taekwondo y había depurado el Ejército de homosexuales.

—El comandante Ga incluso luchó contra un oso —afirmó el segundo oficial.

—Yo no las tengo todas sobre esa parte —repuso el capitán, trazando los sutiles contornos del cuello de Sun Moon—. Cuando el comandante Ga viajó a Japón y derrotó a Kimura, todo el mundo sabía que en cuanto regresara a Pyongyang elegiría su recompensa. El Querido Líder lo

nombró ministro de las Minas Prisión, una posición muy codiciada, pues no exige ningún trabajo. Pero el comandante Ga pidió que le entregaran a la actriz Sun Moon. El tiempo pasó y hubo lío en la capital, pero al final el Querido Líder accedió amargamente a ello. La pareja se casó y tuvo dos hijos, y hoy Sun Moon está en algún lugar lejano, triste y sola.

Cuando el capitán dijo eso todos se quedaron callados y de pronto Jun Do la compadeció. El segundo oficial le lanzó una mirada afligida al capitán.

—¿Eso es verdad? —preguntó—. ¿Cómo sabe que ha terminado así?

—Todas las esposas terminan así —dijo el capitán.

Aquella noche, Jun Do notó un dolor en el pecho. Se moría de ganas de tener noticias de la chica que remaba en la oscuridad. El capitán le dijo que el agua de mar impediría que se le infectara el tatuaje, pero Jun Do no quería arriesgarse a ir a por un cubo y perdérsela. Cada vez más, tenía la sensación de que él era la única persona en el mundo que la comprendía. La maldición de Jun Do consistía en vivir como una criatura nocturna en un país que no tenía electricidad por la noche, pero aquello formaba parte de su deber, como coger los remos al anochecer o dormir mientras los altavoces te llenaban la cabeza. Incluso la tripulación creía que la chica remaba hacia el alba, como si el alba fuera una metáfora de algo trascendente o utópico. Jun Do, en cambio, sabía que la chica remaba, no hacia, sino hasta el alba, momento en que, exhausta y leal y realizada, podía acostarse. Era ya noche cerrada cuando finalmente encontró la señal, mucho más débil, pues habían estado viajando hacia el norte.

—El sistema de navegación está estropeado —informó—. No para de darnos indicaciones erróneas. No estamos donde dice que estamos, es imposible. Hay algo en el agua, pero no logramos verlo.

La frecuencia quedó en silencio y Jun Do ajustó el dial para recuperar la señal. La chica reapareció al momento.

—¿Esto funciona? —preguntó—. ¿Funciona? Hay un barco ahí fuera, un barco sin luces. Hemos lanzado una bengala y la luz roja ha rebotado contra el casco. ¿Hay alguien ahí que pueda rescatarnos?

¿La estaban atacando?, se preguntó Jun Do. ¿Qué pirata atacaría a una mujer que solo quería abrirse paso a través de la oscuridad? Jun Do oyó un estallido por encima de la señal de radio (¿habría sido un disparo?) y le empezaron a desfilar por la mente todos los motivos por los que no podían ir a rescatarla: porque estaba demasiado al norte, porque los americanos la encontrarían antes, porque ni siquiera disponían de cartas de navegación de aquellas aguas... Eran todos motivos válidos, pero naturalmente la verdadera razón era él. Jun Do era el motivo por el que no podían trazar el rumbo necesario para rescatarla. Se inclinó hacia delante y apagó el receptor. El brillo de los diales le dejó una impronta verde en la retina. Cuando se quitó los auriculares, notó una súbita oleada de interferencias y aire frío. En la cubierta, oteó el horizonte en busca del solitario arco rojo de una bengala de emergencia.

—¿Ha perdido algo? —preguntó el capitán.

Era apenas una voz procedente del timón. Jun Do se volvió y vio la punta de su cigarrillo.

—Sí —respondió Jun Do—. Creo que sí.

—Bastante desorientado está ya el chaval —comentó el capitán sin salir de la timonera—. Lo último que necesita en estos momentos son sus locuras.

Con la ayuda de un acollador, Jun Do subió un cubo de agua de mar y se lo echó sobre el pecho. Experimentó el escozor como un recuerdo, como algo del pasado. Pasó un rato más contemplando el mar. Las olas negras se elevaban y estallaban, y no costaba nada imaginar que en las hondonadas que se formaban entre ellas había cualquier cosa. «Alguien te salvará —pensó—. Si aguantas lo suficiente, seguro que acude alguien.»

La tripulación se pasó el día pescando con palangre y cuando Jun Do

despertó, al atardecer, habían empezado ya a izar los primeros tiburones a bordo. Ahora que los americanos los habían abordado, al capitán ya no le daba miedo que los abordaran los americanos; le había pedido a Jun Do que transmitiera las emisiones de radio a través de uno de los altavoces de cubierta. Jun Do los advirtió de que la remera desnuda no saldría hasta tarde, si era eso lo que esperaban oír.

La noche era clara, había olas regulares, procedentes del noroeste, y las luces de cubierta se adentraban en el agua e iluminaban los ojos rojos de unas criaturas que vivían a una profundidad excesiva como para llegar a distinguirlas. Jun Do utilizó la antena abierta y repasó todo el espectro para deleite de los miembros de la tripulación, desde los ultrabajos de las comunicaciones entre submarinos hasta el ladrido de los transpondedores que guiaban a los pilotos automáticos de los aviones a reacción a través de la noche. Les enseñó las interferencias que provocaban los radares de barcos lejanos cuando peinaban su zona. En la parte alta del dial se oía el estridente tamborileo de una emisora de libros en braille, y en lo más alto del todo, el hipnótico silbido de la radiación solar de los cinturones de Van Alien. Al capitán le interesaron mucho más los rusos borrachos que cantaban mientras trabajaban en una plataforma de perforación en alta mar. Tarareó con ellos uno de cada cuatro o cinco versos. Si le daban un momento, ase miró, les diría el título de la canción.

Los primeros tres tiburones que izaron a cubierta habían sido devorados por otro tiburón más grande, y no quedaba nada de ellos por debajo de las agallas. Jun Do encontró una mujer en Yakarta que leía sonetos en inglés por la onda corta, y aventuró una traducción aproximada mientras el capitán y los oficiales comprobaban el radio de los mordiscos y echaban un vistazo a través de la cabeza vacía de los tiburones. Luego les puso a dos hombres que, desde países desconocidos, intentaban resolver un problema matemático con aparatos de radioaficionado, pero aquella transmisión resultó ser muy difícil de traducir. De vez en cuando, Jun Do se daba cuenta de que llevaba un rato oteando el horizonte y se obligaba a

dejar de hacerlo. Escuchaba los aviones, los barcos y los extraños ecos procedentes de donde la Tierra se curvaba. Jun Do intentó explicarles a los marineros qué era FedEx, y estos debatieron sobre si realmente sería posible mandar un paquete entre dos personas cualesquiera de la Tierra en veinticuatro horas.

El segundo oficial no paraba de hacer comentarios sobre la remera desnuda.

—Seguro que tiene los pezones como carámbanos —dijo—. Y los muslos blancos y con la carne de gallina.

—No la vamos a oír hasta el amanecer —repuso Jun Do—, o sea que es inútil hablar de ella hasta entonces.

—Ten cuidado con esas largas piernas americanas —lo advirtió el maquinista.

—Los remeros tienen las espaldas muy fuertes —apuntó el primer oficial—. Estoy seguro de que podría partir una caballa en dos.

—Que me parta en dos a mí, por favor —se ofreció el segundo oficial—. Ya verán cuando se entere de que soy un héroe. Si me nombraran embajador, entre los dos firmaríamos la paz.

—Sí —intervino el capitán—, y ya verás cuando se entere de que te gustan los zapatos de mujer.

—Seguro que ella lleva zapatos de hombre dijo el práctico.

—Fría por fuera y caliente por dentro —añadió el segundo oficial—. Seguro que es así.

Jun Do se volvió hacia él.

—¿Por qué no te callas de una vez?

Los mensajes radiofónicos habían perdido la novedad. La radio seguía oyéndose de fondo, pero la tripulación faenaba en silencio. Solo se oían los cabrestantes, el sonido de aletas ventrales al agitarse y el tintineo de los cuchillos. El primer oficial le dio la vuelta a un tiburón para cortarle la aleta anal, cuando de pronto se abrió un colgajo de piel y de dentro salió una bolsa cubierta de una película viscosa y amarillenta, llena de

crías de tiburón; la mayoría estaban aún dentro de los sacos amnióticos. El capitán los arrojó al mar y decretó un descanso. Las crías no se hundieron, sino que se quedaron flotando en la superficie del agua, junto al barco, mientras miraban de un lado a otro con sus ojos a medio formar.

Los hombres fumaban cigarrillos Konsol y, en las escotillas, notaban el viento en la cara. En momentos como aquel nunca miraban hacia Corea del Norte, sino siempre hacia el este, hacia Japón, o más lejos aún, hacia el interminable Pacífico.

A pesar de la tensión, a Jun Do lo embargó una sensación que a veces había experimentado de niño, después de trabajar en los campos del orfanato o en la fábrica a la que los hubieran llevado aquel día. Era la sensación que lo invadía cuando él y su grupo de jóvenes llevaban horas trabajando duro y, aunque todavía debían emplearse a fondo durante un rato, sabía que se acercaba el final y que pronto habría una cena colectiva a base de mijo y repollo, y tal vez sopa de cáscara de melón. Más tarde llegaría la hora de dormir y cien chicos ocuparían las literas de cuatro pisos de un cuarto comunitario, donde su agotamiento común se articularía como algo singular. Se trataba de una sensación de pertenencia, ni más ni menos, y aunque no era particularmente profunda ni intensa, era lo mejor que había sentido jamás. Le había pasado la mayor parte de su vida intentando estar a solas, pero había momentos en el *Junma* en que sentía que formaba parte de algo, y eso le causaba una satisfacción que no se manifestaba en su fuero interno, sino en compañía.

Los escáneres iban rastreando todas las frecuencias, ofreciendo breves selecciones de cada emisora. El segundo oficial fue el primero que ladeó la cabeza al oír algo que le sonaba.

—Son ellos —aseguró—. Son los americanos fantasma.

Se había quitado las botas y empezó a pasearse descalzo por la timonera—. Vuelven a estar ahí abajo —añadió—, pero esta vez los tenemos.

El capitán apagó el motor del cabrestante para que pudieran oírlo

mejor.

—¿Qué dicen? —preguntó.

Jun Do fue corriendo hasta el receptor y ajustó el dial para aislar la emisión, aunque en realidad la señal era alta y clara.

—«Reina a alfil cuatro» —dijo Jun Do—. Son los americanos. También hay uno con acento ruso y otro que parece japonés. —Oyeron las carcajadas de los americanos, claras como cristales, a través del altavoz. Jun Do tradujo sus palabras—. «Cuidado, comandante» —dijo—. «Dimitri siempre va a por la torre.»

El capitán se acercó a la barandilla y miró hacia el agua con los ojos entornados. Finalmente negó con la cabeza.

—Pero estamos encima de la fosa —repuso—. Es imposible que estén tan abajo.

El primer oficial se colocó a su lado.

—Pues ya lo ha oído. Están ahí abajo, jugando al ajedrez.

Jun Do estiró el cuello para ver lo que hacía el segundo oficial: se había encaramado al mástil para descolgar la antena direccional.

—Cuidado con el cable —le gritó, y echó un vistazo al reloj: llevaban ya casi dos minutos de transmisión.

Entonces le pareció oír una interferencia coreana, una voz que hablaba sobre algún tipo de experimento. Jun Do se apresuró a ajustar la recepción y silenciar la otra emisión, pero no lo logró. Si no era una interferencia... Intentó no pensar en la posibilidad de que pudiera haber también un coreano ahí abajo.

—¿Qué dicen los americanos? —preguntó el capitán.

Jun Do se paró un momento a traducir.

—«Maldita sea, esos peones no paran de alejarse flotando.»

El capitán volvió a fijarse en el agua.

—¿Se puede saber qué están haciendo ahí abajo?

En aquel momento, el segundo oficial logró descolgar la antena direccional del mástil y la tripulación contuvo el aliento mientras

apuntaba hacia las profundidades. Esperaron en silencio mientras barría lentamente el agua con la antena, tratando de localizar la procedencia de la transmisión, pero no se oía nada.

—Qué raro —se extrañó Jun Do—. Deben de haber cortado la comunicación.

Pero entonces Jun Do vio una mano que apuntaba hacia el cielo: era la del capitán y señalaba un punto de luz que avanzaba a través de las estrellas.

—Ahí arriba, hijo —dijo el capitán.

En cuanto el segundo oficial levantó la antena y la alineó con el arco luminoso, se oyó un pitido de retroalimentación y de pronto fue como si las voces americanas, rusas y japonesas estuvieran en el barco con ellos.

—«Jaque mate», acaba de decir el ruso —tradujo Jun Do—. Y el americano está diciendo: «Y una mierda, las piezas se han marchado flotando. Eso es motivo suficiente para repetir la partida». Y el ruso le contesta: «Vamos, dame el tablero. A lo mejor tenemos tiempo de jugar la revancha de Moscú contra Seúl antes de la siguiente órbita».

Todos se quedaron mirando al segundo oficial, que seguía el punto de luz hasta el horizonte. En cuanto la luz se perdió tras la curvatura de la Tierra, la emisión se esfumó. La tripulación tenía los ojos fijos en el segundo oficial, que seguía mirando el cielo. Finalmente se volvió hacia los demás.

Están en el espacio, juntos —declaró—. Se supone que son nuestros enemigos, pero están ahí arriba, riendo y vacilando. —Entonces bajó la antena direccional y miró a Jun Do. Estabas equivocado —le dijo—. Estabas equivocado: sí lo están haciendo en nombre de la paz y de la jodida fraternidad.

Jun Do despertó en la oscuridad. Se incorporó sobre un brazo y se sentó en el camastro, en silencio, escuchando... ¿qué? Su aliento condensado ocupaba el espacio que tenía ante él, lo notaba. Apenas había luz, pero

aun así daba para ver el reflejo del agua acumulada en el suelo, que oscilaba con el vaivén de las olas. Por lo general, el aceite de pescado que se filtraba a través de las juntas de los mamparos formaba unos relucientes manchurroneos negros que se acumulaban en los remaches, pero ahora estaba compacto y el frío le confería un color lechoso. De las sombras que distinguía en su estrecho camarote, Jun Do tuvo la sensación de que una correspondía a una persona totalmente inmóvil, que apenas osaba respirar. Durante un instante, también él contuvo el aliento.

Jun Do volvió a despertar cuando ya faltaba poco para el alba. Oyó un leve silbido. Se giró medio dormido hacia el casco del barco e intentó imaginar que aquella pared de acero era lo único que lo separaba de las aguas del océano en el momento en que estaban más oscuras. Apoyó la frente en el metal y, a través de la piel, notó la vibración de algo que golpeaba contra el costado del barco.

Arriba, un viento frío barría la cubierta y obligó a Jun Do a entornar los ojos. La timonera estaba vacía, pero Jun Do vio una silueta oscura en la popa, algo grande, de color amarillo grisáceo, que flotaba sobre las olas. Lo observó un instante antes de lograr distinguir lo que estaba viendo, antes de percatarse de que se trataba del bote salvavidas del avión a reacción ruso. Junto al lugar donde estaba amarrado al barco había varias latas de comida amontonadas. Jun Do se arrodilló y cogió la maroma con incredulidad. La cabeza del segundo oficial asomó de dentro del bote para coger las últimas provisiones.

—¡Joder! —exclamó al ver a Jun Do. Entonces respiró hondo y recuperó la compostura—. Pásame esas latas —dijo.

Jun Do se las pasó.

—Una vez vi a un hombre que desertaba —le contó al segundo oficial—. Y también vi lo que le pasó cuando lo trajeron de vuelta.

—Si quieres acompañarme, adelante —dijo el segundo oficial—. No nos va a encontrar nadie. Aquí las corrientes te empujan hacia el sur. Nadie nos llevará de vuelta a ningún sitio.

—¿Y tu mujer?

—Ha tomado una decisión y nada la hará cambiar de opinión —contestó—. Y ahora pásame la maroma.

—¿Y qué me dices del capitán y del resto de nosotros?

El segundo oficial se estiró y desamarró la cuerda él mismo. Entonces se dio un empujón y, mientras se alejaba flotando, dijo:

—Los que estamos en el fondo del océano somos nosotros. Me he dado cuenta gracias a ti.

Por la mañana, bajo una luz plana y viva, la tripulación subió a cubierta para hacer la colada y descubrió que el segundo oficial había desaparecido. Se agolparon junto al armario de suministros vacío y otearon el horizonte, pero con la luz que se reflejaba en la espuma de las olas era como estar mirando un millar de espejos. El capitán y el maquinista hicieron inventario de existencias, pero al final resultó que, aparte del bote, faltaba bien poca cosa. En cuanto a la dirección que debía de haber tomado el segundo oficial, el práctico se encogió de hombros y señaló al este, hacia el sol. Se quedaron ahí, pensando y al mismo tiempo no pensando en lo que acababa de suceder.

Su pobre esposa —dijo el maquinista.

Seguro que la mandan a un campo —aseguró el primer oficial.

—Nos podrían mandar a todos —añadió el maquinista—. Y a nuestras mujeres y a nuestros hijos.

—Escuchen —intervino Jun Do—. Diremos que se cayó por la borda. Que una ola traicionera se lo llevó por delante.

—¿Durante nuestra primera salida con el bote? —preguntó el capitán, que había guardado silencio hasta aquel momento.

—Diremos que la ola se llevó también la balsa por la borda y nos desharemos también de todo eso —agregó Jun Do señalando las redes y las boyas.

El capitán se quitó el gorro y la camiseta, y los arrojó a un lado sin

fijarse en dónde caían. Se sentó en la cubierta y se agarró la cabeza con las dos manos. En aquel momento, por primera vez, el miedo pareció apoderarse de los hombres.

—No puedo vivir así otra vez —se derrumbó—. No puedo renunciar a cuatro años más.

—No fue una ola traicionera —dijo el práctico—, sino la estela de un buque contenedor surcoreano. Estuvo a punto de hundirnos.

—Estrellemos el barco cerca de Wonsan y lleguemos a la costa nadando —propuso el primer oficial—. Una vez allí, en fin, diremos que el segundo oficial no lo ha conseguido. Buscaremos una playa llena de jubilados y así tendremos un montón de testigos.

—No hay jubilados —negó el capitán—. Es una historia que te cuentan para que sigas tirando.

—Podríamos ir a buscarlo —sugirió Jun Do.

—Adelante, todo suyo —respondió el capitán.

Jun Do se protegió los ojos y volvió a otear las olas.

—¿Creen que va a sobrevivir ahí fuera? ¿Creen que lo va a lograr?

—Joder, su pobre mujer... —repitió el primer oficial.

—Sin el hombre ni el bote, estamos jodidos —dijo el capitán—. Si no recuperamos una de las dos cosas, no nos creerán nunca. —En la cubierta había escamas de pescado secas, que brillaban al sol. El capitán apartó un par con un dedo—. Si el *Junma* se hunde y nosotros nos hundimos con él —siguió—, las mujeres de los oficiales tendrán pensiones, la mujer del maquinista tendrá una pensión, y la mujer del práctico tendrá una pensión. Todas vivirán.

—Sí, con maridos de reemplazo —replicó el primer oficial—. ¿Tengo que dejar que un desconocido críe a mis hijos?

—Vivirán todos —insistió el capitán—. No terminarán en un campo.

—Los americanos están locos —dijo Jun Do—. Volvieron y se lo llevaron.

—¿Cómo dice? —preguntó el capitán, que se cubrió los ojos y miró a

Jun Do.

—Querían venganza —continuó—. Y volvieron a por el chaval que los había derrotado. Nos abordaron de nuevo y secuestraron al segundo oficial.

El capitán se reclinó sobre la cubierta, en una postura extraña. Parecía como si acabara de caerse de la jarcia y estuviera en ese momento en que, antes de moverte, compruebas que no te hayas roto nada.

—Si los de Pyongyang creen realmente que los americanos han secuestrado a un ciudadano norcoreano, no se van a rendir jamás —dijo—. Insistirán eternamente y antes o después la verdad saldrá a la luz. Además, no tenemos ninguna prueba de que los americanos hayan vuelto; lo único que nos salvó la última vez fue que esos idiotas se dedicaron a hacer el burro con la radio.

Jun Do se sacó del bolsillo la tarjeta que le había dejado el teniente Jervis, con el logo de la Marina de Estados Unidos.

—A lo mejor los americanos querían que Pyongyang supiera exactamente quién les había dado por saco. De hecho, eran los mismos tipos de la última vez, los vimos perfectamente. Podríamos contar casi la misma historia.

—Estábamos pescando cuando de pronto los americanos nos abordaron —dijo el maquinista—. Nos pillaron por sorpresa. Agarraron al segundo oficial, estuvieron un rato burlándose de él y al final lo arrojaron a los tiburones.

—Sí —intervino el primer oficial—. Le lanzamos el bote salvavidas, pero los tiburones lo destrozaron a dentelladas.

Id capitán estudió la tarjeta. Entonces le tendió la mano y los demás lo ayudaron a levantarse. Tenía una vez más aquel destello furioso en la mirada.

—Y entonces uno de nosotros —dijo el capitán—, sin reparar en su propia seguridad, saltó al agua infestada de tiburones para salvar al segundo oficial. Ese tripulante sufrió terribles mordeduras y, sin

embargo, no le importaba, pues solo pensaba en salvar al segundo oficial, un héroe de la República Popular Democrática de Corea. Pero era demasiado tarde: medio devorado, el segundo oficial sucumbió bajo las olas. Sus últimas palabras fueron de elogio hacia el Querido Líder y solo en el último instante logramos rescatar al otro miembro de la tripulación, desangrado y medio muerto, y subirlo de nuevo a bordo del *Junma*.

De pronto se había hecho el silencio.

El capitán le dijo al maquinista que pusiera en marcha el cabrestante.

—Necesitaremos un tiburón vivo —declaró.

Entonces el capitán se acercó a Jun Do, lo agarró por el codo y lo acercó hacia sí con un gesto casi tierno, hasta que estuvieron casi frente con frente. Era la primera vez que alguien le hacía eso a Jun Do, quien tuvo la sensación de que no había nadie más en el mundo.

—No es porque le llenara la cabeza de ideas estúpidas —comenzó el capitán—. Ni porque lleve una actriz tatuada en el pecho en lugar de una mujer real que le espere en casa y que dependa de usted. Tampoco es porque sea el único al que en el Ejército lo han preparado para soportar el dolor. No, es porque nadie le ha enseñado nunca qué es la familia, ni el sacrificio. Es porque no le han enseñado nunca qué significa hacer todo lo necesario para proteger a los tuyos.

El capitán observaba a Jun Do con los ojos abiertos y mirada serena, desde tan cerca que era como si se comunicaran mediante un lenguaje puro, sin palabras. Lo agarraba por la nuca con firmeza y Jun Do se dio cuenta de que estaba asintiendo con la cabeza.

—Nunca ha tenido a nadie que lo guiara, pero yo estoy aquí —dijo el capitán—, y le digo que esto es lo que tiene que hacer. Esta gente es su familia y sé que haría cualquier cosa por ellos. Ahora solo hace falta que lo demuestre.

El tiburón llevaba toda la noche atrapado en la plomada y estaba aturdido y medio muerto. Cuando lo sacaron del agua tenía los ojos blancos y, ya en la cubierta, empezó a abrir y cerrar la mandíbula, no

tanto para coger oxígeno como para intentar expulsar lo que lo estaba matando lentamente.

El capitán le indicó al práctico que agarrara con fuerza el brazo de Jun Do, pero este dijo que no, que lo haría él solo. El oficial y el maquinista levantaron el tiburón, que medía algo menos de dos metros del hocico a la cola.

Jun Do respiró hondo y se volvió hacia el capitán.

—Tiburones, pistolas y venganza —dijo—. Ya sé que se me ha ocurrido a mí, pero esta historia no se la traga nadie.

—Tiene razón —convino el capitán—. Pero es una historia a la que pueden sacar provecho.

Después de pedir ayuda por radio, una patrullera los escoltó a Kinjye, donde había una multitud reunida en la rampa de recogida de pescado. Había varios representantes del Ministerio de Información, un par de periodistas del *Rodong Sinmun* y varios guardias de seguridad de la ciudad con los que no te topabas nunca a menos que te emborracharas. De la nueva fábrica de conservas salía humo: se encontraba en pleno ciclo de esterilización y todos los trabajadores estaban sentados en cubos colocados bocabajo, esperando poder ver al hombre que se había enfrentado a los tiburones. Incluso los pilluelos y los niños tullidos de la ciudad habían acudido a presenciar el espectáculo desde detrás de las peceras, que les ensanchaban y distorsionaban los rostros mientras los bancos de *aji* pasaban nadando ante ellos.

Un médico se acercó a Jun Do con una unidad de sangre y empezó a buscarle una vena en el brazo herido, pero Jun Do lo detuvo.

—Si me la inyecta en este brazo, ¿no se saldrá toda?

—Yo solo trato a héroes, o sea que sé lo que hago —respondió el médico—. Y hay que inyectarla justamente en el lugar de donde sale.

Entonces le introdujo la vía en una vena de detrás del nudillo, se la sujetó con un esparadrapo y le dio la bolsa a Jun Do para que la aguantara

con el brazo sano. El médico le quitó la camiseta ensangrentada. La herida era inconfundible: los dientes del tiburón, como esquirlas de cristal esmerilado, le habían atravesado el brazo de parte a parte, y cuando el médico irrigó los tajos en carne viva, al fondo de cada incisión se veía el blanco liso del hueso.

En conversación con un reportero y un ministro, Jun Do ofreció un breve resumen de su encontronazo con los agresores americanos. No le hicieron demasiadas preguntas; solo parecían estar interesados en corroborar la historia. De pronto apareció ante él el viejo del pelo corto y las manos deformes que en su día se había llevado al segundo oficial. Llevaba el mismo traje gris de la última vez y, al verlo de cerca, Jun Do se percató de que tenía los párpados medio caídos, de modo que parecía como si dormitara mientras hablaba.

—Voy a tener que confirmar los detalles de su historia —le dijo, y le enseñó una insignia plateada que no llevaba el nombre de ningún organismo; solo contenía la imagen de un muro de ladrillos que flotaba sobre el suelo.

Se llevó a Jun Do por un sendero. Este sujetaba la bolsa de sangre con su brazo bueno y llevaba el otro en cabestrillo. Más adelante encontraron al capitán, que hablaba con la mujer del segundo oficial. Estaban junto a una montaña de ladrillos y la chica no lloraba: miró al viejo, luego miró a Jun Do, y finalmente se volvió de nuevo hacia el capitán, que le pasó un brazo por los hombros para consolarla. Jun Do se volvió para ver el tumulto que se había formado en el puerto, donde sus compañeros contaban la historia gesticulando con grandilocuencia, pero de pronto tuvo la sensación de que todos estaban ya muy lejos.

El anciano se lo llevó a la vieja fábrica de conservas. Lo único que quedaba bajo los techos altísimos de la fábrica eran las enormes cámaras de vapor, los solitarios colectores de gas y las vías oxidadas, hundidas en el suelo de cemento. Por entre los agujeros del techo se filtraba la luz, y había una mesa plegable y dos sillas.

Encima de la mesa había un termo. El viejo se sentó y desenroscó lentamente la tapa oxidada con aquellas manos deformes que parecían mitones. Una vez más Jun Do tuvo la sensación de que había cerrado los ojos para descansar, pero era simplemente que era viejo.

—Entonces, ¿es usted un inspector o algo así? —le preguntó Jun Do.

—¿Cómo se responde a esa pregunta? —respondió el viejo, pensativo—. Fui muy imprudente durante la guerra y después de la victoria seguía estando dispuesto a hacer cualquier cosa. —Se inclinó hacia delante y se colocó bajo la luz. Jun Do vio un montón de cicatrices bajo el pelo gris—. Seguramente en esa época me habría hecho llamar inspector.

Jun Do decidió ir sobre seguro.

—Fueron grandes hombres como usted quienes ganaron la guerra y expulsaron al agresor imperialista.

El viejo se sirvió té en la tapa del termo, pero no se lo bebió: cogió la taza humeante con las dos manos y la hizo girar lentamente.

—Es una historia triste, la de este joven pescador amigo suyo. Y lo más curioso es que era realmente un héroe. He confirmado personalmente la historia y es cierto, se enfrentó a los americanos solo con un cuchillo de pescador. Locuras como esa hacen que te ganes el respeto de los demás, pero también que pierdas amigos, sé de qué hablo. A lo mejor es lo que pasó entre la tripulación y el joven oficial.

—El segundo oficial no pidió que los americanos volvieran —repuso Jun Do—. No estaba buscando problemas, y menos aún la muerte. Ya ha oído cómo los tiburones se lo comieron vivo, ¿no?

El viejo no respondió.

—¿No debería tener un lápiz, o un papel, o algo?

—Hemos encontrado a su amigo en el bote esta misma mañana, antes incluso de que llamaran por radio para avisar del supuesto ataque. Llevaba muchos cigarrillos, pero se le habían caído las cerillas al agua y estaban mojadas. Se ve que su amigo lloraba por lo que había hecho, que no podía parar.

Jun Do le dio vueltas a lo que acababa de oír. «Pobre idiota», se dijo. Hasta ese momento había pensado que estaban metidos en eso los dos juntos, pero de pronto se dio cuenta de que estaba solo, y que su historia era lo único que tenía.

—Ojalá esa mentira que acaba de contarme fuera cierta —dijo Jun Do—, porque entonces el segundo oficial seguiría vivo. Eso significaría que no habría muerto ante nuestros ojos y que el capitán no tendría que contarle a su mujer que ya no volverá a verlo.

—Nadie volverá a verlo jamás, puede contar con ello —le aseguró el viejo, que parecía dormitar de nuevo—. ¿No quiere conocer los motivos por los que ha desertado? Creo que ha mencionado su nombre.

—El segundo oficial era un amigo y un héroe —dijo Jun Do—. A lo mejor podría mostrar un poco más de respeto por los muertos.

El viejo se levantó.

—A lo mejor lo que debería hacer es confirmar su historia —le sugirió, y lo que siguió fue un primer ataque breve y frontal, con varios golpes secos en la cara.

Con un brazo herido y el otro ocupado sujetando la bolsa de sangre, Jun Do no podía hacer nada para defenderse.

—Dígame de quién ha sido la idea —le ordenó el viejo, que golpeó a Jun Do dos veces en la clavícula—. ¿Por qué no lo han soltado desde más al sur, más cerca de la zona desmilitarizada?

Jun Do estaba como atrapado en la silla y dos puñetazos brutales en las costillas flotantes terminaron de inmovilizarlo.

—¿Por qué no han desertado todos? ¿O solo querían deshacerse de él?

En rápida sucesión, Jun Do notó una punzada de dolor en el cuello, en la nariz y en la oreja, y de pronto tuvo la sensación de que los ojos no le respondían.

—Los americanos han vuelto —dijo Jun Do—. En su barco sonaba música. Llevaban ropa de calle y zapatillas con franjas plateadas. Uno de ellos ha amenazado con quemarnos el barco. Llevaba un mechero con un

misil de crucero. La última vez se burlaron de nosotros porque no teníamos un váter y esta vez se han burlado porque sí teníamos.

El viejo lo golpeó directamente en el pecho y con el foganazo que le provocó su tatuaje nuevo, Jun Do sintió que la cara de Sun Moon se le marcaba a fuego en el corazón. El viejo se detuvo y se sirvió más té, pero no se lo bebió, solo se calentó las manos con la taza. Jun Do tomó conciencia de cómo iba a ir la cosa. En el Ejército, su maestro de dolor había sido Kimsan. La primera semana la habían pasado sentados a una mesa parecida a aquella, contemplando una vela que ardía entre los dos. Estaba la llama, pequeña y caliente en la punta. Luego estaba el brillo, que les calentaba la cara. Y luego estaba la oscuridad que nacía donde terminaba la luz. «Nunca dejes que el dolor te empuje hasta la oscuridad —le dijo Kimsan—. Porque allí no eres nadie, allí estás solo. Si le das la espalda a la llama, estás acabado.»

El viejo volvió a empezar, pero esta vez no le preguntó por el segundo oficial y el bote, sino qué hacía el segundo oficial en el *Junma*, cuántos tiburones había, cómo eran de altas las olas y si los americanos tenían el fiador de los rifles echado. El viejo medía las fuerzas y le soltaba largas sargas de golpes lentos, acompasados, en las mejillas, en la boca y en las orejas, y en cuanto le empezaron a doler las manos, pasó a otras partes más blandas del cuerpo. «En la llama de la vela, la yema del dedo duele, aunque el resto del cuerpo goza del calor de la lumbre. Mantén el dolor concentrado en la yema del dedo y el cuerpo bajo la lumbre.» Jun Do levantó los tabiques de partición: un golpe en el hombro debe doler solo en el hombro, de modo que aisló mentalmente esa parte del resto del cuerpo. Si el puño iba dirigido a la cara, justo antes de recibir el golpe Jun Do movía la cabeza lo justo para no recibir dos impactos en el mismo sitio. «Mantén la llama en los dedos y los dedos en movimiento, mientras el resto de tu cuerpo se relaja bajo la lumbre.»

El viejo hizo una mueca de dolor y se detuvo un instante para estirar la espalda.

—Todo el mundo se llena la boca hablando de la guerra dijo mientras se encorvaba hacia un lado y hacia el otro—. Nombraron héroe a casi todo el mundo. Incluso hay árboles que son héroes. De verdad. En mi división todos son héroes de guerra, excepto los nuevos, claro. A lo mejor su amigo se convirtió en héroe y a usted no le gustó. A lo mejor quería serlo usted también.

Jun Do intentaba mantenerse en la lumbre, pero le costaba concentrarse. No podía dejar de preguntarse en qué momento iba a caer el siguiente golpe.

—Si quiere saber mi opinión —siguió diciendo el viejo—, los héroes son gente inestable e impredecible. Hacen lo que tienen que hacer, vaya que sí, pero trabajar con ellos es un coñazo. Sé de qué hablo, créame —añadió, y señaló una larga cicatriz que le bajaba por el brazo—. Ahora, en mi división, todos los nuevos parecen universitarios.

El hombre recuperó el brillo en la mirada y agarró a Jun Do por la nuca para mantener el equilibrio. A continuación le asestó varios golpes secos en el estómago.

—¿Quién lo lanzó al agua? —preguntó, y volvió a atizarle en el esternón—. ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

Uno, dos, tres puñetazos.

—¿Cómo es posible que no sepa qué hacía el capitán?

Los puños le golpearon los pulmones y lo dejaron sin aliento.

—¿Por qué no pidieron ayuda por radio?

Y a continuación el viejo respondió a todas sus preguntas:

—Porque lo de los americanos es mentira. Usted y los marineros se habían hartado del rufián, por eso lo mataron y lo echaron por la borda. Los van a mandar a todos a los campos, lo sabe, ¿verdad? Ya está decidido, o sea que puede hablar tranquilamente.

El hombre se levantó y pasó un momento yendo de aquí para allá, con una mano dentro de la otra y los ojos cerrados con lo que parecía una expresión de alivio. Entonces Jun Do oyó la voz de Kimsan como si

estuviera muy cerca, con él. «Tú eres la llama —dijo Kimsan—. Y el viejo insiste en tocar la llama ardiente solo con las manos.» Kimsan le habría dicho que utilizara también los codos, los brazos, los pies y las rodillas, «pero solo toca la llama con las manos, y mira cómo le arden».

—No sé qué pensaba —reconoció Jun Do—, pero cuando me lancé al agua y noté la sal en el tatuaje nuevo, me entró el pánico. Los tiburones me mordisqueaban, me tanteaban con el hocico antes de hincarme el diente, y los americanos se reían con sus dentaduras blanquísimas, y esas dos cosas se convirtieron en una sola en mi mente.

El viejo volvió a acercarse, con gesto de frustración.

—Mentira —repuso—. Todo eso son mentiras.

Y a continuación se puso de nuevo manos a la obra. A medida que iban cayendo los golpes, le fue diciendo a Jun Do todo lo que no encajaba en su historia: que estaban todos celosos del nuevo estatus de héroe del oficial, que Jun Do no recordaba qué ropa llevaba cada uno, que... «La llama es diminuta, necesitaría todo el día para quemarte todo el cuerpo. Debes mantenerte en la lumbre. No vayas nunca a la oscuridad, pues allí estarás solo. De allí no regresa nadie.» Kimsan le habla dicho que aquella era la lección más difícil para él, pues eso era lo que Jun Do había hecho de pequeño, ir a la oscuridad. Esa era la lección que le habían enseñado sus padres, fueran quienes fueran: que si ibas a la oscuridad, si te apagabas, podías hacer lo que fuera. Por ejemplo limpiar cisternas en la fábrica de pintura de Pangu, hasta que te dolía la cabeza, empezabas a toser polvillo rosado y el cielo se volvía amarillo; podías sonreír cordialmente cada vez que un horno de fundición o una fábrica de carne adoptaban a alguno de los otros niños y, agazapado en la oscuridad, podías decir «Qué suerte la tuya» y «Hasta otra» cuando venían los hombres con acento chino.

Era difícil saber cuánto tiempo llevaba el viejo empleándose con él. Todas sus frases se combinaban y formaban una misma frase sin sentido. Jun Do estaba allí, en el agua, y veía al segundo oficial.

—Intenté agarrarlo —dijo—, pero su cuerpo saltaba, se hundía y estallaba, y yo sabía lo que estaban haciendo con él, sabía lo que estaba sucediendo bajo la superficie. No pesaba nada en mis manos, era como intentar rescatar una almohada, eso era todo lo que quedaba de él, pero ni siquiera así lo pude arrastrar.

Tras aislar los pinchazos que notaba en los ojos y la sangre caliente que le corría por la nariz, cuando logró impedir que el corte que tenía en los labios y el dolor que notaba en los oídos penetraran en su interior, después de dejar sin sensibilidad brazos, torso y hombros, a Jun Do ya solo le quedaba su fuero interno, y lo que descubrió ahí dentro fue un niño que sonreía como un idiota, pues no tenía ni idea de lo que le estaba pasando al hombre de fuera. Y de pronto su historia pasó a ser cierta: se la habían grabado a golpes en su interior y empezó a llorar porque el segundo oficial había muerto y él no había podido hacer nada por evitarlo. De pronto lo veía en el agua negra, la escena iluminada por la luz roja de una bengala.

—Era mi amigo —dijo Jun Do, y las lágrimas le resbalaron por las mejillas— y no lo pude salvar, lisiaba solo en el agua negra, no pude salvar ni un pedazo. Lo miré a los ojos y no sabía ni dónde estaba. Pedía ayuda, decía: «Creo que necesito que me rescaten», con voz tranquila, estremecedora, y de pronto yo había pasado ya una pierna por encima del costado y estaba en el agua.

El viejo se detuvo con las manos en alto, como un cirujano. Estaban cubiertas de saliva, mocos y sangre. Jun Do prosiguió:

—«Está oscuro, no sé dónde estoy», me dijo. «Estoy aquí —le dije yo —, escucha el sonido de mi voz.» «¿Por qué estás aquí?», preguntó él, y yo le acerqué una mano a la cara. Estaba fría y blanca. «No puede ser que esté donde creo que estoy —se sorprendió él—. Ahí hay un barco, pero no veo las luces.» Eso es lo último que dijo.

—¿«No veo las luces»? ¿Por qué diría algo así? —preguntó el viejo—. Pero usted intentó rescatarlo, ¿verdad? —añadió al ver que Jun Do no

respondía—. Y entonces lo mordieron, ¿no? Y ha dicho que los americanos los apuntaban todo el rato, ¿verdad?

La bolsa de sangre que Jun Do llevaba en la mano pesaba mil kilos y apenas podía mantenerla levantada. Cuando logró enfocar la vista, se dio cuenta de que estaba vacía. Se volvió hacia el viejo.

—¿Qué?

—Antes ha dicho que sus últimas palabras habían sido: «Alabado sea Kim Jong-il, el Querido Líder de la República Popular Democrática de Corea». Admite que eso era mentira, ¿verdad?

La vela se había apagado. La llama, la luz, la oscuridad... Todo había desaparecido de repente y en su lugar no había nada. Kimsan nunca le había dicho qué debía hacer después del dolor.

—¿Pero no lo ve? Todo es mentira —dijo Jun Do—. ¿Por qué no pedí ayuda por radio? ¿Por qué no ordené a la tripulación que montara una operación de rescate? Si hubiéramos trabajado todos juntos, a lo mejor lo habríamos salvado. Debería haber rogado a los demás, me tendría que haber puesto de rodillas. Pero no hice nada. Solo me mojé, solo noté el escozor del tatuaje.

El viejo se sentó en la otra silla. Se sirvió otro té y esta vez se lo bebió.

—Pero no se mojó nadie más —dijo—. No he visto a nadie más con un mordisco de tiburón. —El hombre miró a su alrededor como si se preguntara por primera vez qué tipo de edificio era aquel—. Me voy a retirar pronto —agregó—. Pronto todos los de la vieja guardia nos habremos marchado y entonces no sé qué va a ser de este país.

—¿Qué pasará con ella? —preguntó Jun Do.

—¿Con la mujer del segundo oficial? No se preocupe, le encontraremos a alguien que valga la pena, alguien digno del recuerdo del oficial.

El hombre se sacó un cigarrillo del paquete y se lo encendió no sin problemas. Era un Chollima, la marca que fumaban en Pyongyang.

—Parece que su barco es una fábrica de héroes —señaló.

Jun Do intentó deshacerse de la bolsa de sangre, pero su mano se

negaba a soltarla. Podías desconectar un brazo para no tener que sentir nada de lo que te pasaba, pero ¿cómo volvías luego a conectarlo?

—Le voy a dar el visto bueno —dijo el viejo—. Su historia encaja.

Jun Do se volvió hacia él.

—¿Qué historia?

—¿Cómo que qué historia? —preguntó el viejo—. Ahora es un héroe.

El viejo le ofreció un cigarrillo, pero Jun Do no podía cogerlo.

—Pero ¿y los hechos? —quiso saber Jun Do—. No encajan. ¿Dónde están las respuestas?

—Los hechos no existen. En mi mundo, todas las respuestas que necesitas saber se encuentran aquí —dijo el hombre, señalándose a sí mismo, aunque Jun Do no habría sabido decir si apuntaba al corazón, a las entrañas o a los huevos.

—Pero ¿dónde están? —preguntó Jun Do, que vio a la joven remera lanzando bengalas hacia él y sintió la fría mejilla del oficial, mientras los tiburones lo arrastraban hacia el fondo del agua—. ¿Las encontraremos alguna vez?

Jun Do soñó con tiburones que lo mordían y con la actriz Sun Moon, que parpadeaba y lo miraba con los ojos entornados, como Rumina cuando se le había metido arena en los ojos. Soñó que el segundo oficial se alejaba, rumbo a aquella luz rutilante. De vez en cuando le llegaba un aguijonazo de dolor. ¿Estaba despierto o dormido? Sus ojos se movían por el interior de los párpados, tan hinchados que no los podía abrir. Había un continuo olor a pescado. La sirena de llamada al trabajo señalaba la llegada del alba y Jun Do sabía que era de noche cuando cortaban la electricidad y el zumbido de una neverita cesaba.

Notaba todas las articulaciones anquilosadas y respirar demasiado profundamente era como abrir las puertas del horno del dolor. Cuando finalmente consiguió mover el brazo bueno y examinarse el brazo herido, notó gruesos pelos de tábano y unos ásperos puntos de sutura. Recordaba vagamente cómo el capitán lo había ayudado a subir por las escaleras del bloque comunitario donde el segundo oficial había vivido con su mujer.

El altavoz («¡Ciudadanos!») cuidaba de él durante el día. Por la tarde ella volvía de la fábrica de conservas, aún con un leve olor a grasa industrial en las manos. La pequeña tetera traqueteaba y silbaba, y ella tarareaba *La marcha de Kim Jong-il*, que marcaba el final del noticiero. Entonces sus manos, heladas por el alcohol, le desinfectaban las heridas. Aquellas manos lo hacían girar hacia la derecha y hacia la izquierda para cambiarle las sábanas y vaciarle la vejiga, y Jun Do estaba convencido de que notaba el rastro de su alianza en uno de los dedos.

Pronto la hinchazón disminuyó. Lo que le mantenía los ojos cerrados ya no era la inflamación, sino costra y pus, pero ahí estaba ella para intentárselos abrir con el vapor de un paño caliente.

—Aquí lo tenemos —dijo la mujer cuando Jun Do finalmente recuperó la visión—. El hombre que ama a Sun Moon.

Jun Do levantó la cabeza. Estaba en un catre, en el suelo, desnudo bajo una fina sábana de color amarillo. Reconoció las ventanas de celosía del bloque de viviendas. En la habitación había varias percas colgadas a secar como si fueran trapos.

—Mi padre creía que si su hija se casaba con un marinero nunca iba a pasar hambre —le contó.

Jun Do logró enfocar a la mujer del segundo oficial.

—¿En qué planta estamos? —le preguntó él.

—En la décima.

—¿Cómo me subisteis hasta aquí?

—Tampoco fue tan difícil. Por cómo te había descrito mi marido, te imaginaba mucho más corpulento. —Le pasó el paño caliente por el pecho y él intentó no hacer una mueca—. Tu pobre actriz tiene toda la cara negra y azul. Hace que parezca mucho mayor, como si su momento ya hubiera pasado. ¿Has visto sus películas?

Jun Do negó con la cabeza y notó un pinchazo en el cuello.

—Yo tampoco —admitió ella—. Aunque qué quieres, en este asco de pueblo. La única película que vi fue una extranjera, una historia de amor. —Volvió a hundir el trapo en el agua caliente y le empapó las cicatrices—. Trataba sobre un barco que chocaba contra un iceberg y se moría todo el mundo.

Se sentó en el catre y, empujando con los dos brazos, colocó a Jun Do de costado y se tendió junto a él. Entonces le acercó un bote y lo agitó un poco, hasta que logró meterle el *umkyoung* dentro.

—Vamos —le dijo, y le dio unos golpecitos en la espalda para animarlo. Su cuerpo se estremeció de dolor y finalmente empezó a salirle un chorrito irregular. Cuando hubo terminado, ella levantó la jarra y la colocó a contraluz. Dentro había un líquido turbio, de color oxidado—. Vamos mejorando —aseguró ella—. Pronto podrás cruzar el pasillo caminando e ir solo al baño de la décima planta, como un chico mayor.

Jun Do intentó colocarse boca arriba pero no lo consiguió, de modo que

se quedó como estaba, tendido de lado, hecho un ovillo. En la pared, bajo los retratos del Querido Líder y del Gran Líder, había un pequeño estante con las zapatillas americanas del segundo oficial. Jun Do no entendía cómo había logrado llevárselas a casa, cuando el resto de la tripulación había visto cómo las arrojaba al mar. Colgada en la pared había también la carta de navegación del *Junma*. Mostraba todo el mar de Corea, y era el mapa que referenciaban el resto de las cartas de navegación de a bordo. Todos estaban convencidos de que había ardido durante el incendio, con el resto. Había varias chinchetas que marcaban todos los caladeros donde habían pescado, y escritas a lápiz, las coordenadas de varios puntos más septentrionales.

—¿Eso es la ruta de las remeras? —preguntó Jun Do.

—¿Las remeras? —dijo ella—. No, es un mapa con todos los lugares donde había estado. Las chinchetas rojas son las ciudades de las que había oído hablar. Siempre me estaba hablando de los lugares a los que me llevaría.

La mujer miró a Jun Do fijamente a los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿Lo hizo de veras? ¿De verdad amenazó a un comandante americano con un cuchillo, o es una trola que os inventasteis entre todos?

—¿Por qué ibas a creer lo que yo te dijera?

—Porque eres un oficial inteligente —repuso la joven—. Porque la gente que vive en este culo del mundo te importa un carajo. Cuando tu misión termine, volverás a Pyongyang y no volverás a pensar en pescadores nunca más.

—¿Y cuál es mi misión?

—Va a haber una guerra en el fondo del mar dijo ella—. A lo mejor mi marido no tendría que habérmelo contado, pero lo hizo.

—Todo eso son pamplinas —repuso Jun Do—. Yo solo me encargo de la radio. Y sí, tu marido se enfrentó a un marine estadounidense con un cuchillo.

La mujer negó con la cabeza, admirada.

—Tenía un montón de planes descabellados —reconoció—. Pero saber que eso es verdad me hace pensar que, de haber vivido, a lo mejor habría llevado a cabo alguno.

Le dio un poco de agua de arroz azucarada con un cucharón, lo colocó boca arriba y lo cubrió de nuevo con la sábana. En la habitación estaba oscureciendo y pronto iban a cortar la luz.

—Oye, me tengo que ir —dijo la mujer—. Si tienes una emergencia, grita y la encargada de la planta vendrá a ver qué pasa. Basta con que alguien se tire un pedo para que aparezca en la puerta.

Se limpió con una esponja junto a la puerta, donde él no podía verla. Jun Do solo oía el leve sonido que hacía el paño sobre su piel y el agua que goteaba en la cacerola sobre la que se había acucillado. Se preguntó si emplearía el mismo paño que había usado con él.

Antes de marcharse, se le acercó con un vestido arrugado, que había secado a mano y había colgado a secar. Aunque la veía a través de la visión desvaída de aquellos ojos que no había usado en tanto tiempo, no había duda de que era una auténtica belleza, alta y cuadrada de hombros, aunque todavía conservaba las formas redondeadas de la adolescencia. Tenía unos ojos grandes e impredecibles, y una melenita negra que enmarcaba su cara redonda. Llevaba un diccionario inglés en las manos.

—En la fábrica de conservas he visto a gente que se hacía daño de verdad. No te va a pasar nada —le dijo—. *Dulces sueños* —añadió entonces en inglés.

Por la mañana, Jim Do se despertó con un sobresalto, un sueño que había terminado con un destello de dolor. Las sábanas olían a cigarrillos y a sudor, y Jun Do supo que la mujer había dormido a su lado. Junto al catre había un bote de orín con lo que parecían manchas de yodo, pero por lo menos no estaba turbio. Tocó el bote con la mano: estaba frío. Cuando por fin logró incorporarse, constató que no había rastro de la mujer.

El mar amplificaba la luz exterior, que inundaba la habitación. Apartó la sábana. Tenía el pecho plagado de cardenales y varios cortes en las costillas. Los puntos estaban cubiertos de costras y, después de olerías, se dijo que iban a tener que quitarle el pus. El altavoz le dio los buenos días: «Ciudadanos, hoy se ha anunciado que una delegación norcoreana va a visitar Estados Unidos para tratar algunos de los problemas que afectan a nuestros dos temibles países». A continuación la emisión prosiguió según la fórmula habitual: muestras de admiración universal hacia Corea del Norte, un ejemplo de la sabiduría divina de Kim Jong-il, un nuevo método para ayudar a los ciudadanos a evitar el hambre y, finalmente, los mensajes de varios ministerios a la población.

Por la ventana entró una ráfaga de viento y los pescados secos se agitaron en la cuerda, los cartílagos de sus aletas del color del papel de los farolillos. Desde la azotea le llegaban aullidos y ladridos, y un chasquido constante de uñas sobre el cemento. Por primera vez en días, Jun Do notó una punzada de hambre.

La puerta se abrió y, tras respirar hondo, la mujer del segundo oficial entró en el piso. Llevaba una maleta y dos garrafas de cinco litros de agua. Sudaba, pero tenía una extraña sonrisa en los labios.

—¿Qué te parece mi maleta nueva? —preguntó—. He tenido que hacer un trueque para conseguirla.

—¿Y qué has ofrecido a cambio?

—No seas capullo —le reprochó—. ¿Te puedes creer que no tenía maleta?

—Supongo que nunca has ido a ninguna parte.

—Supongo que nunca he ido a ninguna parte repitió para sí misma.

Con un cucharón, le llenó un vaso de plástico con agua de arroz. Él bebió un trago y le preguntó:

—¿Hay perros en la azotea?

—Bienvenido a la vida en el ático —dijo ella—. Tenemos un ascensor que no funciona, goteras en el techo y los respiraderos de los baños. Yo

ya ni oigo a los perros. Los cría la junta de vivienda. Tendrías que oír cómo se ponen los domingos.

—¿Y para qué los crían? Espera, ¿qué pasa los domingos?

—Los del bar de karaoke dicen que los perros son ilegales en Pyongyang.

—Sí, eso dicen.

—Civilización —comentó la joven.

—¿No van a empezar a echarte de menos en la fábrica?

La mujer no respondió, sino que se arrodilló y empezó a rebuscar en los bolsillos de la maleta para comprobar si su propietario anterior había olvidado algo.

—Te van a someter a una sesión de crítica —insistió Jim Do.

—No voy a volver a la fábrica —dijo ella.

—¿Nunca?

—No. Me voy a Pyongyang.

—Te vas a Pyongyang.

—Pues sí —aseguró. En un doblez del forro de la maleta encontró unos permisos de viaje caducados, con el sello de todos los puntos de control entre Kaesong y Chongjin—. Generalmente tardan unas semanas, pero no sé, yo tengo la sensación de que puede suceder en cualquier momento.

—¿Qué es lo que puede suceder?

—Que me encuentren un marido de reemplazo.

—¿Y crees que será alguien de Pyongyang?

—Soy la mujer de un héroe —dijo ella.

—La viuda de un héroe, querrás decir.

—No digas esa palabra —le pidió—. Odio cómo suena.

Jun Do se acabó el agua de arroz y despacio, muy despacio, se volvió a echar.

Mira —siguió diciendo ella—, lo que le pasó a mi marido es horrible. No puedo ni pensar en ello. En serio, es empezar a imaginármelo y algo se cierra en mi interior. Pero estuvimos casados apenas unos meses y

pasó casi todo el tiempo con vosotros, en el barco.

Incorporarse le había costado un gran esfuerzo y cuando volvió a apoyar la cabeza en el catre, el alivio de rendirse al agotamiento superó el malestar de la recuperación. Le dolía casi todo y, no obstante, se apoderó de él una sensación de bienestar, como después de pasar el día trabajando duro junto a sus compañeros. Cerró los ojos y se concentró en el zumbido de esa sensación; cuando los volvió a abrir ya era por la tarde. A Jun Do le pareció que lo que lo había despertado había sido el portazo que había dado ella al marcharse. Rodó hacia un lado para comprobar el otro extremo de la habitación y vio la cacerola que utilizaba la chica para lavarse. Le habría gustado poder tocarla para ver si el agua aún estaba caliente.

Al atardecer pasó a verlo el capitán, que encendió un par de velas y se sentó en una silla. Jun Do levantó la mirada y vio que llevaba una bolsa en las manos.

—Tenga, hijo —dijo el capitán, que sacó una rodaja de atún y dos cervezas Ryoksong de dentro de la bolsa—. Ya va siendo hora de que recupere la salud.

El capitán abrió las botellas y cortó el atún crudo con su cuchillo de contramaestre.

—Por los héroes —brindó el capitán, y bebieron sin demasiado entusiasmo. El atún, no obstante, era justo lo que Jun Do necesitaba, lo mejor que daba el mar. Saboreó el pescado en el paladar.

—¿Qué tal ha ido la pesca? —preguntó Jun Do.

—Las aguas estaban moviditas —respondió el capitán—. Pero claro, sin usted ni el segundo oficial no era lo mismo. Tenemos a un par de hombres del *Kwan Li* que nos echan una mano. Sabe que su capitán terminó perdiendo el brazo, ¿verdad?

Jun Do asintió y el capitán sacudió la cabeza.

—Oiga, siento muchísimo que se ensartaran así con usted. Quise advertirle, pero tampoco habría servido de mucho.

—Bueno, ahora ya está —dijo Jun Do.

—La parte más dura sí, y aguantó bien: nadie más se habría comportado como lo hizo usted. Ahora ha llegado el momento de la recompensa —comenzó el capitán—. Primero le concederán algo de tiempo para que se recupere mientras piensan qué hacer, pero luego querrán exhibirlo. ¿Un héroe que arriesgó la vida a punta de pistola para salvar a otro héroe al que los americanos habían echado a los tiburones? Vamos, va a ser un éxito. Le van a sacar partido. Después de lo del jefe de la fábrica de conservas y lo del capitán del *Kwan Li*, están necesitados de buenas noticias. Les podrá pedir todo lo que quiera.

—Ya he ido a la escuela de idiomas —dijo Jun do—. ¿Cree que va a regresar? —añadió entonces—. Con las corrientes y todo eso, me refiero.

—Todos queríamos a ese chico —admitió el capitán—. Y se cometieron errores, sí, pero no puede volver. Ya no forma parte de la historia. Ahora la historia es otra, métaselo en la cabeza. A la chica tampoco le va mal así, ¿no?

Pero antes de que Jun Do pudiera contestar, el capitán vio la carta de navegación colgada en la pared. En la habitación reinaba la penumbra y se levantó con la vela en la mano.

—Pero qué coño... —dijo, y empezó a arrancar las chinchetas y a arrojarlas por el suelo—. El chaval hace ya una semana que desapareció y sigue dando por saco. —Finalmente despegó la carta de navegación de la pared—. Oiga —añadió entonces el capitán—, hay algo que debe saber. Aunque llegamos a la conclusión de que el segundo oficial no se había llevado nada, no nos habíamos fijado bien. No se nos había ocurrido mirar en la bodega, donde estaba su equipo.

—¿Qué me está diciendo?

—Una de sus radios ha desaparecido. Se llevó una radio consigo.

—¿La negra? —preguntó Jun Do—. ¿O la de los mandos plateados?

—La de los diales verdes —dijo el capitán—, ¿Será un problema? ¿Se nos puede volver en contra?

De repente Jun Do lo vio claramente: el segundo oficial en la balsa, a oscuras, con nada más aparte de una batería, el fulgor verde de la radio y un paquete de cigarrillos sin cerillas.

—No, era sencillita —dijo Jun Do—. Ya encontraremos otra.

—Así me gusta —respondió el capitán con una sonrisa—. Ay, qué burro soy: coma un poco más de atún, haga el favor. ¿Y la chica? ¿Qué me dice? He hablado con ella y tiene una opinión bastante alta de usted, ¿sabe? ¿Le falta algo, le puedo traer algo?

Jun Do notaba cómo la cerveza le corría por la sangre.

—Ese bote de ahí —le indicó—. ¿Me lo puede acercar?

—Sí, cómo no —contestó el capitán, pero al cogerlo le dirigió una mirada suspicaz. Por un momento pareció que lo iba a oler, pero al final se limitó a pasárselo.

Jun Do se volvió de costado y metió el bote debajo de la sábana. En el cuarto solo se oía el chorruto irregular de orina que lo llenaba a trompicones.

—Bueno, pues va a tener que pensárselo —dijo el capitán, hablando en voz alta para que se oyera por encima de aquel sonido—. Ahora es un héroe y le van a preguntar qué quiere. ¿Qué me dice? ¿Qué les va a pedir?

Cuando hubo terminado, Jun Do abrió los ojos y, con mucho cuidado, le devolvió el bote al capitán.

—Lo único que quiero —repuso Jun Do— es quedarme en el *Junma*. Me siento muy cómodo allí.

—Sí, cómo no —respondió el capitán—. Su equipo está ahí...

—Y hay electricidad por la noche.

—Y hay electricidad por la noche —repitió el capitán—. Delo por hecho. Ahora vive en el *Junma*. Es lo menos que puedo hacer. Pero tiene que pensar en algo que quiera de verdad, algo que solo le puedan proporcionar los de arriba.

Jun Do dudó un instante. Bebió otro trago de cerveza e intentó pensar en algo que Corea del Norte le pudiera proporcionar y que fuera a

mejorarle la vida. El capitán se percató de sus dudas y empezó a hablarle de otros que habían conseguido grandes logros y de las cosas que habían pedido.

—Como esos tipos de Yongbyron que apagaron el fuego de la central eléctrica: uno de ellos pidió un coche, salió en el periódico y todo. Otro quería un teléfono para él solo: hecho, sin preguntas, le llevaron el cable hasta el apartamento. Así es como funcionan las cosas cuando eres un héroe.

—Me lo tengo que pensar —dijo Jun Do—. Me ha pillado con la guardia un poco baja. No soy lo que se dice un tipo espontáneo.

—No, ya lo sé —comentó el capitán—. Y lo sé porque somos familia. Es el típico que no quiere nada para él, que no necesita gran cosa, pero que, en cambio, cuando se trata de los demás no conoce límites. Lo demostró el otro día, lo dejó clarito, y ahora actúa como si fuera de la familia. Yo fui a la cárcel por mi tripulación, ya lo sabe. No soy ningún héroe, pero renuncié a cuatro años para que mis chicos pudieran volver a sus casas. Así fue como lo demostré yo.

El capitán parecía agitado, preocupado, incluso. Aún tenía el bote de orín en la mano y Jun Do le pidió que lo dejara. El capitán se acercó al borde de la silla, como si fuera a sentarse en el catre.

—A lo mejor es solo porque soy viejo —observó el capitán—. Quiero decir que los demás también tienen problemas. Mucha gente lo pasa peor que yo, desde luego, pero es que no puedo vivir sin ella, no puedo. Termino siempre pensando en lo mismo, y no es que esté ni cabreado ni resentido por lo que pasó, es solo que necesito a mi mujer, la tengo que recuperar. Y usted lo puede lograr, está en situación de hacer que suceda. Pronto, muy pronto, le harán una pregunta, y lo que diga se hará realidad.

Jun Do intentó hablar, pero el capitán lo cortó.

—lis vieja, ya sé lo que está pensando. Y yo también soy viejo, pero la edad no tiene nada que ver. De hecho, tengo la sensación de que cada año va a peor. ¿Quién iba a pensar que podía ir a peor? Pero eso no te lo

cuentan, esta parte no la menciona nunca nadie. —El capitán oyó los perros que se movían por la azotea y alzó la mirada hacia el techo. Entonces dejó el bote y se levantó—. Durante un tiempo seríamos dos desconocidos —agregó—. Cuando la recuperara habría cosas de las que ella no podría hablar, ya lo sé. Pero estoy seguro de que al mismo tiempo empezaría una especie de descubrimiento. Y entonces recuperaríamos lo que tuvimos en su día.

El capitán cogió la carta de navegación.

—No responda ahora —le dijo—. No diga nada. Piénselo, es lo único que le pido.

Entonces, a la luz de las velas, el capitán enroscó la carta de navegación con las dos manos. Era un gesto que Jun Do le había visto hacer un millar de veces. Significaba que había elegido un rumbo y que sus hombres sabían ya cuál era su tarea. Tanto si luego regresaban con las redes llenas como si lo hacían de vacío, había tomado una decisión y no había vuelta de hoja.

Se oyó un grito procedente del patio, seguido de un sonido que tanto podía ser una carcajada como un sollozo, y Jun Do supo que en el centro de ese grupo de borrachos estaba la mujer del segundo oficial. En la azotea se oyó el chasquido de las uñas de los perros, que se levantaron y se acercaron al borde del edificio para ver qué pasaba. Los sonidos llegaban incluso hasta la décima planta y se combinaban con los chirridos de las ventanas de celosía de todo el bloque de viviendas, por las que se asomaban los vecinos para ver quién era la ciudadana que estaba tentando la suerte.

Jun Do se levantó y, empleando una silla a modo de andador, se acercó a la ventana. Había apenas una tajada de luna en el cielo, y consiguió ubicar a varias de las personas que había en el patio de abajo por sus carcajadas mordaces, aunque solo logró vislumbrar sus siluetas negras, relucientes. Eso sí, podía imaginar el pelo lustroso de la muchacha, y el

brillo de su cuello y sus hombros.

La ciudad de Kinjye estaba a oscuras: el colectivo del pan, la magistratura, la escuela y el centro de racionamiento. Incluso el generador del bar de karaoke estaba en silencio, y su luz de neón azul se había apagado. El viento silbaba a través de la vieja fábrica de conservas, mientras que las cámaras de vapor de la nueva desprendían oleadas de calor. Se distinguía la silueta de la casa del supervisor de la fábrica de conservas y en el puerto había una única luz: la del *Junma*, donde el capitán se había quedado leyendo hasta tarde. Más allá tan solo se divisaba la negrura del mar. Jun Do oyó a un animal husmeando y, al levantar la mirada, vio dos patitas y la cabeza ladeada de un cachorro que lo observaba.

Encendió una vela y esperó sentado en la silla, cubierto con una sábana, hasta que ella entró tambaleándose por la puerta. Había estado llorando.

—Capullos —dijo, y se encendió un cigarrillo.

—Vuelve —le gritó una voz desde el patio—. Solo estábamos bromeando.

La chica se acercó a la ventana y les lanzó un pescado. Entonces se volvió hacia Jun Do.

—¿Y tú qué miras? —Fue hasta la cómoda y cogió varias prendas de su marido—. Ponte una camiseta, haz el favor —le pidió, y le tiró una.

Era estrecha y desprendía un fuerte olor que le recordaba al segundo oficial. Le costó horrores meter los brazos.

—A lo mejor el karaoke no es lugar para ti.

—Capullos —repitió ella, y se sentó en la otra silla a fumar. Por la cara que ponía, parecía como si intentara comprender algo—. Se han pasado la noche brindando por mi marido, el héroe —dijo, pasándose una mano por el pelo—. Debo de haberme bebido diez licores de ciruela. Luego han empezado a poner canciones tristes en el karaoke. Para cuando he cantado Pochonbo, yo estaba ya hecha un flan. Y entonces han empezado a pelearse para «quitármelo de la cabeza».

—¿Por qué pasas tiempo con estos tipos?

—Los necesito —dijo ella—. Pronto me van a asignar un nuevo marido, tengo que causar buena impresión. Tienen que saber que canto bien, esta es mi oportunidad.

—Pero esos tipos son burócratas locales. No son nadie.

Ella se apretó el estómago, con gesto de malestar.

—Estoy tan harta de pillar parásitos de pescado y tener que tomar píldoras de cloro. Huéleme, apesto a cloro. ¿Te puedes creer que mi padre me hiciera esto? ¿Cómo voy a ir a Pyongyang con este tufo a pescado y a cloro?

—Mira —dijo Jun Do—, sé que ahora te parece una putada, pero posiblemente tu padre supiera de qué iba el asunto. Seguro que eligió lo mejor para ti.

Le pareció repugnante y mezquino soltarle el mismo rollo que les había contado tantas veces a los chicos del orfanato: «No puedes saber por lo que estaban pasando, tus padres no te habrían dejado en el orfanato si no hubiera sido la mejor opción que tenían, o tal vez la única».

—Un par de veces al año venían unos tipos a la ciudad. Ponían a todas las chicas en fila y las más guapas... —se reclinó en la silla y expulsó el humo— desaparecían. Mi padre tenía un contacto que lo avisaba, de modo que aquel día decía que estaba enferma y me quedaba en casa. Y luego va y me manda aquí. ¿Qué sentido tiene? ¿De qué sirve mantenerte a salvo y sobrevivir si luego te vas a pasar cincuenta años destripando pescado?

—¿A qué se dedican hoy esas chicas? —preguntó Jun Do—. ¿A hacer de camareras, a limpiar habitaciones, a cosas peores? ¿Crees que pasarse cincuenta años haciendo eso es mejor?

—Si la cosa funciona así, dímelo. Si eso es lo que les pasa, lo quiero saber.

—No tengo ni idea, no he estado nunca en la capital.

—Pues entonces no las llames putas repuso ella. Esas chicas eran mis

amigas —añadió, y le dirigió una mirada furiosa—. Menudo espía estás hecho, por cierto.

—Yo solo me encargo de la radio.

—No sé por qué, pero no te creo. ¿Por qué no tienes un nombre real? Lo único que sé de ti es que mi marido, que tenía la madurez de un niño de trece años, te adoraba. Por eso se dedicaba a manosear tus radios. Por eso estuvo a punto de quemar el barco leyendo diccionarios con una vela en el baño.

—Espera —dijo Jun Do—. El maquinista dijo que había sido la instalación eléctrica.

—Lo que tú digas.

—¿El incendio lo provocó él?

—¿Quieres saber qué otras cosas no te contó?

—Yo le podría haber enseñado un poco de inglés, solo me lo tenía que pedir. ¿Para qué quería aprender?

—Bah, tenía un montón de planes ridículos.

—¿Para largarse?

—Siempre decía que la clave estaba en organizar una operación de distracción a gran escala. Según él, el supervisor de la fábrica de conservas sabía lo que se hacía. La cuestión era montar una escena tan espantosa que nadie se atreviera a acercarse. Y entonces aprovechar para largarse.

—Pero los familiares del supervisor de la fábrica de conservas no se largaron.

—No —dijo ella—. Esos no se largaron.

—Y después de la operación de distracción, ¿cuál era el plan?

Ella se encogió de hombros.

—Yo nunca quise marcharme —reconoció—. Su objetivo era el mundo exterior. Para mí, en cambio, era Pyongyang. Finalmente logré que lo entendiera.

El esfuerzo había agotado a Jun Do, que se ciñó la sábana a la cintura.

Aunque lo que quería en realidad era echarse.

—Pareces cansado —dijo ella—. ¿Estás a punto para el bote?

—Sí, creo que sí —contestó Jun Do.

La mujer le tendió el bote, pero cuando él lo quiso coger, ella no lo soltó.

—Aquí la belleza no significa nada —comentó—. Lo único que cuenta es cuántos pescados eres capaz de procesar. Los únicos a los que les importa si sé cantar son los chicos que me lo quieren «quitar de la cabeza». En Pyongyang, en cambio, tienen el teatro, la ópera, la televisión y el cine. Pyongyang es el único lugar donde significaré algo. Aun con sus defectos, por lo menos mi marido quería darme eso.

Jun Do respiró hondo. En cuanto terminara con lo del bote, la velada habría terminado. Y él no quería eso, pues en cuanto ella apagara la vela, el cuarto quedaría tan oscuro como el mar, con el segundo oficial flotando sobre las aguas.

—Ojalá tuviera mi radio —se lamentó.

—¿Tienes una radio? —preguntó ella—. ¿Dónde está?

Jun Do ladeó la cabeza para señalar la ventana y la casa del supervisor de la fábrica.

—En mi cocina —dijo.

Jun Do durmió toda la noche y se despertó por la mañana. Sus horarios se habían trastocado por completo. Todos los pescados que estaban colgados en la habitación habían desaparecido y encima de la silla estaba su radio, con las piezas sueltas dentro de un cuenco. Cuando empezaron las noticias, notó una vibración que atravesaba todo el bloque de viviendas, con sus doscientos altavoces. Con la vista fija en el punto de la pared donde había estado colgada la carta de navegación, se enteró de las inminentes negociaciones con Estados Unidos, de la inspección del Querido Líder en una cementera de Sinpo y de que Corea del Norte había derrotado al equipo de bádminton de Libia sin ceder ni un solo set.

Finalmente, la radio advirtió que era ilegal comer gaviotas, pues ayudaban a controlar las poblaciones de insectos que se comían los semilleros de arroz.

Jun Do so levantó con dificultad y cogió un trozo de papel marrón. Entonces se puso los pantalones empapados de sangre que había llevado cuatro días antes, cuando había sucedido todo. Fuera, al final del pasillo, encontró la cola del baño de la décima planta. Todos los adultos estaban en la fábrica de conservas, de modo que en la cola había tan solo ancianas y niños, que esperaban con trozos de papel en la mano. Sin embargo, cuando le llegó el turno, Jun Do vio que la papelera estaba llena de páginas arrugadas del *Rodong Sinmun*. Rasgar el periódico era ilegal, y más aún utilizarlo para limpiarse el culo.

Pasó mucho tiempo ahí dentro. Cuando terminó echó dos cucharones de agua en el retrete y, cuando ya se iba, una vieja de la fila lo paró.

—Usted es el que vive en la casa del supervisor de la fábrica —dijo.

—Así es —afirmó Jun Do.

—Tendrían que quemarla —le soltó la mujer.

Cuando volvió al apartamento, la puerta estaba abierta. Dentro, Jun Do encontró al viejo que lo había interrogado. Llevaba las Nike en una mano.

—¿Qué coño hay en la azotea? —preguntó.

—Perros —contestó Jun Do.

—Animales inmundos. Sabrá que son ilegales en Pyongyang. Deberían serlo en todas partes. Además, yo prefiero el cerdo. —Levantó las Nike—. ¿Qué es esto?

—Son unos zapatos americanos —dijo Jun Do—. Los encontramos una noche en las redes.

—No me diga. ¿Y para qué sirven?

Le costaba creer que un interrogador de Pyongyang no hubiera visto nunca unas zapatillas deportivas. Aun así, Jun Do dijo:

—Son para hacer ejercicio, creo.

—Sí, lo he oído alguna vez —comentó el viejo—. Los americanos

hacen ejercicio inútil, por simple diversión. ¿Y eso? —preguntó, señalando la radio.

—Tiene que ver con el trabajo —dijo Jun Do—. La estoy arreglando.

—Póngala en marcha.

—Todavía no está terminada —aseguró Jun Do, señalando el cuenco con las piezas sueltas—. Y aunque lo estuviera, no tiene antena.

El viejo dejó las zapatillas y se acercó a la ventana. El sol estaba alto. Aún no había llegado al cenit, pero a pesar de la profundidad de las aguas daba al mar un brillo azul claro.

—Fíjese en eso —dijo—. Podría contemplarlo eternamente.

—Es un mar precioso, señor —convino Jun Do.

—Si alguien fuera hasta el puerto y echara un sedal, ¿pescaría algo? —quiso saber el viejo.

El mejor lugar para pescar estaba un poco más al sur, donde las tuberías de la fábrica de conservas echaban los residuos al mar, pero aun así Jun Do asintió.

—Sí, supongo que sí —admitió.

—Y más al norte está Wonsan —comentó el viejo—. Ahí hay playas, ¿verdad?

—No he estado nunca —le dijo Jun Do—. Pero alguna vez hemos visto la arena desde el barco.

—Tenga —dijo el viejo—. Le he traído esto —añadió, y le tendió a Jun Do un estuche de terciopelo carmesí—. Es su medalla al heroísmo. Se la pondría yo mismo, pero sé que no es hombre de medallas. Y eso me gusta.

Jun Do no abrió el estuche. El viejo interrogador volvió a mirar por la ventana.

—Para sobrevivir en este mundo, muchas veces tienes que ser un cobarde, pero por lo menos una vez un héroe —agregó, y se echó a reír—. O eso me dijo una vez un tipo mientras le pegaba una paliza.

—Yo solo quiero volver al barco —repuso Jun Do.

El viejo se lo quedó mirando.

—Creo que la sal marina le ha encogido la camiseta —le dijo. Entonces le subió la manga para echarle un vistazo a las cicatrices, que estaban rojas y supuraban por los extremos, pero Jun Do apartó el brazo—. Tranquilo, campeón. Tendrá mucho tiempo para pescar, pero primero hay que darles una lección a los americanos. Se van a llevar su merecido. He oído que ya existe un plan, ahora solo tenemos que lograr que esté presentable. Porque de momento parece como si hubieran ganado los tiburones.

—Todo esto es una especie de prueba, ¿no?

El viejo interrogador sonrió.

—¿A qué se refiere?

—A lo de preguntarme por Wonsan como si fuera idiota, cuando todo el mundo sabe que ahí no hay jubilados, que solo es un lugar de vacaciones para jefes militares. ¿Por qué no me dice de una vez qué quiere de mí?

La sombra de una duda atravesó el rostro del viejo interrogador. Entonces pareció tomarle las medidas y finalmente se resolvió en una sonrisa.

—Oiga, se supone que soy yo quien debe desconcertarlo a usted —objetó con una carcajada—. No, ahora en serio: los dos somos héroes. Estamos en el mismo equipo. Nuestra misión consiste en devolvérsela a los americanos que le hicieron esto. Pero primero necesito saber si ha tenido algún desacuerdo con el capitán. No queremos sorpresas.

—¿De qué habla? —preguntó Jun Do—. No, nunca.

El hombre miró por la ventana. La mitad de la flota había salido, pero las redes del *Junma* estaban tendidas en el muelle, secándose para repararlas.

—Vale, pues olvide el asunto. Si usted asegura que no ha dicho nada para cabrearlo, le creo.

—El capitán es mi familia —aseguró Jun Do—. Si tiene algo que decir

sobre él, será mejor que lo diga.

—No, nada. Es solo que acaba de venir a verme y me ha pedido que lo destine a usted a otro barco.

Jun Do le dirigió una mirada de incredulidad.

—Dice que está harto de héroes, que no le queda demasiado tiempo, que él solo quiere hacer su trabajo y terminar de una vez. Yo no me lo tomaría muy a pecho: el capitán es un hombre capaz, trabajador como pocos, pero a medida que te haces mayor vas perdiendo la flexibilidad. No es el primer caso que veo.

Jun Do se sentó en la silla.

—Es por lo de su mujer —dijo—. Tiene que ser por eso. Le hicieron una buena faena, entregando su mujer a otro hombre.

—Dudo mucho que la cosa fuera así. No conozco el caso, pero era una mujer mayor, ¿verdad? Dudo mucho que haya demasiados maridos de reemplazo que busquen mujeres mayores. El capitán fue a la cárcel y ella lo dejó. Esa me parece la opción más probable. Como dice nuestro Querido Líder, «la respuesta más simple suele ser la correcta».

—¿Y qué pasa con la mujer del segundo oficial? ¿Lleva usted su caso?

—Es una chica guapa, le irá bien. No tiene que preocuparse por ella. No volverá a vivir debajo de una azotea atestada de perros, eso seguro.

—¿Pero qué le pasará?

—Creo que hay un alcaide en Sinpo que está bastante arriba en la lista, y también he oído que en Chongwang hay un funcionario retirado del Partido que está moviendo los hilos para llevársela.

—Yo creía que las chicas guapas terminaban en Pyongyang.

El viejo ladeó la cabeza.

—No es virgen —dijo finalmente—. Además, tiene ya veinte años y es testaruda. La mayoría de las chicas que van a Pyongyang tienen diecisiete y solo saben escuchar. Pero ¿a qué viene tanto interés? No la querrá para usted, ¿verdad?

—No —repuso Jun Do—. Ni mucho menos.

—Porque eso ya no es tan heroico. Si quiere una chica, le conseguiremos una. Pero la mujer de un camarada caído no es una opción muy recomendable.

—Yo no he dicho que quiera eso —insistió Jun Do—. Pero soy un héroe. Tengo derechos.

—Privilegios —puntualizó el viejo—. Tiene algunos privilegios.

Pasó el día trabajando en la radio en el alféizar de la ventana, donde la luz era buena. Utilizaba un cable con el extremo aplastado a modo de destornillador de relojero, y fundía las hebras de soldadura con la llama de una vela. Además, desde allí podía controlar el puerto y al capitán, que iba de aquí para allá por la cubierta.

La mujer regresó al anochecer. Estaba de buen humor, radiante.

—Veo que aún te funcionan algunas piezas —dijo.

—Sin los peces colgando del techo no me podía quedar en la cama; eran como mi móvil.

—Eso sí causaría impresión —comentó ella—. Imagínate que me presento en Pyongyang con una maleta llena de pescado.

Entonces se apartó el pelo y le enseñó unos pendientes nuevos, hechos de finas hebras de oro.

—No están mal, ¿eh? Tendré que recogerme el pelo para que se vean —observó, y se acercó a la radio—. ¿Funciona?

—Sí —contestó él—. Sí, he apañado una antena. Pero tendríamos que montarla en la azotea antes de que se vaya la luz.

Ella cogió las Nike.

—Vale —dijo—, pero antes tengo que hacer una cosa.

Bajaron por las escaleras, muy despacio, hasta la sexta planta. En algunos de los apartamentos se oían riñas familiares, pero en la mayoría reinaba un silencio inquietante. Las paredes estaban pintadas con eslóganes de elogio al Gran Líder y al Querido Líder, acompañados por dibujos de niños cantando con los himnarios de la revolución en las

manos, y de campesinos contemplando sus abundantes cosechas, con la hoz en alto, la mirada fija en la luz pura de la sabiduría eterna.

La mujer del segundo oficial llamó a una puerta, esperó un momento y entró. Las ventanas estaban cubiertas con cartillas de racionamiento y en la habitación flotaba el mismo pestazo a entrepierna que en los túneles de la zona desmilitarizada. Encontraron a un hombre sentado en una silla de plástico, con un pie vendado y apoyado encima de un taburete. La silueta del vendaje insinuaba que debajo no había espacio para dedos. Llevaba un mono de la fábrica de conservas, y en el parche de identificación ponía «Líder de Grupo Gun». A Gun se le iluminaron los ojos al ver las zapatillas. Le hizo un gesto a la mujer para que se las diera, las hizo girar entre las manos y las olisqueó.

—¿Me puedes conseguir más? —le preguntó.

—A lo mejor —dijo ella, que se fijó en una caja que había encima de la mesa, más o menos del tamaño de un pastel funerario—. ¿Es eso?

—Sí —asintió el hombre, alucinado aún con las Nike. Entonces señaló la caja—. Que conste que no ha sido nada fácil conseguirlo. Viene directamente del Sur.

La mujer del segundo oficial se colocó la caja bajo el brazo sin ni siquiera comprobar el contenido.

—¿Y tu amigo? ¿Qué quiere? —le preguntó Gun.

Jun Do echó un vistazo a la habitación. Había cajas de un extraño licor chino, cubos de ropa vieja y unos cables que colgaban donde debería haber estado el altavoz. Jun Do se fijó en que había una jaula de pájaros llena de conejos.

—No necesito nada —respondió el propio Jun Do.

—Ya, pero yo he preguntado qué querías —insistió Gun, sonriendo por primera vez—. Vamos, acepta un regalo. Creo que tengo un cinturón de tu talla.

Se estiró y cogió una bolsa de plástico que había en el suelo y que estaba llena de cinturones usados.

—No se moleste —le dijo Jun Do.

La mujer del segundo oficial vio unos zapatos que le gustaban. Eran negros y estaban casi nuevos. Mientras se los probaba, Jun Do echó un vistazo a las cajas de mercancías. Había cigarrillos rusos, bolsas de pastillas con etiquetas escritas a mano y una bandeja llena de gafas de sol. Había también una montaña de sartenes; los mangos apuntaban todos en direcciones opuestas y a Jun Do le pareció casi cómico.

En una pequeña estantería encontró sus diccionarios de inglés y echó un vistazo a sus viejas notas en los márgenes, expresiones que en su día le habían parecido imposibles, como «descubrir el pastel» o «a buenas horas mangas verdes». Tras buscar un poco más, encontró una brocha de afeitar hecha de pelo de tejón que había pertenecido al capitán. Jun Do no culpaba al segundo oficial por haberles birlado todos esos objetos, ni siquiera los personales, pero cuando se volvió y vio a la mujer del segundo oficial admirando cómo le quedaban los zapatos negros en el espejo, se preguntó si habría sido ella o su marido quien había vendido todo aquello.

—Vale —aceptó—. Me los quedo.

—Te quedan bien —aseguró Gun—. Son de piel japonesa, ¿sabes? La mejor. Si me traes otro par de Nike podemos hacer un trueque.

—No —replicó ella—. Las Nike son demasiado valiosas. Cuando consiga otro par ya veremos si tienes algo del mismo valor.

—Pero cuando consigas otro par me las traes. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —dijo ella.

—Bien —asintió el hombre—. Te llevas estos zapatos y me debes una.

—Sí, te debo una —repitió ella.

—No lo hagas —le pidió Jun Do.

—No me da miedo —le respondió ella.

—Así me gusta —le dijo Gun—. Cuando llegue el momento en que me puedas resultar útil, iré a buscarte y entonces estaremos en paz.

Con la caja bajo el brazo, dieron media vuelta para marcharse. Sin

embargo, en aquel momento algo que había encima de una mesita llamó la atención de Jun Do, que lo cogió. Era un reloj de jefe de estación unido a una cadenita. El supervisor del orfanato llevaba un reloj como ese, con el que regía sus vidas desde el alba hasta que cortaban la luz, mientras mandaba a los chicos a limpiar fosas sépticas o a que los bajaran a los pozos, atados con simples cuerdas, para limpiar sumideros de aceite. Cada momento del día dependía de aquel reloj, y aunque el supervisor nunca les decía qué hora era, los chicos aprendieron a interpretar por sus expresiones faciales cómo serían las cosas hasta que volviera a echarle un vistazo.

—Llévate el reloj —le propuso Gun—. Me lo dio un anciano que me aseguró que había funcionado a la perfección durante toda una vida.

Jun Do volvió a dejar el reloj donde lo había encontrado. Después de marcharse y de cerrar la puerta a sus espaldas, preguntó:

—¿Qué le ha pasado a ese hombre?

—Se hizo daño en el pie el año pasado, con un conducto de vapor a presión, o algo así.

—¿El año pasado?

—Se ve que la herida no cicatriza, o eso dice el capataz.

—No deberías haber hecho ese trato con él —dijo Jun Do.

—Cuando venga a cobrar, hará ya tiempo que me habré ido —repuso la mujer.

Jun Do se la quedó mirando y de repente le dio mucha pena. Pensó en los hombres que estaban moviendo hilos para conseguirla, el alcaide de Sinpo y el viejo funcionario del Partido en Chongwang, hombres que en aquel preciso instante estaban preparando sus casas para su llegada. ¿Habrían visto una foto suya, les habrían contado algún cuento, o simplemente habían oído por los altavoces la trágica noticia de un héroe que había muerto devorado por los tiburones y que había dejado atrás a una bella esposa?

Tras remontar las tortuosas escaleras que conducían a la azotea,

abrieron una puerta metálica y se encontraron ante la oscuridad y las estrellas. Los perros andaban sueltos y parecían asustados, y siguieron sus movimientos con la mirada. En medio de la azotea había un cobertizo con puerta de mosquitera para mantener los insectos alejados de las lonjas de perro, colgadas a secar con el aire del octano, recubiertas de sal gorda y pimienta verde molida.

—Qué vista tan bonita —comentó Jun Do.

—A veces subo aquí para pensar —dijo ella. Los dos miraban mar adentro—. ¿Qué se siente estando ahí? —preguntó.

—Cuando pierdes la costa de vista, podrías ser cualquier persona, de cualquier lugar —comenzó Jun Do—. Es como si no tuvieras pasado. Ahí todo es espontáneo, cada ola que lame el costado del barco, cada pájaro que cae de la nada. La gente que habla por las ondas de radio dice cosas que ni te imaginas. Aquí no hay nada espontáneo.

—Qué ganas tengo de oír la radio —dijo ella—. ¿Puedes sintonizar emisoras de música pop de Seúl?

—No es ese tipo de radio —dijo Jun Do, mientras liaba la antena a la verja de la jaula de los cachorros, que se escabulleron, aterrorizados.

—¿A qué te refieres?

Jun Do tiró el cable por encima del alero. Luego lo recuperarían a través de la ventana del apartamento.

—Esta radio no sirve para recibir emisoras —le explicó—, sino para transmitir.

—¿Y qué interés tiene eso?

—Tenemos que emitir un mensaje.

De vuelta al apartamento, conectó con gesto de experto el cable de la antena y un pequeño micrófono.

—He tenido un sueño —le contó Jun Do—. Ya sé que no tiene ningún sentido, pero soñé que tu marido tenía una radio, que iba en una balsa y que se adentraba en un mar rutilante, que brillaba como un millar de espejos.

—Ajá —dijo ella.

Jun Do conectó la radio y los dos contemplaron el brillo amarillo rojizo de la pantallita. Ajustó la sintonía a 63 megahercios y pulsó la tecla de comunicación.

—Tercer oficial a segundo oficial, tercer oficial a segundo oficial, cambio.

Jun Do repitió varias veces el mensaje, consciente de que, del mismo modo que él no podía oír nada, el segundo oficial no tenía forma de responder.

—Amigo mío —dijo finalmente—, sé que estás ahí. No desesperes.

Jun Do le podría haber explicado que si desconectaba una hebra de cobre de los cables de la batería y la conectaba a los dos polos, esta se calentaría lo suficiente como para encender un cigarrillo. Le podría haber enseñado a fabricar una brújula con el rotor magnético de la radio, o mostrarle que los condensadores estaban envueltos con un papel reflectante que se podía utilizar como espejo para hacer señales.

Pero lo que más necesitaba el segundo oficial eran trucos de supervivencia para soportar la soledad y tolerar lo desconocido, dos cuestiones en las que Jun Do tenía bastante práctica.

—Duerme de día —le aconsejó Jun Do—. Por la noche pensarás con mayor claridad. Hace tiempo contemplamos juntos las estrellas: estudia su posición cada noche. Si están donde tienen que estar es que vas bien. Proyecta tu imaginación solo hacia el futuro, nunca hacia el presente, ni tampoco hacia el pasado. No intentes imaginar la cara de la gente, porque si no logras verlas claramente te vas a desesperar. Si recibes la visita de personas lejanas, no las trates como fantasmas. Recíbelas como si fueran de la familia, hazles preguntas y sé un buen anfitrión.

»Vas a necesitar un objetivo —le dijo al segundo oficial—. El objetivo del capitán era devolvernos a casa, sanos y salvos. Tu objetivo será mantenerte fuerte para rescatar a la chica que rema en la oscuridad. Tiene problemas y necesita ayuda. Tú eres el único que puede salvarla. Otea el

horizonte por la noche, busca luces y bengalas. Tienes que salvarla por mí.

»Siento haberte abandonado. Mi trabajo consistía en velar por ti. Tenía que salvarte pero fracasé. El verdadero héroe eras tú. Cuando vinieron los americanos nos salvaste a todos, pero cuando fuiste tú quien nos necesitó a nosotros, no estuvimos a tu lado. Aún no sé cómo, pero algún día te compensaré por todo.

Jun Do dejó de transmitir y la aguja de la pantalla se detuvo. La mujer del segundo oficial se lo quedó mirando.

—Debió de ser un sueño tristísimo, porque ha sido el mensaje más triste que una persona haya enviado jamás a otra. —Jun Do asintió—. ¿Quién es la chica que rema en la oscuridad? —preguntó.

—No lo sé, pero también salía en mi sueño —contestó Jun Do—. Creo que también tú deberías decirle algo —añadió.

Le pasó el micrófono, pero la mujer no lo quiso coger.

—El sueño es tuyo, no mío. Además, ¿qué quieres que diga? —preguntó—. ¿Qué le iba a decir?

—¿Qué le habrías dicho de haber sabido que no volverías a verlo nunca más? —quiso saber—. O, si no quieres, no hace falta que le digas nada. Siempre me contaba lo mucho que le gustaba cómo cantabas.

Jun Do se arrodilló, se dio la vuelta y giró sobre el catre. Tendido boca arriba, se llenó los pulmones varias veces. Intentó quitarse la camiseta, pero se dio cuenta de que no podía.

—No escuches —le dijo ella.

Se tapó las orejas con los dedos, algo que le produjo la misma sensación interior que llevar auriculares, y la vio mover los labios. Habló solo un momento, con los ojos fijos en la ventana, y cuando Jun Do se dio cuenta de que había empezado a cantar, se destapó los oídos y se dejó llevar por la nana:

El gato está en la cuna, el niño trepó a la encina.
En lo alto del cielo pía y canta la golondrina.
Papá está en el túnel, listo para el vendaval.
Ahí viene mamá, con las manos cansadas.
Para que el niño lo vea, extiende el delantal.
Y el niño, confiado, se suelta de las ramas.

La muchacha tenía una voz simple y pura. Todo el mundo sabía cuál era su canción de cuna, pero ¿y él? ¿Le habían cantado alguna vez una nana, antes de que pudiera recordarlo?

Terminó y apagó la radio. Pronto cortarían la luz, de modo que encendió una vela. Cuando se tendió a su lado, tenía algo nuevo en la mirada.

—Lo necesitaba —le dijo—. No lo sabía, pero lo necesitaba —agregó, y respiró hondo—. Me he quitado un peso de encima.

—Ha sido precioso —comentó—. Conozco esa nana.

—Claro que la conoces —repuso ella—. La conoce todo el mundo. —Entonces puso una mano encima de la caja—. Oye, llevo un montón de rato trajinando esto y todavía no me has preguntado qué es.

—Pues enseñámelo —*dijo* él.

—Cierra los ojos.

Jun Do los cerró. Primero oyó la cremallera del mono de la fábrica de envasado y a continuación todo el proceso: cómo abría la caja, el crujir del satén, el frotar de la tela mientras se la subía por las piernas, el susurro con el que se lo ciñó al cuerpo y lo colocó en su sitio y, finalmente, el gesto casi inaudible con el que se puso las mangas.

—Ya puedes abrirlos —le dijo, pero Jun Do no quería: con los ojos cerrados, veía su piel en largos destellos, con la comodidad de quien sabe que nadie lo observa. La muchacha confiaba en él, completamente, y Jun

Do no quería que aquel momento terminara nunca.

Ella volvió a arrodillarse junto a él y, al abrir los ojos, Jun Do vio que llevaba un reluciente vestido amarillo.

—Es como los que llevan las mujeres occidentales —observó.

—Eres guapísima —le dijo él.

—Vamos a quitarte esa camiseta, anda.

Le pasó una pierna por encima de la cintura, y el dobladillo del vestido envolvió el tronco de Jun Do. Sentada a horcajadas encima de él, le tiró de los brazos hasta que logró que se incorporase. Entonces lo agarró por la camiseta y dejó que la gravedad hiciera el resto.

—Desde aquí veo los pendientes —dijo Jun Do.

—Pues a lo mejor no me tengo que cortar el pelo.

Él levantó la cabeza para contemplarla, 1(1 amarillo del vestido se reflejaba en su pelo negro.

—¿Por qué no te has casado nunca? —le preguntó ella.

— *Mal songbun*.

—Vaya —exclamó la mujer—. ¿Qué pasó? ¿Denunciaron a tus padres?

—No —respondió él—. La gente cree que soy huérfano.

—Ah, entonces claro —dijo ella, que dudó un instante—. Lo siento, ha sonado un poco mal.

¿Qué podía responder a eso? Jun Do se encogió de hombros.

—Antes has dicho que el objetivo de mi marido era salvar a la chica que remaba en tus sueños.

—Solo se lo he dicho para que se mantuviera fuerte y concentrado —repuso Jun Do—. La misión consiste siempre en seguir vivo.

—Mi marido no está vivo, ¿verdad? Si fuera así me lo dirías, ¿no?

—Sí, te lo diría —contestó Jun Do—. Y no, no está vivo.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Y mi nana? ¿La ha podido oír todo el mundo?

—Cualquier persona que estuviera en el mar del Este.

—¿Y en Pyongyang? ¿Me han oído desde allí?

—No —dijo—. Pyongyang está demasiado lejos y hay montañas de por medio. La señal viaja mejor sobre el agua.

—Pero me ha oído cualquiera que estuviera escuchando.

—Barcos, estaciones navales y embarcaciones menores, te han oído todos. Y estoy seguro de que él también te ha oído.

—¿En tu sueño?

—Sí, en mi sueño —afirmó Jun Do—. El sueño en el que se alejaba flotando hacia la luz rutilante, con su radio. Es tan real como el de los tiburones que salen entre las aguas negras y me hincan los dientes en el brazo. Sé que uno es real y el otro es un sueño, pero se me olvida cuál es cuál. Los dos me parecen auténticos. Ya no los distingo, ya no sé con cuál quedarme.

—Quédate con la historia más bonita: la de la luz rutilante, donde él nos puede oír —le dijo ella—. La de verdad es esa y no la horrible; no la de los tiburones.

—Pero ¿no da más miedo estar completamente solo en medio del mar, completamente aislado de todo, sin amigos, sin familia, sin destino, con una radio como único consuelo?

Ella le acarició la mejilla.

—Esa es tu historia —le dijo—. Estás intentando contarme tu historia, ¿verdad?

Jun Do se la quedó mirando.

—Ay, pobrecito —lo compadeció—. Pobrecito mío. No tiene por qué ser así. Las cosas pueden ser distintas si sales del agua. No necesitas una radio, yo estoy aquí. No tienes por qué elegir a los que están solos.

Se inclinó hacia él y lo besó tiernamente en la frente y en las dos mejillas. Entonces se incorporó y lo miró. Le acarició la mano. Cuando se volvió a inclinar y parecía que iba a besarlo, se detuvo, con la vista fija en su pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Jun Do.

—Nada, es una tontería —dijo ella, y se cubrió la boca.

—No, no lo es. Dímelo.

—Es solo que estoy acostumbrada a mirar a mi marido y a ver mi cara grabada sobre su corazón. Es lo único que he conocido.

Por la mañana, cuando las sirenas de llamada al trabajo empezaron a sonar y el bloque de viviendas se convirtió en una colmena de altavoces, subieron a la azotea para retirar la antena. El sol de primera hora brillaba sobre el mar, pero aún no calentaba lo suficiente como para avivar a las moscas ni el mal olor de la mierda de perro. Los perros, que parecían pasarse todo el día ladrando y andando de un sitio para otro en manada, estaban ahora agolpados en el frío matutino, acurrucados en una masa adormecida, con la piel cubierta de rocío.

La mujer del segundo oficial se acercó al borde de la azotea y se sentó con las piernas colgando. Jun Do se sentó con ella, pero al ver el patio, diez plantas más abajo, tuvo que cerrar los ojos.

—No voy a poder utilizar el duelo como excusa durante mucho tiempo más —dijo—. En el trabajo pronto me van a montar una sesión de crítica y restablecerán mi cuota de producción.

Más abajo, una procesión constante de trabajadores con mono de faena atravesaba el patio y los pasillos que formaban los carros de pescado, pasaba junto a la casa del supervisor de la fábrica de conservas y se metía en la planta de procesamiento de pescado.

—Nunca levantan la vista —aseguró ella—. Me siento aquí cada día y los observo, pero ni una sola vez han mirado hacia aquí y me han pillado.

Jun Do hizo acopio de valor y bajó la mirada. No se parecía en nada a contemplar las profundidades del océano. Trescientos metros de aire te mataban lo mismo que trescientos metros de mar, pero el agua te transportaba, lentamente, a otro mundo.

El sol, reflejado en el mar, empezaba ya a molestar a la vista y proyectaba un sinfín de reflejos sobre el agua. Si le hizo pensar en el sueño de Jun Do sobre su marido, la mujer lo disimuló. El *Junma* se

distinguía claramente del resto de las embarcaciones del puerto porque oscilaba de proa a popa con la menor estela que los otros barcos dejaban al pasar. Ya habían cargado de nuevo las redes a bordo y pronto volvería a hacerse a la mar. Jun Do entornó los ojos, se los cubrió con una mano y finalmente logró distinguir una silueta que contemplaba el agua, de pie junto a la barandilla. Solo el capitán podía mirar el agua de aquella manera.

Un Mercedes negro entró en el patio. Avanzó muy despacio por el estrecho camino que formaban los carritos de pescado y se detuvo en la parte del césped. De dentro salieron dos hombres vestidos con traje azul.

—No me lo puedo creer —exclamó la joven—. Está pasando.

Los hombres se protegieron los ojos y levantaron la vista hacia el edificio. Al oír los portazos, los perros se levantaron y se sacudieron el rocío del pelaje.

La mujer se volvió hacia Jun Do.

—Está pasando de verdad —repitió, y se dirigió hacia la puerta metálica que conducía a las escaleras.

Lo primero que hizo fue ponerse el vestido amarillo, aunque en esta ocasión no le pidió a *Jun Do* que cerrara los ojos. Iba de aquí para allá por la única habitación del piso, metiendo cosas en la maleta apresuradamente.

—No me puedo creer que ya estén aquí —dijo, mirando alrededor de la sala. Por la cara que ponía, parecía como si no encontrara nada de lo que necesitaba—. No estoy preparada, aún no me he podido cortar el pelo. ¡Aún me faltan muchísimas cosas por hacer!

—Me preocupa lo que te pueda pasar —observó Jun Do—. No puedo dejar que te hagan esto.

Ella había empezado a sacar cosas de una cómoda.

—Es muy amable por tu parte —aseguró—. Y tú también eres muy amable, pero es mi destino. Me tengo que ir.

—Lo que tenemos que hacer es sacarte de aquí —le dijo Jun Do—. A lo

mejor podemos encontrar a tu padre, él sabrá qué hacer.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó ella—. Mi padre fue quien me metió aquí.

Por lo que fuera, la mujer le pasó un montón de ropa.

—Hay algo que debería haberte contado —dijo Jun Do.

—¿Sobre qué?

—El viejo interrogador me habló de los tipos que habían elegido para ti.

—¿Qué tipos?

—Tus maridos de reemplazo.

Ella dejó de hacer las maletas.

—¿Hay más de uno?

—Uno es un alcaide de Sinpo y el otro un viejo, un funcionario del Partido en Chongwang. El interrogador dijo que no sabía cuál se quedaría contigo al final.

Ella ladeó la cabeza, confundida.

—Tiene que haber un error.

—Lárgate, rápido —dijo él—. Yo los entretendré un rato.

—No —respondió ella, mirándolo fijamente—. Seguro que tú puedes hacer algo. Eres un héroe, tienes poder. A ti te van a escuchar.

—No creo —dijo Jun Do—. Dudo que la cosa funcione así, la verdad.

—Diles que se larguen, que te vas a casar conmigo.

Llamaron a la puerta. Ella lo agarró del brazo.

—Diles que te vas a casar conmigo —repitió.

Él estudió su expresión, tan vulnerable. Nunca la había visto de aquella manera.

—Tú no te quieres casar conmigo —repuso Jun Do.

—Eres un héroe —respondió ella—. Y yo soy la mujer de un héroe. Solo te tienes que soltar —dijo. Entonces se cogió el dobladillo de la falda y lo extendió como si fuera un delantal—. Eres el niño que trepó a la encina, solo tienes que confiar en mí.

Jun Do se acercó a la puerta, pero se detuvo justo antes de abrir.

—Ayer hablaste del objetivo de mi marido —le dijo ella—. Pero ¿y tú? ¿Y si tu objetivo soy yo?

—Yo no sé si tengo un objetivo —respondió él—. Pero tú conoces el tuyo, y es Pyongyang, no un operador de radio de Kinjye. No te infravalores: sobrevivirás.

—¿Sobreviviré? ¿Como tú? —le preguntó ella.

Jun Do no contestó.

—¿Sabes qué eres tú? —insistió la joven—. Un superviviente que no tiene nada por lo que vivir.

—¿Preferirías que muriera por algo que me importa?

—Fue lo que hizo mi marido —replicó.

Abrieron la puerta a la fuerza. Eran los dos hombres de abajo y no parecían estar muy contentos después de subir tan las escaleras.

—¿Pak Jun Do? —preguntó uno de ellos. Jun Do asintió—. Tendrá que acompañarnos.

—¿Tiene usted un traje? —preguntó el otro.

Los hombres de traje condujeron a Jun Do a través de los caminos de la fábrica de conservas antes de tomar una carretera militar que se encaramaba a las montañas de Kinjye. Jun Do se volvió y, a través de la luneta trasera, vio fugazmente cómo todo se iba haciendo pequeño. Cada vez que la carretera hacía una curva, divisaba las barquitas azules que se bamboleaban sobre las aguas del puerto, y los destellos de los azulejos de cerámica que cubrían el tejado de la casa del supervisor de la fábrica de conservas, y atisbo por un instante la aguja roja que conmemoraba el Quince de Abril. De repente, el pueblo parecía una de esas aldeas felices

que pintan en las paredes de los edificios de racionamiento. Al cruzar la colina vio una columna de humo que se elevaba de la fábrica de conservas, una última franja de océano y luego nada más. La vida real volvía a imponerse: lo habían asignado a un nuevo destacamento y Jun Do no se hacía ilusiones acerca del tipo de misiones en las que iba a participar. Se volvió hacia los hombres de traje. Hablaban de un colega que se había puesto enfermo. Especulaban sobre si tendría reservas de comida y sobre quién iba a quedarse con su piso si se moría.

El Mercedes tenía limpiaparabrisas, cosa inaudita, y la radio era de fábrica y podía sintonizar emisoras de Corea del Sur y la Voz de América. Hacerlo era un delito, motivo suficiente para que te mandaran a las minas, a menos que estuvieras por encima de la ley. Mientras los hombres hablaban, Jun Do se fijó en que tenían fundas de oro en los dientes, algo que solo era posible en Pyongyang. Sí, pensó el héroe, aquella pitilla ser la misión más desagradable que le hubieran encargado.

Los dos hombres llevaron a Jun Do hasta una base aérea desierta situada en el interior. Algunos de los hangares se hablan reconvertido en invernaderos y, en los prados que bordeaban la pista de aterrizaje, Jun Do vio varios aviones de carga averiados que simplemente habían apartado del asfalto, listaban tirados de cualquier manera sobre la hierba, y los avestruces habían anidado en el fuselaje: las pequeñas cabezas de las aves lo observaban a través de las ventanas empañadas de la cabina. Llegaron junto a una avioneta de pasajeros ion los motores en marcha. Por la escalerilla bajaron dos hombres vestidos con traje azul. Uno era mayor y menudo, como un abuelo ataviado con la ropa de vestir de su nieto. El viejo miró a Jun Do y se volvió hacia el hombre que estaba a su lado.

—¿Dónde está su traje —preguntó el viejo—. Camarada Buc, le dije que tenía que ir vestido de traje.

Camarada Buc era joven y delgado, con gafas redondas. Llevaba una chapa de Kim Il-sung perfectamente colocada y tenía una profunda cicatriz vertical que le atravesaba el ojo derecho. La herida había

cicatrizado mal y las dos mitades no encajaban del todo.

—Ya han oído al doctor Song —les dijo a los dos hombres que lo habían llevado hasta allí—. Necesita un traje.

Camarada Buc hizo que el más pequeño de los dos se acercara a Jun Do y comparó la anchura de sus hombros. A continuación colocó al más alto espalda con espalda junto a Jun Do. Al notar los omoplatos de aquel hombre sobre los suyos, Jun Do empezó a hacerse a la idea de que seguramente no volvería a salir nunca más a mar abierto, que nunca llegaría a saber qué había sido de la mujer del segundo oficial, más allá de la imagen de un viejo alcaide de Sinpo manoseando el dobladillo de su vestido amarillo. Pensó en todas las emisiones que iba a perderse, en todas las vidas que seguirían adelante sin él. Desde siempre, lo habían asignado a un destacamento u otro sin previo aviso ni explicación alguna, y él nunca había considerado necesario hacer preguntas ni especular sobre los motivos, pues sabía que de todos modos iba a tener que hacer lo que le mandaran. Aunque, por otro lado, nunca antes había tenido nada que perder.

—Vamos —dijo el doctor Song, dirigiéndose al más alto de los dos hombres—. Desnúdese, vamos.

El conductor empezó a quitarse la chaqueta.

—Este traje es de Shenyang —protestó, pero Camarada Buc ni se inmutó.

—Lo consiguió en Hamhung y lo sabe.

El conductor se desabotonó la camisa y también los puños. Cuando se la quitó, Jun Do le ofreció la camisa de trabajo del segundo oficial.

—Está mugrienta, no la quiero —dijo el conductor.

Sin embargo, cuando Jun Do iba a ponerse su camisa nueva, el doctor Song lo detuvo.

—No tan de prisa —dijo—. Primero echémosle un vistazo a esa mordedura de tiburón.

El doctor Song se bajó las gafas y se le acercó. Pasó delicadamente un

dedo por encima de la herida e hizo girar el brazo de Jun Do para examinar los puntos. A la luz del sol, Jun Do vio las suturas enrojecidas y se fijó en que las costuras supuraban.

—Muy convincente —dijo el doctor Song.

—¿Convincente? —preguntó Jun Do—. Estuve a punto de morir.

—Y la sincronización es perfecta —dijo Camarada Buc—. Habrá que quitarle esos puntos pronto. ¿Hará que uno de sus doctores se encargue de ello, o tendrá más efecto si lo hacemos nosotros mismos?

—¿Qué tipo de doctor es usted? —le preguntó Jun Do.

El doctor Song no respondió: tenía la mirada fija en el tatuaje que Jun Do llevaba en el pecho.

—Veo que nuestro héroe es un mecenas del cine —observó el doctor Song, que le dio unos golpecitos en el brazo a Jun Do con un dedo para indicarle que ya podía vestirse—. ¿Sabía que Sun Moon es la novia de Camarada Buc? —le preguntó entonces.

Camarada Buc sonrió y dejó que el viejo bromeara a costa suya.

—Es mi vecina —lo corrigió.

—¿En Pyongyang? —preguntó *Jun Do*, que inmediatamente se dio cuenta de que aquella pregunta lo delataba como un palurdo—. ¿Entonces conoce a su marido, el comandante (!a? —añadió para disimular su ignorancia.

El doctor Song y Camarada Buc se quedaron en silencio.

—Ganó el Cinturón Dorado de taekwondo —añadió Jun Do—. Dicen que depuró el Ejército de homosexuales.

La expresión alegre se esfumó de los ojos del doctor Song. Camarada Buc apartó la mirada.

El conductor se sacó un peine y un paquete de cigarrillos del bolsillo, le pasó la chaqueta del traje a Jun Do y empezó a desabrocharse los pantalones.

—Dejemos las proezas del comandante Ga para otro momento —repuso el doctor Song.

—Sí —respondió Camarada Buc—. Veamos cómo le queda ese traje.

Jun Do se puso la chaqueta. No tenía forma de saber si le iba bien o no. El conductor, que iba ya en calzoncillos, le entregó los pantalones y finalmente le pasó la última prenda que faltaba, una corbata de seda. Jun Do la examinó, estudió con la mirada los dos extremos, uno grueso y el otro delgado.

—Fíjense —dijo el conductor, que se encendió un cigarrillo y soltó el humo—. Ni siquiera sabe cómo se ata.

El doctor Song cogió la corbata.

—Venga, le enseñaré los secretos de los accesorios de cuello occidentales —dijo, y se volvió hacia Camarada Buc—. ¿Qué le hacemos, un nudo Windsor o un medio Windsor?

—Un Kent —respondió Buc—. Es el que llevan todos los jóvenes hoy en día.

Juntos, escoltaron a Jun Do escalerilla arriba. Al llegar al peldaño superior, Camarada Buc se volvió hacia el conductor.

—Presente una solicitud ante su oficina regional de suministros —le dijo—. Eso lo pondrá en la cola para obtener un traje nuevo.

Jun Do echó un vistazo a su ropa vieja, amontonada en el suelo y que los reactores del avión pronto iban a dispersar entre los nidos de avestruz.

Dentro de la cabina había dos fotos con marco dorado del Querido Líder y del Gran Líder colgadas en los mamparos. El avión olía a cigarrillos y a platos sucios, y Jun Do se dijo que había habido perros a bordo. Examinó las hileras de asientos vacíos pero no vio indicios de ningún animal. En la parte delantera iba un hombre con un traje negro y un sombrero militar de ala ancha. Lo atendía una azafata de tez inmaculada. En la parte posterior del avión había media docena de jóvenes que parecían muy ocupados resolviendo papeleo. Uno de ellos utilizaba un ordenador que se doblaba por la mitad y se cerraba. Varios asientos más allá, Jun Do vio un bote salvavidas amarillo, con un tirador

rojo y las instrucciones en ruso. Jun Do puso una mano encima del bote: el mar, el sol, la carne enlatada. Todos los días que había pasado en alta mar.

Camarada Buc se le acercó.

—¿Tiene miedo a volar? —le preguntó.

—No lo sé —respondió Jun Do.

Los reactores se pusieron en marcha y el avión empezó a avanzar hacia el final de la pista de despegue.

—Estoy al cargo del aprovisionamiento —dijo Camarada Buc—. Este avión me ha llevado por todo el mundo: a Minsk, a buscar caviar fresco, y a Francia, a por coñac recién salido de las bodegas. O sea que no se preocupe, que no se va a caer.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Jun Do.

—Venga —le dijo Camarada Buc—. El doctor Song le quiere presentar al ministro.

Jun Do asintió y se acercaron a la parte delantera del avión, donde el doctor Song hablaba con el ministro.

—Refiérase a él solo como «ministro» —le susurró Camarada Buc—. Y nunca hable directamente con él, hágalo siembre a través del doctor Song.

—Ministro —dijo el doctor Song—. Le presento a Pak Jun Do, un auténtico héroe de la República Popular Democrática de Corea, ¿no?

El ministro hizo un gesto desdeñoso con la cabeza. Tenía la cara cubierta de pelos grises y las pestañas le colgaban y le ocultaban los ojos.

—Desde luego, ministro —siguió diciendo el doctor Song—. Pero estará de acuerdo en que el chico es fuerte y apuesto, ¿sí?

El ministro asintió con una leve inclinación de cabeza.

—¿Tendremos ocasión de pasar más tiempo juntos, tal vez? —dijo el doctor Song.

El ministro se encogió de hombros y le dirigió una mirada que venía a decir que tal vez sí o tal vez no.

Su conversación no dio para más.

—¿De qué es ministro? —preguntó Jun Do mientras se alejaba.

—Petróleo y presión de neumáticos —respondió el doctor Song, que soltó una carcajada—. Es mi chófer. Pero no se preocupe, ese hombre ha visto todo lo que un hombre puede ver en este mundo. Su única tarea consiste en no decir nada durante todo el viaje y actuar en función de que yo termine mis preguntas con un «sí», un «no» o un «tal vez». Se ha dado cuenta de cómo he encauzado su respuesta, ¿verdad? Eso mantendrá a los americanos ocupados mientras nosotros hacemos lo que tenemos que hacer.

—¿Americanos? —preguntó Jun Do.

—¿No le han contado nada los dos hombres que lo han ido a buscar? —quiso saber el doctor Song.

El avión giró al final de la pista y empezó a acelerar. Jun Do, que se encontraba en el pasillo, se agarró a los asientos.

—Creo que nuestro héroe no ha volado nunca antes.

—¿Es verdad? —preguntó el doctor Song—, ¿Es la primera vez que vuela? En ese caso debemos encontrarle un asiento, estamos a punto de despegar.

El doctor Song los acompañó hasta sus asientos con formalidad mandarina.

—Aquí tiene el cinturón de seguridad —le dijo a Jun Do—. Los héroes pueden llevarlo o no, según deseen. Yo soy viejo y ya no necesito seguridad, pero usted, Camarada Buc, debe abrochárselo. Aún es joven, tiene mujer e hijos.

—Lo haré solo para que no se preocupe —respondió Camarada Buc ajustándose el cinturón.

El Ilyushin se elevó con los vientos del oeste y a continuación viró hacia el norte, dejando la costa a estribor. Jun Do vio la sombra del avión que se estremecía sobre el agua y, más allá, la inmensidad azul del mar. No eran las aguas en las que había pasado varias estaciones pescando con

el capitán del *Junma*, sino las corrientes que lo habían arrastrado en sus misiones en Japón, cada una de ellas una odisea. La peor parte era siempre el largo camino de regreso, cuando desde la bodega les llegaban los gritos de los secuestrados, que golpeaban contra el casco mientras intentaban liberarse de las cuerdas que los ataban. Echó un vistazo a la cabina del avión e imaginó a una persona secuestrada, atada a uno de aquellos asientos. Imaginó lo que sería llevarse por la fuerza a un americano y pasar dieciséis horas con él dentro del avión.

—Creo que han elegido al hombre equivocado para su misión —empezó diciendo Jun Do—. Es posible que mi expediente sugiera que soy un secuestrador experto, y es cierto, lideré muchas misiones en el pasado y estando yo de guardia tan solo murieron un par de objetivos. Pero ya no soy ese hombre: estas manos se han acostumbrado a manejar diales de radio, ya no saben hacer lo que ustedes esperan de ellas.

—Un dechado de franqueza y formalidad —dijo el doctor Song—. ¿No le parece, Camarada Buc?

—Ha elegido bien, doctor Song —respondió Camarada Buc—. Los americanos quedarán boquiabiertos ante tanta sinceridad.

El doctor Song se volvió hacia Jun Do.

—Jovencito —le dijo—. Para esta misión deberá utilizar las palabras, no los puños.

—El doctor Song se dirige a Texas —añadió Camarada Buc—, para sentar las bases de una futura negociación.

—Se trata de las conversaciones previas a las conversaciones —explicó el doctor Song—. Nada formal, sin delegaciones, ni fotografías, ni agentes de seguridad. Se trata tan solo de abrir un canal.

—¿Conversaciones sobre qué? —preguntó Jun Do.

—El asunto es lo de menos —aseguró el doctor Song—. Lo único que importa es nuestra postura. Los yanquis quieren una serie de cosas de nosotros y nosotros también tenemos algunas demandas, entre ellas que dejen de abordar nuestros barcos pesqueros. Como bien sabe, utilizamos

nuestros barcos de pesca para misiones de calado. Cuando llegue el momento, contará su historia sobre cómo la Marina estadounidense arrojó a su amigo a los tiburones. Los americanos son una gente muy civilizada, una historia como esa les causará un gran impacto, sobre todo a las esposas.

La azafata le llevo un vaso de zumo al doctor Song, pero ignoró a Jun Do y a Camarada Buc.

—Es una preciosidad, ¿no le parece? —preguntó el doctor Song—. Peinan todo el país para encontrarlas. Joven, a usted solo le interesa el placer, lo sé, lo sé. A mí no me engaña. Sé que se muere de ganas por conocer a una agente de la CIA, pero le aseguro que no son tan atractivas y seductoras como las de las películas.

—Nunca he visto una película —dijo Jun Do.

—¿Nunca ha visto una película? —preguntó el doctor Song.

—Entera no —respondió Jun Do.

—No se preocupe, las americanas caerán rendidas a sus pies. Espere a que vean esa herida, Jun Do. ¡Espere a que oigan su historia!

—Pero mi historia... —empezó a decir Jun Do—. ¡Es tan inverosímil! A veces no me la creo ni yo.

El doctor Song se volvió hacia Camamila Buc y le dijo:

—Por favor, amigo mío, ¿sería tan amable de traer el tigre?

Buc se marchó y el doctor se volvió de nuevo hacia Jun Do.

—En nuestro país las historias son objetivas —dijo—. Si el Estado declara que un granjero es un virtuoso de la música más les vale a sus vecinos empezar a llamarlo maestro. Él, por su parte, hará bien en ponerse a ensayar en secreto. Para nosotros, la historia es más importante que la persona. Si un hombre y su historia se contradicen, quien tiene que cambiar es el hombre. —Al llegar a este punto, el doctor Song bebió un trago de zumo y levantó un dedo tembloroso—. En América, en cambio, las historias de la gente cambian constantemente. En América, lo que importa es el hombre. Puede que crean su historia y puede que no, pero

en usted, Jun Do, en usted seguro que creen.

El doctor Song llamó a la azafata.

—Este hombre es un héroe de la República Popular Democrática de Corea y necesita un zumo. —La mujer salió corriendo a buscarlo—. ¿Lo ve? —dijo el doctor Song, negando con la cabeza—. Intente explicarle eso a los del búnker central.

Al decir eso señaló hacia abajo y Jun Do supo que se refería al Querido Líder Kim Jong-il en persona. Camarada Buc regresó con una neverita.

—El tigre —dijo.

Dentro había tan solo una tajada de carne envuelta en una bolsa de plástico sucia. Había briznas de hierba pegadas a la carne, que aún estaba caliente al tacto.

—Tal vez habría que añadir un poco de hielo —sugirió Jun Do.

El doctor Song sonrió.

—Ay —dijo—. ¡Ya estoy viendo las caras de los americanos!

—¡Tigre! Imagine su respuesta —dijo Camarada Buc, riéndose—. *Me encantaría* —dijo en inglés—, *pero he comido tigre para el almuerzo*.

— *Tiene un aspecto delicioso* —dijo el doctor Song—. *Qué pena que esté siguiendo una dieta tan solo a base de leopardo*.

—¡Y espere a que intervenga el ministro! —añadió Camarada Buc.

—El ministro lo quiere cocinar personalmente, ¿sí? —dijo el doctor Song—. El ministro insiste en que todos los americanos deben participar, ¿sí?

Jun Do echó un vistazo a la nevera portátil, que llevaba marcada una cruz roja. Ya había visto una nevera como aquella antes: era como las que utilizaban para llevar la sangre a Pyongyang.

—Dos cosas sobre los americanos —dijo el doctor Song—. En primer lugar, tienen mentes rápidas y le dan vueltas a todo. Es preciso plantearles un enigma para redirigir sus pensamientos. Por eso nos llevamos al ministro. En segundo lugar, necesitan gozar de superioridad moral; sin ella no saben negociar. Sus discursos empiezan siempre con

apelaciones a los derechos humanos, a la libertad personal y todo eso. Pero el tigre cambia todo eso. Su horror ante la idea de que podamos comer una especie en peligro de extinción los coloca inmediatamente en un plano de superioridad. Y entonces podemos ponernos manos a la obra.

— *Tenga, senador —dijo Camarada Buc en inglés—, permítame que le pase su plato.*

—Sí, senador —añadió el doctor Song—. Debe repetir.

Los dos hombres rieron hasta que vieron la cara de Jun Do.

—No hace falta que le diga que lo que hay en esta nevera no es más que falda de ternera —dijo el doctor Song—. Lo del tigre no es más que una historia; eso es lo que les serviremos en realidad, una historia.

—Pero ¿y si se la comen? —preguntó Jun Do—. Y si se creen que es tigre pero se lo comen de todos modos para no ofender y se sienten degradados moralmente, ¿no se lo harán pagar más tarde, durante las conversaciones?

Camarada Buc se volvió hacia el doctor Song, ansioso por oír su respuesta.

—Si los americanos actúan con cordura y no pierden la cabeza —dijo el doctor Song—, no habrá historia de tigres que pueda engañarlos. En ese caso se darán cuenta de que es ternera. En cambio, si los americanos juegan con nosotros, si no tienen intención de conocer los hechos y de negociar de verdad, entonces le encontrarán sabor a tigre.

—O sea que, en su opinión —comentó Jun Do—, si se creen la historia del tigre se creerán también la mía.

El doctor Song se encogió de hombros.

—Desde luego, la carne de su historia es mucho más correosa —dijo.

Uno de los jóvenes del equipo de aprovisionamiento de Camarada Buc se acercó a ellos con tres relojes idénticos. Camarada Buc cogió los tres.

—Uno es para el ministro —explicó, y entregó los otros dos al doctor Song y a Jun Do—. Están los tres sincronizados con la hora de Texas. Servirán para lanzar un mensaje a los americanos sobre la igualdad y la

solidaridad entre los coreanos.

—¿Y usted? —preguntó Jun Do—. ¿Dónde está su reloj?

—No —respondió Camarada Buc—, yo no tengo nada que hacer en Texas.

—Desgraciadamente, Camarada Buc no nos acompañará —dijo el doctor Song—. Él tiene otra misión.

Camarada Buc se levantó.

—De hecho, debería ir a preparar a mi equipo.

La azafata pasó con unas toallitas calientes y le entregó una al doctor Song.

—¿Se puede saber qué tengo que hacer? —preguntó Camarada Buc al ver que la muchacha pasaba de largo una vez más.

—No se lo tenga en cuenta —dijo el doctor Song—. Las mujeres responden de manera natural al encanto de los hombres mayores. Es bien sabido que son los únicos que pueden complacer a las mujeres.

Camarada Buc se rio.

—Yo creía que usted siempre decía que solo los hombres menudos pueden complacer a una mujer.

—¡Yo no soy menudo! —se defendió el doctor Song—. Tengo las mismas proporciones que nuestro Querido Líder, incluida la talla de zapatos.

—Es verdad —admitió Camarada Buc—. Me encargo de aprovisionar al Querido Líder y son tal para cual.

Jun Do eligió un asiento junto a una ventanilla, y el avión sobrevoló Sajalín, Kamtchatka y el mar de Ojotsk, donde, en algún lugar de aquel paisaje azul, habían encarcelado al capitán. Se avanzaron al sol volando hacia el norte y los días perpetuos de verano. Se detuvieron a repostar en la base de las Fuerzas Aéreas rusas de Anádir, donde varios pilotos viejos se acercaron a admirar asombrados el Ilyushin 11-62, que concluyeron que tenía cuarenta y siete años. Pasaron las manos por la parte inferior

del fuselaje y hablaron de los problemas que se habían corregido en las versiones posteriores. Al parecer, todo el mundo tenía alguna historia espeluznante que había vivido a bordo de uno de esos aparatos antes de que mandaran lo que quedaba de la flota a África a finales de los ochenta. El controlador de la torre también fue a echar un vistazo. Era un hombre corpulento y Jun Do se dio cuenta de que había sufrido hipotermia. El controlador explicó que últimamente resultaba difícil incluso encontrar piezas de repuesto para los Ilyushin, lo mismo que para los primeros Antónov y Túpolev.

—Tenía entendido que el último Ilyushin 11-62 se había estrellado en Angola en 1999 —dijo.

El doctor Song empezó a hablar en ruso.

— *Es lamentable que la antigua gran nación que fue capaz de crear este avión ya no sea capaz de producirlo* —dijo.

—Deben saber —añadió Camarada Buc— que las noticias sobre el hundimiento absoluto de su gran país fueron recibidas con gran tristeza en nuestra nación.

— *Sí —concluyó el doctor Song—. En su día, su nación y la nuestra fueron los dos faros gemelos del comunismo en el mundo. Lamentablemente, hoy debemos cargar a solas con ese peso.*

Camarada Buc abrió una maleta llena de billetes de cien dólares nuevos para pagar por el combustible, pero el controlador negó con la cabeza.

—Euros —dijo.

El doctor Song reaccionó con indignación.

— *¡Soy amigo personal del alcalde de Vladivostok!*

—Euros —insistió el controlador.

Resultó que Camarada Buc llevaba otra maleta, ésta llena de moneda europea.

En el momento de partir, el doctor Song les dijo a los pilotos que hicieran una demostración. Estos forzaron los motores durante el despegue y, con un traqueteo formidable del armazón, el aparato realizó

un ascenso espectacular.

Las Aleutianas, la línea de cambio de fecha a nueve mil metros de altitud y la nítida silueta de los buques contenedores sobre un mar moteado de verde y blanco. El capitán le había contado a Jun Do que más allá de la costa este del Japón el océano tenía nueve mil metros de profundidad, y ahora comprendió a qué se refería. Ante la inmensidad del Pacífico (¡qué proeza monumental cruzarlo a remo!) comprendió lo excepcionales que habían sido sus contactos por radio.

¿Dónde estaría el brazo del capitán del *Kwan Li*?, se preguntó de repente Jun Do. ¿En manos de quién habrían quedado sus viejos diccionarios y quién se habría afeitado aquella mañana con la brocha del capitán? ¿Por qué túnel correría su equipo y qué habría sido de la anciana que habían secuestrado, la que había dicho que se marcharía voluntariamente si le dejaba sacarle una foto? ¿Qué cara debía de haber puesto él y qué historia contaría la camarera de Niigata sobre la noche en que había bebido con un par de secuestradores? De pronto imaginó a la mujer del segundo oficial con el mono de trabajo, en la línea de producción de la fábrica de conservas, la piel reluciente por el aceite de pescado, el pelo revuelto por el vapor, y el crujir del vestido amarillo lo envolvió y lo arrastró a un sueño profundo.

En algún punto encima de Canadá, el doctor Song los reunió a todos y les ofreció una sesión informativa protocolaria sobre el tema de los americanos. Habló con el ministro, con Jun Do y con los seis miembros del equipo de Camarada Buc, mientras el copiloto y la azafata escuchaban a escondidas. El doctor Song empezó con un preámbulo acerca de los males del capitalismo y relató los crímenes bélicos de los americanos contra los pueblos subyugados. A continuación reflexionó acerca del concepto de Jesucristo, examinó el caso especial de los negros americanos y enumeró los motivos por los que los mexicanos desertaban a Estados Unidos. Finalmente, explicó por qué los americanos ricos conducían sus propios coches y hablaban con sus criados como si fueran

iguales.

Un joven preguntó cómo debía comportarse si se topaba con un homosexual.

—Indique que se trata de una experiencia nueva para usted —dijo el doctor Song—, pues en el lugar de donde viene ese tipo de individuos no existen, y a continuación trátelo como lo haría con cualquier estudiante de Juche que viniera de visita de Birmania, Ucrania o Cuba.

A continuación el doctor Song se centró en cuestiones prácticas. Dijo que en América se consideraba apropiado llevar zapatos dentro de las casas. Que las mujeres podían fumar y que no había que reprenderlas por ello. Que en América no estaba bien visto castigar a los hijos de otras personas. En un papel, dibujó la forma que tenía una pelota de fútbol americano. Con gran turbación, el doctor Song glosó los estándares americanos de higiene personal y acto seguido ofreció una breve lección sobre el tema de la sonrisa. Concluyó con los perros: indicó que los americanos eran gente muy sentimental y que sentían una predilección especial por los caninos. «Nunca hay que hacerle daño a un perro en América —dijo—. Los perros se consideran parte de la familia y tienen nombre, como las personas.» Los perros tenían sus propias camas, juguetes, médicos y casas, a las que no había que referirse como «perreras».

Cuando finalmente iniciaron el descenso, Camarada **Buc** fue a buscar a Jun Do.

—En cuanto al doctor Song —dijo—, ha gozado de **una** carrera larga y célebre, pero en Pyongyang lo único que **te** mantiene a salvo es tu último éxito.

—¿A salvo? —preguntó Jun Do—. ¿A salvo de qué?

Camarada Buc tocó la esfera del reloj de Jun Do.

—Ayúdelo a tener éxito.

—¿Y usted? ¿Por qué no nos acompaña?

—¿Yo? —preguntó Camarada Buc—. Tengo veinticuatro horas para

llegar a Los Ángeles, comprar DVD por valor de trescientos mil dólares y volver. ¿De verdad que nunca ha visto una película?

—No soy un palurdo ni nada así. Es solo que nunca he tenido ocasión de ver una.

—Pues ahora la tendrá —respondió Camarada Buc—. El doctor Song me ha pedido una película sobre unos sopranos.

—Yo no sabría ni dónde ver un DVD —confesó Jun Do.

—Ya se le ocurrirá algo —dijo Camarada Buc.

—¿Y qué me dice de Sun Moon? Me encantaría ver una película donde saliera ella.

—En América no venden nuestras películas.

—¿Es cierto que está triste?

—¿Sun Moon? —preguntó Camarada Buc, y asintió con la cabeza—. Su marido, el comandante Ga, y nuestro Querido Líder son rivales. El comandante Ga es demasiado famoso como para castigarlo, de modo que es su mujer quien se queda sin papeles en las películas. La oímos en el piso contiguo. Se pasa el día tocando el *gayageum* y enseñando a sus hijos a sacarle ese sonido triste y gemebundo.

Jun Do vio cómo sus dedos punteaban las cuerdas: notas que estallaban para luego ir perdiendo el timbre, como una cerilla que se convierte en humo.

—Última oportunidad para elegir una película americana dijo Camarada Buc—. Dicen que son el único motivo para aprender inglés.

Jun Do intentó calibrar la naturaleza de aquella oferta. En los ojos de Camarada Buc vio una mirada que conocía bien de su infancia: la mirada de un niño que creía que el día siguiente sería mejor. Esos niños nunca duraban demasiado y, sin embargo, a él eran los que mejor le caían.

—Vale —dijo—. ¿Cuál es la mejor?

—*Casablanca* —respondió Camarada Buc—. O eso dicen.

—*Casablanca* —repitió Jun Do—. Muy bien, pues me pido esa.

Era de mañana cuando aterrizaron en la base de las Fuerzas Aéreas Dyess, situada al sur de Abilene, en Texas.

Los hábitos nocturnos de Jun Do le resultaron útiles ahora que se encontraba en el otro extremo del mundo. Estaba despierto y alerta: a través de la ventanilla amarillenta del Ilyushin vio dos coches viejos que se aproximaban por la pista para recibirlos. Dentro iban tres americanos con gorra, dos hombres y una mujer. En cuanto los motores del Ilyushin se detuvieron, acercaron una escalerilla metálica a la puerta del avión.

—Hasta dentro de veinticuatro horas —le dijo el doctor Song a Camarada Buc a modo de despedida.

Camarada Buc le dirigió una pequeña reverencia y abrió la puerta.

El ambiente era seco. Olía a metal caliente y a mazorcas marchitas. Había una fila de relucientes cazas de combate aparcados a una cierta distancia, algo que Jun Do solo había visto en los murales inspiradores.

Al final de las escaleras, sus tres anfitriones los estaban esperando. En el centro estaba el senador, un hombre tal vez algo mayor que el doctor Song, pero alto y bronceado, vestido con pantalón azul y una camisa bordada. Jun Do se dio cuenta de que este llevaba un aparato médico metido en el oído. Si el doctor Song tenía sesenta años, el senador debía de sacarle una década.

Tommy era el amigo del senador, un hombre negro, más o menos de la misma edad pero más enjuto, con el pelo canoso y la cara más cubierta de arrugas. Y luego estaba Wanda. Era una mujer joven, corpulenta, y llevaba una coleta rubia que salía por detrás de una gorra de béisbol en la que ponía **BLACKWATER**.

—Ministro —dijo el senador.

—Senador —respondió el ministro, y se saludaron todos.

—Venga —dijo el senador—. Les tenemos preparada una pequeña excursión.

El senador le indicó al ministro el camino hacia un coche americano antiguo. El ministro fue a abrir la puerta del conductor, pero el senador lo

acompañó delicadamente hacia el otro lado.

Tommy señaló un descapotable blanco en el que podía leerse **MUSTANG** en letras cromadas.

—Debo ir con ellos —dijo el doctor Song.

—Ellos van en el Thunderbird —respondió Wanda—. Solo tiene dos asientos.

—Pero no hablan el mismo idioma —protestó el doctor Song.

—En Texas la mitad de la gente no habla el mismo idioma —dijo Tommy.

El Mustang, con la capota bajada, siguió al Thunderbird por una carretera rural. Jun Do ocupaba el asiento trasero, junto al doctor Song. Tommy iba al volante.

Wanda levantó la cabeza y la sacudió al viento, hacia delante y hacia atrás, disfrutando de la sensación. A una gran distancia por delante y por detrás, Jun Do lograba distinguir la sombra negra de los vehículos de seguridad. El arcén estaba lleno de cristales rotos que reflejaban la luz del sol. ¿Por qué motivo habría en un país tantos cristales afilados esparcidos por el suelo? Jun Do tenía la sensación de que había habido una tragedia a cada paso. ¿Y dónde estaba la gente? Avanzaban junto a una alambrada, y eso les proporcionaba la sensación de encontrarse en una zona controlada normal y corriente. Y, sin embargo, en lugar de vigas de hormigón con aislante para la electricidad, los postes estaban hechos de ramas nudosas y descoloridas que parecían extremidades rotas o huesos viejos, como si algo hubiera tenido que morir para construir cada cinco metros de alambrada.

—Este es un coche especial —dijo el doctor Song.

—Es del senador —contestó Tommy—. Somos amigos desde el ejército. —El hombre sacó la mano por el costado del coche y golpeó dos veces la carrocería—. Conocí la guerra en Vietnam —dijo—, también conozco a Jesús, pero hasta que el senador me prestó este Mustang, con los asientos traseros acanalados, no conocí a Mary McParsons y respiré

por primera vez como un hombre.

Wanda se rio.

El doctor Song se removió incómodo sobre el cuero del asiento. En su cara, Jun Do se percató de la grave injuria que suponía para él que lo hubieran informado de que estaba sentado en el mismo lugar donde en su día Tommy había mantenido relaciones sexuales.

—Ah —siguió diciendo Tommy—, me estremezco solo de pensar en el hombre que era entonces. Gracias a Dios que ya no soy el mismo. Me casé con esa mujer, por cierto. Eso por lo menos lo hice bien, que Dios la tenga en su seno.

El doctor Song se fijó en un cartel con la imagen del senador y la bandera americana.

—Se acercan elecciones, ¿verdad? —preguntó.

—Efectivamente —dijo Tommy—. El senador tiene unas primarias en agosto.

—Somos afortunados, Jun Do —dijo el doctor Song—. Podremos ver la democracia americana en acción.

Jun Do intentó imaginar cómo habría respondido Camarada Buc.

—Qué emoción —dijo finalmente.

—¿Logrará el senador revalidar el cargo? preguntó el doctor Song.

—Lo tiene casi hecho —dijo Tommy.

—¿Casi hecho? —preguntó el doctor Song—. Eso no suena demasiado democrático.

—No es así como nos enseñan que funciona la democracia —dijo Jun Do.

—Y dígame —añadió el doctor Song, dirigiéndose a Tommy—, ¿cuál será el índice de participación?

Tommy los miró en el retrovisor.

—¿Sobre los votantes registrados? En unas primarias suele ser aproximadamente del cuarenta por ciento.

—¿El cuarenta por ciento? —exclamó el doctor Song—. ¡El índice de

participación en la República Popular Democrática de Corea es del noventa y nueve por ciento! ¡Somos la nación más democrática del mundo! Pero Estados Unidos no tiene por qué avergonzarse. Su país aún puede ser un faro para países con índices de participación más bajos, como Burundi, Paraguay o Chechenia.

—¿Una participación del noventa y nueve por ciento? —se asombró Tommy—. Con una democracia así, estoy seguro de que pronto superarán los cien puntos.

Wanda se rio, pero cuando se volvió, su mirada se cruzó con la de Jun Do y le ofreció una sonrisa cómplice, como si quisiera incluirlo también a él en la broma. Tommy volvió a mirarlos en el retrovisor.

—En el fondo no se creen todo este rollo sobre «la nación más democrática del mundo», ¿verdad? Están al corriente de la verdad del país de donde proceden, ¿no?

—No les hagas este tipo de preguntas —dijo Wanda—. Una respuesta equivocada podría ocasionarles problemas cuando regresen a su país.

—Pero por lo menos díganme que saben que el Sur ganó la guerra —insistió Tommy—. Eso, por lo menos, lo tienen que saber.

—Me temo que se equivoca, querido Thomas —dijo el doctor Song—. Creo que fueron los confederados quienes perdieron la guerra y el Norte quien se impuso.

Wanda le dirigió una sonrisa a Tommy.

—Ahí te ha pillado —le dijo.

Tommy se rio.

—Ya te digo.

Dejaron la carretera y entraron en un almacén de ropa vaquera. El aparcamiento estaba vacío a excepción del Thunderbird y de un coche negro aparcado en un extremo. Dentro, había un grupo de dependientes que esperaban para vestir a los visitantes con ropa occidental. El doctor Song le tradujo al ministro que las botas de cowboy eran un regalo del senador, y que podía quedarse el par que más le gustara. El ministro se

mostró fascinado por aquel calzado tan exótico, y se probó varios pares de piel de lagarto, avestruz y tiburón. Finalmente optó por las de serpiente y el personal empezó a buscar un par de su número.

El doctor Song conversó brevemente con el ministro y a continuación anunció:

—El ministro tiene que hacer una defecación.

Era evidente que a los americanos les entraron ganas de reírse, pero no se atrevieron a hacerlo.

El ministro se ausentó durante mucho rato. Jun Do encontró unas botas negras que le gustaban, pero al final las descartó y se puso a examinar las botas de mujer, hasta que dio con unas que le parecieron apropiadas para la mujer del segundo oficial. Eran amarillas y rígidas, con un bordado de fantasía en la punta.

Al doctor Song le fueron ofreciendo tallas cada vez más pequeñas, hasta que al final encontró unas sencillas botas negras de niño que le iban bien. Para intentar guardar las apariencias, Jun Do se volvió hacia el doctor Song y, hablando con voz sonora, dijo:

—¿Es cierto que tiene exactamente el mismo número de pie que nuestro Querido Líder Kim Jong-il?

Todos los presentes observaron cómo el doctor Song daba un agradable paseíllo con sus bolas, con los zapatos de vestir en la mano. Se detuvo ante un maniquí ataviarlo con ropa vaquera.

—Fíjese, Jun Do —dijo—. En lugar de sus mujeres más hermosas, los americanos utilizan personas artificiales para exponer su ropa.

—Qué ingenioso —comentó Jun Do.

—A lo mejor —intervino Wanda—, nuestras mujeres más hermosas están ocupadas haciendo otra cosa.

El doctor Song hizo una reverencia ante la verdad que encerraban sus palabras.

—Naturalmente —dijo—. Qué cortedad de visión la mía.

En la pared, dentro de una vitrina, había expuesta un hacha.

—Fíjese —dijo el doctor Song—. Los americanos están siempre preparados por si les entra un arranque violento.

El senador echó un vistazo al reloj y Jun Do se dio cuenta de que se había hartado de aquella comedia. El ministro regresó y le entregaron un par de botas. La luz parecía reflejarse en cada una de las escamas de la piel de serpiente. El ministro dio unos pasos con aire de pistolero, encantado.

—¿Han visto la película *Solo ante el peligro*? —les preguntó el doctor Song—. Es la preferida del ministro.

De pronto el senador volvió a reír. El doctor Song se volvió hacia el ministro y le preguntó:

—Le encajan a la perfección, ¿no?

El ministro se miró los pies con expresión triste y negó con la cabeza. El senador chasqueó los dedos.

—Traigan más botas —les dijo a los dependientes.

—Lo siento —dijo el doctor Song, que se sentó a quitarse sus propias botas—, pero el ministro considera que sería un insulto hacia nuestro Querido Líder aceptar unas botas de regalo cuando nuestro Querido Líder no recibe ningunas.

Jun Do devolvió las botas que había elegido para la mujer del segundo oficial. De todos modos, desde el principio sabía que todo había sido una fantasía. El ministro empezó también a quitarse las suyas.

Esto tiene fácil arreglo —dijo el senador—. Naturalmente, podemos enviarle un par de botas al señor Kim. Sabemos que usa la misma talla que el doctor Song, solo tenemos que encargar otro par.

El doctor Song volvió a ponerse sus zapatos de vestir.

—El único insulto —dijo el doctor Song— sería que un humilde diplomático como yo mismo llevara unos zapatos dignos del líder más venerado de la mejor nación del mundo.

Wanda miró de un lado a otro, evaluando la situación. Finalmente sus ojos se posaron sobre Jun Do y este se dio cuenta de que era su presencia

la que no entendía.

Se marcharon de allí sin botas.

En el rancho, todo estaba preparado para ofrecer a los coreanos una muestra de la vida texana. Entraron en la propiedad a través de una de las verjas para el ganado y montaron en furgonetas. Una vez más, el senador viajó con el ministro, mientras el resto del grupo los seguía en una camioneta de cuatro puertas. Cogieron un camino de tierra y esquisto que discurría a través de arbustos inclinados por el viento y árboles retorcidos que parecían quemados y partidos, y cuyas largas ramas se arrastraban por el suelo. Había un campo cubierto de plantas cuyas espinas brillaban como dientes de tiburón. Las plantas crecían apartadas unas de otras y en su forma de extenderse sobre la tierra rocosa, Jun Do creyó ver los gestos de quienes había enterrados debajo.

Durante el trayecto hasta el rancho, los americanos parecieron ignorar a los coreanos. En un primer momento hicieron algunos comentarios sobre un ganado del que Jun Do no veía ni rastro, y posteriormente se enzarzaron en comentarios privados que Jun Do no logró descifrar.

—¿Y eso de Blackwater? —le preguntó Tommy a Wanda—. ¿Es tu nueva unidad?

Se dirigían hacia una hilera de árboles de los que colgaban unos filamentos blancos como de vinalón.

—¿Blackwater?

—Es lo que pone en tu gorra.

—Ah, no, es una gorra de publicidad —repuso la mujer—. No, ahora mismo creo que trabajo para una filial civil de un subcontratista del Pentágono. Es inútil intentar mantenerse al día. Tengo tres pases distintos del Departamento de Seguridad Nacional y nunca he puesto los pies allí.

—¿Te vuelves a Bagdad? —le preguntó él.

La mirada de la mujer se perdió en la inmensidad rojiza de Texas.

—El viernes —dijo.

Cuando bajaron de la camioneta el sol caía a plomo. A Jun Do se le llenaron los zapatos de arena. Habían preparado una mesa con un barril frigorífico lleno de gaseosa y tres cestas de regalo envueltas con papel de celofán. En las cestas había un sombrero de cowboy, una botella de bourbon, un cartón de cigarrillos American Spirit, *beef jerky*, una botella de agua, bronceador, un pañuelo rojo y unos guantes de piel de becerro.

—Cosas de mi mujer —dijo el senador, que los invitó a sacar los sombreros y los guantes de los cestos de regalo. Les habían preparado una sierra mecánica y una podadora, y los coreanos se pusieron unas gafas de seguridad para cortar maleza. A través del plástico, los ojos del doctor Song brillaban de indignación.

Tommy puso en marcha la podadora y se la entregó al ministro, que parecía disfrutar muchísimo moviendo la hoja hacia delante y hacia atrás por entre las zarzas secas. A continuación le tocó el turno al doctor Song.

—Vaya, parece que también yo tendré el placer —dijo.

Se colocó bien las gafas y pasó el aparato por los arbustos y los rastrojos antes de hundir la hoja en la arena y calar la herramienta.

—Me temo que no tengo dotes de jardinero —dijo el doctor Song volviéndose hacia el senador—. Pero, como decía el Gran Líder Kim Il-sung: «No preguntes qué puede hacer la República Popular Democrática de Corea por ti, pregunta qué puedes hacer tú por la República Popular Democrática de Corea».

El senador soltó un suspiro.

—¿Estamos hablando del mismo gran líder que lamentó que sus ciudadanos solo tuvieran una vida que entregar a su país? —preguntó Tommy.

—Bueno —intervino el senador—. Veamos qué tal se nos da la pesca.

Les habían dejado preparadas unas cañas junto a una charca que recibía agua de un pozo mediante unas bombas. El sol no daba tregua y, con su traje oscuro, el doctor Song tenía un aspecto vacilante. El senador sacó dos sillas plegables de la parte trasera de su furgoneta, y él y el doctor

Song se sentaron a la sombra de un árbol. Aunque se abanicaba con el sombrero, como el senador, el doctor Song no se aflojó la corbata.

Tommy hablaba en voz baja y respetuosa con el ministro, mientras Jun Do iba traduciendo sus palabras.

—Eche el anzuelo más allá del tronco de aquel árbol caído —le sugirió Tommy—. Y no pare de mover la caña a medida que recoja el sedal, para que el cebo baile.

Wanda se acercó a Jun Do con dos vasos de gaseosa.

—Un día estuve pescando con cables eléctricos —dijo el ministro—. Muy efectivo.

Era la primera vez que el ministro hablaba en todo el día. A Jun Do no se le ocurrió ninguna forma de suavizar la frase, de modo que finalmente se la tradujo a Tommy de la siguiente forma:

—El ministro cree que la victoria está próxima.

Jun Do cogió la gaseosa que le ofrecía Wanda. Esta enarcó una ceja, con una expresión recelosa que le daba a entender que no era una azafata de piel tersa que se dedicaba a ofrecer bebidas a los hombres poderosos.

El ministro necesitó varios intentos para cogerle el tranquilo, mientras Tommy gesticulaba para darle consejos.

—Tenga —le dijo Wanda a Jun Do—. Aquí tiene mi contribución a la cesta de regalo. —Le entregó una pequeña linterna de led—. Las regalan en todas las ferias de muestras —explicó—. Yo la utilizo muchísimo.

—¿Trabaja usted a oscuras? —preguntó él.

—En búnkeres —respondió la mujer—. Es mi especialidad. Me dedico a analizar búnkeres fortificados. Me llamo Wanda, por cierto. Creo que no nos habíamos presentado.

—Pak Jun Do —dijo él, y le apretó la mano—. ¿De qué conoce al senador?

—Nos visitó en Bagdad y le ofrecí una visita guiada al Complejo Saladino de Saddam. Una construcción impresionante por cierto: túneles para trenes de alta velocidad, filtros de aire triples a prueba de bombas

atómicas... En cuanto ves el búnker de alguien, lo sabes todo de él.
¿Reciben noticias sobre la guerra?

—Constantemente —le dijo Jun Do, que encendió la luz de la linterna y puso la mano delante para medir su brillo—. ¿Los americanos usan luces para el combate en túneles?

—¿Cómo iban a hacerlo sin luces? —preguntó ella.

—¿Su ejército no tiene gafas que permiten ver en la oscuridad?

—Sinceramente —dijo Wanda—, no creo que el ejército americano se haya enzarzado en ese tipo de combate desde Vietnam. Mi tío estuvo allí, fue una rata de túnel. Hoy en día, si hay alguna misión subterránea, mandan un robot.

—¿Cómo un robot?

—Uno de esos con control remoto —dijo ella—. Tienen algunos que no están nada mal.

Al ministro se le dobló la caña, pues un pez había mordido el anzuelo. El ministro se quitó los zapatos y se metió en la charca hasta que el agua le llegó a los tobillos. La batalla fue feroz, la caña iba de un lado a otro, y Jun Do se dijo que desde luego debía de haber alguna variedad menos agresiva de pez que se podía criar en una charca como aquella. Cuando finalmente logró recoger el sedal, el ministro tenía la camisa empapada de sudor. Tommy sacó el pez del agua, un espécimen blanco, grueso. Tommy le quitó el anzuelo, lo levantó para que todos lo vieran e incluso le metió un dedo en la boca para mostrarles las fauces. Finalmente, Tommy devolvió el animal a la charca.

—¡Mi pez! —exclamó el ministro, y dio un paso hacia delante, furioso.

—Ministro —lo llamó el doctor Song, y se le acercó precipitadamente. Entonces le puso las manos encima de los hombros, que subían y bajaban, agitados—. Ministro —repitió el doctor Song, en voz más baja.

—¿Por qué no vamos directamente a hacer prácticas de tiro? —propuso el senador.

Caminaron lentamente a través el desierto. Al doctor Song le costaba

avanzar por aquel terreno irregular con sus zapatos de vestir, pero no quiso aceptar la ayuda de nadie. El ministro habló y Jun Do tradujo sus palabras:

—El ministro ha oído que en Texas vive una especie de serpiente sumamente venenosa. Desea dispararle a una para comprobar si es más poderosa que la temible *mamushi* de las rocas de nuestro país.

—A estas horas del día —dijo el senador—, la serpiente de cascabel está oculta en su nido, al cobijo del calor. Salen a pasear por la mañana.

Jun Do transmitió el mensaje al ministro, que respondió:

—Dígale al senador americano que le indique a su ayudante negro que eche agua en el nido de la serpiente, y que yo dispararé contra el espécimen en cuanto se asome.

Al oír la respuesta, el senador sonrió y sacudió la cabeza.

—El problema es que la serpiente de cascabel es una especie protegida.

Jun Do tradujo sus palabras, pero el ministro se mostró confuso.

—¿Protegida de qué? —preguntó.

—¿De qué está protegida la serpiente de cascabel? —le preguntó Jun Do al senador.

—De la gente —dijo el senador—. Está protegida por ley.

Al ministro le pareció sumamente gracioso que un animal atroz que mataba a seres humanos estuviera protegido por las leyes de sus víctimas.

Llegaron a un banco de tiro en el que había alineados varios revólveres al estilo Salvaje Oeste. Había también varias latas dispuestas a una cierta distancia, a modo de blanco. Los revólveres del calibre 45 eran pesados y parecían muy usados. El senador les aseguró que cada una de aquellas armas había servido para quitarle la vida a alguna persona: su tatarabuelo había sido *sheriff de* aquel condado, y todas aquellas pistolas habían servido como prueba en algún caso de asesinato.

El doctor Song declinó disparar.

—No me fio de mis manos —dijo, y se sentó en la sombra.

El senador dijo que su época de tirador también había pasado a la

historia. Tommy empezó a cargar las armas.

—Tenemos pistolas de sobra —le dijo a Wanda—. ¿Nos quieres ofrecer una demostración?

Wanda se estaba rehaciendo la coleta.

—¿Quién, yo? —preguntó—. Es mejor que no. Al senador no le haría ninguna gracia que dejara a nuestros invitados en ridículo.

El ministro, en cambio, parecía estar en su salsa. Empezó a blandir las pistolas como si se hubiera pasado la vida fumando, conversando y disparando contra las cosas que sus criados le lanzaban desde la distancia, en lugar de aparcado junto a la acera, leyendo el *Rodong Sinmun* mientras esperaba a que su jefe, el doctor Song, saliera de alguna de sus reuniones.

—Corea es un país montañoso —explicó el doctor Song—. Allí los disparos resuenan enseguida en las paredes de los cañones. Aquí, en cambio, los estallidos se pierden en la distancia para no volver nunca más.

Jun Do estaba de acuerdo: que los disparos no tuvieran eco y que el paisaje se tragara aquel estrépito como si nada daba una verdadera sensación de soledad.

El ministro demostró una precisión sorprendente y pronto empezó a disparar nada más desenfundar y a intentar disparos imposibles, mientras Tommy le iba recargando el arma.

Todos observaron al ministro mientras este se pulía cajas y cajas de munición, disparaba a dos manos, con un cigarrillo colgando de los labios, y hacía que las latas estallaran y saltaran por los aires. Aquel día él era realmente el ministro: la gente lo llevaba de aquí para allá y quien apretaba el gatillo era él.

El ministro se volvió hacia ellos.

—El *bueno* —dijo en inglés, soplando el humo que salía del cañón de la pistola—, *el feo y el malo*.

El rancho era una construcción de una sola planta, medio oculta entre los árboles, que transmitía una apariencia engañosamente caótica. En un corral cercano había varias mesas de picnic y una barbacoa montada en una diligencia, donde varias personas hacían cola para comer. Las cigarras estaban activas y Jun Do percibió el olor a brasas. Soplaban una brisa de mediodía que empujaba unas nubes con forma de yunque, demasiado lejanas como para que amenazaran tormenta. Había varios perros sueltos que entraban y salían a través de la verja del corral. En un momento dado, los perros vieron algo que se movía entre unos matorrales lejanos y se pusieron firmes, con el pelaje erizado. El senador, que pasaba por ahí, les dijo «¡Atacad!», y al oír la orden los animales se abalanzaron sobre un grupo de pajarillos que se dispersaron rápidamente por entre los arbustos.

Cuando los perros regresaron, el senador les dio unas chucherías que llevaba en el bolsillo, y Jun Do comprendió que en el comunismo se amenaza a los perros para que obedezcan, mientras que en el capitalismo la sumisión se consigue mediante sobornos.

En la cola de la comida no valían rangos ni privilegios: allí, juntos, estaban el senador, los trabajadores del rancho, los empleados de la casa, los agentes de seguridad con sus trajes negros y las esposas de varios funcionarios texanos. El ministro se sentó en una mesa de picnic y la mujer del senador le llevó la comida, mientras el doctor Song y Jun Do se unían a la cola con platos de cartón. Un joven que halda junto a ello» se presentó como un candidato a doctor universitario y le» explicó que estaba escribiendo una tesis sobre el programa nuclear de Corea del Norte.

—Ustedes saben que el Sur ganó la guerra, ¿verdad?

Les sirvieron costillas de ternera, mazorcas de maíz a la parrilla, tomates marinados y una cucharada de macarrones. El doctor Song y Jun Do se dirigieron hacia donde se encontraban el ministro con el senador y su mujer. Los perros los siguieron. El doctor Song se sentó con ellos.

—Acompáñenos, por favor —le dijo a Jun Do—. Hay sitio de sobra, ¿verdad?

—Me tendrán que disculpar —respondió Jun Do—. Seguro que tienen asuntos importantes que discutir.

Se sentó a solas en una mesa de picnic de madera en la que había grabadas un montón de iniciales de nombres. La carne era al mismo tiempo dulce y picante, y los tomates tenían un sabor intenso, pero el maíz y la pasta estaban asquerosos por culpa de la mantequilla y el queso, dos sustancias que solo conocía de los diálogos que había oído recitados en las cintas de la escuela de idiomas. «*Quisiera comprar un poco de queso.*» «*Pásame la mantequilla, por favor.*»

Un pájaro enorme volaba en círculos encima de sus cabezas. Jun Do no reconoció a qué especie pertenecía.

Wanda se sentó a su lado, lamiendo una cucharita de plástico blanco.

—Dios mío —dijo—, no deje de probar el pastel de nueces de pacana.

Jun Do acababa de comerse una costilla y tenía las manos cubiertas de salsa. Wanda hizo un gesto con la cabeza hacia el extremo de la mesa, donde un perro lo miraba con gran atención, pacientemente sentado. Sus ojos eran de un azul turbio, pero tenía el pelaje gris y moteado. ¿Cómo era posible que un perro tan claramente bien alimentado como aquel fuera capaz de imitar la mirada de un niño huérfano que se ve relegado al final de la cola?

—Adelante —dijo Wanda—. ¿Por qué no?

Él, le lanzó el hueso y el perro lo cazó al vuelo.

—Es un perro catahoula —explicó la mujer—. Un regalo del gobernador de Luisiana por la ayuda prestada después del huracán.

Jun Do cogió otra costilla. No podía dejar de comer, aunque notaba que la carne le subía por la garganta.

—¿Quién es toda esta gente? —preguntó Jun Do.

Wanda miró alrededor.

—Expertos en asuntos coreanos, miembros de ONG y curiosos. No

recibimos visitantes de Corea del Norte cada día, ¿sabe?

—¿Y usted qué es? —preguntó él—. ¿Una experta o una curiosa?

—Yo soy la misteriosa agente del servicio de inteligencia —respondió.

Jun Do se la quedó mirando y ella sonrió.

—Oh, vamos, ¿a usted le parezco misteriosa? —le preguntó—. Soy una chica de lo más *open source*, estoy abierta a compartir lo que sea. Pregúnteme lo que quiera.

Tommy cruzó el corral con un vaso de té helado, después de guardar las cañas de pescar y las pistolas. Jun Do se fijó en cómo se colocaba en la cola de la comida y cómo saludaba con una inclinación de cabeza cuando le entregaban el plato.

—Me está usted mirando como si pensara que nunca antes he visto a una persona negra —le dijo Jun Do a Wanda.

Esta se encogió de hombros.

—Puede ser —dijo.

—Me he topado un par de veces con la Marina americana —dijo Jun Do—. Allí hay muchos negros. Además, mi profesor de inglés era de Angola. El único negro de toda la República Popular Democrática de Corea. Siempre decía que si podía enseñarnos a hablar con acento africano se sentía menos solo.

—Una vez me contaron que en los años setenta un soldado americano cruzó la zona desmilitarizada —dijo Wanda—, un chico de Carolina del Norte que iba borracho, o algo así. Los coreanos del Norte lo obligaron a trabajar como profesor de inglés, pero lo despidieron cuando se enteraron de que había enseñado a todos los agentes a hablar como paletos.

Jun Do no sabía qué significaba *paletos*.

—No había oído nunca esa historia —dijo—. Y no soy un agente, si es lo que se está preguntando.

Wanda vio cómo atacaba otra costilla.

—Me sorprende que no haya aceptado mi oferta de responderle a cualquier pregunta —dijo finalmente—. Habría jurado que querría saber

si hablo coreano.

—¿Habla coreano? —preguntó Jun Do.

—No —respondió ella—, pero me doy cuenta perfectamente de cuándo un intérprete añade frases de cosecha propia. Por eso sospecho que está aquí como algo más que un humilde intérprete.

El doctor Song y el ministro seguían sentados en su mesa de picnic.

—El ministro desea hacer entrega de los regalos que ha traído para el senador y su esposa —anunció entonces el doctor Song—. Para el senador, las *Obras completas de Kim Jong-il*.

El doctor Song sacó los once tomos de la obra, encuadernados en tapa dura. Una mujer mexicana pasó junto a ellos con una bandeja llena de comida.

—EBay —le dijo a Wanda.

—Ay, Pilar —le respondió Wanda—. ¡Qué mala eres!

El senador aceptó el regalo con una sonrisa.

—¿Están autografiados? —preguntó.

La expresión del doctor Song registró un destello de incertidumbre y este decidió consultar el asunto con el ministro. Jun Do no los oía, pero los dos hombres se enzarzaron en un rápido intercambio de palabras. Finalmente el doctor Song sonrió.

—Nuestro Querido Líder Kim Jong-il estará encantado de firmar su obra en persona si el senador decide visitarnos en Pyongyang.

A cambio, el senador le regaló al ministro un iPod cargado de música *country*.

Entonces el doctor Song empezó a alabar públicamente la belleza y la hospitalidad de la mujer del senador, mientras el ministro se preparaba para ofrecerle la nevera portátil. De pronto, Jun Do volvió a notar el olor de aquella carne en la nariz. Apartó la costilla y miró a lo lejos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Wanda—. ¿Qué hay dentro de esa nevera?

Aquel momento se convirtió en algo así como un punto de inflexión. Hasta entonces los ardides del doctor Song habían sido simples bromas,

pero la estratagema del tigre era harina de otro costal: en cuanto la olieran, los americanos sabrían que aquella carne no era comestible y que allí había gato encerrado, y eso lo cambiaría todo.

—¿Hablabas en serio? —le preguntó Jun Do—. Necesito saber una cosa.

—Cómo no —dijo ella—. ¿A qué se refiere con lo de si hablaba en serio?

Él le cogió la mano y, con un bolígrafo, le escribió *el* nombre del segundo oficial en la palma.

—Necesito saber si lo logró —dijo Jun Do—. ¿Consiguió salir?

Wanda se tomó una fotografía de la mano con el móvil. A continuación escribió un mensaje utilizando los dos pulgares y pulsó la tecla de «Enviar».

—Vamos a averiguarlo —dijo.

El doctor Song terminó su discurso de homenaje a la esposa del senador y el ministro le entregó la nevera portátil.

—De parte de los ciudadanos de la República Popular Democrática de Corea —anunció—. Carne de tigre fresca, obtenida recientemente de un majestuoso ejemplar cazado en las cumbres del monte Paektu. No pueden ni imaginarse lo blanco que era su pelaje. El ministro desea que lo saboreemos todos juntos esta noche, ¿verdad?

El ministro asintió, orgulloso. El doctor Song esbozó una sonrisita ladina.

—Y recuerde —le dijo a la esposa del senador—, cuando uno come tigre, se convierte en un tigre.

Los invitados dejaron de comer para fijarse en la reacción de la mujer del senador, pero esta no dijo nada. Ahora las nubes estaban más cargadas y en el ambiente flotaba un olor a lluvia que seguramente no llegaría. El senador cogió la nevera de encima de la mesa.

—Veré si puedo hacer algo al respecto —dijo con una sonrisa circunspecta—. Un tigre parece cosa de hombres.

La mujer del senador se volvió hacia el perro que tenía junto a ella: le

acarició las orejas con las dos manos y le dijo unas palabras cariñosas al oído.

La ceremonia de entrega de obsequios se había escapado de las manos del doctor Song, que no lograba entender qué había fallado. Entonces se acercó a Jun Do.

—¿Cómo se encuentra, hijo? —le preguntó—. Es el brazo, le duele mucho, ¿verdad?

Jun Do movió el hombro un par de veces.

—Sí, pero no pasa nada, doctor Song. Puedo aguantar.

El doctor Song parecía desesperado.

—No, no hace falta que aguante. Sabía que llegaría este momento. Buscar atención médica no le restará valentía —aseguró, y se volvió hacia Wanda—. ¿No podría prestarnos un cuchillo, o tal vez unas tijeras?

Wanda miró a Jun Do.

—¿Le duele el brazo? —le preguntó. Cuando este asintió, llamó a la mujer del senador y, por primera vez, Jun Do se fijó realmente en ella: era delgada, con una melena blanca que le llegaba hasta los hombros, y ojos claros y moteados—. Creo que nuestro amigo está herido —le dijo Wanda.

El doctor Song se volvió hacia la mujer del senador.

—¿Podría traernos alcohol y un cuchillo? No se trata de ninguna emergencia, tan solo tenemos que quitarle los puntos.

—¿Usted es un doctor de verdad? —preguntó la mujer del senador.

—No —respondió el doctor Song.

La mujer se volvió hacia Jun Do.

—¿Dónde le duele? —le preguntó—. En el pasado ejercí como médico.

—No es nada —respondió el doctor Song—. Seguramente se los deberíamos haber quitado antes de salir.

La mujer se volvió hacia él y lo fulminó con la mirada: era tan evidente que se le había terminado la paciencia que el doctor Song se vio obligado a apartar la vista. Entonces se sacó unas gafas del bolsillo y se las colocó

en la punta de la nariz.

—A ver —dijo, y Jun Do se quitó la chaqueta y la camisa. Le ofreció el brazo a la mujer del senador, que echó la cabeza hacia atrás para inspeccionar la herida a través de las lentes. Los agujeros de las suturas estaban rojos e inflamados. Cuando los presionó con el pulgar, supuraron —. Sí —dijo—. Hay que quitárselos. Venga, en la cocina hay más luz.

Al cabo de un momento, la mujer del senador y Wanda lo tenían ya sin camisa, sentado en la encimera de la cocina. Esta era amarilla, con las paredes cubiertas de papel azul de cuadros y girasoles. En la nevera, sujetadas con imanes, había varias fotos de niños y de grupos de jóvenes que se cogían por los hombros. En otra de las fotografías aparecía el senador vestido con un traje naranja de astronauta, con un casco debajo del brazo.

La mujer del senador se frotó las manos debajo del agua humeante que salía del grifo. Wanda la imitó, por si la necesitaban. La mujer a la que Wanda había llamado Pilar entró en la cocina con la neverita con la carne de tigre. Al ver a Jun Do sin camiseta dijo algo en español, y al ver su herida añadió algo más, también en español.

La mujer del senador se frotó hasta más arriba de los codos. Sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo, dijo:

—Jun Do, le presento a Pilar, la asistente especial de la familia.

—Soy la criada —dijo Pilar—. ¿John Doe? ¿No es el nombre que les ponen a las personas que desaparecen?

—Mi nombre es Pak Jun Do —dijo Jun Do, y a continuación lo pronunció más despacio—. Jun. Do.

Pilar echó un vistazo a la neverita y se fijó en que alguien había intentado arrancar la insignia de la Cruz Roja.

—Mi primo Manny conduce una furgoneta que traslada órganos, ojos y cosas así entre hospitales —dijo—. Y utiliza una nevera como esta.

La mujer del senador se puso unos guantes de látex.

—En realidad —dijo—, no creo que John Doe sea el nombre que se da a los desaparecidos. Se utiliza cuando tienes a una persona pero no su identidad.

Wanda hinchó los guantes de látex con un soplido.

—No, un John Doe tiene una identidad concreta —dijo, estudiando al paciente—, solo hay que descubrirla.

La mujer del senador le echó agua oxigenada por todo el brazo y le masajeó delicadamente las heridas.

—Esto hará que se aflojen las suturas —le explicó.

Durante un instante solo se oyó el siseo de la espuma blanca que se formaba sobre su brazo. No le dolía exactamente, era más bien como si un montón de hormigas le entraran y le salieran de dentro del cuerpo.

—¿Le parece bien que lo trate una mujer? —le preguntó Wanda.

Jun Do asintió con la cabeza.

—La mayoría de los médicos en Corea son mujeres —dijo—. Aunque nunca he visto ninguno.

—¿Ningún médico mujer? —preguntó Wanda.

—¿O ningún médico? —añadió la mujer del senador.

—Ningún médico —dijo él.

—¿Ni siquiera en el Ejército? ¿No le han hecho ningún examen físico? —preguntó la mujer del senador.

—Supongo que nunca he estado enfermo —dijo.

— **¿Quién lo cosió?**

—Un amigo —dijo Jun Do.

—¿Un amigo?

—Un tipo con el que trabajo.

Mientras la herida echaba espumarajos, la mujer del senador levantó los brazos, los abrió y los echó hacia delante, mientras sus ojos seguían líneas invisibles sobre su cuerpo. Jun Do se dio cuenta de que la mujer se fijaba en las quemaduras que tenía en la parte inferior de sus brazos, las marcas que había dejado la llama de la vela que habían utilizado en su

entrenamiento contra el dolor. Tocó los bordes de las quemaduras con la yema de los dedos.

—Un mal sitio para quemarse —dijo—. La piel es especialmente sensible en esta zona. —A continuación le pasó la mano por el pecho hasta la clavícula—. Y esta soldadura —dijo—, es de una rotura de clavícula reciente. —Le levantó una mano, como si fuera a besarla en un anillo, pero lo que hizo fue estudiar la forma de sus falanges—. ¿Quiere que le haga un chequeo? ¿Tiene alguna dolencia?

No estaba tan musculoso como cuando aún era miembro del Ejército, pero seguía estando fuerte y se dio cuenta de cómo las mujeres lo observaban.

—No —dijo—. Solo los puntos. Me escuecen muchísimo.

—Se los quitaremos en un abrir y cerrar de ojos —dijo ella—. ¿Puedo preguntarle qué le sucedió?

—Es una historia que preferiría no contar —dijo él—. Pero me lo hizo un tiburón.

— *Madre de Dios* —dijo Pilar en español.

Wanda estaba junto a la mujer del senador y abrió un botiquín del tamaño de una maleta.

—¿De los que tienen aletas y viven en el océano? —le preguntó.

—Perdí mucha sangre —dijo Jun Do.

Las tres mujeres se lo quedaron mirando.

—Mi amigo no tuvo tanta suerte como yo —añadió.

—Ya veo —dijo la mujer del senador—. Respire hondo.

Jun Do se llenó los pulmones.

—Más —insistió ella—. Levante los hombros.

Jun Do cogió tanto aire como pudo y esbozó una mueca de dolor. La mujer del senador asintió con la cabeza.

—La undécima costilla —dijo—. Aún está cicatrizando. En serio, si quiere hacerse un chequeo, esta es su oportunidad.

¿Le acababa de oler el aliento? Jun Do tenía la sensación de que la

mujer detectaba muchas más cosas de las que dejaba entrever.

—No, señora —le dijo.

Wanda encontró unas pinzas y unas tijeritas afiladas. Tenía nueve laceraciones en total, todas ellas cosidas. La mujer del senador empezó por la más larga, la que le recorría el bíceps.

Pilar le señaló el pecho.

—¿Quién es?

Jun Do bajó la mirada. No sabía qué contestar.

—Es mi mujer —dijo.

—Muy guapa —comentó Pilar.

—Sí, es muy guapa —dijo Wanda—. Y el tatuaje también está muy bien. ¿Le importa que le saque una foto?

A Jun Do solo lo habían fotografiado una vez, la vieja japonesa de la cámara sobre el trípode de madera, y él nunca había llegado a ver la foto. Todavía lo angustiaba pensar qué debía de haber visto aquella mujer, pero aun así no supo decir que no.

—Genial —dijo Wanda, y con una pequeña cámara le sacó una fotografía del pecho y otra del brazo herido. Entonces puso el objetivo a la altura de la cara y le soltó un flash en los ojos.

—¿También es traductora? —le preguntó Pilar.

—Mi mujer es actriz —dijo él.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Pilar.

—¿Mi mujer? —preguntó Jun Do—. Se llama Sun Moon.

Jun Do se dio cuenta de que tenía un nombre precioso, que sonaba bien, y también que le había gustado pronunciar en voz alta el nombre de su mujer delante de aquellas tres mujeres: Sun Moon.

¿Qué es esto? —preguntó la mujer del senador, mostrándole el hilo de la sutura que acababa de sacarle: tenía un tono irregular, entre amarillento y oxidado.

—Sedal de pesca —dijo él.

—Supongo que si hubiera cogido el tétanos, a estas alturas ya lo

sabríamos —respondió ella—. Durante la carrera nos enseñaron que nunca debíamos utilizar monofilamentos, pero no consigo recordar por qué.

—¿Y qué le va a llevar? —le preguntó Wanda a Jun Do—. Como recuerdo de su viaje a Texas, digo.

Jun Do negó con la cabeza.

—¿Qué me recomiendan?

—¿Cómo es? —preguntó distraídamente la mujer del senador.

—Le gustan los vestidos tradicionales. Tiene uno amarillo que es mi preferido. Lleva el pelo recogido para lucir los pendientes de oro. Le gustan el karaoke y las películas.

—No —lo cortó Wanda—, cómo es de personalidad.

Jun Do pensó un momento.

—Necesita mucha atención —dijo, y entonces se detuvo, inseguro de cómo debía continuar—. No entrega su amor alegremente. Su padre temía que los hombres quisieran aprovecharse de su belleza, que se sintieran atraídos hacia ella por las razones equivocadas, y por eso cuando cumplió dieciséis años le consiguió un trabajo en una fábrica de conservas, donde ningún hombre de Pyongyang daría con ella. Esa experiencia la marcó y la empujó a perseguir lo que quería. Pero aun así se casó con un hombre dominante; dicen que a veces puede ser un verdadero cabrón. Además está atrapada por el Estado, que no le permite elegir los papeles de sus películas. Excepto cuando va al karaoke, solo puede cantar las canciones que ellos le mandan cantar. La cuestión es que a pesar de su éxito y de que es una estrella, a pesar de su belleza y de los hijos que ha tenido, Sun Moon es una mujer triste. Y que está extrañamente sola. Se pasa el día tocando *ügayageum*, al que arranca notas tristes y solitarias.

Jun Do se calló y se dio cuenta de que las tres mujeres lo estaban mirando.

—Usted no es un marido cabrón —dijo Wanda—. Sé el aspecto que

tienen, créame.

La mujer del senador dejó de tirar de los puntos de sutura y lo miró fijamente, sin asomo de malicia. A continuación miró el tatuaje del pecho de Jun Do.

—¿Puedo hablar de alguna forma con ella? —preguntó—. Tengo la sensación de que si hablara con ella podría ayudarla. —En la encimera había un teléfono con un cable en espiral que conectaba el auricular con la base—. ¿La puede llamar? —preguntó la mujer.

—No hay demasiados teléfonos —dijo Jun Do.

Pilar abrió su móvil.

—A mí me quedan minutos de llamadas internacionales —dijo.

—Creo que Corea del Norte no funciona así —comentó Wanda.

La mujer del senador asintió con la cabeza y terminó de quitarle los puntos en silencio. Cuando hubo terminado, volvió a desinfectarle las heridas y se quitó los guantes.

Jun Do se puso la camisa del conductor que llevaba desde hacía un día. Notaba el brazo tan hinchado y dolorido como el día del mordisco. En cuanto a la corbata, se la quedó en la mano mientras la mujer del senador le abrochaba la camisa, sus dedos fuertes y precisos introduciendo cada botón en el ojal correspondiente.

—¿El senador fue astronauta? —le preguntó Jun Do.

—Se entrenó para serlo —contestó la mujer del senador—, pero nunca lo llamaron.

—¿Saben el satélite? —preguntó él—. ¿El que órbita la Tierra con personas de varios países a bordo?

—¿La Estación Espacial? —preguntó Wanda.

—Sí —dijo Jun Do—. Eso debe de ser. ¿Saben si lo construyeron en nombre de la paz y la fraternidad?

Las mujeres se miraron.

—Sí —dijo finalmente la mujer del senador—. Supongo que sí.

A continuación rebuscó en los cajones de la cocina, hasta que encontró

un puñado de muestras de antibiótico. Le metió dos blísteres de medicamentos en el bolsillo de la camisa.

—Para más tarde, por si se pone enfermo —le dijo—. Tómese los si tiene fiebre. ¿Sabe distinguir una infección bacteriana de una infección viral?

Jun Do asintió con la cabeza.

—No —le dijo Wanda a la mujer del senador—, no creo que sepa.

—Si le da fiebre y tiene mucosidades verdes o marrones —explicó la mujer del senador—, tómese tres de estas al día hasta que desaparezcan. —Sacó la primera cápsula del blíster y se la dio—. Empezaremos un ciclo ahora mismo, por si acaso.

Wanda le sirvió un vaso de agua.

—Gracias, pero no tengo sed —dijo Jun Do después de meterse la pastilla en la boca y masticarla.

—Virgen santa —dijo la mujer del senador.

Pilar abrió la nevera portátil.

—¡Ay! —exclamó, y la cerró de inmediato—. ¿Qué se supone que tengo que hacer yo con esto? Esta noche toca tex-mex.

—Madre mía —dijo la mujer del senador—. Tigre.

—Pues no sé —comentó Wanda—. A mí me apetece probarla.

—¿Usted la ha olido?

—Wanda —dijo la mujer del senador—. Podríamos terminar todos en el infierno por culpa de lo que hay dentro de esa nevera.

Jun Do bajó de la encimera de un salto y empezó a remeterse la camisa con una mano.

—Si mi mujer estuviera aquí —dijo—, me diría que me deshiciera de esa carne y que la reemplazara por un bistec de ternera. Diría que de todos modos no se nota la diferencia, y que así todo el mundo puede comer sin quedar mal. Durante la cena, yo comentaría lo buena que está, diría que es la mejor carne que he probado jamás, y eso la haría sonreír.

Pilar miró a la mujer del senador.

—¿Tacos de tigre?

La mujer del senador también quiso probar cómo sabían aquellas palabras:

—Tacos de tigre.

—Pak Jun Do, ahora toca descansar —dijo la mujer del senador—. Lo acompañaré a su habitación —añadió con sobria intensidad, como si por el hecho de estar a solas con él estuviera cometiendo una transgresión.

La casa tenía muchos pasillos cubiertos con más fotos familiares, estas con marcos metálicos y de madera. La puerta de la habitación donde iba a dormir estaba entreabierta y cuando la abrieron del todo, un perro bajó de la cama de un brinco. A la mujer del senador no pareció importarle. Encima de la cama había un edredón, de modo que al retirarlo eliminó cualquier rastro del perro.

—Mi abuela era muy aficionada a confeccionar edredones —dijo, mirando fijamente a Jun Do—. Un edredón es una manta hecha con retales de tu vida. No sirve para ganar dinero, sino que cada manta cuenta una historia. —A continuación enseñó a Jun Do a leer aquel edredón—. Había un molino en Odessa que imprimía imágenes de historias bíblicas en sus sacos de harina. Las imágenes eran como los ventanales de las iglesias: contaban las historias de forma visual. Este trozo de encaje es de la ventana de la casa que mi abuela abandonó al casarse, cuando tenía quince años. Esta imagen corresponde al Éxodo y aquí está el Cristo Errante, ambas procedentes de sacos de harina. El terciopelo negro es del dobladillo del vestido fúnebre de su madre: murió poco después de que mi abuela llegara a Texas y la familia le mandó esta muestra negra. Con esto empieza la parte triste de su vida: el retal de una manta de bebé de un hijo que perdió, un fragmento de una toga de graduación que se compró pero que nunca tuvo ocasión de ponerse, y el algodón descolorido del uniforme de su marido. Pero fíjese en esto, ¿ve los colores y los tejidos de una nueva boda, de hijos y prosperidad? Naturalmente, la

última imagen es del Jardín. Antes de poder coser ese final a su propia historia mi abuela tuvo que soportar numerosas pérdidas e incertidumbres. Esto es lo que le habría contado a su esposa Sun Moon si hubiera podido hablar con ella.

En la mesita de noche había una Biblia. La mujer la cogió y se acercó a él.

—Wanda tiene razón, usted no es un mal marido —le dijo—. Se nota que se preocupa por su esposa. Yo no soy más que una mujer del otro lado del mundo a la que no conoce, pero ¿podría darle esto de mi parte? Estas palabras siempre me traen consuelo: las Escrituras estarán siempre ahí, por muchas puertas que se le cierren.

Jun Do cogió el libro y pasó una mano por encima de su tapa blanda.

—Si lo desea podemos leer algún pasaje juntos —propuso entonces la mujer—. ¿Conoce usted a Jesucristo?

Jun Do asintió con la cabeza.

—Me han hablado de él.

A la mujer se le ensombreció la mirada de lástima y asintió con gesto resignado. Jun Do le devolvió el libro.

—Lo siento —se disculpó—. Este libro está prohibido en mi país; poseerlo acarrea un severo castigo.

—No se imagina la pena que me causa oír eso —respondió ella. Entonces fue hasta la puerta, donde había colgada una guayabera blanca—. Límpiese ese brazo con agua caliente, ¿de acuerdo? Y esta noche póngase esta camisa.

En cuanto se marchó, el perro volvió a subirse a la cama de un brinco.

Jun Do se quitó la camisa y echó un vistazo al cuarto de invitados. Estaba lleno de recuerdos de la vida del senador: fotos de él posando junto a personas orgullosas, placas dora

das y de bronce. Había un pequeño escritorio, con un teléfono encima de un libro blanco. Jun Do descolgó el auricular y escuchó la señal continua. Entonces cogió el libro que había debajo y lo hojeó. Dentro

había millares de nombres. Tardó un rato en comprender que el tomo incluía a todos los habitantes de la zona central de Texas, con nombre completo y dirección. Le costaba creer que buscar a una persona cualquiera y encontrarla pudiera ser tan sencillo, que bastara con abrir un libro y dar con el nombre de tus padres para confirmar que no eras huérfano. Le resultaba insondable que pudiera existir un vínculo permanente con padres, madres y amigos perdidos, cuyos nombres quedaban para siempre impresos sobre papel. Pasó las páginas. Donaldson, Jiménez, Smith... Un libro, un simple libro, te podía ahorrar una vida entera de conjeturas e incertidumbres. De repente detestó su país, tan pequeño y atrasado, una tierra de misterios, fantasmas y falsas identidades. Arrancó una página del final del libro y escribió en la parte superior: «Sanos y salvos en Corea del Norte». Debajo anotó los nombres de todas las personas a las que había ayudado a secuestrar. Marcó el nombre de Mayumi Nota, la chica del muelle, con un asterisco.

En el baño había una cestita llena de cuchillas de afeitar nuevas, tubos de pasta de dientes de tamaño viaje y pastillas de jabón con envoltorio individual. Pero no las tocó. Lo que hizo fue estudiar su reflejo en el espejo y fijarse en lo que había visto la mujer del senador. Se tocó las laceraciones, la clavícula rota, las marcas de quemaduras, la undécima costilla. Acarició la cara de Sun Moon, la hermosa mujer que asomaba entre aquel halo de heridas.

Fue hasta el retrete y se miró dentro de la boca. Le salió todo de golpe, toda la carne, tres grandes arcadas que lo dejaron vacío. Se le tensó la piel y se sintió débil.

Ya en la ducha, dejó correr el agua caliente. Puso la herida en remojo y fue como si le ardiera el brazo. Al cerrar los ojos, sintió como si volviera a recibir los cuidados de la esposa del segundo oficial, cuando aún tenía los ojos hinchados y ella no oía más que un olor a mujer, sonidos de mujer, y él tenía fiebre y no sabía dónde estaba y solo podía imaginar la cara de la mujer que lo iba a salvar.

Al anoecer, Jun Do se puso la guayabera blanca, con su cuello rígido y sus bordados de fantasía. A través de la ventana vio al doctor Song y al ministro, que salían de una caravana negra donde habían pasado toda la tarde conversando con el senador. El perro se levantó y se acercó al borde de la cama. Llevaba una correa alrededor del cuello. Era un poco triste, un perro sin perrera. En algún lugar empezó a tocar una banda, y le pareció oír voces que cantaban, tal vez en español. Cuando Jun Do salió de la habitación para adentrarse en la noche, el perro lo siguió.

El pasillo estaba lleno de fotografías de la familia del senador, siempre sonriente. Acercarse a la cocina era como viajar atrás en el tiempo, las fotografías de la graduación daban paso a fotografías deportivas y de clubes de *boy scouts*, coletas, fiestas de cumpleaños y finalmente fotografías de bebés. ¿Eran así, las familias? ¿Era así como crecían, rectas como los dientes de un niño? Desde luego, había una foto de alguien con un brazo en cabestrillo y a la larga los padres desaparecían del panorama. Las celebraciones cambiaban, lo mismo que los perros. Pero aquello era una familia, de principio a fin, sin guerras, ni hambrunas, ni condenas políticas, ni desconocidos que venían a tu pueblo para ahogar a tu hermana.

En el exterior, el aire era seco y fresco, y olía a cactus y a abrevaderos de ganado de aluminio. Las estrellas titilaban mientras Texas emitía el último resto de calor. Siguiendo el sonido de los cantantes mexicanos y el zumbido de una licuadora, Jun Do volvió al corral, donde los hombres llevaban camisas blancas y las mujeres iban envueltas en chales de colores. Había un fuego sobre un trípode de ramas que iluminaba las caras de la gente. Era una idea muy emocionante: quemar madera solo para que las personas pudieran socializar y disfrutar de la compañía mutua en la oscuridad. Bajo la luz parpadeante, el senador tocó el violín y cantó una canción titulada *La rosa amarilla de Texas*.

Wanda pasó junto a él cargada con tantas limas que tenía que llevarlas

pegadas al pecho. Jun Do se paró y el perro hizo lo mismo, su pelaje brillaba, negro y anaranjado, a la luz de las llamas.

—Muy bien, perro —dijo Jun Do, y le acarició fríamente la cabeza como lo habría hecho cualquier americano.

Wanda empezó a exprimir limas con una mano de mortero de madera, mientras Pilar vaciaba una botella de alcohol tras otra en la licuadora. Wanda pulsó varias veces el botón, siguiendo el ritmo de la música, y a continuación Pilar llenó con gran estilo una hilera de vasos de plástico amarillos. Entonces Wanda lo vio y le llevó una bebida.

Él se quedó mirando la sal del borde.

—¿Qué es esto?

—Beba, anda —le dijo—. Sea bueno. ¿Sabe qué tenía Sadam en la habitación más recóndita de su búnker, debajo de las salas de guerra y los centros de mando? Una videoconsola Xbox con un solo mando.

Él lo miró con cara de no entenderla.

—Todo el mundo necesita pasarlo bien —añadió Wanda.

Jun Do bebió un trago: ácida y seca, aquella bebida sabía como la sed misma.

—He estado investigando lo de su amigo —siguió diciendo—. Ni los japoneses ni los surcoreanos tienen a nadie que encaje con los datos. Si cruzó el Yalu y entró en China, quién sabe. A lo mejor no ha utilizado su nombre real. No se preocupe, a lo mejor aún aparece. Algunas veces llegan hasta Tailandia.

Jun Do desdobló su papel y se lo entregó a Wanda.

—¿Podría pasar este mensaje de mi parte?

—«Sanos y salvos en Corea del Norte» —leyó ella—. ¿Qué es esto?

—Una lista de víctimas japonesas de secuestros.

—Iodos estos secuestros aparecieron en las noticias —dijo Wanda—. Esta lista la podría haber hecho cualquiera, no demuestra nada.

—¿Demostrar? —preguntó Jun Do—. Yo no pretendo demostrar nada. Solo intento decirle algo que nadie más le puede decir: que ninguna de

estas personas se perdió, que todas sobrevivieron a sus secuestros y que están sanas y salvas. La incertidumbre es lo peor. Esta lista no es para usted, es un mensaje de mi parte para todas esas familias, para que estén tranquilas. Es lo único que les puedo ofrecer.

—Están todos sanos y salvos —dijo ella—. ¿Excepto la del asterisco?

Jun Do se obligó a pronunciar su nombre:

—Mayumi —dijo.

Ella bebió un trago y lo miró de reojo.

—¿Habla usted japonés?

— *Lo suficiente* —respondió él—. *Watashi no neko ga maigo ni narimashita?*

—¿Qué significa?

—¿Puede ayudarme a encontrar mi gato?

Wanda le dirigió otra mirada y finalmente se guardó el papel en el bolsillo trasero.

Jun Do no tuvo ocasión de fijarse en el doctor Song hasta la hora de la cena. Sentado a la mesa, intentó adivinar cómo habían ido las conversaciones por la forma en que el doctor Song servía margaritas a las mujeres y asentía con la cabeza, encantado con lo picante que estaba la salsa. La mesa era redonda y a su alrededor había ocho personas. Pilar iba y venía con bandejas en las manos. Enumeró todos los platos que había en la bandeja giratoria del centro de la mesa, flautas, mole, rellenos y todo lo necesario para que cada uno se preparara los tacos a su gusto: había un calentador de tortillas y platos con cilantro, cebolla, tomates cortados a dados, col en juliana, nata mexicana, frijoles y tigre.

Cuando el doctor Song probó la carne de tigre, su mirada registró un destello de puro deleite.

—¡Dígame que no es el mejor tigre que han probado jamás! —exclamó—. Dígame que el tigre americano se puede comparar con esto. ¿No es cierto que el tigre coreano es más fresco y vital?

Pilar les llevó otra bandeja de carne.

—Sí, bueno —dijo—, es una pena que no haya tigres mexicanos.

—Hoy te has superado a ti misma, Pilar —dijo la mujer del senador—.

Es el mejor tex-mex que has preparado jamás.

El doctor Song les dirigió una mirada suspicaz.

El ministro levantó su taco y, hablando en inglés, dijo: —*Sí*.

Tommy se comió su taco y asintió con la cabeza.

—Aunque la mejor carne que he comido jamás la probé con unos colegas, estando de permiso —dijo—. Nos pasamos la cena alabando la comida, y comimos y comimos hasta hartarnos. Tantos fueron nuestros elogios que al final trajeron al chef. El hombre nos dijo que nos prepararía algo más de carne para llevar y que no era ningún problema, pues tenía otro perro en el patio trasero.

—Ay, Tommy —dijo la mujer del senador.

—Una vez yo estuve con una milicia tribal —dijo Wanda—. Nos prepararon un festín a base de fetos de cerdo hervidos en leche de cabra. Es la carne más tierna que he probado jamás.

—Ya basta —dijo la mujer del senador—. Cambiemos de tema, por favor.

—Hablemos de lo que sea menos de política —propuso el senador.

—Necesito saber algo —dijo Jun Do—. Cuando estuve en alta mar, en el mar del Japón, seguimos las emisiones de radio de dos chicas americanas. Nunca llegué a saber qué había sido de ellas.

—Las remeras —dijo Wanda.

—Una historia terrible —añadió la mujer del senador—. Qué pena.

El senador se volvió hacia Tommy y dijo:

—Encontraron la barca, ¿verdad?

—Sí, la barca sí, pero a las chicas no —respondió Tommy—. Wanda, ¿tienes alguna información privilegiada sobre lo que sucedió realmente?

Wanda estaba inclinada encima de su plato, preparada para comer, con un chorrito de salsa del taco corriéndole por la mano.

—Oí que la barca estaba medio quemada —dijo con la boca llena—. Había sangre de una de las chicas, pero de la otra no encontraron ni rastro. Un asesinato con suicidio, tal vez.

—Era la chica que remaba en la oscuridad —dijo Jun Do—. Utilizó una bengala de emergencia.

La mesa se quedó en silencio.

—Remaba con los ojos cerrados —dijo Jun Do—. Ese era el problema, por eso se desviaron de su rumbo.

—No entiendo por qué pregunta qué les pasó a las chicas si ya lo sabía —comentó Tommy.

—No sabía qué les había pasado —dijo Jun Do—. Solo sabía cómo.

—Cuéntenos qué le pasó a usted —le pidió la mujer del senador a Jun Do—. Dice que pasó un tiempo en alta mar. ¿Cómo se hizo esa herida?

—Es demasiado pronto —los advirtió el doctor Song—. La herida aún está demasiado tierna. Es una historia muy dura, tanto para quien la escucha como para mi amigo si tiene que contarla —añadió, y se volvió hacia Jun Do—. En otro momento, ¿de acuerdo?

—No pasa nada —dijo Jun Do—. La puedo contar —aseguró, y pasó a narrar con gran detalle su encuentro con los americanos: cómo habían abordado el *Junma*, la forma en que los soldados avanzaban por el barco, con los rifles en alto, y cómo terminaron negros de hollín. Habló de las zapatillas que habían encontrado y que estaban esparcidas por toda la cubierta, y describió cómo, después de comprobar que el barco no suponía ningún peligro, los soldados se dedicaron a turnar y a rebuscar entre los zapatos, cómo empezaron a robar objetos de recuerdo, incluidos los sagrados retratos del Querido Líder y el Gran Líder, y cómo en un momento dado alguien desenvainó un cuchillo y los americanos se vieron obligados a batirse en retirada. Mencionó el extintor y contó cómo, mientras tanto, los oficiales del buque americano bebían café y contemplaban la escena. Contó que uno de los soldados llevaba un mechero con un misil de crucero que flexionaba el bíceps.

—Pero ¿y cómo se hizo daño, hijo? —preguntó el senador.

—Otro día volvieron —dijo Jun Do.

—¿Por qué iban a volver? —preguntó Tommy—. Ya habían comprobado que el barco no suponía ningún peligro.

—¿Y qué hacía usted en un barco de pesca? —preguntó el senador.

—Evidentemente —intervino impetuosamente el doctor Song—, los americanos estaban avergonzados porque un simple norcoreano con un cuchillo había logrado desenmascarar la cobardía de toda una unidad de marines armados.

Jun Do bebió un sorbo de agua.

—Yo lo único que sé —dijo— es que era al rayar el día. Teníamos el sol a estribor. El buque americano salió de pronto de entre la niebla y nos abordaron. El segundo oficial estaba en la cubierta, con el práctico y el capitán. Era día de colada, o sea, que estaban hirviendo agua del mar. Se oyeron gritos. Subí a cubierta con el maquinista y el primer oficial. El mismo hombre de la vez anterior, el teniente Jervis, tenía al segundo oficial sujeto contra la barandilla y le gritaba por lo del cuchillo.

—Un momento —lo interrumpió el senador—. ¿Cómo sabe el nombre del soldado?

—Porque me dio su tarjeta —dijo Jun Do—. Quería que supiéramos quién había saldado las cuentas pendientes.

Jun Do le pasó la tarjeta a Wanda, que leyó el nombre en voz alta.

—Teniente Harían Jervis.

Tommy se echó hacia delante y cogió la tarjeta.

—El *Fortitude*, de la Quinta Flota —le dijo al senador—. Debe de ser uno de los barcos de Woody McParkland.

—Woody no toleraría a una manzana podrida en su unidad —aseguró el senador.

La mujer del senador levantó la mano.

—¿Y qué pasó a continuación? —preguntó.

—Lo arrojaron a los tiburones —dijo Jun Do—, y yo me tiré para

salvarlo.

—¿Pero de dónde salieron los tiburones? —preguntó Tommy.

—El *Junma* era un barco de pesca —explicó Jun Do—. Los tiburones nos seguían siempre.

—¿Y había un torbellinos de tiburones, allí mismo? —insistió Tommy.

—¿El chico supo lo que le estaba pasando? —preguntó el senador.

—¿Dijo algo el teniente Jervis? —añadió Tommy

—¿El tal Jervis arrojó al chico personalmente, con sus propias manos? —preguntó el senador.

—¿U ordenó a uno de sus hombres que lo hiciera? —añadió Tommy.

El ministro apoyó las dos manos encima de la mesa.

— *Historia* —declaró en inglés—, *verdad*.

—No —dijo la mujer del senador.

Jun Do se volvió hacia ella y sus ojos cansados, claros y moteados.

—No —repitió—. Entiendo que en tiempos de guerra ningún bando tiene el monopolio de las atrocidades, y no soy tan ingenua como para pensar que los motores de la rectitud moral no se alimentan del combustible de la injusticia. Pero estamos hablando de nuestros mejores chicos, soldados que operan bajo el mando de los mejores y que representan la bandera de su país. No, señor, se equivoca. Ninguno de nuestros soldados ha hecho algo así. Lo sé. Lo sé a ciencia cierta.

La mujer se levantó de la mesa. Jun Do hizo lo propio.

—Le pido disculpas si la he molestado —dijo—. No debería haber contado la historia. Pero tiene que creerme: yo he mirado a los tiburones a los ojos, los he visto, cegados por la muerte. Cuando estás cerca de ellos, a un brazo de distancia, se les ponen los ojos en blanco. Si quieren mirarte antes de morderte, se giran de lado y levantan la cabeza. No noté sus dientes en la carne, pero cuando me alcanzaron el hueso noté una sensación gélida, electrizante. Olía la sangre en el agua. Sé lo que se siente al ver que el niño que tienes ante ti está a punto de desaparecer, cuando de pronto comprendes que ya no lo verás nunca más. He oído el

galimatías de sus últimas palabras. Cuando una persona se hunde en el agua, ante tus ojos, la incredulidad no te abandona jamás. Y los objetos que dejan al marcharse: un cepillo de afeitar, unos zapatos... ¡qué absurdos son! Puedes cogerlos y contemplarlos tanto como quieras, que sin la persona no significan nada. —Jun Do estaba temblando—. Yo he abrazado a la viuda, a su viuda, mientras ella cantaba una nana para él, dondequiera que estuviera.

Más tarde, Jun Do estaba en su cuarto, buscando nombres coreanos en Texas. Había cientos de Kims y Lees, y ya casi había llegado a los Paks y los Parks cuando de repente el perro se levantó.

Wanda estaba en la puerta. Llamó discretamente dos veces y abrió.

—Mi coche es un Volvo —dijo desde el umbral—. Lo heredé de mi padre. Cuando yo era una niña, él trabajaba en el departamento de seguridad del puerto. Tenía siempre un escáner marítimo en marcha, por si algún capitán se encontraba en apuros. Yo también tengo uno y lo conecto siempre que no puedo dormir.

Jun Do se la quedó mirando. El perro volvió a echarse.

—He averiguado unas cuantas cosas sobre usted —dijo Wanda—. Como por ejemplo quién es realmente —añadió, y se encogió de hombros—. Por eso me ha parecido justo contarle algunas cosas sobre mí.

—Diga lo que diga mi informe, está equivocado —le dijo Jun Do—. Ya no le hago daño a nadie. Es lo último que deseo.

¿Cómo era posible que tuviera un expediente sobre él, se preguntó, si ni siquiera Pyongyang lograba aclararse con su historia?

—He introducido el nombre de su esposa, Sun Moon, en el ordenador, y su ficha ha aparecido al instante, comandante Ga. —Wanda escrutó su rostro en busca de una reacción, y al ver que no había ninguna, añadió—: Ministro de las Minas Prisión, poseedor del Cinturón Dorado de taekwondo tras derrotar a Kimura en Japón, padre de dos hijos, condecorado con la Estrella Carmesí por actos de heroísmo

indeterminados, etcétera. No había ninguna foto actualizada, espero que no le importe que suba las que le he tomado antes.

Jun Do cerró el listín.

—Ha cometido un error —le dijo—. Y nunca debe llamarme así delante de los demás.

—Comandante Ga —dijo Wanda, como si saboreara el nombre. A continuación se sacó el móvil del bolsillo—. Hay una aplicación que predice la órbita de la Estación Espacial Internacional —explicó entonces—. Pasará por encima de Texas dentro de ocho minutos.

Él la siguió al exterior, hasta donde empezaba el desierto. La Vía Láctea se extendía encima de sus cabezas, y desde las montañas les llegaba un olor a creosota y a granito árido. Se oyó el aullido de un coyote y el perro se agitó entre ellos, la cola erguida de excitación, mientras los tres esperaban a que otro coyote le respondiera.

—Tommy —dijo Jun Do—. El que habla coreano es él, ¿verdad?

—Sí —admitió Wanda—. La Marina lo destinó allí durante diez años.

Ahuecaron las manos y miraron hacia el cielo, buscando el arco del satélite.

—No entiendo nada —reconoció Wanda. ¿Que1 pinta el ministro de las Minas Prisión en Texas? ¿Y quién es el otro hombre que afirma ser un ministro?

—Nada de esto es culpa suya. Él solo hace lo que le ordenan. Tiene que comprender que en el país de donde venimos, si te dicen que eres huérfano, eres huérfano. Si te dicen que te metas en un agujero, pues, en fin, de repente te conviertes en el tipo que se mete en agujeros. Y si te dicen que le hagas daño a otra gente, entonces empieza todo.

—¿Que le hagas daño a otra gente?

—Quiero decir que si le ordenan que vaya a Texas y cuente una historia, eso es lo único que existe para él.

—Le creo —dijo ella—. Solo estoy intentando entenderlo.

Wanda fue la primera en avistar la Estación Espacial Internacional, un

diamante reluciente que avanzaba a través del cielo. Jun Do lo siguió con la mirada, tan asombrado como la primera vez que el capitán se la había mostrado encima del mar.

—No quiere desertar, ¿verdad? —le preguntó entonces Wanda—. Si quisiera desertar tendríamos muchos problemas, créame. Se podría hacer, que conste. No estoy diciendo que fuera imposible.

—Ya sabe lo que les pasaría al doctor Song y al ministro —dijo Jun Do—. Nunca les podría hacer algo así.

—Por supuesto —dijo ella.

A lo lejos, a demasiados kilómetros como para poder calcularlos, una tormenta eléctrica iluminaba el horizonte. No obstante, los relámpagos recortaban la silueta de las cordilleras más cercanas e insinuaba otras más lejanas. Un súbito destello de luz iluminó un búho, cazado en pleno vuelo mientras se dirigía hacia unos árboles altos, de aguja. Wanda se volvió hacia él.

—¿Usted se siente libre? —le preguntó, y ladeó la cabeza—. ¿Conoce la sensación que produce la libertad?

¿Cómo podía explicarle su país?, se preguntó Jun Do. ¿Cómo podía explicarle que abandonar sus confines y navegar por el mar del Japón era ser libre? ¿O que escaparse de niño del horno de fundición durante una hora y correr con los otros chicos entre los montones de escoria, aunque hubiera guardas por todas partes, o precisamente porque había guardas por todas partes, era la forma más pura de libertad? ¿Cómo podía hacerle entender que el agua chamuscada que hacían con el arroz que quedaba pegado en el fondo del bote sabía mejor que todos los refrescos de Texas juntos?

—¿Aquí hay campos de trabajo? —preguntó Jun Do.

—No —dijo ella.

—¿Y matrimonios forzosos, sesiones de autocrítica y altavoces gubernamentales?

Ella negó con la cabeza.

—En ese caso, no sé si podría sentirme libre aquí —dijo él.

—¿Y yo qué se supone que debo responder? —preguntó Wanda, que casi parecía enfadada con él—. Eso no me ayuda a comprender nada.

—En mi país, todo tiene un sentido sencillo, claro —explicó él—. Es el lugar más franco de la Tierra.

Ella miró hacia el desierto.

—Su padre era una rata de túnel, ¿no? —preguntó Jun Do.

—Mi tío —dijo ella.

—Eso, su tío. La mayoría de la gente que va por el mundo ni siquiera se plantea que está viva. Pero cuando su tío estaba a punto de entrar en un túnel enemigo, apuesto a que no pensaba en nada más. Y seguro que cuando volvía a salir sentía que estaba más vivo que nunca, que era el hombre más vivo del mundo y que, hasta el siguiente túnel, nada podía tocarlo. Que era invencible. Pregúntele un día si se sentía más vivo allí o aquí.

—Entiendo a qué se refiere y todo eso —dijo Wanda—. Cuando yo era una niña, mi tío estaba siempre contando historias espeluznantes sobre los túneles, como si fueran lo más normal del mundo. Pero ahora, cuando va a visitar a papá, te levantas a medianoche a buscar un vaso de agua y te lo encuentras despierto en la cocina, de pie, mirando fijamente el fregadero. Para mí eso no tiene demasiado que ver con sentirse invencible, ni con tener ganas de volver a Vietnam, donde

te sentías vivo, y sí mucho con desear no haber ido nunca. Ya me contará dónde queda su metáfora sobre la libertad.

Jun Do le dirigió una mirada de comprensión.

—Sé qué sueña su tío —dijo—. Sé por qué se despierta y va a la cocina.

—Créame —dijo ella—, no conoce a mi tío.

—Vale —respondió Jun Do, que asintió con la cabeza.

Ella se lo quedó mirando, confusa de nuevo.

—Adelante —le dijo—. Cuéntemelo.

—Solo intento comprenderlo —respondió Jun Do.

—Que me lo cuente —insistió ella.

—Cuando una galería se hunde... —empezó a decir Jun Do.

—¿En las minas prisión?

—Eso es —dijo Jun Do—. Cuando una galería se hunde, en una mina, teníamos que excavar para sacar a los hombres. Cuando salían tenían los ojos inexpresivos y llenos de tierra. Y la boca... Todos tenían siempre la boca abierta y llena de tierra. Eso era lo más insoportable, ver aquellas gargantas llenas, y las lenguas mordidas y de color marrón. Ese era nuestro peor temor: terminar rodeados de personas que presenciaban el pánico de tus últimos momentos. O sea, que cuando se encuentre a su tío de pie ante el fregadero a altas horas de la noche, significa que ha tenido el sueño en el que respiras tierra. Entonces es cuando te despiertas, jadeando. Después de ese sueño yo siempre me tengo que lavar la cara, y durante un momento no hago más que respirar, pero tengo la sensación de que nunca voy a recuperar el aliento.

Wanda lo escrutó un instante.

—Le voy a dar algo, ¿de acuerdo? —le dijo finalmente.

Le entregó una pequeña cámara que cabía en la palma de su mano. Jun Do había visto una igual en Japón.

—Sáqueme una foto —le dijo ella—. Solo tiene que apretar este botón.

La apuntó con la cámara en la oscuridad. Había una pantallita en la que apenas podía distinguir su silueta. Se disparó un flash.

Wanda se metió la mano en el bolsillo y sacó un móvil rojo, brillante. Cuando lo encendió, la foto que él acababa de tomar apareció en la pantalla.

—Las fabricaron para Irak —le dijo—. Se las doy a las personas que viven allí y que me caen bien. Cuando creen que tengo que ver algo, sacan una foto. La imagen viaja por satélite y solo la recibo yo. La cámara no tiene memoria, o sea que no almacena las imágenes. Nadie podrá saber nunca qué foto ha tomado, ni adonde ha ido.

—¿De qué quiere que tome fotos?

—De nada —dijo ella—. De lo que quiera. Usted mismo. Si hay algo que me quiere enseñar, algo que crea que podría ayudarme a comprender su país, pulse este botón.

Jun Do miró a su alrededor, como si intentara decidir qué querría fotografiar en aquel mundo oscuro.

—No le tenga miedo —dijo Wanda, que se le acercó—. Alargue el brazo y sáquenos una foto —le pidió.

Jun Do notó cómo acercaba el hombro al suyo y cómo le pasaba el brazo por la espalda. Sacó la fotografía y le echó un vistazo en la pantalla.

—¿Se supone que tenía que sonreír? —le preguntó, y se la pasó.

Ella estudió la fotografía.

—Qué íntimo —dijo entonces, y se rio—. Sí, podría relajarse un poco. Y tampoco le vendría nada mal sonreír un poco.

—«Íntimo» —dijo él—. No conozco esa palabra.

—Íntimo, cercano, ya sabe —dijo ella—. Cuando dos personas lo comparten todo y no tienen secretos.

Jun Do miró la fotografía.

—Íntimo —repitió.

Esa noche, mientras dormía, Jun Do oyó al huérfano Bo Song. Como era sordo, Bo Song era uno de los chicos que más gritaba cuando intentaba hablar, pero cuando dormía aún era peor, pues se pasaba toda la noche vociferando con su voz arrastrada de sordo. Jun Do le había asignado una cama en el pasillo, donde el frío atontaba a la mayoría de los chicos: durante un rato les castañeteaban los dientes, pero pronto se hacía el silencio. Bo Song, en cambio, hablaba todavía más fuerte. Aquella noche Jun Do lo oyó gemir y llorar, y, en su sueño, empezó de algún modo a entender a aquel chico sordo. Sus sonidos extraviados empezaron a formar palabras, y aunque Jun Do no lograba combinarlas de manera que formaran frases, sabía que Bo Song intentaba decirle la

verdad sobre algo. Se trataba de una verdad grandiosa, terrible, pero justo en el momento en que las palabras del huérfano empezaban a cobrar sentido, cuando el chico empezaba ya a hablar de forma comprensible, Jun Do se despertó.

Abrió los ojos y se encontró ante él con el hocico del perro, que había decidido compartir la almohada con él. Jun Do se dio cuenta de que, detrás de los párpados, al perro se le movían los ojos con cada gemido que le arrancaba su propia pesadilla. Jun Do le puso la mano sobre el pelaje y lo acarició para calmarlo, y los gemidos cesaron.

Entonces, Jun Do se puso los pantalones y su camisa blanca nueva. Descalzo, fue hasta la habitación del doctor Song, pero la encontró vacía a excepción de una maleta de viaje preparada que aguardaba a los pies de la cama.

Tampoco estaba en la cocina, ni en el comedor.

Jun Do lo encontró en el corral, sentado a una mesa de picnic de madera. Soplaban una brisa de medianoche y las nubes pasaban veloces ante la luna, que acababa de asomar. El doctor Song llevaba traje y corbata negros.

—La mujer de la CIA me ha venido a ver —dijo Jun Do.

El doctor Song no contestó. Tenía la vista clavada en la hoguera; las brasas aún desprendían algo de calor y cuando el viento arremolinaba las cenizas, producía un fulgor rosado.

—¿Sabe qué me ha preguntado? —le dijo Jun Do—. Me ha preguntado si me sentía libre.

Encima de la mesa estaba el sombrero de cowboy del doctor Song, que lo cubría con la mano para que no se lo llevara el viento.

—¿Y qué le ha contestado a nuestra valiente americanita? —le preguntó.

—La verdad —dijo Jun Do.

El doctor Song asintió en silencio. Tenía la cara como hinchada, los párpados casi le colgaban por la edad.

—¿Ha sido un éxito? —preguntó Jun Do—. ¿Ha conseguido lo que había venido a buscar, fuera lo que fuera?

—¿He conseguido lo que necesitaba? —se preguntó el doctor Song—. Tengo un coche, un chófer y un piso en Morangbong. Mi mujer, cuando aún la tenía, era la bondad en persona. He visto las noches blancas en Moscú y he visitado la Ciudad Prohibida. He dado clases en la Universidad Kim Il-sung. He ido en moto acuática con el Querido Líder en un gélido lago de montaña y he visto a diez mil mujeres girando al unísono en el Festival Arirang. Y ahora he probado la barbacoa texana.

A Jun Do, ese tipo de discursos le ponían los pelos de punta.

—¿Tiene que decirme algo, doctor Song? —le preguntó.

El doctor Song pasó los dedos por la parte superior del sombrero.

—He sobrevivido a todos —dijo—. He visto cómo mandaban a mis colegas y amigos a granjas comunitarias y campamentos mineros, y cómo otros desaparecían. Hemos pasado tantos apuros. Nos hemos visto en innumerables aprietos y líos. Y, sin embargo, aquí estoy, el viejo doctor Song —dijo, y le dio a Jun Do una paternal palmadita en el muslo—. No está nada mal para un huérfano de guerra.

Jun Do seguía teniendo la vaga sensación de encontrarse dentro del sueño, como si le estuvieran diciendo algo importante en un idioma que casi era capaz de comprender. Levantó la mirada y vio que su perro lo había seguido y lo observaba desde la distancia. El viento le arremolinaba el pelaje y le daba un aspecto distinto a cada momento.

—Ahora mismo el sol está en lo alto del cielo en Pyongyang —dijo el doctor Song—. Pero aun así debemos intentar dormir un poco. —Se levantó y se puso el sombrero. Mientras se alejaba, caminando muy tieso, añadió—: En las películas sobre Texas lo llaman echar una cabezadita.

Por la mañana no hubo grandes despedidas. Pilar llenó una cestita con magdalenas y fruta para el viaje en avión, y todos se reunieron delante de la casa, donde el senador y Tommy habían aparcado el Thunderbird y el

Mustang. El doctor Song tradujo las palabras de despedida del ministro, que en realidad eran invitaciones para que fueran a visitarlo pronto en Pyongyang, especialmente Pilar, a quien le aseguró que le costaría mucho marcharse del paraíso de los trabajadores.

El doctor Song les ofreció apenas una reverencia.

Jun Do se acercó a Wanda. La mujer llevaba una chaqueta de chándal, de modo que Jun Do pudo apreciar la potencia de sus hombros y pectorales. Por primera vez llevaba la cabellera suelta y esta le enmarcaba la cara.

— *Happy trails to you* —le dijo—. Así es como se despide la gente en Texas, ¿no?

—Sí —respondió ella, sonriendo—. ¿Y conoce la respuesta? *Until we meet again*.

La esposa del senador llevaba un cachorro en brazos, y le acariciaba los pliegues de la piel con la punta de los dedos. La mujer estudió a Jun Do durante un buen rato.

—Gracias por encargarse de mi herida —le dijo él.

—Hice un juramento —respondió ella—. Debo asistir a cualquier persona que requiera atención médica.

—Sé que no cree mi historia —dijo Jun Do.

—Creo que viene de un país de sufrimiento —dijo ella, con la misma voz, serena y resonante, con que había hablado de la Biblia—. También creo que su esposa es una buena mujer, y que solo necesita un amigo. Todo el mundo me ha dicho que yo no puedo ser amiga suya —añadió. Entonces le dio un beso al cachorro y se lo ofreció a Jun Do—. De modo que esto es lo único que puedo hacer.

—Un gesto sincero —dijo el doctor Song, con una sonrisa—. Por desgracia, los cánidos no son legales en Pyongyang.

Pero la mujer insistió y acercó el perro a Jun Do.

—No lo escuche, no haga caso de sus reglas —dijo—. Piense en su mujer. Encuentre la forma de entregárselo.

Jun Do aceptó el animal.

—El catahoula está criado para reunir al rebaño —explicó ella—. Así pues, cuando esté enfadado, le morderá los talones. Y cuando le quiera demostrar su amor, le morderá los talones.

—Tenemos que coger el avión —dijo el doctor Song.

—Nosotros lo llamamos *Brando* —dijo la mujer del senador—. Pero le puede poner el nombre que quiera.

—¿*Brando*?

—Sí —dijo ella—. ¿Ve esta mancha en el anca? Es donde al ganado se le pone lo que aquí llamamos *brand*, una marca.

—¿Una marca?

—Un símbolo permanente para indicar que algo te pertenece.

—¿Una especie de tatuaje?

Ella asintió.

—Como su tatuaje, sí.

—Pues *Brando* se queda.

El ministro empezó a caminar hacia el Thunderbird, pero el senador lo detuvo.

—No —dijo este, y señaló a Jun Do—. Él.

Jun Do miró a Wanda, que asintió al tiempo que se encogía de hombros. Tommy observaba la situación con los brazos cruzados y una sonrisa satisfecha en los labios. Jun Do se sentó en el cupé. El senador ocupó su sitio detrás del volante, los hombros de ambos casi tocándose. Poco a poco el coche empezó a avanzar por el caminito de gravilla.

—Creíamos que el hablador manipulaba al silencioso —dijo el senador, y sacudió la cabeza—, pero resulta que, desde el principio, el que estaba al cargo era usted, ¿lis que no se van a cansar nunca? Y eso de controlarlo con síes y noes al final de las frases, ¿en serio creen que somos tan idiotas? Entiendo que tengan que jugar la carta del país atrasado y recurrir a la excusa de «me van a mandar al gulag», pero ¿tenía que venir hasta aquí y fingir que era un don nadie? ¿Qué necesidad tenía de contar

esa historia sin pies ni cabeza? Además, ¿a qué se dedica un ministro de Minas Prisión?

El senador hablaba cada vez con más acento, pero aunque no comprendía todas las palabras, Jun Do entendía perfectamente lo que le decía.

—Lo puedo explicar todo —dijo Jun Do.

—Vaya, soy todo oídos —contestó el senador.

—Es verdad —admitió Jun Do—. El ministro no es un ministro de verdad.

—¿Y entonces quién es?

—El chófer del doctor Song.

El senador soltó una carcajada de incredulidad.

—Por el amor de Dios —dijo—. ¿En algún momento se han planteado jugar limpio? No quieren que abordemos sus barcos de pesca y eso es algo de lo que podemos hablar. Nos podríamos haber sentado juntos en una sala, les habríamos propuesto que no utilicen sus barcos de pesca para hacer contrabando con piezas de misiles, moneda falsa, heroína, etcétera. Y al final habríamos llegado a un acuerdo. Y, en cambio, he estado perdiendo el tiempo, hablando con estos mentecatos, mientras usted hacía... ¿qué, exactamente? ¿Echar un vistazo por ahí?

—Pongamos que hubiera negociado conmigo —dijo Jun Do, aunque no tenía ni idea de qué hablaba—. ¿Qué nos habría pedido?

—¿Que qué les habría pedido? —preguntó el senador—. ¡Pero si ni siquiera sé qué nos pueden ofrecer! En cualquier caso tendría que ser algo sólido, algo que pudiéramos exhibir en la repisa de la chimenea. Sólido y valioso, que todo el mundo se diera cuenta de que le ha costado un riñón a su líder.

—Y si les ofreciéramos algo así, ¿nos darían lo que queremos?

—¿Los barcos? Podríamos dejarlos en paz, claro que sí, pero ¿para qué? Cada uno de sus malditos barcos está cargado de problemas y se encamina al desastre. Ahora bien, ¿el juguete del Querido Líder? —

añadió el senador, y soltó un silbido entre los dientes—. Eso es harina de otro costal. Devolverles eso equivaldría a mearnos en el melocotonero del primer ministro de Japón.

—¿Pero admiten que es propiedad del Querido Líder? —preguntó Jun Do—. ¿Que están reteniendo algo que le pertenece?

—Las conversaciones se han terminado —dijo el senador—. Tuvieron lugar ayer y no llevaron a ninguna parte.

El senador levantó el pie del acelerador.

—Y, sin embargo, hay otra cuestión, comandante —añadió el senador, mientras el coche se desplazaba hacia el arcén—. Esto no tiene nada que ver con las negociaciones, ni con sus juegucitos.

El Mustang se detuvo junto a ellos. Wanda habló con el senador desde el asiento del acompañante, sacando el brazo por la ventanilla.

—¿Todo bien, chicos? —preguntó.

—Sí, estamos terminando de discutir cuatro cosas —dijo el senador—. No nos esperéis, ya os cogeremos.

Wanda dio una palmada en el costado del Mustang y Tommy siguió adelante. Jun Do atisbo al doctor Song en el asiento trasero, pero no habría sabido decir si tenía los ojos arrugados de miedo o entornados ante su traición.

—Escúcheme bien —dijo el senador, que miró fijamente a Jun Do—. Wanda me ha contado que ha cometido usted algunos crímenes y que su expediente está manchado de sangre. Y lo he invitado a mi casa. Es usted un asesino que ha dormido en mi cama y se ha paseado entre mi gente. Dicen que la vida no vale casi nada en su país, pero la gente a la que ha conocido aquí significa muchísimo para mí. Me he encargado de asesinos en el pasado y me encargaré de usted la próxima vez. Pero estas maniobras no quedan nunca sin respuesta, uno no deja que una persona así se siente a comer con su mujer, sin más. Así pues, comandante Ga, quiero que transmita un mensaje directo a su Querido Líder, y déjele claro que se trata de una respuesta oficial. Dígale que estas estratagemas

no son bienvenidas. Dígale que ninguno de sus barcos estará a salvo en lo venidero. Y dígale que ya se puede ir despidiendo de su precioso juguete, porque no lo volverá a ver nunca más.

La cabina del Ilyushin estaba llena de envoltorios de comida rápida y de latas de cerveza Tecate. Había dos motocicletas negras que bloqueaban los pasillos de primera clase, y la mayoría de los asientos estaban ocupados por los nueve mil DVD que el equipo de Camarada Buc había comprado en Los Ángeles. Camarada Buc tenía aspecto de no haber dormido: se había instalado con sus chicos en la parte trasera del avión, donde veían películas en ordenadores plegables.

El doctor Song pasó mucho rato meditando a solas en su asiento, y no reaccionó hasta que se encontraron ya lejos de Texas. Entonces se acercó a Jun Do.

—¿Usted tiene mujer? —le preguntó el doctor Song.

—¿Mujer?

—La esposa del senador ha dicho que el perro era para su mujer. ¿Es cierto? ¿Está casado?

—No —dijo Jun Do—. Mentí para explicar el tatuaje que llevo en el pecho.

El doctor Song asintió con la cabeza.

—Y el senador se olió nuestro ardid con el ministro y decidió que solo podía confiar en usted. ¿Por eso ha querido que lo acompañara en su coche?

—Sí —dijo Jun Do—. Aunque según el senador fue Wanda quien lo descubrió.

—Cómo no —respondió el doctor Song—. Y hablando del senador, ¿sobre qué ha tratado su conversación?

—Ha dicho que no aprobaba nuestras tácticas, que los abordajes de barcos de pesca continuarían y que nunca volveríamos a ver nuestro precioso juguete. Ese es el mensaje que quiere que transmita.

—¿A quién?

—Al Querido Líder.

—¿Al Querido Líder? ¿Usted? —preguntó el doctor Song—. ¿Y qué le habrá hecho pensar que tiene acceso a él?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —dijo Jun Do—. A lo mejor me ha confundido con alguien que no soy.

—Sí, sí, es una táctica muy útil —admitió el doctor Song—. La hemos cultivado en el pasado.

—Yo no he hecho nada malo —dijo Jun Do—. Ni siquiera sabía de qué juguete me hablaba.

—Bueno —respondió el doctor Song, que le puso una mano sobre el hombro y se lo estrujó amablemente—. Supongo que ya no importa. ¿Sabe qué es la radiación?

Jun Do asintió con la cabeza.

—Los japoneses inventaron un instrumento llamado detector de radioactividad natural. Lo apuntaban al cielo para estudiar algo relacionado con el espacio. Cuando el Querido Líder oyó hablar de este aparato, les preguntó a sus científicos si podría utilizarse ensamblado a un avión. Su intención era sobrevolar con él nuestras montañas para encontrar uranio en las profundidades. La respuesta de los científicos fue unánime, y el Querido Líder mandó un equipo al observatorio Kitami de Hokkaido.

—¿Y lo robaron?

El doctor Song le dirigió una mirada de sorpresa.

—El chisme tiene el tamaño de un Mercedes —dijo—. Mandamos un barco de pesca para que lo recogiera, pero los yanquis se entrometieron —explicó el doctor Song, y soltó una carcajada—. A lo mejor era la misma tripulación que lo arrojó a usted a los tiburones.

El doctor Song despertó al ministro y los tres juntos, inventaron una historia que mitigara su fracaso. El doctor Song creía que lo mejor era explicar que las conversaciones habían sido un éxito, pero que cuando ya

estaban a punto de llegar a un acuerdo se había producido una llamada telefónica por parte de una autoridad superior.

—Todos asumirán que se trata del presidente de Estados Unidos y, en lugar de verter todas sus iras sobre nosotros, Pyongyang culpará a esta figura entrometida y molesta.

Juntos acordaron la cronología, ensayaron los momentos clave y repitieron las frases más significativas que habían pronunciado los americanos. El teléfono era marrón. Estaba colocado encima de un taburete alto. Había sonado tres veces y el senador había respondido con tan solo cuatro palabras: «Sí... claro... desde luego».

El viaje de vuelta pareció durar el doble que el de ida. Jun Do le dio al perro un burrito de desayuno empezado. A continuación el animal desapareció bajo los asientos y ya no hubo forma de encontrarlo. Al caer la noche, logró distinguir las luces rojas y verdes de otros aviones lejanos. Cuando todo el mundo estuvo dormido y ya no quedaba movimiento a bordo, aparte de los pilotos que fumaban a la luz del tablero de mandos, Camarada Buc fue hasta donde estaba él.

—Aquí tiene su DVD —le dijo—. La mejor película de la historia.

Jun Do echó un vistazo a la carátula bajo la débil luz.

—Gracias —dijo—. ¿Es una historia de éxito o de fracaso? —preguntó entonces.

Camarada Buc se encogió de hombros.

—Dicen que es una película de amor —dijo—. Pero yo no veo películas en blanco y negro. —Entonces se acercó más a Jun Do—. Oiga, su viaje no ha sido un fracaso, si es eso lo que está pensando.

Señaló hacia el otro extremo de la cabina oscura, donde el doctor Song dormía con el cachorro en el regazo.

—Y no se preocupe por el doctor Song —dijo Camarada Buc—. Ese hombre es un superviviente. Durante la guerra consiguió que lo adoptara la dotación de un tanque americano. Ayudaba a los soldados a leer las señales de carretera y a negociar con los civiles, y a cambio ellos le

daban latas de comida. Pasó la guerra en la seguridad de una torreta. Eso fue cuando tenía solo siete años.

—¿Esto me lo cuenta para tranquilizarme a mí o para tranquilizarse usted mismo? —preguntó Jun Do.

Camarada Buc pareció no oírlo. Se rascó la cabeza y sonrió.

—¿Cómo coño voy a sacar las motos del avión?

En la oscuridad, aterrizaron para repostar en la isla desierta de Kraznatov. No había luces de aterrizaje, de modo que los pilotos realizaron las maniobras de aproximación a ciegas y encararon el aparato guiándose por el brillo púrpura de la pista iluminada por la luz de la luna. Situada a dos mil kilómetros de la costa, la estación se había construido para proveer los aviones caza-submarinos soviéticos. En el cobertizo donde estaban las baterías de los surtidores de carburante había una lata de café en la que Camarada Buc dejó un fajo de billetes de cien dólares. A continuación ayudó a los pilotos con las pesadas mangueras Jet A-1.

Mientras el doctor Song dormía en el avión, Jun Do y Camarada Buc se dedicaron a fumar en el viento frío. La isla la conformaban apenas tres grandes depósitos de carburante y una pista de aterrizaje rodeada por rocas cubiertas de guano y llenas de redes de pescar y plásticos de colores. La cicatriz de Camarada Buc brillaba a la luz de la luna.

—Nadie está nunca a salvo —dijo Camarada Buc, abandonando su tono jovial. A sus espaldas, las alas del viejo Ilyushin se inclinaban y crujían bajo el peso del combustible—. Pero si creyera que alguien de este avión va a ir a parar a los campos —añadió, volviéndose hacia Jun Do para asegurarse de que lo oía bien—, le aplastaría yo mismo la cabeza contra esas rocas.

Los pilotos retiraron los calzadores de las ruedas e hicieron girar el avión, que quedó con el morro apuntando hacia el viento. Pusieron los motores en marcha, pero antes de despegar sobre las agitadas y oscuras aguas, abrieron la sentina y vaciaron las aguas residuales del avión sobre la pista.

Atravesaron China en la oscuridad, y al alba cruzaron las líneas de tren que partían de Shenyang hacia el sur y que los condujeron hasta Pyongyang. El aeropuerto estaba situado al norte de la ciudad, de modo que Jun Do no pudo vislumbrar la legendaria capital, con su estadio Primero de Mayo, el mausoleo de Mansudae y la Torre Juche, roja como el fuego. Las corbatas volvieron a su sitio, recogieron la basura y, después de que sus hombres se arrastraran por todo el avión para capturarlo, Camarada Buc le llevó el cachorro a Jun Do.

Pero este no lo quiso aceptar.

—Es un regalo para Sun Moon —dijo—. Lléveselo de mi parte.

Jun Do vio todas las preguntas que asomaban a los ojos de Camarada Buc, quien, sin embargo, no formuló ninguna en voz alta. Finalmente, Camarada Buc le dedicó una simple inclinación de cabeza.

El avión ya había sacado el tren de aterrizaje y, de algún modo, al ver que se acercaba el aparato, las cabras que pastaban por la pista de aterrizaje supieron que había llegado el momento de huir. Sin embargo, en el momento de tomar tierra, el doctor Song vio los vehículos que esperaban para recibir el avión y se volvió con una expresión de pánico en la mirada.

—Olvidenlo todo —dijo, dirigiéndose hacia el ministro y Jun Do—. Debemos cambiar totalmente el plan.

—¿Por qué? —preguntó Jun Do, que se volvió hacia el ministro y vio que también tenía el miedo en sus ojos.

—No hay tiempo —respondió el doctor Song—. Los americanos nunca tuvieron intención de devolvernos lo que nos robaron. ¿Entendido? Esa es la nueva historia.

Formaron un corro en el pasillo y se agarraron a los asientos mientras los pilotos pisaban los frenos.

—La nueva historia es la siguiente —dijo el doctor Song—. Los americanos tenían un elaborado plan para humillarnos.

Nos obligaron a realizar trabajos de mantenimiento y a cortar los

hierbajos de la casa del senador, ¿sí?

—Es verdad —dijo Jun Do—. Tuvimos que comer al aire libre, con las manos, rodeados de perros.

—Cuando nos recibieron no hubo ni moqueta roja ni banda de música —añadió el ministro—. Y nos llevaron de un lado a otro con coches obsoletos.

—Nos enseñaron un puñado de zapatos elegantes en una tienda, pero luego se los llevaron —dijo Jun Do—. Y nos obligaron a vestirnos con camisas de campesino durante la cena.

—¡Tuve que compartir mi cama con un perro! —exclamó el ministro.

—Bien, bien —dijo el doctor Song. Tenía una sonrisa de desesperación en los labios, pero, al mismo tiempo, el desafío le hacía brillar la mirada—. Esto es algo que el Querido Líder puede comprender. Sí, es posible que esto nos permita salvar el pellejo.

Los vehículos de la pista de aterrizaje eran Tsirs soviéticos y había tres. Los cuervos se fabricaban todos en Chongjin, en la planta Sungli 58, motivo por el que Jun Do había visto miles de ellos; se utilizaban para transportar tropas y suministros, pero también habían servido para trasladar a un sinfín de huérfanos. En la estación lluviosa, el Tsir era el único vehículo que permitía moverse a través del país.

El doctor Song se negó a dirigir siquiera una mirada a los cuervos y sus conductores, que fumaban juntos, apoyados en los estribos. Esbozó una amplia sonrisa y saludó a los dos hombres que habían ido hasta allí a oír el parte. El ministro, en cambio, no podía dejar de observar con expresión sombría los neumáticos de los camiones y sus depósitos de combustible de tambor. Jun Do comprendió de pronto que si había que trasladar a alguien de Pyongyang a un campo de prisioneros, solo un cuervo era capaz de circular por las horribles carreteras de montaña.

Jun Do se fijó en el retrato gigantesco del Gran Líder Kim Il-sung que presidía la terminal del aeropuerto, pero los dos hombres que los habían

ido a recibir se los llevaron en otra dirección. Dejaron tras de sí un grupo de mujeres vestidas con mono, que realizaban los ejercicios gimnásticos matutinos ante un montón de palas, y pasaron junto a un avión cuyo fuselaje, partido en cuatro con soplete, yacía esparcido por el suelo. Había un grupo de ancianos sentados sobre cubos que se dedicaban a extraer el hilo de cobre.

Llegaron a un hangar vacío y espacioso. El suelo de cemento estaba plagado de agujeros llenos de agua fangosa. Había varias estaciones mecánicas con sus herramientas correspondientes, montacargas y bancos de trabajo. Llevaron al doctor Song, al ministro y a Jun Do a una estación distinta cada uno, donde no se veían mutuamente.

Jun Do se sentó a una mesa con los dos hombres, que empezaron a revisar sus cosas.

—Cuéntenos cómo ha ido el viaje —dijo uno—. Y no se deje nada.

Encima de la mesa había una máquina de escribir tapada, pero ninguno de ellos hizo ademán de usarla.

Al principio, Jun Do mencionó tan solo las cosas de las que habían acordado hablar: la indignidad de los perros, los platos de cartón y las comidas bajo un sol de justicia. Mientras él hablaba, los dos hombres abrieron la botella de bourbon que habían llevado consigo y asintieron entre trago y trago. Se repartieron los cigarrillos de Jun Do delante de sus ojos. Se mostraron especialmente encantados con la linterna, y lo interrumpieron para asegurarse de que no llevaba otra escondida. Le pegaron un bocado al *beef jerky* y se probaron sus guantes de piel de becerro.

—Vuelva a empezar —le dijo el otro—. Y no se deje ni un detalle.

Volvió a enumerar las humillaciones recibidas: en el aeropuerto no había ni banda de música ni alfombra roja, Tommy había dejado su rastro en el asiento trasero del coche... Los habían obligado a comer con las manos, como animales. Intentó recordar cuántas balas habían disparado con aquellas pistolas viejas. Describió los coches antiguos. ¿Había

mencionado que había un perro en su cama? ¿Podían darle un vaso de agua? No había tiempo, le dijeron, pronto terminarían.

Uno de los entrevistadores le dio vueltas al DVD entre las manos.

—¿Es de alta definición? —preguntó, pero el otro hizo un gesto despectivo.

—Olvidalo —dijo—. Es una película en blanco y negro.

Sacaron varias fotos con la cámara, pero no encontraron la forma de verlas.

—Está rota —dijo Jun Do.

—¿Y esto? —le preguntaron, mostrándole los antibióticos.

—Pildoras femeninas —respondió Jun Do.

—Nos tendrá que proporcionar su historia completa —dijo uno de ellos—. Tenemos que ponerlo todo por escrito. Volveremos enseguida, pero mientras tanto puede empezar a practicar. Estaremos escuchando, oiremos todo lo que diga.

—De principio a fin —añadió el otro.

—¿Por dónde empiezo? —le preguntó Jun Do. ¿Dónde empezaba la historia de su viaje a Texas? ¿Con el coche que lo había ido a buscar, cuando lo habían declarado un héroe, o cuando el segundo oficial se había hundido bajo las olas? ¿Y dónde terminaba? Tenía una sensación horrible de que aquella historia no había terminado, ni mucho menos.

—Practique —dijo el soldado.

Los dos hombres se marcharon de la nave-garaje y al rato Jun Do oyó el eco de la voz apagada del ministro, que contaba su historia.

—Vino un coche a buscarme —dijo Jun Do en voz alta—. Era por la mañana. Los barcos del puerto habían sacado las redes a secar. El coche era un Mercedes de dos puertas y dentro había dos hombres. Tenía limpiaparabrisas y radio de serie...

Les hablaba a las vigas del techo. Ahí arriba vio varios pájaros que inclinaban la cabeza y lo observaban. Cuantos más detalles añadía a la historia, más extraña e increíble le parecía. ¿De verdad Wanda le había

servido gaseosa con hielo? ¿Y era cierto que, al salir de la ducha, el perro le había llevado un hueso de costilla?

Cuando los soldados volvieron, Jun Do apenas había llegado hasta la parte en la que habían abierto la neverita con la carne de tigre en el avión. Uno de los hombres estaba escuchando el iPod del ministro y el otro tenía mala cara. Por algún motivo, la boca de Jun Do regresó al guion escrito.

—Me encontré un perro encima de la cama —dijo—. Nos obligaron a cortar malas hierbas y había una marca de algo en el asiento.

—¿Está seguro de que no tiene uno de estos? —le preguntó uno de los hombres, mostrándole el iPod.

—A lo mejor lo ha escondido.

—¿Es verdad? ¿Lo ha escondido?

—Los coches eran antiquísimos —dijo Jun Do—. Y las pistolas eran peligrosamente viejas.

No lograba quitarse la primera historia de la cabeza, y de pronto le entró la obsesión de que se le iba a escapar que el teléfono había sonado cuatro veces y que el senador había dicho tres palabras. Entonces recordó que no, que el teléfono había sonado tres veces y el senador había dicho cuatro palabras, pero inmediatamente Jun Do intentó aclararse la mente, pues en realidad no era así, el teléfono no había sonado y el presidente de Estados Unidos no había llamado.

—Eh, baje de la nube —le espetó uno de los soldados—. Le hemos preguntado al viejo dónde estaba su cámara y nos ha dicho que no sabía de qué le hablábamos. Llevan todos los mismos guantes, los mismos cigarrillos y todo lo demás.

—No hay nada más —dijo Jim Do—. Les he dado todo lo que tengo.

—Veremos qué cuenta el tercero.

Le entregaron un papel y un bolígrafo.

—Ha llegado la hora de ponerlo todo por escrito —le dijeron, y se marcharon otra vez de la nave.

Jun Do cogió el bolígrafo. «Vino un coche a buscarme», escribió, pero

el boli casi no tenía tinta. Decidió pasar a la parte en que ya habían llegado a Texas. Agitó el bolígrafo y añadió: «Me llevaron a una tienda de botas». Sabía que al bolígrafo solo le quedaba una frase. Presionando con fuerza, logró escribir: «Y ahí empezaron mis humillaciones».

Jun Do cogió el papel y leyó su historia de dos frases. El doctor Song le había dicho que lo que importaba en Corea del Norte no era el hombre sino su historia. ¿Qué significaba, entonces, que su historia no fuera más que la insinuación de una vida?

Uno de los conductores de los cuervos entró en el hangar. Fue hasta donde estaba Jun Do y le preguntó:

—¿Es usted el tipo al que me tengo que llevar?

—¿Llevar? ¿Adonde? —preguntó Jun Do.

Uno de los soldados se acercó.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Tengo los faros fundidos —dijo el conductor—. Si no salgo ahora mismo no llegaré.

—Mire —le dijo el soldado a Jun Do—, su historia cuadra. Ya se puede ir.

Jun Do levantó el papel.

—Solo tengo esto —dijo—. Me he quedado sin tinta.

—Lo importante es que tiene algo —respondió el soldado—. Ya hemos enviado todo el papeleo. Esto es solo una declaración personal. No sé para qué las quieren, la verdad.

—¿La tengo que firmar?

—Sí, por qué no —dijo el soldado—. Hagámoslo oficial. Tenga, utilice mi pluma.

Le entregó a Jun Do la pluma que el alcalde de Vladivostok le había regalado al doctor Song. La pluma escribía de maravilla. Jun Do no había escrito su nombre desde que iba al colegio.

—Será mejor que se lo lleve ahora —le dijo el soldado al conductor—, o nos pasaremos todo el día aquí. El viejo ha pedido más papel.

Le dio al conductor un paquete de cigarrillos American Spirit y le preguntó si tenía a los enfermeros con él.

—Sí, están en la furgoneta —dijo el conductor.

El soldado le entregó a Jun Do el DVD de *Casablanca*, la cámara y las pastillas, y lo acompañó hasta la puerta del hangar.

—Estos hombres van hacia el este —le dijo— y usted los acompañará. Los enfermeros se encuentran en misión de caridad, son verdaderos héroes del pueblo, y los hospitales de la capital los necesitan que ni se imagina. O sea que si le piden ayuda, los ayuda. Que no me entere luego de que ha sido perezoso o egoísta, ¿estamos?

Jun Do asintió. Al llegar a la puerta, sin embargo, volvió la cabeza. No vio al doctor Song ni al ministro, que estaban en algún lugar de la parte trasera de la nave, pero oyó claramente la voz del doctor Song.

—Ha sido un viaje fascinante —decía—. Absolutamente irrepetible.

Nueve horas en la trasera de un cuervo. Tenía el estómago revuelto a causa de los baches de la carretera y el motor vibraba tanto que Jun Do no era capaz de decir dónde terminaba su cuerpo y dónde empezaba el banco de madera. Cuando intentó moverse para mear sobre el camino de tierra a través de los listones, los músculos no le respondieron. Se le había entumecido el hueso sacro, que de pronto había empezado a arderle y finalmente se le había vuelto a quedar entumecido. El toldo estaba cubierto de polvo y los ejes transversales levantaban gravilla constantemente. Su vida se había vuelto a convertir en una cuestión de resistencia.

En la trasera iban dos hombres más. Estaban sentados a ambos lados de una nevera blanca de grandes dimensiones, y no llevaban ninguna insignia ni uniforme. Tenían una mirada particularmente apagada y de todos los trabajos de mierda del mundo, pensó Jun Do, a aquellos dos les había tocado el peor. Pero aun así intentó darles un poco de conversación.

—Entonces, ¿sois enfermeros? —les preguntó.

El camión embistió una roca. La tapa de la nevera se levantó y del interior salió una ola de hielo rosado. Jun Do volvió a intentarlo:

—El tipo del aeropuerto me ha dicho que sois verdaderos héroes del pueblo.

Ni siquiera lo miraban. Pobres desgraciados, pensó Jun Do. Preferiría incorporarse a una unidad de minas terrestres a que lo asignaran a un destacamento de chupasangres. Esperaba que por lo menos no se pararan a ejercer su oficio hasta encontrarse al este de Kinjye. Decidió distraerse un poco con recuerdos del leve vaivén del *Junma*, de los cigarrillos y las conversaciones con el capitán, o del momento en el que hacía girar los diales y sus radios se ponían en marcha.

Cruzaron a toda velocidad todos los puntos de control. Jun Do no entendía cómo se lo montaban los soldados que los vigilaban para saber que en la furgoneta iba una unidad de chupasangres, pero lo cierto es que él tampoco habría querido detener un vehículo como aquel. Jun Do se dio cuenta por primera vez de que lo que giraba encima de las tablas del suelo y se arremolinaba con cada racha de viento eran cáscaras de huevo duro, una docena, tal vez. Eran demasiados huevos como para que se los hubiera comido una sola persona, y nadie compartía sus huevos con extraños, o sea que debía de haberse tratado de una familia. A través de la parte trasera de la furgoneta, Jun Do veía pasar las torres de vigilancia de los campos de cultivo: en cada una había una cuadrilla local armada con un rifle viejo, que protegía las terrazas de maíz de los agricultores que se ocupaban de ellas. Vio camiones de basura llenos de campesinos, a los que llevaban a trabajar en proyectos de construcción. Las carreteras estaban llenas de reclutas con rocas sobre los hombros, que debían servir para reforzar secciones inundadas. Y, no obstante, se trataba de trabajos agradables en comparación con los campos. Pensó en las familias a las que trasladaban enteras a esos destinos. Si había habido niños sentados en el lugar donde él estaba sentado, si había habido ancianos en aquel banco, significaba que nadie estaba a salvo: un día una furgoneta como aquella

podía ir a buscarlo también a él. Las cáscaras de huevo giraban como peonzas al viento, su movimiento tenía un no sé qué alegre y caprichoso. Las cáscaras se acercaron a los pies de Jun Do y este las aplastó.

A última hora de la tarde la furgoneta empezó a descender por un valle fluvial. En la orilla más próxima había un enorme campamento, miles de personas que vivían en el fango y la miseria para poder estar cerca de sus seres amados, que se encontraban en la otra orilla. Al otro lado del puente, todo cambiaba. Tras el alerón de lona negra, Jun Do vio cientos de barracones con forma de armónica que albergaban a miles de personas, y pronto el ambiente quedó impregnado del apestoso olor a soja destilada. La furgoneta pasó junto a un grupo de niños que arrancaban la corteza de un montón de ramas de tejo: daban el corte inicial con los dientes, despegaban la corteza con las uñas e iban desgarrando las ramas con la fuerza de sus pequeños bíceps. Normalmente una escena como aquella le habría parecido tranquilizadora, lo habría hecho sentirse más cómodo. Sin embargo, aquellos eran los niños más delgados que Jun Do hubiera visto en su vida y se movían más rápido que los huérfanos de Feliz Porvenir.

La verja era de lo más sencilla: había un hombre que se encargaba de un voluminoso conmutador eléctrico y otro que empujaba una verja electrificada. Los enfermeros se sacaron del bolsillo unos viejos guantes de cirujano que innegablemente habían utilizado en innumerables ocasiones y se los pusieron. La furgoneta aparcó junto a un oscuro edificio de madera. Los enfermeros bajaron y le pidieron a Jun Do que los ayudara a transportar la nevera, pero este no se movió. Tenía las piernas cargadas de electricidad estática y se quedó ahí sentado, observando a una mujer que pasó por detrás de la camioneta empujando un neumático. Las piernas le terminaban en las rodillas y llevaba unas botas de trabajo colocadas al revés, de modo que los cortos muñones iban metidos en la parte de los dedos y las rodillas se apoyaban donde deberían haber estado los talones. La mujer llevaba los cordones de las

botas muy apretados y caminaba con una agilidad sorprendente, describiendo semicírculos con sus cortas piernas mientras perseguía el neumático.

Uno de los enfermeros cogió un puñado de tierra y se lo arrojó a la cara a Jun Do. Los ojos se le llenaron de arenilla y se le saltaron las lágrimas. Le entraron ganas de arrancarle la cabeza de una patada a aquel imbécil, pero aquel no era el mejor lugar para cometer errores o estupideces. Además, bastante trabajo le costó ya sacar las piernas por la trasera de la furgoneta y mantener el equilibrio mientras cargaba con la nevera. No, era mejor terminar con aquello y largarse de ahí.

Siguió a los enfermeros hasta un centro de procesamiento en el que había una decena de catres de hospital llenos de personas que parecían hallarse a ambos lados del filo de la muerte. Lánguidos y murmurantes, le recordaron los peces del fondo de la bodega de carga, que reaccionaban apenas con un postrero temblor de agallas cuando los atravesaban con el cuchillo. Jun Do vio la mirada retraída de un acceso de fiebre, la piel amarillenta a causa de un órgano débil y heridas a las que solo les faltaba sangre para seguir sangrando. Pero lo más inquietante era que no lograba distinguir a los hombres de las mujeres.

Jun Do dejó la nevera encima de una mesa. Le escocían mucho los ojos, pero cuando intentaba limpiárselos con la manga de la camisa aún le ardían más. No le quedaba otra: abrió la nevera y se limpió la tierra de los ojos con aquella agua mezclada con sangre. Había un guarda en la sala, sentado encima de un cajón y con la espalda apoyada en la pared. Tiró su cigarrillo y aceptó el American Spirit que le ofrecieron los enfermeros. Jun Do se acercó a buscar también uno.

Uno de los enfermeros se volvió hacia el guarda.

—¿Quién es este? —le preguntó, señalando a Jun Do.

El guarda inhaló profundamente el humo de su elegante cigarrillo.

—Si lo traéis en domingo, será alguien importante —dijo.

—Los cigarrillos son míos —dijo Jun Do, y el enfermero le dio uno de

mala gana.

El humo era intenso pero suave, y aunque le escocieron un poco los ojos, valió la pena. Una anciana entró en la sala. Era delgada, tenía la espalda curvada y llevaba las manos envueltas con retales de tela. Llevaba una cámara enorme con un trípode de madera, idéntica a la que utilizaba la fotógrafa japonesa cuando la habían secuestrado.

—Ahí está —dijo el guarda—. Manos a la obra.

Los enfermeros empezaron a cortar trozos de esparadrapo.

Jun Do estaba a punto de ser testigo del oficio más oscuro que existía, pero el cigarrillo lo relajaba.

De pronto algo le llamó la atención. Echó un vistazo a la pared blanca, justo encima de la puerta. Allí no había nada. Nada de nada. Se sacó la cámara del bolsillo y mientras el guarda y los enfermeros hablaban acerca de las virtudes de varias marcas de tabaco, Jun Do tomó una fotografía de la pared blanca, vacía. «A ver si entiendes lo que te estoy intentando decir, Wanda», pensó. Nunca, en toda su vida, había estado en una habitación en la que no hubiera los retratos de Kim Il-sung y Kim Jong-il encima de la puerta. Ni en el orfanato más mísero, ni en el vagón de tren más viejo, ni siquiera en el retrete inmundo del *Junma*. Jamás había estado en un lugar que no fuera digno de la constante mirada de preocupación del Gran Líder y el Querido Líder. En realidad, se dijo de pronto, no era que aquel lugar fuera indigno, sino que ni siquiera existía.

Se guardó la cámara y se dio cuenta de que la vieja lo estaba observando. Su mirada le recordó la de la mujer del senador: Jun Do tuvo la sensación de que la anciana acababa de descubrir algo de él que ni siquiera él sabía.

Uno de los enfermeros le gritó a Jun Do que cogiera uno de los cajones que había amontonados en un rincón. Jun Do lo hizo y se reunió con el enfermero junto a la cama de una mujer que tenía la mandíbula cerrada con unas tiras de tela que le envolvían toda la cabeza. Uno de los enfermeros empezó a quitarle los zapatos, que no eran más que

fragmentos de neumático sujetos con alambres. El otro empezó a preparar tubos y vías intravenosas, material médico valiosísimo. Jun Do tocó la piel de la mujer: estaba fría.

—Creo que hemos llegado tarde —les dijo.

Los enfermeros lo ignoraron. Cada uno introdujo una vía en una vena de los empeines de los pies y la conectó a una bolsa de sangre vacía. La vieja fotógrafa apareció con su cámara. Le pidió al guarda el nombre de la mujer y cuando este se lo dijo, lo escribió en una pizarrita gris y se lo puso encima del pecho. Entonces la fotógrafa retiró las vendas que cubrían la cabeza de la mujer. Cuando le quitó el gorro, se llevó también la mayor parte del pelo, que lo llenó de remolinos negros.

—Toma —le dijo la fotógrafa a Jun Do al tiempo que le entregaba el gorro—. Cógelo.

El gorro parecía pesar a causa de la suciedad incrustada y Jun Do dudó un instante.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó la vieja fotógrafa—. Me llamo Mongnan. Tomo fotografías de todo aquel que llega y se marcha de este lugar —explicó la vieja, y agitó el gorro con insistencia—. Es de lana. Lo vas a necesitar.

Jun Do se metió el gorro en el bolsillo solo para hacer que se callara, que cerrara la boca y dejara de contarle sus chifladuras.

Cuando Mongnan tomó la fotografía de la mujer, el flash la despertó por un instante. La mujer alargó el brazo y agarró a Jun Do por la muñeca. En sus ojos había un claro deseo de llevárselo con ella. Los enfermeros le gritaron a Jun Do que levantara el cabecero del catre. Cuando lo hizo, colocaron el cajón debajo de un puntapié y las cuatro bolsas quedaron llenas en un santiamén.

—Será mejor que se den prisa —les dijo Jim Do a los enfermeros—. Está oscureciendo y el conductor de la furgoneta ha dicho que no tiene faros.

Los enfermeros lo ignoraron.

El siguiente era un adolescente, con el pecho frío y azulado. Sus ojos demacrados se movían muy despacio, como por fases. Le colgaba un brazo, que apuntaba al suelo toscamente labrado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Mongnan.

El chico movía la boca, como si intentara humedecerse los labios antes de hablar, pero no llegó a emitir ninguna palabra.

—Cierra los ojos —le susurró la mujer al adolescente moribundo, con voz tierna y maternal, y cuando este lo hizo le tomó la fotografía.

Los enfermeros utilizaron tiras de esparadrapo para asegurar las vías y repitieron la operación. Jun Do levantó la parte de arriba del catre y colocó el siguiente cajón debajo, la cabeza del chico se bamboleó levemente y Jun Do tuvo que llevar las bolsas calientes hasta la nevera. La vida de aquel chico, toda su vitalidad, había pasado a aquellas bolsas que Jun Do sostenía en las manos, y pareció mantenerse con vida hasta que Jun Do lo remató personalmente hundiéndolas en el agua helada. Por lo que fuera, había creído que las bolsas de sangre caliente flotarían, pero se hundieron hasta el fondo.

—Busca unas botas —le susurró Mongnan a Jun Do.

Jun Do le dirigió una mirada recelosa pero hizo lo que le indicaba.

Solo había un hombre con unas botas que le podían ir bien. La parte de arriba había sido remendada en numerosas ocasiones, pero las suelas pertenecían a unas botas militares. El hombre no se despertó, pero soltó un graznido, como si tuviera la garganta llena de burbujas que le estallaban en la boca.

—Cógelas —dijo Mongnan.

Jun Do empezó a aflojar los cordones. No le harían ponerse unas botas de trabajo a menos que le tuvieran reservada otra misión desagradable. Solo esperaba que no se tratara de enterrar todos esos fiambres.

Mientras Jun Do le quitaba las botas, el hombre despertó.

—Agua —dijo antes de ser capaz siquiera de abrir los ojos. Jun Do se quedó paralizado, con la esperanza de que el hombre no terminara de

volver en sí, pero el tipo lo enfocó con la mirada—. ¿Es usted médico? —le preguntó—. Una vagoneta de la mina se volcó... No siento las piernas.

—Solo estoy echando una mano —dijo Jun Do.

Y era cierto. Cuando finalmente logró quitarle las botas, el hombre no pareció darse cuenta. El tipo no llevaba calcetines. Tenía varios dedos de los pies negros y rotos, y le faltaban otros. De los muñones salía un líquido de un color parecido al té.

—¿Les pasa algo a mis piernas? —preguntó el hombre—. No las siento.

Jun Do cogió las botas y retrocedió hasta donde Mongnan había montado la cámara. Agitó la botas y las golpeó una contra la otra, pero no cayó ningún dedo de dentro. Entonces Jun Do las levantó, apartó la lengüeta e intentó echar un vistazo dentro, pero no vio nada. Esperaba que los dedos que faltaban hubieran caído en otra parte.

Mongnan levantó el trípode hasta la altura de Jun Do. Le ofreció una pizarrita gris y una tiza.

—Escribe tu nombre y tu fecha de nacimiento.

«Pak Jun Do», escribió por segunda vez ese mismo día.

—No sé cuándo nací.

Se acercó la pizarra a la barbilla y se sintió como un niño, como un niño pequeño. «¿Por qué me sacará una fotografía?», se preguntó, pero no lo dijo.

Mongnan pulsó un botón y cuando el flash se disparó, pareció como si todo cambiara. Porque de pronto Jun Do se encontraba al otro lado del resplandor, junto con todas aquellas personas exangües de los catres: al otro lado del flash de la mujer.

Los enfermeros le gritaron que levantara otro catre.

—No les hagas caso —dijo ella—. Cuando terminen van a dormir en la furgoneta y mañana por la mañana se marcharán a casa. De ti, en cambio, nos tenemos que encargar antes de que anochezca demasiado.

Mongnan le pidió al guarda el número del barracón de Pak Jun Do. Cuando este se lo dijo, ella agarró la mano de Jun Do y se lo escribió en

el reverso.

—Normalmente no recibimos gente los domingos —dijo—. O sea que estás solo. Lo primero que tienes que hacer es encontrar tu barracón, y luego dormir un poco. Mañana es lunes; los guardas están insoportables los lunes.

—Me tengo que ir —dijo él—. No tengo tiempo para enterrar a nadie.

Pero ella le cogió la mano y le enseñó el número del barracón que tenía escrito encima de los nudillos.

—Mira —le dijo—. Esto es lo que eres ahora. Te tengo en mi cámara. Ahora esas son tus botas.

Empezó a acompañarlo hacia la puerta. Por encima del hombro, buscó con la mirada las fotografías de Kim Jong-il y de Kim Il-sung, y experimentó un fogonazo de pánico: ¿dónde estaban cuando uno los necesitaba?

—Eh —dijo uno de los enfermeros—. Aún no hemos terminado con él.

—Vete —le dijo Mongnan a Jun Do—. Yo me encargo de esto. Tú encuentra tu barracón —añadió—, antes de que sea demasiado oscuro.

—Pero ¿y luego? ¿Qué hago?

—Lo que hace todo mundo —dijo ella; entonces se metió una mano en el bolsillo, sacó un puñado de granos de maíz blancos como la leche y se los dio—. Si la gente come deprisa, come deprisa. Si bajan la mirada cuando alguien se acerca, baja la mirada. Si denuncian a un prisionero, sígueles la corriente.

Jun Do abrió la puerta, con las botas aún en la mano, y observó el campo oscuro, que se extendía en todas direcciones por los desfiladeros cubiertos de hielo de una inmensa cordillera, cuyas cumbres resultaban aún visibles bajo los últimos rayos del sol poniente. Vio las entradas iluminadas de las minas y el destello de antorchas de los trabajadores que se movían en el interior. Vio vagonetas que salían de las minas, empujadas por personas, y luces estroboscópicas de emergencia que se reflejaban sobre los estanques de escoria. Las omnipresentes hogueras de

cocinar proyectaban una luz anaranjada sobre los barracones; la madera verde producía un humo de olor acerbo que lo hizo toser. No sabía dónde se encontraba aquella prisión, ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—Que nadie te vea usando esa cámara —le dijo Mongnan—. Iré a buscarte dentro de unos días.

Jun Do cerró los ojos. Le pareció oír los crujidos lastimeros de los tejados metálicos que el viento de la noche agitaba, los clavos que chirriaban a causa de la contracción de la madera y los huesos humanos que se agarrotaban y secaban en treinta mil catres. Oía el lento oscilar de los trípodes de los reflectores de vigilancia, y distinguió el zumbido del perímetro de alambre electrificado y el chisporroteo glacial de la cerámica aislante de lo alto de los postes. Pronto estaría en el corazón de todo eso, una vez más en las entrañas del barco, solo que esta vez no habría superficie ni escotilla, solo la lenta, interminable cuesta abajo de todo lo que estaba por venir.

—Te las intentarán robar —dijo Mongnan, señalando las botas que llevaba en la mano—. ¿Sabes pelear?

—Sí —dijo él.

—Pues pónelas —le aconsejó.

Meter la mano dentro de una bota para sacar unos dedos de los pies viejos y pegajosos es como hacer saltar una trampa en uno de los túneles de la zona desmilitarizada, o llevarte a un desconocido de una playa de Japón: si lo tienes que hacer, respiras hondo y lo haces. Jun Do cerró los ojos, contuvo el aliento y metió la mano dentro de las botas malolientes. Movié los dedos de aquí para allá, hasta el fondo de todo. Finalmente giró la muñeca para arañar las profundidades y sacó lo que tenía que sacar. Su cara adoptó una expresión ceñuda.

Entonces se volvió hacia los enfermeros, el guarda y los enfermos moribundos, condenados.

—Yo era un ciudadano modelo —les dijo—. Era un héroe del Estado —añadió.

Entonces cruzó el umbral de la puerta con sus botas nuevas y se adentró en un lugar irrelevante, y a partir de ese momento no se sabe nada más del ciudadano Pak Jun Do.

SEGUNDA PARTE

LAS CONFESIONES DEL COMANDANTE GA

UN AÑO MÁS TARDE

Llevábamos un mes interrogando a un profesor de Kaesong y ya casi habíamos terminado cuando corrió por todo el edificio el rumor de que habían arrestado al comandante Ga y que se encontraba detenido en el edificio, nada menos que en nuestra División 42. Enviamos inmediatamente a los becarios, Q-Ki y Jujack, al piso de arriba, a comprobar si era verdad. Desde luego, nos moríamos de ganas de ver con nuestros propios ojos al comandante Ga, más aún con las historias que circulaban últimamente por todo Pyongyang. ¿Era posible que se tratara del mismo comandante Ga que había ganado el Cinturón Dorado, había derrotado a Kimura en Japón, había depurado el Ejército de homosexuales y finalmente se había casado con nuestra actriz nacional?

Pero nuestro trabajo con el profesor se encontraba en una fase crítica y no podíamos dejarlo todo solo para ir a ver a un famoso. El profesor era realmente un caso de manual: lo habían acusado de divulgar ideas contrarrevolucionarias, concretamente de utilizar una radio ilegal para ponerles canciones pop surcoreanas a sus estudiantes. Era una acusación ridícula, lanzada seguramente por algún rival dentro de la universidad. Los cargos de esta índole son tan difíciles de demostrar como de refutar. En Corea del Norte casi todo el mundo trabaja por parejas, para que uno

de los colegas pueda proporcionar siempre pruebas o denunciar al otro. Pero ese no es el caso de los profesores, que gozan de competencias exclusivas en sus aulas. No nos habría costado demasiado arrancarle una confesión, pero ese no es nuestro estilo, nosotros no funcionamos así. De hecho, la División 42 está formada en realidad por dos divisiones.

Nuestro equipo de interrogación rival es el de los Pubyok, bautizado en honor a los integrantes del «muro flotante», que salvaron Pyongyang del invasor en el año 1136. Actualmente quedan tan solo una decena de Pubyok, viejos con la cabeza rapada que caminan siempre en fila india, como si fueran un muro, y que viven convencidos de que pueden flotar, sigilosos como espectros, de un ciudadano al siguiente, interrogándolos como el viento interroga las hojas. Están siempre rompiéndose las manos, con la teoría de que, cada vez que se sueldan, los huesos añaden una capa extra y se vuelven más fuertes. Es un espectáculo horrible: viejos que, sin venir a cuento, se rompen una mano con una puerta, o con el borde de un barril con fuego. Cuando un Pubyok se va a romper una mano, los demás se reúnen para verlo y nosotros, los miembros racionales y con principios de la División 42, tenemos que apartar la mirada. *Junbi*, dicen, casi susurrando; entonces empiezan a contar: *Hana, dul, set*, y finalmente gritan ¡*Sijak!* A continuación se oye el sonido extrañamente sordo de una mano que golpea el borde de una puerta. Los Pubyok creen que habría que tratar de inmediato a todos los sujetos que llegan a la División 42 con brutalidad: dolor prolongado y arbitrario, a la antigua usanza.

Y luego está mi equipo. No, me corrijo: nuestro equipo, ya que realmente se trata de una empresa conjunta. No necesitamos utilizar ningún apodo y nuestras afiladas mentes son las únicas herramientas de interrogación de las que nos valemos. Los Pubyok vivieron la guerra (o cuando menos sus consecuencias) de jóvenes, o sea que su actitud es comprensible. Y nosotros los respetamos, pero actualmente los interrogatorios son una ciencia: lo que importa es conseguir resultados

uniformes a largo plazo. La brutalidad tiene su utilidad, eso no lo negamos, pero debe emplearse de forma táctica, en momentos puntuales y en el contexto de una relación prolongada. Y el dolor (esa imponente flor blanca) solo se puede utilizar de una vez y de la forma en que lo utilizamos nosotros: como un dolor completo, duradero, transformador, sin trampa ni cartón. Además, como en nuestro equipo todos somos graduados de la Universidad Kim Il-sung, sentimos debilidad por nuestros viejos profesores, incluido nuestro candidato de una universidad local de Kaesong.

Reclinamos a nuestro profesor en una butaca de una de las unidades de interrogación. Las butacas son increíblemente cómodas, las mandamos hacer especialmente en Siria: parecen butacas de dentista, de piel color azul claro, con apoyabrazos y apoyacabezas. Junto a la silla hay una máquina, eso sí, que pone nerviosa a la gente. La llamamos el piloto automático. Supongo que, aparte de nuestra inteligencia, esa es la única otra herramienta que usamos.

—Creía que ya tenían todo lo que necesitaban —dijo el profesor—. He respondido a todas las preguntas.

—Se ha portado muy bien —le respondí yo—. Mucho.

Entonces le enseñé la biografía de su vida que habíamos elaborado. Tenía doscientas doce páginas y era el fruto de decenas de horas de interrogatorio. Contenía todo lo relacionado con su persona: sus recuerdos más antiguos, la formación recibida en el Partido, los momentos personales que lo habían marcado, sus logros y fracasos, sus aventuras con alumnas, etcétera, una documentación completa de su existencia hasta su llegada a la División 42. Hojeó el libro, impresionado. Utilizamos una máquina de encuadernar como las que se usan para las tesis doctorales y que da a las biografías un aspecto realmente profesional. Los Pubyok se limitan a pegarte una paliza hasta que confieras haber utilizado la radio, tanto si había una radio como si no. Nuestro equipo, en cambio, descubre una vida entera, con todas sus

sutilezas y motivaciones, y entonces la convierte en un volumen único y original que contiene a toda la persona. Cuando tienes la biografía de un sujeto, ya no hay nada entre este y el Estado. Y eso es armonía, esa es la idea en la que se basa nuestra nación. Desde luego, algunos de nuestros sujetos tienen unas historias larguísimas, que nos lleva meses reunir, pero si algo no falta en Cloren del Norte es eternidad.

Conectamos el profesor al piloto automático y su reacción cuando empezó el dolor fue de sorpresa. Su expresión transmitía toda su desesperación por intentar determinar qué queríamos de él y cómo nos lo podía proporcionar, pero su biografía ya estaba cerrada, no había más preguntas. Con mirada horrorizada, el profesor vio cómo alargaba la mano hacia el bolsillo de su camisa y le cogía el bolígrafo dorado que llevaba: ese tipo de objetos pueden concentrar la electricidad y hacer que la ropa prenda. Su mirada revelaba que había comprendido que había dejado de ser profesor, y que nunca más iba a necesitar un bolígrafo. No hace tanto, cuando éramos jóvenes, a la gente como el profesor (seguramente junto con un puñado de sus alumnos) la fusilaban en un estadio de fútbol un lunes por la mañana, antes de ir al trabajo. Cuando íbamos a la universidad se puso de moda arrojarlos a las minas prisión, donde la esperanza de vida es de seis años. Naturalmente, en la actualidad nuestros sujetos terminan sus días en los centros de recolección de órganos.

Sí, cuando las minas abren sus fauces y piden más trabajadores, tienen que ir todos, eso es cierto. Ahí no podemos decir nada. Pero, a nuestro modo de ver, la gente como el profesor tiene por delante toda una vida de felicidad y trabajo que ofrecer a la nación. Así pues, aumentamos el dolor hasta niveles inconcebibles, un río cambiante de dolor muscular. Un dolor de esta naturaleza provoca una fisura en la identidad: la persona que alcanzará la otra orilla tendrá poco que ver con el profesor que ahora empieza la travesía. Dentro de unas semanas se habrá convertido en miembro activo de alguna granja colectiva rural, y a lo mejor podremos

encontrarle una viuda que lo consuele. No hay otra: para empezar una nueva vida, antes hay que renunciar a la anterior.

Pero de momento nuestro profesorcito iba a tener que pasar un tiempo a solas. Conectamos el piloto automático, que controla las constantes vitales del sujeto y administra dolor en oleadas moduladas, cerramos la puerta insonorizada y nos dirigimos a la biblioteca. Por la tarde volveríamos a por él. Lo encontraríamos con las pupilas dilatadas y le castañetearían los dientes, y lo ayudaríamos a ponerse la ropa de calle para su gran viaje al campo.

Evidentemente, nuestra biblioteca no es más que un almacén, pero cada vez que nuestro equipo añade una nueva biografía al fondo, me gusta hacerlo con ceremonia. Una vez más, pido disculpas por ese lamentable pronombre singular: intento no llevármelo nunca al trabajo. Las estanterías cubren todas las paredes, del suelo hasta el techo, y hay también varias filas que llenan toda la sala. En una sociedad donde lo que importa es lo colectivo, los únicos que damos valor a los individuos somos nosotros. Independientemente de lo que les pase a nuestros sujetos después de nuestro interrogatorio, siguen aquí, los hemos salvado. La ironía, naturalmente, es que el ciudadano medio, el interrogador de a pie, por ejemplo, nunca tendrá la oportunidad de contar su historia. Nadie le pregunta cuál es su película de Sun Moon preferida, nadie quiere saber si le gusta más el pastel de mijo o la avena de mijo. No, en una cruel broma del destino, los enemigos del Estado son los únicos que son tratados como si fueran estrellas.

Con algo de fanfarria, colocamos la biografía del profesor en la estantería, junto a la de la bailarina de la semana anterior. La mujer nos hizo llorar a todos cuando nos contó cómo su hermano pequeño había perdido los ojos y, cuando la conectamos al piloto automático, el dolor la hizo levantarse y mover las extremidades con gestos rítmicos y elegantes, como si estuviera narrando su historia de nuevo, ahora con movimientos. Salta a la vista que la palabra *interrogatorio* no se ajusta a lo que

hacemos aquí. Se trata de una tosca herencia de la era de los Pub yok. Cuando el último Pub yok finalmente se jubile, ejerceremos la presión necesaria para que nos cambien el nombre por el de División de Biografías Ciudadanas.

Nuestros becarios, Q-Ki y Jujack, regresaron jadeando.

—Lo tiene un equipo de Pub yok —dijo Q-Ki.

—Han sido los primeros en echarle el guante al comandante Ga —añadió Jujack.

Subimos corriendo escaleras arriba. Cuando llegamos a la sala de detención, Sarge y varios de sus hombres ya se estaban marchando. Sarge era el líder de los Pub yok. No nos podíamos ni ver. Tenía una frente prominente, e incluso a los setenta años poseía un cuerpo simiesco. Todos lo llamábamos Sarge; nunca supe su nombre real.

El tipo se quedó en el umbral, frotándose las manos.

—Mira que hacerse pasar por un héroe nacional —dijo Sarge, negando con la cabeza—. ¿En qué se está convirtiendo este país? ¿Acaso no queda ni una pizca de decencia?

Sarge tenía la cara marcada, y mientras hablaba le sangraba la nariz. Q-Ki se llevó instintivamente la mano a la suya.

—Parece que el comandante Ga les ha pegado una buena tunda, ¿no? ¡Caramba con la chica! ¡Menudo descaro tenía Q-Ki!

—No es el comandante Ga —dijo Sarge—. Pero sí, nos ha sorprendido con un truco bastante hábil. Vamos a mandarlo al sumidero esta misma noche y le enseñaremos unos cuantos de nuestros trucos.

—¿Y su biografía? —preguntamos nosotros.

—¿Acaso no me han oído? —contestó Sarge—. No es el comandante Ga. El tipo es un impostor.

—Entonces no le importará que nuestro equipo lo intente. Solo queremos la verdad.

—La verdad no está en sus estúpidos libros —dijo Sarge—. Es algo que se ve en los ojos de un hombre. Que se siente aquí, en el corazón.

Personalmente, me sentía mal por Sarge. Era un tipo viejo, de buena estatura. Para llegar a ser tan corpulento, uno tiene que haber comido carne de niño, algo que seguramente consiguió colaborando con los japoneses. Tanto si les había hecho la rosca a los japos como si no, probablemente todo el mundo que había conocido a lo largo de su vida habría sospechado que sí.

—Pero sí, es todo suyo —admitió Sarge—. Al fin y al cabo, ¿qué somos sin honor? —añadió, aunque se notaba que aquel «somos» no nos incluía. Empezó a alejarse, pero entonces se volvió hacia nosotros—. No permitan que se acerque al interruptor de la luz —nos advirtió.

Dentro encontramos al comandante Ga sentado en una silla. Los Pubyok habían hecho un buen trabajo con él, y la verdad era que no parecía uno de esos tipos que ejecutan misiones asesinas en el Sur para acallar a los desertores que hablan más de la cuenta. Nos miró, tratando de decidir si también habíamos ido a pegarle una paliza, en cuyo caso tampoco parecía querer defenderse.

Sus labios partidos presentaban un aspecto lastimoso y tenía las orejas enrojecidas y cubiertas ya de secreciones después de que se las hubieran golpeado con las suelas de unos zapatos de vestir. También presentaba señales antiguas de hipotermia en los dedos y le habían desgarrado la camisa, que dejaba ver un tatuaje de la actriz Sun Moon en el pecho. Negamos con la cabeza: pobre Sun Moon. El sujeto presentaba una considerable cicatriz en el brazo, aunque sabíamos que los rumores de que el comandante Ga se había enfrentado a un oso no eran más que eso, rumores. En su mochila solo encontramos unas botas negras de vaquero, una lata de melocotón y un móvil rojo y reluciente, sin batería.

—Hemos venido a escuchar su historia —le dijimos.

Tenía la cara desfigurada a causa de los puños de los Pubyok.

—Pues espero que les gusten los finales felices —respondió.

Lo acompañamos a una unidad de interrogatorios y lo ayudamos a sentarse en una de las butacas. Le dimos una aspirina y un vaso de agua, y

pronto estuvo dormido.

Escribimos rápidamente una nota en la que ponía: «No es el comandante Ga». La metimos en una cápsula de vacío y, con un *fuuu*, la mandamos al complejo de búnkeres subterráneo, donde se tomaban todas las decisiones. No sabíamos ni si el búnker estaba a mucha profundidad, ni quién había ahí. Cuanto más abajo, mejor, pensaba. O sea, pensábamos.

Antes de que pudiéramos darnos la vuelta para marcharnos, la cápsula volvió a subir a través del tubo y cayó en nuestro receptáculo. Cuando la abrimos, la nota de dentro decía simplemente: «Sí es el comandante Ga».

No regresamos a su lado hasta última hora del día, cuando ya estábamos a punto de colgar las batas. Al comandante Ga, o quien fuera, se le había empezado a hinchar la cara, aunque tenía un sueño extrañamente tranquilo. Nos fijamos en que las manos se encontraban encima del estómago y parecía que escribiera a máquina, como si estuviera transcribiendo lo que soñaba. Pasamos un rato observando sus dedos, pero no logramos descubrir qué podía estar escribiendo.

—No somos los que le hicieron daño —le dijimos después de despertarlo—. Eso lo hizo otro grupo. Solo queremos que responda a una sencilla pregunta y le daremos una habitación con una cama cómoda.

El comandante Ga asintió con la cabeza. Nos moríamos de ganas de preguntarle un montón de cosas, pero nuestra becaria Q-Ki se nos avanzó a todos.

—¿Qué hizo con el cuerpo de la actriz? —le espetó—. ¿Dónde lo escondió?

Cogimos a Q-Ki por el hombro y nos la llevamos fuera de la unidad de interrogatorios. Era la primera becaria mujer de la historia de la División 42 y nos había salido revoltosa, la muy jodida. A los Pubyok los cabreaba muchísimo que hubieran aceptado a una mujer en el cuerpo, pero si queríamos una división de interrogatorios moderna y progresista, era esencial contar con una mujer interrogadora.

—Hay que empezar más despacio —le dijimos a Q-Ki—. Primero hay que forjar una relación con el sujeto, no queremos que se ponga a la defensiva. Si nos ganamos su confianza, prácticamente escribirá la historia por nosotros.

—¿A quién le importa su autobiografía? —preguntó ella—.

En cuanto descubramos el paradero de la actriz muerta y de sus hijos, lo fusilarán en medio de la calle. No hay más.

—El carácter es destino —le dijimos, recordándole la célebre cita de Kim Il-sung—. Eso significa que una vez descubrimos qué hay en el interior de un sujeto y qué cosas lo motivan, podemos saber no solo todo lo que ha hecho, sino también todo lo que hará.

De vuelta a la unidad de interrogatorios, Q-Ki formuló a regañadientes una pregunta más adecuada.

—¿Cuándo conoció a la actriz Sun Moon? —preguntó.

El comandante Ga cerró los ojos.

—Hacía frío —dijo—. La pared de la enfermería enmarcaba su silueta. La enfermería era blanca. La nieve caía con fuerza y me impedía verla. El acorazado ardía. Utilizaron la enfermería porque era blanca. Dentro la gente gemía. El agua estaba en llamas.

—Este está para el arrastre —murmuró Q-Ki.

Tenía razón. Había sido un día muy largo. Arriba, a nivel de la calle, la luz herrumbrosa del atardecer estaría ya extendiéndose por todo el centro de Pyongyang. Era hora de dejarlo y volver a casa antes de que cortaran la electricidad.

—Un momento —dijo Jujack—. Denos algo, comandante Ga, lo que sea.

Al sujeto parecía gustarle que lo llamaran comandante Ga.

—Cuéntenos qué estaba soñando —añadió Jujack—. Y lo llevaremos a su habitación.

—Estaba conduciendo un coche —dijo el comandante Ga—. Un coche americano.

—Ajá —aprobó Jujack—. ¿Y qué más? ¿Ha conducido alguna vez un coche americano?

Jujack era un buen becario, el primer hijo de ministro que nos mandaban que valía algo.

—Sí —respondió el comandante Ga.

—¿Y por qué no empieza por ahí y nos cuenta qué pasaba mientras conducía ese coche americano?

Lentamente, el sujeto empezó a hablar.

—Es de noche —dijo—. Mi mano va cambiando de marcha. Las farolas están apagadas, los autobuses eléctricos, abarrotados de trabajadores del tercer turno de las fábricas, avanzan rápidamente por la calle Chollima y el Bulevar de la Reunificación. Sun Moon va en el coche conmigo. No conozco Pyongyang. «A la izquierda», dice. «A la derecha.» Nos dirigimos a su casa, al otro lado del río, en lo alto del monte Taesong. En el sueño me digo que esta noche será distinto, que cuando lleguemos a casa finalmente me dejará tocarla. Lleva un *choson-ot* color platino, brillante como polvo de diamante. En las calles, gente vestida con pijama negro se cruza ante nosotros. Llevan fardos, comestibles y trabajo extra para hacer en casa, pero yo no reduzco la marcha. En el sueño soy el comandante Ga. Durante toda mi vida me han manejado siempre los demás, mientras yo trataba de apartarme de su camino. Pero el comandante Ga es un hombre que pisa el acelerador.

—¿Acaba de convertirse en el comandante Ga? ¿En el sueño? —le preguntamos, pero él siguió hablando como si no nos hubiera oído.

—Cruzamos el parque de Mansu entre la niebla que sube del río. En los bosques hay familias robando castañas de los árboles: los niños corren por las ramas y hacen caer las nueces a puntapiés, mientras, más abajo, sus padres las parten entre las rocas. Es ver uno de esos cubos amarillos o azules, y todos los demás se hacen evidentes: en cuanto los enfocas, los hay por todas partes, familias que se arriesgan a terminar en la cárcel para robar nueces de los parques públicos. «¿Están jugando a algo?», me

preguntó Sun Moon. «Son tan graciosos, subidos a los árboles con la ropa de cama blanca... O a lo mejor están haciendo atletismo. Gimnasia, o algo así. ¡Qué sorpresa tan especial! Se podría hacer una película magnífica: una familia de actores de circo que ensaya por las noches en los árboles de un parque público. Tienen que ensayar en secreto porque hay otra familia de actores de circo que está siempre robándoles los números. ¿No te imaginas la película?», me preguntó. «¿En la pantalla?» Fue un momento perfecto. Habría podido hacer que el coche se saliera del puente, matarnos a los dos para que aquel momento durara para siempre, tal era el amor que sentía por Sun Moon, una mujer tan pura que no sabía qué aspecto tenían las personas muertas de hambre.

Los cinco nos quedamos prendados de la historia. Desde luego, el comandante Ga se había ganado su sedante. Le dirigí una mirada a Q-Ki, como diciéndole: «¿Entiendes ahora el sutil arte del interrogatorio?».

Si los sujetos no te parecen infinitamente interesantes y lo único que quieres es pegarles una paliza, es mejor que te dediques a otra cosa. Decidimos que Ga sabría encargarse de sus propias heridas, de modo que lo encerramos en una habitación con desinfectante y una venda. A continuación nos cambiamos las batas por las chaquetas de vinalón mientras discutíamos su caso, apoyados en el pasamanos de las empinadas escaleras mecánicas del metro de Pyongyang. Observen hasta qué punto el cambio de identidad de nuestro sujeto era casi total: el impostor incluso soñaba que era el comandante Ga. Fíjense también en que había empezado la historia como debe empezar cualquier historia de amor: con belleza y con una perspicacia que combinaba la compasión con la necesidad de proteger al ser querido. No la había empezado admitiendo de dónde había sacado el coche americano. No había mencionado que volvían a casa tras una fiesta ofrecida por Kim Jong-il, donde habían atacado a Ga para diversión de los invitados. Ni siquiera pensaba que se había deshecho del marido de esta mujer a la que «amaba».

Sí, conocemos algunos hechos de la historia de Ga, la carcasa externa,

por así decirlo. Los rumores llevaban semanas circulando por la capital. Pero lo que teníamos que descubrir ahora era la parte interior. Ya entonces me di cuenta de que aquella iba a ser la biografía más importante que jamás escribiríamos. Ya me imaginaba la cubierta de la biografía del comandante Ga, podía ver el nombre real del sujeto, fuera el que fuera, estampado en el lomo. Ya me veía colocando el libro en la estantería, apagando las luces y cerrando la puerta de un cuarto donde el polvo caía a través de la oscuridad a un ritmo de tres milímetros por década.

Para nosotros la biblioteca es un lugar sagrado. No admite visitas y cuando un libro se cierra, no se vuelve a abrir nunca más. Desde luego, de vez en cuando los chicos de Propaganda husmean un poco buscando una historia inspiradora que ofrecer a los ciudadanos a través de los altavoces, pero nuestra tarea no consiste en contar historias, sino en recopilarlas. No tenemos nada que ver con los viejos veteranos que cuentan sus dramones a los transeúntes, delante de la residencia de ancianos Respeto por los Mayores de la calle Moranbong.

La estación de Kwangok, con su hermoso mural del lago Samji, es mi parada. Salgo del metro en pleno barrio de Pot-tongang y la ciudad está llena de humo de leña. Hay una anciana asando cebollas tiernas en la acera y pesco a la chica que controla el tráfico cambiándose sus gafas de sol azules por las de noche, de color ámbar. En la calle, cambio el bolígrafo dorado del profesor por pepinos, un kilo de arroz de la ONU y un poco de pasta de sésamo. Las luces de las viviendas se encienden mientras negociamos y en los bloques de pisos se distingue claramente que nadie vive más arriba del piso nueve. Los ascensores no funcionan nunca y, si lo hacen, lo más probable es que se vaya la luz mientras te encuentres entre dos plantas y te quedes encerrado en el pozo. Mi edificio se llama Gloria del Monte Paektu, y soy el único vecino de la planta veintidós, una altura que asegura que mis ancianos padres no salgan nunca solos a la calle. No se tarda tanto en subir las escaleras como uno

imaginaria: con el tiempo te acostumbras a todo.

Al entrar en casa, me asalta el sonido del programa de propaganda vespertino que sale por los altavoces que hay instalados. Hay uno en cada piso y en cada fábrica de Pyongyang, en todas partes menos donde trabajo, pues se determinó que los altavoces ofrecerían a los sujetos demasiada información orientativa, como la fecha y la hora, demasiada normalidad. Es importante que, cuando llegan a nuestras manos, los sujetos se hagan a la idea de que el mundo que conocieron ya no existe.

Preparo la cena para mis padres. Cuando prueban la comida dan las gracias a Kim Jong-il por el sabor, y cuando les pregunto cómo les ha ido el día, responden que seguro que no ha sido tan duro como el que habrá tenido el Querido Líder Kim Jong-il, que carga con el destino de nuestro pueblo sobre los hombros. Perdieron la vista los dos al mismo tiempo, y ahora están paranoicos por si hay alguien cerca a quien no ven, a punto para informar de cualquier cosa que digan. Se pasan todo el día escuchando el altavoz, cuando llego a casa me saludan con un «¡Ciudadano!», y se cuidan mucho de expresar algún sentimiento personal, no fuera a denunciarlos algún desconocido al que no logran atisbar. Por eso nuestras biografías son tan importantes: en lugar de ocultarle cosas a nuestro Gobierno mediante una vida de secretismo, las biografías son un modelo de lo que significa compartirlo todo. A mí me gusta pensar que, en ese sentido, formo parte de un mañana distinto.

Me termino mi bol en el balcón, contemplando los tejados de los edificios más bajos, cubiertos de hierba como parte de la Campaña para la Transformación de la Hierba en Carne. Todas las cabras que hay en el tejado del otro lado de la calle están balando, pues al anoecer el búho real baja de las montañas para cazar. Sí, me dije, la de Ga sería una historia digna de ser contada: un desconocido que se hace pasar por un hombre famoso. De pronto tiene a Sun Moon, está cerca del Querido Líder. Y cuando una delegación americana visita Pyongyang, el desconocido aprovecha la confusión para matar a la bella mujer, a

sabiendas de que será castigado. Ni siquiera intenta salir impune. ¡Menuda biografía!

He intentado escribir la mía, solo como un medio para intentar comprender mejor a los sujetos a quienes pido que me cuenten su vida. El resultado es un catálogo mucho más banal que los que generan los reclusos de la División 42. Mi biografía estaba llena de un millar de detalles insignificantes, como que las fuentes de la ciudad solo se ponen en marcha las pocas veces al año en que algún extranjero visita la capital, o que, a pesar de que los teléfonos móviles son ilegales y que nunca he visto a nadie utilizando uno, la torre principal de telefonía de la ciudad está en mi barrio, al otro lado del puente de Pottong: una torre enorme, pintada de verde y cubierta de ramas falsas. O que una vez llegué a casa y me encontré a un pelotón entero de soldados del Ejército Popular de Corea, sentados en la acera, delante del Gloria del Monte Paektu, afilando sus bayonetas en la acera de cemento. ¿Era un mensaje dirigido a mí? ¿A otra persona? ¿Una coincidencia?

En tanto que experimento, mi biografía era un fracaso (¿Dónde aparecía mi voz en la historia? ¿Dónde estaba yo?) y, naturalmente, me costaba sobreponerme a la sensación de que, si la terminaba, me iba a pasar algo malo. La verdad es que no soportaba el pronombre *yo*. Incluso en casa, en la intimidad de mi libreta, tengo problemas para escribirlo.

Apuré el jugo de pepino del fondo del cuenco mientras contemplaba la última luz del día reflejada como un fuego trémulo en las paredes de un edificio de la otra orilla del río. Escribimos las biografías de nuestros sujetos en tercera persona, para conservar la objetividad. A lo mejor me resultaría más fácil escribir mi biografía de esa manera, como si la historia no tratara sobre mí, sino sobre un intrépido interrogador. Pero entonces tendría que utilizar mi nombre, y eso va contra las normas. Además, ¿de qué sirve contar una historia personal si vas a aparecer siempre como «el interrogador»? ¿Quién quiere leer un libro titulado *El biógrafo*? No, lo que queremos todos es leer un libro que lleve el nombre

de alguien. Un libro titulado *El hombre que mató a Sun Moon*.

A lo lejos, la luz se reflejaba en el agua, titilaba y bailaba sobre la fachada del bloque de pisos, y de pronto se me ocurrió una idea.

Se me ha olvidado algo en el trabajo —les dije a mis padres, y los encerré en el piso.

Cogí el metro que atraviesa la ciudad, de vuelta a la División 42, pero era demasiado tarde: la electricidad se cortó cuando estábamos en mitad del túnel. A la luz de las cerillas, salimos en tropel de los vagones eléctricos y avanzamos en fila por las vías negras hasta la estación de Rakwan, donde las escaleras mecánicas eran solo unas escaleras por las que subimos cientos de metros hasta volver a la superficie. Cuando finalmente llegué de nuevo a la calle era ya noche cerrada, y la sensación de salir de una oscuridad para entrar en otra me resultó desagradable: me sentí como si estuviera dentro del sueño del comandante Ga, con destellos negros y autobuses que surcaban la oscuridad como tiburones. Casi me permití imaginar un coche americano circulando justo por donde yo no alcanzaba a verlo, siguiéndome.

Cuando desperté al comandante Ga, estaba otra vez transcribiendo su sueño con los dedos, pero esta vez de forma mucho más lenta y torpe: en Corea del Norte fabricamos un sedante de primera.

—Cuando nos ha contado cómo conoció a Sun Moon, ha dicho que la pared de la enfermería enmarcaba su silueta, ¿verdad? —le pregunté.

El comandante Ga se limitó a asentir con la cabeza.

—Estaban proyectando una película sobre la pared de un edificio, ¿verdad? O sea que la conoció a través de una película.

—Una película —repitió el comandante Ga.

—Eligieron la enfermería porque tenía las paredes blancas, y eso significa que cuando vio la película estaba usted al aire libre. Y la nieve caía con fuerza porque se encontraba en lo alto de una montaña.

El comandante Ga cerró los ojos.

—¿Y los barcos que ardían eran los de la película *Que se mueran los*

tiranos?

El comandante Ga estaba perdiendo el sentido, pero yo no tenía intención de parar.

—Y, dentro de la enfermería, la gente gemía porque estaban en una cárcel, ¿verdad? —le pregunté—. Usted es un prisionero, ¿verdad?

No necesitaba que contestara. Y, desde luego, ¿qué lugar mejor para conocer al verdadero comandante Ga, el ministro de las Minas Prisión, que en una mina prisión? Los había conocido a los dos allí, marido y mujer.

Subí las sábanas del comandante Ga lo suficiente para cubrirle el tatuaje. Ya estaba empezando a pensar en él como el comandante Ga. Cuando finalmente descubriéramos su verdadera identidad sería una auténtica pena, pues Q-Ki tenía razón: lo iban a fusilar en medio de la calle. Uno no mata a un ministro, se fuga de la cárcel, mata a la familia del ministro y se convierte en campesino de una granja colectiva rural. Estudié al hombre que tenía ante mí.

—¿Qué le hizo el verdadero comandante Ga? —le pregunté. Sus manos se posaron encima de las sábanas y empezaron a escribir la respuesta—. ¿Qué pudo hacerle el ministro para que decidiera matarlo, y luego ir a por su mujer y sus hijos?

Mientras escribía me fijé en sus ojos: tenía las pupilas inmóviles detrás de los párpados. No estaba transcribiendo lo que veía en sueños. A lo mejor lo habían entrenado para que registrara todo lo que oía.

—Buenas noches, comandante Ga —le dije, y vi cómo sus manos escribían cuatro palabras y se detenían, a la espera de algo más.

Me tomé un sedante y dejé dormir al comandante Ga. Idealmente, el sedante no me afectaría hasta que hubiera atravesado la ciudad. Si todo salía bien, surtiría efecto al llegar a lo alto del vigésimo segundo tramo de escaleras.

El comandante Ga intentó olvidarse del interrogador, aunque mucho después de que se hubiera tragado la pastilla y se hubiera marchado, aún notaba el olor a pepino en el aliento. Hablar de Sun Moon le había traído nuevas imágenes a la mente, y a Ga eso era lo único que le importaba. Casi podía ver la película a la que se había referido. *Una auténtica hija del país*; ese era el título de la película, no *Que se mueran los tiranos*. Sun Moon interpretaba a una mujer de la isla septentrional de Cheju que abandona a su familia y viaja al norte para luchar contra los imperialistas en Inchon. Cheju, descubrió Ga, era famosa por las mujeres submarinistas que pescaban orejas marinas, y la película empieza con tres hermanas en una balsa. Un oleaje opaco, cubierto por una espuma del color de la piedra pómez, hace subir y bajar a las mujeres. Una ola gris llena el objetivo y oculta a las mujeres hasta que pasa de largo, unas nubes brutales pasan rozando la costa volcánica. La hermana mayor es Sun Moon, que se echa agua sobre los brazos y las piernas, preparándose para el frío, y se pone las gafas de buceo mientras sus hermanas hablan de cotilleos. Entonces Sun Moon levanta una roca, coge aire y se deja caer de espaldas a un agua tan oscura que parece que sea de noche. Las hermanas empiezan a hablar de la guerra, de su madre muerta y de sus temores de que Sun Moon pueda abandonarlas. Entonces se echan en el fondo de la balsa, en un plano filmado desde lo alto del mástil, y vuelven a hablar de la vida en el pueblo, de sus líos y disputas, pero han adoptado un tono pesimista y se nota que ahora evitan hablar de la guerra, y del hecho de que si no van a la guerra, esta irá a ellas.

Había visto la película con los demás, proyectada en la pared de la enfermería de la prisión, el único edificio que estaba pintado de blanco. Era el 16 de febrero, cumpleaños de Kim Jong-il, el único día de todo el año en que no se trabajaba. Los presos estaban sentados en leños a los que

habían quitado el hielo, y esa fue la primera vez que él la vio: una mujer que irradia belleza y que se hunde en la oscuridad del mar, aparentemente para no volver a aparecer. Las hermanas siguen hablando, las olas vienen y van, los pacientes de la enfermería gimen débilmente mientras las bolsas se van llenando de sangre, y Sun Moon sigue sin salir a la superficie. Él se retuerce las manos pensando que la ha perdido, todos los prisioneros lo hacen, y aunque al final vuelve a salir a flote, saben que durante el resto de la película tendrá ese poder sobre ellos.

Aquella noche, recordó de pronto, Mongnan le había salvado la vida por segunda vez. Hacía mucho frío, más que nunca, pues el trabajo era lo único que los mantenía calientes, y ver una película sobre la nieve había hecho que su temperatura corporal descendiera peligrosamente.

Mongnan apareció a los pies de su camastro y le puso una mano sobre el pecho y los pies para comprobar cuánta vida le quedaba.

—Vamos —le dijo—. No tenemos tiempo que perder.

Siguió a la mujer a pesar de que las extremidades apenas le respondían. Algunos de los ocupantes de los demás camastros se agitaron a su paso, pero nadie se incorporó, pues disponían de muy poco tiempo para dormir. Juntos, llegaron corriendo a un rincón del patio de la prisión que normalmente estaba intensamente iluminado y controlado desde una torre de vigilancia custodiada por dos hombres.

—Se les ha fundido el foco del proyector —le susurró Mongnan sin dejar de correr—. Les llevará un tiempo conseguir otro, pero tenemos que darnos prisa.

En la oscuridad, se pusieron en cuclillas y recogieron todas las polillas que habían caído muertas antes de que el foco se fundiera.

—Lléname la boca —le dijo la anciana—. A tu estómago no le importa.

Él le hizo caso y pronto se encontró masticando un puñado de polillas: a pesar de que soltaban una sustancia pringosa, sus vientres cubiertos de pelo le secaron la boca y le quedó un acerbo sabor a aspirina, debido a alguna sustancia química que tenían en las alas. No se había llenado el

estómago desde que había estado en Texas. Él y Mongnan se marcharon al amparo de la oscuridad, cargados con varios puñados de polillas: tenían las alas ligeramente chamuscadas, pero iban a mantenerlos con vida otra semana.

¡Buenos días, ciudadanos! En vuestros bloques de viviendas y en las plantas de las fábricas, reuníos alrededor de los altavoces para oír las noticias del día. ¡El equipo de ping-pong de Corea del Norte acaba de derrotar a su rival, Somalia, sin ceder ni un solo set! Además, el presidente Robert Mugabe envía sus felicitaciones con motivo del aniversario de la fundación del Partido del Trabajo de Corea. No olvidéis que es indecoroso sentarse en las escaleras mecánicas del metro. El ministro de Defensa os recuerda que el sistema de metro más profundo del mundo está diseñado como sistema de defensa y protección civil en caso de que los americanos vuelvan a lanzar un ataque furtivo. ¡No hay que sentarse en las escaleras mecánicas! Por otro lado, muy pronto empezará la temporada de recolección del quelpo. Es, pues, el momento de esterilizar tarros y latas. ¡Finalmente, tenemos una vez más el privilegio de anunciar la emisión de la Mejor Historia Norcoreana del año! El año pasado la ganadora fue una historia de dolor a manos de misioneros surcoreanos que obtuvo un éxito abrumador. Este año las perspectivas son aún mejores: se trata de una historia real sobre amor y penas, fe y resistencia, y sobre la infinita devoción de nuestro Querido Líder hacia todos los ciudadanos de su gran nación, del primero al más humilde. Por desgracia la historia narra una tragedia, ¡pero es también un cuento de redención y taekwondo! Acercaos a los altavoces, ciudadanos, y no os perdáis el episodio diario.

A la mañana siguiente tenía la cabeza embotada a causa de los sedantes. Aun así, acudí puntualmente a la División 42 y fui a echar un vistazo al comandante Ga. Como sucede siempre con las palizas, el dolor de verdad llegó al día siguiente. Ga se había suturado el corte del ojo de forma francamente ingeniosa, aunque no acertamos a comprender cómo había logrado improvisar una aguja e hilo. Íbamos a tener que descubrir su método para poder interrogarlo al respecto.

Acompañamos al comandante Ga a la cafetería, pues nos pareció que aquel sitio le resultaría menos amenazador. La mayoría de las personas creen que mientras estén en un espacio público no les puede pasar nada. Les pedimos a los becarios que se encargaran del desayuno de Ga. Jujack le preparó un cuenco de *bi bim bop* y Q-Ki calentó el hervidor del *cha*. El nombre «Q-Ki» no nos gustaba a ninguno; era contrario al espíritu profesional que intentábamos proyectar en la División 42 y que tanto se echaba en falta con los Pubyok pululando por ahí con los mismos trajes de Hamhung desde hacía cuarenta años, y con sus corbatas manchadas de *bulgogi*. Pero la nueva diva de la ópera se había dado a conocer solo a partir de sus iniciales y de pronto todas las mujeres jóvenes hacían lo mismo. A veces Pyongyang tiene sus moderneces. Si protestábamos, Q-Ki replicaba que de todos modos tampoco podíamos revelar nuestros nombres y no nos escuchaba cuando le decíamos que esa norma era una herencia de la guerra, cuando los sujetos eran considerados espías potenciales, y no ciudadanos extraviados que habían perdido el celo revolucionario. No se lo creía, y nosotros tampoco. ¿Cómo te ibas a forjar una reputación en un entorno en el que los únicos que tenían nombre eran

los becarios y los viejos jubilados que volvían al cuerpo solo para rememorar sus días de gloria?

Mientras el comandante Ga desayunaba, Q-Kí se puso a darle conversación.

—¿Qué *kwans* cree que se verán este año en el torneo por el Cinturón Dorado?

El comandante Ga se limitó a engullir su comida. Nunca habíamos conocido a nadie que hubiera logrado salir con vida de una mina prisión, pero nos bastaba con verlo comer para hacernos una idea de cómo debían de ser las condiciones en la Prisión 33. ¿Qué sentiría uno al abandonar un lugar como aquel e ir a parar a la hermosa casa del comandante Ga en el monte Taesong? De repente, aquella vista sobre Pyongyang te pertenecía, su mítica colección de vinos de arroz era tuya y ahí estaba también su esposa.

Q-Ki volvió a intentarlo.

—Una de las chicas de la categoría de cincuenta y cinco kilos acaba de clasificarse usando el *dwi chagiga* —dijo.

La patada trasera era la técnica preferida de Ga, que había modificado el *dwi chagi* de tal modo que ahora su ejecución requería provocar al rival dándole la espalda. Pero Ga o no sabía nada de taekwondo o no picó el anzuelo. Naturalmente, no se trataba del verdadero comandante Ga, de modo que no sabría nada sobre artes marciales a nivel del Cinturón Dorado. Aquella parte del interrogatorio era solo un mecanismo necesario para determinar hasta qué punto el sujeto creía realmente ser el comandante Ga.

Ga se tragó la última cucharada, se secó los labios y apartó el cuenco.

—No los encontrarán nunca —nos dijo—. Lo que me pase a mí me trae sin cuidado, de modo que no se molesten en intentar arrancarme una confesión.

Lo dijo con voz severa y los interrogadores no estamos acostumbrados a que nos hablen así. Algunos de los Pubyok de la otra mesa se percataron

de su tono y se aproximaron.

El comandante Ga acercó la tetera hacia sí, pero en lugar de servirse una taza, la abrió, sacó la bolsita de té humeante y se la colocó encima del corte del ojo. Hizo una mueca de dolor y le rodaron lágrimas de té caliente por la mejilla.

—Dijeron que querían mi historia —siguió—. Y se la daré, se lo contaré todo menos el destino de la mujer y sus hijos. Pero antes necesito una cosa.

Uno de los Pub yok se quitó un zapato y se abalanzó sobre Ga.

—Alto —dije yo—. Déjelo terminar.

El Pub yok dudó un instante, con el zapato en alto. Ga ni se inmutó. ¿Era consecuencia de su entrenamiento contra el dolor? Hay gente que se siente mejor después de las palizas, que suelen ser un buen remedio contra la culpa y el odio contra uno mismo. ¿Era lo que le sucedía al comandante Ga?

—Es nuestro —le advertimos con voz serena al Pub yok—. Sarge nos dio su palabra.

El Pub yok dio marcha atrás, pero cuatro de ellos se sentaron en nuestra mesa, con su tetera. No hace falta decir que beben *pu-erh* y que apestan todo el día.

—¿Qué necesita? —le preguntamos.

—Necesito que me respondan a una pregunta —declaró el comandante Ga.

Los Pub yok estaban fuera de sí: en su vida habían oído a un sujeto hablar de esta forma. Los del equipo se volvieron hacia mí.

—Señor —dijo Q-Ki—, por aquí no vamos bien.

—Con todos mis respetos, señor —añadió Jujack—, yo creo que deberíamos dejarle oler la imponente flor blanca.

Levanté una mano.

—Ya basta —repuse—. Nuestro sujeto nos contará cómo conoció al comandante Ga y cuando haya terminado le responderemos una pregunta,

la que él quiera.

Los veteranos se me quedaron mirando con una mezcla de incredulidad y rabia. Se reclinaron sobre sus brazos fibrosos, fuertes, y apretaron sus puños deformes y sus dedos torcidos, hundiendo aquellas uñas malformadas en las palmas de las manos, en un intento por dominarse.

—Vi al comandante Ga en dos ocasiones —dijo el comandante Ga—. La primera vez fue en primavera. Me enteré de que iba a visitar la prisión la noche anterior a su llegada.

—Empiece por ahí.

—Poco después de entrar en la Prisión 33 —prosiguió—, Mongnan hizo correr un rumor según el cual uno de los nuevos presos era un agente secreto del Ministerio de las Minas Prisión al que habían enviado para que arrestara a los guardas que mataban presos por diversión, lo que provocaba un descenso en las cuotas de producción. Supongo que funcionó, pues dijeron que el número de prisioneros mutilados porque sí se había reducido. Aunque cuando llegaba el invierno, la última de tus preocupaciones era que los guardas te pegaran.

—¿Cómo lo llamaban los guardas? —le preguntamos.

—Allí no hay nombres —dijo él—. Logré sobrevivir al invierno, pero había cambiado. Soy incapaz de hacerles entender cómo fue el invierno, lo que hizo conmigo. Cuando llegó el deshielo ya no me importaba nada. Miraba maliciosamente a los guardas, como si fueran niños huérfanos. Montaba el número en las sesiones de autocrítica. En lugar de confesar que habría podido empujar una vagoneta más o extraído otra tonelada de mineral, regañaba a mis manos por no escuchar lo que les decía mi boca, o culpaba a mi pie derecho de no seguir al izquierdo. El invierno me había cambiado, me había convertido en otra persona. No hay palabras para describir ese frío.

—Por el amor de Juche —protestó el viejo Pubbyok, que aún tenía el zapato encima de la mesa—. Si a este idiota lo estuviéramos interrogando nosotros, habría ya un equipo forense yendo a recuperar los restos de la

gloriosa actriz y sus pobres hijos.

—Ni siquiera es el comandante Ga —le recordamos.

—Pues, entonces, ¿qué hacemos escuchando cómo gimotea sobre la vida en la prisión? —dijo el Pubyok, que se volvió hacia el comandante Ga—. ¿Tú crees que en esas montañas hace frío? Pues imagínatelas llenas de francotiradores yanquis mientras te bombardean los B-29. Imagina esas montañas sin una cocina de campaña que te proporcione una sopa de repollo caliente cada día. Imagina que no hubiera una enfermería llena de cómodos catres donde te pudieran rematar para poner fin a tu sufrimiento.

Nadie nos había bombardeado nunca, pero en cambio sí sabíamos a qué se refería el comandante Ga. Una vez habíamos tenido que desplazarnos al norte para documentar la biografía de un guarda de la Prisión 14-18. Pasamos el día viajando hacia el norte en la trasera de un cuervo, con el fango que nos salpicaba por entre las tablas del suelo y las botas heladas, mientras nos preguntábamos si realmente íbamos a interrogar a un sujeto o si solo nos habían dicho eso para que nos aviniéramos a ir a la prisión sin rechistar. El frío nos congelaba los zurullos dentro del culo y se hacía muy difícil no pensar que tal vez los Pubyok nos la habían jugado finalmente.

—Era nuevo, o sea que me alojaron junto a la enfermería, donde la gente pasaba toda la noche quejándose —siguió contando el comandante Ga—. Había un viejo en particular que era un verdadero coñazo. No era productivo, las manos ya no le respondían, y los demás lo encubrían, pero al mismo tiempo lo odiaban. Tenía un ojo empañado y solo sabía acusar a los demás y exigir. Se pasaba la noche gimiendo y lanzándole preguntas a la noche. «¿Quién eres? —le decía—, ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no contestas?» Una semana tras otra, me preguntaba cuándo vendría de una vez el camión de la sangre a cerrarle el pico, pero un día empecé a reflexionar acerca de sus preguntas. ¿Qué hacía yo allí? ¿Qué crimen había cometido? Finalmente comencé a responderle. «¿Por qué no

confiesas?»), preguntaba, y a través de los barracones, le gritaba: «Estoy dispuesto a confesar, lo contaré todo». Nuestras conversaciones inquietaban a los demás, y una noche Mongnan vino a verme. Era la mujer más vieja del campamento, hacía ya tiempo que el hambre le había consumido las caderas y los pechos. Llevaba el pelo cortado como un hombre y las palmas de las manos envueltas con tiras de tela.

El comandante Ga siguió contando cómo él y Mongnan habían salido furtivamente de los barracones y habían dejado atrás la sala del barro y las tinas de agua, y aunque no lo dijéramos, todos pensábamos que el nombre Mongnan significaba «Magnolia», la flor blanca más grande de todas. Eso es lo que nuestros sujetos aseguran ver cuando el piloto automático los lleva hasta la cima del dolor: una cumbre invernal donde una solitaria flor blanca se alza entre el frío y se abre para ellos. Por mucho que sus cuerpos se contorsionen, luego solo recuerdan la paz que les ha proporcionado esa imagen. Tampoco está tan mal, ¿no? Una sola tarde de dolor y tu pasado queda atrás, todos tus defectos y fracasos desaparecen sin dejar ni el menor rastro de amargura.

—Fuera, mi aliento formaba nubes blancas. Le pregunté a Mongnan dónde se habían metido los guardas —siguió diciendo el comandante Ga—. Ella señaló las luces de los edificios de administración.

»—El ministro de las Minas Prisión debe de venir de visita mañana —dijo—. No es la primera vez que lo veo. Pasarán toda la noche despiertos, amañando los registros.

»—¿Y qué? —le pregunté yo.

»—Va a venir el ministro —dijo ella—. Por eso nos han machacado tanto y han encerrado a todos los presos débiles en la enfermería.

»Señaló el complejo donde vivían los guardas, que tenía todas las luces encendidas.

»—Fíjate en toda la electricidad que están gastando —observó—. ¿Oyes el pobre generador? La única forma que tienen de iluminar todo eso es desconectando la verja electrificada.

»—¿Y qué vamos a hacer? ¿Fugarnos? —le pregunté—. No tenemos adonde ir.

»—Ah, no. Moriremos todos aquí —dijo—. De eso puedes estar seguro. Pero no será esta noche.

»Entonces empezó a cruzar el patio. Estaba agarrotada, pero a pesar de ello avanzaba rápidamente por la oscuridad. La alcancé junto a la verja y nos pusimos en cuclillas. En realidad la verja estaba compuesta por dos verjas, dos hileras paralelas de postes de hormigón con cables electrificados enroscados a unas piezas de cerámica aislante de color marrón. Entre las dos se abría una tierra de nadie cubierta de matas de jengibre y rábanos silvestres, que nadie podía arrancar sin morir en el intento.

»Mongnan fue a meter un brazo entre la verja.

»—Espera —le dije yo—. ¿No tendríamos que comprobar que no esté electrificada antes?

»Pero Mongnan metió el brazo por debajo de la alambrada y desenterró dos rábanos, fríos y crujientes, que nos comimos ahí mismo. Entonces empezamos a arrancar el jengibre silvestre. Todas las ancianas del campamento terminaban en el destacamento funerario, que se encargaba de enterrar los cuerpos allí donde caían. Debían asegurarse de que cavaban lo bastante hondo como para que la lluvia no se los llevara. Luego era muy fácil adivinar qué plantas de jengibre habían logrado hincar las raíces en un cadáver: sus flores eran más grandes, de un amarillo irisado, y si habían logrado enroscar las raíces a una costilla, resultaba mucho más difícil arrancárselas.

»Cuando ya no nos cupo nada más en los bolsillos, nos comimos otro rábano y noté cómo este me limpiaba los dientes.

»—Ah, los placeres de la escasez en la distribución —dijo Mongnan justo antes de terminarse el rábano: raíz, tallo y flor—. Este lugar es una clase magistral sobre la oferta y la demanda. Aquí está mi pizarrita —continuó, levantando la vista hacia el cielo nocturno. Entonces puso una

mano encima de la verja—. Y esto es mi examen final.

En la cafetería, Q-Ki pegó un brinco.

—Un momento —dijo—. ¿Está hablando de Li Mongnan, la profesora a la que denunciaron junto con sus estudiantes?

El comandante Ca interrumpió su historia.

—¿Profesora? —preguntó—. ¿Y qué enseñaba?

Había sido una metedura de pata enorme. Los Pubyok sacudieron la cabeza: acabábamos de proporcionarle más información al sujeto de la que este nos había dado a nosotros. Ordenamos a los dos becarios que se retiraran y le pedimos al comandante Ga que siguiera hablando.

—¿También trasladaron a sus estudiantes? —preguntó Ga—. ¿Y Mongnan los sobrevivió en la Prisión 33?

—Prosiga, por favor —le pedimos—. Cuando haya terminado podrá hacernos una pregunta.

El comandante Ga se tomó un momento para digerir aquella información. Entonces asintió en silencio y siguió hablando.

—Había un estanque donde los guardas criaban truchas para alimentar a sus familias. Cada mañana contaban los peces que había, y si faltaba uno, todo el campamento se quedaba sin comida. Seguí a Mongnan hasta el murete que rodeaba el estanque redondo, donde se agazapó y metió una mano en el agua negra para intentar agarrar uno de los peces. Necesitó un par de intentos, pero había improvisado una red con un aro de alambre y, además, la tela que le cubría las palmas de las manos le proporcionaba una buena sujeción. Sacó una trucha y la sujetó por debajo de las aletas pectorales: el animal estaba sano y rebosante de vida.

»—Pellízcala aquí, justo encima de la cola —dijo Mongnan—. Entonces palpa aquí, debajo del vientre. Cuando notes la hueva, aprieta.

»Mongnan levantó el pez y ordeñó un chorro de huevos de color albaricoque directamente dentro de su boca. Entonces devolvió el pez al estanque. Me tocaba a mí. Mongnan cogió otro pez y me mostró la hendidura que indicaba que se trataba de una hembra.

»—Pellizca con fuerza —me advirtió—, o comerás mierda de pez.

«Estrujé el pez y noté cómo me caía un chorro de huevos, extrañamente cálidos, sobre la cara. Noté su olor en las mejillas: gelatinoso, salobre, indudablemente vivo. Me limpié y me relamí las manos. Con un poco de práctica le terminé pillando el truco. Ordeñamos una docena de peces más. Las estrellas avanzaban por el cielo mientras nosotros estábamos allí, anonadados.

»—¿Por qué me ayudas? —le pregunté.

»—Soy una mujer mayor —contestó—. Y eso es lo que hacen las mujeres mayores.

»—Vale, pero ¿por qué a mí?

»Mongnan frotó las manos en el suelo para deshacerse del olor a pescado.

»—Porque lo necesitas —dijo—. El invierno te ha quitado diez kilos. No puedes perder diez más.

»—Lo que no entiendo es por qué te preocupas por mí.

»—¿Has oído hablar de la Prisión Número 9?

»—Sí.

»—Es su mina prisión más rentable: cinco guardas para mil quinientos prisioneros. Se sientan ante la verja y no entran jamás. Toda la prisión está dentro de la mina, no hay ni barracones, ni cocina, ni enfermería...

»—Ya te he dicho que he oído hablar de ella —la corté—. ¿Me estás diciéndome que debemos sentirnos afortunados de que nuestra prisión sea mejor?

»Mongnan se levantó.

»—He oído que hubo un incendio en la Prisión 9 —declaró—. Los guardas no quisieron abrir las puertas para dejar salir a los prisioneros y el humo los mató a todos.

»Asentí con la cabeza ante la gravedad de su historia, pero le dije:

»—No estás respondiendo a mi pregunta.

»—Ese ministro viene mañana para inspeccionar nuestra mina. Piensa

en cómo debe de irle la vida ahora mismo, en la de mierda que debe de haber comido últimamente —dijo, y me agarró por el hombro—. No puedes seguir hablando con tus manos y con tus pies en las sesiones de autocrítica. Tienes que dejar de lanzarles miraditas estúpidas a los guardas y de responderle al viejo de la enfermería.

»—Vale —dije yo.

»—Y, en cuanto a tu pregunta, la razón por la que te estoy ayudando no es asunto tuyo.

»Dejamos atrás las letrinas de banco y saltamos por encima de los estribos del pozo muerto. Había un palé en el que amontonaban a la gente que moría durante la noche, pero en aquel momento estaba vacío.

»—Mañana mi trípode podrá dormir hasta tarde —dijo Mongnan al pasar por al lado. La noche, clara y silenciosa, nos trajo el olor de los abedules que un destacamento de ancianos había estado convirtiendo en varas de mimbre. Finalmente llegamos a la cisterna, junto a la que estaba el buey que hacía girar la bomba de ariete. El animal, que se había arrodillado sobre un lecho de corteza de abedul que desprendía un olor extremadamente acre, se levantó al oír la voz de Mongnan. Esta se volvió hacia mí y me susurró:

»—Lo de las huevas de pescado es una vez al año. Te puedo enseñar los lugares de los ríos donde se reúnen los renacuajos y en qué momento recoger la savia de los árboles de la torre oeste. Hay otros trucos parecidos, pero no puedes depender de ellos. El campamento ofrece solo dos fuentes de alimento constante. Uno de ellos te lo enseñaré en otro momento, cuando las cosas se compliquen, porque es bastante desagradable. Pero el segundo es este.

«Acarició el hocico del animal y le pasó la mano por el nudo negro que tenía entre los cuernos. Le dio un trozo de jengibre silvestre, y el animal sacó aire por las narices y lo masticó torciendo la quijada. Entonces Mongnan se sacó un tarro mediano del bolsillo.

»—Esto me lo enseñó un viejo —dijo—. El hombre más viejo del

campamento en su momento. Debía de tener sesenta años, o tal vez más, pero estaba fuerte. No lo mató ni el hambre ni la debilidad, sino un derrumbamiento. Murió estando fuerte.

«Se agachó debajo del buey, que ya tenía el instrumento a punto, largo y enrojecido. Mongnan lo agarró con fuerza y empezó a acariciarlo. El buey me olió las manos, buscando más jengibre, y yo me fijé en sus ojos, negros y húmedos.

»—Hace unos años había un hombre —dijo Mongnan desde debajo del buey—. Tenía una pequeña cuchilla de afeitar con la que hacía cortes en la piel del animal para luego beberse la sangre que manaba. El animal era otro, no este. La bestia no se quejaba, pero siempre quedaba un hilito de sangre seca que se congelaba. Un día los guardas se dieron cuenta y al hombrecillo se le acabó el chollo. Fotografié su cuerpo después de que lo castigarán. Le revolví toda la ropa en busca de la cuchilla, pero no la encontré.

»El buey soltó un resoplido, con los ojos muy abiertos y la mirada vacilante, y volvió la cabeza de un lado a otro como si buscara algo. Entonces cerró los ojos y al momento Mongnan salió de debajo, con el tarro casi lleno y humeante. Mongnan se bebió la mitad de un trago y me lo pasó. Intenté tomar solo un traguito, pero en cuanto empezó a bajarme un hilillo por la garganta, el resto cayó de golpe. El buey se volvió a arrodillar.

»—Esto te dará fuerzas para tres días —dijo Mongnan.

«Contemplamos las luces que brillaban en los edificios de los guardas. Miramos hacia China.

»—Este régimen se terminará —añadió—. Lo he estudiado desde todos los ángulos y ya no puede durar mucho más. Un día los guardas se marcharán corriendo en esa dirección, hacia la frontera. Primero habrá un momento de incredulidad, luego vendrá confusión, el caos y finalmente el vacío. Debes tener un plan pensado y actuar antes de que se produzca el vacío.

«Empezamos a desandar el camino hacia los barracones, con los estómagos y los bolsillos llenos. Volvimos a oír al hombre moribundo y negamos con la cabeza.

»—¿Por qué no les digo lo que quieren oír? —preguntó el moribundo, y su voz retumbó por todos los barracones—. ¿Qué hago aquí? ¿Qué crimen he cometido?

»—Ahora verás —dijo Mongnan, que, haciendo bocina con las manos, le respondió—. ¡Tu crimen consiste en alterar el orden público!

»Ajeno a todo, el moribundo siguió gimiendo:

»—¿Quién soy yo?

»Mongnan bajó la voz y dijo:

»—Eres Duc Dan, el coñazo del campamento. Por favor, muere discretamente. Muere en silencio y te prometo que te sacaré una foto favorecedora.

En la cafetería, uno de los Pubyok pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Basta! —gritó—. ¡Ya basta!

El comandante Ga interrumpió su historia y el viejo interrogador cerró los puños con fuerza.

—¿Acaso no os dais cuenta de cuándo os están contando una mentira? —nos preguntó—. ¿No veis que el sujeto os está tomando el pelo? Está hablando de Kim Duc Dan, intenta haceros creer que está en la cárcel. Los interrogadores no van a la cárcel, es imposible.

Otro de los veteranos se levantó.

—Duc Dan se ha retirado —dijo—. Fuisteis todos a su fiesta de despedida. Se ha ido a vivir a la playa, en Wonsan. No está en la cárcel, eso es mentira. En este momento está pintando conchas de mar. Todos visteis los folletos que recibió.

—Aún no he llegado a la parte del comandante Ga —intervino el comandante Ga—. ¿No quieren oír la historia de nuestro primer encuentro?

Pero el primer interrogador lo ignoró.

—Los interrogadores no van a la cárcel —dijo—. Joder, seguro que Duc Dan interrogó a la mitad de los internos de la Prisión 33, y este parásito debió de oír su nombre. Dinos dónde has oído ese nombre. Cuéntanos cómo sabes que tiene un ojo empañado. Confiesa que estás mintiendo. ¿Por qué te niegas a contarnos la verdad?

El Pub yok del zapato se levantó. Tenía varias cicatrices irregulares bajo el pelo gris y pulcro.

—Ya basta de cuentos —exclamó, y nos dirigió una mirada de asco que revelaba a las claras lo que pensaba de los métodos de nuestro equipo. Entonces se volvió hacia Ga—. Se acabaron las patrañas —dijo—. Dinos qué hiciste con el cuerpo de la actriz o te juro por la sangre de Inchon que nos lo van a contar tus uñas.

La mirada que le dirigió el comandante Ga hizo que el anciano le echara mano: le vertieron *pu-erh* ardiendo sobre las heridas de la cara antes de llevárselo a rastras. Nosotros nos marchamos corriendo a nuestra oficina y empezamos a rellenar formularios con la esperanza de recuperarlo.

La División 42 no aprobó nuestro informe de emergencia hasta la medianoche. Con la autorización de custodia provisional en mano, nos dirigimos al ala de torturas, un lugar al que nuestro equipo no iba casi nunca, a rescatar al comandante Ga. Indicamos a los becarios que comprobaran las cámaras de calor, aunque todas las luces rojas estaban apagadas. Echamos también un vistazo en las celdas de privación sensorial y en los tanques de aislamiento, donde los sujetos recibían los primeros auxilios básicos y tenían ocasión de recuperar el aliento. Levantamos la trampilla del suelo y bajamos por las escaleras que

llevaban al sumidero. Había numerosas almas perdidas ahí abajo, y aunque todas estaban demasiado idas como para tratarse de Ga, comprobamos los nombres de las tobilleras, les levantamos la cabeza y los enfocamos con la linterna en las pupilas, que tardaron mucho en dilatarse. Finalmente, con el corazón en un puño, comprobamos la sala a la que los veteranos se referían como «el taller». Cuando abrimos la puerta, la habitación estaba a oscuras: apenas se atisbaban los destellos esporádicos de una herramienta eléctrica que giraba lentamente, conectada al techo mediante una manguera neumática amarilla. Cuando accionamos el interruptor, el sistema de ventilación se puso en marcha y las hileras de fluorescentes parpadearon antes de encenderse. En la sala (impoluta, esterilizada) tan solo había cromo, mármol y las nubecitas blancas que desprendíamos al respirar.

Encontramos al comandante Ga en su habitación. Lo habían metido en la cama mientras andábamos buscándolo, con la cabeza apoyada en las almohadas. Alguien le había puesto la camisa de dormir. Contemplaba la pared del fondo con mirada de perplejidad. Comprobamos sus signos vitales y también si estaba herido, aunque lo que había sucedido era evidente: presentaba puntos de presión en la frente y en el cráneo a causa de los tornillos del halo, un instrumento que impedía que el sujeto sufriera lesiones en el cuello durante la administración craneal de electricidad.

Le servimos agua en un vaso de plástico y se la dimos a beber, pero se le cayó toda por las comisuras de los labios.

—Comandante Ga —le dijimos—. ¿Se encuentra bien?

Levantó la cabeza y nos miró como si acabara de vernos, aunque le habíamos tomado el pulso, la temperatura y la presión sanguínea.

—¿Esta es mi cama? —nos preguntó. A continuación sus ojos vagaron por la habitación y se posaron en la mesita de noche—. ¿Esos son mis melocotones?

—¿Les ha dicho lo que le pasó a la actriz? —le preguntamos.

Nos miró alternativamente con una sonrisa vaga en los labios, como si buscara alguien capaz de traducirle la pregunta a un idioma que él comprendiera.

Negamos con la cabeza, indignados, y nos sentamos en el borde de la cama del comandante Ga para fumar un cigarrillo mientras nos pasábamos el cenicero por encima de su silueta, bajo las sábanas. Los Pubyok le habían arrancado lo que querían saber y ya no habría biografía; no estableceríamos ninguna relación con el sujeto, ni triunfaría la inteligencia. Nuestro número dos era un hombre al que mentalmente yo llamaba Leonardo porque tenía cara de niño, como el actor de *Titanic*. En una ocasión había visto el nombre real de Leonardo en un expediente, pero nunca me dirigía a él utilizando ningún nombre. Leonardo dejó el cenicero encima del vientre del comandante Ga y dijo:

—Me apuesto algo a que lo fusilarán delante del Gran Palacio de Estudios del Pueblo.

—No —repuse—, sería demasiado oficial. Seguramente lo harán en el mercado que hay debajo del puente de Yang-gakdo, y dejarán que la historia se propague a través de rumores.

—Si al final resulta que hizo lo impensable con ella —dijo Leonardo—, desaparecerá sin más. No encontrarán ni el meñique del pie.

—Si hubiera sido el auténtico comandante Ga —observó Jujack—, una persona famosa, un *yangban*, habrían llenado el estadio de fútbol.

El comandante Ga seguía ahí, junto a nosotros, aletargado como un niño con rubeola. Q-Ki fumaba como una cantante, con el cigarrillo en la punta de los dedos. A juzgar por su expresión distante supuse que estaba considerando lo impensable.

—Me pregunto qué nos habría preguntado —dijo sin embargo.

Jujack se fijó en el tatuaje de Ga, que asomaba bajo la camisa de dormir.

—Debía de amarla —observó—. Uno no se hace un tatuaje como ese si no es por amor.

No éramos investigadores criminales ni nada que se le pareciera, pero llevábamos suficiente tiempo dedicándonos a aquello como para saber el caos que podía surgir del manantial del amor.

—Según los rumores, desnudó a Sun Moon antes de matarla —dije yo—. ¿Eso es amor?

Leonardo observaba a nuestro sujeto desde debajo de sus largas pestañas.

—Yo solo quería saber cómo se llamaba de verdad —dijo.

Apagué mi cigarrillo y me levanté.

—Supongo que ha llegado el momento de felicitar a los vencedores y de ir a buscar la última morada de nuestra actriz nacional.

La sala de los Pub yok se encontraba dos plantas más abajo. Cuando llamé a la puerta me respondió un extraño silencio, aunque yo tenía la impresión de que aquellos tipos se pasaban el día jugando a ping-pong, cantando karaoke y lanzando cuchillos. Finalmente Sarge abrió la puerta.

—Parece que han obtenido lo que querían de su hombre —lo felicité—. El halo no miente nunca.

Delante de Sarge había un par de Pub yok sentados a la mesa, mirándose fijamente las manos.

—Adelante, recreense tanto como quieran —les dije—. Solo siento curiosidad por la historia del tipo. Me conformo con saber cómo se llama.

—No nos lo ha dicho —respondió Sarge.

No tenía demasiada buena cara. Supuse que tener a un sujeto tan prominente entre manos debía de comportar una presión considerable y, por otro lado, tendía a olvidar que Sarge rondaría ya los setenta años. Pero estaba pálido y tenía cara de no haber dormido mucho.

—No se preocupe —le dije—. Reconstruiremos todos los detalles a partir de la escena del crimen. Cuando tengamos a la actriz, lo averiguaremos todo sobre el tipo.

—Se ha negado a hablar —reconoció Sarge—. No nos ha dicho nada.

Me lo quedé mirando con expresión de incredulidad.

—Le hemos puesto el halo —explicó Sarge—, pero él se ha refugiado en algún lugar lejano, fuera de nuestro alcance.

Asentí al tiempo que lo asimilaba y respiré profundamente.

—Comprenderá que ahora Ga es nuestro —le dije—. Ustedes ya lo han intentado.

—Yo no creo que sea de nadie —respondió Sarge.

—Esa patraña que ha contado sobre Duc Dan... —comencé—. Cuando un sujeto miente para sobrevivir se nota mucho. Ahora mismo Duc Dan está construyendo castillos de arena en Wonsan.

—No lo ha retirado —explicó Sarge—. Le hemos administrado una descarga de gran potencia en el cerebro, pero el capullo se ha negado a retirarlo. —Sarge me miró por primera vez—. ¿Por qué no escribe nunca Duc Dan? En todos estos años, ni uno de los viejos interrogadores ha mandado una triste carta a su antigua unidad de Pubyok.

Encendí un cigarrillo y se lo pasé a Sarge.

—Prométame que cuando llegue a esa playa no pensará nunca más en este lugar —le dije—. Y no deje jamás que un sujeto se le meta en la cabeza. Eso me lo enseñó usted. ¿Recuerda lo verde que estaba yo entonces?

Sarge esbozó una media sonrisa.

—Aún lo está —declaró.

Le di una palmada en la espalda y fingí que pegaba un puñetazo en el marco metálico de la puerta. Sarge negó con la cabeza y se rio.

—Al final lo vamos a tumbar, ya lo verá —le dije, y me marché.

Subí corriendo los dos tramos de escaleras.

—¡El caso Ga sigue abierto! —exclamé nada más abrir la puerta de sopetón.

Los miembros del equipo acababan de encenderse el segundo cigarrillo y levantaron todos la vista.

—No le han podido sonsacar nada —les expliqué—. Y ahora es nuestro.

Nos volvimos hacia el comandante Ga, que tenía la boca abierta, tan útil como un lichi. A tomar por saco el racionamiento: Leonardo encendió un tercer cigarrillo para celebrarlo.

—Disponemos de unos días antes de que vuelva a estar en condiciones —dijo—. Eso suponiendo que luego no surjan problemas de memoria. Mientras tanto podemos centrarnos en el trabajo de campo. Tenemos que registrar la casa de la actriz, a ver qué desenterramos.

—El sujeto respondió a una figura materna en un contexto de cautiverio —comentó Q-Ki—. ¿Tenemos alguna posibilidad de encontrar a una interrogadora veterana, alguien de la edad de Mongnan, capaz de llegar hasta él?

—Mongnan —repitió Ga, con la mirada perdida.

Yo negué con la cabeza: no existía nadie con ese perfil.

Era cierto: no disponer de interrogadoras nos colocaba en situación de desventaja. Vietnam había sido un pionero en ese sentido, y bastaba con ver los pasos que habían dado países como Chechenia o Yemen. Los Tigres Tamiiles utilizaban exclusivamente a mujeres para este fin.

Juack decidió intervenir.

—¿Por qué no traemos a Mongnan aquí, le ponemos una cama en esta habitación y grabamos todo lo que digan durante una semana? —propuso.

En comandante Ga pareció percatarse de nuestra presencia.

—Mongnan está muerta —dijo.

—Eso es absurdo —replicamos nosotros—. No hay motivos para preocuparse, seguramente estará bien.

—No —insistió él—. Vi su nombre.

—¿Dónde? —le preguntamos.

—En el ordenador central.

Estábamos todos sentados alrededor del comandante Ga, como si fuéramos una familia. Se suponía que no debíamos contárselo, pero lo hicimos de todos modos.

—No existe ningún ordenador central —le dijimos—. Es una

estratagema que hemos ideado nosotros para lograr que los sujetos revelen información crucial. Les decimos que el ordenador contiene el paradero de todos los habitantes de Corea, del Norte y también del Sur, y que como recompensa a cambio de sus historias les dejaremos comprobar una lista de las personas a las que desean encontrar. ¿Entiende lo que le estamos diciendo, comandante Ga? El ordenador no contiene ninguna dirección, tan solo guarda los nombres que uno introduce. Así luego sabemos qué personas son importantes para el sujeto y las podemos arrestar.

Pareció que Ga asimilaba parte de todo aquello, que volvía un poco en sí.

—Mi pregunta —dijo.

Era cierto, aún le debíamos una respuesta.

En la academia habíamos aprendido el viejo dicho sobre la terapia de choque: «El voltaje eléctrico cierra el Ático pero abre el sótano», es decir, que tiende a afectar a la memoria funcional del sujeto, pero deja las impresiones más profundas intactas y fácilmente accesibles. Así pues, si Ga estaba lo bastante lúcido, a lo mejor se nos presentaba una oportunidad. Y, la verdad, estábamos dispuestos a aprovechar lo que se nos ofreciera.

—Cuéntenos su recuerdo más antiguo —le dijimos— y luego nos podrá formular su pregunta.

Ga empezó a hablar como lo hacen los lobotomizados, sin pensar ni calcular, con voz apagada y monótona:

—Yo era un niño —comenzó—. Fui a dar un largo paseo y me perdí. Mis padres eran unos soñadores y no se dieron cuenta de que había desaparecido. Cuando salieron a buscarme era ya tarde: me había alejado demasiado. Se levantó un viento frío, que dijo: «Ven, pequeño, duerme en mis ondulantes sábanas blancas», y yo pensé: «Ahora me voy a morir de frío». Corrí para escapar del frío y una mina dijo: «Ven, protégete en mis profundidades», y yo pensé: «Ahora me caeré ahí dentro y me moriré».

Corrí hasta los campos donde tiran la basura y abandonan a los enfermos para que mueran. Allí, un fantasma dijo: «Déjame entrar en ti y te calentaré desde dentro», y yo pensé: «Ahora me voy a morir de fiebre». Entonces se me acercó un oso y me habló, pero yo no entendía su idioma. Corrí hacia el bosque pero al ver que el oso me seguía, pensé: «Ahora voy a morir devorado». El oso me cogió entre sus fuertes patas y me acercó a él. Me peinó con sus grandes zarpas. Hundió una pata en miel y acercó la garra a mis labios. Y entonces dijo: «Ahora aprenderás a hablar en idioma oso, te convertirás en el oso y estarás a salvo».

Todos reconocimos la historia: era la que les contaban a todos los huérfanos. En esta, el oso representaba el amor eterno de Kim Jong-il. Así pues, el comandante Ga era un huérfano. Sacudimos la cabeza ante aquella revelación. Nos provocó escalofríos la forma en que había contado la historia, como si en realidad el protagonista fuera él y no un personaje, como si él, personalmente, hubiera estado a punto de morir de frío, de hambre, de fiebre, o a causa de un accidente en una mina, (lomo si hubiera lamido la miel de las garras del Querido Líder. Pero ese es el poder universal de los cuentos.

—¿Mi pregunta? —dijo Ga.

—Sí, naturalmente —le respondimos—. Pregunte lo que quiera.

El comandante Ga señaló la lata de melocotones que había junto a la cama.

—¿Esos son mis melocotones? —preguntó—. ¿O son suyos? ¿O son de Camarada Buc?

Nadie respondió, pero todos nos acercamos un poco más hacia a él.

—¿Quién es Camarada Buc? —le preguntamos.

—Camarada Buc —dijo Ga mirándonos a la cara uno a uno, como si todos fuéramos Camarada Buc—. Perdóneme por lo que le hice, siento mucho lo de la cicatriz.

Entonces se le desenfocaron los ojos y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Estaba frío, pero cuando le pusimos el termómetro presentaba

una temperatura normal: la electricidad puede alterar profundamente la regulación térmica corporal. Cuando estuvimos seguros de que se trataba solo de cansancio, Jujack nos llevó a un rincón de la habitación y, entre susurros, dijo:

—Ese nombre, Camarada Buc, me suena. Acabo de verlo en una de las tobilleras, en el sumidero.

Entonces fue cuando encendimos un cigarrillo, se lo pusimos al comandante Ga en los labios y nos preparamos para hacer otra visita a las cloacas que había debajo del complejo de tortura.

Cuando los interrogadores se hubieron marchado, el comandante Ga se quedó en la oscuridad, fumando. En la escuela de dolor le habían enseñado que debía encontrar una reserva, un lugar suyo y de nadie más al que acudir en momentos insoportables. Una reserva de dolor era como cualquier otra reserva: había que rodearla con una verja, custodiarla y mantenerla impoluta, y también había que encargarse de los intrusos. Nadie podía saber nunca cuál era tu reserva de dolor, porque si la perdías, lo habías perdido todo.

En la prisión, cuando una roca le aplastaba las manos o lo golpeaban con una porra en el cuello, intentaba trasladarse a la cubierta del *Junma*, con su dulce vaivén. Cuando el frío le paralizaba los dedos de dolor, intentaba penetrar en la canción de la diva de la ópera, penetrar en su voz misma, ocultarse bajo el amarillo del vestido de la mujer del segundo oficial, o cubrirse la cabeza con un edredón americano, pero en realidad nada de eso daba resultado. Solo encontró su reserva tras ver la película de Sun Moon. Ella lo salvó de todo. Cuando su pico golpeaba contra una roca helada, en la chispa que saltaba percibía la vitalidad de la mujer.

Cuando una ola de polvo mineral barría un túnel y lo obligaba a doblarse, con un ataque de tos, ella le devolvía el aliento. La vez en que había pisado un charco electrificado, Sun Moon se le había aparecido y su corazón había vuelto a latir.

Por eso, aquel día, cuando el viejo Pubyok de la División 42 lo había conectado al halo, Ga había acudido a ella. Incluso antes de que le fijaran las empulgueras a la cabeza, él ya les había dado la espalda y había regresado al momento en que se había encontrado físicamente delante de Sun Moon por primera vez. No había creído que pudiera llegar a conocerla realmente hasta que un día había logrado atravesar las puertas de la Prisión 33, hasta que el alcaide había ordenado a los guardas que abrieran las puertas y él había atravesado el umbral de alambre de púas y había oído cómo la puertas se cerraban tras de sí. Iba vestido con el uniforme del comandante Ga y en una mano llevaba una caja de fotografías que le había entregado Mongnan. En el bolsillo tenía la cámara y el DVD de *Casablanca*, que había custodiado durante tanto tiempo. Armado de todas esas cosas, atravesó el barro hacia el coche que iba a llevarlo junto a ella.

Al subir al Mercedes, el chófer se volvió hacia él con una mirada de sorpresa y confusión. El comandante Ga se fijó en el termo del salpicadero. Llevaba un año sin probar el té.

—No me vendría nada mal una taza de té —dijo.

El chófer no se movió.

—¿Y tú quién coño eres? —preguntó.

—¿Eres homosexual? —fue la respuesta del comandante Ga.

El chófer se lo quedó mirando con incredulidad y finalmente negó con la cabeza.

—¿Estás seguro? ¿Te has hecho la prueba?

—Sí —dijo el chófer, confundido—. No —añadió entonces.

—Sal del coche —le ordenó el comandante Ga—. Ahora el comandante Ga soy yo. Ese otro hombre ya no existe. Si crees que tu lugar está con él,

puedo llevarte donde está, en el fondo de la mina. Porque o eres su chófer o eres el mío. Y si eres mi chófer, me servirás una taza de té y me llevarás a un lugar civilizado donde pueda respirar. Y luego me dejarás en casa.

—¿En casa?

—Sí, en casa. Con mi mujer, la actriz Sun Moon.

Y entonces Ga se puso en marcha hacia donde se encontraba Sun Moon, la única persona que podía hacer desaparecer todo el dolor que había sufrido durante el camino que lo había llevado hasta ella. Un cuervo remolcó su Mercedes a través de las carreteras de montaña. Mientras tanto, en el asiento trasero, Ga echó un vistazo a la caja que le había entregado Mongnan, y que contenía miles de fotografías. Mongnan había juntado las fotografías de ingreso y de salida de los internos, una al lado de la otra: miles y miles de personas, aquí vivas y aquí muertas. Le dio la vuelta a la caja, de modo que las fotos de salida le quedaban de frente: cuerpos aplastados, retorcidos y doblados en ángulos inverosímiles. Reconoció a víctimas de derrumbamientos y de palizas. En algunas de las fotografías ni siquiera era capaz de decir qué estaba viendo. Los muertos, por lo general, parecía que durmieran, y los niños, que habían sido víctimas del frío, estaban enroscados y hechos un ovillo. Mongnan era una mujer meticulosa y el catálogo era completo. Aquella caja, comprendió de repente, era lo más parecido que había en su país al listín telefónico que había visto en Texas.

Volvió a darle la vuelta a la caja y se fijó en las fotos de ingreso, en las que los fotografiados miraban a cámara con expresión sombría, vacilante, sin atreverse a imaginar la pesadilla que los aguardaba. De hecho, mirar aquellas fotografías todavía resultaba más duro. Finalmente encontró su foto de ingreso y le dio lentamente la vuelta: esperaba sinceramente verse a sí mismo muerto, pero no fue así. Por un momento no pudo sino maravillarse de ello. Entonces se fijó en la luz que se reflejaba en los árboles que iban pasando al otro lado de la ventanilla. Estudió los

movimientos del cuervo que llevaban delante: la cadena de remolque tintineaba al aflojarse para luego volver a tensarse. Recordó las cáscaras de huevo que giraban caprichosamente en la trasera del cuervo que lo había llevado hasta allí. En su foto no se veían los moribundos en los catres; no se veían sus manos, de las que goteaba agua helada, sanguinolenta, pero sus ojos... Es imposible no darse cuenta de que, aunque estén abiertos de par en par, se niegan a ver lo que tienen enfrente. Parece un niño, como si todavía estuviera en el orfanato y creyera todavía que todo irá bien, que podrá evitar el destino que espera a todos los huérfanos. Id nombre que había escrito con tiza sobre la pizarrita le resultaba totalmente extraño. Aquella era la única foto que existía de aquella persona, la persona que había sido. La rasgó lentamente en tiras antes de dejar que saliera volando por la ventana.

El cuervo los desenganchó a las afueras de Pyongyang, y en el Hotel Koryo las chicas le brindaron el trato habitual que dispensaban al comandante Ga: lo pusieron en remojo y lo lavaron a fondo, como siempre que regresaba de visitar una mina prisión. Le limpiaron y plancharon el uniforme, y lo metieron en una gran tina, donde las chicas le frotaron las manchas de sangre de las manos e intentaron arreglarle las uñas. A ellas les daba lo mismo que la sangre que teñía el agua jabonosa fuera suya, del comandante Ga o de otra persona. Ingrávido dentro del agua caliente, se dio cuenta de que en algún momento durante el último año su mente y su cuerpo se habían separado, que su cerebro asustado había subido a lomos de la muía que era su cuerpo, una bestia de carga que esperaba que fuera capaz de superar sola el traidor paso de montaña que era la Prisión 33. Pero en aquel momento, mientras una mujer le pasaba un paño caliente por el puente del pie, las sensaciones volvieron a acudir a su cerebro. De pronto no pasaba nada por volver a percibir las cosas, por reconocer partes de su cuerpo que había olvidado y que lo llamaban. Sus pulmones eran algo más que fuelles. De repente le parecía que su corazón podía hacer algo más que bombear sangre.

Intentó imaginar a la mujer que estaba a punto de conocer. Era consciente de que la verdadera Sun Moon no podía ser tan hermosa como la que aparecía en la pantalla, que no tendría ni la piel tan reluciente, ni una sonrisa tan radiante. Y aquella forma tan especial que tenían sus deseos de anidar en su mirada... debía de ser fruto de la proyección, algún tipo de efecto cinematográfico. Quería intimar con ella, que no tuvieran secretos y que nada se interpusiera entre los dos. Eso era justamente lo que había sentido al verla proyectada en la pared de la enfermería: que no había ni nieve ni frío entre ellos, que la tenía allí mismo, a su lado, una mujer que lo había dado todo, que había renunciado a su libertad y había entrado en la Prisión 33 solo para salvarlo. Esperar hasta el último momento para contarle a la mujer del segundo oficial que ya le habían encontrado dos maridos de reemplazo había sido un error, ahora Ga se daba cuenta. No pensaba dejar que ningún secreto estropeara las cosas con Sun Moon. Porque eso era lo mejor de su relación: que tenían la oportunidad de volver a empezar, de librarse de todo. Lo que había dicho el capitán sobre lo que pasaría si recuperaba a su mujer se podría aplicar también a él y a Sun Moon: durante un tiempo serían dos desconocidos, luego pasarían por un período de descubrimiento, pero al final regresaría el amor.

Las mujeres del Hotel Koryo lo secaron con toallas y lo vistieron, y finalmente le cortaron el pelo al siete: el corte que habían bautizado como *combate fulminante* y que era el distintivo del comandante.

Al caer la tarde, el Mercedes superó el último tramo de carretera que desembocaba en la cumbre del monte Taesong. Pasaron junto al jardín botánico, el semillero nacional y los invernaderos que contenían los plántulos de kimsunguias y kimjonguillas. Dejaron atrás el Zoológico Central de Pyongyang, que a aquellas horas del día estaba cerrado. En el asiento contiguo del coche había algunas de las pertenencias del comandante Ga. Había un tarro de colonia; se roció con ella enseguida. «He aquí mi olor», pensó, y entonces cogió la pistola del comandante Ga.

«He aquí mi pistola», pensó. Apartó la corredera lo justo para ver la bala que asomaba en la recámara. «Soy el tipo de hombre que siempre tiene una bala a punto.»

Finalmente pasaron por delante de un cementerio, cuyas lápidas con bustos de bronce desprendían un fulgor anaranjado. Era el Cementerio de los Mártires Revolucionarios y sus 114 inquilinos, que habían muerto antes de poder engendrar, daban nombre a todos los huérfanos del país. Finalmente llegaron a la cumbre, donde había tres casas construidas para los ministros de Movilización de Masas, de las Minas Prisión y de Aprovisionamiento.

El chófer se detuvo delante de la casa de en medio y el comandante Ga se dirigió por su propio pie hasta la cancela, cuyas lamas inferiores estaban cubiertas de parra de pepino y las flores de un magnífico melón. Al acercarse a la puerta de Sun Moon, notó cómo el pecho se le encogía de dolor, el dolor del capitán clavándole las agujas llenas de tinta, de la sal marina que le echaron encima del tatuaje recién terminado, y de la mujer del segundo oficial haciendo que le supurase la infección con una toalla humeante. Se detuvo ante la puerta, respiró profundamente y llamó.

Casi al instante, Sun Moon le abrió. Iba vestida con una blusa ancha bajo la que sus pechos oscilaban con toda libertad. Ya había visto una bata de andar por casa como aquella en otra ocasión, en Texas, colgada en el baño de su cuarto de invitados. Sin embargo, aquella era blanca y mullida, mientras que la de Sun Moon estaba apelmazada y cubierta de manchas de salsas diversas. No llevaba maquillaje y el pelo suelto le caía sobre los hombros. Tenía el rostro colmado de excitación y posibilidades, y de pronto él sintió cómo la terrible violencia de aquel día lo abandonaba. Atrás quedaba el combate que lo había enfrentado a su marido, y también la funesta mirada del alcaide. Borradas estaban las multitudes que Mongnan había capturado con su cámara. Aquella casa era una buena casa, pintada de blanco con adornos rojos, todo lo contrario

que la casa del supervisor de la fábrica de conservas. Se notaba que en esta nunca había pasado nada malo.

—Ya estoy en casa —le dijo.

Ella miró por encima de su hombro, echó un vistazo al patio y a la calle.

—¿Has venido a traerme un paquete? —le preguntó—. ¿Te mandan los del estudio?

Pero entonces hizo una pausa y se lijó en todas las incongruencias: aquel hombre extraño, enjuto, vestido con el uniforme de su marido, que llevaba su colonia y viajaba en su coche.

—¿Quién se supone que eres? —le preguntó.

—Soy el comandante Ga —dijo él—. Y por fin estoy en casa.

—¿Me estás diciendo que no me traes ningún guion, ni nada? —preguntó ella—. ¿Que los del estudio te han vestido así y te han mandado hasta aquí, pero que no tienes un guion para mí? Dile a Dak-Ho que esto es de mal gusto incluso para él. Esta vez se ha pasado de la raya.

—No sé quién es Dak-Ho —respondió Ga, maravillado de lo suave que Sun Moon tenía la piel y de cómo sus ojos oscuros lo observaban fijamente—. Eres aún más preciosa de lo que imaginaba.

Ella se desabrochó el cinturón de la bata y se lo ajustó aún más. Entonces levantó los brazos.

—¿Por qué tenemos que vivir en esta colina dejada de la mano de Dios? —preguntó a los cielos—. ¿Qué hago aquí arriba, cuando todo lo que importa está ahí abajo? —dijo, señalando la ciudad de Pyongyang, que a esas horas del día no era más que una bruma de edificios alrededor de la Y plateada del río Taedong. Entonces Sun Moon se acercó a él y lo miró fijamente a los ojos—. ¿Por qué no podemos vivir en el parque de Mansu? Desde ahí podría ir al estudio en el autobús exprés. ¿Cómo puedes fingir que no sabes quién es Dak-Ho? ¡Si lo conoce todo el mundo! ¿Te ha mandado aquí para tomarme el pelo? ¿Están todos ahí abajo, riéndose de mí?

—Sé que llevas mucho tiempo sufriendo —le dijo él—. Pero eso se ha terminado. Tu marido está en casa.

—Eres el peor actor del mundo —le espetó ella—. Están todos ahí abajo, en una fiesta de reparto, ¿verdad? Están todos borrachos y con ganas de guasa, buscando una actriz para un nuevo papel principal, y han decidido mandar al peor actor del mundo a lo alto de la colina solo para burlarse de mí.

So dejó caer sobre la hierba y se llevó el dorso de la mano a la frente.

—Largo, fuera de aquí. Ya te has divertido lo suficiente. Ahora ve y cuéntale a Dak-Ho cómo ha llorado la vieja actriz —dijo, e intentó secarse los ojos al tiempo que se sacaba un paquete de cigarrillos de la bata. Se encendió uno con un gesto descarado, que le daba un aspecto audaz y seductor—. Ni un solo guion, un año entero sin un guion.

Lo necesitaba; estaba clarísimo cuánto lo necesitaba.

Ella se dio cuenta de que la puerta de la casa estaba entreabierta y de que los niños los espiaban a escondidas. Se quitó una zapatilla y la arrojó con el pie contra la puerta, que se cerró inmediatamente.

—No sé nada sobre el negocio del cine —reconoció—. Pero te he traído una película, de regalo. Es *Casablanca* y se supone que es la mejor.

Ella levantó una mano y cogió el DVD, sucio y magullado, de entre sus dedos. Ojeó la carátula sin prestar atención.

—Es en blanco y negro —objetó, y la arrojó al otro lado del jardín—. Además, yo no veo películas: solo sirven para corromper la pureza de mis dotes interpretativas —añadió la mujer, que fumó contemplativamente, echada en la hierba—. ¿En serio no tienes nada que ver con el estudio? —le preguntó.

Él negó con la cabeza. La veía tan vulnerable, tan pura... ¿Cómo había logrado mantenerse así en un mundo tan cruel?

—Pues, entonces, ¿quién eres? ¿Uno de los nuevos lacayos de mi marido? ¿Te ha mandado a comprobar cómo me va mientras él está de misión secreta? Ya me conozco yo sus misiones secretas: solo él tiene la

valentía necesaria para infiltrarse en un putiferio de Minpo, solo el gran comandante Ga puede sobrevivir una semana jugando a las cartas en un club de Vladivostok.

Él se puso en cuclillas junto a ella.

—No, no, lo juzgas con demasiada dureza. Ha cambiado. Desde luego habrá cometido errores, cómo no, y lo lamenta profundamente, pero ahora lo único que importa eres tú. Te adora, estoy seguro. Te profesa una abnegación absoluta.

—Pues dile que no voy a aguantarlo mucho más. Haz el favor de comunicárselo de mi parte.

—Ahora él soy yo —respondió Ga—. Se lo puedes decir tú misma.

Ella respiró hondo y negó con la cabeza.

—Así pues, quieres ser el comandante Ga, ¿eh? —le preguntó—. ¿Tú sabes qué te haría si se enterara de que utilizas su nombre? Sus «pruebas» de taekwondo son reales, ¿sabes? Y lo han enemistado con todo el mundo en esta ciudad, por eso no me dan ningún papel. ¿Por qué no te puedes reconciliar con el Querido Líder? ¿Tanto te cuesta inclinarte ante él en la ópera? ¿Se lo preguntarás a mi marido de mi parte? Bastaría con eso: un solo gesto público y el Querido Líder lo perdonaría todo.

Él alargó la mano para secarle la mejilla, pero ella se apartó.

—¿Ves estas lágrimas? —le preguntó Sun Moon—. ¿Las ves? ¿Puedes hablarle a mi marido de ellas? Dile que no vaya a más misiones, por favor. Y que no quiero que me mande más lacayos para que me hagan de canguro.

—Ya lo sabe —dijo él—. Y lo siente mucho. ¿Le puedes hacer un favor? Él lo valoraría mucho.

Ella se volvió de lado sobre la hierba y los pechos le oscilaron bajo la bata. Tenía la nariz llena de mocos.

—Vete —le dijo.

—Me temo que no puedo —contestó él—. Como ya he te dicho, ha sido un viaje muy largo y apenas acabo de llegar. El favor que te pido no es

nada, una nimiedad para una actriz como tú. ¿Recuerdas esa parte de *Una auténtica hija del país*, cuando estás buscando a tu hermana y tienes que cruzar el estrecho de Inchon, que aún arde mientras el acorazado *Koryo* se va a pique? Te sumerges en el agua y eres aún una sencilla pescadora de Cheju, pero tras nadar por entre los cadáveres de tantos patriotas, en las aguas teñidas de sangre, vuelves a salir convertida en otra persona, una soldado, con una bandera medio quemada en las manos, y entonces dices una frase. ¿La recuerdas? ¿La podrías repetir para mí?

Hila no pronunció las palabras, pero a él le pareció percibir las en sus ojos: «Existe un amor más grande, que cuando estamos hundidos nos reclama desde lo más alto». Sí, las palabras atravesaron su mirada. Eso es lo que distingue a una verdadera actriz, la capacidad de hablar solo con la expresión.

—¿No sientes que todo encaja? —le preguntó—. ¿Que a partir de ahora todo va a ser diferente? Cuando estaba en la cárcel...

—¿En la cárcel? —se sorprendió ella, incorporándose—. ¿De qué conoces a mi marido, exactamente?

—Tu marido me ha atacado esta mañana —le respondió—. Estábamos en un túnel, en la Prisión 33, y lo he matado.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Cómo?

—Bueno, creo que lo he matado. Estaba oscuro, o sea que no estoy seguro, pero mis manos saben lo que hacen.

—¿Es esta una de las pruebas de mi marido? —preguntó Sun Moon—. Porque si es que sí, esta vez se ha superado en mal gusto. ¿Y tu misión consiste en informar de cómo he encajado esa noticia? ¿Si he bailado de alegría o me he ahorcado de pena? No me puedo creer que haya caído tan bajo. Es un niño, nada más, un niño asustado. Solo alguien así es capaz de someter a una anciana del parque a una prueba de lealtad. Solo el comandante Ga puede obligar a su hijo a hacerse una prueba de virilidad. Ah, y por cierto: también tiene pruebas para sus secuaces, y cuando

suspenden no se vuelve a saber nunca más de ellos.

—Tu marido no va a poner a prueba a nadie más —dijo él—. Ahora lo único que importa en su vida eres tú. Con el tiempo te darás cuenta.

—Ya basta —lo interrumpió ella—. Esto ya no tiene gracia. Es hora de que te vayas.

El comandante Ga levantó la vista hacia la puerta y ahí estaban los niños, observando en silencio: una niña de unos siete años y un niño un poco más pequeño. Sujetaban del collar a un perro de lomo ancho y pelaje reluciente.

—¡*Brando!* —lo llamó el comandante Ga, y el animal se soltó. El catahoula se acercó trotando y meneando la cola, brincó para lamerle las mejillas y acto seguido se agazapó y le mordisqueó los talones—. Lo recibiste —le dijo a Sun Moon—. No me puedo creer que lo recibieras.

—¿Que lo recibiera? —preguntó ella, que de pronto había adoptado un tono mucho más serio—. ¿Cómo sabes su nombre? —quiso saber—. Pero si lo hemos mantenido en secreto para que las autoridades no nos lo quiten...

—¿Que cómo sé su nombre? Pero si lo bauticé yo —respondió él—. Justo antes de enviártelo, el año pasado. *Brando* es la palabra que utilizan en Texas para decir que algo te pertenece para siempre.

—Un momento, un momento —protestó, dejando de hacer comedia—. ¿Quién eres tú, exactamente?

—Soy el buen marido. Soy el que te va a compensar por todo.

Ga reconoció la expresión de su mirada, y no era precisamente de felicidad. Sus ojos mostraban que había comprendido que a partir de aquel momento todo iba a ser distinto, que la persona que había sido y la vida que había vivido hasta entonces habían tocado a su fin. Era una constatación dura, pero con el paso de los días le resultaría más fácil asimilarla, más aún teniendo en cuenta que, seguramente, ya había adoptado esa misma mirada en el pasado, cuando el Querido Líder la había entregado a modo de trofeo al vencedor del Cinturón Dorado, el

hombre que había derrotado a Kimura.

En la oscuridad de su habitación de la División 42, el cigarrillo que el comandante Ga llevaba entre los labios ya casi se había consumido. Había sido un día largo y el recuerdo de Sun Moon lo había vuelto a salvar, pero había llegado la hora de apartarla de su mente. Sabía que podía contar con ella siempre que la necesitara. Sonrió por última vez al recordarla, y el cigarrillo le cayó de la boca y aterrizó en el lugar donde su cuello se unía a la clavícula. Allí le quemó lentamente la piel, un fulgor rojo en la habitación por lo demás oscura.

¿Dolor? ¿Qué era el dolor?

¡Ciudadanos, traemos buenas noticias! En vuestras cocinas, en vuestras oficinas, en vuestras fábricas, o dondequiera que estéis escuchando esta retransmisión, ¡subid el volumen! La primera gran noticia de la que queremos informar es que nuestra Campaña para la Transformación de la Hierba en Carne es un éxito absoluto. Aun así, es necesario subir mucha más tierra a los tejados, de modo que urgimos a todos los encargados de bloques de pisos a convocar reuniones de motivación extraordinarias.

Por otra parte, ya casi ha llegado la fecha del concurso de recetas de este año, ciudadanos. La receta ganadora se reproducirá en la fachada de la terminal central de autobuses para que todo el mundo la copie. El ganador será el ciudadano que mande la mejor receta para preparar... ¡fideos de raíz de apio!

Y ahora las noticias del mundo. Siguen las agresiones americanas. Actualmente hay dos grupos de ataque nuclear apostados en el mar del Este, mientras en las calles de Estados Unidos hay ciudadanos sin hogar, empapados en orín. En la pobre Corea del Sur, nuestra mancillada

hermanita, siguen las inundaciones y la hambruna. Pero no os preocupéis, la ayuda está de camino: nuestro Querido Líder Kim Jong-il ya ha dado las instrucciones oportunas para mandar comida y sacos de arena de forma inmediata.

Finalmente, hoy os ofreceremos el primer episodio de la Mejor Historia Norcoreana del año. Cerrad los ojos e imaginad por un momento a nuestra actriz nacional, Sun Moon. Desterrad de vuestras mentes las historias absurdas y los cotilleos que han circulado últimamente por la ciudad. Imaginadla como permanecerá para siempre en nuestra conciencia nacional. ¿Recordáis su famosa escena «febril» de *Mujer de una nación*, en la que, tras ser violada por los japoneses, el sudor de su frente se mezcla, a la luz de la luna, con las lágrimas de sus mejillas, antes de resbalar hasta sus patrióticos pechos? ¿Cómo es posible que, en ese breve trayecto, una simple lágrima empiece como una gota de perdición, se convierta luego en una gota de determinación y, finalmente, termine estallando de fervor nacional? Desde luego, ciudadanos, sabemos que conservaréis aún fresca en la memoria la imagen final de *Patria huérfana de madre*, en la que Sun Moon, vestida apenas con unas gasas ensangrentadas, emerge del campo de batalla tras rescatar la bandera nacional mientras, a sus espaldas, el ejército americano se derrumba, derrotado, entre ruinas humeantes.

Ahora imaginad su casa, que se alza sobre los pintorescos acantilados del monte Taesong. Hasta allí llegaban las fragancias purificadoras de las kimsunguias y las kimjonguillas, que crecían en los invernaderos del jardín botánico. Y, detrás de este, el Zoo Central, el zoológico más lucrativo del mundo, con más de cuatrocientos animales disponibles, vivos y disecados. Imaginad a los hijos de Sun Moon: sus espíritus angelicales llenan la casa de honorífica música *sanjo*, cortesía del *taegum* del chico y de la *gayageum* de la chica. Incluso nuestra actriz nacional tiene que colaborar en la causa del pueblo, por eso está enlatando quelpo para preparar a su familia para la eventualidad de otra Fatigosa Marcha.

El quelpo llega a nuestras costas en cantidades suficientes como para alimentar a millones de personas y, una vez seco, sirve también para hacer sábanas, como aislante, como estimulante para la virilidad masculina y para alimentar las centrales eléctricas locales. ¡Fijaos en el reluciente *choson-ot* de Sun Moon mientras limpia las latas, y en cómo el vapor hace brillar los contornos de su feminidad!

Llamaron a la puerta. Su casa queda tan apartada que no llamaba nunca nadie. Este es el país más seguro del mundo, donde la criminalidad es algo inaudito, de modo que Sun Moon no temió por sí misma. Pero aun así dudó un instante. Su marido, el comandante Ga, era un héroe y a menudo, como en aquel momento, debía abandonar su casa para tomar parte en peligrosas misiones. ¿Y si le había pasado algo y habían enviado a un mensajero del Estado para comunicarle la mala noticia? Sun Moon sabía que el comandante Ga se debía a su país y a su gente, y que no debía considerarlo suyo, pero no podía evitarlo, tal era el amor que sentía por él. ¿Cómo lo iba a evitar?

Abrió la puerta y ahí estaba el comandante Ga: llevaba el uniforme almidonado, y la Estrella de Rubíes y la Llama Eterna de Juche prendidas al pecho. El comandante entró en la casa y, ante la gran belleza de Sun Moon, la desnudó con la mirada. Fijaos en cómo se recrea en las curvas que se insinúan bajo su bata y en el hecho de que cada pequeño movimiento le agita el pecho. ¡Fijaos en cómo este cobarde trata la gran modestia coreana de Sun Moon como si fuera basura!

El buen ciudadano se preguntará: ¿cómo es posible que llamen cobarde a un héroe como el comandante Ga? ¿No es acaso cierto que el comandante Ga concluyó con éxito seis misiones de asesinato en los túneles que se abren bajo la zona desmilitarizada? ¿No ostenta el Cinturón Dorado de taekwondo, la disciplina de artes marciales más mortífera del mundo? ¿Acaso Ga no se ganó el derecho a tomar como esposa a la actriz Sun Moon, estrella de películas como *Devoción inmortal* o *La caída de los opresores*?

¡La respuesta, ciudadanos, es que no se trataba del verdadero comandante Ga! Fijaos en el retrato del auténtico comandante que hay colgado en la pared, detrás de este impostor. El hombre de la fotografía tiene las espaldas anchas, las cejas hirsutas y los dientes gastados de tanto rechinarlos agresivamente. Y ahora echad un vistazo al tipo larguirucho que lleva el uniforme del comandante: el pecho hundido, orejas de mujer, apenas un fideo que se insinúa bajo los pantalones.

Ciertamente es un insulto hacerle el honor a este impostor de llamarlo comandante Ga, pero para empezar esta historia nos servirá.

—Soy el comandante y exijo que me trates como me corresponde —le ordenó.

Aunque sus instintos le decían que no era cierto, Sun Moon tuvo el buen juicio de dejar a un lado sus sentimientos y confiar en el consejo de un funcionario del Gobierno, pues el hombre atesoraba el rango de ministro. En caso de duda, vuestros líderes os mostrarán siempre cuál es la actitud apropiada.

Y, no obstante, pasó dos semanas recelando de él. El comandante Ga tenía que dormir en el túnel, con el perro, y solo podía salir una vez al día para probar el caldo que ella le preparaba. Estaba muy delgado, pero no protestó ni una vez por aquella sopa sin sustancia. Cada día le preparaba un baño y él podía dejar el túnel y entrar en casa para lavarse. A continuación, como una buena esposa, Sun Moon se bañaba con el agua que él dejaba. El comandante Ga, por su parte, volvía al túnel con el can, un animal que no ha nacido para ser domesticado. La bestia había pasado un año entero mordisqueando los muebles y orinándose por todas partes a placer. Ni todos los golpes que le había propinado el marido de Sun Moon habían logrado someterlo a su obediencia. Ahora, el comandante Ga pasaba el tiempo en el túnel, enseñando al animal a obedecer a la voz de «siéntate», «échate al suelo» y otras expresiones indolentes propias del capitalismo. Pero, desde luego, la peor de las instrucciones era «ataca», con la que instigaba a la bestia a practicar la caza mayor en

terrenos que pertenecen al pueblo.

Pasaron dos semanas viviendo según esta rutina, como si pensarán que solo por ello el auténtico marido se presentaría un día en casa y todo volvería a ser como si no hubiera desaparecido nunca; como si el hombre que se había instalado en su casa no fuera más que una pausa para fumar durante una de sus épicas interpretaciones cinematográficas. Ciertamente, era una situación difícil para la actriz: observad su postura, fijaos en su porte, con los dos pies plantados en el suelo y los brazos cruzados. Pero, ¿acaso creía que el dolor de sus películas era inventado, que la representación del sufrimiento nacional era una ficción? ¿De veras creía que podía convertirse en el rostro de una Corea que ha pasado mil años recibiendo golpes sin perder un marido o dos por el camino?

En cuanto al comandante Ga, o quienquiera que fuera, en su día se había convencido de que había dejado atrás la vida en los túneles. Este en concreto era una pequeña galería, lo bastante alta como para levantarse, sí, pero de apenas quince metros de profundidad, lo justo para adentrarse en el patio y tal vez la calle. Dentro había barriles de provisiones para la siguiente Fatigosa Marcha, una única bombilla y una silla. Había una extensa colección de DVD, pero ninguna pantalla donde verlos. Y, no obstante, al comandante lo hacía feliz oír, unos metros más arriba, cómo el chico arrancaba unas notas inseguras a su *taegum*. Era un placer escuchar los trabajos de una madre por instilarle a su hija la melancolía del *gayageum*: casi lograba ver sus *choson-ots* extendidos sobre el suelo mientras se inclinaban para arrancarle las notas más tristes al instrumento. Por la noche, la actriz andaba de un lado para otro tras las puertas cerradas del dormitorio y, desde su túnel, el comandante Ga casi podía ver sus pies posarse en el suelo, tal era la atención que prestaba a sus movimientos. Trazó un mapa mental del dormitorio a partir de los pasos que ella necesitaba para ir de la ventana a la puerta, y creía estar seguro de poder ubicar la cama, el armario ropero y el tocador basándose tan solo en los rodeos que daba para sortear dichos objetos. Era casi como

estar en el dormitorio con ella.

En la mañana del decimocuarto día ya había aceptado que su vida iba a discurrir de aquella forma durante un largo tiempo y se había reconciliado con la idea, ajeno a que una paloma se dirigía hacia él con un glorioso mensaje en su pico. El ave, que habían liberado en la capital, revoloteó sobre el río Taedong, que fluía serpenteante por sus verdes y plácidos meandros, mientras, en las orillas, patriotas y vírgenes paseaban de la mano. La paloma pasó volando por encima de un grupo de chicas de las Tropas de Jóvenes Juche que, ataviadas con sus encantadores uniformes y con hachas sobre los hombros, se dirigían brincando a cortar madera en el parque de Mansu. Con regocijo, el pájaro blanco descendió en picado sobre el estadio Primero de Mayo, el más grande del mundo, y batió las alas con orgullo sobre la inmensa llama roja de la Torre Juche. A continuación volvió a elevarse, monte Taesong arriba, y dobló un ala para saludar a los flamencos y los pavos reales del Zoológico Central, antes de virar para evitar las verjas electrificadas que rodean el jardín botánico, preparadas para repeler el siguiente ataque sorpresa de los americanos. Mientras sobrevolaba el Cementerio de los Mártires Revolucionarios soltó una lágrima patriótica y acto seguido se posó en el alféizar de la ventana de Sun Moon y depositó la nota en su mano.

Al ver que se abría la trampilla del túnel, el comandante Ga levantó la mirada. Cuando Sun Moon se agachó, la túnica se le abrió ligeramente, como si en su generosa feminidad se insinuara la gloria de todo un país. La actriz leyó la nota:

—«Comandante Ga, ha llegado el momento de volver al trabajo.»

El chófer lo estaba esperando para acompañarlo a la ciudad más hermosa del mundo: observad sus calles anchas y sus altos edificios, ¡intentad encontrar un rastro de basura o un simple grafiti! Grafiti, ciudadanos, es el nombre que recibe el hábito de los capitalistas de pintarrajear sus edificios públicos. Aquí no hay molestos anuncios, ni teléfonos móviles, ni aviones en el cielo. ¡E intentad apartar los ojos de

nuestras agentes de tráfico!

Al cabo de poco, el comandante Ga se encontraba en la tercera planta del Edificio 13, el complejo de oficinas más moderno del mundo. Fuuu, fuuu, zumbaban los conductos de vacío a su alrededor. Blip, blip, pitaban las pantallas verdes de los ordenadores. Encontró su despacho de la tercera planta y le dio la vuelta a la placa con su nombre, como para recordarse a sí mismo que era el comandante Ga, ministro de las Minas Prisión, y que estaba al cargo del sistema carcelario más espléndido del mundo: no hay en otra parte prisiones como las de Corea del Norte, ni tan productivas, ni tan propicias para la reflexión personal. Las prisiones del Sur están llenas de máquinas de discos y pintalabios, lugares donde los hombres esnifan cola y cometen abominables actos de impudicia.

Con un fuuu, el tubo de vacío depositó una cápsula en el receptáculo que había en el escritorio del comandante Ga. Este la abrió y sacó la nota, escrita en la parte trasera de un formulario de requisición. «Prepárese para el Querido Líder», decía. Miró alrededor de la oficina para intentar identificar al autor de la nota, pero todos los escuchas de teléfonos estaban muy ocupados, escribiendo lo que oían a través de sus auriculares azules, y todos los equipos de aprovisionamiento tenían la cabeza oculta bajo las capuchas negras de los ordenadores.

Al otro lado de la ventana había empezado a caer una débil llovizna, y el comandante Ga distinguió a una anciana ataviada con un vestido casi transparente de tan viejo, que se encaramaba a las ramas de una encina para recoger bellotas, aunque todos los ciudadanos saben que eso está prohibido hasta que la temporada de bellotas se abre oficialmente. A lo mejor, los años de inspección carcelaria habían instilado en el comandante Ga una debilidad por los ciudadanos más ancianos.

Fue entonces cuando todo el mecanismo de conductos de vacío se detuvo y, en el silencio que se produjo a continuación, todos levantaron la mirada hacia el laberinto que recorría el techo, conscientes de lo que estaba a punto de suceder: el sistema se estaba preparando para transmitir

un mensaje personal del Querido Líder. De repente el silbido de la succión empezó de nuevo y todos vieron cómo una cápsula dorada atravesaba la maraña de tubos y caía en el receptáculo que había en un extremo del escritorio del comandante Ga.

Éste recogió la cápsula dorada. La nota que había en el interior decía tan solo: «¿Tendría la amabilidad de venir a visitarnos?».

La tensión en la sala era palpable. ¿Era posible que el comandante Ga no se levantara de inmediato y se apresurara a complacer a su glorioso líder? En lugar de eso, revolvió lo que había en su escritorio e inspeccionó atentamente un aparato que se conoce como un contador Geiger, y que sirve para detectar la presencia de material nuclear, pues nuestro país es rico en materiales nucleares subterráneos. ¿Tenía intención de poner ese valioso instrumento en marcha? ¿Pensaba asignarle un guardián para que lo custodiara? No, ciudadanos, el comandante Ga cogió el detector, salió por la ventana y trepó a una rama mojada de la encina. Se encaramó a lo alto del árbol y le entregó el instrumento a la anciana, con estas palabras:

—Véndalo en el mercado nocturno y comprese una buena comida.

Naturalmente, ciudadanos, mentía: ¡no existe tal cosa como un mercado nocturno!

Pero lo más importante es que cuando Ga volvió a entrar por la ventana nadie levantó la mirada. Todos siguieron trabajando mientras él se limpiaba las hojas del uniforme. En el Sur, los trabajadores habrían puesto el grito en el cielo porque alguien había roto las «normas», regalando una propiedad del Gobierno. Aquí, en cambio, la disciplina se impone siempre y todo el mundo sabe que nada sucede porque sí, que ningún cometido pasa por alto, que si un hombre regala un detector nuclear a una anciana que está subida a una encina será porque el Querido Líder así lo quiere. Y que si existen dos comandantes Ga, uno o ninguno, es porque el Querido Líder así lo desea.

De camino hacia su destino, el comandante Ga vio de reojo a Camarada

Buc, que lo saludó levantando los pulgares. Alguien podría considerar a Camarada Buc un hombre gracioso, incluso alegre. Y sí, tiene una adorable cicatriz que le parte la ceja y que (como su mujer es incapaz de coser) no conecta una mitad con la otra. Pero recordemos que el gesto de levantar los pulgares era el que hacían los americanos antes de soltar su carga útil sobre norcoreanos inocentes. Mirad las películas y veréis sus sonrisas y sus pulgares levantados, e inmediatamente las bombas que caen sobre la Madre Corea. Echad un vistazo a *Ataque furtivo*, en la que aparece la encantadora mujer de Ga. Volved a ver *El último día de marzo*, una dramatización del día de 1951 en que los americanos lanzaron ciento veinte mil toneladas de napalm y dejaron tan solo tres edificios en Pyongyang en pie. Así pues, ¡despedíos de Buc levantando los pulgares y no le prestéis más atención! Por desgracia, su nombre volverá a aparecer de vez en cuando, pero ya no forma parte de esta historia, de modo que a partir de este momento haréis bien en ignorarlo.

¿Y el comandante Ga? Por deficiente y pusilánime que os haya parecido, debéis saber que esta es una historia de crecimiento y de redención, en la que incluso los personajes más humildes alcanzarán la iluminación. Que esta historia os sirva de inspiración cuando os las tengáis que ver con los débiles de mente que comparten vuestros bloques de viviendas comunitarios, o con los egoístas que se terminan el jabón en vuestros pozos de baño colectivos, ya que esta historia promete tener el final más feliz que jamás hayáis oído.

Un ascensor estaba ya esperando al comandante Ga. Dentro había una mujer hermosa. Llevaba un uniforme blanco y azul, y unas gafas de sol con tinte también azul. La mujer no dijo nada. El ascensor no tenía mandos y ella no se movió. Ga no habría sabido decir cómo había arrancado, ni si ella lo había puesto en marcha, pero pronto empezaron a descender hacia las profundidades de Pyongyang. Cuando las puertas se abrieron de nuevo, el comandante Ga se encontró ante una sala espléndida, con las paredes decoradas con presentes de otros líderes

mundiales. Había unos sujetalibros hechos con cuernos derinoceronte, regalo de Robert Mugabe, presidente supremo de Zimbabue. Había una máscara de la longevidad masculina lacada en negro, regalo de Guy de Greves, ministro de Exteriores de Haití. Y había también una bandeja de plata con las palabras **CUMPLEAÑOS FELIZ** grabadas, que la Junta Central de Myanmar había enviado al Querido Líder.

De pronto se hizo una luz fulgurante y de esa luz emergió el Querido Líder, tan alto y seguro de sí mismo. El Querido Líder se acercó con paso firme hacia el comandante Ga, que sintió que todas sus preocupaciones mundanas lo abandonaban y experimentó cómo una sensación de bienestar se apoderaba de él. Era como si el Querido Líder hubiera acunado todo su ser entre sus protectoras manos, y como si él sintiera tan solo un apremiante deseo de servir al glorioso país que tanta confianza había depositado en él.

El comandante Ga le dedicó una reverencia profunda, suplicante, pero el Querido Líder le dio una palmada en el hombro y le dijo:

—Ya basta de reverencias, por favor, mi buen ciudadano. Ha pasado demasiado tiempo, Ga, demasiado. Tu país te necesita, tengo una diablura deliciosa planeada para nuestros amigos americanos. ¿Estás dispuesto a ayudarme?

¿Por qué, ciudadanos, no se altera el Querido Líder ante el aspecto del impostor? ¿Qué planes tiene? ¿Terminará de una vez la prolongada tristeza de la actriz Sun Moon? ¡La respuesta, ciudadanos, mañana, en el próximo episodio de la Mejor Historia Norcoreana del año!

El ascensor descendió de golpe hasta el Búnker 13, donde el comandante Ga iba a reunirse con el Querido Líder. Ga notó un intenso dolor en los tímpanos y sintió que lo abandonaban las fuerzas, como si se desplomara en caída libre al fondo de una mina prisión. Ver a Camarada Buc (su sonrisa, su saludo con los pulgares levantados) había abierto un vacío en el interior del comandante Ga, una sima entre el hombre que había sido y el hombre en el que se iba a convertir. Camarada Buc era la única persona que existía a ambos lados del abismo del comandante Ga, que conocía tanto al joven héroe que había viajado a Texas como al nuevo marido de Sun Moon, el hombre más peligroso de Pyongyang. Ga estaba nervioso. De pronto había tomado conciencia de que no era invencible, de que lo que controlaba su vida no era el destino, sino el peligro.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, en las profundidades del Búnker 13, un equipo de guardaespaldas de élite sometieron al comandante Ga a un exhaustivo registro corporal, aunque en realidad no fue peor que lo que ya había experimentado cada vez que había regresado de Japón. La sala era blanca y fría. Le tomaron una muestra de orina y un mechón de pelo. Apenas se había vuelto a vestir cuando oyó unos pasos procedentes del pasillo y cómo los guardas se cuadraban para saludar al Querido Líder. Entonces la puerta se abrió y entró Kim Jong-il. Llevaba un mono gris y unas gafas de diseño que multiplicaban el aire bromista de su mirada.

—Vaya, vaya, pero si es Ga —dijo—. Te hemos echado de menos.

El comandante Ga le dedicó una profunda reverencia, la primera promesa que le había hecho a Sun Moon, y el Querido Líder sonrió.

—No ha sido tan difícil, ¿no? —dijo—. No te ha costado nada. — Entonces le puso una mano encima del hombro y lo miró a los ojos—.

Pero tiene que ser en público. ¿No fue eso lo que te dije?

—¿Es que un hombre no puede practicar? —preguntó el comandante Ga.

—¡Ese es el Ga que me gusta! —aplaudió el Querido Líder. Encima de la mesa había un zorro siberiano a punto de abalanzarse encima de un ratón de campo blanco, regalo de Constantín Dorosov, alcalde de Vladivostok. El Querido Líder pareció admirar el pelaje del zorro, pero entonces acarició el ratón, que enseñaba los dientes ante aquella amenaza inminente—. Aún tendría que estar enfadado contigo, Ga —dijo—. Tus afrontas han sido tantas que he perdido la cuenta. Dejaste que nuestra prisión más productiva se quemara, junto con nuestros mil quinientos mejores prisioneros. Aún estoy intentando explicarle al primer ministro chino tu episodio en los baños de Shenyang. El que fuera mi conductor durante veinte años sigue en coma. El nuevo no lo hace mal, pero echo de menos al antiguo: el tipo había demostrado su lealtad en numerosas ocasiones.

Aquí, el Querido Líder se le acercó de nuevo, le puso una mano en el hombro y obligó a Ga a arrodillarse, de modo que ahora el Querido Líder era más alto que él.

—Y lo que me dijiste en la ópera, eso no se puede retirar. La única forma de reparar esa injuria tendría que ser con tu cabeza. ¿Qué líder no querría perderte de vista, que desaparecieras para siempre, tú y todos los problemas que generas? ¿Se te ha olvidado que te entregué a Sun Moon? Pero siento debilidad por tus payasadas. Sí, te concederé otra oportunidad. ¿Aceptas una nueva misión?

El comandante Ga bajó la mirada y asintió en silencio.

—Levántate, pues —dijo el Querido Líder—. Y quítate el polvo de encima, recupera tu dignidad. —Entonces señaló una bandeja que había encima de la mesa—. ¿Un poco de carne de tigre seca? —preguntó—. Come un poco y llévate también para tu hijo: al chico no le vendrá mal algo de tigre. Cuando comes carne de tigre, te conviertes en tigre. O por

lo menos eso dicen.

El comandante Ga probó un pedazo: era duro y sabía dulce.

—Yo no lo soporto —reconoció el Querido Líder—. Es con sabor a teriyaki, creo. Nos lo han mandado los birmanos. ¿Sabías que van a publicar mis obras completas en Rangún? También tú deberías escribir las tuyas, comandante. Contendrán varios tomos sobre taekwondo, espero —dijo, y le dio una palmada en el hombro—. Hemos echado mucho de menos tu taekwondo.

El Querido Líder acompañó al comandante Ga fuera de la sala y por un largo pasillo blanco que serpenteaba de aquí para allá: si los yanquis atacaban, no encontrarían ninguna línea de fuego de más de veinte metros de largo. Los túneles que había bajo la zona desmilitarizada describían unas curvas similares; de otro modo, habría bastado un solo soldado surcoreano disparando desde un kilómetro de distancia en la oscuridad para repeler una invasión.

Dejaron atrás numerosas puertas que, más que oficinas o residencias, parecían albergar los cuantiosos proyectos abiertos del Querido Líder.

—Tengo un buen presentimiento sobre esta misión —dijo el Querido Líder—. ¿Cuándo fue la última vez que emprendimos una juntos?

—Hace tanto que ya no me acuerdo —respondió el comandante Ga.

—Come, come —le indicó el Querido Líder mientras caminaban—. Es cierto lo que dicen: el trabajo carcelario te ha pasado factura. Tenemos que lograr que recuperes la energía. Pero conservas todo el atractivo, ¿no? Y tu hermosa mujer: seguro que te alegras de haberla recuperado. Es tan buena actriz... Tendré que escribir otro papel para ella.

Por el eco metálico de sus pasos, Ga sabía que tenían cientos de metros de roca sobre sus cabezas. Era posible aprender a percibir la profundidad. En las minas prisión, era posible notar la vibración espectral de las vagonetas de minerales traqueteando a través de otros túneles. No oías los taladros neumáticos que se abrían paso en otras galerías, pero los notabas en los dientes. Y cada vez que había una explosión, podías

ubicarla dentro de la montaña fijándote en cómo caía el polvo de las paredes.

—Te he llamado —le dijo el Querido Líder sin dejar de caminar— porque los americanos nos visitarán pronto y debemos asestarles un golpe. De esos que impactan justo debajo de las costillas y te quitan el aliento, pero que no dejan ninguna marca visible. ¿Qué me dices?

—¿Acaso el buey no ansia el yugo cuando la gente pasa hambre?

El Querido Líder se rio.

—La prisión ha hecho maravillas con tu sentido del humor —le dijo—. Antes estabas siempre tan tenso, tan formal. ¡Y esas lecciones espontáneas de taekwondo que dabas!

—Soy un hombre nuevo —convino Ga.

—¡Ha! —exclamó el Querido Líder—. Tendríamos que mandar a más gente a visitar las prisiones.

De repente el Querido Líder se detuvo ante una puerta, se lo pensó un momento y fue hasta la siguiente. Entonces llamó, se oyó el cerrojo automático y la puerta se abrió. La sala era blanca y pequeña. Dentro había tan solo un montón de cajas.

—Ya sé que sigues muy de cerca nuestras prisiones, Ga —dijo el Gran Líder, invitándolo a pasar—. Pero he aquí nuestro problema. En la Prisión 33 había un preso, un soldado de una unidad de huérfanos. Legalmente era un héroe. Ahora ha desaparecido y necesitamos sus conocimientos. A lo mejor lo conociste, a lo mejor incluso compartió algunos de sus pensamientos contigo.

—¿Ha desaparecido?

—Sí, ya lo sé, es embarazoso, ¿verdad? El alcaide ya ha pagado por ello. Además, el problema no se repetirá en el futuro, pues disponemos de una nueva máquina capaz de localizar a cualquier persona, donde sea. Una especie de ordenador central, por así decirlo. Recuérdate que te lo enseñe otro día.

—¿Y quién es ese soldado?

El Querido Líder empezó a rebuscar entre las cajas: abrió algunas y apartó otras, buscando algo. Ga vio que en una había un montón de herramientas de barbacoa, mientras que otra estaba llena de biblias surcoreanas.

—¿El soldado huérfano? Un ciudadano corriente, imagino —dijo el Querido Líder—. Un don nadie de Chongjin. ¿Has visitado alguna vez esa ciudad?

—Nunca he tenido el placer, Querido Líder.

—Yo tampoco. La cuestión es que ese soldado participó en un viaje a Texas. Poseía una serie de talentos sobre seguridad, lingüísticos, etcétera. La misión consistía en recuperar algo que los americanos me habían arrebatado, pero los americanos, al parecer, no tenían intención de devolvérmelo. No solo eso, sino que sometieron a mi equipo diplomático a un sinfín de humillaciones. Cuando los americanos nos visiten tengo intención de hacerles probar su propia medicina, pero para ello debemos conocer los detalles exactos de esa visita a Texas, y el soldado huérfano es el único que los conoce.

—Desde luego, habrá otros diplomáticos que participaron en dicho viaje. ¿Por qué no se lo pregunta a ellos?

—Lamentablemente ya no están localizables —repuso el Querido Líder—. El hombre del que hablo es el único en todo el país que ha estado en América.

Entonces el Querido Líder encontró lo que buscaba: un revólver de grandes dimensiones. Lo sopesó y apuntó con él al comandante Ga.

—Ah, de pronto me he acordado —dijo Ga, observando la pistola—. El soldado huérfano. Un hombre delgado y apuesto, muy inteligente y gracioso. Sí, desde luego, estaba en la Prisión 33.

—Así pues, ¿lo conoces?

—Sí, hablábamos a menudo, al caer la noche. Éramos como hermanos, me lo contó todo.

El Querido Líder le entregó el revólver.

—¿Te suena?

—Se parece muchísimo al revólver que describió el soldado huérfano, el que habían utilizado en Texas para disparar contra unas latas colocadas sobre una verja. Un Smith amp; Wesson del calibre cuarenta y cinco, creo.

—Entonces es cierto, lo conoces; me alegro de que estemos haciendo progresos. Sin embargo, si te fijas bien verás que se trata de un revólver norcoreano. Lo fabricaron nuestros propios ingenieros y en realidad es del calibre cuarenta y seis, un poco mayor y un poco más potente que el modelo americano. ¿Tú crees que eso los dejará en ridículo?

El comandante Ga inspeccionó el arma y se dio cuenta de que las partes habían sido pulidas a mano, con la ayuda de un torno: en el cañón y el cilindro se distinguían aún las muescas que había dejado el herrero al alinear el disparador.

—Desde luego que sí, Querido Líder. Solo quisiera añadir que el revólver americano, según lo describió mi buen amigo el soldado huérfano, tenía unas pequeñas ranuras en el percutor, y que la empuñadura no era de nácar, sino de asta de ciervo tallada.

—¡Ah! —exclamó el Querido Líder—. Ese es exactamente el tipo de información que andamos buscando, ni más ni menos. —A continuación, y de otra caja, extrajo una cartuchera de estilo vaquero, ancha y hecha a mano, y se la colocó al comandante Ga alrededor de la cintura—. Aún no tenemos las balas —admitió el Querido Líder—. Los ingenieros están haciendo todo lo posible por fabricarlas, una a una. Pero, de momento, ve acostumbrándote a llevar la pistola. Sí, los americanos verán que somos capaces de fabricar sus pistolas, solo que más grandes y potentes. Les serviremos galletas americanas, pero descubrirán que el maíz coreano es más sustancioso y que la miel de las abejas coreanas es más dulce. Sí, haré que me corten el césped y los obligaré a tomarse los cócteles más horribles que se me ocurran, y tú, comandante Ga, nos ayudarás a construir un Potemkin estilo Texas aquí mismo, en Pyongyang.

—Pero Querido Lí...

—¡Los americanos —exclamó el Querido Líder con un fogonazo de ira — dormirán con los perros del Zoológico Central!

El comandante Ga aguardó un instante. Finalmente, cuando estuvo seguro de que el Querido Líder era consciente de que lo había oído y comprendido, dijo:

—Sí, Querido Líder. Tan solo dígame cuándo recibiremos la visita de los americanos.

—Cuando nosotros queramos —dijo el Querido Líder—. En realidad aún no nos hemos puesto en contacto con ellos.

—En una ocasión en que visité su prisión, mi buen amigo, el soldado huérfano, me contó que los americanos eran muy reacios a establecer contacto con nosotros.

—No, no, los americanos vendrán —aseguró el Querido Líder—. Me van a devolver lo que me quitaron. Se van a humillar. Y regresarán a casa con las manos vacías.

—Pero ¿cómo? —preguntó Ga—. ¿Cómo va a lograr hacerlos venir hasta aquí?

Entonces el Querido Líder sonrió.

—Esa es la mejor parte —dijo, y acompañó a Ga hasta el fondo del pasillo curvo, donde había unas escaleras.

Descendieron varias plantas por los peldaños metálicos, mientras el Querido Líder intentaba disimular su cojera. Pronto las paredes empezaron a rezumar humedad, y la barandilla metálica estaba cada vez más oxidada y suelta. El comandante Ga se inclinó por encima de la barandilla para ver hasta dónde llegaban los peldaños, pero allí no había más que oscuridad y ecos. Finalmente, el Querido Líder se detuvo en un rellano y abrió una puerta que daba a un nuevo pasillo, este muy distinto. Todas las puertas tenían una ventanilla reforzada y un pestillo. El comandante Ga reconocía una prisión en cuanto la veía.

—Parece un lugar bastante solitario —observó.

—No digas eso —respondió el Querido Líder sin volverse—. Me tienes a mí.

—¿Y usted? —preguntó Ga—. ¿Baja aquí a solas?

El Querido Líder se detuvo ante una puerta y se sacó una solitaria llave. Entonces se volvió hacia el comandante Ga y sonrió.

—Yo no estoy nunca a solas —dijo, y abrió la puerta.

Dentro de la sala había una chica alta y delgada, con la cara oculta bajo una melena negra. Ante ella había un montón de libros, y la mujer escribía a la luz de una lámpara cuyo cable desaparecía en un agujero en el techo de cemento. De pronto levantó la cabeza, en silencio.

—¿Quién es? —preguntó el comandante Ga.

—Pregúntaselo tú mismo. Habla inglés —declaró el Querido Líder, que se volvió hacia la mujer—. *Tú chica mala* —le dijo en inglés—. *Chica mala, mala, mala, mala*.

Ga se le acercó y se puso en cuclillas, para que estuvieran a la misma altura.

—¿*Quién eres?* —le preguntó en inglés.

La mujer clavó la mirada en la pistola que llevaba en la cartuchera y negó con la cabeza, como si creyera que cualquier información que revelara podía volverse en su contra.

Entonces Ga se fijó en que los libros que había delante de la mujer eran la traducción inglesa de los once volúmenes de las *Obras completas de Kim Jong-il*, que estaba transcribiendo palabra por palabra en una montaña de libretas. Ga ladeó la cabeza y se dio cuenta de que estaba transcribiendo un principio del volumen cinco, titulado *Sobre el arte del cine*.

—«La actriz no puede interpretar un papel» —leyó Ga—. «En un acto de martirio, debe sacrificarse y convertirse en su personaje,»

El Querido Líder sonrió con gesto de aprobación ante sus propias palabras.

—Es bastante buena alumna —reconoció.

El Querido Líder le indicó con un gesto que se tomara un descanso. La mujer dejó el lápiz y empezó a frotarse las manos. Eso llamó la atención del comandante Ga, que se inclinó hacia ella.

— *¿Me puedes enseñar las manos?* —le preguntó.

Él extendió sus propias manos, con las palmas hacia arriba, para demostrarle lo que quería. Ella imitó el gesto, lentamente: tenía la piel de las manos áspera y grisácea, cubierta de callos hasta la punta de los dedos. El comandante Ga cerró los ojos y asintió, imaginando las miles de horas que debía de haber pasado remando para terminar con unas manos como aquellas. Entonces se volvió hacia el Querido Líder.

—¿Cómo? —le preguntó—. ¿Cómo la encontró?

—La recogió un barco de pesca —respondió el Querido Líder—. Estaba sola, en el bote de remos. Su amiga no apareció por ninguna parte. Había hecho algo malo con ella, muy malo. El capitán la rescató y le prendió fuego al bote. —Regocijándose visiblemente, el Querido Líder señaló a la chica con un dedo acusador—. *Chica mala, mala* —dijo—. Pero la perdonamos. Sí, lo pasado, pasado está. Son cosas que ocurren, qué se le va a hacer. Y, ahora, ¿no crees que los americanos nos visitarán? ¿No crees que el senador se arrepentirá bien pronto de haber obligado a mis embajadores a comer sin cubiertos, al aire libre y entre los perros?

—Necesitaremos una serie de elementos concretos —dijo el comandante Ga—. Para organizar una buena fiesta de bienvenida para los americanos precisaré de la ayuda de Camarada Buc.

El Querido Líder asintió con la cabeza y el comandante Ga se volvió de nuevo hacia la mujer:

— *He oído que hablabas con los tiburones ballena* —le dijo—. *Y que navegabas siguiendo el brillo de las medusas.*

— *No sucedió como dicen* —respondió ella—. *Ella era como mi hermana, y ahora estoy sola, no tengo a nadie.*

—¿Qué dice? —preguntó el Querido Líder.

—Que está sola.

—Bobadas —repuso el Querido Líder—. Yo estoy aquí todo el tiempo, ofreciéndole consuelo.

— *Intentaron abordarnos —siguió diciendo la mujer—. Linda, mi amiga, les disparó con bengalas: era lo único que teníamos para defendernos. Pero nos atacaron de todos modos y la ejecutaron allí mismo, ante mis propios ojos. Dime, ¿cuánto tiempo llevo aquí abajo?*

El comandante Ga se sacó la cámara del bolsillo.

—¿Puedo? —le preguntó al Querido Líder.

—Ay, comandante Ga... —respondió el Querido Líder, negando con la cabeza—. Tú y tus cámaras. Por lo menos esta vez le vas a sacar la fotografía a una mujer.

— *¿Quieres reunirte con un senador? —le preguntó Ga.*

La mujer asintió cautelosamente.

— *Mantén los ojos bien abiertos mientras estés aquí —le dijo—. Ya basta de remar con los ojos cerrados. Si lo haces, te traeré un senador.*

El comandante Ga alargó la mano para apartarle el pelo de la cara y la chica se estremeció: tenía los ojos abiertos de par en par, con una expresión de puro pavor. El pequeño motor de la cámara zumbó mientras enfocaba. Y entonces se disparó el flash.

Al ingresar en la División 42, los becarios habían recibido el equipamiento estándar: batas de campaña, de las que se abotonan por delante; batas de interrogatorio, de las que se abotonan por la espalda; tablillas sujetapapeles y, finalmente, unas gafas de uso obligatorio, que nos proporcionaban un aire autoritario e intimidaban intelectualmente a nuestros sujetos para que obedecieran. Todos los miembros del equipo de Pubyok recibían unas bolsas de herramientas llenas de objetos diseñados

para torturar y castigar (guantes abrasivos, martillos de goma, tubos estomacales, etcétera), y es cierto que cuando se enteraron de que en nuestro equipo no iban a necesitar esas cosas, nuestros becarios se mostraron decepcionados. Esa noche, cuando le pusimos a Jujack una cizalla en las manos, su mirada brilló como la de un hombre con una misión. Se la acercó a los ojos para encontrar el punto de equilibrio, y Q-Ki tomó posesión de una picana, que accionó apretando el gatillo tantas veces seguidas que la sala se llenó de luz estroboscópica azul. Yo no me movía entre los círculos de las élites *yangban*, de modo que no tenía forma de saber qué nos deparaba el tal Camarada Buc, pero estaba bastante convencido de que aquel terminaría siendo un capítulo importante de nuestra biografía sobre el comandante Ga.

Nos colocamos linternas frontales en la cabeza y mascarillas quirúrgicas, y nos abotonamos mutuamente la parte posterior de las batas antes de descender por la escalera que conducía al corazón del ala de tortura. Mientras desenroscábamos los tornillos de la escotilla del sumidero, Jujack preguntó:

—¿Es verdad que a los interrogadores viejos los mandan a la cárcel?

Nuestras manos dejaron de girar de inmediato.

—Los Pubyok tienen razón en algo —le dijimos—. Nunca hay que dejar que un sujeto se te meta en la cabeza.

En cuanto hubimos atravesado la trampilla la volvimos a cerrar a nuestras espaldas. A continuación descendimos por una serie de escalones metálicos que sobresalían de la pared de cemento. Ahí abajo había cuatro grandes bombas que succionaban el agua de los búnkeres que había aún más abajo. Se activaban un par de veces cada hora y funcionaban durante diez minutos, pero aun así generaban un calor y un ruido tremendos. Aquí era donde los Pubyok encerraban a los sujetos recalcitrantes, a los que pretendían ablandar con el tiempo y la humedad que nos empañaba las gafas. Había una barra clavada al suelo que atravesaba toda la sala, y a la que había encadenados una treintena de

sujetos. El suelo hacía pendiente para facilitar el drenaje, y eso significaba que los pobres diablos que ocupaban la parte baja de la sala dormían en un palmo de agua estancada.

Pocos fueron los sujetos que se despertaron mientras atravesábamos la sala, bajo una leve llovizna de agua caliente que caía de un techo de hormigón cubierto de moho. Nos ajustamos las mascarillas. El año anterior se había producido un brote de difteria en el sumidero que había acabado con todos los sujetos y se había llevado también a varios interrogadores.

Q-Ki colocó las puntas de la picana encima de la barra metálica y soltó una descarga que atrajo la atención de todos los presentes. La mayoría de los sujetos se cubrieron instintivamente la cara, o se colocaron en posición fetal. Al final de la barra, en la zona del agua, un hombre se incorporó y aulló de dolor. Llevaba una camisa empapada y desgarrada, calzoncillos y unas ligas en las pantorrillas. Era Camarada Buc.

Nos acercamos a él y nos fijamos en que tenía una cicatriz vertical sobre el ojo izquierdo. La herida le había partido la ceja en dos y había cicatrizado tan mal que ahora las dos mitades de la ceja no encajaban. ¿Quién se casa con una mujer que no sabe coser?

—¿Es usted Camarada Buc? —le preguntamos.

Buc levantó la mirada, cegado por nuestros frontales.

—¿Y vosotros quiénes sois, el turno de noche? —dijo él, y soltó una carcajada débil y poco convencida. Entonces levantó las manos, fingiendo protegerse—. Lo confieso todo, todo —añadió, pero de pronto su risa se convirtió en un prolongado ataque de tos, prueba casi segura de que tenía las costillas rotas.

Q-Ki hundió el extremo de la picana en el agua y apretó el gatillo.

Camarada Buc se estremeció entre convulsiones, mientras el hombre desnudo que había a su lado se giraba de costado y defecaba en el agua negra.

—Oiga, a nosotros todo esto tampoco nos gusta nada —le dijimos a

Buc—. Cuando estemos al cargo vamos a cerrar este lugar.

—Ah, mira tú qué gracia —se rio Camarada Buc—. Ni siquiera están al cargo.

—¿Cómo se hizo ese corte? —le preguntamos.

—¿Cuál? ¿Este? —respondió, señalándose el ojo que no era.

Q-Ki volvió a hundir la picana en el agua, pero la detuvimos. Era nueva y encima era mujer. Entendíamos perfectamente la presión que sentía para demostrar que valía, pero no era nuestro estilo. Decidimos ser más claros.

—¿Cómo le hizo esa cicatriz el comandante Ga? —le preguntamos, y le hicimos un gesto a Jujack para que cortara la cadena—. Díganoslo y le responderemos a una pregunta, la que quiera.

—Una pregunta de sí o no —añadió Q-Ki.

—¿De sí o no? —preguntó Camarada Buc, buscando nuestra confirmación.

Había sido una decisión arriesgada por parte de Q-Ki, imprudente, incluso, pero teníamos que presentar un frente unificado, de modo que asentimos. Entonces Jujack soltó un gruñido y las cadenas del buen camarada cayeron al suelo.

Camarada Buc se llevó de inmediato las manos a la cara y se frotó los ojos. Echamos agua limpia en un pañuelo y se lo dimos.

—Antes trabajaba en el mismo edificio que el comandante Ga —dijo Buc—. Yo me encargaba del aprovisionamiento, o sea, que pasaba la mayor parte del día con la cabeza bajo una capucha negra, encargando provisiones por ordenador. Sobre todo en China, pero también en Vietnam. Ga tenía un elegante despacho con ventana y no trabajaba nunca. Eso fue antes de que se enemistara con el Querido Líder y del incendio en la Prisión 9. Por aquel entonces Ga aún no sabía nada ni de prisiones ni de minas, el cargo fue solo una recompensa por haber ganado el Cinturón Dorado y por haber ido a Japón a luchar contra Kimura. Fue un acontecimiento muy importante después de que Ryoktosan fuera a

Japón para enfrentarse a Sakuraba y desertara. Ga me traía listas de cosas que necesitaba, como DVD y botellas raras de vino de arroz.

—¿Alguna vez le pidió que encargara fruta?

—¿Fruta?

—¿Melocotones, a lo mejor? ¿Alguna vez le pidió melocotón en almíbar?

Buc se nos quedó mirando.

—No, ¿por qué?

—Por nada, prosiga.

—Un día estuve trabajando hasta tarde, en la tercera planta ya solo quedábamos el comandante Ga y yo. A menudo Ga llevaba un *dobok* de combate blanco, con un cinturón negro, como si estuvieran en el gimnasio, preparado para el combate. Esa noche estaba hojeando unas revistas de taekwondo de Corea del Sur. Le gustaba leer revistas ilegales delante de nosotros y decir que estaba estudiando al enemigo. Por el simple hecho de saber que existía una revista como aquella podías terminar en la Prisión 15, la prisión para familias que llaman Yodok. A menudo me encargaba de comprar provisiones para esa prisión. En fin, esas revistas contienen pósteres desplegable de luchadores de Seúl. Ga tenía uno abierto y estaba estudiando al luchador, y de pronto me pescó mirándolo. Ya me habían advertido acerca de él, de modo que me puse nervioso.

—¿Quién lo había advertido? —lo cortó Q-Ki—. ¿Un hombre o una mujer?

—Varios hombres —respondió Camarada Buc—. El comandante Ga se levantó, aún con el póster en la mano. Cogió algo de encima del escritorio y empezó a andar hacia mí, y yo pensé: «Bueno, ya te han pegado palizas antes, no pasa nada». Había oído que cuando te zurraba una vez, no volvía a molestarte nunca más. Empezó a andar hacia mí. Era famoso por su compostura: cuando luchaba nunca revelaba sus emociones. Solo sonreía durante la ejecución el *dwi chagi*, cuando daba

la espalda al oponente y lo invitaba a atacar.

»—Camarada... —comenzó Ga en tono burlón, y se colocó ante mí, estudiándome. La gente cree que me hago llamar *camarada* porque soy un adulator, pero en realidad es porque tengo un hermano gemelo. Como es costumbre, los dos llevamos el mismo nombre, y nuestra madre nos llamaba Camarada Buc y Ciudadano Buc, para distinguirnos. A todos les hacía mucha gracia y a día de hoy mi hermano sigue siendo Ciudadano Buc.

Ah, deberíamos haber visto esa información en su expediente, pero se nos había pasado por alto. Eso era un error por nuestra parte. La mayoría de las personas odian a los gemelos porque sus familias reciben un bonus de procreación del Gobierno. Eso explicaba en gran medida el aspecto exterior de Buc y constituía una ventaja que deberíamos haber explotado.

—El comandante Ga —siguió contando Buc— sujetó el póster de forma que pudiera verlo bien: era de un joven cinturón negro con un dragón tatuado en el pecho.

»—¿Le gusta? —preguntó el comandante Ga—. ¿Le interesa?

»Su forma de preguntarlo implicaba una respuesta errónea, aunque yo no sabía de qué podía tratarse.

»—El taekwondo es un deporte antiguo y noble —respondí yo—. Y ahora tengo que volver a casa con mi familia.

»—Todas las lecciones que deberá aprender en la vida se las enseñará el enemigo —dijo, y entonces me di cuenta por primera vez de que lo que había cogido era un *dobok*. Me lo lanzó. Estaba húmedo y olía a ingles. Yo había oído que si no luchabas contra él, te pegaba una paliza, pero que si luchabas te podía hacer algo mucho peor, algo impensable.

»—No quiero ponerme un *dobok* —me limité a decir.

»—Por supuesto —admitió él—. Es opcional.

»Lo observé atentamente e intenté adivinar en sus ojos lo que iba a suceder a continuación.

»—Todos somos vulnerables —me dijo—. Tenemos que estar siempre

preparados. Primero comprobaremos su musculatura central.

»Me desabrochó la camisa y la abrió. Acercó la oreja a mi pecho y me golpeó en los costados y en la espalda. Repitió el mismo procedimiento con mi estómago. Me golpeaba con fuerza y decía cosas como:

»—Pulmones despejados y riñones fuertes, evite el alcohol.

«Entonces dijo que quería comprobar mi simetría. Llevaba una camarita minúscula con la que me sacó una fotografía.

—¿El comandante Ga hizo correr manualmente el carrete? —le preguntamos a Buc—. ¿Oyó el motor de la cámara que hacía correr la película?

—No —respondió.

—¿No se oyó un zumbido ni nada parecido?

—Se oyó un pitido —contestó Buc—. Entonces el comandante Ga agregó:

»—El primer impulso del forastero es la agresividad. —Me dijo que tenía que aprender a combatir esa fuerza—. Repeler los impulsos extraños procedentes del exterior es la mejor forma de prepararse para repeler los del interior —añadió.

»A continuación el comandante me planteó varias situaciones, por ejemplo:

»—¿Qué haría si los americanos aterrizaran en el tejado y bajaran haciendo rápel por los conductos de ventilación?

»O:

»—¿Qué haría si se enfrentara a un ataque viril japonés?

»—¿Un ataque viril? —le pregunté yo

«Entonces me colocó una mano encima del hombro, me estiró el brazo y me cogió por la cadera.

»—Un ataque homosexual —dijo Ga, como si yo fuera idiota—. Los japoneses son famosos por ello. En Manchuria violaron todo lo que se movía: hombres, mujeres, los pandas del zoo...

«Entonces me puso la zancadilla, y yo caí y me partí la ceja contra la

esquina de un escritorio. He aquí la historia, así fue como me hice la cicatriz. Y ahora la respuesta a mi pregunta.

Camarada Buc se detuvo, como si supiera que no saber el final de la historia nos iba a sacar de quicio.

—Prosiga, por favor —le sugerimos.

—Antes necesito mi respuesta —repuso—. Los otros interrogadores, los viejos, están siempre mintiéndome. Dicen: «Revélenos sus medios de comunicación secreta. Sus hijos quieren verlo, están arriba. Hable y podrá visitar a su esposa, lo está esperando. Confíese cuál fue su papel en la trama y podrá marcharse a su casa, con su familia».

—Nuestro equipo no recurre a engaños —le dijimos—. Responderemos a su pregunta y, si así lo desea, podrá verificarlo usted mismo.

Habíamos cogido el expediente de Camarada Buc. Jujack se lo mostró y Buc reconoció la funda oficial, azul y con lengüeta roja. Camarada Buc nos miró un instante y entonces dijo:

—Caí de cara y el comandante Ga se me sentó encima. Se sentó ahí y empezó a sermonearme. Se me llenó el ojo de sangre. Aprovechando su posición para hacer palanca, el comandante Ga me cogió la mano derecha, estiró el brazo y me lo dobló sobre la espalda.

Q-Ki, que escuchaba la historia con los ojos muy abiertos, explicó:

—Ese movimiento se conoce como un Kimura invertido.

—No pueden imaginarse cómo me dolió. Mi hombro no ha vuelto a ser nunca el mismo.

»—Por favor —exclamé yo—. Solo estaba trabajando hasta tarde, por favor, comandante Ga, suélteme.

»Él me soltó el brazo pero no se levantó.

»—¿Cómo es posible que no sea capaz de repeler un ataque de hombre? —preguntó—. ¡Por lo más sagrado, pero si es lo más elemental que le puede pasar a uno! ¡De hecho, ni siquiera es un hombre! No entiendo cómo es posible que no haya muerto intentando detenerme a cualquier precio... A no ser, claro está, que quisiera, que en secreto deseara recibir

un ataque de hombre, y que por eso no ha hecho nada para repelerlo. En ese caso, tiene suerte de que haya sido yo y no algún japonés. Tiene suerte de que yo sea fuerte y lo haya protegido. Debería agradecerle a las estrellas que yo estuviera aquí para detenerlo.

—¿Y ya está? —le preguntamos—. ¿No pasó nada más?

Camarada Buc asintió con la cabeza.

—¿Mostró el comandante Ga algún tipo de remordimiento?

—Lo último que recuerdo fue otro flash de la cámara. Tenía la cara pegada al suelo, había sangre por todas partes.

Camarada Buc guardó silencio un instante. La sala estaba en silencio, solo se oía un chorrito de orín que se escurría cuesta abajo.

—¿Está viva mi familia? —preguntó entonces Buc.

Este tipo de situaciones son las que los Pub yok manejan mejor que nosotros.

—Estoy preparado —añadió Camarada Buc.

—La respuesta es no —respondimos.

Sacamos a Buc del agua y volvimos a encadenarlo un poco más arriba. Entonces empezamos a recoger los bártulos y nos dirigimos hacia las escaleras. Buc tenía los ojos vueltos hacia el interior, una mirada que hemos aprendido a reconocer como una señal de sinceridad, porque no se puede fingir. La verdadera introspección es imposible de imitar. Entonces Buc levantó la cabeza.

—Quiero ver el expediente —pidió.

Se lo dimos.

—Pero cuidado —le dijimos—. Hay una fotografía.

Cuando estaba a punto de coger la carpeta, se detuvo.

—El investigador concluyó que seguramente se habían asfixiado con monóxido de carbono —le explicamos—. Las encontraron en el comedor, al lado de la estufa, donde el gas debió de cogerlas desprevenidas antes de sucumbir juntas.

—Mis hijas... —dijo Camarada Buc—. ¿Llevaban el vestido blanco?

—Una pregunta —contestamos nosotros—. Ese era el trato. A menos que quiera ayudarnos a comprender por qué el comandante Ga hizo lo que hizo con la actriz.

—El comandante Ga no tuvo nada que ver con la desaparición de la actriz —respondió Camarada Buc—. Fue a la Prisión 33 y no regresó. Murió en el fondo de una mina. —Entonces Buc ladeó la cabeza y nos miró—. Un momento, ¿a qué comandante Ga se refieren? Porque hay dos, ¿saben? El comandante Ga que me hizo esta cicatriz está muerto.

—¿Usted se refería al verdadero comandante Ga? —le preguntamos—. Pero entonces, ¿por qué se disculparía el falso comandante Ga por algo que le hizo el verdadero comandante Ga?

—¿Se ha disculpado?

—El impostor nos ha dicho que sentía lo de su cicatriz y lo que le hizo.

—Eso es ridículo —repuso Buc—. El comandante Ga no tiene de qué disculparse. Al contrario, me proporcionó lo que más deseaba, lo único que no podía conseguir por mí mismo.

—¿Y de qué se trataba? —le preguntamos.

—Pero ¿cómo? Maló al verdadero comandante Ga, naturalmente.

Nosotros intercambiamos una mirada.

—¿Nos está diciendo que, además de matar a la actriz y a sus hijos, mató también a un comandante de la República Popular Democrática de Corea?

—Ga no mató a Sun Moon y a los niños. Los convirtió en pajaritos y les enseñó una canción triste. Y entonces volaron hacia el sol poniente, hasta un lugar donde no los encontrarán jamás.

De repente nos preguntamos si era posible, si podía ser que la actriz y sus hijos estuvieran escondidos en alguna parte. Ga estaba vivo, ¿no? Pero ¿y ella? ¿Quién la retenía? ¿Y dónde? Hacer desaparecer a alguien en Corea del Norte era sencillo. Lograr que reapareciera, en cambio... ¿quién tenía acceso a ese tipo de magia?

—Si nos ayuda, encontraremos la manera de recompensarlo —le

dijimos a Buc.

—¿Que los ayude? He perdido a mi familia, a mis amigos, me he perdido a mí mismo. No pienso ayudarlos, jamás.

—Vale —dijimos nosotros, y empezamos a recoger los bártulos. Era tarde y estábamos hechos polvo.

Entonces me di cuenta de que Camarada Buc llevaba una alianza de oro. Le dije a Jujack que se la quitara. Me dirigió una mirada inquieta, pero cogió la mano a Buc e intentó sacarle el anillo.

—Es demasiado estrecho —dijo Jujack.

—Oh, vamos —protestó Camarada Buc—. Es lo único que me queda de mi mujer y mis hijas.

—Adelante —le dije a Jujack—. El sujeto ya no lo necesita.

Q-Ki cogió la cizalla.

—Ya se lo quito yo —se ofreció.

—Los odio —soltó Camarada Buc.

Retorció el anillo con fuerza y se arrancó varios jirones de piel, pero el anillo terminó en mi bolsillo. Dimos media vuelta para marcharnos.

—No os pienso contar nada —nos gritó Camarada Buc—. No tenéis ningún poder sobre mí, no tenéis nada. ¿Me habéis oído? Soy libre. No tenéis ningún poder sobre mí. ¿Me estáis escuchando?

Uno a uno, empezamos a subir por los peldaños del sumidero. Estaban resbaladizos y debíamos andarnos con tiento.

—Once años —exclamó Camarada Buc, y su voz retumbó en las paredes de cemento mojado—. Pasé once años aprovisionando prisiones. Los uniformes vienen también en talla infantil, ¿lo sabían? Pedí miles de ellos. Tienen incluso picos pequeños. ¿Tienen hijos? Durante once años, los médicos de las prisiones no pidieron vendas y los cocineros no solicitaron ni un solo ingrediente. Les enviábamos solo mijo y sal, toneladas y toneladas de mijo y sal. Ninguna prisión ha pedido jamás un par de zapatos o una simple pastilla de jabón. En cambio, deben estar siempre perfectamente surtidos de bolsas para transfusiones de sangre.

Necesitan balas y alambre de púas, ¡y lo necesitan para mañana! Yo preparé a mi familia y cuando llegó el momento supieron lo que tenían que hacer. ¿Y ustedes? ¿Están preparados? ¿Ya saben lo que harán?

Mientras subíamos por los peldaños galvanizados, los más veteranos y los que tenían hijos intentamos concentrarnos, pero los internos... Los internos se creen siempre invencibles, ¿verdad? Q-Ki abrió la marcha con su frontal. Cuando se detuvo y se volvió para mirarnos, nos detuvimos todos. Nos la quedamos mirando: un halo de luz que se extendía sobre nuestras cabezas.

—¿Ryoktosan desertó? —preguntó.

No dijimos nada. En el silencio oímos a Buc contar cómo lapidaban a los niños, cómo los colgaban, etcétera, etcétera. Q-Ki soltó un gemido de dolor y decepción.

—Ryoktosan también —dijo, negando con la cabeza—, ¿Acaso no queda nadie que no sea un cobarde?

Entonces las bombas se pusieron en marcha, pero por suerte no oímos nada.

Cuando el comandante Ga volvió a casa de Sun Moon, llevaba la pistola de vaquero colgando de la cintura. Antes de que pudiera llamar a la puerta, *Brando* advirtió a los habitantes de la casa de su presencia. Sun Moon fue a abrir vestida con un simple *choson-ot*, con el *jeogori* blanco y una *chima* con flores de colores claros. Era el vestido de campesina que había llevado en *Una auténtica hija del país*.

Aquel día no lo mandó al túnel. Había ido a trabajar y ahora había vuelto a casa, y lo recibieron como un marido normal que regresara de la oficina. El hijo y la hija estaban firmes, con sus uniformes escolares,

aunque no habían ido al colegio: desde la llegada del comandante Ga su madre no les había quitado la vista de encima. Ga los llamaba «niña» y «niño», pues Sun Moon se negaba a revelarles sus nombres.

La hija le ofreció una bandeja de madera con una toalla humeante que él utilizó para limpiarse el polvo de la cara y el cuello, y también del dorso de las manos. En la bandeja del chico había varias medallas y agujas que su padre se había dejado al marcharse. El comandante Ga se vació los bolsillos en la bandeja (unos cuantos wones militares, billetes de metro, su tarjeta identificativa del ministerio) y con la mezcla de todos esos objetos los dos comandantes Ga se convirtieron en uno. De pronto una moneda cayó al suelo y el niño se estremeció de miedo. Si el espíritu del comandante Ga se había conservado en algún lugar, era allí, en el gesto de preocupación de aquel chiquillo y en el castigo que al parecer creía que podía caerle en cualquier momento.

A continuación su esposa extendió un *dobok* como si fuera una cortina, para que él pudiera desnudarse ante ellos en privado. Cuando él se hubo ajustado el *dobok*, Sun Moon se volvió hacia los niños.

—Andando —les ordenó—. A ensayar con vuestros instrumentos.

Cuando se hubieron marchado, esperó hasta oír las escalas de calentamiento antes de hablar. Sin embargo, tuvo la sensación de que no tocaban lo bastante fuerte, de modo que se dirigió a la cocina, donde el altavoz estaba encendido: allí estaba segura de que nadie iba a oír su conversación. Él la siguió y vio cómo se estremecía al oír a la nueva diva de la ópera cantando *Mar de sangre* a través del altavoz.

Sun Moon le quitó el arma. Abrió el cilindro y se aseguró de que todas las recámaras estuvieran vacías. Entonces le hizo un gesto a Ga con la culata.

—Tengo que saber de dónde has sacado esta pistola —le dijo.

—Está hecha por encargo —respondió—. Es una pieza única.

—La reconozco perfectamente —lo cortó ella—. Dime quién te la ha dado.

Sun Moon acercó una silla a la encimera y se subió encima. Entonces, estirando mucho el brazo, metió la pistola en el armario más alto.

Él contempló cómo su cuerpo se alargaba y adoptaba una forma distinta debajo del *choson-ot*. El dobladillo se le levantó y le quedaron los tobillos a la vista, y ahí estaba, todo su peso en equilibrio sobre sus serenos dedos. Él se quedó mirando aquel armario y se preguntó qué más debía de contener. Aunque había encontrado el arma del comandante Ga en la parte de atrás del Mercedes, preguntó:

—¿Tu marido llevaba pistola?

—Lleva —dijo ella.

—¿Tu marido lleva pistola?

—No has contestado a mi pregunta —replicó—. Conozco la pistola que has traído a casa, la hemos utilizado en media docena de películas. Es la pistola con mango de nácar que el americano despiadado y con pinta de vaquero utiliza siempre para disparar contra un puñado de civiles.

Sun Moon bajó de la silla y la volvió a dejar junto a la mesa. Las marcas del suelo indicaban que aquel gesto se había repetido en numerosas ocasiones.

—Dak-Ho la ha sacado del almacén del atrezo y te la ha dado —dijo—. O intenta mandarme algún tipo de mensaje, o no sé lo que está pasando aquí.

—Me la ha dado el Querido Líder —respondió él.

Una mirada de dolor atravesó el rostro de Sun Moon.

—No soporto esa voz —declaró; la nueva diva cantaba ahora el aria dedicada a los grupos de francotiradores mártires de Myohyang—. Tengo que salir de aquí —añadió, y se dirigió hacia el porche de la casa.

Él se reunió con ella bajo la cálida luz de la tarde. La vista desde lo alto del monte Taesong abarcaba todo Pyongyang. Más abajo, las golondrinas giraban por el aire, sobre el jardín botánico. En el cementerio, los ancianos se preparaban para la muerte abriendo parasoles de papel de arroz y visitando las tumbas de otros.

Ella se fumó un cigarrillo. Tenía los ojos húmedos y pronto se le empezó a correr el rímel. Él se colocó a su lado, junto a la barandilla. No sabía si era posible distinguir cuándo una actriz lloraba de verdad o fingía. Lo único que sabía era que aquellas lágrimas, fueran reales o no, no eran para su marido. A lo mejor lloraba porque tenía ya treinta y siete años, o porque los amigos no la visitaban nunca, o porque, en el guñol, sus hijos castigaban a los títeres que les llevaban la contraria.

—El Querido Líder me ha dicho que iba a escribir un nuevo papel para ti.

Sun Moon ladeó la cabeza y soltó el humo.

—Ahora el Querido Líder solo tiene lugar para la ópera en su corazón —dijo, y le ofreció la última calada.

Ga cogió el cigarrillo e inhaló.

—Ya sabía yo que eras de pueblo —observó la mujer—. Fíjate en cómo coges el cigarrillo. ¿Qué sabes tú del Gran Líder o de si va a haber una película nueva pronto o no?

Ga cogió los cigarrillos de Sun Moon y se encendió uno para él.

—Antes fumaba —reconoció—, pero me quité el hábito en la prisión.

—¿Qué se supone que tiene que venirme a la mente cuando dices la palabra *prisión*?

—Nos pusieron una película mientras estaba ahí. *Una auténtica hija del país*.

Ella apoyó los hombros en la barandilla del porche y se reclinó hacia atrás. Eso le levantó los omoplatos e hizo que la pelvis se le marcara bajo la tela blanca del *choson-ot*.

—No era más que una niña cuando grabé esa película —dijo—. No sabía nada sobre actuar.

A continuación le dirigió una mirada, como preguntándole qué reacción había obtenido la película.

—Hace años vivía junto al mar —le contó—. Durante un breve período casi tuve una mujer. Bueno, lo podría haber sido. Tal vez. Era la esposa

de un compañero de tripulación, una mujer bastante hermosa.

—Pero si era la esposa de alguien, entonces ya estaba casada —replicó Sun Moon, que lo miró, confundida—. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—No, pero su marido desapareció —dijo el comandante Ga—. Su marido se fue hacia la luz. En la prisión, cuando las cosas no iban bien, intentaba pensar en ella, mi casi mujer, la mujer que podría haberlo sido, para intentar conservar la fuerza.

Le vino a la mente una imagen del capitán, y de la esposa del capitán tatuada en el anciano pecho de este. Pensó en cómo la tinta negra se había vuelto azul y borrosa a medida que había ido penetrando bajo la piel, una acuarela donde antes había habido una imagen indeleble, que al final había dejado apenas una mancha de la mujer que amaba. Eso era lo que le había pasado a la mujer del segundo oficial en la prisión: su imagen se había desenfocado, se le había escurrido de la memoria.

—Entonces te vi a ti en la pantalla de cine y me di cuenta de lo simple que era esa otra mujer. Sabía cantar, tenía ambición, pero tú me mostraste que solo era tal vez guapa, que era casi guapa. Lo cierto es que cuando pensaba en la mujer que había desaparecido de mi vida, lo que me venía a la mente era tu cara.

—¿Y tu casi tal vez esposa? —dijo ella—. ¿Qué fue de ella?

Ga se encogió de hombros.

—¿No sabes nada de ella? —se sorprendió—. ¿No la has vuelto a ver?

—¿Dónde iba a verla? —preguntó él.

A diferencia de Ga, Sun Moon se había dado cuenta de que los niños habían dejado de tocar sus instrumentos. Fue hasta la puerta y les gritó hasta que volvieron a empezar. Entonces se volvió hacia él:

—A lo mejor deberías contarme por qué te metieron en la cárcel.

—Fui a América y el estilo de vida capitalista me corrompió la mente.

—¿A California?

—A Texas —dijo él—. De ahí saqué el perro.

Ella se cruzó de brazos.

—Todo esto no me gusta nada —admitió—. Tiene que ser algún plan de mi marido, debe de haberte enviado como una especie de sustituto. Si no, sus amigos te habrían matado ya. No entiendo cómo puedes estar aquí, diciéndome estas cosas, y que nadie te haya matado.

Sun Moon volvió la mirada hacia Pyongyang, como si la respuesta estuviera allí. Él se fijó en las emociones que le atravesaban el rostro: la incertidumbre, como un nubarrón que ocultara el sol, dio paso a un respingo de remordimiento y un rápido parpadeo de ojos, como con las primeras gotas de agua de una tormenta. Era una belleza, de eso no había duda, pero en aquel momento el comandante Ga se dio cuenta de que si se había enamorado de ella en la cárcel, había sido precisamente por eso, por la manera en que lo que sentía se le reflejaba inmediatamente en la cara. Esa era la clave de sus grandes dotes de actriz, y era algo que no se podía fingir. Harían falta veinte tatuajes, se dijo, para capturar todos sus cambios de humor. El doctor Song había visitado Texas y había comido barbacoa. Gil había probado el whisky y había hecho reír a una camarera japonesa. Y él estaba allí, en el porche del comandante Ga con Sun Moon, a quien le rodaban lágrimas por las mejillas, con el telón de fondo de Pyongyang. Lo que le sucediera a partir de aquel momento no tenía ninguna importancia.

Se inclinó hacia ella. Eso haría que aquel momento fuera perfecto, tocarla. Si podía secarle una lágrima de la mejilla todo habría valido la pena.

Ella le lanzó una mirada recelosa.

—Has dicho que el marido de tu casi mujer... has dicho que desapareció, que se fue hacia la luz. ¿Lo mataste?

—No —negó—. Ese hombre desertó. Huyó en un bote salvavidas. Cuando salimos tras él, el sol de la mañana se reflejaba sobre el océano y brillaba tanto que parecía que se lo hubiera tragado la luz. Llevaba la imagen de su mujer tatuada en el pecho, o sea que siempre la tendrá con él, aunque ella no lo tenga a él. Pero no te preocupes, yo no dejaré que te

conviertas en un recuerdo borroso.

A ella no le gustó su respuesta, ni tampoco el tono con que había respondido, el comandante Ga se dio perfecta cuenta de ello, pero ahora su historia formaba parte de la de ella. Era inevitable. Estiró la mano para tocarle la mejilla.

—Ni te me acerques —le ordenó.

—En el caso de tu marido, por si te interesa, fue la oscuridad —dijo él—. A tu marido se lo tragó la oscuridad.

De algún lugar montaña abajo les llegó el sonido de un motor de camión. Casi nunca llegaba ningún vehículo hasta tan arriba y Ga escrutó el bosque, con la esperanza de atisbarlo entre los árboles.

—No tienes por qué preocuparte —la tranquilizó Ga—. La verdad es que el Querido Líder tiene una misión para mí. Imagino que cuando esta se termine no me volverás a ver nunca más.

La miró para comprobar si lo había oído.

—He trabajado muchos años con el Querido Líder —respondió Sun Moon—. Doce películas en total. Y yo no estaría tan segura de conocer sus planes.

El runrún fue subiendo de intensidad hasta que fue innegable que se trataba de un vehículo diésel con unas marchas poco finas. En la casa contigua, Camarada Buc salió al balcón y miró hacia el bosque, pero no tuvo necesidad de ver el camión para adoptar una expresión lúgubre. Él y Ga se dirigieron una larga mirada de preocupación.

—Vengan con nosotros —les dijo Camarada Buc—, no tenemos mucho tiempo.

Entonces se metió en casa.

—¿Qué pasa? —preguntó Sun Moon.

—Es un cuervo —respondió Ga.

—¿Qué es un cuervo?

Apoyados en la barandilla, esperaron a que el camión pasara por un tramo visible de carretera.

—¿Lo ves? —dijo cuando la lona negra del toldo asomó a través de los árboles—. Eso es un cuervo.

Durante un momento observaron el camión, que remontaba el empinado tramo que conducía a su casa.

—No lo entiendo —admitió ella.

—No tienes que entenderlo —respondió Ga—. Ese es el camión que se te lleva.

En la Prisión 33, a menudo había fantaseado con lo que se habría llevado del hangar si hubiera sabido que lo iban a trasladar a una mina prisión. Una aguja, un clavo, una cuchilla... Lo que habría dado por cualquiera de esas cosas en la prisión. Con un simple trozo de alambre habría podido fabricar una trampa para pájaros. Una goma de plástico habría podido accionar una trampa para ratas. ¿Cuántas veces había deseado disponer de una cuchara con la que comer? Pero ahora tenía otras preocupaciones.

—Coge a los niños y escondeos en el túnel —dijo Ga—. Yo saldré a ver qué quieren.

Sun Moon se volvió hacia Ga con una mirada horrorizada.

—¿Pero qué está pasando? —se inquietó—. ¿Adónde te lleva ese camión?

—¿Adónde crees? —le preguntó Ga—. No hay tiempo. Coge a los niños y escondeos. Es a mí a quien buscan.

—No pienso meterme sola en el túnel —se negó ella—. No he bajado nunca ahí abajo. No nos puedes abandonar en un agujero.

Camarada Buc volvió a salir al balcón. Se estaba abrochando el cuello de la camisa.

—Vengan enseguida —los instó mientras se ponía la corbata—. Aquí ya estamos a punto. Queda muy poco tiempo, tienen que venir con nosotros.

Lo que hizo Ga, sin embargo, fue meterse en la cocina y colocarse delante de la tina de lavar que había en el suelo. La tina ocultaba una

trampilla y debajo de esta apareció la escalera de mano que descendía hasta el túnel. Ga respiró hondo y empezó a bajar. Intentó no pensar en la entrada de la mina de la Prisión 33, por la que descendía de madrugada, cuando aún estaba oscuro, y volvía a salir cuando ya se había hecho de noche.

Sun Moon llegó con el niño y la niña. Ga los ayudó a bajar y tiró del cordoncito que encendía la bombilla.

—Coge las pistolas —le dijo a Sun Moon cuando le llegó el turno.

—No —replicó ella—. Nada de pistolas.

Ga la ayudó a bajar y cerró la trampilla. Su marido había instalado un alambre que accionaba la palanca de bombeo, de modo que podía echar varios litros de agua en la tina para así disimular la entrada.

Los cuatro permanecieron un instante junto a la escalera de mano, incapaces de adaptarse a la oscuridad, mientras la bombilla oscilaba en el extremo del cable.

—Vamos, niños —dijo entonces Sun Moon, y los cogió de las manos. Empezaron a avanzar a oscuras, pero pronto se percataron de que quince metros más allá, pasadas apenas la casa y la calle de enfrente, el túnel se terminaba—. ¿Dónde está el resto? —preguntó Sun Moon—. ¿Dónde está la salida?

Él había empezado a avanzar hacia ella, en la oscuridad, pero entonces se detuvo.

—¿No hay ninguna vía de escape? —insistió ella—. ¿No tiene salida? —Volvió junto a él, con los ojos desorbitados de incredulidad—. ¿Y qué has estado haciendo aquí abajo todos estos años?

Ga no supo qué responder.

—Durante años creí que aquí abajo había un búnker completo —siguió diciendo la mujer—. Pensaba que había un sistema de túneles, pero esto es solo un agujero. ¿Se puede saber en qué has estado invirtiendo tu tiempo?

Apoyados en la pared del túnel había sacos de arroz y un par de toneles

de cereales, con el precinto de la ONU aún intacto.

—Pero si ni siquiera hay una pala —protestó. A mitad del túnel estaba la única pieza de mobiliario: una silla acolchada y una estantería llena de botellas de vino de arroz y DVD. Sun Moon cogió uno y se volvió hacia él—. ¿Películas? —le preguntó, y Ga se dio cuenta de que cuando volviera a abrir la boca sería para gritar.

Pero de pronto todos levantaron la vista: se oyó una vibración y el sonido amortiguado de un motor, y de repente un puñado de polvo se soltó del techo del túnel y les cayó en la cara. A los niños les entró una especie de ataque de terror, mientras tosían y se frotaban los ojos llenos de polvo. Él les limpió la cara con la manga de su *dobok*. En la casa, encima del túnel, oyeron una puerta que se abría y unos pasos que atravesaban el suelo de madera, y de repente se abrió la trampilla. Sun Moon puso unos ojos como platos del susto y se agarró a él. Ga levantó la vista y vio un amplio recuadro de luz. Al instante apareció la cara de Camarada Buc.

—Por favor, vecinos —rogó Camarada Buc—. Este será el primer lugar donde mirarán —añadió, y alargó una mano hacia Ga—. No se preocupen —agregó Camarada Buc—. Pueden venir con nosotros.

El comandante Ga le cogió la mano.

—Vámonos —le dijo a Sun Moon—. ¡Ahora! —insistió al ver que no se movía.

La pequeña familia despertó de su letargo y salió precipitadamente del túnel. Juntos atravesaron el jardín contiguo y entraron en la cocina de Buc.

Dentro encontraron a las hijas de Buc, sentadas alrededor de una mesa cubierta con un mantel blanco bordado. La esposa de Buc estaba poniendo un vestido blanco por la cabeza de la última hija y Camarada Buc corrió a buscar sillas para los invitados. Ga se dio cuenta de que Sun Moon estaba a punto de venirse abajo, pero que la calma que mostraba la familia Buc se lo impedía.

Ga y Sun Moon se sentaron frente a la familia Buc, con el niño y la niña entre ellos, los cuatro cubiertos de polvo y tierra. En el centro de la mesa había una lata de melocotón y un abrelatas para abrirla. Todos ignoraron el cuervo que esperaba en punto muerto delante de la casa. Camarada Buc repartió primero un montón de cuencos de cristal de postre y luego las cucharas. Entonces, con mucho cuidado, empezó a abrir la lata de melocotón, tan despacio que se oía cómo la hoja del abrelatas hendía y perforaba el metal, lo hendía y lo perforaba, mientras iba dejando un círculo dentado que seguía todo el borde. Entonces, con suma delicadeza, Buc apartó la tapa con una cuchara, para no tocar el almíbar. Los nueve se quedaron mirando los melocotones, en silencio. Entonces un soldado entró en la casa. Por debajo de la mesa, el niño cogió la mano a Ga y este se la apretó para tranquilizarlo. El soldado se acercó a la mesa pero nadie se movió. No llevaba un Kaláshnikov cromado, ni ningún arma que Ga pudiera distinguir.

Camarada Buc fingió no verlo.

—Lo único que importa es que estamos juntos —dijo y, con una cuchara, sacó un solo pedazo de melocotón y lo metió en un cuenco de cristal, que pasó alrededor. Pronto hubo varios cuencos con un solo pedazo de melocotón circulando por la mesa.

El soldado se quedó mirándolos un momento.

—Busco al comandante Ga —dijo. Parecía resistirse a creer que uno de esos hombres pudiera ser el famoso Comandante Ga.

—Soy yo

Del exterior les llegó el sonido de un cabrestante en marcha.

—Esto es para usted —dijo el soldado, y le entregó un sobre a Ga. Dentro había una llave de coche y una invitación a una cena de Estado que se iba a celebrar esa misma noche, sobre la que alguien había escrito a mano: «¿Nos honrará con su presencia?».

En la calle, estaban bajando un Mustang color azul claro de la parte de atrás del cuervo. El coche retrocedía sobre dos rampas metálicas, con la

ayuda del cabrestante; el Mustang se parecía a los coches de época que Ga había visto en Texas. Se acercó al coche y pasó una mano por el guardabarros: aunque eran casi invisibles, había abolladuras y marcas sobre toda la carrocería, hecha de burdo metal. El parachoques no era cromado, sino que estaba chapado con plata de ley, y los faros traseros estaban hechos de cristal rojo. Ga asomó la cabeza por la parte inferior del vehículo y vio una confusión de puntales y engastes soldados que conectaban la carrocería hecha a mano a un motor Mercedes y al armazón de un Lada soviético.

Camarada Buc se sentó a su lado en el interior del coche. Era evidente que estaba de un humor inmejorable, aliviado, eufórico.

—Hemos salvado muy bien la situación, ahí dentro —dijo—. Sabía que no íbamos a necesitar los melocotones.

No sé por qué, pero lo presentía. Aunque estos simulacros les vienen muy bien a los niños: practicar es la clave.

—¿Y para qué hemos practicado? —le preguntó Ga, pero Buc se limitó a sonreír y le tendió una lata de melocotones todavía por abrir.

—Para cuando vengan mal dadas —le dijo—. Colaboré en el cierre de la Fábrica de Fruta 49, antes de que la quemaran. Me llevé la última caja de la línea de envasado —añadió Buc, que entonces negó con la cabeza, asombrado—. Es como si no pudiera pasarle nada —agregó—. Ha conseguido algo que no había visto nunca, aunque ya sabía que no le pasaría nada. Lo sabía.

Ga tenía los ojos enrojecidos y el pelo cubierto de polvo.

—¿Qué he conseguido? —preguntó.

Camarada Buc señaló el coche, la casa.

—Esto —declaró—. Todo lo que está haciendo.

—¿Qué estoy haciendo?

—No tiene nombre —dijo Buc—. No tiene nombre porque no lo ha hecho nunca nadie antes.

Sun Moon pasó el resto del día encerrada en el dormitorio, con los niños, en un silencio que solo alguien que duerme puede mantener. No se despertaron ni siquiera cuando los altavoces dieron las noticias de la tarde. En el túnel estaban solo el comandante Ga y su perro, al que le apestaba el aliento porque había comido cebolla cruda, practicando un truco tras otro.

Finalmente, cuando el sol poniente tenía ya un color rojizo y cerúleo, volvieron a salir. Sun Moon llevaba un *choson-ot* de etiqueta, de color platino, tan exquisito que la seda brillaba ora como polvo de diamantes, ora como tizne de farola. El *goreum* estaba decorado con aljófar. Mientras ella preparaba el té, los niños subieron a unos palés elevados para tocar sus instrumentos. La niña empezó con su *gayageum*, obviamente una antigüedad de la época imperial. Con las muñecas erguidas, empezó a puntear las cuerdas al viejo estilo *sattjo*. El niño hizo lo que pudo para acompañarla con su *taegum*. Todavía no tenía la potencia pulmonar que requería aquella flauta tan difícil y sus manos eran aún demasiado pequeñas para las notas más agudas, de modo que en vez de tocarlas las cantaba.

Sun Moon se arrodilló ante el comandante Ga e inició el ritual del té japonés. Sacó el té de una cajita de madera de aliso y empezó a preparar una infusión en un cuenco de bronce.

—¿Ves todos estos objetos? —dijo, señalando la bandeja, las tazas, el batidor y el cazo—. No te dejes engañar por ellos, no son reales. Solo son piezas de atrezzo de mi última película, *Mujer de solaz*. Por desgracia nunca se llegó a estrenar. —Impregnó el té, asegurándose de que el agua girara en el sentido de las agujas del reloj en la taza de bambú—. En la película, tengo que servir el té de la tarde a unos oficiales japoneses que luego dispondrán de mí como les parezca durante el resto del día.

—Entonces, ¿yo soy la fuerza de ocupación, en esta historia? —preguntó él.

Ella hizo girar la taza lentamente entre las manos, esperando a que el

proceso de infusión fuera completo. Antes de pasársela a él, echó el aliento sobre el té, provocando con ello ondulaciones en la superficie. La reluciente capa del *choson-ot* se extendía a su alrededor. Finalmente le pasó la taza y le dedicó una reverencia hasta llegar al suelo de madera, sobre el que la silueta de su cuerpo se mostró en toda su extensión.

—No era más que una película —repuso, con la mejilla pegada a la madera.

Mientras Sun Moon iba a buscar el mejor uniforme de su marido, Ga tomó el té y escuchó. Los rayos de sol entraban, horizontales, por las ventanas que daban al oeste, a través de las cuales uno podía imaginar que abarcaba a verlo todo, hasta Nampo y la bahía de Corea. La canción era elegante y límpida, y el hecho de que los niños desafinaran de vez en cuando le confería una agradable espontaneidad. Sun Moon lo vistió y acto seguido, ya en pie, le prendió las medallas correspondientes al pecho.

—Esta —dijo— te la impuso el Querido Líder en persona.

—¿Cuál fue el motivo?

Ella se encogió de hombros.

—Ponía arriba de todo —le indicó él.

La mujer arqueó las cejas ante lo que le pareció una sugerencia muy acertada y obedeció.

—Y esta te la impuso el general Guk por actos de valor indeterminados.

La belleza y la atención de Sun Moon lo habían distraído. Se le había olvidado quién era y en qué situación se encontraba.

—¿Tú crees que soy valeroso e indeterminado? —le preguntó.

Ella le cerró el botón del bolsillo de la pechera del uniforme y le ajustó el nudo de la corbata.

—No sé si eres amigo o enemigo de mi marido —le respondió—, pero eres un hombre y me tienes que prometer que protegerás a mis hijos. Lo que ha estado a punto de ocurrir hoy no puede volver a suceder.

Él señaló una medalla grande, que no le había prendido. Era una estrella

de color rubí encima de la llama dorada de Juche.

—¿Y esa? —le preguntó.

—Por favor —le suplicó—. Prométemelo.

Él asintió sin apartar la mirada de sus ojos.

—Esta medalla es por haber derrotado a Kimura en Japón —dijo ella—.

Aunque en realidad te la dieron por no haber desertado a continuación. La medalla en sí formaba parte del paquete.

—¿Qué paquete?

—Esta casa —dijo ella—. Tu posición. Y otras cosas.

—¿Desertar? ¿Quién querría dejarte?

—Es una buena pregunta —convino—. Pero por aquel entonces el comandante Ga aún no había obtenido mi mano.

—Así pues, derroté a Kimura, ¿eh? Préndemelo, anda.

—No —dijo ella.

Ga asintió en silencio, pues se fiaba de su criterio.

—¿Debo llevarme la pistola? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

Antes de marcharse, se detuvieron y contemplaron el Cinturón Dorado, colocado detrás de una urna de cristal iluminada por un foco. El expositor estaba dispuesto de tal forma que era lo primero que vería un visitante al entrar en la casa.

—Mi marido... —comenzó Sun Moon, pero no terminó la frase.

Su humor mejoró en el coche. El sol se estaba poniendo, pero el cielo conservaba aún un tono azul claro. Ga solo había conducido camiones militares, pero logró apañárselas, aunque el motor del Mercedes hacía que el pequeño cambio de marchas del Lada se atascara de vez en cuando. El interior del coche, eso sí, era precioso: salpicadero de caoba, indicadores de madreperla... Al principio Sun Moon había dicho que prefería sentarse sola en el asiento trasero, pero él la había convencido para que se sentara delante diciéndole que en América las mujeres

viajaban con los hombres.

—¿Te gusta este coche, el Mustang? —le preguntó—. Los americanos fabrican los mejores coches. Este goza de bastante popularidad allí.

—Ya lo conocía —dijo ella—. No es la primera vez que me subo en él.

—Lo dudo mucho —replicó Ga. Descendían por la ladera de la montaña a tanta velocidad que la nube de polvo que levantaban no lograba alcanzarlos—. Estoy seguro de que se trata del único Mustang de todo Pyongyang. El Querido Líder lo hizo fabricar a propósito para humillar a los americanos y demostrarles que somos capaces de fabricar su propio coche, solo que mejor y más potente.

Sun Moon acarició la tapicería. Entonces bajó el visor del acompañante y se miró en el espejo.

—No —dijo—. El coche en el que subí era este. Lo utilizamos en una de mis películas, esa en la que repelimos el ataque de los americanos y luego pescamos a MacArthur cuando intentaba huir. Este era el coche en el que intentaba huir el cobarde. Rodé una escena justo aquí, en este asiento. Tuve que besar a un traidor para sonsacarle información. De todo eso hace ya una eternidad.

Ga se dio cuenta de que hablar sobre películas le había vuelto a agriar el humor.

Pasaron junto al Cementerio de los Mártires Revolucionarios. Los guardias Songun, con sus rifles dorados, se habían marchado ya a sus casas y, ocasionalmente, entre las largas sombras que proyectaban las lápidas bronceas, se podía atisbar a hombres y mujeres. Aquellas figuras espectrales, que intentaban pasar inadvertidas y avanzaban rápidamente, al amparo de la oscuridad, se dedicaban a recoger las flores de las tumbas.

—Están siempre robando las flores —observó Sun Moon cuando pasaron cerca—. Me pone enferma. Mi tío abuelo está enterrado ahí, ¿sabes? ¿Te imaginas lo que pensarán nuestros antepasados? ¿Lo insultados que se sentirán?

—¿Por qué crees tú que roban las flores? —le preguntó Ga.

—Exacto, esa es la pregunta, ¿no? ¿Quién es capaz de hacer algo así? ¿Qué le está pasando a nuestro país?

Él la miró de soslayo, para cerciorarse de que su incredulidad era genuina. ¿De veras nunca había tenido tanta hambre como para comerse una flor? ¿Sabía que era posible comer margaritas, lirios de día, pensamientos y maravillas? ¿Que si estaba lo bastante hambrienta, una persona se podía tragar los brillantes pétalos de las violetas, e incluso tallos de dientes de león o los amargos escaramujos de un rosal?

Atravesaron el puente de Chongnyu, pasaron por el sur de la ciudad y volvieron a cruzar el río por Yanggakdo. Era la hora de cenar y el humo de leña flotaba en el ambiente. Bajo la luz crepuscular, el río Taedong le recordó el agua de los pozos mineros, fría y de un negro mineral. Ella le indicó que tomara la calle Sosong hacia el río Putong, pero entre los densos bloques de pisos que bordeaban Chollima algo golpeó el capó del coche. Los habían disparado con una pistola, ese fue el primer pensamiento del comandante Ga, o había habido algún tipo de colisión. Ga se paró en medio de la calle, y él y Sun Moon salieron del vehículo y dejaron las puertas abiertas.

La calle era ancha y no estaba iluminada. No había ningún otro coche. Era esa hora del atardecer cuando los azules y los grises se confunden. Alguien había estado asando nabos a la parrilla en la acera y había una capa de humo amargo suspendida a la altura de la cintura. Dieron la vuelta al coche para ver qué había sucedido. Encima del capó había un cabritillo, con unos cuernecitos minúsculos y los ojos colgantes y húmedos. Varias personas los observaban desde los tejados, donde otros animales seguían pastando mientras las primeras estrellas aparecían en el firmamento. No presentaba ninguna herida abierta, pero era evidente que el cabrito tenía los ojos lechosos y llenos de sangre. Sun Moon se cubrió la cara y Ga le puso una mano encima del hombro.

De repente una chica joven salió de entre la multitud, agarró el cabrito

y echó a correr calle abajo. La vieron alejarse, con la cabeza del cabrito balanceándose sobre el hombro, mientras su saliva manchada de sangre le caía por la espalda. Entonces el comandante Ga se dio cuenta de que la multitud lo miraba a él. A sus ojos era un *yangban*, con su uniforme elegante y su hermosa mujer.

Llegaron tarde al Gran Teatro Popular de la Ópera, que estaba vacío a excepción de unas decenas de parejas que formaban pequeños grupos. Los techos inmensos, las cascadas de seda negra de las cortinas y la moqueta de color morado reducían sus conversaciones a murmullos. En una de las galerías superiores, un tenor cantaba *Arirang* con las manos unidas sobre el pecho, mientras más abajo, y a pesar de las bebidas y los aperitivos, los invitados intentaban ocupar de alguna manera el tiempo vacío, a la espera de que el Querido Líder los recompensara con su enérgica compañía.

— *Arirang, Arirang* —cantaba el tenor—, *aa-raa-ri-yooo*.

—Ese es Dak-Ho —dijo Sun Moon—. Es el director de los Estudios Cinematográficos Centrales. Pero ningún otro hombre puede igualar su voz.

El comandante Ga y Sun Moon se acercaron cautelosamente hacia las demás parejas. ¡Qué espléndida la belleza de Sun Moon cruzando la sala, sus pasos rápidos y medidos, la elegancia con que su cuerpo se insinuaba bajo el paño de seda coreana!

Los hombres fueron los primeros en percatarse de su presencia. Vestidos con sus uniformes de gala y sus trajes de asamblea, le dedicaron sus áureas sonrisas, como si Sun Moon no llevara una eternidad ausente de los círculos *yangban*. Parecían indiferentes a la cancelación del estreno de su última película, o al hecho de que hubiera llegado con un extraño ataviado con el uniforme de su marido, como si aquello no fueran señales de que habían perdido a uno de los suyos. Las mujeres, en cambio, no ocultaron su desprecio. A lo mejor confiaban en que, cerrando

filas contra ella, evitarían que Sun Moon les contagiara la enfermedad que más temían.

Sun Moon se detuvo de golpe y se volvió hacia Ga, como si de pronto le hubiera sobrevenido un impulso irrefrenable de besarlo. Dando la espalda a aquellas mujeres, miró los ojos de Ga como si estuviera contemplando su propio reflejo.

—Soy una actriz de gran talento y tú eres mi marido —dijo—. Soy una actriz de gran talento y tú eres mi marido.

Ga miró fijamente sus ojos vacilantes, ciegos.

—Eres una actriz de gran talento —repitió—. Y yo soy tu marido.

Entonces Sun Moon se volvió, sonrió y siguió caminando.

Un hombre se separó de un grupo y se dirigió hacia ella. Al verlo, Sun Moon se puso tensa.

—Comandante Park —lo saludó—. ¿Cómo va todo?

—Bien, gracias —respondió él, y con una reverencia digna de una navaja, le besó la mano. A continuación se puso derecho—. Comandante Ga —añadió—, ¡cuánto tiempo!

Park tenía una cicatriz en la cara a consecuencia de un tiroteo naval con una patrullera de la República de Corea.

—Demasiado tiempo, comandante Park, demasiado.

—Es cierto —convino Park—. Pero dígame, ¿no nota ningún cambio en mí?

Ga se fijó en el uniforme de Park, en sus gruesos anillos y en su corbata, pero en realidad era incapaz de apartar la mirada de las tirantes cicatrices que le cubrían la mitad de la cara.

—Desde luego —dijo Ga—. Y es un cambio a mejor.

—¿En serio? —preguntó el comandante Park—. Y yo que creía que se iba a enfadar. Es un hombre tan competitivo...

Ga miró a Sun Moon de reojo. Pensaba que a lo mejor estaba saboreando el momento, pero vio que tenía una expresión tensa, recelosa. Entonces el comandante Park se llevó la mano a una de las medallas que

llevaba en la pechera.

—Estoy seguro de que algún día usted conseguirá también la Cruz Songun —dijo—. Es cierto, tan solo se entrega una al año, pero no se deje desanimar por ello.

—Bueno, tal vez sea el primero en obtener dos seguidas —repuso Ga.

El comandante Park se rio.

—Esa ha estado bien, Ga. Muy de su estilo —reconoció el comandante Park, y le puso una mano en el hombro como si fuera a susurrarle algo al oído. Lo que hizo, en cambio, fue agarrar a Ga por el cuello de la camisa y tirar de él hacia abajo al tiempo que le propinaba un gancho despiadado en el hígado, justo debajo de las costillas. A continuación Park se alejó caminando tranquilamente.

Sun Moon cogió a Ga e intentó llevárselo hacia las butacas, pero no, él insistió en quedarse de pie.

—Los hombres siempre termináis igual —dijo.

—¿Quién era ese? —preguntó el comandante Ga entre jadeos.

—Ese era tu mejor amigo —contestó Sun Moon.

Los presentes retomaron sus conversaciones, apiñados alrededor de la comida.

Ga se llevó la mano al costado y finalmente asintió.

—Sí, creo que me sentaré —dijo.

Se instalaron en unas sillas que había junto a una mesa vacía. Sun Moon observaba a los asistentes con tanta atención que casi parecía que intentara leer sus conversaciones solo a través de sus gestos.

Se les acercó una mujer sola. Les dirigió una mirada cautelosa, pero llevaba un vaso de agua para Ga. No era mucho mayor que Sun Moon, pero le temblaban las manos, tanto que el agua se derramaba por el borde. En la otra mano llevaba una bandeja de cóctel con una montaña de camarones.

Ga cogió el vaso y bebió, aunque el agua le dolió al bajar.

La mujer se sacó un trozo de papel encerado y empezó a colocar los

camarones encima.

—Mi marido —dijo—. Tiene mi edad. Y es un hombre de gran corazón. Con eso quiero decir que él habría intervenido en el espectáculo que acabamos de presenciar. No, él habría sido incapaz de contemplar impasible cómo le hacían daño a alguien.

Ga la vio colocar los camarones uno a uno encima del papel, y se fijó en sus caparazones de color blanco opaco y en sus ojos como abalorios negros: eran los camarones ciegos, de aguas profundas, por los que habían arriesgado sus vidas a bordo del *Junma*.

—No puedo decir que mi marido posea ningún rasgo especial —siguió diciendo—. No tiene ni cicatrices ni ninguna marca de nacimiento. Es un hombre corriente, de unos cuarenta y cinco años y pelo encanecido.

Ga se sujetaba el costado, con gesto de dolor.

—Déjenos solos, por favor —le pidió Sun Moon, impaciente.

—Sí, sí —dijo la mujer, que se volvió hacia Ga—. ¿Usted cree haberlo visto? ¿En el lugar donde estaba antes?

Ga dejó el vaso.

—¿En el lugar donde estaba antes? —preguntó.

—Corren rumores —declaró la mujer—. La gente sabe de dónde ha salido.

—Me confunde con otra persona —le aseguró él—. No soy ningún prisionero. Soy el comandante Ga, ministro de las Minas Prisión.

—Por favor —rogó la mujer—. Tengo que recuperar a mi marido, no puedo... Sin él nada tiene sentido. Se llamaba...

—No —la cortó Sun Moon—. No nos diga su nombre.

La mirada de la mujer se movía alternativamente entre Sun Moon y Ga.

—¿Pero es cierto que...? Quiero decir, ¿ha oído alguna vez decir que tienen un centro de lobotomización? —preguntó. En su temblorosa mano sujetaba un camarón, que se agitaba sin sentido.

—¿Cómo? —preguntó Ga.

—No —insistió Sun Moon—. Déjelo ya.

—Tiene que ayudarme a encontrarlo. He oído que practican lobotomías a los hombres al ingresar... Y que luego trabajan como zombis para siempre.

—Para eso no hace falta cirugía —le dijo él.

Sun Moon se levantó, cogió a Ga del brazo y se lo llevó.

Se mezclaron con la multitud, cerca de la comida. Entonces la luz disminuyó y los músicos empezaron a afinar sus instrumentos.

—¿Qué sucede? —le preguntó él.

Ella señaló una cortina amarilla que cubría un balcón del segundo piso.

—El Querido Líder saldrá por ahí —dijo ella, y dio un paso hacia atrás—. Necesito hablar de mi película con un par de personas. Tengo que averiguar qué pasó con *Mujer de solaz*.

Un foco iluminó la cortina amarilla, pero en lugar de *Seguiremos eternamente su estela*, la banda empezó a interpretar una conmovedora versión de *La balada de Ryoktosan*. El tenor empezó a glosar la figura de Ryoktosan, ¡el gigante con cara de niño de Hamgyong del Sur! ¡El hijo de granjeros que se convirtió en el rey de la lucha en Japón! ¡El gigante con cara de niño que derrotó a Sakuraba! Tras adjudicarse el cinturón él solo quería volver a casa. ¡Su único deseo era regresar como un héroe a Corea, su patria natal! Pero a nuestro campeón lo habían secuestrado y asesinado, lo habían apuñalado los desvergonzados japoneses. Un cuchillo japonés manchado de orín había obligado al gran Ryoktosan a hincar la rodilla.

Entonces la multitud se unió a la música. Sabían cuándo tenían que dar patadas en el suelo o acompañar la melodía con palmadas. De repente se oyó el sonido de las puertas blindadas rodantes que había detrás de la cortina y el teatro prorrumpió en una atronadora ovación. Cuando las colgaduras amarillas se abrieron, apareció una figura barrigona y corta de estatura, vestida con un *dobok* blanco y con una máscara que recordaba la cara de niño de Ryoktosan. La multitud enloqueció. El pequeño taekwondista bajó las escaleras con paso ágil y dio una vuelta de honor a

través de la multitud. Cogió el coñac de alguien y se lo bebió a través del agujero de su máscara. Entonces se acercó hacia el comandante Ga y le dedicó una reverencia absolutamente formal antes de adoptar una postura de taekwondo.

El comandante Ga no sabía qué se suponía que tenía que hacer. Los invitados empezaron a formar un gran corro alrededor de él y de aquel hombrecillo que bailaba ante él con los puños en alto. En ese momento los encañonó un foco. El hombrecillo se agachaba para protegerse y se volvía a incorporar, y de pronto se acercó rápidamente a Ga, hasta colocarse dentro de su radio de golpeo, antes de volver a retirarse. Ga buscó a Sun Moon con la mirada, pero solo veía luces brillantes. El pequeño taekwondista se acercó saltando hasta Ga, y soltó varios puñetazos y patadas laterales al aire. Y entonces, inesperadamente, el diablillo lo golpeó: un puñetazo brusco, rápido, en la garganta.

La multitud lo vitoreó y volvió a entonar la balada a coro.

Ga se agarró la tráquea y se inclinó.

—Por favor, señor —suplicó, pero el hombrecillo se encontraba ya cerca del perímetro del círculo, donde se apoyó en la esposa de uno de los invitados para recuperar el aliento y dar otro trago.

Súbitamente el hombrecillo se abalanzó contra él para propinarle otro golpe. ¿Qué debía hacer Ga? ¿Parar el golpe? ¿Tratar de razonar con aquel hombre? ¿Correr? Pero ya era demasiado tarde: Ga notó unos nudillos que le impactaban en el ojo, sintió una punzada y una hinchazón en la boca, y finalmente el dolor le estalló en la nariz. Percibió una oleada de calor dentro de la cabeza y la sangre empezó a manarle de la nariz y a bajarle por la garganta. Entonces el pequeño Ryoktosan le dedicó al público un bailecito como el que hacían los soldados rusos las noches en que estaban de permiso y no tenían que regresar a sus submarinos.

Ga tenía los ojos llenos de lágrimas y no veía bien, pero el hombrecillo volvió a acercarse y le soltó un gancho de izquierdas en el torso. El dolor

respondió por él, y Ga lanzó un puñetazo contra la nariz del hombre.

So oyó el ruido de la máscara de plástico al arrugarse. El hombrecillo retrocedió unos pasos, tambaleándose, al tiempo que la sangre empezaba a brotar de los agujeros que correspondían a la nariz, y los invitados ahogaron un grito colectivo. Lo sentaron en una silla, le llevaron un vaso de agua y finalmente le quitaron la máscara, momento en el que comprobaron que no se trataba del Querido Líder, sino de un hombrecillo desorientado, de facciones vulgares.

El foco volvió a enfocar el balcón. Allí, aplaudiendo, estaba el auténtico Querido Líder.

—¿Os habíais creído que era yo? —exclamó—. ¿Os habíais creído que eso era yo?

El Querido Líder Kim Jong-il bajó por las escaleras, riendo, estrechando la mano de la gente y aceptando las felicitaciones por aquella broma tan bien ejecutada. Se detuvo un instante para ver cómo se encontraba el hombrecillo del *dobok*, y se inclinó sobre él para echarle un vistazo a las heridas.

—Es mi chófer —dijo el Querido Líder, que le inspeccionó la nariz y negó con la cabeza. Aquella situación exigía una palmadita en el hombro y pronto llamaron al médico personal del Querido Líder.

El Querido Líder se aproximó al comandante Ga y la multitud guardó silencio. Ga vio cómo Sun Moon se volvía de costado para acercarse y así poder oír la conversación.

—No, no —le aconsejó el Querido Líder—. Tienes que levantarte para detener la hemorragia.

A pesar del dolor que sentía en el tronco, Ga se incorporó. Entonces el Querido Líder le cogió la nariz, se la apretó por encima del puente y bajó los dedos con fuerza para hacerle expulsar toda la sangre y los mocos.

—¿Te habías creído que era yo? —le preguntó a Ga.

Ga asintió.

—Sí, creía que era usted.

El Querido Líder se rio y sacudió los dedos para limpiarlos.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. La nariz no está rota.

Alguien le pasó un pañuelo al Querido Líder, que se secó las manos mientras se dirigía a sus invitados.

—¡Creía que era yo! —anunció para deleite de la concurrencia—. Pero yo soy el auténtico Kim Jong-il. Yo soy el auténtico yo. En cambio él —añadió, señalando a su chófer, que puso unos ojos como platos—, él es el impostor, el que finge ser quien no es. El auténtico Kim Jong-il soy yo.

El Querido Líder dobló el pañuelo y se lo dio a Ga, para que se lo aplicara en la nariz.

—Y aquí tenemos al verdadero comandante Ga. Ya derrotó a Kimura y ahora derrotará a los americanos. Necesitamos a un auténtico héroe —exclamó el Querido Líder levantando la voz, como si se dirigiera a toda Corea del Norte desde Pyongyang—, y yo os ofrezco el comandante Ga. ¡Necesitamos a alguien capaz de defender la nación, y yo os ofrezco el comandante Ga! ¡Un aplauso para el poseedor del Cinturón Dorado!

La ovación fue larga y sostenida, y el Querido Líder lo aprovechó para susurrarle.

—Y ahora una reverencia, comandante.

Con las manos en los costados, Ga se inclinó desde la cintura y se quedó así un instante, mientras de la nariz le salían gotas de sangre que caían sobre la moqueta del teatro de la ópera. Cuando volvió a incorporarse, y como si alguien hubiera dado una orden, apareció una flotilla de bellas camareras con bandejas de champán. Por encima del clamor, Dak-Ho empezó a cantar *Héroes olvidados*, el tema central de la primera película de Sun Moon.

El comandante Ga se volvió hacia ella y su expresión le confirmó que finalmente esta había comprendido que no importaba si su marido estaba vivo o muerto: lo habían reemplazado y no volvería a verlo nunca más.

Sun Moon dio media vuelta, pero él salió tras ella. La atrapó junto a una mesa vacía, y la mujer se sentó entre los abrigo y bolsos de otra

gente.

—¿Qué hay de tu película? —le preguntó—. ¿Qué has logrado averiguar?

—La película no se va a hacer —respondió ella con manos temblorosas. Su rostro reflejaba una expresión de pura tristeza que era todo lo contrario a interpretar un papel. Estaba a punto de echarse a llorar. Él intentó consolarla, pero ella no quiso—. Nunca me había pasado nada así —aseguró—. Y de repente todo se ha torcido.

—No todo —repuso Ga.

—Sí, todo —insistió—. Tú no conoces esta sensación. No entiendes lo que es perder una película en la que has trabajado un año entero. Nunca has perdido a tus amigos ni te han arrebatado a tu marido.

—No digas estas cosas —protestó él—. No tienes por qué hablar así.

—El hambre debe de ser esto —dijo Sun Moon—, este vacío que siento ahora en mi interior. Esto es lo que deben de sentir en África, donde no tienen qué comer.

De pronto el comandante Ga experimentó una sensación de rechazo hacia aquella mujer.

—¿Quieres saber a qué sabe el hambre? —le preguntó, y arrancó el pétalo de una de las rosas del centro de mesa. Le quitó la base de color blanco y se la acercó a los labios—. Abre la boca —le ordenó, pero ella no lo hizo—. Que la abras —insistió entonces, en tono más severo.

Sun Moon separó los labios y dejó que le metiera la flor en la boca. Lo miró fijamente, con los ojos anegados. Y cuando finalmente empezó a masticar, despacio, muy despacio, se le cayeron las lágrimas.

¡Ciudadanos! Reuníos alrededor de los altavoces, en vuestras cocinas y

oficinas, para el siguiente episodio de la Mejor Historia Norcoreana de este año. ¿Os habéis perdido un capítulo? Están todos disponibles en el laboratorio de lenguas del Gran Palacio de Estudios del Pueblo. La última vez que vimos al comandante Ga acababa de recibir una de sus demostraciones de taekwondo por parte del Querido Líder. No os dejéis engañar por el elegante uniforme del comandante Ga, ni por la impoluta raya de su pelo: se trata de una figura trágica que aún deberá caer mucho más bajo antes de redimirse.

De momento, nuestra deslumbrante pareja cruzaba Pyongyang tras una opulenta fiesta, mientras, barrio a barrio, las subestaciones eléctricas dejaban de funcionar para sumir nuestra preciosa ciudad en el sueño. El comandante Ga conducía, y Sun Moon se inclinaba con cada curva.

—Siento lo de la película —dijo él.

Ella no respondió. Tenía la cabeza vuelta hacia los edificios oscuros.

—Ya harás otra —añadió.

Sun Moon hurgó dentro del bolso y volvió a cerrarlo, con gesto de frustración.

—Mi marido nunca dejó que se me terminaran los cigarrillos, ni una sola vez —dijo—. Tenía un escondrijo especial para los cartones, y cada mañana me dejaba un paquete nuevo bajo la almohada.

El distrito de Pyongchon se quedó sin luz mientras lo atravesaban y acto seguido la oscuridad se apoderó de uno, dos, tres bloques de pisos de la calle Haebangsang. Buenas noches, Pyongyang. Te lo has ganado. Ningún país duerme como lo hace Corea del Norte. Después de que se apague la luz, se oye una exhalación colectiva mientras en un millón de hogares las cabezas se posan sobre las almohadas. Los incansables generadores se detienen, las turbinas al rojo vivo empiezan a enfriarse y no hay ninguna luz que brille, solitaria, ni ninguna nevera que zumbe monótonamente en la oscuridad. Solo queda la satisfacción de cerrar los ojos, y los profundos sueños de cuotas de trabajo cumplidas y del abrazo de la reunificación. Los ciudadanos americanos, en cambio, pasan la

noche despiertos. Deberíais ver una imagen de satélite nocturna de ese país desquiciado: una telaraña de luz que resplandece con la suma de sus noches vacías, indolentes. Perezosos y desmotivados, los americanos se levantan tarde y se entregan a la televisión, la homosexualidad e incluso la religión, lo que sea con tal de alimentar su apetito egoísta.

En la ciudad reinaba una oscuridad absoluta cuando pasaron junto a la estación de Rakwan, en la línea de Hyoksin. Los faros de su coche iluminaron brevemente un búho real que se había posado en lo alto de un conducto de ventilación del metro, y que estaba ocupado masticando un pedazo de carne de cordero fresca. Sería muy fácil, queridos ciudadanos, compadecerse del pobre cordero, al que le habían segado la vida siendo aún tan joven; o de la mamá del cordero, cuyo amor y esfuerzos habían sido en vano. E incluso del búho real, condenado a vivir devorando a otros. Pero esta es una historia feliz, ciudadanos, pues la pérdida de ese cordero desatento y poco obediente hizo más fuertes a los demás corderos de los tejados.

El coche empezó a subir por la colina y pasaron junto al Zoológico Central, donde los tigres siberianos del Querido Líder se exhibían junto al corral que albergaba a los seis perros del zoo, regalos todos ellos del antiguo rey de Suazilandia. Los perros se alimentaban según una estricta dieta a base de tomates pasados y *kimchi* para mitigar el peligro inherente de esos animales, ¡aunque se volverán de nuevo carnívoros cuando llegue el momento de recibir de nuevo a los americanos!

Los faros del vehículo iluminaron a un hombre que huía del zoológico con un huevo de avestruz en los brazos. Dos vigilantes nocturnos lo perseguían colina arriba con linternas.

—¿No sientes compasión por un hombre lo bastante hambriento como para robar? —preguntó el comandante Ga mientras pasaban junto a ellos—. ¿O por los hombres que deben darle caza?

—¿No es el pájaro el que sufre? —repuso Sun Moon.

Dejaron atrás el cementerio, que se encontraba a oscuras, lo mismo que

el parque de atracciones: las sillas del teleférico, de un negro puro, se recortaban contra el cielo azul oscuro. Solo el jardín botánico seguía iluminado: el programa de cultivo híbrido no se detenía ni siquiera por la noche. Una alta verja electrificada protegía el precioso semillero nacional de una invasión americana. Ga se fijó en una nube de polillas, tan ricas en proteínas, que giraban alrededor de un foco de seguridad, y se puso melancólico mientras recorría lentamente el último tramo de la carretera de tierra.

—Es un gran coche —dijo—. Lo echaré de menos.

Con ello, el comandante se refería a que, aunque nuestra nación produce los mejores vehículos del mundo, la vida es algo pasajero y sujeto a privaciones, motivo por el que el Querido Líder nos brindó la idea Juche.

—Se lo transmitiré al siguiente hombre que se encuentre tras el volante —aseguró Sun Moon.

Aquí, la buena actriz reconoce que el coche no es suyo, sino que es propiedad de los ciudadanos de la República Popular Democrática de Corea, con el Querido Líder a su cabeza. En cambio, se equivoca cuando dice que ella no pertenece a su marido, pues una esposa tiene una serie de obligaciones y se debe a ellas.

El comandante Ga aparcó delante de la casa. La nube de polvo que los venía siguiendo se les echó encima y los faros del coche proyectaron una luz espectral sobre la puerta de entrada. Sun Moon se la quedó mirando con inquietud e incertidumbre.

—¿Esto es un sueño? —preguntó—. Dime que estamos en una película.

¡Pero basta ya de emociones los dos! Es hora de dormir. Hala, a la cama...

Ay, Sun Moon, ¡siempre te compadeceremos!

Repitamos todos juntos: ¡te echamos de menos, Sun Moon!

Finalmente, ciudadanos, una advertencia: el episodio de mañana contiene una escena para adultos, o sea que proteged los oídos de

nuestros ciudadanos más pequeños, pues la actriz Sun Moon deberá decidir si se entrega totalmente a su nuevo marido, el comandante Ga, como la ley exige a una esposa, o si opta por una equivocada declaración de castidad.

Recordad, ciudadanas: por admirable que parezca mantenerse casta y fiel a un marido desaparecido, se trata de un falso sentido del deber. Cuando un ser amado desaparece, es corriente experimentar un dolor persistente. Hay un dicho americano que asegura que el tiempo todo lo cura, pero no es cierto. Los experimentos han demostrado que lo único que acelera el proceso de curación son las sesiones de autocrítica, los inspiradores tratados de Kim Jong-il y las personas de reemplazo. Así pues, cuando el Querido Líder os asigne un nuevo marido, entregaos completamente a él. Y, no obstante, ¡te queremos, Sun Moon!

Otra vez: ¡te queremos, Sun Moon!

Más fuerte, ciudadanos.

Repetid todos: ¡te admiramos, Sun Moon!

Así, ciudadanos, mucho mejor.

Exclamad: ¡emulamos tu sacrificio, Sun Moon!

¡Que el Gran Líder Kim Il-sung en persona te oiga desde el cielo!

Todos juntos: ¡nos bañaremos con la sangre de los americanos que vinieron a nuestro gran país para hacerte daño!

Pero no nos avancemos a los acontecimientos. Ese episodio aún no ha llegado.

De vuelta a casa tras la fiesta del Querido Líder, el comandante Ga prestó atención a la rutina nocturna de Sun Moon. En primer lugar, encendió un farol de aceite como los que instalan en las playas de Cheju

para que los pescadores nocturnos puedan guiar sus esquifes. Dejó entrar al perro y echó un vistazo en el dormitorio para asegurarse de que los niños dormían. Al salir dejó por primera vez la puerta abierta. Dentro, a la luz de su farol, Ga vio un colchón delgado y un par de esteras de pelo de buey enroscadas.

En la oscuridad de la cocina, el comandante Ga sacó una botella de Ryoksong de la fresquera de debajo del fregadero. La cerveza era buena y la botella le calmó el agarrotamiento de la mano. No quería ver qué aspecto tenía su cara. Ella le inspeccionó los nudillos, sobre los que ya había empezado a formarse una costra amarillenta.

—He visto muchas manos rotas —aseguró Sun Moon—. Solo tienes un esguince.

—¿Crees que el chófer estará bien? Creo que le he roto la nariz.

Ella se encogió de hombros.

—Has elegido hacerte pasar por un hombre que se dedicaba a la violencia —repuso—. Son cosas que pasan.

—Lo has entendido al revés —respondió él—. Fue tu marido quien me eligió a mí.

—¿Qué importa? Ahora eres él, ¿no? Comandante Ga Chol Chan, ¿es así como te tengo que llamar?

—He visto cómo tus hijos ocultan la mirada y el miedo que tienen a moverse. Yo no quiero ser el hombre que les ha inculcado eso.

—Pues tú dirás. ¿Cómo te tengo que llamar?

Él negó con la cabeza.

La expresión de Sun Moon indicaba que también ella opinaba que se encontraban ante un problema complejo.

La luz del farol proyectaba sombras que daban forma a su cuerpo. Se apoyó en la encimera y clavó la mirada en los armarios, como si estuviera viendo lo que había dentro. Pero en realidad tenía la vista vuelta hacia dentro, estaba observando su interior.

—Sé qué estás pensando —dijo él.

—Esa mujer —comenzó Sun Moon—. Aún no he logrado quitármela de la cabeza.

Por la expresión de su mirada, al comandante Ga le pareció que se estaba echando las culpas a sí misma por alguna cosa, algo que el capitán le había contado que su mujer hacía constantemente. Pero en cuanto había mencionado a aquella mujer, había sabido inmediatamente a qué se refería Sun Moon.

—Menuda estupidez, todo eso de las lobotomías —opinó—. No existe ninguna prisión así. La gente difunde rumores como ese por miedo e ignorancia.

El comandante Ga bebió un trago de cerveza. Abrió y cerró la mandíbula, y la movió a un lado y otro para comprobar si se había dañado la cara. Naturalmente que había una prisión para zombis, había sabido que era cierto nada más oírlo. Le habría gustado podérselo preguntar a Mongnan: ella lo habría sabido, se lo habría contado todo sobre el centro de lobotomización y, encima, lo habría hecho de tal forma que al final lo habría convencido de que era la persona más afortunada del mundo, que su destino era oro puro en comparación con el de otras personas.

—Si te preocupa tu marido y lo que le pasó, te cuento la historia.

—No quiero hablar sobre él —repuso Sun Moon, que se mordió una uña—. Tienes que prometerme que no vas a permitir que me vuelva a quedar sin cigarrillos. —Sacó un vaso del armario y lo dejó encima del mármol—. A esta hora de la noche me tienes que servir un vaso de vino de arroz —le dijo—. Esa es una de tus funciones.

El comandante Ga cogió el farol y bajó al túnel a buscar una botella de vino de arroz, pero en lugar de eso se encontró examinando los DVD. Pasó un dedo por el lomo de las películas, buscando alguna en la que apareciera ella, pero no había ninguna coreana. Pronto títulos como *Rambo*, *Hechizo de luna* o *En busca del arca perdida* activaron la parte de su cerebro que leía en inglés, y ya no pudo parar de repasar todos los lomos. De repente tenía a Sun Moon a su lado.

—Me has dejado a oscuras —le dijo—. Aún tienes que aprender muchas cosas sobre cómo tratarme.

—Estaba buscando alguna de tus películas.

—Ah, ¿sí?

—Pero no hay ninguna.

—¿Ninguna? —preguntó ella, estudiando los títulos—. ¿Todas estas películas y no tenía ni una sola de su mujer? —añadió, confusa, y sacó una del estante—. ¿Cuál es esta?

Ga se fijó en la carátula.

— *Se titula La lista de Schindler.*

Schindler era una palabra difícil de pronunciar.

Sun Moon abrió la carátula y observó el DVD, cuya superficie brillaba bajo la luz.

—Vaya tontería —dijo—. Las películas son propiedad de la gente, no tiene sentido que una sola persona las acumule de esta manera. Si quieres ver una de mis películas, ve al Teatro Moranbong. Allí las pasan sin parar. Puedes ver una película de Sun Moon rodeada de campesinos y miembros del Politburó.

—¿Has visto alguna de estas?

—Ya te lo dije —respondió ella—. Yo soy una actriz pura. Estas películas solo me corromperían. A lo mejor soy la única actriz pura del mundo. —Cogió otra película y la blandió ante sus ojos—. ¿Cómo pueden llamarse artistas cuando trabajan por dinero? Como los babuinos de zoológico, que bailan sobre sus cuerdas a cambio de una col. Yo actúo para un país, para todo un pueblo —proclamó, pero de pronto se desinfló—. El Querido Líder me dijo que iba a actuar para todo el mundo. Por eso me dio este nombre, ¿sabes? En inglés, Sun significa *hae* y Moon significa *dal*, de modo que iba a ser el día y la noche, la luz y la oscuridad, el cuerpo celeste y su eterno satélite. El Querido Líder dijo que eso me haría parecer más misteriosa a ojos del público americano, que el intenso simbolismo les resultaría seductor —dijo, y a continuación

se lo quedó mirando—. Pero en América no ven mis películas, ¿verdad?
Él negó con la cabeza.
—No —contestó—. Yo creo que no.
Sun Moon volvió a dejar *La lista de Schindler* en el estante.
—Deshazte de todas —dijo—. No las quiero volver a ver.
—¿Cómo las veía, tu marido? —preguntó él—. No tenéis ningún reproductor.
Ella se encogió de hombros.
—¿Tenía un portátil?
—¿Un qué?
—Un ordenador plegable.
—Sí —asintió—, pero hace ya tiempo que no lo he visto.
—Me juego algo que donde esté escondido el portátil —le dijo— estarán también tus cigarrillos.
—Ya es tarde para el vino —repuso ella—. Ven, prepararé la cama.

La cama estaba situada ante un gran ventanal por el que entraba toda la oscuridad de Pyongyang. Sun Moon dejó el farol en una mesita. Los niños dormían sobre un palé que había a los pies de la cama, con el perro acurrucado entre ellos. En una repisa, lejos del alcance de los niños, estaba la lata de melocotón que les había dado Camarada Buc. Se desnudaron a media luz, hasta quedar en ropa interior. Cuando estuvieron bajo las sábanas, Sun Moon habló.

—He aquí la reglas —dijo—. La primera es que empezarás a trabajar en el túnel y no pararás hasta que tenga una salida. No pienso quedarme atrapada otra vez.

Él cerró los ojos y se dispuso a escuchar sus exigencias. Había algo puro y hermoso en ellas. Tendría que haber más gente que dijera: «Lo que quiero es esto».

Ella lo miró para asegurarse de que la estaba escuchando.

—En segundo lugar, los niños te dirán sus nombres cuando lo decidan.

—De acuerdo —dijo él.

Montaña abajo, los perros del zoológico comenzaron a ladrar.

—Y no puedes usar el taekwondo con ellos —añadió Sun Moon—. Nunca los obligarás a demostrar su lealtad, nunca los pondrás a prueba de ninguna manera. —Sus ojos lo escudriñaron—. Hoy has comprobado que a los amigos de mi marido les complace atacarte en público. Aún está en mi mano decidir si quiero que una persona quede lisiada.

Del jardín botánico llegó un intenso destello azulado que llenó la habitación. Hay muy pocos arcos voltaicos comparables al que provoca un ser humano en una verja electrificada. A veces los pájaros hacían que se disparase la verja de la Prisión 33, pero una persona (aquel chasquido azul, aquella profunda reverberación) generaba una luz que te atravesaba los párpados y un zumbido que se te metía en los huesos. Esa luz, ese sonido, lo había despertado cada vez en su barracón, aunque Mongnan le había dicho que al cabo de un tiempo ya no te dabas ni cuenta.

—¿Tienes alguna regla más? —le preguntó él.

—Solo una —contestó la mujer—. No me tocarás nunca.

En la oscuridad se hizo un largo silencio. Finalmente el comandante Ga respiró hondo.

—Una mañana mandaron formar a todos los mineros —contó—. Éramos unos seiscientos. El alcaide se nos acercó.

Tenía un ojo morado, reciente. Había un oficial militar junto a él, con sombrero de ala ancha y muchísimas medallas. Era tu marido. Le ordenó al alcaide que nos hiciera quitarnos las camisas.

Hizo una pausa para ver si Sun Moon lo animaba a retomar la historia. Al ver que no decía nada, siguió hablando.

—Tu marido llevaba un aparato electrónico. Recorrió las hileras de hombres apuntándoles al pecho. Con la mayoría la caja no reaccionaba, pero en algunos casos se oía un sonido como de electricidad estática. Eso fue lo que me pasó a mí: me apuntó a los pulmones y el aparato crepitó.

»—En qué parte de la mina trabajas —me preguntó. Yo le dije que en la

nueva galería, en el subsuelo—. ¿Y ahí abajo hace calor? ¿O frío?

»—Calor —dije yo.

»Ga se volvió hacia el alcaide.

»—Eso es prueba suficiente, ¿no? A partir de ahora, todo el trabajo se concentrará en esa parte de la mina. Se acabó excavar en busca de níquel y estaño.

»—Sí, ministro Ga —asintió el alcaide.

»Al parecer, solo entonces el comandante Ga se percató del tatuaje de mi pecho, y se le dibujó una sonrisa incrédula en los labios.

»—¿Dónde te hiciste eso? —me preguntó.

»—En el mar —le respondí.

»Me sujetó por el hombro y estudió el tatuaje. Hacía casi un año que no me bañaba y nunca olvidaré el blanco reluciente de sus uñas sobre mi piel.

»—¿Tú sabes quién soy? —me preguntó. Yo asentí con la cabeza—. ¿Quieres explicarme qué significa este tatuaje?

»Todas las respuestas que me vinieron a la mente me parecieron equivocadas.

»—Fue por puro patriotismo —contesté finalmente—, hacia el mayor tesoro de nuestro país.

»Ga pareció saborear mi respuesta.

»—Si tú supieras —me dijo, y se volvió hacia el alcaide—.

¿Lo ha oído? —le preguntó Ga—. Creo que he encontrado al único en esta prisión que no es un homosexual rematado.

»Ga me examinó desde más cerca. Me levantó el brazo y se fijó en las quemaduras de mi entrenamiento contra el dolor.

»—Ajá —dijo, con gesto de reconocimiento. Entonces me cogió el otro brazo y le dio la vuelta para estudiar el círculo de cicatrices—. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó, intrigado.

»El comandante Ga retrocedió un paso y vi cómo el pie posterior se separaba ligeramente del suelo. Levanté el brazo justo a tiempo para

bloquear una patada relámpago dirigida a mi cabeza.

»—Justo lo que andaba buscando —comentó.

»El comandante Ga movió la mandíbula y soltó un agudo silbido. Vimos cómo, al otro lado de la verja de la prisión, su chófer abría el maletero del Mercedes. El hombre sacó algo de dentro y los guardas le abrieron las puertas. Empezó a caminar hacia nosotros; no sabíamos qué llevaba en las manos, pero parecía extremadamente pesado.

»—¿Cómo te llamas? —me preguntó Ga—. Espera, no hace falta que me lo digas. Te reconoceré por esto —dijo, y me tocó el pecho con un solo dedo—. ¿Alguna vez has visto al alcaide poner los pies en la mina? —me preguntó entonces.

»Me volví hacia el alcaide, que me fulminó con la mirada.

»—No —le dije al comandante Ga.

»El chófer se nos acercó con una enorme piedra blanca en los brazos. Debía de pesar por lo menos veinticinco kilos.

»—Cójala —le ordenó el comandante Ga al alcaide—. Levántela, que la vean todos.

»A duras penas, el alcaide se la colocó encima del hombro y la dejó ahí. Era más grande que su cabeza. El comandante Ga apuntó la piedra con el detector y oímos cómo la máquina empezaba a chascar como loca, llena de energía.

»—Fíjate en lo blanca que es, parece de yeso —me dijo—. Esta roca es lo único que nos importa. ¿Has visto alguna roca como esta en la mina? —Yo asentí y él sonrió—. Los científicos dijeron que era el tipo de montaña apropiada, que tenía que estar ahí abajo. Y ahora sabemos que estaban en lo cierto.

»—¿Qué es? —pregunté.

»—Es el futuro de Corea del Norte —contestó—. Es nuestro puño cerrado alrededor de la garganta de los yanquis. —Entonces se volvió hacia el alcaide—. A partir de hoy, este preso será mis ojos y mis oídos en este lugar. Volveré dentro de un mes y hasta entonces no le pasará

nada. Lo van a tratar como me tratarían a mí. ¿Estamos? ¿Sabe qué le sucedió al último alcaide de esta prisión? ¿Sabe lo que mandé que le hicieran?

»El alcaide no respondió. El comandante Ga me entregó el aparato electrónico y me dijo:

»—Cuando regrese quiero ver una montaña blanca de piedras como esa. Y si el alcaide suelta en algún momento la suya antes de que yo regrese, quiero que me lo cuentes. No se puede separar de ella por ningún motivo, ¿me oyes? Cuando cene, lo tiene que hacer con la roca en el regazo. Cuando duerma, que suba y baje sobre su pecho. Cuando vaya a cagar, la roca cagará con él.

»Ga le pegó un empujón al alcaide, que dio un traspié e intentó no perder el equilibrio. El comandante Ga cerró el puño y...

—Basta —lo interrumpió Sun Moon—. Es él, reconozco a mi marido.

Guardó silencio un instante, como si estuviera digiriendo algo, y se volvió en la cama, llenando el espacio que quedaba entre los dos. Le levantó la manga de la camisa de dormir y pasó un dedo por encima de los bultos de las cicatrices del bíceps. Entonces le puso una mano plana en el pecho y extendió los dedos sobre el camisón de algodón.

—¿Es aquí? —le preguntó—. ¿Dónde tienes el tatuaje?

—No estoy seguro de que lo quieras ver.

—¿Por qué no?

—Temo que te pueda asustar.

—No pasa nada —dijo ella—. Enséñamelo.

Él se quitó la camisa y ella se inclinó sobre él para contemplar a media luz aquel retrato de sí misma, grabado para siempre en tinta, una mujer cuyos ojos aún ardían de abnegación y fervor nacional. Sun Moon estudió la imagen, que subía y bajaba con su pecho.

—Mi marido... Un mes más tarde volvió a la prisión, ¿verdad?

—Sí.

—Y te quiso hacer algo, algo malo, ¿verdad?

Él asintió.

—Pero tú fuiste más fuerte —dijo ella.

Él tragó saliva.

—Fui más fuerte.

Ella alargó la mano y se la colocó suavemente encima del tatuaje. ¿Era la imagen de la mujer que había sido lo que hacía que le temblaran los dedos? ¿O acaso sentía algo por aquel hombre que había en su cama y que, por razones que ella no comprendía, había empezado a llorar?

Aquella noche, al regresar a casa desde la División 42, me di cuenta de que la vista de mis padres había empeorado tanto que tuve que informarlos de que ya se había hecho de noche. Los ayudé a meterse en sus camas plegables, dispuestas una junto a la otra delante de la estufa, y ahí se quedaron, con la mirada vacía y fija en el techo. Mi padre tiene los ojos empañados, pero los de mi madre son claros y expresivos, y a veces sospecho que en realidad no ve tan mal como él. Le encendí un cigarrillo de buenas noches a mi padre. Fuma Konsols, eso da una idea del tipo de hombre que es.

—Madre, padre —les dije—. Tengo que salir un momento.

—Que la eterna sabiduría de Kim Jong-il te guíe —respondió mi padre.

—Y obedece el toque de queda —añadió mi madre.

Palpé la alianza de Camarada Buc en el bolsillo.

—Madre —le dije—, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Dime, hijo.

—¿Por qué no me has encontrado nunca una mujer?

—En primer lugar nos debemos al país —contestó—. Luego a los líderes, y luego...

—Sí, sí, ya sé —la corté yo—. Y luego al Partido, y luego a los Estatutos de la Asamblea de Trabajadores, y todo eso. Pero yo estuve en las Jóvenes Brigadas, estudié el Ideal Juche en la Universidad Kim Il-sung. He cumplido con mi deber, pero aun así no tengo esposa.

—Te noto intranquilo —observó mi padre—. ¿Has hablado con el consejero Songun de tu bloque de viviendas?

Me di cuenta de que le temblaban los dedos de la mano derecha. Cuando yo era un niño, uno de sus gestos habituales consistía en alargar esa mano y alborotarme el pelo. Era su forma de tranquilizarme cuando se llevaban a algún vecino, o cuando veíamos a agentes de los servicios secretos de la policía militar deteniendo a ciudadanos en el metro. Ese gesto me mostró que seguía allí, que a pesar de su omnipresente patriotismo, mi padre seguía siendo mi padre, aunque sintiera que tenía que ocultar su verdadero yo ante todos, incluso ante mí. Apagué la vela de un soplido.

Sin embargo, al salir de la casa, en cuanto estuve en el pasillo y hube echado la llave, no me marché inmediatamente. Pegué la oreja a la puerta, intentando no hacer ruido, y agucé el oído. Quería saber si podían ser ellos mismos, si cuando finalmente estaban a solas, en una habitación oscura y silenciosa, eran capaces de bajar la guardia y hablar como marido y mujer. Pasé mucho rato junto a la puerta pero no oí nada.

Fuera, en la calle Sinuiju, y a pesar de la oscuridad, vi que un grupo de chicas Juche habían escrito con tiza eslóganes revolucionarios en aceras y paredes. En una ocasión había oído el rumor de que uno de esos grupos había caído dentro de un foso de construcción, en la carretera de Tongol, pero quién sabe si es cierto. Me dirigí hacia el barrio de Ragwondong, donde hace mucho tiempo los japoneses construyeron varias barriadas para alojar a los coreanos más recalcitrantes. Allí, en la base del abandonado Hotel Ryugyong, se organiza un mercado nocturno ilegal. Incluso en la oscuridad reinante, la silueta negra de la torre, con forma de cohete, se recortaba contra el cielo estrellado. Al cruzar el puente de

Palgol, los desagües vertían aguas residuales por la parte trasera de unos bloques de pisos de colores pastel. Páginas del *Rodong Sinmun* manchadas de mierda se esparcieron lentamente por la superficie del agua, como nenúfares.

Las transacciones tenían lugar alrededor de los huecos de unos ascensores oxidados. En la planta baja había varios hombres que se encargaban de negociar los precios y que, a continuación, se comunicaban a través del hueco del ascensor con sus colegas, que se encargaban de entregar los productos (medicamentos, cartillas de racionamiento, productos electrónicos, permisos de viaje) con unos cubos atados con cuerdas. A varios de los tipos no les gustó mi aspecto, pero uno se mostró dispuesto a hablar conmigo. Era joven y tenía un corte en una oreja de una ocasión en que los agentes de los servicios secretos lo habían pescado practicando la piratería. Le entregué el teléfono del comandante Ga.

Con gestos rapidísimos, abrió la parte posterior, sacó la batería, colocó la lengua sobre los contactos y comprobó el número de la tarjeta.

—Me interesa —dijo—. ¿Cuánto pides?

—No lo queremos vender. Necesitamos un cargador.

—¿Cómo que «necesitamos»?

—Bueno, necesito —admití, y le mostré el anillo de Camarada Buc, pero al verlo se burló.

—A menos que quieras vender el teléfono, ya te puedes largar.

Hace años, después de celebrar un Quince de Abril, los Pub yok se emborracharon y yo aproveché la ocasión para birlarles una de sus insignias. De vez en cuando me resultaba de lo más útil. Me la saqué del bolsillo y la hice brillar en la oscuridad.

—Necesitamos un cargador de móvil —le dije—. ¿O quieres que te cortemos la otra oreja?

—Eres un poco joven para ser un Pub yok, ¿no?

Al chaval le doblaba yo la edad.

—Los tiempos cambian —declaré con voz autoritaria.

—Si fueras un Pubyok ya me habrías roto un brazo —observó.

—Elige el brazo y está hecho —respondí, pero no me lo creí ni yo.

—A ver esto —dijo, y me quitó la insignia. Estudió la imagen de un muro flotante, sopesó la plata y pasó el pulgar por la parte posterior de piel—. Vale, Pubyok —consintió—. Te conseguiré un cargador de móvil, pero el anillo ya te lo puedes guardar. —Entonces hizo brillar la insignia—. A cambio me quedo esto.

A la mañana siguiente, dos camiones de la basura aparcaron delante del bloque de pisos Gloria del Monte Paektu, en el 29 de la calle Sinuiju, y descargaron una montaña de tierra en la acera. Generalmente mi trabajo en la División 42 me permite librarme de las tareas de este tipo, pero el administrador del comité de viviendas me comunicó que esta vez era distinto: la Campaña para la Transformación de la Hierba en Carne era una iniciativa municipal y quedaba fuera de su jurisdicción. Por lo general el administrador se mostraba muy receloso conmigo, porque había hecho que se llevaran a varios inquilinos, y además creía que vivía en la planta superior por paranoia, y no para proteger a mis padres de algunas de las malas influencias del edificio.

Me encontré en medio de una cadena humana que se pasó dos días subiendo cubos, orinales y bolsas de la compra llenos de tierra al tejado a través del hueco de la escalera. A veces oía una vocecita interior que narraba los acontecimientos a medida que sucedían, como si fuera escribiendo mi biografía a medida que yo la vivía, como si el público de esa historia vital fuera solo yo. Pero apenas tuve ocasión de poner esa voz por escrito: al final del segundo día, cuando llegué a la primera planta y me di cuenta de que era el último de la fila para tomar un baño de agua ya fría y sucia, la voz se había desvanecido.

Preparé para mis padres nabos picantes con un puñado de los champiñones que una vieja viuda de la segunda planta cultivaba en tarros

de *kimchi*. La electricidad iba y venía, y parecía que la luz roja del cargador del móvil no iba a cambiar nunca a verde. Mi madre me informó de que en el campo de golf, y en compañía del ministro de Exteriores de Burundi,

Kim Jong-il había logrado encadenar once agujeros de un solo golpe. Las noticias sobre la pobreza que asolaba Corea del Sur tenían deprimido a mi padre. El altavoz había emitido un largo reportaje sobre el hambre que pasaban ahí abajo.

—El Querido Líder les va a mandar ayuda —me dijo—. Espero que aguanten hasta la reunificación.

Los champiñones le dieron a mi orina un color entre oxidado y rosado.

Ahora que el tejado estaba cubierto con veinte centímetros de tierra, yo solo podía pensar en volver a la División 42 a ver si el comandante Ga se estaba recuperando.

—No tan deprisa —me dijo el administrador del comité de viviendas a la mañana siguiente, y desde una esquina del tejado señaló un camión lleno de cabras que esperaba en la calle.

Como mis padres estaban enfermos, iba a tener que asumir su parte del trabajo. Desde luego, con una cuerda y una polea habríamos terminado antes, pero no todo el mundo de por aquí ha ido a la Universidad Kim Il-sung. Así pues, nos cargamos los animales a hombros, con las patas delante, como si fueran asas. Las cabras se resistían como locas durante diez plantas, pero terminaban sucumbiendo a la oscuridad de las escaleras de cemento, y finalmente bajaban la cabeza y cerraban los ojos con resignación. No obstante, y aunque parecían encontrarse en un estado de sumisión absoluta, sabías que estaban alerta por algo que no veías pero que notabas en el cogote: el rápido latir de sus corazoncitos.

La hierba aún iba a tardar semanas en crecer, de modo que se creó un equipo que iría cada día al parque de Mansu a recoger hojas para que las cabras tuvieran qué comer. El administrador sabía que más le valía no tentar la suerte conmigo. Vimos a las cabras pasear cautelosamente por el

tejado. Una de las pequeñas quedó arrinconada en la cornisa y terminó desplomándose al vacío. Estuvo balanceándose durante toda la caída, pero el resto de las cabras actuaron como si no hubiera pasado nada.

Me salté el baño para poder acercarme corriendo al mercado de Yanggakdo. Tan solo saqué una miseria por el anillo de Camarada Buc: parecía que todo el mundo tenía una alianza que vender. Volví a casa en metro con una calabaza, un puñado de calamares secos, una bolsa de papel llena de cacahuetes chinos y un saco de cinco kilos de arroz. Apeataba a cabra. Es imposible no darte cuenta de que la gente del metro te mira mal porque apestas, aun sin dirigirte la mirada.

Preparé un festín para mis padres y estábamos todos a la mar de animados. Encendí una segunda vela para la ocasión. Estábamos cenando cuando la luz roja del móvil pasó a verde. Supongo que había imaginado que iba a realizar la primera llamada con el teléfono del comandante Ga desde el tejado, bajo las estrellas, contemplando todo el universo mientras utilizaba un aparato con el que podía ponerme en contacto con cualquier persona del planeta. El teléfono utilizaba el alfabeto latino, pero yo solo buscaba números. No conseguí encontrar ningún registro de llamadas entrantes o salientes.

Mi padre oyó el ruidito que hacían los botones.

—¿Tienes algo ahí? —preguntó.

—No —contesté yo.

Durante un instante tuve la sensación de que mi madre contemplaba el teléfono, pero cuando me volví hacia ella vi que estaba saboreando el arroz blanco con la mirada perdida: las cartillas de racionamiento de arroz se habían terminado hacía ya meses, y llevábamos mucho tiempo alimentándonos de mijo. Antes me preguntaban siempre de dónde sacaba el dinero para comprar comida en el mercado negro, pero últimamente ya no dicen nada. Me acerqué a mi madre, cogí el teléfono con dos dedos y se lo pasé lentamente por delante de los ojos. Si percibió algo, no lo demostró.

Volví a fijarme en el teclado. No era tanto que no supiera ningún número de teléfono (que no lo sabía), como que de pronto me di cuenta de que no tenía a quién llamar. No había ni una mujer, ni un colega, ni un familiar con quien pudiera hablar. ¿Era posible que no tuviera ni un amigo?

—Padre —dije. Él estaba paladeando los cacahuetses salados con guindillas que tanto le gustaban—. Padre, si quisieras contactar con alguien, ¿con quién contactarías?

—¿Y por qué iba a contactar con alguien? —preguntó—. No lo necesito.

—No digo que lo necesites —respondí yo—. Me refiero a si quisieras, si quisieras llamar a un amigo, o a un pariente.

—Nuestros camaradas del Partido satisfacen todas nuestras necesidades —repuso mi madre.

—¿Qué me dices de tu tía? —le pregunté a mi padre—. ¿No tenías a una tía en el Sur?

Mi padre me devolvió una mirada vacía e inexpresiva.

—No tenemos ningún vínculo con ese país corrupto y capitalista —dijo.

—La denunciarnos —añadió mi madre.

—Oye, que no lo pregunto como interrogador estatal —los tranquilicé—. Soy vuestro hijo. Solo estamos hablando, como una familia.

Siguieron comiendo en silencio y yo me concentré de nuevo en el teléfono. Curioseé entre las funciones, pero parecían estar todas deshabilitadas. Marqué un par de números al azar pero el teléfono no se conectaba a la red, aunque por la ventana del piso se veía una antena de telefonía. Subí y bajé el volumen, pero el timbre no sonaba. Intenté utilizar la cámara, pero no logré sacar ninguna foto. Me dije que, al fin y al cabo, a lo mejor iba a terminar vendiendo el chisme. Pero, aun así, me fastidiaba no tener a nadie a quien llamar. Repasé mentalmente la lista de mis profesores, pero mis dos preferidos habían terminado en los campos

de trabajo: me había dolido mucho añadir mi firma a la denuncia por sedición, pero era mi deber. Por entonces era ya becario de la División 42.

—Espera, acabo de recordar algo —dije—. Cuando era pequeño había una pareja: venían a casa y los cuatro jugabais a cartas hasta bien entrada la noche. ¿No sentís curiosidad por saber qué ha sido de ellos? ¿No contactaríais con ellos si pudierais?

—Creo que no he oído hablar nunca de esas personas —dijo mi padre.

—Pues yo estoy seguro —insistí—. Las recuerdo perfectamente.

—No —dijo—. Te equivocas.

—Padre, soy yo. No hay nadie más en la sala. No nos oye nadie.

—Basta ya de esta conversación tan peligrosa —intervino mi madre—. No nos reuníamos con nadie.

—No digo que os reunierais con nadie. Los cuatro jugabais a cartas después de que cerrara la fábrica. Reíais y bebíais *shoju*. —Fui a cogerle la mano a mi padre, pero al notar el contacto se asustó y la apartó—. Padre, soy yo, tu hijo. Dame la mano.

—No pongas en duda nuestras lealtades —replicó—. ¿Qué es esto? ¿Una prueba? —me preguntó, y escrutó la sala con sus ojos lechosos—. ¿No están poniendo a prueba? —preguntó al aire.

Antes o después, todo padre tiene esa conversación con su hijo en la que le cuenta que, aunque debemos actuar y hablar de una forma determinada, en realidad seguimos siendo una familia. En nuestro caso se produjo cuando yo tenía ocho años. Estábamos bajo un árbol del monte Moranbong. Mi padre me dijo que existía un camino trazado para nosotros, y que debíamos recorrer haciendo lo que indicaban las señales y prestando atención a todos los avisos. Aunque camináramos por ese camino juntos, dijo, de puertas afuera debíamos actuar en solitario, pero por dentro iríamos cogidos de la mano. Los domingos las fábricas estaban cerradas, de modo que el aire era limpio, y yo me imaginé que ese camino atravesaba el valle de Tadeong, bordeado por los sauces y

bajo un dosel de nubecitas blancas que avanzaban en tropel. Comimos helado de moras, con el sonido de fondo de un grupo de ancianos que jugaban ante sus tableros de *chang-gi* y palmeaban cartas en una animada partida *degodori*. Pronto mis pensamientos volaron hasta los barquitos de vela de juguete con los que los hijos de los *yangban* jugaban en el estanque, pero mi padre aún estaba caminando conmigo por ese camino.

—Denuncio a este niño por tener la lengua azul —me dijo.

Nos reímos.

—Este ciudadano come mostaza —propuse, señalándolo.

Hacia poco había probado por primera vez la raíz de mostaza, y mi expresión había provocado las carcajadas de mis padres. Por eso, todo lo relacionado con la mostaza me parecía divertido.

—Este niño tiene pensamientos contrarrevolucionarios sobre la mostaza —dijo mi padre, dirigiéndose a una autoridad invisible que flotaba a nuestro alrededor—. Habría que mandarlo a una granja de semillas de mostaza para corregir sus ideas amostazadas.

—Este padre come helado de pepino con caca de mostaza —dije.

—Esa ha estado bien. Ven, dame la mano —me dijo. Yo metí mi manita dentro de la suya, pero de pronto torció la boca con expresión de odio—. Denuncio a este ciudadano por ser un títere del imperialismo al que habría que juzgar por crímenes contra el Estado —exclamó, con la cara encendida—. Lo he visto vomitar diatribas capitalistas e intentar envenenar mentes con su pérfida bazofia.

Los ancianos levantaron la cabeza de sus juegos y se nos quedaron mirando. Yo estaba muerto de miedo, a punto de echarme a llorar.

—¿Ves? —observó mi padre—. Mi boca ha dicho todo eso, pero mi mano sigue cogiendo la tuya. Si algún día, para protegeros a los dos, tu madre tiene que decirme algo así a mí, debes saber que, por dentro, ella y yo seguiremos cogidos de la mano. Y si algún día tú tienes que decirme algo así, yo sabré que en realidad no eres tú. Porque por dentro, un hijo y su padre siempre se cogen de la mano.

Y entonces me alborotó el pelo.

Era medianoche y no podía dormir. Lo intentaba, pero tendido en mi camastro no podía dejar de preguntarme cómo se las habría ingeniado el comandante Ga para cambiar su vida por la de otra persona, sin dejar rastro alguno del hombre que había sido antes. ¿Cómo puede uno librarse del resultado que ha obtenido en el Examen de Aptitud del Partido, o eludir doce años de evaluaciones de su profesor de Rectitud de Pensamiento? Tenía la impresión de que la historia secreta de Ga estaba plagada de amigos y aventuras, y eso me ponía celoso. No me importaba que probablemente hubiera matado a la mujer a la que amaba. ¿Cómo había encontrado el amor? ¿Cómo lo había conseguido? ¿Y había sido ese amor lo que lo había convertido en una persona distinta? ¿O, como yo sospechaba, el amor había surgido en cuanto él había adoptado una identidad nueva? Sospechaba que, por dentro, Ga seguía siendo la misma persona, pero con un exterior totalmente nuevo. Eso era algo que podía respetar, aunque, en realidad, para llegar hasta el fondo, ¿no debía uno desarrollar también una vida interior nueva?

Ni siquiera había un expediente del personaje que se hacía pasar por el comandante Ga, tan solo disponía del de Camarada Buc. Le di vueltas y más vueltas al asunto, preguntándome cómo era posible que Ga tuviera la conciencia tan tranquila, y entonces encendí la vela y volví a estudiar el expediente de Buc. Aunque se mantuvieran totalmente inmóviles y respiraran regularmente, sabía que mis padres estaban despiertos, escuchando los ruidos que yo hacía al hojear el expediente de Camarada Buc mientras intentaba descubrir algo sobre la identidad de Ga. Por primera vez tenía celos de los Pubyok y de su capacidad de obtener

respuestas.

Y entonces sonó el móvil: pip.

Oí un crujir de lona y noté cómo mis padres se ponían tensos en la cama.

Encima de la mesa, en el teléfono parpadeaba una luz verde.

Lo cogí y lo abrí. En la pantallita había una imagen, una fotografía de una acera, y en la acera una estrella, y en la estrella dos palabras en inglés: «Ingrid» y «Bergman». En el lugar donde habían tomado la fotografía era de día.

Volví a concentrarme en el expediente de Camarada Buc y busqué alguna imagen que incluyera una estrella como esa, pero solo contenía fotografías estándar: su comisión del Partido, el día en que, a los dieciséis años, recibió la insignia de Kim Il-sung, su juramento de fidelidad eterna. Llegué a la foto que mostraba a su familia muerta: las cabezas echadas hacia atrás, las cuatro mujeres contorsionadas en el suelo. Y, aun así, parecían tan puras. Las niñas con sus vestiditos blancos; la madre, con un brazo encima del hombro de las dos mayores, al tiempo que cogía la mano de la pequeña. Al ver la alianza noté una punzada. Debía de haber sido duro para ellas: acababan de detener a su padre y entonces, durante un acontecimiento familiar solemne sin él, habían caído víctimas «posiblemente del monóxido de carbono». Es difícil imaginar lo que significa perder una familia, que alguien a quien amas desaparezca sin más. De pronto comprendía mejor por qué, en el sumidero, Camarada Buc nos había advertido de que nos preparásemos y de que necesitábamos un plan. Escuché el silencio de mis padres en la sala oscura y me pregunté si debía idear un plan para cuando perdiera a uno de ellos, y si Buc se refería a eso.

Los familiares de Camarada Buc estaban en el suelo, y por ese motivo los ojos se te iban solos a esa parte de la fotografía. Por primera vez me di cuenta de que encima de la mesa había una lata de melocotones en almíbar, un detalle insignificante en comparación con el resto de la

imagen. La tapa dentada estaba abierta, y de repente comprendí que el comandante Ga había encontrado un medio para eludir el resto de su biografía en cuanto le pareciera oportuno, y que ese medio se encontraba encima de su mesita de noche.

En la División 42 había un resquicio de luz debajo de la puerta de la sala de los Pubyok. Pasé por delante sin hacer ruido: con esos tipos nunca sabías si se habían quedado trabajando hasta tarde o si habían llegado pronto.

Encontré al comandante Ga plácidamente dormido, pero su lata de melocotones había desaparecido.

Lo zarandeeé hasta despertarlo.

—¿Dónde están los melocotones? —le pregunté.

Él se frotó la cara y se pasó una mano por el pelo.

—¿Es de día o de noche? —quiso saber.

—De noche.

Ga asintió.

—Sí, ya me parecía.

—Los melocotones —repetí—. ¿Fue eso lo que le dio a comer a la actriz y a sus hijos? ¿Fue así como los mató?

Se volvió hacia la mesita de noche. Estaba vacía.

—¿Dónde están mis melocotones? —me preguntó—. Son melocotones especiales, tiene que encontrarlos antes de que pase algo horrible.

En ese preciso instante vi pasar a Q-Ki por delante de la habitación. ¡Eran las tres y media de la noche! Todavía faltaban dos horas para que sonaran las sirenas que llamaban a la gente al trabajo. La llamé, pero ella siguió caminando.

Me volví hacia Ga.

—¿Me quiere decir qué es un Bergman?

—¿Un Bergman? —preguntó él—. No sé de qué me...

—¿Y un Ingrid?

—Eso no es una palabra —repuso.

Me lo quedé mirando.

—¿La amaba?

—Aún la amo.

—Pero ¿cómo lo hizo? —pregunté—. ¿Cómo logró que ella correspondiera a su amor?

—Intimidad.

—¿Intimidad? ¿Qué es eso?

—Cuando dos personas lo comparten todo y no hay secretos entre ellos.

No pude evitar reírme.

—¿Que no hay secretos? —le pregunté—. Eso es imposible. Nos pasamos semanas reuniendo biografías enteras de los sujetos, pero siempre que los conectamos al piloto automático sueltan algún detalle crucial que se nos había pasado por alto. O sea que sonsacarle todos los secretos a alguien es imposible, lo siento.

—No —objetó Ga—. Ella te entrega sus secretos, y tú le entregas los tuyos.

Vi pasar a Q-Ki de nuevo, esta vez con una linterna frontal en la cabeza. Dejé a Ga y salí tras ella: me sacaba bastantes metros de ventaja.

—¿Qué hace aquí a estas horas? —le pregunté, levantando la voz.

Su respuesta retumbó por todo el pasillo:

—Entregarme a mi trabajo.

Logré atraparla en las escaleras, pero ella seguía caminando. En las manos llevaba un artefacto del taller, una bomba de mano conectada a un tubo de goma que se utiliza para irrigar y drenar el estómago de los sujetos: la inflamación de órganos por la administración de líquidos a presión es la tercera táctica coercitiva más dolorosa que existe.

—¿Qué pretende hacer con eso? —le pregunté.

Un tramo de escaleras tras otro, fuimos descendiendo hacia las profundidades del edificio.

—No tengo tiempo —replicó.

La agarré con fuerza del brazo y la obligué a volverse. No estaba acostumbrada a que la trataran así.

—He cometido un error —admitió—. Tenemos que darnos prisa, en serio.

Dos tramos de escalera más abajo llegamos a la entrada del sumidero; la escotilla estaba abierta.

—No —dije—. No me fastidie.

Desapareció por la escalera de mano. Yo la seguí y fue entonces cuando vi a Camarada Buc retorciéndose en el suelo, con la lata de melocotones derramada junto a él. Q-Ki intentó meterle el tubo de goma por la garganta, aunque con las convulsiones no era tarea fácil. Le salía saliva blanca de la boca y tenía los ojos colgantes, un síntoma claro de intoxicación por botulismo.

—Olvídese —le dije—. La toxina ya le ha afectado el sistema nervioso. Ella soltó un gruñido de frustración.

—Ya lo sé, la he cagado —reconoció.

—¿Qué ha pasado?

—No debería haberlo hecho —dijo—. ¡Pero es que lo sabe todo!

—Lo sabía.

—Bueno, lo sabía. —Parecía como si quisiera pegarle una patada a Buc, que seguía estremeciéndose—. Pensaba que si lograba hacerlo cantar podríamos resolver el caso. Bajé aquí y le pregunté qué quería, y él dijo que melocotones. Dijo que era lo último que quería del mundo. —Entonces sí, Q-Ki le pegó una patada, aunque no pareció que hacerlo la aliviara demasiado—. Dijo que si le traía melocotones por la noche, por la mañana me lo contaría todo.

—¿Cómo sabía si era de día o de noche?

Q-Ki negó con la cabeza.

—Otra cagada mía: se lo dije yo.

—No pasa nada —la consolé—. Todos los becarios cometen ese error.

—Pero de pronto, en plena noche, he tenido la corazonada de que algo iba muy mal —siguió contando—. O sea que he bajado y me lo he encontrado así.

—Nosotros no funcionamos a base de corazonadas —repuse—. Eso es cosa de los Pub yok.

—Bueno, ¿y qué le sacamos a Buc? Básicamente nada. ¿Qué coño le hemos sacado al comandante Ga? Un cuento chino sobre cómo hacerle una paja a un buey.

—Q-Ki —dije. Puse los brazos en jarras y respiré hondo,

—No la tome conmigo —protestó—. Fue usted quien le preguntó a Camarada Buc por la lata de melocotones. Fue usted quien le dijo que teníamos al comandante Ga en el edificio. Él solo tuvo que atar cabos. — Por la cara que ponía, parecía que estuviera a punto de largarse corriendo —. Una cosa más —dijo—. ¿Recuerda que el comandante Ga preguntó si los melocotones eran suyos o de Camarada Buc? Cuando le di la lata a Camarada Buc, preguntó lo mismo.

—¿Y qué le dijo?

—¿Que qué le dije? ¡Nada! —exclamó Q-Ki—. Yo soy una interrogadora, ¿recuerda?

—No —repuse—. Es una becaria.

—Es verdad —admitió—. Los interrogadores son personas que obtienen resultados.

Detrás de las celdas donde encerramos a los sujetos cuando acaban de llegar al edificio y aún no hemos procesado su caso se encuentra la consigna central. Está situada en la planta baja, y antes de marcharme fui a echar un vistazo. Los agentes de los servicios secretos de la policía militar se agencian cualquier objeto de valor antes de traer a los sujetos aquí. Recorrí los pasillos, estudiando las exiguas pertenencias

confiscadas a la gente al entrar en el edificio. Había un montón de sandalias y mi primera observación fue que los enemigos del estado tendían a calzar un treinta y nueve. Había bellotas que habían encontrado en los bolsillos de los sujetos, las ramitas que utilizaban para limpiarse los dientes, mochilas llenas de harapos y utensilios para comer. Junto a un trozo de cinta adhesiva con el nombre de Camarada Buc, encontré una lata de melocotones con una etiqueta roja y verde: cultivados en Manpo y enlatados en la Fábrica de Conservas 49.

Cogí la lata de melocotones y me la llevé a casa.

El metro ya había empezado a circular. Hacinado en uno de los vagones, mi aspecto no difería en nada del de la multitud de trabajadores de las fábricas, con quienes me ladeaba involuntariamente en las curvas. No podía apartar de la mente la imagen de la familia de Buc: las cuatro mujeres con sus vestidos blancos, tan elegantes. Esperaba que mi madre no incendiara el apartamento cocinando a ciegas; fuera *como* fuera, se las apañaba. Incluso a cien metros bajo tierra, todos oímos la sirena que llamaba a la gente al trabajo.

El comandante Ga abrió los ojos y vio al niño y a la niña a los pies de la cama, mirándolo. Apenas la primera luz del día se reflejaba en su pelo y un destello azul claro bañaba sus mejillas. Pestañeó y, aunque le pareció que tan solo había transcurrido un segundo, cuando volvió a abrir los ojos el niño y la niña se habían marchado.

En la cocina, encontró una silla apoyada en la encimera y ahí estaban, encaramados a lo más alto, con la vista fija en la puerta abierta del armario de arriba.

Ga encendió el quemador, puso una sartén de acero al carbono encima de la llama y añadió una cebolla a cuartos y un poco de aceite.

—¿Cuántas pistolas hay? —les preguntó.

El niño y la niña se miraron. La niña le enseñó tres dedos.

—¿Alguien os ha enseñado alguna vez a utilizar una pistola?

Los dos negaron con la cabeza.

—Pues entonces mejor que no las toquéis, ¿vale?

Los niños asintieron.

El olor a comida provocó los ladridos del perro en el porche.

—Vamos, chicos —dijo—. Me tenéis que ayudar a encontrar dónde guardaba vuestro padre los cigarrillos de vuestra madre, antes de que se despierte más furiosa que los perros del zoo.

Acompañado por *Brando*, el comandante Ga inspeccionó toda la casa, pegando pataditas en el zócalo y mirando debajo de los muebles, *Brando* no paraba de husmear y de ladrar cada vez que él tocaba algo, y los niños lo seguían, con un cierto recelo pero también con curiosidad. Ga no sabía qué buscaba. Fue lentamente de habitación en habitación y vio una salida de humos tapada que marcaba el lugar donde en otro tiempo había habido una estufa: una capa de yeso abombado, a lo mejor por culpa de una gotera en el tejado. Cerca de la puerta delantera, vio unos surcos en el

suelo de madera. Pasó los dedos de los pies por encima de los arañazos y a continuación levantó la mirada.

Cogió una silla, se subió a esta y descubrió una moldura del techo suelta. Metió la mano detrás, en el hueco que quedaba en la pared, y sacó un cartón de cigarrillos.

—Ah —exclamó el niño—. Ya entiendo. Buscas escondrijos.

Era la primera vez que el chaval le dirigía la palabra.

—Exacto —respondió Ga.

—Ahí hay otro —dijo el niño, señalando el retrato de Kim Jong-il.

—Os voy a mandar en misión secreta —les propuso Ga, y les dio un paquete de cigarrillos—. Lo tenéis que dejar debajo de la almohada de vuestra madre, pero sin que se despierte.

A diferencia de su madre, la niña tenía unas expresiones faciales sutiles y difíciles de interpretar. Con un mohín, la pequeña le dio a entender que aquella misión estaba muy por debajo de sus aptitudes como espía, pero la aceptó de todos modos.

Cuando apartó el enorme retrato del Querido Líder, el comandante Ga encontró una vieja estantería empotrada en la pared. La mayor parte estaba ocupada por un ordenador portátil, pero en uno de los estantes superiores encontró un fajo de billetes de cien dólares americanos, suplementos vitamínicos, proteína en polvo y un frasquito de testosterona con dos jeringuillas.

Las cebollas ya estaban caramelizadas y habían adquirido un tono transparente, negro en los bordes. Añadió un huevo, una pizca de pimienta blanca, hojas de apio y arroz del día anterior. La niña sacó los platos y la salsa de chile. El niño puso la mesa. Finalmente apareció la madre, medio dormida y con un cigarrillo encendido en los labios. Fue hasta la mesa, donde los niños reprimieron una sonrisa de complicidad.

Ella dio una calada y soltó el humo.

—¿Qué pasa? —dijo.

Mientras desayunaban, la niña le preguntó a Ga:

—¿Es verdad que fuiste a América?

Él asintió con la cabeza. Comían de unos platos chinos, con palillos de plata.

—He oído que ahí tienes que pagar por la comida —dijo el niño.

—Es verdad —respondió Ga.

—¿Y un piso? —preguntó su hermana—. ¿También cuesta dinero?

—¿Y el autobús? —añadió el niño—. ¿Y el zoológico? ¿También cuesta dinero entrar en el zoológico?

—Allí no hay nada gratis —los interrumpió Ga.

—¿Ni siquiera el cine? —preguntó Sun Moon, vagamente ofendida.

—¿Y fuiste a Disneylandia? —quiso saber la niña—. He oído que es lo mejor que hay en América.

—Pues yo he oído que la comida americana sabe fatal —dijo el niño.

A Ga aún le quedaban tres bocados, pero dejó de comer y los reservó para el perro.

—La comida es buena —respondió—. Pero los americanos lo echan todo a perder con el queso. Lo hacen con leche animal y se lo añaden a todo: a los huevos del desayuno, a la pasta, fundido sobre la carne picada... Dicen que los americanos huelen a mantequilla, pero en realidad huelen a queso. Con el calor se convierte en un líquido anaranjado. Parte de mi trabajo para el Querido Líder consiste en ayudar a los chefs coreanos a recrear el queso. Mi equipo lleva toda la semana enfrascado con eso.

A Sun Moon aún le quedaba comida en el plato, pero en cuanto mencionó al Querido Líder, apagó el cigarrillo en el arroz. Era la señal de que el desayuno había terminado, pero el niño tenía aún una última pregunta.

—¿Es verdad que en América los perros tienen su propia comida y que la venden en latas?

A Ga le sorprendió la idea de que pudiera haber una fábrica de conservas dedicada solo a los perros.

—Si es verdad, yo no lo vi —contestó.

El comandante Ga pasó la semana siguiente supervisando un equipo de chefs al que habían encargado la misión de diseñar el menú para la delegación americana. Dak-Ho obtuvo permiso para utilizar el atrezo de los Estudios Cinematográficos Centrales con la finalidad de construir un rancho al estilo texano, basado en los dibujos de Ga del corral de madera de pino, las verjas de mezquite, la hoguera para marcar a hierro y el granero. Eligieron un lugar situado al este de Pyongyang, en una zona donde el espacio era más abundante y había menos ciudadanos. Camarada Buc consiguió todo lo necesario, desde estampados para camisas guayaberas hasta moldes de zapatero para hacer botas de vaquero. Lo más difícil para Buc fue encontrar una diligencia, pero afortunadamente localizaron una en un parque temático japonés y enviaron a un equipo a buscarla.

Al final decidieron no fabricar un cortador de hierba de factura norcoreana, pues los estudios mostraron que el sistema más efectivo para despejar las malas hierbas era una guadaña comunista, con una afilada hoja de metro y medio. Construyeron un estanque de pesca y lo llenaron con anguilas del río Taedong, el oponente más voraz y digno con el que practicar la pesca deportiva. Mandaron a varios ciudadanos voluntarios a los montes Sobaek para capturar una veintena de *mamushi* de roca, la serpiente más venenosa de Corea del Norte, para practicar el tiro al blanco.

Reclutaron también a un grupo de madres de actores del Palacio del Teatro Infantil para que prepararan las cestas de regalo. Como no encontraron piel de becerro para los guantes, utilizaron el sustitutivo más suave disponible: piel de cachorro. En lugar de bourbon eligieron un potente whisky de serpiente de las montañas de Hamhung. La Junta Militar de Birmania donó cinco kilos de *jerky* de tigre. Se generó mucho debate alrededor de qué cigarrillos representaban mejor la identidad del

pueblo norcoreano, pero finalmente la marca elegida fue Prolot.

Pero no todo era trabajar. Cada día, el comandante Ga se llevaba la comida al Teatro Moranbong, donde, a solas, veía una película de Sun Moon. Admiró su resistencia en *La caída de los opresores*, se imbuyó de su capacidad ilimitada de sufrimiento en *Patria huérfana de madre*, comprendió su astucia seductora en *Gloria de glorias* y se marchó a casa silbando las canciones patrióticas de *¡Arriba el estandarte!*

Cada mañana, antes de ir a trabajar, y mientras los pinzones y los reyezuelos cantaban en los árboles, el comandante Ga enseñaba a los niños el arte de construir trampas para pájaros con delicados lazos de hilo. Prepararon una trampa cada uno con un ramita a modo de disparador y una piedra para hacer contrapeso, las colocaron en la barandilla del porche y las cebaron con semillas de apio.

Al llegar a casa por las tardes, el comandante Ga enseñaba a los niños a trabajar. Como no lo habían hecho nunca antes, les parecía algo nuevo e interesante, aunque Ga se lo tenía que enseñar todo, desde cómo utilizar el pie para hundir la pala en la tierra hasta que para blandir el pico en un túnel hay que ponerse de rodillas. Aun así, a la niña le gustaba poder quitarse el uniforme escolar y no le tenía miedo al polvo del túnel. Al niño le gustaba mucho subir cubos de tierra por la escalera, llevarlos a pulso hasta el porche y vaciarlos lentamente en la ladera de la montaña.

Por la noche, mientras Sun Moon les cantaba a sus hijos para que se durmieran, él examinaba el ordenador, que contenía fundamentalmente mapas que no comprendía. Había, eso sí, una carpeta llena de fotografías, cientos de ellas, imágenes duras. En realidad se parecían mucho a las de Mongnan: fotografías de hombres que miraban a la cámara con una mezcla de turbación y rechazo ante lo que estaba a punto de sucederles. Y luego estaban las fotografías de «después», esos mismos hombres, ahora ensangrentados, retorcidos, medio desnudos y aplastados contra el suelo. Las imágenes de Camarada Buc eran especialmente crudas.

Cada noche dormían ella en un lado de la cama y él en el otro.

—*Hora de cerrar los ojos* —le decía él, en inglés.

—*Dulces sueños* —le respondía ella.

A finales de semana llegó un guion del Querido Líder. Se llamaba *Sacrificios finales*. Sun Moon lo dejó encima de la mesa, donde lo había depositado el mensajero, y se pasó el día yendo de aquí para allá, con una uña en el espacio que tenía entre los dientes.

Finalmente se puso la bata para estar cómoda y se llevó el guion al dormitorio, donde, acompañada por dos paquetes de cigarrillos, pasó un día entero leyéndolo y releuyéndolo.

— *Hora de cerrar los ojos* —dijo él por la noche, *en la cama*, pero ella no respondió. Se quedaron mirando el techo, uno al lado del otro.

—¿Estás preocupada por el guion? —le preguntó Ga—. ¿Qué personaje quiere que interpretes el Querido Líder?

Sun Moon reflexionó un momento.

—Es una mujer sencilla —dijo finalmente—. En una época también más sencilla. Su marido se ha marchado a la guerra, a luchar contra los imperialistas. Él había sido un buen hombre, que caía bien a todos, pero su actitud como capataz del colectivo agrícola era poco severa y la productividad se resentía por ello. Durante la guerra, los campesinos casi se mueren de hambre. Pasan cuatro años y todo el mundo asume que ha muerto, pero un día regresa. El marido apenas reconoce a su mujer, y su propio aspecto ha cambiado por completo a causa de las quemaduras sufridas en el campo de batalla. La guerra lo ha endurecido y lo ha convertido en un capataz sumamente exigente. Pero los cultivos prosperan y la cosecha es abundante. Los campesinos desbordan optimismo.

—A ver si lo adivino —la cortó el comandante Ga—. Entonces la mujer empieza a sospechar que no se trata de su verdadero marido, y cuando finalmente tiene pruebas de ello, debe decidir si sacrifica su felicidad personal por el bien de todo el pueblo.

—¿En serio el guion es tan obvio? —preguntó ella—. ¿Hasta el punto

de que un hombre que tan solo ha visto una película en su vida puede adivinar lo que sucede?

—Yo solo puedo especular sobre el final. A lo mejor hay un giro argumental que permite al colectivo agrícola cumplir con las cuotas, al mismo tiempo que la mujer ve satisfechos sus deseos.

Ella soltó un suspiro.

—No hay ningún giro. El argumento es idéntico al del resto de las películas: resisto y resisto, y finalmente la película se termina.

La voz de Sun Moon en la oscuridad estaba cargada de dolor, como la voz en *off* del final de *Patria huérfana de madre*, cuando los japoneses tensan las cadenas para evitar que la protagonista se lastime durante sus futuros intentos de fuga.

—Tus películas inspiran a la gente —observó Ga.

—¿En serio?

—A mí me inspiran. Y tu forma de actuar le muestra al espectador que el sufrimiento puede conllevar cosas buenas, que puede ser algo noble. Mucho mejor eso que la verdad.

—¿Que es...?

—Que el sufrimiento no tiene ningún sentido. Que es una cosa por la que hay que pasar a veces, pero que aunque haya treinta mil personas más que sufren contigo, en el fondo sufres solo.

Ella no dijo nada y él lo volvió a intentar.

—Deberías sentirte halagada —le dijo—. Con la de cosas que reclaman la atención del Querido Líder, se ha pasado una semana escribiendo una nueva película para ti.

—¿Se te ha olvidado ya que a causa de una broma de ese hombre te llevaste una paliza ante todos los *yangban* de Pyongyang? Sí, le complacerá mucho ver cómo me vacío trabajando en otra película que no se llega a estrenar nunca. Le divertirá enormemente verme interpretar a una mujer que debe entregarse a un nuevo marido.

—No está intentando humillarte. Los americanos vienen dentro de dos

semanas, está demasiado concentrado en humillar a la nación más grande del planeta. Reemplazó a tu marido en público y te ha robado *Mujer de solaz*. Ya ha dejado las cosas claras. Llegados a este punto, si te quisiera hacer daño, te haría daño.

—Tú no sabes nada sobre el Querido Líder —repuso ella—. Cuando te quiere hacer perder más cosas, te da más cosas que perder.

—Estaba resentido conmigo, no contigo. Qué razón tendría para...

—Eso es —dijo ella—. Ahí está la prueba de que no entiendes nada. La respuesta es que el Querido Líder no necesita razones.

Él se volvió hacia ella y la miró.

—Reescribamos el guion —le propuso.

Ella se quedó un momento en silencio.

—Utilizaremos el portátil de tu marido y escribiremos una nueva versión, con un giro argumental. Los campesinos cumplirán con las cuotas y la mujer encontrará la felicidad. A lo mejor haremos que el primer marido reaparezca por sorpresa en el tercer acto.

—¿Se puede saber de qué hablas? —preguntó ella—. Este es el guion del Querido Líder.

—Si algo sé sobre el Querido Líder es que valora la satisfacción. Y que admira las soluciones ingeniosas.

—¿Qué te importa a ti todo esto? —quiso saber la mujer—. Dijiste que después de la visita de los americanos se iba a librar de ti.

Él se tendió boca arriba.

—Sí —admitió—. Eso también.

Ahora fue él quien guardó silencio.

—No creo que quiera hacer volver al primer marido de la guerra —dijo Sun Moon—. Porque entonces se produciría un enfrentamiento que apelaría más al sentido del honor del espectador que al del deber. Pongamos que el capataz de otro colectivo agrícola está celoso del éxito del hombre quemado. Ese otro capataz es un corrupto y consigue que un funcionario del Partido, también corrupto, firme una orden para que

manden al nuevo marido a un campo de reeducación, como castigo por sus bajas cuotas del pasado.

—Ya veo —convino el comandante Ga—. Así, la mujer no se ve atrapada y es el marido quemado quien debe elegir: si admite que es un impostor, puede marcharse libre pero deshonrado. En cambio, si insiste en que es su marido, termina en el campo de reeducación, pero con honor.

—La mujer está casi segura de que el que se esconde debajo de esas quemaduras no es su marido —contó Sun Moon—. Pero ¿y si se equivoca? ¿Y si es cierto que las privaciones de la guerra lo han endurecido? ¿Qué pasará si permite que se lleven al padre de sus hijos?

—Ahí tienes tu historia de deber —dijo él—. Pero ¿y qué sucede con la mujer? En cualquier caso se quedará sola.

—¿Qué pasa con la mujer? —preguntó Sun Moon a la habitación.

Brando se incorporó y escrutó la oscuridad de la casa.

El comandante Ga y Sun Moon se miraron.

El perro empezó a gruñir y eso despertó a los niños. Sun Moon se puso la bata y el comandante Ga cogió una vela y, protegiendo la llama con una mano, siguió al perro hasta el porche. Fuera, una de las trampas para pájaros había saltado y había un reyezuelo que batía desesperadamente las alas, atrapado en el lazo, entre un frenesí de plumas grises y marrones con rayas amarillas. Ga le entregó la vela al niño, que lo miraba con los ojos como platos. Entonces cogió el pájaro y le sacó la pata del nudo corredizo. Abrió las alas del animal con los dedos y se las enseñó a los niños.

—Ha funcionado —dijo la niña—. Ha funcionado de verdad.

En la Prisión 33 era peligroso que te pescaran con un pájaro, o sea que aprendías a despellejarlo en cuestión de segundos.

—Vale, fijaos bien —les indicó a los niños—. Primero hay que pellizcarle el pescuezo y entonces tiras de aquí y lo haces girar. —Le arrancó la cabeza al animal y la tiró por encima de la baranda—. Le quitas las patas girándolas, así, y haces lo mismo con las alas, por la

primera articulación. Luego colocas los dos pulgares sobre el pecho y los separas con fuerza, así. —La fricción desgarró la piel del animal y dejó la diminuta pechuga al descubierto—. La carne es el premio gordo, pero si tenéis tiempo conservad también el resto. Podéis hervir los huesos y preparar un caldo que os mantendrá sanos. Para eso basta con meter un dedo bajo el abdomen y hacer girar el pájaro, y las tripas salen solas.

Ga sacó el dedo, volvió la piel del animal del revés y lo despellejó en un abrir y cerrar de ojos.

—Eso es —dijo.

Ga les enseñó el pájaro: era precioso, la carne sonrosada y nacarada se extendía sobre los huesos blancos, delgadísimos, cuyos diminutos extremos estaban manchados de rojo. Deslizó la uña sobre el esternón y sacó una almendra perfecta de carne translúcida de la pechuga. Se la metió en la boca y la saboreó, rememorando.

Les ofreció la otra pechuga, pero los niños negaron con la cabeza, estupefactos. Ga se la comió también y le echó los restos al perro, que los devoró al instante.

Felicitaos unos a otros, ciudadanos, pues la publicación del último tratado artístico del Querido Líder, *Sobre el arte de la ópera*, merece los mayores elogios. Se trata de una secuela del anterior libro de Kim Jong-il, *Sobre el arte del cine*, obra de lectura obligada para cualquier actor serio del mundo. Para celebrarlo, el ministro de Educación Infantil Colectiva ha anunciado la composición de dos nuevas canciones infantiles: *Bien escondido* y *Esquiva la cuerda*. ¡Durante toda esta semana, podréis utilizar vuestras cartillas de racionamiento agotadas para asistir a la función de tarde de la ópera!

Y ahora, una importante anuncio de nuestro ministro de Defensa: desde luego, los altavoces de cada vivienda de Corea del Norte ofrecen noticias, anuncios y programación cultural, pero hay que recordar que el sistema de alarma antiaérea se instaló en todo el país gracias a un decreto aprobado por el Gran Líder Kim Il-sung en 1973, y que es de vital importancia garantizar el correcto funcionamiento de la red de alerta precoz. Los inuit son una tribu de salvajes que vive aislada cerca del Polo Norte y que llevan unas botas llamadas *mukluk*. Más tarde, preguntadle a vuestro vecino qué son unas *mukluk*. Si no lo sabe, es posible que sus altavoces no funcionen, o que se hayan desconectado accidentalmente por algún motivo. Informando de ello podéis salvarle la vida la próxima vez que los americanos lancen un ataque furtivo contra nuestra gran nación.

Ciudadanos, la última vez que vimos a la bella Sun Moon, esta había dado la espalda al mundo. Nuestra pobre actriz llevaba dolorosamente su pérdida. ¿Por qué no buscaba consuelo en los inspirados tratados del Querido Líder? Kim Jong-il comprende vuestro sufrimiento: perdió a su hermano cuando solo tenía siete años, luego a su madre y luego a una hermana pequeña un año más tarde, por no hablar de un par de madrastras... Sí, el Querido Líder habla el idioma de la pérdida.

Sin embargo, Sun Moon comprendía el papel que la veneración tiene en la vida de todo buen ciudadano, de modo que preparó un picnic para llevarlo al Cementerio de los Mártires Revolucionarios, situado a poca distancia de su casa, en el monte Taesong. Una vez allí, su familia extendió un mantel en el suelo y comieron tranquilamente, sabedores de que los misiles Taepodong-2 estaban a punto y de que el satélite norcoreano Estrella Rutilante los defendía desde el espacio.

La comida, naturalmente, era *bulgogi*, y Sun Moon había preparado todo tipo de *banchan* de acompañamiento: *gui*, *jjim*, *jeon* y *namul*, entre otros. Dieron las gracias al Querido Líder por el festín y le hincaron el diente.

Mientras comían, el comandante Ga le preguntó a Sun Moon por sus

padres.

—¿Viven aquí, en la capital?

—Solo tengo a mi madre —le contestó—. Se retiró a Won-san, pero nunca he recibido noticias de ella.

El comandante Ga asintió con la cabeza.

—Sí, Wonsan —dijo, y volvió la mirada hacia el cementerio, pensando sin duda en todo el golf y el karaoke del que estaría gozando en esa gloriosa comunidad de jubilados.

—¿Has estado allí? —le preguntó la mujer.

—No, pero lo he visto desde el mar.

—¿Y es bonito?

Los niños eran muy rápidos con sus palillos. Los pájaros los observaban desde los árboles.

—Bueno —admitió—. Puedo decir que la arena es particularmente blanca. Y hay unas olas muy azules.

Ella asintió.

—No lo dudo —dijo—. Pero ¿por qué no me escribe?

—¿Le has escrito tú?

—No me ha mandado su dirección.

El comandante Ga sabía que, sin duda, la madre de Sun Moon se lo estaba pasando demasiado bien para escribir: no hay otro país en el mundo que disponga de una ciudad entera, a pie de playa, dedicada al confort de sus jubilados. Allí se puede pescar, hacer acuarela y manualidades, o participar en un club de lectura de libros juche. ¡Demasiadas actividades para enumerarlas todas! Ga sabía también que si se presentaran más ciudadanos voluntarios a la Oficina Central de Correos, por las tardes y los fines de semana, se perderían menos cartas en tránsito por nuestra gloriosa nación.

—No te preocupes por tu madre —le dijo—. Ahora debes concentrarte en los pequeños.

Cuando terminaron, echaron los restos de la comida sobre la hierba

para que los pajarillos pudieran comer. Entonces Ga decidió que los niños necesitaban un poco de instrucción: se los llevó a lo alto de la colina y, bajo la mirada orgullosa de Sun Moon, el buen comandante les mostró la tumba de la mártir más importante del cementerio, Kim Jong Suk, esposa de Kim Il-sung y madre de Kim Jong-il. Los bustos de todos los mártires eran enormes estatuas de bronce, cuyos matices bruñidos parecían devolver la vida a los sujetos. Ga habló del heroísmo antijaponés de Kim Jong Suk y de cómo aún se la recordaba cariñosamente porque cargaba con las pesadas mochilas de los guerrilleros más ancianos. Los niños lloraron porque hubiera muerto tan joven.

A continuación caminaron unos metros y visitaron a los siguientes mártires, Kim Chaek, An Kil, Kang Kon, Ryu Kyong Su, Jo Jong Chol y Choe Chun Guk, todos ellos patriotas de primer orden que habían luchado junto al Gran Líder. Luego el comandante Ga señaló la tumba del apasionado O Jung Hup, comandante del célebre Séptimo Regimiento. Junto a él estaba su eterno centinela, Cha Kwang Su, que había muerto congelado durante una guardia nocturna en el lago Chon. Los niños se regocijaron de estar aprendiendo tantas cosas. Y luego estaba Pak Jun Do, que se había quitado la vida para demostrar su lealtad hacia nuestros líderes. No nos olvidemos de Back Hak Lim, que, de imperialista en imperialista, se había ganado el apodo de Búho Real. ¿Y quién no había oído hablar de Un Bo Song, que se había llenado los oídos de tierra antes de cargar contra un nido de ametralladoras japonés? «Más —decían los niños—, ¡más!» Así pues, siguieron avanzando por el cementerio y se fijaron en Kong Young, Kim Chul Joo, Choe Kwang y Paek Ryong, cuyo heroísmo iba más allá de cualquier medalla. Más adelante encontraron a Choe Tong O, padre del comandante surcoreano Choe Tok Sin, que había desertado a Corea del Norte para presentar sus respetos. ¡Y ahí estaba el cuñado de Choe Tong O, Ryu Tong Yol! Junto a este el busto del gran tunelero Ryang Se Bong y el trío de maestros de los asesinatos selectivos: Jong Jun Thaek, Kang Yong Chang y Pak Yong Sun, «el deportista».

Muchos huérfanos japoneses aún sienten el calor de la alargada sombra patriótica de Kim Jong Thae.

¡Ese era justamente el tipo de educación que hacía aflorar la leche de los pechos de las mujeres! Sun Moon estaba sonrojada, hasta tal punto había logrado el comandante Ga excitar su patriotismo.

—Niños —les dijo su madre—. Id a jugar al bosque.

Entonces cogió el brazo del comandante Ga y se lo llevó montaña abajo, hasta el jardín botánico. Pasaron junto al criadero experimental, con sus altos tallos de trigo y sus semillas de soja llenas a reventar, donde los guardas, con sus Kaláshnikov cromados, estaban preparados para defender el semillero nacional de cualquier agresión imperialista.

Sun Moon se detuvo ante el que tal vez sea nuestro mayor tesoro nacional: los invernaderos gemelos que cultivan exclusivamente kimjonguillas y kimsunguias.

—Elige uno de los dos invernaderos —la instó.

Los edificios eran de un blanco translúcido. Uno brillaba con el fucsia de las kimjonguillas, mientras que el criadero de kimsunguias irradiaba un exceso operístico de orquídeas de color lavanda.

Era evidente que Sun Moon no podía esperar.

—Yo elijo a Kim Il-sung —decidió—, pues es el progenitor de toda nuestra nación.

Dentro reinaba un ambiente cálido y húmedo, y había una niebla baja. Los esposos paseaban entre las hileras y las plantas parecieron darse cuenta: sus flores se volvían al paso de los amantes, como si quisieran embeberse del honor y la modestia de Sun Moon. La pareja se detuvo en lo más profundo del invernadero, para disfrutar reclinados del esplendoroso liderazgo de Corea del Norte. Un ejército de colibríes, expertos polinizadores del Estado, flotaban sobre sus cabezas, y el zumbido de sus poderosos aleteos penetró en el alma de nuestros amantes, deslumbrándolos con los destellos iridiscentes de sus cuellos, mientras sus largas lenguas se agitaban de puro deleite. Alrededor de Sun

Moon se abrían las flores, los pétalos se apartaban para revelar antenas de polen ocultas. El comandante Ga sudaba y en su honor diremos que los estambres desprendieron su fragancia en nubes de dulces esporas, que cubrieron los cuerpos de nuestros amantes con la pegajosa semilla del socialismo. Sun Moon le ofreció su Juche y él le entregó la esencia de programática Songun que albergaba en su interior. Su intercambio, largo y profundo, culminó en una exclamación mutua de conciencia de Partido. De pronto, todas las plantas del invernadero se estremecieron y se despojaron de sus flores, que formaron un manto sobre el que se tendió Sun Moon, mientras una nube de mariposas se posaba delicadamente sobre su inocente piel.

¡Finalmente, ciudadanos, Sun Moon había compartido sus convicciones con su marido!

Saboread este momento de satisfacción, ciudadanos, pues en el próximo episodio nos fijaremos con más atención en el supuesto «comandante Ga», un hombre que, si bien posee una singular capacidad a la hora de satisfacer las necesidades políticas de una mujer, veremos que profanó cada uno de los siete Principios de Buena Conducta Norcoreana.

Sun Moon anunció que había llegado el día en que debían honrar la memoria de su tío abuelo. Aunque era sábado, día laborable, irían caminando hasta el Cementerio de los Mártires Revolucionarios para depositar una corona de flores en su nombre.

—Hagamos un picnic —le propuso el comandante Ga—. Prepararé mi comida preferida.

Ga no los dejó desayunar.

—Mi ingrediente secreto es un estómago vacío —les dijo.

Para el picnic, Ga decidió llevarse tan solo un cazo, algo de sal y *Brando* atado con una correa. Pero al ver el perro Sun Moon negó con la cabeza.

—No es legal —dijo.

—Yo soy el comandante Ga —respondió él—. Y si quiero sacar mi perro a pasear, lo saco. Además tengo los días contados, ¿no?

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el niño—. ¿Qué significa que tiene los días contados?

—Nada —dijo Sun Moon.

Bajaron por la montaña hasta llegar al teleférico inmóvil del parque de atracciones. Los niños de Pyongyang se empleaban a fondo trabajando, mientras las sillas chirriaban, detenidas, sobre sus cabezas. El zoológico, en cambio, estaba lleno de campesinos que habían llegado en autobús para su visita anual a la capital. Los cuatro atravesaron el bosque, muy denso en aquella época del año, y dejaron a *Brando* atado a un árbol para no ofender a los veteranos que habrían ido a presentar sus respetos.

Era la primera vez que entraban en el cementerio. Sun Moon ignoró el resto de las señales de identificación y los guio directamente hasta el busto de su tío abuelo. Su imagen mostraba a un hombre con un aspecto vagamente del Sur, de rasgos angulosos y cejas erizadas. Entornaba los ojos, con expresión segura y calmada.

—Ah —exclamó Ga—. Es Kan Kung Li. Cruzó un puente de montaña bajo el fuego enemigo con la puerta del coche de Kim Il-sung a modo de escudo.

—¿Has oído hablar de él? —preguntó Sun Moon.

—Naturalmente —dijo Ga—. Salvó muchas vidas. A menudo a las personas que contravienen las reglas para hacer el bien las bautizan con su nombre.

—Yo no estaría tan segura —replicó Sun Moon—. Me temo que últimamente solo llevan su nombre un puñado de miserables huérfanos.

El comandante Ga paseó por entre las hileras, anonadado. Ahí estaban

los nombres de todos los chicos a los que había conocido, y viendo sus bustos casi parecía como si hubieran llegado a la edad adulta: los tenía ante sí, con sus bigotes, mandíbulas fuertes y hombros anchos. Les acarició la cara y pasó los dedos por los caracteres *hangul* de sus nombres, grabados en los pedestales de mármol. Era como si, en lugar de haber muerto de hambre a los nueve años o en un accidente fabril a los once, hubieran llegado todos a los veinte y los treinta años, como hombres normales. Al llegar ante la tumba de Un Bo Song, el comandante Ga pasó la mano por las facciones del busto de bronce. El metal estaba frío. Bo Song sonreía y llevaba gafas.

—Bo Song —dijo Ga, acariciando la mejilla del mártir.

Tenía que ver otro busto, y Sun Moon y los niños lo siguieron por entre las tumbas hasta que lo encontraron. El busto y el hombre estaban frente a frente, pero no se parecían en nada. Ga nunca se había parado a pensar en qué sentiría cuando finalmente se encontrara ante su mártir, pero lo único que le vino a la mente en aquel momento fue: «No soy tú. Yo soy yo, y nadie más».

Sun Moon se acercó a él.

—¿Este mártir es especial para ti? —le preguntó.

—Conocía a alguien que se llamaba como él —dijo.

—¿Y te sabes su historia?

—Sí —respondió él—. En realidad es bastante sencilla. Aunque descendía de una línea de sangre impura, se alistó en la guerrilla para combatir a los japoneses. Sus camaradas dudaban de su lealtad y para demostrar que podían confiarle sus vidas, se quitó la suya.

—¿Y te sientes identificado con esa historia?

—Yo no —repuso—. Pero el hombre al que conocía, sí.

—Vámonos de aquí —dijo Sun Moon—. Una visita al año a este lugar es lo máximo que puedo tolerar.

El niño y la niña cogieron juntos la correa de *Brando* y el comandante

Ga se los llevó bosque adentro. Encendió un fuego y les enseñó a los niños a hacer un trípode de ramas para sostener el cazo sobre las llamas. Llenaron el cazo con agua de un arroyo y buscaron una charca. Cuando la encontraron, redujeron la anchura de la salida del agua con la ayuda de unas rocas, y Ga colocó su camisa en el punto en el que el caudal se estrechaba, a modo de colador, mientras los niños atravesaban la charca, intentando ahuyentar a los peces arroyo abajo. Pescaron un alevín de diez centímetros con la camisa, o a lo mejor se trataba de un adulto y los peces de por allí estaban un poco aturdidos. Ga lo descamó con el canto de una cuchara, lo destripó y lo ensartó con un bastón para que Sun Moon lo asara. En cuanto estuviera bien tostado lo meterían en el caldo, con la sal.

Había muchas flores silvestres en la zona, seguramente debido a la proximidad de los ramos del cementerio. Ga enseñó a los niños a identificar y recoger el *ssukgat*; juntos ablandaron los tallos con dos piedras. Detrás de un canto rodado encontraron un helecho de pluma de avestruz, cuyos succulentos brotes habían empezado ya a desasirse de las hojas en abanico. Tuvieron suerte y, a los pies del canto rodado, encontraron setas *seogi*, que olían a piélago de algas marinas. Rasparon los líquenes con un bastón afilado y a continuación Ga enseñó a los niños a encontrar milenrama. Buscando juntos, se tropezaron con un jengibre silvestre, pequeño y de olor mordaz. Para darle el toque final recogieron también varias hojas de *shiso*, una planta que habían dejado los japoneses.

Muy pronto el cazo estaba ya humeante, y había tres manchas de aceite de pescado flotando en la superficie. Ga añadió las hierbas silvestres.

—Este —dijo— es mi plato preferido del mundo. En la prisión nos tenían siempre al límite de inanición. Aún podías trabajar, pero no pensar. Tu mente intentaba recuperar una palabra o un pensamiento, pero era incapaz. Cuando tienes hambre pierdes el sentido del tiempo; trabajas y trabajas, y todo es oscuridad vacía de recuerdos. En los destacamentos

forestales, en cambio, podíamos hacer esto. Montabas una red por la noche y luego podías pasarte el día capturando pececillos, mientras trabajabas. Las montañas estaban llenas de hierbas y un cuenco como ese significaba una semana más de vida.

Probó el caldo, pero aún sabía amargo.

—Todavía necesita un poco más de tiempo —comentó. Había colgado la camisa mojada de un árbol.

—¿Y tus padres? —preguntó Sun Moon—. Yo creía que cuando te mandaban a un campo de trabajo, tus padres iban contigo.

—Es cierto —contestó él—. Pero en mi caso eso no era una preocupación.

—Lo siento —se disculpó la mujer.

—Supongo que podríamos decir que mis padres tuvieron la suerte de desaparecer a tiempo —admitió Ga—. ¿Qué hay de los tuyos? ¿Viven aquí, en la capital?

—Solo tengo a mi madre —respondió con voz seria—. listó en el este. Se retiró a Wonsan.

—Sí —dijo Ga—, Wonsan.

Ella no dijo nada y él removió la sopa. Las hierbas habían empezado ya a subir a la superficie.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —le preguntó.

—Unos años —dijo ella.

—Y seguramente estará ocupada —apuntó él—. Demasiado ocupada para escribir.

Sun Moon adoptó una expresión difícil de interpretar. Le dirigió una mirada expectante, como si esperara a que él añadiera algo para tranquilizarla, pero en el fondo de sus ojos se adivinaba una certeza oscura.

—Yo no me preocuparía por ella —dijo finalmente el comandante Ga—. Seguro que está bien.

Pero no pareció que aquello la consolara. Los niños probaron la sopa

por turnos y ambos hicieron una mueca. Ga lo intentó de nuevo:

—En Wonsan una persona dispone de muchas cosas con las que entretenerse —aseguró—. Lo he visto con mis propios ojos. La arena es particularmente blanca. Y hay unas olas muy azules.

Sun Moon observaba el cazo con la mirada perdida.

—No hagas caso de los rumores, ¿vale? —insistió él.

—¿Qué rumores? —preguntó ella.

—Así me gusta —respondió él.

En la Prisión 33, todos los autoengaños que definían a una persona se iban derrumbando poco a poco, hasta que incluso las mentiras fundamentales sobre las que se basaba tu existencia se tambaleaban y terminaban viniéndose abajo. En el caso del comandante Ga, eso había sucedido durante una lapidación. Estas tenían lugar junto al río, en cuyas orillas se amontonaban cantos rodados que el agua se había encargado de pulir. Cuando pescaban a alguien tratando de escapar, lo enterraban hasta la cintura, cerca del agua, y al amanecer una procesión lenta, casi interminable, de presos, desfilaba por delante. No había excepciones, todo el inundo tenía que lanzarle una piedra. Si lo hacías sin ganas, los guardas te reprendían la falta de energía, aunque no tenías que volver a tirar. Él había pasado ya tres veces por ello, pero cada vez había partido de una posición muy atrasada en la fila, de modo que siempre había terminado lanzando su piedra no contra una persona, sino contra una masa informe, doblada de forma antinatural sobre el suelo y que ya ni siquiera echaba vapor.

Pero una mañana, casualmente, se encontró cerca de la cabeza de la cola. A Mongnan le costaba caminar por encima de las piedras y necesitaba un brazo en el que apoyarse. Por eso lo había despertado pronto y por eso terminaron en una posición bastante adelantada. Él no le dio importancia, hasta que comprendió que el hombre al que tendrían que lapidar aún estaría despierto y tendría opinión propia. Notaba la roca fría en la mano y oía cómo las piedras de quienes los precedían iban cayendo

en su sitio. Sujetó a Mongnan mientras se acercaban al hombre medio enterrado, que levantaba tímidamente los brazos, en un simulacro de defensa propia. El hombre intentó hablar, pero lo que le salía de la boca no eran palabras, sino otra cosa. La sangre que le manaba de las heridas aún estaba caliente.

Al acercarse, Ga vio los tatuajes del hombre y tardó un instante en comprender que estaban escritos en cirílico. A continuación se fijó en la cara de la mujer que llevaba tatuada en el pecho.

—Capitán —le dijo, y soltó la piedra—. Capitán, soy yo.

El capitán volvió los ojos, en los que había una mirada de reconocimiento, pero no podía articular palabra. Movía las manos, como intentando apartar telarañas invisibles. Al parecer, se le habían caído las uñas intentando huir.

—No lo hagas —le suplicó Mongnan, pero él le soltó el brazo, se puso en cuclillas junto al capitán y le cogió la mano.

—Soy yo, capitán, del *Junma* —le dijo.

Había solo dos guardas, dos chicos jóvenes de facciones duras, armados con unos rifles antiquísimos. Empezaron a gritar y sus palabras resonaron con dureza, pero él no soltó la mano del marinero.

—El tercer oficial —lo reconoció el capitán—. Hijo mío, os dije que os protegería a todos y he vuelto a salvar a mi tripulación.

El capitán miraba hacia él pero sus ojos no lograban ubicarlo, y aquello resultaba muy desconcertante.

—Tienes que huir, hijo —le dijo el capitán—. Cueste lo que cueste, escápate.

Se oyó un disparo de advertencia y Mongnan se acercó dificultosamente hasta él y le rogó que volviera a la fila.

—No dejes que tu amigo vea cómo te disparan —le dijo—. No permitas que sea lo último que ve en la vida.

Dicho eso, tiró de él de vuelta a la fila. Los guardas estaban bastante nerviosos y vociferaban órdenes, y Mongnan gritaba por encima de sus

voces:

—¡Tírale la piedra! —le decía—. ¡Se la tienes que tirar!

Entonces, como si quisiera estimularlo con su propio ejemplo, lanzó una pedrada potente y oblicua a la cabeza del capitán. La piedra le hizo saltar un mechón de pelo, que salió volando.

—¡Ahora! —gritó Mongnan.

Él levantó el pedrusco y lo arrojó con fuerza contra la sien del capitán; eso fue lo último que vio.

Más tarde, se desplomó detrás de los bidones de lluvia. Mongnan lo obligó a echarse al suelo y lo abrazó con fuerza.

—¿Por qué no podía ser Gil? —le preguntó. Lloraba de manera incontrolable—. O el segundo oficial, lo habría entendido perfectamente. Incluso el oficial So. Pero el capitán no. Él seguía siempre todas las reglas, ¿por qué le ha tocado a él? ¿Por qué no podía ser yo? Yo no tengo nada, nada de nada. ¿Qué necesidad tenían de meterlo dos veces en la cárcel?

Mongnan lo acercó más a ella.

—Tu capitán les plantó cara —le dijo—. Se resistió, no permitió que le arrebataran su identidad. Ha muerto siendo libre.

Pero a él le faltaba el aliento. Mongnan lo acunó, como a un niño.

—Ea, ea —lo calmó, meciéndolo—. Mi huerfanito, mi pobre huerfanito.

—Yo no soy huérfano —protestó sumisamente, entre lágrimas.

—Pues claro que lo eres —respondió ella—. Yo me llamo Mongnan, sé reconocer a un huérfano y tú lo eres. Suéltalo todo, no te quedes nada.

—Mi madre era cantante —dijo él—. Y era muy guapa.

—¿Cómo se llamaba tu orfanato?

—Feliz Porvenir.

—Feliz Porvenir —repitió ella—. Y el capitán era como un padre para ti. Era como un padre, ¿verdad?

No podía parar de llorar.

—Mi pobre huermanito —repitió Mongnan—. El padre de un huérano es el doble de importante. Los huérfanos son los únicos que pueden elegir a sus padres, y por eso los quieren el doble.

Se llevó la mano al pecho y recordó cómo el capitán le había grabado la imagen de Sun Moon en la piel.

—Le podría haber devuelto a su mujer —le dijo a Mongnan, llorando.

—Pero no era tu padre —objetó ella. Lo cogió por la barbilla e intentó levantarle la cabeza para obligarlo a escucharla, pero él volvió a hundir el rostro en su pecho—. No era tu padre —repitió, acariciándole el pelo—. Lo importante ahora es que te deshagas de todas las ilusiones. Es hora de concentrarse en la verdad de las cosas. Como por ejemplo que tenía razón, que tienes que huir de aquí.

En el cazo, la carne del pescado había empezado a desmenuzarse y a separarse de las espinas, pero Sun Moon removía lentamente la sopa, con expresión absorta. Ga reflexionó sobre lo difícil que era llegar a ver las mentiras que te contabas a ti mismo, que te permitían funcionar y seguir adelante. Para ello necesitabas la ayuda de alguien. Ga se inclinó hacia delante y olisqueó el caldo. El aroma le aclaró la mente: era la comida perfecta. Disfrutar de esa sopa al atardecer, tras un día talando y trasladando árboles por los barrancos bajo los que se encontraba la Prisión 33 era la definición de estar vivo. Cogió la cámara de Wanda y sacó una fotografía del niño, la niña, el perro y Sun Moon. Tenían los ojos entornados, como suele hacer la gente cuando está cerca de un fuego.

—Me ruge el estómago —protestó el niño.

—Pues ha elegido el momento perfecto —respondió el comandante Ga—. La sopa está lista.

—Pero no tenemos cuencos —se quejó la niña.

—Ni los necesitamos —le respondió él.

—¿Y *Brando*? —preguntó el niño.

—Tendrá que buscarse su propia comida —dijo Ga, y quitó la correa del cuello del perro. Pero este no se movió, se quedó ahí sentado, con la

vista fija en el cazo.

Empezaron a pasarse una única cuchara. El sabor del pescado asado combinaba a la perfección con la milenrama y la leve fragancia de *shiso*.

—La comida de la prisión no está tan mal —admitió la niña.

—Os debéis de estar preguntando por vuestro padre —dijo el comandante Ga.

Los niños no levantaron la mirada, ni detuvieron el movimiento de la cuchara. Sun Moon le dirigió una mirada severa para advertirlo de que se adentraba en terreno peligroso.

—La herida que provoca no saber algo es la que no sana nunca —continuó Ga.

- La niña lo miró con recelo.

—Os prometo que os lo contaré todo sobre vuestro padre —siguió diciendo Ga—. Pero solo cuando hayáis tenido tiempo de acostumbraros.

—¿Acostumbrarnos a qué? —preguntó el niño.

—Pues a él —le dijo su hermana.

—Niños —intervino Sun Moon—, ya os dije que vuestro padre se ha marchado a una larga misión.

—Eso no es cierto —repuso el comandante Ga—. Foro pronto os contaré toda la historia.

—No les arrebatas la inocencia —susurró Sun Moon hablando entre dientes.

Entonces se oyó un crujido entre los árboles y *Brando* se puso en guardia, con el pelo erizado. El niño sonrió. Ya había visto todo lo que su perro había aprendido y de pronto tenía la oportunidad de ponerlo a prueba.

—Ataca —ordenó el chico.

—¡No! —exclamó Ga, pero ya era demasiado tarde: el perro ya había arrancado a correr hacia las profundidades del bosque, donde sus ladridos describían un frenético camino entre los matojos.

El animal ladraba sin parar y de repente oyeron un grito de mujer. Ga

cogió la correa y salió tras él. El niño y la niña le pisaban los talones. Ga siguió el arroyo durante un rato y se fijó en el agua enturbiada debido al paso del perro. De pronto se topó con una familia oculta tras una gran roca, donde se protegía de los ladridos de *Brando*. La familia era misteriosamente parecida a la suya: un hombre, una mujer, un niño, una niña y una tía mayor. El perro estaba muy inquieto, chasqueaba los dientes y amagaba con atacar, la vista fija ora en un tobillo, ora en otro. Ga se le acercó lentamente y le pasó la correa por el cuello.

Entonces tiró de él y echó un vistazo a la familia. Tenían las uñas blancas a causa de la desnutrición, e incluso los dientes de la niña habían adoptado un tono grisáceo. La camiseta del niño estaba vacía, como si colgara de una percha de alambre. Las dos mujeres habían perdido mucho pelo y el padre era todo tendones bajo la piel tirante. De pronto, Ga se dio cuenta de que el padre escondía algo detrás de la espalda. Agitó la correa y el perro arremetió contra él.

—¿Qué esconde? —exclamó Ga—. Enséñemelo. Enséñemelo o suelto el perro.

En aquel momento llegó Sun Moon, jadeando casi sin aliento, justo a tiempo para ver cómo el hombre sacaba una ardilla muerta a la que le faltaba la cola. Ga no habría sabido decir si se la habían arrebatado al perro, o si el perro había intentado arrebatársela a ellos. Sun Moon se quedó mirándolos fijamente.

—Mi madre —dijo—. Esta gente pasa hambre. Están en los huesos.

La niña se volvió hacia su padre.

—No pasamos hambre, ¿verdad, papá?

—Pues claro que no —repuso el hombre.

—Ya lo creo —le espetó Sun Moon—. ¡Pero si están medio muertos!

—Sun Moon levantó una mano y les mostró el anillo que llevaba—. Es un diamante —dijo, y, tras forcejear un poco, logró quitárselo y se lo entregó a la asustada madre, pero Ga dio un paso hacia delante y se lo quitó.

—No seas insensata —le dijo a Sun Moon—. Eso fue un regalo del Querido Líder. ¿Qué crees que les pasará si los pescan con un anillo como este? —En el bolsillo, Ga llevaba apenas un puñado de wones militares. Se quitó las botas—. Si quieres ayudarlos —le sugirió a Sun Moon—, dales algo sencillo que puedan intercambiar en el mercado.

El niño y la niña se quitaron también los zapatos, y Ga les ofreció el cinturón. Sun Moon les regaló sus pendientes.

—Hay un cazo con sopa —declaró Sun Moon—. Es buena, solo tenéis que seguir el arroyo. Quedaos con la cazuela.

—El perro... —dijo el padre—. Creíamos que se había escapado del zoo.

—No —repuso Ga—, es nuestro.

—Y no tendrán uno que les sobre, ¿verdad? —preguntó el padre.

Esa noche, el comandante Ga tarareó la nana con la que Sun Moon durmió a los niños.

—El gato está en la cuna —cantó—, el niño trepó a la encina.

Más tarde, cuando se metieron en la cama, Sun Moon le dijo:

—¿Tú crees que el verso del Querido Líder se tiene que leer «El amor *no* conoce sustitutos», como si fuera impensable buscar un sustituto para el amor, o «El amor *no conoce* sustitutos», dando a entender que el amor tiene sentimientos y es en sí mismo incapaz de comprender su ausencia?

—Te tengo que contar la verdad —le dijo él.

—Soy actriz —respondió ella—. Para mí la verdad es lo único que importa.

No la oyó volverse de lado, de modo que supo que los dos estaban contemplando la oscuridad que se abría encima de ellos. De pronto le entró miedo y sus manos se aferraron a las sábanas.

—Nunca he estado en Wonsan —confesó—. Pero he pasado por delante con la barca en numerosas ocasiones. No hay parasoles en la arena. No hay tumbonas ni cañas de pescar. No hay ancianos. No sé dónde irán los

abuelos de Corea del Norte, pero a Wonsan seguro que no.

Intentó escuchar la respiración de Sun Moon, pero no oyó ni eso.

Finalmente ella habló.

—Eres un ladrón —le dijo—. Eres un ladrón que ha llegado a mi vida y me ha arrebatado todo lo que me importaba.

El día siguiente estuvo muy callada. Para desayunar, troceó una cebolla y la sirvió cruda. Los niños poseían una gran habilidad para emigrar siempre a una habitación en la que no estaba ella. En una ocasión salió gritando de la casa y se echó sobre el césped del jardín, llorando. Luego volvió a entrar y se puso a discutir con el altavoz. Más tarde los echó a todos de casa para tomar un baño y el comandante Ga, los niños y el perro se sentaron juntos sobre la hierba, con la vista fija en la puerta, mientras la oían frotar frenéticamente cada centímetro de piel. Los niños pronto se alejaron montaña abajo, practicando «ataca» y «busca» con *Brando* y lanzándole cáscaras de melón entre los árboles.

El comandante Ga dio la vuelta a la casa. Camarada Buc lo encontró más tarde, en un lateral. Buc guardaba su cerveza Ryoksong en una zona fresca del jardín, debajo de unas matas de hierba alta. Bebieron juntos, contemplando el porche de Sun Moon. La mujer estaba ahí, con su bata, fumando y recitando frases de *Sacrificios finales*, pero leía el guion con rabia.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Buc a Ga.

—Le he contado la verdad sobre una cosa —respondió Ga.

—Tiene que dejar de hacerlo —dijo Buc—. Es malo para la salud.

Sun Moon sujetó el guion con una mano y levantó la otra. Con el cigarrillo en la boca, intentó encontrar motivación en una de las frases:

—«¡El *verdadero* primer marido de toda mujer es el Gran Líder Kim Il-sung!» «¡El verdadero *primer* marido de toda mujer es el Gran Líder Kim Il-sung!» «¡El verdadero primer marido de *toda* mujer es el Gran Líder Kim Il-sung!»

—¿Ha oído la última idea del Querido Líder? —preguntó Buc—. Quiere obsequiar a los americanos con una demostración de marcación al fuego.

—Ajá —asintió el comandante Ga—. Seguro que el ganado está ya haciendo cola voluntariamente.

Al oír sus carcajadas, Sun Moon dejó de leer y se volvió hacia él. Cuando lo vio, lanzó el guion por encima de la barandilla del porche y se metió en casa. Ga y Buc contemplaron la nube de hojas que se esparcían entre los árboles. Camarada Buc sacudió la cabeza con incredulidad.

—La ha ofendido de verdad —le dijo—. ¿Sabe cuánto tiempo hacía que esperaba esa película?

—Pronto se librará de mí y su vida volverá a la normalidad —repuso Ga, que no pudo evitar que su voz sonara algo triste.

—¿Bromea? —le preguntó Buc—. El Querido Líder lo ha proclamado el verdadero comandante Ga. No puede librarse de usted. Además, ¿por qué iba a hacerlo? Se ha quitado a su némesis de encima.

Ga dio un trago de cerveza.

—He encontrado el ordenador de Ga —dijo.

—¿En serio? —preguntó Buc.

—Sí. Estaba escondido detrás de un retrato de Kim Il-sung.

—¿Hay algo que pueda resultarle útil?

—Está básicamente lleno de mapas —dijo Ga—. Y de información técnica, organigramas, anteproyectos y otras cosas que no entiendo.

—Son mapas de las minas de uranio —le explicó Buc—. Su predecesor estaba al cargo de todos los yacimientos. Además, supervisaba toda la red de procesamiento, desde la extracción del mineral hasta la refinería. Yo me encargaba de conseguirle todas las provisiones necesarias. ¿Alguna vez ha intentado comprar tubos de centrifugadora de aluminio por internet?

—Yo creía que el puesto de ministro de las Minas Prisión era simbólico, que el ministro se limitaba a firmar el papeleo para que los

presidarios no dejaran nunca de producir.

—Eso era antes de que descubrieran el uranio —le explicó Buc—. ¿De veras cree que el Querido Líder le entregaría a Ga las llaves del programa nuclear? Si quiere se lo puedo explicar todo. Podemos revisar el contenido del ordenador juntos.

—No quiere verlo, créame —dijo Ga—. También hay fotos.

—¿Mías?

Ga asintió.

—Y de un millar de hombres más.

—No me hizo lo que parece en las fotos.

—No tiene necesidad de hablar de ello.

—No, pero quiero que lo oiga —repuso Buc—. Iba a lanzarme un ataque viril, dijo, pero después de pegarme una paliza, cuando podría haber hecho conmigo lo que hubiera querido, perdió todo el interés. Solo quería una fotografía para poder recordarlo luego. No me puedo ni imaginar la satisfacción que debió de experimentar al quitarle la vida a aquel hombre. Intentó hacérselo también a usted, ¿verdad?

Ga no dijo nada.

—A mí me lo puede decir —insistió Buc—. ¿Cómo se lo cargó? Lo digo porque lo veo muy partidario de contar la verdad...

—La historia no es nada del otro mundo —comenzó Ga—. Yo estaba en el piso inferior de la mina. Los techos eran bajos y había solo una bombilla en cada galería. Caían goteras de las grietas del techo y hacía calor, había vapor por todas partes. Había varios hombres conmigo, estábamos estudiando un filón de roca blanca. El objetivo era ese, extraer la roca blanca. Entonces apareció el comandante Ga. De pronto estaba ahí, empapado en sudor.

»—Es importante conocer a los hombres que tienes a tus órdenes —me dijo Ga—. Tienes que saber cómo son en el fondo del corazón. La victoria exterior es una consecuencia de la victoria interior.

»Yo fingí no haberlo oído.

»—Coge a un hombre —me ordenó el comandante Ga—. Ese de ahí, veamos cómo es en el fondo del corazón.

»Le indiqué al hombre que se acercara.

»—¡Agárralo! —gritó el comandante Ga—. ¡Agárralo para que comprenda de qué va esto! ¡Que no le quede ninguna duda!

»Me acerqué a él. El tipo vio la expresión de mis ojos y yo vi la suya. Intentó huir, pero lo agarré por la espalda y lo rodeé con los brazos. Cuando me volví para ver si al comandante Ga le parecía suficiente, este se había desnudado y tenía su uniforme amontonado en el suelo.

»El comandante Ga habló como si nada hubiera cambiado.

»—Tienes que actuar como si fueras en serio, es importante que crea que no tiene escapatoria. Esa es la única forma de saber si la idea le atrae. —El comandante Ga agarró a otro de los prisioneros por la cintura—. Tienes que dominarlo, hacerle saber que eres más fuerte, que no va a poder huir. A lo mejor lo tienes que agarrar por el trasero para que sucumba a sus verdaderos deseos y su excitación lo delate.

»El comandante Ga agarró al tipo de tal forma que este dio un respingo de miedo.

»—Basta —le dije.

»El comandante Ga se volvió hacia mí con una mirada de asombro.

»—Eso es —aprobo—. Eso es exactamente lo que le tienes que decir: Basta. Ya sabía yo que eras el único hombre de verdad, aquí.

»El comandante Ga se acercó a mí y yo di un paso hacia atrás.

»—No lo haga —le dije.

»—Sí, eso es lo que tienes que decir —añadió el comandante Ga, con un extraño brillo en la mirada—. Pero el otro no te escucha, esa es la cuestión. Es más fuerte que tú y cada vez está más cerca.

»—¿Quién está más cerca?

»—¿Quién? —preguntó Ga, y sonrió—. Él.

»Yo seguí retrocediendo.

»—Por favor —le supliqué—. Por favor, no hay ninguna necesidad de

hacer esto.

»—Sí —dijo el comandante Ga—. Te resistes, sí, haces todo lo que puedes para evitar que esto suceda, es evidente que no quieres que suceda y por eso me gustas, por eso te estoy enseñando cómo funciona la prueba. Pero ¿y si sucede de todos modos? ¿Qué pasa si tus palabras no significan nada para él? ¿Qué pasa si le plantas cara y él responde con más fuerza?

»Lo tenía ya encima y le solté un puñetazo. Me salió lacio, sin fuerza: me daba miedo darle de verdad. Ga me apartó el brazo y me pegó un golpe seco y rápido.

»—¿Y si luchas hasta el final pero sucede de todos modos? —preguntó—. ¿En qué te convertirás entonces?

»Le propiné una patada veloz que lo hizo trastabillar, y se revolvió con una expresión de excitación en la mirada. Ga me soltó una patada alta y tan rápida que me giró la cabeza. En mi vida había visto una patada tan rápida.

»—Esto no va a suceder —dije yo—. No voy a permitir que suceda.

»—Por eso te elegí.

»Ga me soltó un dolorosísimo puntapié en el costado que me dejó el hígado molido.

»—Naturalmente que lo vas a dar todo, por supuesto que vas a luchar con todas tus fuerzas. Y no sabes cómo te respeto por ello. Eres el único, en todo este tiempo, que ha contraatacado, el único que me conoce, el único que me comprende.

»Bajé la mirada y vi que el comandante estaba excitado, tenía la polla tiesa y curvada. Aun así, en sus labios había una sonrisa dulce, infantil.

»—Estoy a punto de mostrarte mi alma, la gran cicatriz que llevo en el alma —dijo Ga, acercándose, armando las caderas para otra patada—. Y te va a doler, no te mentaré; no va a dejar de dolerte nunca, en realidad. Pero míralo de esta forma: pronto los dos tendremos la misma cicatriz. Pronto seremos como hermanos.

»Retrocedí hacia su derecha, hasta que me encontré debajo de la única

luz que había en toda la galería. Le pegué una patada de un salto a la bombilla. Esta estalló y en el fogonazo posterior quedó una nube de cristales suspendida en el aire. Nos quedamos a oscuras y oí cómo el comandante Ga arrastraba los pies. Así es como se mueve la gente cuando no está acostumbrada a la oscuridad.

»—¿Y entonces qué pasó? —preguntó Buc.

»—Entonces me puse manos a la obra —respondió Ga.

Sun Moon pasó toda la tarde en la cama. El comandante Ga preparó una cena a base de fideos fríos para los niños, pero estos se dedicaron a balancearlos encima del hocico de *Brando* para ver cómo este chasqueaba su potente dentadura. Solo después de que hubieran fregado y guardado los platos, Sun Moon apareció con su albornoz, con la cara hinchada y fumando. Les dijo a los niños que era hora de ir a la cama y a continuación se volvió hacia Ga.

—Tengo que ver esa película americana —le dijo—. La que se supone que es la mejor.

Esa noche, los niños durmieron con el perro encima de un palé, a los pies de la cama, y cuando Pyongyang se quedó a oscuras, Ga y Sun Moon se metieron en la cama e introdujeron *Casablanca* en el ordenador portátil. El indicador de batería decía que quedaban noventa minutos, de modo que la tendrían que ver sin pausas.

Nada más empezar, Sun Moon negó con la cabeza ante la naturaleza primitiva de la fotografía en blanco y negro.

Él le fue traduciendo la película sobre la marcha, transformando el inglés en coreano tan rápido como podía, y cuando no le salían las palabras, dejaba que fueran sus dedos los que transmitieran el sentido de los diálogos.

Ella estuvo poniendo mala cara durante un buen rato. Se quejó de que la película iba demasiado deprisa y calificó a todos los personajes de elitistas, siempre bebiendo y vestidos con ropa elegante.

—¿Dónde está la gente normal? —preguntó—. ¿Con problemas reales?

Se burló del concepto *carta de tránsito*, un salvoconducto que permitía escapar a quienquiera que lo tuviera.

—No existe una carta mágica que te permita huir cuando quieras.

Le dijo a Ga que parara la película, pero él no lo hizo. Se quejó de que le estaba provocando jaqueca.

—No entiendo qué pretende ensalzar le película —reconoció—. Además, ¿cuándo va a aparecer el héroe? O alguien se pone a cantar pronto, o me acuesto.

—Chisss —le dijo él.

Pero Ga se daba cuenta de que a Sun Moon le dolía verla: cada escena suponía un desafío a toda su vida. La realidad compleja y los deseos cambiantes de los personajes la estaban destrozando, porque además no podía hacer nada por detenerlo. A medida que la bellísima actriz Ingrid Bergman fue copando la pantalla, Sun Moon empezó a cuestionarla y a darle consejos.

—¿Por qué no se decide por el buen marido?

—Se acerca la guerra —le explicó Ga.

—¿Y por qué mira así al inmoral de Rick? —preguntó Sun Moon, aunque ella también lo miraba. Pronto dejó de ver cómo especulaba con todo el mundo y llenaba su caja fuerte con moneda extranjera, al tiempo que repartía sobornos y propagaba mentiras. Solo veía cómo encendía un cigarrillo cada vez que lisa entraba en una habitación y cómo bebía un trago cuando se marchaba. Sun Moon se identificaba con el hecho de que nadie pareciera feliz y de que los problemas de todos los personajes tuvieran su origen en esa capital oscura que era Berlín. Cuando la película retrocedió en el tiempo y se trasladó a París, donde los protagonistas sonreían y solo querían pan y vino y se deseaban mutuamente, Sun Moon sonreía entre lágrimas y el comandante Ga dejó de traducir pasajes enteros, pues bastaba con las emociones que transmitían los rostros del tal Rick y de aquella mujer, lisa, que lo amaba.

Al final de la película, Sun Moon estaba inconsolable.

Le puso una mano encima del hombro, pero ella no reaccionó.

—Toda mi vida es una farsa —confesó entre lágrimas—. Hasta el menor gesto. Y pensar que yo actué en color, ¡que cada detalle quedó capturado a todo color!

Se volvió hacia él, levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Entonces lo agarró de la camisa con las dos manos.

—Tengo que ir al lugar donde se filmó esta película —dijo—. Tengo que salir de este país y encontrar un lugar donde pueda actuar de verdad. Necesito una carta de tránsito y tú me tienes que ayudar a conseguirla. Y no lo digo porque mataras a mi marido, o porque pagaremos por ello cuando el Querido Líder decida prescindir de ti, sino porque eres como Rick, un hombre honorable como el Rick de la película.

—No es más que una película.

—No, no digas eso —replicó Sun Moon, y le lanzó una mirada desafiante.

—Pero ¿cómo quieres que te saque de aquí?

—Eres un hombre especial —dijo ella—. Sé que encontrarás la forma de que podamos salir. Y te digo que lo tienes que hacer.

—Pero Rick tomó él mismo la decisión, la decisión estaba en sus manos.

—Eso es. Te he dicho lo que necesito que hagas y ahora tú tienes que tomar una decisión.

—Pero ¿y nosotros? —preguntó Ga.

Sun Moon lo miró y de pronto comprendió cómo iba a suceder todo. Supo que ahora que conocía la motivación de su compañero de reparto, el guion iba a evolucionar en consecuencia.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Cuando dices «podamos salir», ¿ese plural me incluye también a mí? Ella tiró de él.

—Tú eres mi marido —le dijo—. Y yo soy tu mujer. Pues claro que te

incluye.

Él la miró a los ojos y se recreó en aquellas palabras que, sin saberlo, llevaba toda la vida esperando oír.

—Mi marido siempre decía que un día se iba a terminar todo —añadió Sun Moon—. Pero no pienso quedarme de brazos cruzados esperando ese día.

Ga puso una mano encima de la suya.

—¿Tenía algún plan?

—Sí —asintió la mujer—. Un día lo descubrí: pasaporte, dinero en efectivo, permiso de viaje... El plan solo lo incluía a él; no pensaba llevarse ni siquiera a sus hijos.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Mi plan será muy distinto.

Estaba despierto en plena noche y noté que mis padres también lo estaban. Pasé un buen rato escuchando el sonido de las botas de una Tropa de Jóvenes Juche que se dirigían hacia uno de esos mítines nocturnos de choque en la plaza Kumsusan. Sabía que por la mañana, de camino al trabajo, me cruzaría con esas chicas, las caras renegridas por el humo de las hogueras y los delgadísimos brazos cubiertos de eslóganes. Aunque lo más llamativo eran siempre sus ojos desbocados. Clavé la mirada en el techo e imaginé las pezuñas nerviosas de las cabras, que caminaban arrastrando las patas, pues estaba tan oscuro que no veían el borde de la azotea.

No podía dejar de pensar que la biografía del comandante Ga se parecía mucho a la mía. Los dos teníamos un nombre fundamentalmente desconocido: nuestros amigos y familiares no nos podían llamar de ninguna forma y, en el fondo, nosotros tampoco nos reconocíamos en

ningún apelativo. Por otra parte, yo estaba cada vez más convencido de que el comandante Ga no sabía qué había sido de la actriz y sus hijos. Sí, se comportaba como si creyera que estaban sanos y salvos, pero a mí me daba que en el fondo no tenía ni idea. Más o menos como yo, que me dedicaba a crear biografías de mis sujetos en las que documentaba sus vidas hasta el momento en que me habían conocido a mí. Y, no obstante, tenía que admitir que no había realizado el seguimiento de ni una sola de las personas que habían salido de la División 42. Ninguna de las biografías tenía epílogo. Pero nuestro principal punto en común era que, para procurarse una nueva vida, primero Ga había tenido que poner punto final a otra. Y yo era la demostración diaria de ese teorema: tras años de fracasos, de pronto había comprendido que, al escribir la biografía del comandante Ga, a lo mejor estaba también escribiendo la mía.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Oriné en un tarro ancho, a la luz de las estrellas. Oí un ruido en la calle. Entonces sucedió algo y, a pesar de la oscuridad y de los kilómetros que me separaban del colectivo agrícola más cercano, supe que en los arrozales del país las plantas de arroz se inclinaban ya por el peso de las vainas doradas, que había llegado de nuevo la temporada de recolección: dos camiones de la basura se acercaron por la calle Sinuiju y, con la ayuda de megáfonos, los hombres del ministro de Movilización de Masas despertaron a todos los residentes del Bloque de Viviendas Paraíso de los Trabajadores. En la calle, mis vecinos, ataviados aún con ropa de dormir, empezaron a subir a los camiones. Al alba estarían inclinados en un arrozal, con barro hasta los tobillos, recibiendo un curso correctivo de un día sobre la palabra «esfuerzo», la única fuente de comida que existe.

—Padre —dije dirigiéndome a la habitación oscura—. Padre, ¿se trata solo de sobrevivir? ¿Eso es todo?

Volví a ponerle la tapa al tarro, que notaba caliente entre las manos. Cuando los camiones se marcharon solo se oía el débil silbido que hacía mi padre al respirar por la nariz, señal inequívoca de que estaba

despierto.

Por la mañana había desaparecido otro de los miembros de mi equipo. No puedo decir su nombre, pero era el del bigote fino y el ceceo. Llevaba una semana sin acudir al trabajo y tuve que suponer que no lo habían destinado a un destacamento de recolectores, sino que le había pasado algo peor. Lo más probable era que no lo volviera a ver nunca más. Era el tercero que desaparecía en un mes, el sexto en lo que iba de año. ¿Qué les sucedía? ¿Adónde iban? ¿Cómo íbamos a reemplazar a los Pubyok cuando se retiraran, si quedábamos solo un puñado de hombres y un par de becarios?

Aun así, cogimos el teleférico hasta lo alto del monte Tae-song. Mientras Jujack y Leonardo registraban la casa de Camarada Buc, Q-Ki y yo peinamos la residencia del comandante Ga, aunque nos costaba concentrarnos, pues cada vez que levantábamos la mirada, veíamos aquellos enormes ventanales y la silueta de Pyongyang en la distancia. Era una visión que quitaba el aliento. Era una casa de ensueño. Q-Ki negó con la cabeza ante el hecho de que esa gente tuviera dormitorio y cocina propios. No tenían que compartir el orinal con nadie. Había pelo de perro por todas partes y era evidente que habían criado al animal por puro entretenimiento. No nos atrevíamos a inspeccionar el Cinturón Dorado, con su vitrina reluciente; ni siquiera los Pubyok lo habían tocado durante el registro inicial.

Habían limpiado el jardín, no quedaba ni un triste guisante que llevarme a casa de mis padres. ¿Era posible que el comandante Ga y Sun Moon se hubieran llevado comida, esperando tal vez un largo viaje? En la pila de los desechos había una cáscara de melón entera y unos huesecitos de pájaro cantor. ¿Pasaban más penurias de lo que su lujosa casa *yangban* sugería?

Debajo de la casa encontramos un túnel de treinta metros lleno de sacos de arroz y películas americanas. La escotilla de salida daba al otro lado

de la carretera, detrás de unos matorrales. Dentro de la casa descubrimos varios compartimentos secretos estándar en las paredes, pero la mayoría estaban vacíos. En uno encontramos un montón de revistas de artes marciales surcoreanas, totalmente ilegales. Las revistas estaban muy manoseadas y contenían numerosas fotografías de luchadores musculosos, preparados para el combate. Junto a las revistas había un pañuelo. Lo cogí, buscando un monograma, y me volví hacia Q-Ki:

—Me preguntó qué hará este pañuelo con...

—Suéltelo —me dijo Q-Ki.

Lo hice inmediatamente, y el pañuelo cayó al suelo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿De verdad no sabe para qué debía de utilizarlo Ga? —se extrañó, y me miró como si fuera uno de los nuevos cachorros ciegos del Zoológico Central—. ¿Nunca ha tenido hermanos?

En el baño, Q-Ki observó que el peine de Sun Moon y la cuchilla de afeitar de Ga estaban juntas en el borde del lavamanos. Había acudido a trabajar con un ojo morado y yo había fingido no darme cuenta, pero era imposible disimular delante de un espejo.

—¿Alguien ha intentado hacerle daño? —le pregunté.

—¿Qué le hace pensar que no se trata de amor?

Solté una carcajada.

—Sería una forma bastante insólita de demostrar afecto.

Q-Ki ladeó la cabeza y me miró a través del espejo. Entonces levantó el único vaso que había encima del lavamanos y lo inspeccionó a contraluz.

—Compartían el mismo vaso para enjuagarse —observó—. Eso es amor. Hay muchas pruebas de ello.

—¿En serio es una prueba? —le pregunté: yo compartía vaso con mis padres.

En el dormitorio, Q-Ki lo inspeccionó todo.

—Sun Moon dormía en este lado de la cama —dijo—. Está más cerca del lavabo.

A continuación se acercó a la mesita que había junto a la cama. Abrió y cerró el cajón, dio unos golpecitos en la madera.

—Una mujer inteligente guardaría los condones pegados en la parte inferior de esta mesa con cinta adhesiva —aseguró—. Así serían invisibles para su marido, pero si necesitaba uno, los tendría a mano.

—Condomes —repetí. Todos los métodos anticonceptivos estaban estrictamente prohibidos.

—Los venden en cualquier mercado nocturno —dijo Q-Ki—. Los chinos los fabrican de todos los colores.

Le dio la vuelta a la mesita de noche de Sun Moon, pero en la parte inferior no había nada. Yo hice lo mismo con la del lado del comandante Ga: nada.

—Créame —afirmó Q-Ki—. El comandante no necesitaba anticonceptivos.

Juntos, apartamos las sábanas de la cama y nos arrodillamos para buscar pelos en las almohadas.

—Los dos dormían aquí —declaré, y pasé los dedos por cada centímetro de colchón, olisqueándolo e inspeccionándolo en busca de alguna pista, por pequeña que fuera. Más o menos en la mitad del colchón, percibí un olor con el que no me había topado nunca. Noté algo primario en la nariz, seguido de un destello de luz en la mente. Era un olor tan inesperado, tan extraño, que me faltaron palabras para describirlo. No habría podido alertar a Q-Ki ni aun queriendo.

Nos quedamos al pie de la cama.

Q-Ki se cruzó de brazos, con expresión de incredulidad.

—Dormían juntos, pero no había *fucky-fucky*.

—¿No había qué?

—Es como se dice *sexo* en inglés —me explicó—. ¿No ve películas?

—No de este tipo —admití, aunque la verdad es que nunca había visto ninguna.

Q-Ki abrió el armario y examinó con un dedo los *choson-ots* de Sun

Moon, hasta que llegó a una percha vacía.

—Este es el que se llevó —dijo Q-Ki—. A juzgar por los que decidió no llevarse, sería espectacular. Parece que Sun Moon no tenía planeado marcharse por mucho tiempo, pero aun así quería presentar su mejor aspecto —añadió, estudiando las telas relucientes que tenía ante ella—. Sé a qué película corresponde cada vestido —aseguró—. Si dispusiera del tiempo suficiente, descubriría cuál es el que falta.

—Pero recolectaron todo lo que encontraron en el jardín —repuse—. Eso sugiere que sí planeaban pasar mucho tiempo fuera.

—O a lo mejor celebraron una última comida, por eso se puso el mejor vestido...

—Pero eso solo tiene sentido si... —empecé a decir.

—... si Sun Moon sabía lo que iba a ocurrirle —concluyó Q-Ki.

—Pero si Sun Moon sabía que Ga tenía intención de matarla, ¿por qué ponerse elegante? ¿Qué sentido tiene que le siguiera el juego?

Q-Ki reflexionó al respecto mientras acariciaba aquellos elegantes vestidos.

—A lo mejor tendríamos que incautarlos, como prueba —le dije—, para que pueda estudiarlos con atención cuando le apetezca.

—Son preciosos —reconoció—. Como los vestidos de mi madre. Pero yo elijo mi propia ropa. Además, vestirme como una guía turística del Museo de la Amistad Internacional no es mi estilo.

Leonardo y Jujack regresaron de casa de Camarada Buc.

—No hemos encontrado gran cosa —dijo Leonardo.

—Hemos descubierto un compartimento secreto en la pared de la cocina —añadió Jujack—. Pero dentro solo había esto.

Me enseñó cinco biblias en miniatura.

La luz había cambiado y el sol se reflejaba en la estructura metálica del distante estadio Primero de Mayo. Durante un momento nos maravillamos de encontrarnos en una vivienda como aquella, sin paredes ni grifos compartidos, sin camas plegables o enroscadas en un rincón, y

donde no había que subir veinte pisos para llegar al baño comunitario.

En la seguridad que proporcionaba la cinta que los Pub yok habían colocado alrededor de la escena del crimen, procedimos a repartirnos todo el arroz y las películas del comandante Ga. Nuestros becarios coincidieron en que *Titanic* era la mejor película que se hubiera rodado jamás. Le ordené a Jujack que saliera al porche y se deshiciera de las biblias: un oficial de los servicios secretos de la policía militar podía llegar a entender que te llevaras una bolsa llena de DVD, pero no esas cosas.

De vuelta en la División 42, mantuve mi sesión diaria con el comandante Ga, que, a excepción de lo que había sucedido con la actriz y sus hijos, estaba más que dispuesto a dar detalles sobre el qué, el por qué, el dónde y el cuándo de todo. Una vez más, contó cómo Mongnan le había implorado que se pusiera el uniforme del comandante muerto y narró la conversación que había tenido con el alcaide, quien, encorvado bajo el peso de una gran roca, le había dado permiso para que se marchara de la prisión. Es cierto que inicialmente, al imaginar la biografía de Ga, creía que los capítulos estarían marcados por grandes momentos, por ejemplo un gran combate subterráneo con el poseedor del Cinturón Dorado, pero a la hora de la verdad me había dado cuenta de que estaba construyendo un libro mucho más sutil y que, en realidad, solo me importaban los cómo.

—Entiendo que los convenciera a todos para salir de la prisión —le dije al comandante Ga—. Pero ¿cómo consiguió armarse de valor para ir a la casa de Sun Moon? ¿Qué le dijo justo después de matar a su marido?

A estas alturas el comandante Ga había abandonado la cama.

Estábamos en una habitación pequeña, sentados en el suelo y apoyados en paredes opuestas, fumando.

—¿Adónde iba a ir, si no? —me preguntó—. ¿Qué podía decirle si no la verdad?

—¿Y cómo respondió ella?

—Se derrumbó y se echó a llorar.

—Claro. Pero ¿cómo pasó de ahí a compartir un mismo vaso?

—¿Qué quiere decir?

—Ya me entiende —dije yo—. ¿Cómo se hace para que una mujer te quiera a sabiendas de que te dedicas a hacerle daño a la gente?

—¿A usted no lo quiere nadie? —me preguntó el comandante Ga.

—Aquí las preguntas las hago yo —repliqué. Sin embargo, no podía dejar que pensara que no tenía a nadie, de modo que le dirigí una leve inclinación de cabeza, como diciendo: «¿Acaso no somos hombres los dos?».

—¿Y lo quiere a pesar de lo que hace?

—¿Qué hago? —pregunté—. Yo solo ayudo a la gente. La salvo del trato que recibirían por parte de los Pubyok. Usted aún conserva los dientes, ¿no? ¿Alguien le ha atado los nudillos con alambre, hasta que las puntas de los dedos se le han puesto moradas y se han muerto? Le he preguntado cómo es posible que lo quisiera. Usted era un marido de reemplazo. Ninguna mujer quiere realmente a un marido de reemplazo, en el fondo solo les importa su primera familia.

El comandante Ga empezó a hablar sobre el tema del amor, pero de pronto su voz sonaba como con interferencias. No oía nada de lo que me decía, pues se me había metido una idea en la cabeza, la idea de que a lo mejor mis padres habían tenido una familia anterior, que habían perdido a otros hijos antes de tenerme a mí, y que yo no era más que un reemplazo tardío e insignificante. Eso explicaría su avanzada edad y el hecho de que, cuando me miraban, pareciera que pensarán que faltaba algo. ¿Era posible que el miedo que veía en sus ojos no fuera otra cosa

que el temor insoportable a perderme también a mí, el miedo a saber que volver a experimentar esa pérdida les resultaría insoportable?

Cogí el trolebús subterráneo hasta el Archivo Central y encontré los expedientes de mis padres. Pasé toda la tarde leyéndolos y en ellos descubrí otro motivo por el que necesitábamos biografías de ciudadanos: los expedientes estaban plagados de fechas, sellos e imágenes granuladas, citas de informantes, e informes de bloques de viviendas, comités de fábrica, gremios de distrito, destacamentos de voluntarios y consejos del Partido, pero no contenían ninguna información real. Era imposible hacerse una idea de quiénes eran esos dos ancianos o de qué los había llevado de Manpo a la capital para trabajar en la línea de producción de la Fábrica Testimonio de la Grandeza de las Máquinas, liso sí, el único sello de la Maternidad de Pyongyang que constaba en el expediente era el de mi nacimiento.

Volví a la División 42 y me dirigí a la sala de los Pub yok para cambiar el cartel de **INTERROGADOR NÚMERO 6**, para que en lugar de «De servicio» dijera «Fuera de servicio». Q-Ki y Sarge se estaban riendo juntos, pero se callaron en cuanto entré. Y luego hablan de sexismo. Q-Ki no llevaba la bata y era imposible no fijarse en sus curvas mientras se reclinaba en una de las butacas de los Pub yok.

Sarge levantó la mano, vendada de hacía poco. Aunque tenía la cabeza cubierta de canas y le faltaba menos de un año para jubilarse, se había vuelto a romper la mano. Hablando con una vocecita, como si quien hablara en realidad fuera la mano, dijo:

—¿La jamba de la puerta me ha hecho daño? —preguntó la mano—. ¿O me quiere?

Q-Ki apenas logró reprimir una carcajada.

En lugar de manuales de interrogación, en las estanterías de los Pub yok había botellas de Ryoksong, e imaginé cómo se desarrollaría la noche: empezarían a acalorarse, entonarían unos cuantos cantos patrióticos en la máquina de karaoke, y pronto Q-Ki estaría borracha y jugando a ping-

pong con los Pubyok, que se reunirían a su alrededor para verle los pechos cada vez que se agachaba, rondando por su extremo de la mesa, agitando su pala de un rojo encendido.

—¿Le falta ya poco para borrar un nombre del tablón? —me preguntó Q-Ki.

En esta ocasión fue Sarge quien soltó una carcajada.

A esas alturas se me había hecho ya tarde para ir a prepararles la cena a mis padres. Además, los trenes habían dejado de funcionar, de modo que iba a tener que cruzar toda la ciudad a oscuras para poder acompañarlos al baño antes de que se acostaran. Eché un vistazo al tablón. Era la primera vez en semanas que comprobaba el trabajo pendiente y tenía once casos abiertos. Entre todos los Pubyok tenían uno: un tipo al que habían dejado en el sumidero hasta el día siguiente, para que se ablandara. Los Pubyok resolvían sus casos en cuarenta y cinco minutos, entonces arrastraban a los sujetos al taller y los ayudaban a sujetar el bolígrafo con el que firmaban la confesión momentos antes de morir. Sin embargo, al ver todos esos nombres me di cuenta de lo lejos que había llegado mi obsesión por Ga. Mi caso más antiguo era el de una enfermera militar de Panmunjom, acusada de flirtear con un oficial de la República de Corea a través de la zona desmilitarizada. Decían que lo saludaba con el meñique y que incluso le tiraba besos, con tanta energía que estos atravesaban volando los campos de minas. En realidad se trataba del caso más sencillo del tablón, y por eso lo había estado posponiendo. Según el tablón, la mujer se encontraba en una «Celda inferior» y me di cuenta de que la había dejado cinco días allí. Volví a cambiar el cartel a «De servicio» y me marché antes de que tuvieran tiempo de empezar otra vez a reírse.

La enfermera no olía demasiado bien cuando la saqué de la celda. La luz tuvo efectos devastadores sobre ella.

—Me alegro tanto de verlo —dijo con una mueca—. Estoy dispuesta a hablar. He estado pensando mucho y tengo muchas cosas que contarle.

Me la llevé a la unidad de interrogatorios y conecté el piloto automático para que se fuera calentando. Toda aquella situación era una pena, la verdad. Tenía su biografía ya medio terminada, seguramente me había llevado tres tardes. Y su confesión prácticamente se escribiría sola, pero la culpa de todo aquello no era suya: simplemente nos habíamos olvidado de ella.

Hice que se sentara en una de nuestras sillas azul claro.

—Estoy dispuesta a denunciar —declaró—. Hay muchos ciudadanos que me han intentado corromper. Tengo una lista, estoy dispuesta a darle todos los nombres.

Yo solo podía pensar en lo que pasaría si no acompañaba a mi padre al baño durante la siguiente hora. La enfermera llevaba una bata de hospital y le pasé las manos por el torso para asegurarme de que no llevaba objetos ni joyas que pudieran interferir con el piloto automático.

—¿Es eso lo que quiere? —preguntó.

—¿Cómo?

—Estoy dispuesta a corregir mi relación con mi país —dijo—. Estoy preparada para hacer lo que haga falta para demostrar que soy una buena ciudadana.

Se levantó la bata, que le quedó por encima de las caderas, y pude distinguir claramente la sombra oscura de su vello púbico. Era consciente de cómo estaba hecho el cuerpo de una mujer y también de sus funciones fundamentales, pero no me sentí al mando de la situación hasta que hube atado la enfermera al piloto automático y oí la vibración de los primeros sondeos. Siempre se produce ese jadeo involuntario inicial, esa tensión que se apodera de todo el cuerpo cuando el piloto automático administra sus primeras lengüetadas. La mirada de la enfermera se perdió en la distancia y yo le pasé la mano por el brazo y la clavícula: noté cómo la descarga la atravesaba, la electricidad penetró en mi cuerpo y se me erizó el vello del dorso de la mano.

Q-Ki se burlaba de mí con razón: las cosas se me habían ido de las

manos y aquí estaba nuestra enfermera, pagando por ello. Menos mal que por lo menos disponíamos del piloto automático. A mi llegada a la División 42, el método preferido para reformar a los ciudadanos corrompidos era la lobotomía. Leonardo y yo habíamos practicado muchas cuando éramos becarios. Los Pubyok agarraban al primer sujeto que encontraban y, con la excusa de la instrucción, nos encargábamos de media docena, uno tras otro. Lo único que necesitabas era un clavo de veinte centímetros. Obligabas al sujeto a tenderse en la mesa y te sentabas sobre su pecho. Leonardo, de pie, le sujetaba la cabeza y le mantenía los ojos abiertos con los pulgares. Con cuidado para no pincharle el ojo, introducías la aguja por encima del glóbulo ocular y maniobrabas hasta encontrar el hueso de la parte posterior de la cuenca. Entonces, con la palma de la mano, asestabas un buen golpe en la cabeza del clavo. Tras perforar la órbita, el clavo penetraba en el cerebro. A partir de ahí era todo muy sencillo: insertabas el clavo hasta el fondo, lo movías hacia la izquierda, lo movías hacia la derecha y repetías la operación con el otro ojo. Yo no era médico ni nada, pero me esforzaba porque mis gestos fueran lo más regulares y precisos posible, a diferencia de los bruscos Pubyok, cuyas manos rotas convertían en simiesco cualquier gesto delicado. Constaté que aplicar una luz potente era el método más humano, pues esta cegaba a los sujetos, que no veían nada de lo que sucedía.

Nos hablaron de la existencia de colectivos de lobotomizados, donde antiguos elementos subversivos se dedicaban ahora a trabajar afablemente en beneficio de todos. Pero la verdad resultó ser muy distinta. En una ocasión, cuando hacía solo un mes que llevaba la bata, fui con Sarge a interrogar a un guarda de uno de esos colectivos, y lo que descubrimos distaba mucho de un campamento de trabajos forzados modélico. Los internos se movían con gestos torpes y vacilantes. Si estaban labrando un campo, pasaban el rastrillo incontables veces por el mismo lugar, y rellenaban estúpidamente agujeros que acababan de

cavar. No les importaba si iban vestidos o desnudos, y se hacían las necesidades encima. Sarge no paraba de quejarse de lo que consideraba una muestra de indolencia por parte de los lobotomizados y su pereza colectiva. Las sirenas que llamaban al trabajo no significaban nada para ellos, dijo, y era imposible inculcarles el menor espíritu Juche.

—¡Pero si incluso los niños saben cómo labrar! —exclamó.

Pero lo más inolvidable eran las expresiones vacías de los lobotomizados: los bebés metidos en tarros que se exponen en el Museo de Glorias de la Ciencia tienen más vida. Aquel viaje me mostró que el sistema no funcionaba y me dije que un día contribuiría decisivamente a arreglarlo. Entonces un grupo de expertos que operaba desde un subterráneo inventó el piloto automático, y no desaproveché la oportunidad de ponerlo a prueba.

El piloto automático es un prodigio electrónico totalmente automatizado. No se trata de una descarga brutal de electricidad como las que administran los Pubyok con baterías de coche. El piloto automático funciona en combinación con el cerebro, calcula la actividad cerebral y responde a las ondas alfa. Todas las conciencias dejan su propia huella eléctrica, un guion que el algoritmo del piloto automático es capaz de leer. Piensen en ello como una conversación con la mente, un baile con la identidad. Sí, imaginen un lápiz y una goma de borrar bailando grácilmente sobre la página: la punta del lápiz estalla de expresividad (garabatos, formas y palabras) y llena la página, mientras la goma va midiendo, tomando nota y siguiendo los avances del lápiz, dejando solo un vacío a su paso. El siguiente estallido de garabatos es tal vez más intenso y desesperado, pero también más efímero, y la goma lo sigue una vez más. El yo y el Estado siguen desplazándose así, en fila india, cada vez más cerca el uno del otro, hasta que finalmente lápiz y goma prácticamente convergen, avanzan de forma coordinada: la línea desaparece casi al tiempo que se forma, las palabras se borran antes de que las letras tengan tiempo de surgir, hasta que finalmente solo hay

blanco. A menudo la electricidad provoca unas erecciones tremendas en los hombres, de modo que no estoy seguro de que la experiencia sea totalmente desagradable. Eché un vistazo a la butaca vacía que había junto a la enfermera: si quería ponerme al día, seguramente iba a tener que empezar a tratar a los sujetos de dos en dos.

Entonces me fijé de nuevo en la enfermera: estaba sumida ya en un ciclo profundo. Las convulsiones le habían vuelto a subir la bata, y dudé un instante antes de bajársela. Tenía ante mí su nido secreto. Me incliné e inspiré profundamente, me llené los pulmones con la crepitante fragancia a ozono que desprendía su cuerpo. Entonces le aflojé las correas y apagué la luz.

Cuando el comandante Ga llegó al lugar del Texas artificial, flotaba en el ambiente una bruma matinal. La recreación estaba situada en un entorno montañoso y cubierto de árboles, de modo que las torres de vigilancia y las rampas de los misiles tierra-aire no se podían ver. Se encontraban al sur de Pyongyang, y si bien el río Taedong no se veía, su olor llegaba con cada aliento, verde e inflamado. Recientemente había llovido a causa de un monzón temprano procedente el mar Amarillo, y con el barro y los sauces empapados, el lugar recordaba cualquier cosa menos el desierto de Texas.

Aparcó el Mustang y bajó del coche. No había ni rastro del séquito del Querido Líder. Solamente encontró a Camarada Buc, sentado a una mesa de picnic y junto a una caja de cartón. Buc hizo un gesto para que se acercara y Ga se dio cuenta de que en los listones de la mesa había iniciales grabadas en inglés.

—Está todo pensado hasta el último detalle —le comentó a Buc.

—Tengo una sorpresa para usted —anunció este; señaló la caja de cartón.

El comandante Ga se fijó en la caja y de repente tuvo la sensación de que dentro habría un objeto que en su día había pertenecido al verdadero comandante Ga. No sabía si se trataba de una chaqueta o un sombrero, ni de cómo había terminado en manos de Buc, simplemente estaba convencido de que lo que había ahí dentro había pertenecido a su predecesor y que en cuanto abriera la caja y entrara en contacto con la cosa en sí, en cuanto la tocara y la aceptara, el verdadero comandante Ga tendría poder sobre él.

—Ábrala usted mismo —le dijo a Buc.

Camarada Buc metió la mano dentro y sacó unas botas de vaquero. Ga las cogió y las examinó desde todos los ángulos: eran exactamente las mismas botas que se había probado en Texas.

—¿De dónde las ha sacado? —le preguntó a Buc.

Este no respondió, pero esbozó una sonrisa de orgullo ante el hecho de que fuera capaz de encontrar cualquier artículo en cualquier parte del mundo, estuviera donde estuviera, y traerlo hasta Pyongyang.

Ga se quitó los zapatos de vestir que, ahora se daba cuenta de ello, en realidad habían pertenecido a su predecesor. Le iban por lo menos dos números demasiado grandes. Cuando metió los pies en las botas, le encajaron a la perfección. Buc cogió uno de los zapatos de vestir del comandante Ga y lo estudió atentamente.

—Con los zapatos se ponía imposible —dijo Buc—. Nos mandó conseguirselos en Japón, nada menos. «Tienen que ser de Japón.»

—¿Qué hacemos con ellos?

—Son unos zapatos muy elegantes. Seguro que sacamos un buen pellizco en el mercado nocturno —declaró Buc, y los arrojó al barro.

Juntos, los dos hombres empezaron a dar vueltas por el lugar, comprobando que todo estuviera en su sitio para la inspección del Querido Líder. La diligencia japonesa daba bastante el pego, y había

cañas de pescar y guadañas para dar y tomar. Cerca del banco de tiro había una jaula de bambú que contenía un amasijo oscuro de serpientes venenosas.

—¿Usted tiene la sensación de estar en Texas? —le preguntó Camarada Buc.

El comandante Ga se encogió de hombros.

—El Querido Líder no ha estado nunca en Texas —dijo—. Pensará que se parece a Texas y eso es lo único que importa.

—Pero eso no es lo que le he preguntado —insistió Buc.

Ga levantó la mirada para comprobar si iba a llover. Por la mañana había caído un chaparrón que había oscurecido todo lo que había al otro lado de las ventanas, de modo que cuando Sun Moon se había vuelto hacia su lado de la cama la luz era aún escasa.

—Necesito saber si se ha ido para siempre —dijo—. Mi marido ha desaparecido un montón de veces, pero luego, días o semanas más tarde, ha vuelto a reaparecer de maneras que te sorprenderían, solo para ponerte a prueba. Si ahora volviera y se enterara de lo que estamos planeando... Es que ni te lo imaginas —afirmó, y entonces hizo una pausa—. Cuando le hace daño a la gente, daño de verdad —añadió—, no les saca fotos.

Sun Moon tenía la mano encima de su pecho. Él le acarició el hombro y notó el calor de las sábanas sobre su piel.

—Confía en mí —la tranquilizó—. No volverás a verlo nunca más.

Le pasó la mano por el costado y notó el tacto de su piel bajo la yema de sus dedos.

—No —dijo ella, y se apartó—. Dime que está muerto. Desde que hemos decidido tirar adelante el plan, ahora que lo estamos arriesgando todo, no logro quitarme de encima la sensación de que va a volver.

—Está muerto, te lo prometo —le aseguró.

Pero en realidad no era tan sencillo. Y no lo era porque en la mina todo había sido oscuridad y caos. Había asfixiado al comandante Ga con una llave de tijera invertida que había mantenido los segundos de rigor y unos

cuantos más. Cuando Mongnan había acudido a buscarlo y lo había encontrado, le había dicho que se vistiera con el uniforme de Ga. Él lo había hecho mientras ella le contaba qué debía decirle al alcaide. Pero cuando le había dicho que le aplastara la cabeza con una roca, se había negado. En lugar de eso, había echado el cuerpo en un pozo, pero había resultado que no era nada profundo. Habían oído cómo el cuerpo se desplomaba durante un breve instante antes de detenerse, y ahora, con la semilla de la duda que Sun Moon había plantado en su pecho, también él tenía la sensación de que solo había estado a punto de matar al verdadero comandante Ga, que este estaba escondido en algún lugar, recuperándose, recobrando las energías, y cuando volviera a ser el de siempre, regresaría a por él.

Ga se acercó al corral.

—Este es el único Texas que tenemos —le dijo a Buc, y a continuación trepó por los barrotes y se sentó en lo alto de la verja. Dentro del corral había un solitario buey de agua. Cayeron cuatro gotas gruesas, pero no tuvieron continuidad.

Camarada Buc estaba ocupado intentando prender el fuego de la pira, pero de momento solo había logrado que echara humo. Desde su posición en lo alto del corral, Ga vio las anguilas que boqueaban en la superficie del vivero de pesca y oyó el aleteo de una bandera texana, pintada a mano sobre seda coreana. El rancho le recordaba lo suficiente a Texas como para que le viniera el doctor Song a la mente. Sin embargo, en cuanto pensó en lo que le había pasado al doctor Song, el lugar dejó de parecerse a América. Resultaba duro pensar que el viejo había desaparecido. Ga aún lo veía sentado en la oscuridad, bajo la luna de la noche texana, sujetando el sombrero al viento. La voz del doctor Song en el hangar para aviones: «Ha sido un viaje fascinante. Absolutamente irrepetible».

Camarada Buc echó más fuel al fuego, del que se elevó una columna negra de humo.

—Ya verá cuando el Querido Líder traiga a los americanos hasta aquí

—dijo Buc—. Si el Querido Líder está contento, todo el mundo está contento.

—A propósito —comentó Ga—. ¿No cree que su trabajo aquí ha terminado?

—¿Cómo? —se sorprendió Buc—. ¿A qué se refiere?

—Diría que ya ha conseguido traer todo lo que se necesitaba. ¿No sería mejor que se centrara en el siguiente proyecto y se olvidara de todo esto?

—¿Está molesto por algo? —le preguntó Camarada Buc.

—¿Y si luego resulta que el Querido Líder no está contento? ¿Y si algo sale mal y termina estando muy descontento? ¿Se ha planteado esa posibilidad?

—Por eso estamos aquí —dijo Buc—. Para impedir que eso suceda.

—Pues fíjese en el doctor Song: lo hizo todo bien y ya ve lo que hicieron con él.

Buc apartó la mirada y Ga se dio cuenta de que no quería hablar sobre su viejo amigo.

—Piense en su familia, Buc —le dijo Ga—. Debería poner algo de distancia entre usted y todo esto.

—Pero usted aún me necesita —protestó Buc—. Y yo lo necesito a usted.

Buc se acercó al foso de la hoguera y cogió el hierro de marcar del Querido Líder, que apenas había empezado a calentarse. Lo levantó con las dos manos y lo sostuvo en alto para que Ga le echara un vistazo. En el hierro, con las letras invertidas y escrito en inglés, ponía: **PROPIEDAD DE LA REPÚBLICA POPULAR DEMOCRÁTICA DE COREA.**

Las letras eran grandes y el hierro medía casi un metro de largo. Cuando estuviera candente, la marca cubriría prácticamente todo el costado de un animal.

—Los de la fundición han necesitado una semana para terminarlo —dijo Buc.

—¿Y?

Buc le dirigió una mirada impaciente.

—¿Cómo que «y»? Yo no hablo inglés. Necesito que me diga si lo hemos escrito bien.

El comandante Ga leyó detenidamente las letras invertidas.

—Sí, está bien —declaró.

A continuación se coló entre los barrotes del corral y se acercó al buey, que llevaba una cuerda atada al aro de la nariz. Ga le dio berros de un cubo y le pasó la mano por el nudo negro que tenía entre los cuernos.

Camarada Buc se acercó, aunque el recelo con el que miró a aquel voluminoso animal permitía adivinar que no lo habían reclutado nunca a la fuerza para que fuera a echar una mano con la recolección.

—¿Recuerda lo que le conté sobre cómo derroté a Ga en una mina de la prisión?

Buc asintió.

—Estaba desnudo en el suelo y parecía francamente muerto. Una amiga me dijo que le aplastara el cráneo con una piedra.

—Muy lista, su amiga —observó Buc.

—Pero no pude hacerlo. Y ahora no logro dejar de pensar que, en fin...

—¿Que el comandante Ga aún está vivo? No, imposible. Si estuviera vivo lo sabríamos, ya se nos habría echado encima.

—Sé que está muerto —admitió Ga—. Pero, aun así, tengo la sensación de que va a suceder algo malo.

—Hay algo que no me está contando, ¿verdad? —preguntó Buc.

—Solo intento ayudarlo —le aseguró Ga.

—Está tramando algo, lo sé —dijo Buc—. ¿De qué se trata?

—No tramo nada —respondió Ga—. Da igual, olvide lo que he dicho.

Pero Buc lo detuvo.

—Me lo tiene que contar —insistió—. Cuando vino el cuervo, les abrí nuestra casa, los incluí en nuestro plan. No le he dicho nada a nadie sobre su verdadera identidad. Le di mis melocotones. Si va a pasar algo, me lo tiene que decir.

Ga no dijo nada.

—Como ha dicho usted mismo, tengo familia. ¿Qué será de ellos? —preguntó Buc—. ¿Cómo voy a protegerlos si no me lo cuenta?

El comandante Ga echó un vistazo al rancho, las pistolas, las jarras de gaseosa y las cestas con regalos.

—Cuando los aviones americanos se marchen, nosotros nos iremos con ellos, Sun Moon, los niños y yo.

Camarada Buc dio un respingo.

—No, no, no —exclamó—. ¡Eso no hay que contárselo nunca a nadie, jamás! ¿Acaso no lo sabe? Eso no se cuenta. Nunca. Ni a los amigos, ni a la familia, y menos aún a mí. Va a lograr que nos maten a todos. Si me interrogan, sabrán que lo sabía. Eso suponiendo que logre su objetivo. ¿Sabe el ascenso que me concederían si lo delatara? —Buc levantó las manos hacia el cielo—. Eso no se cuenta. No lo cuenta nadie. Jamás.

El comandante Ga acarició el cuello negro del buey y le dio dos palmadas. Su pelaje grasiento desprendía vapor.

—Es posible que el hierro de marcar lo mate, ¿es consciente de ello? Dudo que eso impresione demasiado a los americanos...

Camarada Buc empezó a alinear las cañas de pescar encima del tronco de un árbol. Le temblaban las manos. Cuando ya las tenía todas ordenadas, se le enganchó un sedal y volvieron a caer todas al suelo. Se volvió hacia Ga como si fuera culpa suya.

—Pero usted no, usted es de los que lo cuentan —dijo, y sacudió la cabeza—. Por eso es distinto. Por lo que sea, para usted las reglas son diferentes. Por eso a lo mejor lo consigue.

—¿Lo cree de verdad?

—¿El plan es sencillo?

—Diría que sí.

—No me cuente nada más, no lo quiero saber. —Se oyó un trueno y Buc levantó la mirada para comprobar si la lluvia era inminente—. Dígame solo una cosa: ¿es amor lo que siente por ella?

—Amor.

Era una palabra un poco exagerada.

—Si le pasara algo, ¿querría marcharse sin ella? —preguntó Buc.

¿Cómo era posible que no se hubiera planteado una cuestión tan sencilla? Notaba aún la mano firme de Sun Moon sobre su tatuaje, la noche anterior, y recordaba cómo lo había dejado llorar en la cama, junto a ella. Ni siquiera había apagado el farol para no tener que ser testigo de su vulnerabilidad.

Se había limitado a observarlo con mirada de preocupación, hasta que el sueño había podido más que ellos.

Ga negó con la cabeza.

Aparecieron unos faros en la distancia. Buc y Ga se volvieron y vieron un coche negro que avanzaba por entre las roderas embarradas de la carretera. Aquello no era el séquito del Querido Líder. Cuando el vehículo estuvo más cerca, constataron que aún llevaba los limpiaparabrisas conectados, señal que venía de donde la tormenta.

Buc se volvió hacia Ga para estar cerca el uno del otro y, hablando con tono urgente, le dijo:

—Le contaré lo que sé sobre cómo funciona este mundo. Si usted y Sun Moon huyen juntos con los niños, es posible que lo consigan; es posible. —Empezaron a caer las primeras gotas. El buey agachó la cabeza—. En cambio, si Sun Moon y los niños logran subir al avión, pero usted está junto al Querido Líder, guiándolo, inventando excusas, dirigiendo su atención, entonces es probable que lo logren.

Aquí Camarada Buc dejó a un lado su sonrisa permanente y su mirada risueña; cuando su expresión se relajaba, era evidente que su estado natural era la seriedad.

—Eso, claro está, también significa que es seguro que quien pagará por todo esto será usted, y no ciudadanos obedientes como yo y mis hijos.

Una figura solitaria se acercaba hacia ellos. Era un militar, eso era evidente. Aunque cada vez llovía más fuerte, el tipo no hacía nada para

protegerse, y vieron cómo su uniforme se le iba calando a medida que se acercaba. Ga abrió los anteojos y echó un vistazo. Por algún motivo, no lograba distinguir el rostro del hombre, pero su uniforme era inconfundible: se trataba de un comandante.

Camarada Buc se fijó en la figura, que estaba cada vez más cerca.

—A la mierda —dijo, y se volvió hacia Ga—. ¿Sabe qué dijo el doctor Song de usted? Dijo que poseía un don, que podía contar una mentira diciendo la verdad.

—¿Y por qué me lo cuenta?

—Porque el doctor Song no tuvo ocasión de hacerlo —declaró Buc—. Y le voy a decir otra cosa: seguramente no conseguirá lo que se propone sin mí. Pero si no se marcha, si se queda aquí y carga con la culpa, lo ayudaré.

—¿Por qué?

—Porque el comandante Ga me hizo lo peor que me hayan hecho jamás, y luego se mudó a la casa de al lado. Y yo tuve que seguir trabajando en la misma planta que él. Tuve que agacharme ante él para comprobar su talla de zapatos antes de encargarlos en Japón. Y cada vez que cerraba los ojos lo veía abalanzarse sobre mí. Cuando me acostaba con mi mujer, sentía el peso de Ga sobre mí. Pero entonces apareció usted y se encargó de él. Desde su llegada, él ha desaparecido.

Camarada Buc se detuvo y se volvió. Ga hizo lo mismo.

En aquel preciso instante apareció entre la lluvia el horrible rostro del comandante Park.

—¿Se habían olvidado de mí? —preguntó Park.

—Ni mucho menos —respondió Ga, que se fijó en cómo las gotas de agua recorrían las heridas del rostro de Park y se preguntó si no habría servido de inspiración para el hombre desfigurado del guion del Querido Líder.

—Ha habido un cambio de planes —anunció el comandante Park—. Camarada Buc y yo nos quedaremos aquí a hacer inventario de la

situación —añadió, y entonces se volvió hacia Ga—. Usted recibirá instrucciones del Querido Líder en persona. Y a lo mejor posteriormente aún tendremos ocasión de reavivar nuestra amistad.

—Ah, veo que acaba de regresar de Texas —dijo el Querido Líder al ver las botas embarradas del comandante Ga—. ¿Qué le ha parecido el rancho? ¿Resulta convincente?

El Querido Líder se encontraba en un vestíbulo subterráneo blanco, ante dos puertas idénticas, intentando decidir cuál debía abrir. Cuando finalmente alargó la mano hacia una, se produjo un zumbido y Ga oyó cómo se abría una cerradura eléctrica.

—Ha sido muy extraño —declaró Ga—. Como entrar de pronto en el Lejano Oeste.

A Ga aún le dolían los oídos del velocísimo descenso en ascensor. Tenía el uniforme húmedo y el frío subterráneo le había calado en los huesos. No tenía forma de saber a cuánta profundidad se encontraban bajo el suelo de Pyongyang. Los fluorescentes le resultaban familiares, lo mismo que las paredes de cemento blanco, pero no podía saber si se trataba de la misma planta que la última vez.

—Por desgracia, es posible que no tenga ocasión de verlo —observó el Querido Líder.

Entraron en la sala, que estaba llena de regalos, condecoraciones, bandejas y placas, todo ello con un espacio en blanco donde se iban a grabar las inscripciones sobre plata y bronce de ley. El Querido Líder puso las manos sobre un cuerno de rinoceronte que formaba parte de un juego de sujetalibros.

—Mugabe no para de mandárnoslos —explicó—. Los americanos mearían Prozac si los sorprendiéramos con uno de estos. Pero he aquí la cuestión: ¿qué le regalas a alguien que hace un largo viaje para visitarte, pero que sabes no aceptará tu hospitalidad?

—Me temo que no le sigo —dijo Ga.

El Querido Líder pasó un dedo por la punta del cuerno de rinoceronte.

—Los americanos nos han informado de que al final no se tratará de una misión diplomática. «Será un simple intercambio», dicen, en el aeropuerto. Nos piden que acudamos con nuestra bella remera a la pista de aterrizaje y que, siempre y cuando llevemos también una carretilla elevadora, me devolverán lo que me robaron.

De repente Ga se sintió ofendido.

—Entonces, ¿no probarán nuestras galletas de maíz ni dispararán nuestras pistolas?

El Querido Líder dejó de sonreír y miró a Ga con tanta seriedad que alguien que no lo conociera habría dicho que estaba triste.

—Con esto me han robado algo mucho mayor.

—Pero ¿y qué pasa con el rancho texano? —insistió Ga—. Lo hemos construido completo.

—Desmanteladlo y trasladadlo al aeropuerto —ordenó el Querido Líder—. Instaladlo en un hangar donde tengamos acceso a él si decidimos que aún nos puede servir de algo.

—¿Todo? ¿Las serpientes y las anguilas de río también?

—¿Tenéis anguilas de río? Ahora sí que siento no verlo.

Ga intentó imaginar lo que les costaría desmontar la chimenea o la fosa de marcar a fuego. De repente, el monstruoso hierro de marcar le parecía un instrumento hecho con amor, y le dolía imaginar que fuera a quedar olvidado en un solar de los Estudios Cinematográficos Centrales, con las mismas probabilidades de volver a ver la luz que aquella bandera texana de seda pintada a mano.

—¿Han dado alguna explicación, los americanos?

Los ojos del Querido Líder recorrían la sala, y Ga se dio cuenta de que estaba buscando algún regalo que pudiera igualar aquella humillación.

—Los americanos dicen que a partir de hoy mismo disponemos de dos días en los que ningún satélite espía japonés sobrevolará la zona. Los americanos temen que los japoneses puedan ponerse furiosos si

descubren que... ¡Bah, que se jodan! —exclamó el Querido Líder—. ¿Acaso no saben que en mi país tienen que bailar al son que yo les toque? ¡¿No saben que en cuanto sus ruedas toquen nuestro suelo se deberán a mí y a mi inmenso sentido del deber?!

—Ya sé cuál tiene que ser el regalo —declaró el comandante Ga.

El Querido Líder le dirigió una mirada de suspicacia.

—Cuando nuestra delegación partió de Texas, nos encontramos con un par de sorpresas en el aeropuerto.

El Querido Líder no dijo nada.

—Había dos palés de los que se trasladan con una carretilla elevadora. El primero estaba lleno de comida.

—¿Un palé de comida? En el informe que yo leí no constaba nada de eso. Eso no lo confesó nadie.

—La comida no la había mandado el senador, sino su iglesia. Había bidones de harina, sacos de cien kilos de arroz y bolsas de arpillera con alubias, todo empaquetado en forma de cubo y envuelto en plástico.

—¿Comida? —preguntó el Querido Líder.

Ga asintió.

—¿Y qué más? —quiso saber.

—En el otro palé había biblias, miles de biblias, retractiladas.

—Biblias —repitió el Querido Líder.

—Muy pequeñas, con la portada de vinilo verde.

—¿Cómo es posible que hasta ahora no haya tenido noticia de nada de esto?

—Naturalmente no aceptamos ninguna de las dos cosas, las dejamos en la pista de aterrizaje.

—En la pista de aterrizaje... —repitió el Querido Líder.

—Pero eso no es todo —continuó el comandante Ga—. También nos ofrecieron un perro, un cachorro; nos lo entregó la mujer del senador en persona, un animal de cría propia.

—Ayuda alimenticia —dijo el Querido Líder, moviendo rápidamente

los ojos y pensando—, biblias y un perro.

—La comida ya está a punto —declaró Ga.

—¿Y las biblias?

Ga sonrió.

—Yo sé de un escritor cuyas reflexiones sobre la ópera deberían ser de lectura obligatoria en todas las naciones civilizadas. No tendría que costar demasiado conseguir mil ejemplares de su obra.

El Querido Líder asintió con la cabeza.

—Y en cuanto al perro, ¿cuál sería el equivalente coreano de animal de compañía? ¿Un tigre, tal vez? ¿Una serpiente enorme?

—¿Y por qué no les devolvemos otro perro? Podemos decirles que es el perro del senador y que se lo devolvemos porque es egoísta, gandul y materialista.

—Debemos encontrar el perro pulgoso más fiero y agresivo de todo el país. Tiene que haber probado la sangre de los babuinos del Zoológico Central y masticado los huesos de los prisioneros moribundos del Campamento 22.

El Querido Líder apartó la mirada y por un momento pareció como si estuviera no en un búnker, sino dentro de un avión, viendo cómo el senador tenía que soportar a un can rabioso durante las dieciséis horas que duraba el vuelo de regreso a Texas.

—Sé dónde encontrar ese perro —dijo el comandante Ga.

—Le rompiste la nariz a mi chófer, ¿lo sabías? —comentó el Querido Líder.

—Cuando le cicatrice será más fuerte —respondió Ga.

—Así habla un verdadero norcoreano —aprobó el Querido Líder—. Ven, comandante, te quiero enseñar algo.

Fueron hasta otra planta, hasta otra sala exactamente idéntica a la última. Ga comprendía que aquella uniformidad tenía como objetivo confundir a una hipotética fuerza invasora, pero ¿no tenía un efecto aún

peor sobre quienes tenían que soportarla a diario? En los pasillos, Ga percibió la presencia de los cuerpos especiales de seguridad, que se mantenían siempre ocultos, de modo que el Querido Líder parecía estar siempre a solas.

En la sala había un pupitre escolar con un monitor solitario en el que parpadeaba un cursor verde.

—He aquí la máquina que prometí enseñarte —dijo el Querido Líder—. ¿Estabas secretamente cabreado conmigo por haberte hecho esperar tanto?

—¿Es el ordenador central? —preguntó Ga.

—Sí —respondió el Querido Líder—. Antes teníamos una versión de mentira, que utilizábamos solo durante los interrogatorios. Ésta contiene la información vital de todos los ciudadanos del país: fecha de nacimiento y de fallecimiento, ubicación actual, familiares, etcétera. En cuanto se introduce el nombre de un ciudadano, una agencia especial lo recibe y envía un cuervo de inmediato.

El Querido Líder acompañó al comandante Ga hasta una silla. Ante él tenía solo la pantalla negra y el destello verde del cursor.

—¿De verdad que contiene el paradero de todo el mundo? —preguntó Ga.

—Cada hombre, mujer y niño —contestó el Querido Líder—. Basta con introducir un nombre en la pantalla para que lo reciban nuestros mejores hombres, que actúan con celeridad absoluta: localizan a la persona en cuestión y la transportan de inmediato. No hay nadie que esté fuera de su alcance.

El Querido Líder pulsó un botón y en la pantalla apareció un número: «22.604.301». Lo pulsó otra vez y el número cambió: «22.604.302».

—Contemple el milagro de la vida —dijo el Querido Líder—. ¿Sabía usted que tenemos un cincuenta y cuatro por ciento de mujeres? Antes de esta máquina no lo sabíamos. Al parecer la hambruna favorece a las chicas. En el Sur, en cambio, es al revés: disponen de una máquina capaz

de decir si un bebé será niño o niña, y se deshacen de las chicas. ¿Se imagina matar a una pobre niña cuando aún está en el vientre de la madre?

Ga no respondió: en la Prisión 33 mataban a todos los bebés. Cada tanto había un día dedicado a la interrupción de embarazos e inyectaban agua salina a todas las prisioneras embarazadas. Los guardas tenían una caja de madera con ruedecitas que movían a patadas de un lado a otro, en cuyo interior terminaban uno a uno todos los bebés a medida que iban saliendo, amoratados y parcialmente desarrollados, braceando como cachorros.

—Pero nosotros tendremos la última palabra —aseguró el Querido Líder—. Estamos desarrollando una nueva versión que incluirá también el nombre de todos los coreanos del Sur, para que nadie pueda escapar a nuestro control. Esto es la verdadera reunificación, ¿no crees?, colocar una mano paternal encima del hombro de cada coreano, ya sea del Norte o del Sur. Con buenos equipos de infiltración, será como si la zona desmilitarizada no existiera. Y ahora, en consonancia con el espíritu de la Corea reunificada, te hago un obsequio: escribe el nombre de cualquier persona que desees desenmascarar, cualquier persona cuyo caso no se haya abordado, y nos encargaremos de ella. Adelante, cualquier nombre. Tal vez alguien que te ofendió durante la Fatigosa Marcha o algún rival del orfanato.

A Ga le vino a la mente una larga procesión de personas cuyas ausencias se alineaban como muelles vacíos en su memoria. A lo largo de su vida había percibido la presencia de todas las personas que había perdido, para siempre o simplemente porque no tenía forma de acceder a ellas. Y ahí estaba, sentado ante una máquina que reunía los destinos de todos. Pero no conocía el nombre de sus padres, pues la única información que proporciona el nombre de un huérfano es justamente que es huérfano. Desde que Sun Moon había entrado en su vida, había dejado de preguntarse qué habría sido del oficial So y del segundo oficial y su

mujer. Normalmente habría introducido el nombre del capitán, pero ya no tenía necesidad de hacerlo. Por otro lado, los últimos nombres que habría escrito eran los de Mongnan y el doctor Song, pues quería que vivieran para siempre en su recuerdo. En realidad tan solo había una persona cuyo recuerdo lo perseguía, y de quien deseaba conocer tanto el destino como el paradero. El comandante Ga puso los dedos sobre el teclado y escribió: «comandante Ga Chol Chun».

Al ver lo que hacía, el Querido Líder se puso como una fiera.

—¡Ni hablar! —exclamó—. ¡Esa sí que no me la esperaba! Sabes lo que hace esta máquina, comprendes el destino que aguarda a estos nombres, ¿verdad? Es buena, muy buena, pero no te lo puedo permitir. — El Querido Líder pulsó la tecla de borrar y negó con la cabeza—. Va y escribe su nombre.

Ya verás cuando se lo cuente a todos a la hora de la cena. ¡Ya verás cuando se enteren de que el comandante ha introducido **su** propio nombre en el ordenador central!

El cursor verde parpadeaba ante Ga como un destello lejano en la oscuridad.

El Querido Líder le dio una palmada en el hombro.

—Ven —le dijo—. Tengo que pedirte una última cosa. Necesito que me ayudes a traducir algo.

Llegaron a la celda de la remera y el Querido Líder se detuvo ante la puerta. Se apoyó en la pared y dio unos golpecitos en el cemento con la llave.

—No quiero dejarla marcharse —declaró.

Pero, naturalmente, ya se había alcanzado un acuerdo: los americanos se presentarían al cabo de unos días y si rompía un trato como aquel no se lo perdonarían jamás. Pero Ga no mencionó nada de eso y solo dijo:

—Entiendo perfectamente cómo se siente.

—Cuando hablo con ella no tiene ni idea de lo que le estoy diciendo —

explicó el Querido Líder—. Pero no pasa nada. Es de naturaleza curiosa, se nota. Hace ya un año que la visito. Siempre he necesitado a alguien así, alguien a quien se lo pueda contar todo. Me gusta pensar que disfruta de mis visitas. Con el tiempo le he ido cogiendo cariño. Hacerla sonreír no es nada fácil, pero cuando finalmente logras arrancarle una sonrisa, se nota que es auténtica.

El Querido Líder le dirigió una mirada perspicaz, con los ojos entornados, como si intentara ignorar el hecho de que al final iba a tener que renunciar a ella. Su rostro tenía la misma expresión con la que escrutas el agua acumulada al fondo de la balsa, porque sabes que fijarte en cualquier otra cosa (la playa, la cinta adhesiva que llevas en la mano o el rostro glacial del oficial So) equivale a admitir que estás atrapado y que pronto te verás obligado a hacer lo que más detestas.

—He estado leyendo sobre un síndrome —dijo el Querido Líder—. Cuando afecta a una mujer cautiva, ese síndrome hace que empiece a simpatizar con su captor y a menudo se traduce en amor. ¿Has oído hablar de ello?

La idea le parecía absurda, imposible. ¿Cómo iba alguien a cambiar sus lealtades y ponerse del lado de su opresor? ¿Quién podía simpatizar con el malvado que te había arrebatado la vida?

Ga negó con la cabeza.

—Pues el síndrome existe, te lo aseguro. El problema es que dicen que a veces tarda años en surtir efecto, y al parecer no disponemos de tanto tiempo —dijo, y se volvió hacia la pared—. Cuando has dicho que entiendes cómo me siento, ¿te referías a eso?

—Sí —respondió Ga—. A eso me refiero.

El Querido Líder estudió de cerca las muescas de la llave que llevaba en la mano.

—Supongo que sí —asintió—. Tú tienes a Sun Moon. Antes yo solía confiarme a ella. Sí, se lo contaba todo. Pero eso fue hace años, antes de que llegaras tú y me la quitaras —añadió. Entonces miró a Ga y negó con

la cabeza—. No me puedo creer que sigas vivo; no me puedo creer que aún no te haya puesto en manos de los Puyo. Dime, ¿dónde voy a encontrar a otra remera? ¿Una chica alta y guapa y que sepa escuchar? ¿Una chica con un corazón sincero y, al mismo tiempo, capaz de sacarle la sangre a su amiga con sus propias manos? —Metió la llave en el cerrojo—. Aunque no entienda las palabras que le digo, estoy seguro de que entiende el significado. Además, no necesita las palabras: todos sus sentimientos se reflejan directamente en su cara. A Sun Moon también le pasaba. Sun Moon era exactamente así —declaró, e hizo girar la llave.

Dentro, la remera estaba concentrada, estudiando. Tenía una alta pila de libretas de notas y transcribía en silencio la versión inglesa de *El vigoroso celo del espíritu revolucionario*, de Kim Jong-il.

El Querido Líder se apoyó en el marco de la puerta abierta, admirándola desde la distancia.

—Ha leído todas y cada una de las palabras que he escrito —dijo—. Esa es la forma más auténtica de conocer el corazón de otra persona. ¿Te imaginas, Ga, que el síndrome fuera real y una americana se enamorara de mí? ¿No sería la victoria definitiva? Una chica americana, guapa y fornida. ¿No sería la sentencia definitiva?

Ga se arrodilló junto a ella y le acercó la lámpara por encima de la mesa, para verla mejor. Tenía la piel tan blanca que parecía translúcida. Cada vez que respiraba, el aire cargado de humedad le provocaba un estertor en los pulmones.

—Pregúntale si sabe qué es un *choson-ot* —le dijo el Querido Líder—. Lo dudo mucho, la verdad; hace un año que no ve a otra mujer. Apuesto a que la última que vio fue la que mató con sus propias manos.

Ga logró que lo mirara fijamente.

—¿Quieres irte a casa? —le preguntó.

Ella asintió.

—¡Magnífico! —exclamó el Querido Líder—. Así pues, sabe qué es un

choson-ot. Dile que mandaré a alguien para que la vista con uno.

— *Lo que te voy a decir ahora es muy importante —le dijo Ga—. Los americanos van a intentar rescatarte. Pero necesito que escribas lo que te dictaré en la libreta: Wanda, acepta...*

—Dile también que recibirá su primer baño —lo interrumpió el Querido Líder—. Y asegúrale que mandaremos a una mujer para que la ayude a bañarse.

— *Escribe exactamente esto —siguió diciendo Ga—. Wanda, acepta la ayuda alimenticia, el perro y los libros.*

Mientras ella escribía, Ga se volvió hacia el Querido Líder, iluminado desde atrás por las luces del pasillo.

—A lo mejor debería dejarla salir y llevarla al balneario del Hotel Koryo, a que le den un masaje. Seguramente algo así le haría ilusión.

—Es una gran idea —convino Ga, que se volvió hacia la chica y, hablando en voz baja, dijo—: *Y ahora añade: invitados ocultos llevarán portátil valioso.*

—A lo mejor tendría que mimarla un poco —caviló en voz alta el Querido Líder, mirando el techo—. Pregúntale si quiere algo, lo que sea.

— *En cuanto nos marchemos, destruye el papel —le ordenó Ga—. Confía en mí, voy a lograr devolverte a casa. Mientras tanto, ¿necesitas algo?*

—*Jabón* —dijo ella.

—Jabón —tradujo Ga al Querido Líder.

—¿Jabón?—preguntó el Querido Líder—, ¿Pero no le acabas de contar que le van a dar un baño?

—*Jabón no, otra cosa* —le dijo Ga a la chica.

— *¿Otra cosa?* —preguntó ella—. *Pues pasta de dientes. Y un cepillo.*

—Se refiere al jabón que se usa para lavarse los dientes —explicó Ga—. Ya sabe, pasta de dientes. Y un cepillo.

El Querido Líder miró a la chica y luego miró a Ga. Entonces lo señaló apuntándolo con la llave de la celda.

—Uno le acaba cogiendo cariño, ¿verdad? —preguntó el Querido Líder—. ¿Cómo voy a renunciar a ella? Dime, ¿qué crees que harían los americanos si vinieran hasta aquí, me devolvieran lo que es mío, los humilláramos y los obligáramos a marcharse solo con unos sacos de arroz y un perro rabioso?

—Creía que ese era el plan.

—Sí, era el plan. Pero mis asesores, que son como ratones en una fábrica de municiones, creen que ofender a los americanos no es una buena idea. Dicen que tengo que contenerme, y que ahora que saben que la remera está viva, no se rendirán hasta conseguirla.

—La chica es suya —declaró Ga—. Ese es el único hecho innegable. La gente tiene que comprender que si se queda, se va, o termina convertida en cenizas en la División 42, depende solo de lo que usted decida. Si los americanos no reciben una lección sobre este punto, lo que le pase a la chica es irrelevante.

—Cierto, cierto —admitió el Querido Líder—. Excepto que no la quiero soltar. ¿Se te ocurre alguna forma de retenerla?

—Si la chica pudiera reunirse con el senador y decirle en persona que desea quedarse, a lo mejor nos ahorraríamos un incidente.

Pero el Querido Líder negó con la cabeza ante aquella sugerencia tan desacertada.

—Ojalá tuviera otra remera —dijo—. Si nuestra pequeña asesina no se hubiera cargado a su amiga, ahora podría mandar de vuelta a la que me gustara menos —añadió, y soltó una carcajada—. Porque es lo único que necesito, ¿no? Tener a dos chicas malas en mis manos —observó, y la señaló con un dedo—. *Chica mala, chica mala* —le dijo, riéndose—. *Muy, muy mala.*

El comandante Ga se sacó la cámara del bolsillo.

—Si la van a lavar y le van a poner un *choson-ot*, necesitaré una foto de «antes» —dijo. Entonces se acercó a ella y se puso en cuclillas para sacarle una foto—. Y a lo mejor también una en plena acción —añadió—,

para que quede constancia de que nuestra invitada se ha documentado y ha estado atesorando los conocimientos de nuestro glorioso líder Kim Jong-il. —Entonces le hizo un gesto de cabeza a la chica—. *Ahora levanta la libreta.*

El comandante Ga estaba mirando por el visor para asegurarse de que todo quedaba perfectamente encuadrado (la mujer con su libreta y la nota a Wanda, todo tenía que estar enfocado) cuando de repente se dio cuenta de que el Querido Líder se acuclillaba junto a ella y se le acercaba para salir en la foto, mientras la cogía por el hombro. Ga observó la extraña y peligrosa imagen que tenía ante él y decidió que estaba bien que las cámaras fueran ilegales.

—Dile que sonría —dijo el Querido Líder.

—¿*Puedes sonreír?* —le preguntó Ga.

La chica sonrió.

—La verdad —observó Ga, con el dedo en el disparador— es que con el tiempo todo el mundo se termina yendo.

Escuchar aquellas palabras justamente de los labios del comandante Ga hizo que el Querido Líder esbozara una sonrisa burlona.

—Vaya si es cierto —respondió este.

—*A ver esa sonrisa* —dijo Ga, en inglés.

Y el Querido Líder y su querida remera parpadearon juntos por el flash de la cámara.

—Quiero copias de esas fotos —declaró el Querido Líder, mientras se ponía en pie con gran esfuerzo.

Me había quedado hasta tarde en la División 42. Me sentía débil, como si me faltara algún tipo de nutriente, como si mi cuerpo estuviera falto de

algún alimento al que no tenía acceso. Me vinieron a la mente los perros del Zoológico Central, que vivían exclusivamente a base de repollo y *tomates* pasados. ¿Habrían olvidado el sabor de la carne? Tenía la sensación de que había algo, un alimento que no había probado jamás. Respiré profundamente, pero no percibí ningún aroma nuevo en el aire: tallos de cebolla asados, cacahuets hervidos, cazos de mijo, una cena en Pyongyang. No podía hacer nada más que irme a casa.

Estaban desviando gran parte de la electricidad de Pyongyang a los secadores industriales de arroz del sur de la ciudad y el metro no funcionaba. La cola para coger el autobús exprés de Kwangbok tenía tres bloques de longitud. Eché a andar, pero no había avanzado ni dos calles cuando oí las cornetas y supe que había cometido un error: el ministro de Movilización de Masas y sus cuadros recorrían el distrito para reclutar a cualquier ciudadano que tuviera la mala fortuna de encontrarse en la calle. La mera visión de su insignia amarilla me provocaba náuseas. No podías correr: si sospechaban siquiera que intentabas evitar que se te llevaran para participar como «voluntario» en la cosecha, te caía un mes de trabajos forzados y sesiones de autocrítica en una Granja de Redención. Era, eso sí, el tipo de tarea de la que una insignia de los Pubyok podía salvarte. Sin ella, pronto me vi en la trasera de un camión de la basura que nos llevaba al campo, a recoger arroz durante dieciséis horas.

Nos dirigimos al noreste bajo la luz de la luna, hacia los montes de Myohyang, cuya silueta se recortaba contra el cielo, en un camión de la basura lleno de capitalinos vestidos con ropa de trabajo. El conductor encendía los faros cada vez que creía que había algo en la carretera, pero allí no había nada, ni personas, ni coches, tan solo autopistas vacías, flanqueadas a ambos lados por trampas antitanque y enormes excavadoras chinas con sus brazos de color naranja congelados medio extendidos, abandonadas junto a las acequias por falta de piezas de recambio.

En la oscuridad, encontramos un pueblo de campesinos a orillas del río Chongchon, y los capitalinos bajamos del camión para dormir al aire libre. Yo me cubrí con la bata y utilicé el maletín como almohada. Parecía como si las estrellas del firmamento estuvieran ahí exclusivamente para mi deleite, y aquella situación supuso un agradable cambio después de tanto tiempo durmiendo bajo la tierra y las cabras. Durante cinco años había utilizado la insignia para evitar los destacamentos agrícolas, de modo que ya no recordaba el ruido que hacen los grillos y las ranas en verano, ni la neblina maloliente que se eleva de los arrozales. Oí a unos niños jugando en la oscuridad, y los sonidos de un hombre y una mujer que debían de estar manteniendo relaciones sexuales. Aquella noche dormí mejor de lo que había dormido en años.

No nos dieron desayuno y antes de que saliera el sol yo ya tenía las palmas de las manos cubiertas de ampollas. Durante varias horas no hice nada más que abrir presas y canales de riego. No tenía ni idea de por qué drenábamos un campo para inundar otro, pero pronto el amanecer proyectó su implacable luz sobre los campesinos de la provincia de Chagang. Iban todos vestidos con ropa de vinalón barata y mal hecha, no tenían más que sandalias negras y estaban todos delgados como palillos, con los dientes casi translúcidos hasta las encías negras. A todas las mujeres vagamente atractivas se las llevaban a la capital. Pronto se hizo evidente que mis aptitudes como recolector de arroz no eran nada prometedoras, de modo que me pusieron a vaciar orinales y a rastrillar su contenido entre las hileras de vainas de arroz. A continuación me puse a cavar surcos por todo el pueblo, que me dijeron que resultarían muy útiles cuando llegaran las lluvias. Una mujer demasiado anciana para trabajar me observaba mientras cavaba. Fumaba cigarrillos de factura propia, envueltos con vainas de arroz, y no paraba de contarme historias, pero le faltaban tantos dientes que yo no entendía nada de lo que me decía.

Por la tarde, a una mujer de la ciudad la mordió una serpiente enorme,

larga como un hombre. Le pusieron una cataplasma en la herida. Intenté acallar sus gritos acariciándole el pelo, pero la mordedura de la serpiente debía de haberle hecho algo, pues empezó a golpearme e intentó quitárseme de encima. A esas alturas, un grupo de campesinos habían cogido ya la violenta serpiente, que se retorció y se debatía, negra como las aguas fecales en las que se había ocultado. Unos querían quitarle la hiel, y otros extraerle el veneno para hacer licor. Consultaron con la anciana y esta les indicó que la soltaran. Vi cómo la serpiente se alejaba nadando a través de un arrozal ya recolectado. Las aguas poco profundas eran oscuras y, al mismo tiempo, reflejaban la luz del sol. La serpiente tomó su camino, lejos de todos nosotros, y tuve la sensación de que había otra serpiente negra en el agua, esperando a que esta gruesa nadadora regresara junto a ella.

No llegué a casa hasta la medianoche. La llave giró en el cerrojo, pero la puerta no se abrió, como si estuviera atrancada por dentro. La aporreé con el puño.

—Madre —dije—. Padre, soy yo, vuestro hijo. Le pasa algo a la puerta. Tenéis que abrir.

Estuve un rato tratando de que me abrieran, y finalmente apoyé el hombro en la madera y empujé, aunque no demasiado. Si me cargaba la puerta, en el edificio dirían de todo. Finalmente me quité la bata y la dejé en el suelo del pasillo. Intenté pensar en el sonido de los grillos y en los niños que

jugaban en la oscuridad, pero al cerrar los ojos solo me venía a la mente el cemento frío. Me acordé de los campesinos de cuerpo fibroso y de su forma abrupta de hablar, y me dije que, más allá de morir de hambre, no debía de haber nada más en el mundo que los preocupara.

En la oscuridad oí un sonido: pip. Era el móvil rojo.

Cuando lo encontré, la luz verde parpadeaba. En la pantallita había una fotografía nueva: un niño y una niña coreanos, medio aturdidos, medio

sonrientes, ante un cielo azul. Llevaban unas gorras negras con orejas, parecían ratones.

Cuando desperté por la mañana, la puerta estaba abierta. Dentro, mi madre cocinaba avena y mi padre estaba sentado a la mesa.

—¿Quién anda ahí? —preguntó mi padre—. ¿Hay alguien?

Vi que una de las sillas tenía una marca brillante en el respaldo, donde se había apoyado contra el pomo de la puerta.

—Soy yo, padre, tu hijo.

—Menos mal que has vuelto —dijo—. Estábamos preocupados por ti.

Mi madre no dijo nada.

Encima de la mesa estaban los expedientes de mis padres. Los había estado estudiando toda la semana, pero ahora estaban todos desordenados.

—Ayer por la noche intenté entrar pero la puerta estaba atrancada —declaré—. ¿No me oísteis?

—Yo no oí nada —aseguró mi padre—. Esposa —dijo entonces, hablando al aire—, ¿tú oíste algo?

—No —respondió ella desde los fogones—. Nada de nada.

Ordené los expedientes.

—Pues supongo que también os habréis vuelto sordos —observé.

Mi madre se acercó a la mesa con dos cuencos de avena, arrastrando lentamente los pies para no tropezar en la oscuridad.

—¿Pero por qué estaba atrancada la puerta? —pregunté—. No me tendréis miedo, ¿verdad?

—¿Miedo? ¿A ti? —dijo mi madre.

—¿Por qué íbamos a tenerte miedo? —quiso saber mi padre.

—El altavoz dijo que la Marina americana está llevando a cabo ejercicios militares cerca de la costa —explicó mi madre.

—No puede uno descuidarse —añadió mi padre—. Con los americanos hay que tomar precauciones.

Soplaron la avena y empezaron a comer a cucharaditas.

—¿Cómo es posible que cocines tan bien sin ver? —le pregunté a mi madre.

—Noto el calor que desprende la sartén —contestó—. Y a medida que la comida se cuece, va cambiando de olor.

—¿Y qué me dices del cuchillo?

—Utilizar el cuchillo es fácil —aseguró—. Lo guío con los nudillos. Lo difícil es remover la comida; siempre se me cae algo.

En el expediente de mi madre había una foto de ella de joven. Era una belleza, tal vez por eso la habían trasladado del campo a la capital, aunque el expediente no explicaba por qué la habían castigado a trabajar en una fábrica en lugar de convertirse en cantante o actriz. Arrugué los expedientes para que lo oyeran.

—Había unos papeles encima de la mesa —dijo mi padre con voz nerviosa.

—Se cayeron al suelo —añadió mi madre—. Pero los recogimos.

—Fue un accidente —aseguró mi padre.

—Son cosas que pasan —dije yo.

—Esos papeles... —empezó a decir mi madre—. ¿Tienen que ver con tu trabajo?

—Sí —intervino mi padre—, ¿forman parte de un caso en el que estás trabajando?

—Solo son material de investigación —respondí.

—Tienen que ser importantes para que los trajeras a casa —comentó mi padre—. ¿Hay alguien que se ha metido en problemas? ¿Tal vez alguien a quien conocemos?

—¿De qué va todo esto? —pregunté yo—. ¿Es por la señora Kwok? ¿Aún estáis enfadados conmigo por eso? No quería delatarla, pero se dedicaba a robar el carbón del horno. En invierno todos pasábamos más frío por culpa de su egoísmo.

—No te enfades —dijo mi madre—. Solo nos preocupamos por los pobres ciudadanos de tus expedientes.

—¿Pobres? —pregunté—. ¿Por qué pobres?

Ninguno de los dos dijo nada. Me volví hacia la cocina y vi la lata de melocotones encima del estante más alto. Tuve la sensación de que alguien la había movido un poco, que a lo mejor mi dúo de ciegos la había inspeccionado, pero no estaba seguro de en qué dirección la había dejado yo.

Lentamente, le pasé a mi madre su expediente por delante de los ojos, pero ella no hizo ningún intento de seguirlo con la mirada. Entonces la abaniqué, el aire le acarició el rostro y ella reaccionó con sorpresa. Mi madre dio un respingo, espantada, y contuvo el aliento.

—¿Qué tienes? —preguntó mi padre—, ¿Qué ha pasado?

Ella no dijo nada.

—¿Tú me ves, madre? —le pregunté—. Si me ves es importante que me lo digas.

Se volvió hacia mí, aunque tenía la mirada desenfocada.

—¿Que si te veo? —preguntó—. Te veo como te vi la primera vez, fugazmente, en la oscuridad.

—Ahórrame los acertijos —la advertí—. Necesito saberlo.

—Llegaste por la noche —dijo—. Estuve todo el día de parto y cuando cayó la oscuridad no teníamos velas. Naciste a tientas, en las manos de tu padre.

Mi padre levantó las manos, llenas de cicatrices de los telares mecánicos.

—Estas manos —declaró.

—Así eran las cosas en el año de Juche 62 —añadió mi madre—. Y así era la vida en el dormitorio de la fábrica. Tu padre fue encendiendo una cerilla tras otra.

—Una tras otra, hasta que se terminaron —dijo mi padre.

—Toqué cada parte de tu cuerpo, primero para asegurarme de que todo estaba donde debía y luego para conocerte. Eras tan nuevo, tan inocente...

Podrías haber terminado siendo cualquier cosa. Pasó un buen rato, hasta la primera luz del alba, antes de que pudiéramos ver lo que habíamos creado.

—¿Había otros niños? —pregunté yo—. ¿Había más familias?

Pero mi madre ignoró la pregunta.

—Los ojos ya no nos funcionan, esa es la respuesta a tu pregunta —dijo—. Pero lo mismo que en su día, no necesitamos los ojos para ver en qué te has convertido.

El domingo, el comandante Ga fue a pasear con Sun Moon por el Sendero Joseon de la Relajación, que seguía el río hasta la Terminal Central de Autobuses. En aquel lugar público, se dijeron, no los iba a escuchar nadie. Había ancianos tendidos en la hierba, leyendo ejemplares de la novela *Todo por su país*. El comandante Ga percibió el olor a tinta de las imprentas del *Rodong Sinmun*, que, según decían los rumores, imprimían el domingo los periódicos de toda la semana. Cada vez que Ga veía algún pilluelo con cara de hambriento oculto entre los matorrales, le lanzaba unas monedas. Los hijos de Sun Moon parecían no percatarse siquiera de los huérfanos que se ocultaban a su paso; estaban demasiado ocupados comiendo helado de sabores y paseando entre los sauces, cuyas ramas, a aquellas alturas tardías de verano, colgaban tan bajas que barrían el camino de grava.

El comandante Ga y Sun Moon habían estado hablando con abstracciones y vaguedades sobre aquello tan concreto que habían puesto en marcha. Él quería ponerle un nombre a lo que estaban haciendo, llamarlo *escapar o desertar*. Quería detallar los pasos a seguir, memorizarlos y ensayar su ejecución en voz alta. Como si fuera un guion,

dijo. Deseaba oírle decir a Sun Moon que era consciente de que se exponían a lo peor, pero ella no quería hablar del asunto. En lugar de eso, Sun Moon hablaba del crujir de la gravilla bajo sus pies y de los gemidos de las dragas del río cuando hundían sus aguilonos bajo la superficie. Se detenía a oler una azalea, como si fuera la última, y mientras caminaba iba tejiendo brazaletes morados de glicinas. Llevaba un *choson-ot* de algodón blanco y la brisa marcaba los contornos de su cuerpo.

—Antes de que nos marchemos se lo quiero contar a los niños —le dijo el comandante Ga.

Tal vez porque le pareció absurda, aquella idea la empujó finalmente a hablar.

—¿Y qué les vas a contar? —le preguntó—. ¿Que mataste a su padre? No, crecerán en América pensando que su padre fue un gran héroe y que sus restos descansan en un país lejano.

—Pero lo tienen que saber —declaró, y a continuación guardó silencio mientras pasaba una brigada de madres de soldados, haciendo sonar sus latas para intimidar a los transeúntes y que ofrecieran donaciones Songun—. Los niños lo tienen que oír de mis labios —añadió—. La verdad, una explicación... Es importante que lo oigan. Es lo único que tengo para ofrecerles.

—Pero ya habrá tiempo —repuso Sun Moon—. Podemos tomar esa decisión más tarde, cuando estemos a salvo en América.

—No —insistió él—. Tiene que ser ahora.

El comandante Ga se volvió hacia los niños, que seguían la conversación aunque en realidad estaban demasiado lejos como para entender las palabras.

—¿Pasa algo? —preguntó Sun Moon—. ¿Crees que el Querido Líder sospecha algo?

Él negó con la cabeza.

—No, no creo —dijo él, aunque la pregunta lo hizo pensar en la chica que remaba en la oscuridad y en la posibilidad de que el Querido Líder se

negara a renunciar a ella.

Sun Moon se detuvo junto a un colector de agua de cemento y levantó la tapa de madera. Hundió un cazo y bebió, rodeando el recipiente plateado con las dos manos. El comandante Ga vio cómo un chorrito de agua le oscurecía la parte delantera del *choson-ot*. Intentó imaginarla con otro hombre. Si el Querido Líder no soltaba a su remera, el plan se iría al traste, los americanos se marcharían hechos un basilisco y al comandante Ga le pasaría algo horrible. En cuanto a Sun Moon, se convertiría una vez más en un trofeo para el marido de reemplazo que le encontraran. ¿Y qué pasaría si el Querido Líder tenía razón y, con los años, terminaba amando a aquel nuevo marido con un amor real, no con la promesa de un amor o con un amor potencial? ¿Podría el comandante Ga abandonar este mundo sabiendo que el corazón de Sun Moon estaba destinado a ser de otro?

Sun Moon volvió a hundir el cazo hasta el fondo de la tina, donde estaba el agua más fresca, y se lo ofreció para que bebiera. El agua tenía un sabor mineral, dulce. Ga se secó los labios.

—Dime —le dijo a Sun Moon—, ¿tú crees que es posible que una mujer se enamore de su captor?

Ella lo observó un instante. Ga se dio cuenta de que estaba considerando cómo debía responder.

—Es imposible, ¿verdad? —añadió—. Es una idea totalmente absurda, ¿no?

Por su mente pasó un desfile de todas las personas a las que había raptado: sus ojos abiertos de par en par, sus rostros desencajados, el blanco de los labios cuando les arrancaba la cinta adhesiva. Recordó aquellas uñas rojas de los dedos de los pies, preparándose para atacar.

—Quiero decir que lo único que pueden sentir por ti es desprecio porque se lo has arrebatado todo. Dime la verdad, dime que es imposible que exista un síndrome así.

—¿Un síndrome? —preguntó ella.

Ga se volvió hacia los niños, que estaban inmóviles a medio gesto. A

menudo jugaban a ver cuál de los dos era capaz de hacer la estatua de forma más convincente.

—El Querido Líder ha leído que existe un síndrome y cree que si tiene una mujer encarcelada durante el tiempo suficiente, esta terminará amándolo.

—¿Una mujer? —se sorprendió Sun Moon.

—Su identidad es irrelevante ahora —dijo él—. Lo único que importa es que es americana. Pronto vendrá una delegación de su país a buscarla y si el Querido Líder decide no entregarla, nuestro plan se irá al traste.

—¿Dices que la tiene cautiva? Pero... ¿dónde la tiene? ¿En una jaula, en una cárcel? ¿Y desde cuándo?

—Se encuentra en un búnker privado. La mujer estaba dando la vuelta al mundo pero tuvo un problema con su barca. La recogieron en alta mar y ahora el Querido Líder se ha enamorado de ella: la visita por la noche y le pone óperas compuestas en su honor. Su idea es retenerla hasta que la mujer sienta algo por él. ¿Habías oído alguna vez algo parecido? Dime que no es verdad.

Sun Moon se quedó callada un instante y entonces dijo:

—¿Y si una mujer tuviera que compartir cama con su captor?

Ga la miró y se preguntó adonde querría ir a parar.

—¿Y si dependiera totalmente de su captor? —siguió diciendo—. ¿Y si este controlara todas sus necesidades, la comida, los cigarrillos, la ropa, y pudiera complacerla o negárselo todo a voluntad?

Sun Moon lo miró como si esperara realmente una respuesta, pero Ga solo podía preguntarse si se estaría refiriendo a él o a su predecesor.

—¿Y si la mujer tuviera hijos con su captor?

Ga le cogió el cazo de las manos y sacó agua para los niños, pero estos estaban imitando a los portadores de los martillos y las hoces del friso del Monumento a la Fundación del Partido, y ni siquiera el calor del día iba a lograr que abandonaran sus personajes.

—Ese hombre se ha ido —afirmó Ga—. Quien está contigo ahora soy

yo. Y yo no soy tu captor, sino quien te va a liberar. Es muy fácil hablar de prisioneros, pero yo soy el que quiere oírte pronunciar la palabra *huir*. Y eso es lo que quiere la prisionera del Querido Líder. Puede que esté encerrada en una celda, pero tiene el corazón inquieto. Y si tiene una oportunidad, no la dejará escapar, créeme.

—Hablas de ella como si la conocieras —dijo Sun Moon.

—Es por algo que sucedió hace tiempo —respondió él—. Casi parece que fuera en otra vida. Yo trabajaba transcribiendo transmisiones de radio en alta mar. Escuchaba desde la puesta de sol hasta el amanecer y cada día, a medianoche, oía a la chica que remaba en la oscuridad. Ella y su amiga estaban dando la vuelta al mundo a remo, pero ella era la encargada de remar por la noche, sin un horizonte hacia el que dirigirse ni el sol que le permitiera medir su avance. Estaba eternamente unida a la otra remera y, al mismo tiempo, estaba totalmente sola. Ponía todo su empeño en avanzar porque era su deber, su cuerpo estaba entregado a los remos, pero cuando la oía hablar por la radio tenía la sensación de que nunca había oído a una mujer tan libre como ella.

Sun Moon ladeó la cabeza y reflexionó sobre aquellas palabras.

—Eternamente unida a otra persona —susurró—. Y al mismo tiempo totalmente sola —añadió, pensando en sí misma.

—¿Es así como quieres vivir? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Estás preparada para hablar del plan?

Sun Moon asintió.

—Vale —dijo él—. Pero recuerda que estar eternamente unida a otra persona y sola al mismo tiempo... puede ser algo bueno. Si por algún motivo terminamos separándonos, si no logramos salir juntos, podríamos seguir unidos a pesar de no estar juntos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella—. Aquí nadie estará solo, la cosa no irá así.

—Pero ¿y si algo sale mal? ¿Y si los tres lográis salir pero yo me tengo

que quedar aquí?

—No, no —protestó—. Eso no va a suceder. Te necesito, yo no hablo inglés. No sabré adónde ir, no sabré qué americanos son informantes y cuáles no. No podemos cruzar medio mundo solo con la ropa que llevamos puesta.

—Créeme: si algo saliera mal, antes o después me reuniría contigo. De una forma u otra lo conseguiría. Además, no estarías sola. La mujer del senador te ayudaría hasta que yo llegara.

—Pero yo no quiero a la mujer de no sé quién —replicó ella—. Te necesito a ti. Eres tú quien tiene que estar a mi lado. Creo que no te haces a la idea de cómo ha sido mi vida, de la de cosas que me han prometido y que luego no han ocurrido.

—Te seguiré, tienes que confiar en mí —aseguró Ga—. En cuanto hayas logrado salir sana y salva, yo iré tras de ti. He estado doce veces en Corea del Sur, nueve en Japón, dos en Rusia y he visto el sol salir y ponerse en Texas. Te seguiré.

—No, no, no —dijo ella—. Eso no me lo puedes hacer. No puedes desaparecer y dejarme sola. Nos iremos juntos, tu misión es conseguir que sea así. ¿Es la película *Casablanca* lo que te confunde? —preguntó, subiendo el tono de voz—. No puedes quedarte aquí en plan mártir, en plan Rick. Rick fracasó, su misión era... —Se interrumpió antes de alterarse en exceso y le dedicó su voluptuosa sonrisa de actriz—. No me puedes dejar. Soy tu cautiva —declaró—. ¿De qué sirve una cautiva sin su captor? ¿No tendremos que pasar mucho tiempo juntos para demostrar de una vez por todas que el síndrome del Querido Líder existe realmente?

Ga percibió en su voz que mentía: estaba actuando, se daba cuenta de ello. Pero percibió la desesperación y la vulnerabilidad que traslucían sus palabras, y la quiso aún más por ello.

—Por supuesto que me marcharé contigo —la tranquilizó Ga—. Siempre estaré a tu lado.

Y entonces vino el beso. Empezó con Sun Moon ladeando la cabeza, sus

ojos miraron un instante los labios de Ga, su mano se posó sobre su clavícula y se quedó ahí, y entonces se inclinó hacia él con el gesto más lento del mundo. Él reconoció el beso: era de *¡Arriba el estandarte!*, el que le daba al pusilánime guarda fronterizo surcoreano para distraerlo, mientras su grupo de guerrilleros cortaba la electricidad de la torre de vigilancia y así empezaba la liberación de Corea del Sur de las manos de los opresores capitalistas. Había soñado con aquel beso y ahora era suyo.

Sun Moon acercó los labios a su oído.

—Huyamos —susurró.

¡Ciudadanos! Abrid las ventanas y mirad hacia el cielo, pues un cuervo planea sobre Pyongyang, crispando el pico ante cada posible amenaza contra la población patriótica que sobrevuela. Escuchad el batir de sus alas negras, estremeceos ante su agudo graznido. Observad a este rey del aire descendiendo a los patios de las escuelas para olisquear a los niños en busca de rastros de cobardía, y luego ved cómo se lanza, con las garras extendidas, para calibrar la lealtad de las palomas que adornan la estatua de Kim Il-sung. Fijaos en cómo nuestro cuervo, el único animal con una vista lo bastante afilada como para atisbar la virginidad, vuela en círculo sobre una Tropa de Jóvenes Juche y asentid con gesto de aprobación mientras la ilustre ave realiza una inspección aérea de su pureza reproductiva.

Pero, en realidad, lo que este cuervo tiene en mente es América. No busca ladrones de castañas, ni escudriña las ventanas de los bloques de viviendas para intentar hallar pistas reveladoras de la cría ilegal de perros. No, ciudadanos, los americanos han aceptado la invitación del Querido Líder para visitar Pyongyang, la capital más gloriosa del mundo. Por ello, las alas negras que proyectan su protectora sombra sobre los campos de Arirang están atentas al menor rastro de simpatizantes capitalistas. Un único traidor bastaría para desilusionar a un país entero, un país tan puro que no conoce la codicia materialista ni los ataques furtivos y otros crímenes de guerra. Afortunadamente, ciudadanos, ningún otro animal proyecta su ojo benevolente sobre el pueblo coreano como el cuervo. El cuervo no permitirá que el nuestro se convierta en un país donde la gente le pone nombre a los perros, oprime a los demás a causa del color de su piel, o ingiere pastillas edulcoradas farmacológicamente para abortar y matar a sus bebés.

Pero ¿por qué, os preguntaréis, sobrevuela ese cuervo el Sendero Joseon

de la Relajación? ¿No es el lugar donde salen a pasear nuestros ciudadanos más elegantes, donde los jóvenes se reúnen para lavar los pies a los ancianos, y donde los días de calor las enfermeras de buen ver ofrecen sus pesados senos a los primorosos bebés *yangban* de Pyongyang? El cuervo de mirada penetrante está aquí, ciudadanos, porque ha visto a un hombre arrojando un objeto brillante entre los matorrales, donde los huérfanos se han peleado para embolsárselo. Lanzar monedas a los huérfanos no solo les arrebató el amor propio y el espíritu Juche, sino que también viola una de las normas elementales del buen ciudadano: «Practicar la autosuficiencia».

Al acercarse, el cuervo constató que aquel hombre hablaba con una mujer, a quien dirigía unos gestos que indicaban claramente que estaban haciendo planes. Y el mañana, ciudadanos, es asunto del Estado. El mañana es cosa de vuestros líderes, debéis dejar el porvenir en sus manos. Así pues, aquel hombre había violado otra regla del buen ciudadano: «Abstenerse del futuro». Fue entonces cuando el cuervo reconoció en el infractor al comandante Ga, un hombre que recientemente había faltado a todas las reglas del buen ciudadano: «Entrégate Eternamente a Nuestros Gloriosos Líderes», «Valora las Críticas», «Obedece las Políticas Songun», «Comprométete con la Educación Infantil Colectiva» y «Realiza Regularmente Prácticas de Martirio».

Fue entonces cuando, hechizado ante tanta belleza, el cuervo estuvo a punto de caerse del cielo al constatar que la mujer que hablaba con ese detestable ciudadano era ni más ni menos que Sun Moon. Encogiendo las alas y lanzándose en caída libre, el pájaro se precipitó entre ese dúo tan dispar. El cuervo llevaba un mensaje en el pico, y cuando el comandante Ga se agachó para cogerlo, el pájaro se elevó de un salto («¡era!») y golpeó la cara de Ga con el ala. A continuación el ave se volvió hacia Sun Moon, que se dio cuenta de que la nota iba dirigida a ella. Cuando la cogió, vio que en el trozo de papel había solo el nombre de nuestro

Querido Líder, Kim Jong-il.

De repente apareció un Mercedes negro y un hombre con la nariz entablillada descendió rápidamente para abrirle la puerta a Sun Moon. Se dirigía a visitar al Gran General que la había descubierto, que había escrito todas sus películas y que había pasado numerosas noches en vela, orientándola acerca de la mejor forma de interpretar las victorias de nuestra nación sobre la adversidad. Gran líder, diplomático, estratega, táctico, atleta, cineasta, escritor y poeta: Kim Jong-il era todo eso, sí, pero también un amigo.

Mientras el coche avanzaba por las calles de Pyongyang, Sun Moon apoyó la cabeza en la ventanilla y contempló con mirada triste los rayos dorados de sol que se filtraban a través del aire cargado de polvo de mijo alrededor del Almacén Central de Racionamiento. Al pasar ante el Teatro Infantil, donde de niña había aprendido a tocar el acordeón, el arte del titiritero y la gimnasia de masas, pareció que estaba a punto de echarse a llorar. «¿Qué habrá sido de mis viejos maestros?», parecían preguntar sus ojos, que se le llenaron de lágrimas al ver las caprichosas agujas de la pista de hielo, uno de los pocos lugares a los que su madre, siempre recelosa de los ataques furtivos americanos, osaba llevarla. En aquellos días, cualquiera que estuviera en la pista de hielo no podía por menos que aclamar a la joven Sun Moon, que agitaba sus brazos de niña con cada salto, la deslumbrante felicidad de su rostro visible a través de los cristales de hielo que levantaban sus cuchillas. ¡Pobre Sun Moon! Era casi como si supiera que nunca más volvería a ver aquellos lugares, como si tuviera una premonición de lo que aquellos salvajes y despiadados americanos le tenían preparado. ¿Qué mujer no habría llorado en el Bulevar de la Reunificación al pensar que nunca más vería una calle tan limpia y una cola de racionamiento tan bien formada, que intuyera que jamás oiría los penachos carmesí agitarse por millares, en una ristra de banderas rojas que ensalzaban cada una de las palabras del gran discurso que Kim Il-sung había pronunciado del Dieciocho de Octubre de Juche

Sun Moon fue llevada ante el Querido Líder, en una sala diseñada para que los americanos se relajaran. La tenue luz de las lámparas, los espejos oscuros y las mesas de madera recordaban un *speakeasy*, un establecimiento que frecuentan los americanos para evadirse de la represión de su Gobierno. Tras las robustas puertas de los *speakeasy*, los americanos tienen libertad para abusar del alcohol, fornicar y emplear la violencia unos con otros.

El Querido Líder se había puesto un delantal encima de su elegante mono, y llevaba también una visera verde en la frente y un trapo colgando del hombro. Salió de detrás de la barra con los brazos extendidos.

—¡Sun Moon! —exclamó—. ¿Qué puedo servirte?

Se fundieron en un abrazo entusiasta, cargado de camaradería socialista.

—No lo sé —declaró ella.

—Se supone que tienes que decir: «Lo de siempre» —le indicó él.

—Pues lo de siempre —dijo Sun Moon.

El Querido Líder le sirvió un modesto traguito de coñac norcoreano, célebre por sus propiedades medicinales. Entonces la estudió desde más cerca y percibió la tristeza que reflejaban sus ojos.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó—. Cuéntamelo y yo te daré un final feliz.

—No pasa nada —dijo ella—. Solo estoy ensayando para mi nuevo papel.

—Pero si tu próxima película es alegre —le recordó él—. El personaje de tu indisciplinado marido lo sustituye otro sumamente eficiente, y pronto todos los ganaderos ven incrementadas sus cuotas. No, hay algo más que te preocupa. ¿Se trata de un asunto del corazón?

—En mi corazón solo hay lugar para la República Popular Democrática de Corea —respondió ella.

El Querido Líder sonrió.

—Esa es mi Sun Moon —aprobó—. Esa es la chica que tanto echo de menos. Ven, tengo un regalo para ti.

De detrás de la barra, el Querido Líder sacó un instrumento musical americano.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Se llama *gui... tarra*. Se utiliza para tocar música rural americana. Se ve que es muy popular, sobre todo en Texas —le explicó—. Es también el instrumento preferido para tocar *blues*, una estilo de música americano que habla de la tristeza que provocan las decisiones equivocadas.

Sun Moon rasgó con sus delicados dedos las cuerdas de la guitarra, que produjo un gemido apagado, como si alguien hubiera envuelto un sonoro *gayageum* en una manta y le hubiera echado un cubo de agua por encima.

—Los americanos tienen muchos motivos para la tristeza —convino, pulsando otra cuerda—. Pero yo no puedo tocar una canción con esto.

—Pues tienes que hacerlo —replicó el Querido Líder—. Por favor, toca algo para mí.

Sun Moon rasgueó las cuerdas.

—Lamento que mi corazón —cantó—... no sea tan grande como el amor...

—Así me gusta —dijo él.

—... que siento por la nación más democrática... —añadió—... la República Popular Democrática de Corea.

—Muy bien —aplaudió el Querido Líder—. Ahora otra vez, pero sin tanto trino. Canta con el calor de tu sangre.

Sun Moon colocó la guitarra encima de la barra, que es como se tocan los instrumentos de cuerda, e intentó puntear las cuerdas para arrancarle notas distintas.

—Los yanquis están felices —cantó mientras rasgueaba enérgicamente el instrumento—. Los yanquis están tristes.

El Querido Líder llevaba el ritmo con el puño sobre la barra.

—Nuestra nación no lo entiende —entonó Sun Moon—. Solo conoce la satisfacción.

Se rieron juntos.

—Cómo echo de menos esto —declaró él—, ¿Recuerdas cuando hablábamos sobre guiones de película hasta entrada la madrugada? ¿Cuando profesábamos el amor hacia nuestro país y abrazábamos la reunificación?

—Sí —dijo ella—. Pero todo eso cambió.

—¿Seguro? Durante un tiempo —confesó el Querido Líder— pensé que si a tu marido le pasaba algo durante una de sus peligrosas misiones, a lo mejor podríamos volver a ser amigos. Naturalmente tu marido sigue vivo y tu matrimonio está mejor que nunca, no tengo duda de ello. Pero si a tu marido le pasara algo, si se perdiera en el transcurso de una de sus heroicas misiones en nuestro país, ¿tendría motivos para pensar que se produciría un acercamiento entre nosotros, que volveríamos a quedarnos despiertos hasta altas horas, debatiendo ideas Juche y Songun?

Ella apartó la mano de la guitarra.

—¿Va a pasarle algo a mi marido? ¿Es eso lo que me estás intentando decir? ¿Vas a asignarle una misión peligrosa?

—No, no, no pienses en eso —replicó el Querido Líder—. No hay nada más alejado de la realidad. Desde luego, nunca se sabe con certeza: el mundo es ciertamente un lugar peligroso y solo los oficiales de alto rango conocen el futuro.

—Tu paternal sabiduría siempre tuvo la virtud de aplacar mis temores de mujer —reconoció Sun Moon.

—Es uno de mis talentos —respondió gloriosamente el Benéfico Líder Kim Jong-il—. Tomo nota, eso sí —añadió—, de que lo llamas *marido*.

—No sé de qué otra manera podría llamarlo.

El Querido Líder asintió con la cabeza.

—Pero no has respondido a mi pregunta.

Sun Moon se cruzó de brazos y se volvió de espaldas a la barra. Caminó

dos pasos y a continuación dio media vuelta.

—También yo echo de menos nuestras conversaciones intempestivas —admitió—, pero esos días ya han pasado.

—Pero ¿por qué? —preguntó el Querido Líder—. ¿Por qué tienen que haber pasado?

—Porque he oído que tienes una nueva confidente, una nueva joven pupila.

—Ya veo que alguien ha estado hablando contigo y compartiendo determinada información.

—Cuando a una ciudadana le asignan un marido de reemplazo, es su deber compartir determinadas cosas con él.

—¿Y lo has hecho? —preguntó el Querido Líder—. ¿Has estado *compartiendo* con él?

—Solo los oficiales de alto rango conocen el futuro —respondió ella, y sonrió.

El Querido Líder asintió en silencio, con gesto comprensivo.

—¿Y quién es esa nueva pupila? —preguntó Sun Moon—. ¿Sabe apreciar tu sutileza y tu sentido del humor?

El Querido Líder se inclinó ligeramente hacia delante, contento de poder volver a hablar con ella.

—Es muy distinta a ti, no cabe duda. No posee ni tu belleza, ni tu encanto, ni tu gracia al hablar.

Sun Moon fingió sorpresa.

—¿No tiene gracia al hablar?

—Búrlate si quieres —dijo él—. Ya sabes que solo habla inglés. No es Sun Moon, es cierto, pero no subestimes a mi americana. No pienses que mi remera no posee también sus cualidades especiales, su energía oscura.

Ahora fue Sun Moon quien se inclinó hacia delante, de modo que los dos quedaron muy cerca, encima de la barra.

—Respóndeme una pregunta, Queridísimo Líder —dijo ella—. Y, por favor, habla desde el corazón. ¿Es capaz una americana consentida de

comprender las complejas ideas que surgen de una mente privilegiada como la tuya? ¿Puede esta chica criada en el país de la corrupción y la codicia percibir la pureza de tu sabiduría? ¿Es digna de ti, o habría que mandarla a su casa para que una mujer de verdad pudiera ocupar su lugar?

El Querido Líder metió la mano detrás de la barra y le entregó a Sun Moon una pastilla de jabón, un peine y un *choson-ot* que parecía hecho de oro puro.

—Eso lo tienes que responder tú —contestó.

Ciudadanos, observad la hospitalidad que nuestro Querido Líder dispensa a todos los habitantes del mundo, incluso a una súbdita de los despóticos Estados Unidos. ¿Acaso el Querido Líder no asigna a la mejor mujer del país para consolar y apoyar a la díscola americana? ¿Y no es cierto que Sun Moon encuentra a la remera acomodada en una habitación preciosa, limpia, blanca y bien iluminada, con una ventana que da a una encantadora pradera norcoreana, donde brincan los caballos pintos? Esta historia no transcurre ni en la sombría China, ni en la sucia Corea del Sur, o sea que no imaginéis una celda de prisión con las paredes renegridas por los faroles y charcos de agua oxidada en el suelo. Al contrario, fijaos en la gran bañera blanca con patas de león llena de las aguas reconstituyentes del río Taedong.

Sun Moon se le acercó. Aunque la remera era joven, tenía la piel cuarteada a causa del sol y el mar. Aun así, se mantenía fuerte de espíritu: tal vez el año que había pasado en nuestro país había dotado su vida de convicciones y objetivos nuevos. Y, desde luego, le había brindado a la americana la única etapa de castidad que había conocido en su vida. Sun Moon la ayudó a desnudarse y le sujetó las prendas de vestir a medida que se las iba quitando. La chica tenía los hombros anchos y fuertes, y se le marcaban los tendones del cuello. Presentaba una cicatriz pequeña, circular, en el bíceps. Cuando Sun Moon la tocó, la remera soltó

una retahíla de palabras que Sun Moon no comprendió. Sin embargo, por el rostro de la remera cruzó una mirada que dio a entender a Sun Moon que la marca simbolizaba algo bueno, si es que eso es posible tratándose de una herida.

La americana se reclinó en el agua, y Sun Moon se sentó en el extremo de la bañera y empezó a mojar el pelo liso y oscuro de la remera con un cazo de agua. Tenía las puntas del pelo en mal estado y había que cortarlas, pero Sun Moon no tenía tijeras. Así pues, le masajeó el cuero cabelludo con jabón hasta que salió espuma.

—Así pues, eres una mujer resistente y solitaria, una superviviente —observó Sun Moon, mientras le aclaraba el pelo, se lo enjabonaba de nuevo y se lo volvía a aclarar—. La chica que ha atraído la atención de todos los hombres. Eres una luchadora, ¿verdad? Una experta de la soledad. Debes de creer que en nuestro pequeño país de abundancia no conocemos la adversidad. A lo mejor piensas que soy una muñeca en un estante, en una sala de *yangbans*; que mi vida consistirá en una dieta a base de camarones y melocotones hasta que me retire a las playas de Wonsan.

Sun Moon se acercó al otro extremo de la bañera, donde empezó a lavar los pies toscos y los largos dedos de la remera.

—Mi abuela era una mujer de gran belleza —siguió diciendo Sun Moon—. Durante la ocupación, la eligieron para que se convirtiera en la mujer de solaz del emperador Taisho, el decadente predecesor de Hirohito. El dictador era un hombre bajito y empalagoso, con gafas gruesas. Mi abuela estaba confinada en una fortaleza junto al mar que el emperador visitaba cada fin de semana. La asaltaba violentamente delante de la ventana salediza, desde donde, al mismo tiempo, podía controlar su flota con unos prismáticos. El muy miserable tenía tal deseo de controlarla que insistía en que se mostrara siempre feliz.

Sun Moon enjabonó los tobillos huesudos y las pantorrillas atrofiadas de la remera.

—Mi abuela intentó tirarse por la ventana y el emperador le regaló una balsa de remos en forma de cisne para animarla.

Luego le compró un caballito mecánico que daba vueltas a un palo sobre una pista metálica. Cuando mi abuela intentó arrojarle sobre el afilado arrecife del océano, un tiburón salió de entre las aguas y le dijo: «Aguanta. Yo tengo que descender cada día a las profundidades marinas para comer; algo habrá que puedas hacer para sobrevivir». Cuando quiso poner el cuello en el engranaje del caballito mecánico, un pinzón se posó junto a ella y le imploró que siguiera viviendo. «Yo tengo que volar por todo el mundo para encontrar mis semillitas; algo habrá que puedas hacer para sobrevivir.» De vuelta a su habitación, mi abuela aguardó a la llegada del emperador con la vista clavada en la pared. Entonces se fijó en el cemento que unía las piedras de la pared y se dijo: «Sí, puedo aguantar un poco más». El Querido Líder convirtió su historia en un guion para mí, o sea que sé qué sintió mi abuela. He probado el sabor de sus palabras y he esperado junto a ella la inevitable llegada del dictador japonés.

Sun Moon le indicó a la remera que se levantara y le lavó el cuerpo entero, como si fuera una niña gigante, su piel reluciente sobre el agua sucia.

—Y en cuanto a las decisiones que mi madre se vio obligada a tomar, ni siquiera puedo hablar de ellas. Si estoy sola en este mundo, separada de todos mis hermanos, es precisamente a causa de esas decisiones.

La remera tenía pecas en los brazos y en la espalda. Hasta aquel día, Sun Moon no había visto nunca pecas. De hecho, solo un mes antes las habría considerado un defecto que estropeaba una piel por lo demás lisa. Ahora, en cambio, le hicieron ver que, más allá de aspirar a tener la piel como la porcelana de Pyongyang, en el mundo existían también otros tipos de belleza.

—A lo mejor la adversidad ha pasado de largo de mi generación —le dijo Sun Moon—. Tal vez sea cierto que no conozco el verdadero

sufrimiento, que no he metido la cabeza en ningún engranaje, ni remado a oscuras alrededor del mundo. A lo mejor la soledad y la tristeza no me pueden alcanzar.

Se quedaron en silencio mientras Sun Moon ayudaba a la remera a salir de la bañera, y tampoco dijeron nada mientras la actriz secaba con la toalla el cuerpo de la americana. El *choson-ot*, completamente dorado, era de un gusto exquisito. Sun Moon ajustó la tela, aquí y allá, hasta que el vestido encajó a la perfección. Finalmente, Sun Moon empezó a recoger el pelo de la remera en una única trenza.

—Pero sé que a mí también me llegará la hora de sufrir —declaró entonces—. Le llega a todo el mundo. A lo mejor está a la vuelta de la esquina. Me pregunto qué debéis de tener que soportar a diario en América, sin un Gobierno que os proteja, sin nadie que os diga qué hacer. ¿Es verdad que no os dan cartillas de racionamiento y que debéis encontrar la comida por vosotros mismos? ¿Es verdad que vuestro trabajo no tiene ningún objetivo más alto que el simple papel moneda? ¿Qué es California, el lugar de donde procedes? Nunca he visto ninguna fotografía de ese lugar. ¿Qué emiten los altavoces americanos? ¿A qué hora es vuestro toque de queda? ¿Qué se enseña en vuestros Centros de Educación Infantil Colectiva? ¿Adónde va una mujer con sus hijos las tardes de domingo? Y si pierde a su marido, ¿cómo sabe que el Gobierno le asignará un buen marido de reemplazo? ¿A quién acude para intentar que a su hijo le asignen el mejor líder de las Jóvenes Brigadas?

En ese momento, Sun Moon se dio cuenta de que estaba agarrando a la remera por las muñecas, y que sus preguntas se habían convertido en exigencias que la americana escuchaba con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo puede funcionar una sociedad sin un líder paternal? —imploró Sun Moon—. ¿Cómo sabe una ciudadana qué es mejor para ella sin una mano benevolente que la guíe? Aprender a abrirse paso a solas por un mundo así, ¿no es ya un acto de resistencia, de supervivencia?

La remera apartó las manos y señaló hacia una distancia inconcreta.

Sun Moon tuvo la sensación de que la mujer le pedía que terminara de contarle lo que le había sucedido a la mujer de solaz del emperador, su *kisaeng* privada.

—Mi abuela esperó hasta que fue mayor —dijo Sun Moon—. Esperó a regresar al pueblo y a que todos sus hijos fueran ya mayores y estuvieran casados. Y entonces desenvainó el cuchillo que escondía desde hacía tiempo y recuperó su honor.

No sabemos qué pasó por la mente de la americana, pero la fuerza de las palabras de Sun Moon la empujó a actuar. También la remera empezó a hablar con vehemencia, intentando hacer que Sun Moon comprendiera algo de vital importancia. La americana se acercó a una mesita en la que había una lámpara y numerosas libretas y le ofreció a Sun Moon una de las inspiradoras obras de Kim Jong-il, en un claro intento por guiarla hacia la única sabiduría capaz de aliviar las aflicciones de la actriz. La remera agitó el libro y soltó una retahíla de palabras, un galimatías imposible de descifrar para Sun Moon.

Ciudadanos, ¿qué estaba diciendo la pobre remera americana? No necesitamos un intérprete para comprender que la entristecía la perspectiva de abandonar Corea del Norte, que se había convertido en algo así como su segundo hogar. No es necesario un diccionario de inglés para percibir su angustia ante la idea de verse arrancada de un paraíso donde la comida, el alojamiento y la atención médica son gratuitos para todos. Ciudadanos, imaginad la tristeza que le producía tener que regresar a un país donde los médicos atormentan a las embarazadas con ecografías; su indignación al pensar que iban a mandarla de vuelta a un país asolado por el crimen, donde gran parte de la población languidece en la cárcel, duerme empapada en orín por la calle, o balbucea incoherencias sobre Dios desde los bancos de las megaiglesias, bruñidos por sus pantalones de chándal. Pensad en su sentimiento de culpa tras descubrir que, durante la guerra imperialista, los americanos, su propia gente, habían arrasado esta gran nación con sus ataques furtivos. Pero no

desesperes, remera: incluso esta pequeña muestra de compasión y generosidad norcoreanas bastará para guiarte a través de los días oscuros que aguardan tras tu retorno al atroz país del Tío Sam.

Al llegar a la División 42 estaba cansado. La noche anterior no había dormido bien. Mis sueños estaban plagados de serpientes oscuras, cuyos siseos sonaban como los campesinos a los que había oído mantener relaciones. Pero ¿por qué serpientes? ¿Por qué me perseguían, con sus ojos acusadores y sus colmillos retráctiles? Ninguno de los sujetos que había conectado al piloto automático me había visitado en sueños. Ahora, en mi pesadilla, el teléfono móvil del comandante Ga no paraba de recibir fotografías que mostraban a una esposa sonriente y unos hijos felices. ¡Pero en realidad se trataba de mi mujer y mis hijos, la familia que siempre pensé que debería haber tenido! Lo único que tenía que hacer era localizarlos y abrirme paso por entre las serpientes hasta ellos.

Pero ¿qué significaba mi pesadilla? No lograba comprenderlo. ¡Ojalá alguien pudiera escribir un libro que ayudara al ciudadano medio a desentrañar e interpretar los misterios de los sueños! Oficialmente, el Gobierno no tomaba partido en lo que sucedía mientras sus ciudadanos dormían, pero ¿acaso los sueños no contienen parte de quien los sueña? ¿Y qué sucedía con los largos sueños inducidos, con los ojos abiertos, que provocaba en los sujetos a los que conectaba en el piloto automático? He pasado horas observando a nuestros sujetos reducidos a ese estado: el vagar oceánico de su mirada, los balbuceos infantiles y esa forma de mover las manos a tientas, como si intentaran coger algo que no logran enfocar. Y luego están los orgasmos, que según los médicos son en realidad ataques. En cualquier caso, es evidente que esas personas

experimentan algo profundo. Al final, lo único que recuerdan es una cima nevada y la flor blanca que crece allí. ¿Vale la pena llegar a ese destino si luego no puedes recordar el camino? Yo creo que sí. ¿Vale la pena vivir una nueva vida si no puedes recordar la anterior? Mucho mejor así.

En el trabajo, descubrí a un par de tipos de Propaganda husmeando en la biblioteca, buscando una buena historia que pudiera inspirar a la gente, dijeron.

No tenía ninguna intención de permitir que volvieran a acercarse a nuestras biografías.

—No disponemos de ninguna buena historia —les dije.

Los tipos parecían dos pinceles, con sus dientes de oro y su colonia china.

—Cualquier historia nos viene bien —declaró uno de ellos—. Da lo mismo que sea buena o mala.

—Sí —añadió su secuaz—. La inspiración ya se la pondremos nosotros luego.

El año anterior nos habían birlado la biografía de una misionera que se había infiltrado desde el Sur con una mochila llena de biblias. Nos habían encargado la misión de descubrir a quién se las había entregado y si había más elementos como ella entre nosotros. Supongo que, aparte del comandante Ga, era la única persona a la que los Pubyok no habían logrado desmontar. Incluso cuando la conecté al piloto automático, la mujer conservó una sonrisa de lo más extraña en los labios. Llevaba unas gafas gruesas que le aumentaban aquellos ojos con los que escrutaba plácidamente la sala. Incluso cuando el piloto automático alcanzó el punto de intensidad máxima, la mujer tarareó una canción sobre Jesús y contempló la última sala que jamás iba a ver como si rebosara bondad, como si, a los ojos de Jesús, todos los lugares se hubieran creado iguales y ella constatará que era así y que eso era bueno.

Sin embargo, cuando los chicos de Propaganda terminaron de reescribir su historia, la mujer se había convertido en una monstruosa espía

capitalista cuya misión consistía en secuestrar a niños leales al Partido y llevárselos a trabajar como esclavos en una fábrica de biblias de Seúl. Mis padres se engancharon a la historia y me obligaron a escuchar el resumen del último episodio que habían difundido por los altavoces.

—Escriban sus propias historias triunfales sobre Corea del Norte —les espeté a los chicos de Propaganda.

—Pero necesitamos historias reales —repuso uno de ellos.

—No olvide que las historias no son tuyas —dijo el otro—. Pertenecen al pueblo.

—¿Qué les parecería si les tomara sus propias biografías? —les pregunté, y la amenaza implícita no se les pasó por alto.

—Volveremos —dijeron.

Asomé la cabeza en la sala de los Pubyok, pero no había nadie. La sala estaba llena de botellas vacías, lo que indicaba que habían vuelto a pasar la noche bebiendo hasta altas horas. En el suelo había un montón de pelo negro, largo. Me agaché y recogí un mechón, que brillaba como la seda. «Ay, Q-Ki», pensé. Lo olí intensamente, impregnándome de su fragancia. Entonces me fijé en el tablón y vi que los Pubyok habían eliminado todos mis casos, todos excepto el del comandante Ga. Toda esa gente y todas sus historias, perdidas.

Fue entonces cuando vi a Q-Ki en la puerta, observándome. Le habían cortado el pelo, efectivamente, y llevaba una camisa marrón de los Pubyok, pantalones militares y las botas negras del comandante Ga.

Dejé caer el mechón de cabello y me incorporé.

—Q-Ki —dije—. Me alegro de verla.

Ella no respondió.

—Veo que han cambiado muchas cosas desde que me reclutaron para ayudar en la cosecha.

—Estoy segura de que fue voluntariamente —observó la joven.

—Sí, desde luego —respondí yo, y entonces señalé el montón de pelo—. Solo estaba utilizando mis dotes de investigador.

—¿Y qué pretendía descubrir?

Se produjo un silencio incómodo.

—Lleva las botas del comandante Ga —dije—. Seguro que conseguirá un buen trato en el mercado nocturno.

—En realidad me gustan bastante —respondió ella—. Creo que me las quedaré.

Yo asentí con la cabeza, admirando sus botas. Entonces me di cuenta de que me miraba de forma extraña.

—Sigue siendo mi becaria, ¿no? —le pregunté—. No ha cambiado de bando, ¿verdad?

Ella alargó la mano hacia mí: entre los dedos llevaba un papel doblado.

—He venido a entregarle esto, ¿no? —dijo.

Abrí el papel: era una especie de mapa dibujado a mano. Había un esbozo de un corral, el foso de una hoguera, cañas de pescar y unas pistolas. Algunas de las palabras estaban escritas en inglés, pero logré distinguir la palabra *Texas*.

—Lo encontré dentro de una de las botas de Ga —dijo Q-Ki.

—¿Y de qué cree que se trata? —le pregunté.

—Podría ser el lugar donde encontraremos a nuestra actriz —respondió Q-Ki. Dio media vuelta para marcharse, pero entonces volvió la cabeza y me miró—. He visto todas sus películas, ¿sabe? Tengo la sensación de que a los Pub yok les da lo mismo encontrarla o no hacerlo. Y no han logrado hacer que Ga, o quien sea, hable. Pero usted obtendrá resultados, ¿verdad? Usted encontrará a Sun Moon. Hay que darle un entierro adecuado. Y yo estoy del bando que consiga resultados.

Pasé mucho rato estudiando el mapa. Lo extendí encima de la mesa de ping-pong de los Pub yok, y estaba estudiando cada palabra y cada línea cuando entró Sarge, empapado.

—¿Ha estado ahogando a un sujeto? —le pregunté.

—En realidad está lloviendo —declaró—. Una gran tormenta

procedente del mar Amarillo.

Sarge se frotó las manos. Aunque sonreía, era evidente que le dolían.

—Veo que ha habido una confesión masiva en mi ausencia —comenté señalando el tablón.

Sarge se encogió de hombros.

—Disponemos de todo un equipo de Pub yok con tiempo libre. Y usted tenía diez casos abiertos y apenas dos becarios. Solo queríamos mostrar nuestra solidaridad.

—¿Solidaridad? —pregunté yo—. ¿Qué le ha pasado a Leonardo?

—¿A quién?

—Al líder de mi equipo, el de la cara de niño. Se marchó del trabajo una noche y ya no ha vuelto. Como el resto de los miembros de mi equipo.

—Me está preguntando por uno de los misterios de la vida —repuso—. ¿Quién sabe adónde va la gente? ¿Por qué la lluvia cae y no sube? ¿Por qué la serpiente es cobarde y el perro agresivo?

No supe si se estaba burlando de mí o no; Sarge no era precisamente un filósofo y desde la desaparición de Leonardo se había mostrado sospechosamente atento conmigo.

Volví a concentrarme en el croquis de aquel pueblo de Texas. Sarge seguía masajeándose las manos.

—Las articulaciones me matan cuando llueve —declaró.

Lo ignoré. Sarge miró por encima de mi hombro.

—¿Qué tiene ahí, una especie de mapa?

—Una especie, sí.

Se acercó más.

—Ah, vale —dijo—. La antigua base militar del sur de la ciudad.

—¿Qué le hace decir eso?

—Ahí está la carretera de Nampo —explicó Sarge, señalando el mapa—. Y fíjese, aquí se bifurca el Taedong —añadió, y entonces se volvió hacia mí—. ¿Está relacionado con el comandante Ga?

Por fin, una pista como la que andábamos buscando, nuestra oportunidad de resolver el caso. Doblé el mapa.

—Tengo trabajo —le espeté, pero Sarge me detuvo antes de que pudiera marcharme.

—Usted sabe que no tiene por qué escribir un libro sobre cada ciudadano que entra por esa puerta —me dijo—, ¿verdad?

Pero sí tenía que hacerlo. Si no, ¿quién iba a contar sus historias? ¿Qué prueba habría de que habían existido? Yo me tomaba la molestia de descubrirlo todo sobre ellos, lo documentaba, y luego aceptaba lo que les pasara. El piloto automático, las minas prisión, el estadio de fútbol al amanecer... Si yo no era un biógrafo, ¿qué era? ¿A qué me dedicaba?

—¿Me explico? —insistió—. Nadie lee esos libros, que no hacen más que acumular polvo en un cuarto oscuro. Deje de martirizarse. Inténtelo a nuestra manera por una vez. Arránquele unas cuantas confesiones a tortas y luego venga a tomarse una cerveza con los chicos. Le dejaremos elegir la música de la máquina de karaoke.

—¿Y qué pasa con el comandante Ga? —pregunté yo.

—¿Qué pasa?

—Su biografía es la más importante.

Sarge se me quedó mirando con una expresión de frustración cósmica.

—En primer lugar —repuso—, ese no es el comandante Ga. ¿Se le ha olvidado? En segundo lugar, se niega a hablar. Ha recibido entrenamiento contra el dolor, el halo no le hizo ni cosquillas. Pero, sobre todo, no hay ningún misterio por resolver.

—Naturalmente que lo hay —protesté yo—. ¿Quién es? ¿Y qué fue de la actriz? ¿Dónde están su cadáver y el de los niños?

—¿De veras cree que los peces gordos —dijo Sarge, señalando el búnker subterráneo— no conocen la verdad sobre la historia? Sahen perfectamente dónde se hospedaban los americanos, porque ellos también estaban allí. ¿En serio cree que el Querido Líder no sabe qué ocurrió? Apuesto a que Sun Moon se encontraba a su derecha, y el comandante Ga

a su izquierda.

«Pero, entonces, ¿qué estábamos haciendo? —me pregunté—. ¿Qué perseguíamos con nuestro interrogatorio y por qué?»

—Si tienen todas las respuestas, ¿a qué están esperando? —repliqué—. ¿Cuánto tiempo más pueden pasar los ciudadanos preguntándose por qué ha desaparecido nuestra actriz nacional? ¿Y qué me dice de nuestro héroe nacional, el poseedor del Cinturón Dorado? ¿Cuánto tiempo más puede seguir el Querido Líder sin reconocer que se han esfumado misteriosamente?

—El Querido Líder tendrá sus motivos, ¿no cree? —me preguntó Sarge—. Y solo para que lo sepa: contar la historia de la gente no es tarea suya, sino del Estado. La decisión sobre si un ciudadano ha hecho algo digno de convertirse en una historia, sea buena o mala, depende de los hombres del Querido Líder. Los que cuentan las historias son ellos, y nadie más.

—Yo no cuento las historias de la gente. Mi trabajo consiste en escucharlos y escribir lo que oigo. Y si se refiere a los chicos de Propaganda, todo lo que dicen es mentira.

Sarge se me quedó mirando asombrado, como si solo en aquel momento se hubiera percatado del abismo que nos separaba.

—Su trabajo... —empezó a decir, pero dejó la frase colgada y pareció que quería decir otra cosa. No paraba de sacudir las manos, como si intentara expulsar el dolor. Finalmente dio media vuelta para marcharse, pero al llegar a la puerta se detuvo—. Recibí mi instrucción en esa base —me dijo—. Y le aseguro que no querría acercarse a Nampo durante una tormenta.

En cuanto se hubo marchado llamé al Depósito Motorizado Central y les dije que necesitábamos un vehículo que nos trasladara a Nampo. Luego llamé a Q-Ki y a Jujack.

—Cojan impermeables y palas —les ordené—. Vamos a buscar a una actriz.

Resultó que el único vehículo que nos podía llevar por la carretera de Nampo con aquella lluvia era un viejo Tsir soviético. Cuando aparcó, el chófer no parecía demasiado satisfecho, pues alguien le había robado los limpiaparabrisas. Cuando lo vio, Jujack negó con la cabeza y dio un paso hacia atrás.

—Ni hablar —dijo—. Mi padre me dijo que no me subiera jamás a un cuervo.

Q-Ki llevaba una pala en la mano.

—Achanta y sube al camión —le dijo.

Pronto los tres nos dirigíamos hacia el este, donde se encontraba el corazón de la tormenta. El toldo oscuro del camión estaba hecho de lona encerada, lo que impedía que entrara lluvia, pero el barro nos salpicaba a través de los tablones del suelo. Los bancos en los que nos sentamos tenían nombres de personas tallados en la madera. Seguramente eran obra de personas transportadas a prisiones lejanas, como la 22 o la 14-18, trayectos durante los que había mucho tiempo para pensar, y, en cualquier caso, daban fe del deseo humano por ser recordado.

Q-Ki pasó un dedo por encima de las marcas y se fijó en un nombre en concreto.

—Yo conocía a Yong Yap-Nam —comentó—. Iba a mi clase de Males del Capitalismo.

—Seguramente se trate de otro Yong Yap-Nam —la tranquilicé, pero se encogió de hombros.

—Si un ciudadano se corrompe, se corrompe. ¿Qué se le va a hacer?

Jujack no quería fijarse en los nombres.

—¿Por qué no esperamos a que pase la tormenta? —preguntaba una y otra vez—. ¿Qué necesidad hay de salir justo ahora? Seguramente no encontremos nada. Seguramente no haya nada que encontrar.

El viento había empezado a agitar el toldo negro del camión y las nervaduras metálicas crujían. La carretera se había convertido en una riada y las zanjas de aguas residuales de las cunetas estaban desbordadas.

Q-Ki apoyó la cabeza en el mango de la pala y miró a través de la abertura trasera del camión, hacia las dos roderas que dejábamos en el agua.

—No cree que Sun Moon pudiera corromperse, ¿verdad? —me preguntó Q-Ki.

Negué con la cabeza.

—No, imposible.

—Quiero encontrarla como el que más —admitió—. Pero entonces estará muerta. Mientras nuestras palas no la desentierren, tengo la sensación de que aún está viva.

Era cierto que antes, cuando imaginaba que encontrábamos a Sun Moon, visualizaba a la mujer radiante que aparecía en los carteles de las películas. Solo en ese momento empecé a imaginar la pala desenterrando partes de niños descompuestos, el filo hundiéndose en el abdomen de un cadáver.

—De niña, mi padre me llevó a ver *Gloria de glorias*. Hacía una temporada que estaba un poco rebelde y me quiso enseñar qué les pasaba a las mujeres que cuestionaban la autoridad.

—¿Es la película en la que a Sun Moon le cortan la cabeza? —preguntó Jujack.

—La película trata sobre mucho más que eso —respondió Q-Ki.

—Pues los efectos especiales están muy bien —siguió diciendo Jujack—. La forma en que la cabeza de Sun Moon rueda por el suelo, vertiendo sangre, o cómo las flores del martirio brotan del suelo y florecen... Eso me llegó, sentí que estaba allí.

Todo el mundo había visto esa película, naturalmente. Sun Moon interpreta el papel de una pobre chica que se enfrenta al oficial japonés que controla su pueblo. Los campesinos deben entregar toda su cosecha a los japoneses, pero parte del arroz desaparece y el oficial decreta que el pueblo entero pase hambre hasta que aparezca el culpable. Sun Moon planta cara al oficial y le dice que seguramente han sido sus propios

soldados corruptos quienes han robado el arroz. Para reparar la afrenta, el oficial la manda decapitar delante de todo el pueblo.

—Pero bueno, no importa de qué tratara la película, o de qué creyera mi padre que trataba —dijo Q-Ki—. En lo que me fijé yo fue en que Sun Moon estaba rodeada de hombres poderosos, pero que no tenía miedo. Vi la determinación con la que aceptaba su destino. Vi cómo rechazaba las condiciones que pretendían imponerle los hombres y dictaba sus propios términos. Si hoy estoy aquí, en la División 42, es gracias a ella.

—¿Y cuando se agacha para coger la espada? —intervino Jujack, como si la estuviera viendo—. Arquea la espalda y sus generosos pechos se bambolean hacia delante. Entonces sus labios se abren y lentamente, muy lentamente, cierra los ojos.

La película está llena de escenas célebres, como cuando la anciana del pueblo pasa la noche en vela cosiendo el *choson-ot* que Sun Moon llevará durante la ejecución. O esa otra en la que, justo antes de que amanezca, cuando a Sun Moon le entra el miedo y su determinación flaquea, un gorrión se le acerca volando; el pájaro lleva unas flores de kimsunguia en el pico, que le recuerdan que no está sola en su sacrificio. Pero la escena que mejor recuerdo, el momento de la historia en que ningún ciudadano fue capaz de contener las lágrimas, es cuando, por la mañana, sus padres se despiden de ella para siempre. Le dicen lo que siempre habían dado por sobrentendido: que ella es lo que da sentido a sus vidas, que sin ella quedarán mermados, y que su amor no sirve de nada si no es para entregárselo a ella.

Miré a Q-Ki, sumida en actitud contemplativa, y por un instante deseé que no nos estuviéramos dirigiendo a desenterrar los restos descompuestos de su heroína.

El cuervo abandonó la carretera y se adentró en una cuenca, un campo anegado hasta donde alcanzaba la vista. Le pregunté al conductor por qué se había detenido y él señaló el mapa que le había dado.

—Ya hemos llegado —declaró.

Miramos a través de la abertura trasera del cuervo y vimos destellos blancos en el cielo.

—Con esta escorrentía vamos a pillar la difteria —dijo Jujack—. Me apuesto lo que quieran que aquí no hay nada. Esta búsqueda es inútil.

—Eso no lo sabremos hasta que hundamos las palas en el barro —respondí.

—Seguramente estemos perdiendo el tiempo —insistió Jujack—. ¿Y si lo cambiaron de lugar a última hora?

—¿Cambiar de lugar? ¿De qué hablas? —le preguntó Q-Ki—. ¿Sabes algo que no nos estás contando?

Jujack dirigió una mirada recelosa al cielo, cada vez más oscuro.

—Sabes algo, ¿verdad? —repitió Q-Ki.

—Ya basta —dije—. Solo nos quedan unas horas de luz.

Bajamos los tres del cuervo y nos encontramos con el agua hasta los tobillos, manchada de aceite y cubierta de espumarajos de aguas residuales. A nuestro alrededor solo veíamos agua embarrada. El mapa, empapado desde hacía ya rato, nos condujo hasta una arboleda. Fuimos avanzando, sondeando el terreno con las palas. Entre nosotros veíamos pasar lomos de anguilas de río, que intentaban avanzar en aquella agua poco profunda; eran *como bíceps con dientes*, de unos dos metros de longitud.

Resultó que los árboles estaban llenos de serpientes, que colgaban de las ramas y nos observaban mientras chapoteábamos de tronco en tronco. Era una escena salida directamente de mis pesadillas, como si las serpientes de mis sueños me visitaran en la vida real. ¿O acaso funcionaba al revés y las serpientes volverían a visitarme por la noche? Esperaba y deseaba que no. «Estoy dispuesto a soportar lo que sea durante el día —me dije—, pero, por favor, ¿no puedo descansar en paz por la noche?»

—Son *mamushi* de las rocas —dijo Q-Ki.

—Imposible —negó Jujack—. Solo viven en las montañas.

Q-Ki se volvió hacia él.

—Soy una experta en serpientes mortíferas —aseguró.

Cayó un relámpago a lo lejos y de pronto las vimos todas, recortadas sobre las ramas, siseando, preparadas para abatirse encima de cualquier ciudadano incauto que cumpliera con sus deberes cívicos.

—Una serpiente es una serpiente —dije—. No las provoquen, joder.

Miramos a nuestro alrededor, pero no vimos ni el foso de la hoguera ni el corral. No había rastro ni de la diligencia, ni de las pistolas, ni de las cañas de pescar, ni del montón de guadañas.

—Estamos en el lugar equivocado —declaró Jujack—. Tenemos que largarnos de aquí antes de morir electrocutados.

—No —dijo Q-Ki—. Cavemos.

—¿Dónde? —preguntó Jujack.

—En todas partes —contestó Q-Ki.

Jujack hundió la hoja de la pala en el barro. Con gran esfuerzo, levantó una palada de fango, pero el agua llenó inmediatamente el hueco que había dejado. Cuando volteó la pala, el fango se quedó pegado.

La lluvia me azotaba la cara. No paraba de darle vueltas al mapa, intentando determinar si me había equivocado. No, teníamos que estar en el lugar correcto: los árboles, el río, la carretera... Lo que necesitábamos era uno de los perros del Zoológico Central. Según dicen, sus instintos salvajes son capaces de localizar huesos, aunque lleven tiempo enterrados.

—Esto es imposible —protestó Jujack—. Todo es agua. ¿Dónde está la escena del crimen? ¿Cómo vamos a encontrarla?

—La lluvia puede jugar a nuestro favor —repuse—. Si hay un cuerpo debajo del barro, es posible que el agua lo saque a flote. Lo único que tenemos que hacer es cavar un poco y soltar la tierra.

Nos dividimos y empezamos a explorar el barro en busca de alguna señal de la actriz.

Empecé a sacar paladas de barro, una tras otra. Cada vez imaginaba que

lo conseguíamos, que el descubrimiento estaba al caer y que podría utilizar a la actriz para obtener la historia del comandante Ga; conseguiría su biografía, con el nombre real de Ga escrito con letras doradas en el lomo, y me instalaría en la oficina de Sarge. Bajo la lluvia incesante, no podía parar de imaginar las frases sucintas que le diría a Sarge, mientras él iba metiendo sus escasas pertenencias en una caja de ayuda alimenticia y la sacaba de mi nueva oficina.

Finalmente, me dije, habría un acontecimiento en mi vida digno de ser incluido en mi biografía.

Los conductores del cuervo nos observaban desde detrás del parabrisas. Había oscurecido tanto que distinguíamos el resplandor rojo de sus cigarrillos. Notaba los brazos cada vez más cansados y me cambié la pala de la mano derecha a la izquierda. Cada hueso con el que me topaba resultaba ser una raíz. Si saliera flotando aunque fuera un retal de seda, me dije, o tal vez un zapato... Las anguilas continuaban agitándose bajo el agua embarrada, hasta el punto de que periódicamente me convencía de que habían encontrado algo y empezaba a cavar dondequiera que las veía enseñar los dientes mientras luchaban por una presa invisible. Con cada palada de barro, mis ánimos se hundían. El día se iba pareciendo cada vez menos a la vida que anhelaba y más a la que tenía, una vida en la que me afanaba por nada mientras los fracasos se iban acumulando. La situación me recordó mi experiencia universitaria: al llegar a la universidad, me pregunté cuál de los miles de mujeres que había sería la mía, pero con el paso del tiempo, una a una, me fui dando cuenta de que la respuesta era que ninguna. No, ciertamente aquel día no iba a convertirse en un capítulo de mi biografía.

En la oscuridad, lo único que se oía eran los gruñidos de Q-Ki cada vez que se apoyaba con fuerza en la pala.

—Larguémonos de aquí —grité finalmente a la oscuridad.

Cuando Q-Ki y yo llegamos al cuervo, encontramos a Jujack ya dentro.

Estábamos empapados y temblábamos, con las manos cubiertas de

ampollas a causa de los mangos mojados y las plantas de los pies doloridas de hundir la pala un millar de veces en el barro.

Durante el trayecto de vuelta a la División 42, Q-Ki no le quitó el ojo de encima a Jujack.

—Sabías que no estaba ahí, ¿verdad? —le preguntaba una y otra vez—. Sabías algo y no nos lo has dicho.

En cuanto llegamos, bajamos por las escaleras que conducían a la División 42 y Q-Ki se fue directamente a ver a Sarge.

—Jujack nos oculta algo —dijo—. Sabe algo sobre el tal comandante Ga pero no nos lo quiere decir.

Sarge adoptó una expresión severa y escrutó primero a Q-Ki y luego a Jujack.

—Se trata de una acusación muy grave —agregó finalmente—. ¿Tiene alguna prueba?

Q-Ki se señaló el corazón.

—Lo siento aquí —dijo.

Sarge reflexionó un instante y finalmente asintió con la cabeza.

—Vale —dijo—. Vamos a sacarle la verdad.

Un par de Pubyok dieron un paso al frente, dispuestos a agarrar a Jujack.

—Un momento —repuse, interponiéndome en su camino—. No nos precipitemos. Una sensación no es una prueba.

Puse una mano sobre el hombro de Jujack.

—Di la verdad, hijo —le rogué—. Di lo que sepas y yo te defenderé.

Jujack se miró los pies.

—No sé nada, lo juro.

lodos nos volvimos hacia Q-Ki.

—No me miren a mí —dijo—. Léanle los ojos: la verdad está ahí, a la vista de todos.

Sarge se inclinó y contempló los ojos del muchacho. Se lo quedó

mirando durante mucho rato, hasta que por fin asintió con la cabeza y ordenó:

—Llévenselo.

Un par de Pubyok agarraron a Jujack, que les dirigió una mirada de terror.

—Esperen —protesté, pero el muro flotante era imparable. Jujack empezó a patalear, mientras se lo llevaban a rastras hacia el taller.

—¡Soy hijo de un ministro! —exclamó Jujack.

—Guárdate los detalles para tu biografía —respondió Sarge, riéndose.

—Tiene que haber un error —aseguré, pero Sarge pareció no oírme.

—Maldita deslealtad —masculló, sacudiendo la cabeza, y se volvió hacia Q-Ki—. Buen trabajo —le dijo—. Póngase la bata. Va a ser la encargada de sonsacarle la verdad.

Jujack ocultaba algo y la otra única persona que sabía de qué se trataba era el comandante Ga. Fui corriendo hasta el depósito donde lo teníamos encerrado. Ga no llevaba camisa y contemplaba el reflejo de su pecho en la pared de acero inoxidable.

—Debería haberles pedido que me tatuaran su imagen invertida —dijo sin mirarme.

—Tenemos una emergencia —lo corté yo—. Se trata de mi becario, Jujack. Se ha metido en un problema.

—Pero en ese momento no lo sabía —siguió diciendo Ga—. No sabía que este sería mi destino. —Se volvió hacia mí y se señaló el tatuaje—. Usted la ve tal como es y yo en cambio solo la puedo ver del revés. En su día pensé que era solo para que la vieran los demás, pero en realidad fue siempre para mí.

—Necesito información —insistí—. Es realmente importante.

—¿Por qué tiene tanto empeño en escribir mi biografía? —preguntó el comandante Ga—. Las únicas personas del mundo que la habrían querido leer ya no están.

—Escuche, necesito saber una cosa. Se trata de una cuestión de vida o muerte —repetí—. Hemos ido a la base militar de la carretera de Nampo, pero allí no había ni corral, ni foso de hoguera, ni ningún buey. Sé que reprodujeron un pueblo para que los americanos se sintieran como en casa, pero la actriz no estaba allí. No había nada.

—Ya se lo dije, no la va a encontrar.

—¿Pero dónde están la mesa de picnic y la diligencia?

—Lo trasladamos todo.

—¿Adonde?

—No se lo puedo decir.

—¿Por qué? ¿Por qué no?

—Porque este misterio es lo único que le recuerda al Querido Líder que lo que le pasó fue real, que sucedió algo que escapó a su control..

—¿Qué le pasó?

—Eso se lo tendría que preguntar a él.

—Pero ahora no se trata del Querido Líder, sino de un chaval que ha cometido un error.

—También es lo único que me mantiene con vida.

—Sabe perfectamente que no va a sobrevivir a esto —le dije, apelando a su sensatez.

Él asintió con la cabeza.

—Ninguno de nosotros lo hará —reconoció—. ¿Tiene ya un plan? ¿Ha tomado medidas? Aún dispone de tiempo, aún puede elegir en qué condiciones quiere que pase.

—En el tiempo del que aún disponga, puede salvar a este chico y expiar así las atrocidades que cometió con la actriz —le dije, y entonces saqué el móvil del bolsillo—. Las fotografías que llegan a este teléfono, ¿van destinadas a usted? —le pregunté.

—¿Qué fotografías?

Encendí el teléfono y le mostré la luz azul que indicaba que la batería estaba cargada.

—Me lo tiene que dar —me suplicó.

—Pues ayúdeme —respondí.

Le puse el teléfono delante de los ojos y le enseñé la fotografía de la acera. Él me quitó el teléfono de las manos.

—Los americanos no quisieron aceptar la hospitalidad del Querido Líder —declaró—. Se negaban a bajar del avión, de modo que trasladamos el pueblo texano al aeropuerto.

—Gracias —dije yo, pero en cuanto me di la vuelta se abrió la puerta.

En el umbral estaba Q-Ki, con el resto de los Pubyok a sus espaldas. Llevaba la bata cubierta de sangre.

—Lo trasladaron al aeropuerto —anunció—. Allí fue donde desapareció la actriz.

—Es normal que el chico supiera lo que pasaba en el aeropuerto —añadió uno de los Pubyok—. Su padre es ministro de Transportes.

—¿Y Jujack? —pregunté—. ¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado?

Q-Ki no respondió. Se volvió hacia Sarge, que asintió en silencio, en señal de aprobación.

Q-Ki endureció la mirada, se volvió hacia los Pubyok reunidos ante la puerta, y adoptó una postura de taekwondo. Los hombres retrocedieron y le concedieron un momento para que se concentrara. Entonces, todos juntos, empezaron a contar: *Junbi. Hana, dul, set*, y cuando gritaron *Sijak!*, Q-Ki pegó un puñetazo en la puerta de acero inoxidable.

A continuación inspiró entrecortadamente y respiró hondo varias veces. Lentamente, se llevó la mano rota al pecho y la dejó ahí.

La primera fractura se produce siempre por un golpe cortante en la parte exterior de la palma. Más tarde habrá tiempo de sobra para romperse los nudillos, a pares.

Con calma, y con suma delicadeza, Sarge le cogió el brazo, se lo extendió y colocó la mano rota de Q-Ki en la suya.

—Ahora es una de las nuestras —le dijo—. Ya no es una becaria. Ya no necesita un nombre —añadió, y en ese preciso instante le tiró de los

dedos y le encajó los huesos rotos para que curaran como era debido.

Sarge me dedicó una inclinación de cabeza.

—Yo estaba en contra de admitir a una mujer en la división —admitió—. Pero tenía usted razón: esta chica es el futuro.

Era por la tarde y el sol, tan radiante como frío, entraba por las ventanas. El comandante Ga estaba sentado entre el niño y la niña, y los tres seguían con la mirada a Sun Moon, que iba y venía por la casa, inquieta, cogiendo y dejando objetos, como si los viera por primera vez. El perro la seguía, olisqueando todo lo que tocaba: un espejo de mano, un parasol, el hervidor de la cocina. Era el día anterior a la llegada de los americanos, el día anterior a la huida, aunque los niños no lo sabían.

—¿Qué le pasa? —preguntó el chiquillo—. ¿Qué busca?

—Siempre se comporta así antes de una película nueva —le respondió su hermana—. ¿Va a haber una película nueva?

—Bueno, más o menos —les dijo Ga.

Sun Moon se le acercó. En las manos llevaba un tablero de *chang-gi* pintado a mano y su mirada parecía preguntar: «¿Cómo voy a abandonar esto?». Él había insistido en que no podía llevarse nada, que cualquier recuerdo podía delatar su plan.

—Era de mi padre —dijo Sun Moon—. Es lo único que conservo de él.

Él negó con la cabeza. ¿Cómo podía explicarle que era mejor así? Era cierto, un objeto podía retener la esencia de una persona: uno podía hablar con una fotografía, o besar un anillo, y tocando una armónica podía darle voz a una persona lejana. Pero una fotografía se podía extraviar; un ladrón te podía arrancar el anillo del dedo mientras dormías en tu barracón. Ga había visto cómo un hombre perdía las ganas de vivir

(cómo estas abandonaban su cuerpo) después de que un guarda lo obligara a entregarle un relicario. No, tenías que llevar a las personas a las que amabas a un lugar más seguro. Tenían que convertirse en algo así como un tatuaje, una cosa que nadie te pudiera arrebatarse.

—¿Solo la ropa? —le preguntó ella.

De pronto lo miró como si acabara de tener una revelación. Dio media vuelta y se dirigió precipitadamente al armario. Allí, contempló la hilera de *choson-ots*, cada uno pulcramente colgado de su percha. El sol poniente teñía el dormitorio de claridad. Bajo aquella luz dorada, los vestidos cobraron vida propia.

—¿Cómo voy a elegir uno solo? —preguntó, acariciándolos lentamente—. Este me lo puse en *Patria huérfana de madre* —recordó—. Pero ahí representaba a la mujer de un político. No, no puedo marcharme de esa forma, no me puedo convertir en ella para siempre.

Sun Moon estudió un *choson-ot* sencillo, con el *jeogori* blanco y un estampado de flores blancas en la *chima*.

—Y este es el de *Una auténtica hija del país*. No puedo llegar a América vestida como una campesina —declaró, y siguió examinando los vestidos: *La caída de los opresores. Que se mueran los tiranos, ¡Arriba el estandarte!*

—¿Todos tus vestidos salen de alguna película?

Ella asintió.

—Técnicamente son propiedad de Vestuario. Pero cuando me los pongo para actuar, se convierten en parte de mí.

—¿Y no tienes ninguno tuyo? —insistió.

—¿Para qué? —dijo ella—. Ya tengo estos.

—¿Y los que llevabas antes de trabajar en el cine?

La mujer se lo quedó mirando.

—Ay, ahora no puedo decidir —repuso, y cerró los ojos—. Lo dejaré para más tarde.

—No —respondió él—. Este.

Ella cogió el *choson-ot* plateado que él le había elegido y se lo colocó sobre el cuerpo.

El de *Gloria de glorias* —dijo—. ¿Quieres que sea la cantante de ópera?

—Es una historia de amor —le dijo él.

—Una tragedia.

—Sí, una tragedia —admitió—. Pero ¿no crees que al Querido Líder le encantaría verte vestida como una estrella de la ópera? ¿No sería un guiño a su otra gran pasión?

Sun Moon frunció las cejas ante aquella sugerencia.

—Me asignó a una cantante de ópera para que me ayudara a prepararme para el papel, pero era una mujer imposible.

—¿Qué fue de ella?

Sun Moon se encogió de hombros.

—Desapareció.

—¿Desapareció? ¿Adónde fue?

—Adonde va la gente, supongo. Yo solo sé que un día ya no estaba.

Ga acarició la tela.

—Entonces te tienes que poner este vestido.

Aprovecharon las horas de luz que aún quedaban para recolectar el jardín y preparar una cena con verduras crudas. Hicieron té con las flores, cortaron los pepinos en rodajas y los prepararon en salmuera, con vinagre y agua azucarada con lombarda en juliana. Partieron el inmenso melón en una roca, de modo que la pulpa interior se desgarrara siguiendo las semillas. Sun Moon prendió una vela y, ya en la mesa, empezaron la última cena con unas judías, que desenvainaron y condimentaron con sal gruesa. El niño tenía un regalo para ellos: cuatro pájaros cantores que había atrapado, sazonado y curado al sol con semillas de pimienta roja.

El niño empezó a contar un cuento que había oído por los altavoces sobre un jornalero que creía haber encontrado una piedra preciosa. En

lugar de compartir el hallazgo con el líder de su destacamento, el jornalero se tragó la piedra con la esperanza de quedársela para él solo.

—Ese cuento lo ha oído todo el mundo —lo cortó su hermana—. Al final resultó que era un trozo de cristal.

—Quiero oír un cuento alegre —rogó Sun Moon—, por favor.

—¿Qué me dices del de la paloma que, volando, se interpuso en la trayectoria de una bala imperialista y salvó la vida de...?

Sun Moon levantó la mano y la mandó callar.

Al parecer, los niños solo conocían las historias que habían oído por los altavoces. A veces, cuando era pequeño, lo único que el comandante Ga y los huérfanos podían llevarse a la boca en la mesa eran cuentos.

—Yo os contaría el del perro de Pyongyang que fue al espacio —propuso Ga como si nada—, pero estoy seguro de que ya lo habéis oído.

La niña miró a su hermano y a su madre con expresión de incertidumbre, y se encogió de hombros.

—Sí, claro —asintió—. Se lo sabe todo el mundo.

El niño también fingió conocerlo.

—Sí, es un cuento muy viejo —añadió.

—A ver si me acuerdo de cómo iba —continuó el comandante Ga—. Los mejores científicos del país se reunieron y construyeron un cohete gigante. En el fuselaje pintaron la estrella y el círculo rojos de la República Popular Democrática de Corea. A continuación llenaron el depósito de combustible y sacaron el aparato a la plataforma de lanzamiento. El cohete estaba diseñado para elevarse. Si funcionaba, decidieron, diseñarían uno que luego pudiera bajar. Aunque al científico que lo pilotara lo declararían mártir, no encontraron a nadie lo bastante valiente como para subir a bordo.

Ga interrumpió la narración, tomó un traguito de té y se volvió hacia los niños, que no entendían qué pretendía glorificar aquella historia.

—Y entonces fue cuando decidieron mandar al perro —aventuró la niña, vacilante.

Ga sonrió.

—liso es —dijo—. Ya sabía yo que os lo sabíais. A ver, ¿y dónde fue que encontraron al perro?

Una vez más se hizo el silencio.

—En el zoo —dijo finalmente el niño.

—¡Ah, claro! —exclamó Ga—. ¡Cómo se me pudo olvidar! ¿Y cómo era el perro?

—Era gris —contestó la niña.

—Y marrón —añadió el niño.

—Con las patas blancas —dijo su hermana—. Y la cola larga y delgada. Lo eligieron porque era un perro flaco y cabía en el cohete.

—Y comía tomates pasados —añadió el niño—. Era lo único que el guarda malo del zoológico le daba.

Sun Moon sonrió al ver a sus niños tan metidos en el cuento, y dijo:

—Por la noche, el perro miraba la luna.

—La luna era su única amiga —añadió la niña.

—El perro la llamaba y la llamaba —intervino el niño—, pero nunca recibía respuesta.

—Sí, el cuento es viejo, pero es bueno —comentó el comandante Ga, sonriendo—. En fin, el perro accedió a que lo mandaran en cohete al espacio...

—... para estar más cerca de su amiga, la luna —continuó la niña.

—Sí, para estar más cerca de su amiga, la luna —asintió Ga—. Pero ¿le contaron al perro que no iba a volver nunca?

Una mirada de indignación cruzó los ojos del niño.

—¡No le contaron nada!

Ga asintió, reconociendo la injusticia de esa decisión.

—Los científicos, si mal no recuerdo, le dijeron al perro que podía llevarse una cosa, la que quisiera.

—Y eligió un palo —sugirió el niño.

—No —repuso la niña—, se llevó su cuenco.

Los niños empezaron a competir para intentar descubrir qué había decidido llevarse el perro al espacio, pero ante cada una de sus propuestas, Ga se limitaba a asentir.

—El perro se llevó una ardilla —dijo el niño—, para no estar solo.

—Se llevó un huerto —respondió la niña—, para no pasar hambre.

Hablaban como metralletas, proponían cosas sin parar: una pelota, una cuerda, un paracaídas, una flauta que podía tocar con sus patitas.

Ga levantó una mano y un silencio se posó sobre la mesa.

—A escondidas —dijo susurrando—, el perro se llevó todas esas cosas, y pesaba tanto que, cuando lo lanzaron, el cohete cambió de rumbo y adoptó una nueva trayectoria...

Ga apuntó hacia arriba y los niños levantaron la mirada, como si la respuesta fuera a materializarse en el techo.

—... hacia la luna.

Ga y Sun Moon escucharon cómo los niños tejían el resto de la historia solos: cómo en la luna el perro descubriría a otro perro, que cada noche le aullaba a la Tierra, cómo había un niño en la luna, y una niña también, y cómo los perros y los niños empezaron a construir su propio cohete, y Ga observó cómo la luz de la vela bailaba sobre sus facciones, cómo Sun Moon entornaba los ojos, encantada, cómo los niños saboreaban la atención que les dispensaba su madre e intentaban superarse mutuamente, una y otra vez, mientras entre todos, como una familia, daban cuenta del melón hasta dejar solo la cáscara y guardaban las semillas en un cuenco de madera, sonriendo mientras el jugo dulce y rosado les caía por los dedos y las muñecas.

El niño y la niña le rogaron a su madre que compusiera una balada para el perro que había ido a la luna, y como Sun Moon no quería tocar su *gayageum* vestida con ropa de andar por casa, fue a cambiarse y volvió a salir con un *choson-ot* con la *chima* de satén color ciruela. Apuntaló la corona del instrumento en el suelo de madera, encima de un cojín, y colocó la base sobre sus piernas cruzadas. Entonces les dedicó una

inclinación de cabeza a los niños, que le devolvieron el gesto.

Empezó punteando las cuerdas agudas, arrancándole notas rápidas y altas. Reprodujo el sonido del cohete al despegar, sus versos preñados de humor y rima. Cuando el perro abandonó la gravedad y penetró en el espacio, su interpretación se volvió etérea y las cuerdas reverberaron como si sonaran en el vacío. La luz de la vela cobró vida en la cascada de pelo de Sun Moon, y cuando frunció los labios para tocar acordes más complejos, Ga notó cómo el corazón se le inflamaba en el pecho.

Y volvió a quedarse prendado de aquella mujer, superado por la certeza de que por la mañana iba a tener que renunciar a ella. En la Prisión 33, poco a poco, aprendías a renunciar a todo, empezando por el día de mañana y todo lo que podía llegar a ser. Luego le tocaba a tu pasado, hasta que un día te parecía inconcebible que algún día tu cabeza se hubiera posado sobre una almohada, que hubieras utilizado un lavabo, que tu boca hubiera conocido los sabores y que tus ojos hubieran visto colores más allá del gris, el marrón y aquel tono negro que adquiría la sangre. Antes de renunciar a ti mismo (y Ga había percibido el momento en el que eso empezaba a suceder, como un frío que le entumecía los brazos), te desprendías de todos los demás, de cada persona que habías conocido en la vida; estas se convertían en ideas, en conceptos, en impresiones, hasta que finalmente quedaban reducidas a proyecciones fantasmales sobre la pared de la enfermería de una prisión. En aquel momento Sun Moon se le apareció así: no como una mujer vital y hermosa, capaz de expresar todo su dolor a través de un instrumento, sino como el destello de alguien a quien había conocido en su día, la foto de una persona desaparecida desde hacía tiempo.

De repente el cuento del perro le parecía más triste y melancólico. Intentó controlar su respiración. Más allá de la luz de la vela no había nada, se dijo. El resplandor incluía al niño, a la niña, a aquella mujer y a él mismo. Y más allá no estaban ni el monte Taesong, ni Pyongyang, ni el Querido Líder. Intentó coger el dolor que le llenaba el pecho y disiparlo

por todo el cuerpo, como le había enseñado su mentor Kimsan: no notar la llama en un solo punto, sino en el conjunto, visualizar el fluir de su sangre que se expandía y diluía el dolor de su corazón por todo su ser.

Entonces cerró los ojos e imaginó a Sun Moon, la que siempre estaba con él, aquella presencia tranquila, acogedora, siempre a punto para salvarlo. No lo iba a dejar, no iba a ir a ninguna parte. El agudo dolor de su pecho empezó a apagarse y el comandante Ga comprendió que la Sun Moon que llevaba en su interior era la reserva de dolor que iba a permitirle sobrevivir a la pérdida de la Sun Moon que tenía ante él. Empezó a disfrutar de la canción otra vez, aunque era cada vez más triste. El dulce resplandor de la luna del perro se había convertido en un cohete extraño, de rumbo incierto. Lo que había empezado como una canción infantil se había convertido en la canción de Sun Moon, y cuando los acordes se volvieron inconexos, las notas díscolas y solitarias, Ga comprendió que estaba oyendo su propia canción. Finalmente Sun Moon dejó de tocar y se inclinó lentamente hacia delante, hasta apoyar la frente en la madera noble de un instrumento que nunca más volvería a tocar.

—Vamos, niños —dijo Ga—. Es hora de acostarse.

Los llevó al dormitorio y cerró la puerta.

A continuación se ocupó de Sun Moon, a la que acompañó al porche para que respirara un poco de aire fresco. A los pies de la montaña, las luces de la ciudad se mantenían encendidas hasta más tarde de lo habitual.

Sun Moon se apoyó en la barandilla y le dio la espalda. Reinaba el silencio y a través de la pared oían cómo los niños hacían ruidos de cohetes y daban instrucciones de despegue al perro.

—¿Estás bien? —le preguntó Ga.

—Sí, es solo que necesito un cigarrillo —respondió.

—Lo digo porque no tienes por qué hacerlo, puedes echarte atrás y nunca nadie lo sabrá.

—¿Me lo puedes encender tú? —le preguntó ella.

Él ahuecó las manos, encendió el cigarrillo e inhaló.

—Te están entrando las dudas —le dijo—. Y es normal. A los soldados les pasa antes de cada misión. Seguramente a tu marido le pasaba todo el tiempo.

La mujer le lanzó una mirada.

—Mi marido nunca dudaba de nada.

Ga le ofreció el cigarrillo, pero ella se fijó en sus dedos y se volvió hacia las luces de la ciudad.

—Ya fumas como un *yangban* —le espetó—. Me gustaba más cómo fumabas antes, cuando todavía eras un niño de ninguna parte.

Él se le acercó y le apartó el pelo para verle mejor la cara.

—Siempre seré un niño de ninguna parte —le aseguró.

Ella se sacudió la cabellera para que volviera a su sitio y le pidió el cigarrillo, formando una uve con los dedos. La cogió por el brazo y la obligó a volverse hacia él.

—No puedes tocarme —dijo ella—. Ya conoces las reglas.

Intentó soltarse, pero él la agarró con más fuerza.

—¿Reglas? —le preguntó—. Mañana vamos a romper todas las reglas que existen.

—Pero aún no es mañana.

—Cada vez falta menos —repuso él—. Dieciséis horas, es lo que falta para huir a Texas. El mañana ya ha despegado y está atravesando medio mundo hacia nosotros.

Sun Moon se quitó el cigarrillo de los labios.

—Ya sé qué pretendes —le dijo—. Sé perfectamente qué buscas con tu discurso sobre «el mañana», pero tenemos mucho tiempo, una eternidad. No te desconcentres, piensa en lo que tenemos que hacer y en todas las cosas que tienen que salir bien antes de que ese avión despegue con nosotros.

Ga se aferró a su brazo.

—¿Y si algo sale mal? ¿Has pensado en ello? ¿Y si lo único que

tenemos es hoy?

—Hoy, mañana... —replicó ella—. Un día no es nada. Un día no es más que la cerilla que enciendes después de que diez mil más se hayan apagado.

Entonces la soltó y la mujer se volvió otra vez hacia la barandilla, ahora fumando. Barrio a barrio, las luces de Pyongyang se fueron apagando. A medida que el horizonte se fue volviendo negro, distinguieron más claramente los faros de un vehículo que avanzaba por la abrupta carretera que se encaramaba a la montaña, hacia ellos.

—¿Me deseas? —le preguntó ella—. Ni siquiera me conoces...

Él se encendió un cigarrillo. Los focos del estadio Primero de Mayo se habían mantenido encendidos, lo mismo que los de los Estudios Cinematográficos Centrales, al norte de la ciudad, en la carretera del aeropuerto. Pero aparte de eso el mundo había quedado a oscuras.

—Tu mano busca la mía mientras dormimos —le dijo él—. Eso lo sé.

Sun Moon dio una calada y el extremo de su cigarrillo brilló rojo incandescente.

—Sé que duermes hecha un ovillo —siguió diciendo Ga—, y que seas o no *yangban*, no creciste durmiendo en una cama. Seguramente de niña dormías en un pequeño catre, y aunque nunca has mencionado que tuvieras hermanos, seguramente alargabas la mano para tocar al hermano o a la hermana que dormía a tu lado.

Sun Moon se mantuvo inmutable, como si no lo hubiera oído. En el silencio reinante, Ga prestó atención al sonido del vehículo que subía montaña arriba, pero no logró distinguir de qué tipo era. Volvió la cabeza para comprobar si Camarada Buc había oído el coche y había salido al porche, pero en la casa vecina no había nadie.

—Sé que una mañana fingiste estar dormida para que tuviera más tiempo de estudiarte —continuó el comandante Ga—, para que me fijara en el bulto que tienes en la clavícula, donde alguien te hizo daño. Me dejaste ver las cicatrices que tienes en las rodillas, y que indican que en

su día hiciste trabajo de verdad. Querías que conociera a tu verdadero yo.

—Las cicatrices son de bailar —le contó.

—He visto todas tus películas —añadió él.

—Yo no soy mis películas —afirmó la mujer.

—He visto todas tus películas —repitió el comandante Ga— y en todas llevas el mismo peinado, con el pelo liso que te cubre las orejas. Pero mientras fingías estar dormida —Ga alargó la mano y sus dedos encontraron el lóbulo de la oreja— me dejaste ver el corte que tienes en la oreja. ¿Te pescó un agente de los servicios secretos robando de un puesto del mercado, o te reprendió por mendigar?

—Ya basta —le espetó.

—Habías probado las flores antes, ¿verdad?

—He dicho que ya basta.

Él le pasó una mano por la espalda y la acercó hacia sí hasta que sus cuerpos se tocaron. Le quitó el cigarrillo, lo arrojó por encima de la barandilla y le puso el suyo en los labios, para que entendiera que a partir de aquel momento lo iban a compartir todo, y que cada aliento provendría de él.

Ahora tenían las caras muy juntas. Sun Moon levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Tú no sabes nada de mí —le dijo—. Ahora que mi madre... Ahora que ya no está, solo hay una persona que me conozca. Y no eres tú.

—Siento lo de tu marido. Lo que le pasó, lo que hice... Pero no tuve elección, lo sabes...

—Por favor —lo cortó ella—. No me refería a él. Mi marido no se conocía ni a sí mismo, imagínate a mí.

Ga le puso una mano en la mejilla y la miró al fondo de los ojos.

—Pues, entonces, ¿de quién hablabas?

Un Mercedes negro se detuvo ante la casa. Sun Moon miró al chófer, que bajó y le abrió la puerta. Ya no llevaba la nariz entablillada, pero le iba a quedar torcida para siempre.

—He aquí nuestro verdadero problema —declaró Sun Moon—. El hombre que me conoce y quiere que vuelva con él.

Se metió en la casa y fue a por su tablero de *chang-gi*.

—No les digas nada a los niños —le pidió antes de marcharse, y Ga la vio alejarse y subir al coche con rostro impasible, como si este hubiera ido a recogerla ya en incontables ocasiones. El coche se alejó lentamente, dando marcha atrás, y en el momento en que las ruedas cambiaron la hierba por la carretera, las oyó derrapar sobre el asfalto y supo que le acababan de quitar lo último que le importaba.

El supervisor del orfanato solía abrirle los dedos para quitarle la comida de las manos, y los chicos de Feliz Porvenir, a medida que iban muriendo, le habían arrebatado la idea de que había que darle la espalda a la muerte, que no podías tratarla como una compañera de letrina, o como la molesta figura de la litera de arriba, que silbaba en sueños. Al principio, los túneles le provocaban terror, pero al cabo de un tiempo habían empezado también a arrebatarle incluso eso, y con ello habían desaparecido también el miedo y el instinto de auto— preservación. Los secuestros lo habían reducido todo a una mera cuestión de vida o muerte. Y las minas de la Prisión 33, como si de bolsas de sangre se trataran, lo habían vaciado de su capacidad de discernimiento. Tal vez solo su madre le había arrebatado algo más esencial cuando lo había abandonado en Feliz Porvenir, aunque eso era solo una especulación, pues si le había dejado una marca, él nunca la había encontrado. A menos que la marca fuera él mismo.

Y, sin embargo, ¿qué lo había preparado para aquello, para ver cómo el Querido Líder tiraba del hilo que terminaría haciendo que se desmoronara? Sun Moon ya lo había advertido: cuando el Querido Líder quería que perdieras más cosas, te daba más cosas que perder. Y aquí lo tenía. ¿A qué búnker se la llevarían? ¿Qué alegres historias le contarían? ¿Qué elixires beberían mientras el Querido Líder se preparaba para divertirse de verdad?

Ga se dio cuenta de que los niños estaban junto a él, descalzos sobre la hierba. Entre ellos estaba el perro, que llevaba una capa atada al cuello.

—¿Adónde ha ido? —le preguntó el niño.

Ga se volvió hacia ellos.

—¿Alguna vez había venido un coche a por vuestra madre por la noche? —les preguntó.

La niña se quedó mirando fijamente la carretera oscura. Él se acuclilló para ponerse a la altura de los niños.

—Ha llegado el momento de que os cuente una historia importante —les dijo, y los dirigió hacia la luz de la casa—. Meteos en la cama. Estaré ahí enseguida.

Entonces Ga se volvió hacia la casa de Camarada Buc: antes tenía que encontrar respuestas.

El comandante Ga entró a través de la puerta lateral. En la cocina de Buc encendió una vela. La tabla de cortar estaba limpia, y la tina de lavar los platos, vacía y colocada boca abajo para la noche. Olía a judías fermentadas. Fue al comedor, donde reinaba una densa oscuridad. Se encendió otra cerilla con la uña del pulgar y se fijó en los muebles antiguos, las fotografías de las paredes, las insignias militares y el celadón de la familia, cosas que le habían pasado por alto cuando se habían sentado alrededor de la mesa y se habían pasado los cuencos con melocotones. En la casa de Sun Moon no había nada de todo eso. En la pared de Buc había una colección de largas pipas de fumar que trazaban la genealogía de los varones de la familia. Ga siempre había creído que quién vivía y quién moría, quién era rico o pobre, era algo aleatorio, pero ante aquella pared resultaba evidente que el linaje de aquella familia se remontaba a la corte Joseon, y que sus miembros eran descendientes de embajadores, eruditos y hombres que habían luchado en la guerra de guerrillas al lado de Kim Il-sung. No era casual que los que no eran nadie vivieran en barracones del Ejército, mientras que los que sí eran alguien

vivieran en casas en lo alto de las montañas.

Oyó un sonido mecánico en la habitación contigua, donde encontró a la esposa de Camarada Buc accionando el pedal de una máquina de coser mientras cosía un vestido blanco a la luz de una vela.

—Yoon ha crecido tanto que se le ha quedado pequeño —observó, y examinó la costura que acababa de coser pasándole la vela por encima—. Imagino que busca a mi marido.

Ga reparó en la calma de la mujer, propia de alguien acostumbrado a entablar amistad con desconocidos.

—¿Está aquí?

—Los americanos llegan mañana —dijo ella—. Lleva toda la semana trabajando hasta muy tarde y preparando todos los detalles de su plan de bienvenida.

—El plan es del Querido Líder —respondió Ga—. Acaba de llegar un coche, ¿lo ha oído? Se ha llevado a Sun Moon.

La mujer de Camarada Buc le dio la vuelta al vestido y volvió a examinarlo.

—El vestido de Yoon pasará a Jia —continuó—. El vestido de Jia pronto le irá bien a Hye-Kyo, y el de Hye-Kyo tendrá que esperar a Su-Kee, que casi no crece —explicó, y empezó una vez más a accionar el pedal—. Pronto podré doblar otro de los vestidos de Su-Kee y guardarlo. Así es como marco el paso del tiempo en nuestras vidas. Cuando sea vieja, espero que ese sea mi legado: una colección de vestidos blancos por estrenar.

—¿Sabe dónde puede estar Camarada Buc? ¿Con el Querido Líder, tal vez? Tengo coche, si supiera dónde está Sun Moon podría...

—Mi marido y yo no nos contamos nada —le respondió—. Es nuestra forma de velar por la seguridad de la familia y protegernos mutuamente. —Tiró de un hilo y colocó el vestido bajo la aguja de la máquina—. Mi marido me ha dicho que no tengo de qué preocuparme, que usted le ha hecho una promesa, que le ha dado su palabra y que por eso no corremos

ningún peligro. ¿Es verdad? ¿Le ha dado su palabra?

—Sí.

La mujer lo miró un instante y asintió con la cabeza.

—Aun así, es difícil saber qué nos depara el futuro. Esta máquina fue un regalo de boda. En el momento de dar mi promesa solemne, no habría imaginado que terminaría cosiendo prendas como estas.

—Pero al final, cuando llegue el momento —le dije yo—, ¿importará mucho qué lleven puesto?

—Antes tenía la máquina de coser junto a la ventana —le contó—, para poder ver el río mientras trabajaba. De niña pescaba tortugas en el Taedong y luego las soltaba con eslóganes políticos pintados en los caparazones. Echábamos las redes y cada noche llevábamos lo que habíamos pescado a los veteranos de guerra. ¿Y los árboles que ahora cortan? Los plantamos nosotros. Nos considerábamos las personas más afortunadas del país más afortunado del mundo. Ahora la gente se ha comido todas las tortugas y en lugar de peces hay solo anguilas de río. El mundo se ha convertido en una selva. Pero mis hijas no se irán como animales.

Ga habría querido contarle que en Chongjin nadie recordaba los viejos tiempos con nostalgia, pero lo que dijo fue:

—En América, las mujeres tejen unas mantas que cuentan una historia. Unen diferentes tipos de tela que narran su vida.

La mujer de Camarada Buc levantó el pie del pedal.

—¿Y qué historia iba a contar yo? —le preguntó—. ¿La de un hombre que llegó a la ciudad para destruir todo lo que tienes? ¿Dónde encontraría una tela capaz de contar cómo mató a tu vecino, ocupó su lugar y enredó a tu marido en un plan que te va a costar todo lo que posees?

—Es tarde —dijo el comandante Ga—. Disculpe si la he molestado.

Dio media vuelta, pero al llegar a la puerta la mujer lo llamó.

—¿Se ha llevado algo con ella, Sun Moon? —le preguntó.

—Un tablero de *chang-gi*.

La mujer de Camarada Buc asintió con la cabeza.

—Por la noche es cuando el Querido Líder busca inspiración —declaró.

Ga echó un último vistazo a la tela blanca y pensó en la niña que iba a llevar aquel vestido.

—¿Qué les cuenta? —le preguntó—. ¿Qué les dice cuando les prueba los vestidos? ¿Saben la verdad? ¿Saben que está ensayando para cuando llegue el final?

Ella se lo quedó mirando durante un instante.

—Jamás les hablo del futuro —contestó—. Eso es lo último que quiero. Cuando tenía la edad de Yoon, los domingos había helado gratis en el parque de Mansu y yo solía ir con mis padres. Ahora la furgoneta de los helados secuestra a los niños y los manda a los campos 9-27. Los niños no tendrían que pensar en esas cosas. Para mantener a mis niñas alejadas de la furgoneta de los helados, les digo siempre que los melocotones son el mejor postre del mundo, alardeo de que tenemos la última lata de melocotones y que un día, cuando la familia Buc alcance la felicidad suprema, nos daremos un festín a base de melocotones que sabrá mejor que todo el helado de Corea.

Cuando Ga entró en el dormitorio, *Brando* levantó la cabeza. El perro ya no llevaba la capa. Los niños estaban a los pies de la cama, con la preocupación pintada en el rostro. Ga se sentó junto a ellos, en el suelo.

Encima del anaquel estaba la lata de melocotones que iba a llevarse al día siguiente. ¿Cómo demonios les iba a contar lo que les quería contar? Decidió simplemente respirar hondo y empezar.

—A veces la gente hace daño a otra gente —dijo—. Es una pena, pero es así.

Los niños lo miraban atentamente.

—Hay gente que hace daño a los demás profesionalmente. Nadie disfruta con ello. Bueno, casi nadie. La historia que os quiero contar va sobre lo que pasa cuando dos de esas personas, de esos hombres que

hacen daño a los demás, se encuentran.

—¿Te refieres al taekwondo? —preguntó el niño.

Ga tenía que encontrar la forma de contarles que había matado a su padre, por feo que fuera. Porque si se marchaban a América creyendo que su padre seguía vivo, si esa mentira se cernía sobre ellos como la propaganda que circulaba acerca de su persona, en su recuerdo su padre se convertiría exactamente en eso: en una estatua de bronce que no guardaría apenas ningún parecido con el hombre que realmente había sido. Sin la verdad, sería tan solo otro nombre famoso, esculpido a cincel en la base de una estatua. Los niños tenían ante ellos una oportunidad única de saber quién era su padre, algo de lo que Ga no había gozado nunca. Y lo mismo sucedía con su casa: si no sabían nada sobre los DVD escondidos, el contenido del ordenador portátil, el significado de los destellos azules que llegaban del zoológico por la noche, su casa en lo alto del monte Taesong se convertiría en su recuerdo en una mera acuarela, artificial como una postalita. Asimismo, si no sabían qué papel había tenido él en sus vidas, lo recordarían apenas como un invitado que se había instalado en su casa por un motivo difuso, durante una temporada que no sabían precisar.

Pero, al mismo tiempo, no quería hacerles daño. Tampoco quería actuar en contra de los deseos de Sun Moon. Y, sobre todo, no quería ponerlos en peligro, influyendo en la actitud que pudieran tener al día siguiente. Lo ideal habría sido revelarles la verdad en el futuro, tener una conversación con ellos cuando fueran mayores. Necesitaba entregarles una botella con un mensaje que solo pudieran descifrar al cabo de los años.

—¿Has averiguado dónde está nuestra madre? —le preguntó la niña.

—Vuestra madre está con el Querido Líder —contestó él—. Estoy seguro de que está bien y que pronto volverá a casa.

—A lo mejor han quedado para hablar sobre la película —añadió la niña.

—Puede ser —asintió Ga.

—Espero que no —dijo el niño—. Si rueda otra película tendremos que volver al colegio.

—Yo quiero volver al colegio —aseguró su hermana—. Sacaba muy buenas notas en Teoría Social. ¿Quieres oír un fragmento del discurso que pronunció Kim Jong-il el Quince de Abril de Juche 86?

—Si vuestra madre tiene que ir a rodar una película, ¿quién cuidará de vosotros? —preguntó Ga.

—Alguno de los lacayos de nuestro padre —contestó la niña—. Sin ánimo de ofender.

—Vuestro padre —dijo Ga—. Es la primera vez que os oigo hablar de él.

—Está en una misión —aseguró la niña.

—Una misión secreta —añadió el niño—. Le encargan muchas.

Tras un momento de silencio, la niña volvió a hablar.

—Has dicho que nos ibas a contar una historia.

El comandante Ga respiró hondo.

—Para entender la historia que os quiero contar, antes tenéis que saber unas cuantas cosas. ¿Habéis oído hablar alguna vez de un túnel de incursión?

—¿Un túnel de incursión? —preguntó la niña, esbozando una mueca de repugnancia.

—¿Y qué me decís de los yacimientos de uranio? —siguió diciendo Ga.

—Cuéntanos otra historia sobre un perro —le pidió el niño.

—Eso —aprobó su hermana—. Pero esta vez que vaya a América y coma comida enlatada.

El comandante Ga consideró la idea un instante y se preguntó si sería capaz de inventar una historia que ahora les pareciera natural, pero que más tarde, cuando los niños reflexionaran sobre ella, les transmitiera el mensaje que quería comunicarles.

—Un equipo de científicos recibió la orden de encontrar dos perros —

empezó diciendo—. Uno tenía que ser el perro más listo de Corea del Norte, y el otro el más valiente. El objetivo era enviar a los dos perros a cumplir una misión ultra-secreta juntos. Los científicos visitaron todas las granjas de perros del país e inspeccionaron las perreras de todas las prisiones y de todas las bases militares. Primero los perros tenían que utilizar un ábaco con las patas y luego tenían que luchar contra un oso. Después de que todos los perros fracasaran, los científicos se sentaron en la acera, con la cabeza entre las manos, temerosos de contárselo a los ministros.

—Eso les pasó por no probar a *Brando* —dijo el niño.

Al oír su nombre, *Brando* dio un respingo en sueños, pero no se despertó.

—Exacto —convino el comandante Ga—. Pero justo en ese momento, *Brando* apareció andando por la calle con un orinal en la cabeza.

El niño soltó una carcajada e incluso la niña sonrió un poco. De repente, Ga se dio cuenta de que era mejor que la historia les resultara útil en aquel momento, no más adelante. Si conseguía que en la historia el perro llegara a América oculto en un barril que subirían a un avión americano, podía inculcar en los niños las instrucciones básicas que necesitarían durante la huida del día siguiente: qué debían hacer cuando los metieran en los barriles, cómo debían guardar silencio, qué movimientos podían esperar y cuánto tiempo debía pasar hasta que gritaran para que los sacaran de ahí.

—¿Un orinal? —se extrañó el niño—. ¿Cómo había terminado con un orinal en la cabeza?

—¿Y tú qué crees? —respondió Ga.

—¡Puaj! —exclamó el niño.

—El pobre *Brando* no entendía quién había apagado la luz —prosiguió Ga—. Todo retumbaba dentro del orinal. Avanzó calle abajo, chocando contra todo lo que se le ponía por delante, pero los científicos creyeron que había ido a presentarse a las pruebas. ¡Qué valiente tenía que ser un

perro para presentarse voluntariamente para luchar contra un oso!, pensaron los científicos. ¡Y era tan listo que incluso se había puesto una armadura!

El niño y la niña soltaron una carcajada larga y genuina.

La preocupación había desaparecido totalmente de sus miradas, y Ga se preguntó si no sería mejor que la historia no tuviera ningún objetivo, que no fuera nada más que una historia, espontánea y original, que discurriera de forma natural hacia su conclusión.

—Los científicos se abrazaron y celebraron su hallazgo —siguió contando Ga—. Entonces llamaron por radio a Pyongyang y anunciaron que acababan de encontrar el perro más extraordinario del mundo. Pero los satélites americanos interceptaron el mensaje y...

El niño tiró de la manga de Ga. El pequeño seguía riendo y tenía una sonrisa en los labios, pero por algún motivo se había puesto un poco más serio.

—Te quiero decir una cosa —dijo el niño.

—Soy todo oídos —respondió Ga.

Pero entonces el pequeño se quedó callado y bajó la mirada.

—Vamos —le espetó la niña, pero al ver que su hermano no respondía se volvió hacia Ga—. Te quiere decir cómo se llama. Mamá nos dijo que no pasaba nada, que si queríamos te lo podíamos decir.

Ga miró al niño.

—¿Es verdad? ¿Es eso lo que me quieres decir?

El niño asintió en silencio.

—¿Y tú? —le preguntó Ga a la niña, que también bajó la mirada.

—Creo que sí —dijo.

—No hace falta —repuso Ga—. Los nombres vienen y van. Los nombres cambian. Yo ni siquiera tengo nombre.

—¿En serio? —preguntó la niña.

—Bueno, supongo que sí tengo uno —admitió Ga—. Pero no sé cuál es. Si mi madre lo escribió en alguna parte de mi cuerpo antes de dejarme en

el orfanato, se borró.

—¿En el orfanato? —preguntó la niña.

—El nombre y la persona son dos cosas distintas —afirmó Ga—. No recordéis nunca a nadie por su nombre. Si queréis mantener a alguien con vida, guardadlo en vuestro interior, grabaos su rostro en el corazón. Así, estéis donde estéis, ese alguien os acompañará siempre, porque será parte de vosotros. —Ga les puso las manos sobre los hombros—. Lo importante sois vosotros, no vuestros nombres. Y yo no os olvidaré nunca.

—Hablas como si te fueras a ir a alguna parte —dijo la niña.

—No —dijo Ga—. Yo me quedo aquí.

Finalmente el niño volvió a levantar la cabeza; estaba sonriendo.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Ga.

—Los espías americanos —respondió el niño.

Noticias tristes, ciudadanos, pues el camarada más anciano del país ha muerto a la edad de ciento treinta y cinco años. ¡Te deseamos un buen viaje al más allá, viejo amigo, y esperamos que recuerdes con cariño los días que pasaste en la nación más feliz y longeva de la Tierra! Ciudadanos, aprovechad el día de hoy para dedicar un gesto de respeto a un anciano de vuestro bloque de viviendas: ayudadlo a subir los bloques de hielo a su piso o sorprendedlo con un cuenco de sopa de flor de cebollino. Eso sí, ¡que no pique demasiado!

Y una advertencia, ciudadanos: no toquéis los globos que llegan volando a través de la zona desmilitarizada. El ministro de Seguridad Pública ha determinado que dichos globos y los mensajes de propaganda que transportan contienen un gas nervioso letal que tiene como objetivo

acabar con la vida de los civiles inocentes que los encuentren.

¡Pero también tenemos buenas noticias, ciudadanos! El famoso ladrón de limpiaparabrisas ha sido detenido. Se requiere la presencia de todos los ciudadanos mañana por la mañana en el estadio de fútbol. Y más buenas noticias: han empezado a llegar envíos de sorgo del campo. Visítad vuestra central de racionamiento para obtener generosas raciones de esta deliciosa fécula. El sorgo no solo fortalece los intestinos, sino que también tiene un gran efecto sobre la virilidad masculina. Eso sí, la destilación de sorgo para elaborar licor de *goryangju* no está permitida este año. Se anuncian inspecciones de loza aleatorias.

Pero seguramente la mejor noticia, ciudadanos, es que ha llegado la hora del siguiente episodio de la Mejor Historia Norcoreana del año. ¡A medida que nos acercamos al final de la historia, se van alzando los gritos de los ciudadanos pidiendo más! Pero no habrá una secuela, ciudadanos. La conclusión de esta historia es definitiva.

Olvidad por un momento, ciudadanos, que estáis fabricando prendas de vinalón, o maniobrando un torno industrial, e imaginad la siguiente escena: es tarde y la luna plateada brilla en el cielo, mientras Pyongyang duerme. Los faros de un coche recorren las imponentes estructuras de la ciudad, rumbo al norte, por la carretera del aeropuerto. En el horizonte ya se adivina la silueta de los Estudios Cinematográficos Centrales, los mayores estudios de cine del planeta. Con sus hectáreas y hectáreas de barracones Quonset interconectados, los estudios poseen unas instalaciones incomparables, de las que salió ni más ni menos que Sun Moon, la mujer a la que deben su existencia.

Las puertas onduladas de los estudios se abrieron para ella y de dentro salió una potente luz. Bañado en ese resplandor la esperaba para saludarla ni más ni menos que la figura más carismática del mundo, el Reverendísimo General Kim Jong-il. El Querido Líder le extendió los brazos e intercambiaron gestos de fraternidad socialista.

En el ambiente flotaba un fuerte olor a comida texana, con grandes

tajadas de lomo de cerdo y una pasta llamada *mac-a-roni*. Cuando el Querido Líder la acompañó dentro, Sun Moon descubrió música, gimnastas y carretillas elevadoras que se movían al compás.

—Creía que la extravagante recepción a los americanos iba a tener lugar en el aeropuerto —se sorprendió.

—Y así será —respondió el Querido Líder—. Pero los preparativos deben tener lugar a puerta cerrada, para protegernos de los espías.

El Querido Líder la cogió por los brazos y le dio un apretón bajo el satén.

—Estás bien de salud, ¿verdad? ¿Te encuentras bien?

—No necesito nada, Querido Líder —dijo ella.

—Magnífico —respondió él—. Y ahora hágame de la americana: ¿cuántas pastillas de jabón necesitaste para limpiar a una chica tan sucia, sucísima?

Sun Moon empezó a hablar, pero el Querido Líder la interrumpió:

—No, espera, no me lo digas aún. Resérvate las opiniones para más tarde. Primero te quiero dar algo, un regalito, por así decirlo.

Los dos empezaron a cruzar el estudio. Cerca de las cámaras acorazadas a prueba de bomba se había instalado el Pochonbo Electronic Ensemble, que interpretaba su último éxito, *Un arcoíris de reunificación*. Un ballet de carretillas elevadoras bailaba al ritmo de la alegre música, con palés cargados de ayuda alimentaria para los americanos: levantaban la carga, daban vueltas, giraban rápidamente sobre sí mismas y avanzaban marcha atrás. Lo más impresionante, sin embargo, era el enorme grupo de niños gimnastas vestidos con uniformes coloridos. Cada pequeño bailarín tenía como pareja de baile a un barril de cien litros. Los niños voltearon los barriles de plástico blanco como si fueran peonzas, los hicieron girar como si se movieran por sí mismos y de pronto (¡sorpresa!) treparon encima y empezaron a avanzar al unísono, rodando hacia las carretillas mecánicas, que los iban amontonando y cargando en el avión americano. Sinceramente, ciudadanos, ¿alguna vez alguien ha alimentado a los

hambrientos con semejante precisión y alegría?

A continuación se acercaron a tres maniqués de costura en los que se exponían sendos *choson-ots*, y Sun Moon contuvo el aliento ante su increíble belleza. Se detuvieron ante ellos.

—Es un regalo demasiado generoso —declaró, admirando el trío de vestidos de satén, que desprendían un brillo casi metálico: uno blanco, otro azul y otro rojo.

—¿Qué, esto? —dijo el Querido Líder—, No, los vestidos no son el regalo. Te los pondrás mañana, te vestirás con los colores de la bandera de la República Popular Democrática de

Corea: el blanco para recibir a los americanos, el azul cuando interpretes tu composición de *blues* en honor a la remera americana, y el rojo cuando acompañes a la remera a su destino americano. Eso es lo que pasará, es lo que has elegido, ¿verdad?

—¿No podré llevar mi propio vestido? —preguntó ella—. Ya he elegido uno.

—Me temo que la decisión está tomada —dijo él—. O sea que no pongas mala cara, por favor.

Entonces el Querido Líder se sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó. Dentro Sun Moon encontró dos entradas.

—¿Para qué son? —quiso saber.

Entonces vio que se trataba de entradas oficiales para el estreno de *Mujer de solaz*.

—Son para el sábado que viene —observó.

—Hemos tenido que cancelar una ópera —aseguró el Querido Líder—. Pero es importante tener las prioridades claras, ¿no?

—Mi película —dijo ella, con expresión de incredulidad—. ¿Finalmente se va a proyectar?

—Asistirá todo Pyongyang —le prometió el Querido Líder—. Si por algún motivo a tu marido le asignan una misión, ¿me harías el honor de acompañarme en el palco de honor?

Sun Moon miró al Querido Líder fijamente a los ojos. Le costaba mucho comprender que alguien tan poderoso y generoso pudiera interesarse por una humilde ciudadana como ella. Pero recordad, ciudadanos, que con el Querido Líder todo es posible. Recordad que su único deseo es estrecharos a todos en un eterno abrazo protector.

—Ven —la instó el Querido Líder—, hay más.

Sun Moon vio que en el otro extremo del estudio se había reunido una orquesta. Los dos se dirigieron hacia allí, dejando atrás una infinidad de piezas de atrezzo totalmente desconocidas para la actriz: una hilera de todoterrenos americanos y varios percheros llenos de uniformes de soldado que habían pertenecido a imperialistas caídos durante la guerra. Allí había también un modelo a escala del monte Paektu, lugar de nacimiento del glorioso líder Kim Jong-il, ¡nacido tan cerca del sol! ¡Paektusan, que tus magistrales picos se eleven hasta los cielos!

—Es el momento de hablar de tu próxima película —comenzó el Querido Líder sin dejar de caminar.

—He estado ensayando los diálogos —dijo la mujer.

—¿De *Sacrificios finales*? —preguntó el Querido Líder—. Ya te puedes deshacer de ese guion. He cambiado de opinión: una historia sobre maridos de reemplazo no es digna de ti. Ven, te mostraré tus próximos proyectos.

Llegaron a un lugar donde había tres caballetes rodeados por músicos vestidos de esmoquin. Y ahí, vestido también de esmoquin, estaba Dak-Ho, el productor cinematográfico estatal. Su resonante voz de tenor le había permitido ser la voz en *off* de todas las películas de Sun Moon. Dak-Ho levantó el paño que cubría el primer caballete y desveló el cartel de la nueva película. En este aparecía una Sun Moon tan embelesada que apenas cabía dentro del uniforme, fundida en un abrazo con un oficial de la Marina, los dos rodeados por un halo de torpedos. Pero he aquí la sorpresa, ciudadanos: ¡el oficial que la abraza lleva uniforme surcoreano!

— *La flota diabólica* —anunció Dak-Ho, con voz grave y potente.

La orquesta empezó a interpretar la banda sonora de la película, una melodía tensa y siniestra.

—En un mundo de peligros e intrigas —siguió diciendo Dak-Ho—, una mujer descubre que un corazón puro es la única arma capaz de repeler la amenaza imperialista. Sun Moon, única superviviente de un asalto surcoreano ilegal contra su submarino, se ve obligada a revelar información acerca de las defensas de la flota de la República Popular Democrática de Corea. Poco a poco, sin embargo, empieza a mostrarle a su apuesto captor que el verdadero prisionero es él, encarcelado por las manipulaciones del régimen americano. En el increíble clímax de la historia, el oficial surcoreano apunta sus pistolas contra el auténtico enemigo.

El Querido Líder esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—El submarino que vamos a utilizar para las escenas iniciales ya está amarrado en el Taedong —dijo—. Y, en este preciso instante, uno de nuestros destacamentos navales se encuentra en unas aguas en litigio, con órdenes de localizar y capturar un helicóptero de combate de la República de Corea.

El Querido Líder chasqueó los dedos y Dak-Ho desveló el segundo cartel de la película. Los violines atacaron un estribillo al mismo tiempo vigoroso e inspirador.

— *El muro flotante* —empezó a decir Dak-Ho, pero el Querido Líder lo cortó.

—Esta película será una biografía de la primera mujer Pubbyok —contó el Querido Líder, que señaló a la bella y resuelta protagonista del póster y resaltó el intenso brillo de su insignia y la decisión de sus ojos, fijos en un horizonte mejor—. En este papel obtendrás resultados: resolverás casos y demostrarás que una mujer puede ser tan fuerte como cualquier hombre.

El Querido Líder se volvió hacia ella para ver cuál era su reacción.

—Pero... —repuso Sun Moon, señalando el póster—. Lleva el pelo

demasiado corto.

—¿He mencionado ya que se trata de una historia real? —preguntó el Querido Líder—. Acaban de contratar a una mujer en la División 42.

Pero Sun Moon negó con la cabeza.

—No puedo actuar con el pelo tan corto —protestó.

—El personaje es una Pub yok —insistió el Querido Líder—. O sea que tiene que llevar el pelo corto. No es propio de ti asustarte ante el realismo: siempre has sido una actriz que se mete de lleno en sus papeles.

El póster de la tercera película continuaba oculto, pero a Sun Moon se le entristeció el rostro y, a pesar de sus esfuerzos, se puso a llorar. Entonces se cruzó de brazos y empezó a alejarse.

Fijaos, ciudadanos, qué sensibilidad tan exquisita. El ciudadano atento se percatará de que no existe otra actriz tan pura que pueda interpretar estos papeles, y que si alguien nos robara a Sun Moon, nos estaría robando también todos esos personajes. Das películas en sí desaparecerían de la posteridad. En la práctica, equivaldría a un secuestro del futuro del cine en nuestro país, que es patrimonio no solo de nuestros patrióticos ciudadanos, sino de todo el mundo.

El Querido Líder se le acercó.

—Dime que se trata de lágrimas de felicidad por favor.

Sun Moon asintió, sin dejar de llorar.

—¿Qué sucede? —insistió el Querido Líder—. Adelante, a mí me lo puedes decir.

—Lloro solo porque mi madre no podrá asistir al estreno de *Mujer de solaz* —dijo—. Desde que se retiró a Wonsan no me ha escrito nunca, ni una sola vez. Me la estaba imaginando en el primer pase de *Mujer de solaz*, presenciando la historia de su propia madre en la pantalla.

—No te preocupes, me encargaré de ello. Seguramente tu madre no tiene papel de carta, o a lo mejor ha habido un retraso en la distribución de sellos a la costa este. Esta noche haré unas llamadas. Confía en mí, no hay nada que yo no pueda conseguir. Recibirás una carta mecanografiada

de tu madre mañana por la noche.

—¿Eso es verdad? —quiso saber ella—. ¿Puedes conseguir todo lo que quieras?

El Querido Líder le enjugó las lágrimas con los pulgares.

—Es increíble lo lejos que has llegado —le dijo—. Tanto que a veces se me olvida. ¿Recuerdas la primera vez que me fijé en ti? —le preguntó, y negó con la cabeza, recordando un momento lejano—. Ni siquiera te llamabas Sun Moon —añadió. Entonces alargó la mano y le tocó la oreja—. Recuerda que para mí no tienes secretos. Por eso estoy aquí: yo soy la persona a quien te muestras tal como eres. Tú dime solo qué necesitas.

—Por favor —rogó Sun Moon—. Concédeme el placer de ver a mi madre en el estreno.

Ciudadanos, ciudadanas, la nuestra es una cultura que respeta a los ancianos y que reconoce su necesidad de descanso y de soledad durante los últimos años de su vida. ¿Acaso no se han ganado el derecho al reposo tras toda una vida de trabajo? ¿No es normal que el mejor país del mundo brinde un poco de silencio a sus mayores? Sin duda, todos querríamos que nuestros padres se mantuvieran eternamente ágiles y activos, y que nunca se separaran de nuestro lado. Escucha, Sun Moon, cómo la gente chasca la lengua ante tu petición. ¿No ves lo egoísta que es importunar a tu madre con un arduo viaje, en el que es posible que pierda la vida, todo para satisfacer tus deseos? Pero levantamos las manos con gesto de desesperación, pues ¿quién le puede negar algo a Sun Moon? Ella es siempre la excepción, tan puras son sus emociones.

—Se sentará en la primera fila —le aseguró el Querido Líder—. Tienes mi palabra.

Ciudadanos, si el Querido Líder lo dice, no hay nada más que añadir. Ya nada podría impedir que la madre de Sun Moon asistiera al estreno de la película. Solo un acontecimiento totalmente imprevisible (un accidente ferroviario, tal vez, o una inundación regional) podría frustrar el feliz reencuentro. ¡Solo una cuarentena por difteria o un ataque militar furtivo

podría evitar que los sueños de Sun Moon se cumplieran!

El Querido Líder le puso una mano en el hombro, en un gesto de apoyo socialista.

—¿Acaso no seguí todas las reglas? —le preguntó.

Ella guardó silencio.

—Tengo que recuperarte —le dijo—. Debemos volver a nuestro acuerdo.

—Era un pacto —puntualizó ella.

—Es cierto. Pero, ¿acaso no cumplí con mi parte? ¿No me avine a todas tus normas? Contesta, ¿alguna vez actué en contra de tu voluntad? ¿Puedes nombrar una sola afrenta?

Ella negó con la cabeza.

—Exacto —dijo el Querido Líder, subiendo el tono—. Por eso tienes que decidir volver, lo tienes que decidir ahora mismo. Ha llegado la hora —añadió bruscamente, tal era la preocupación paternal que ella le provocaba. Entonces se concedió un instante de pausa e inmediatamente recuperó su encantadora sonrisa—. Y ya, ya sé que tendrás nuevas reglas, no dudo de ello. Serán unas reglas imposibles, complicadísimas. Ya me estoy imaginando tu regocijo en el momento de dictármelas, pero ya te digo que sí, acepto de antemano todas tus nuevas reglas —aseguró el Querido Líder, abriendo mucho los brazos en un gesto preñado de posibilidades—. Tú solo regresa, será como en los viejos tiempos. Jugaremos al Chef de Hierro con el personal de cocina y me ayudarás a responder las cartas de mis admiradores. Cogeremos mi tren sin un objetivo concreto y pasaremos la noche en un vagón de karaoke. ¿No echas de menos inventar nuevos tipos de *maki*? ¿Recuerdas cuando jugábamos al *chang-gi* junto al lago? Podríamos celebrar un torneo este fin de semana, mientras tus hijos van de aquí para allá en mis motos acuáticas. ¿Lo has traído?

—Está en el coche —contestó ella.

El Querido Líder sonrió y le preguntó:

—¿Cómo iba nuestra competición? Ya no recuerdo el resultado.

—Creo que cuando me marché iba varios juegos por detrás.

—No me dejarías ganar, ¿verdad? —quiso saber él.

—Tranquilo, la compasión no va conmigo —le aseguró.

—Esa es mi Sun Moon.

El Querido Líder le enjugó las lágrimas, ya casi secas.

—Compón una canción para la partida de nuestra Remera Nocturna.

Despídela cantando por todos nosotros, por favor. Y ponte ese *choson-ot* para mí, ¿quieres? Dime que te lo pondrás. Tú solo pruébatelo; pruébatelo y mañana enviaremos a la dichosa americana al lugar dejado de la mano de Dios que la crio.

Sun Moon bajó la mirada y asintió, lentamente.

El Querido Líder la imitó y asintió también.

—Muy bien —aprobó en voz baja.

Entonces levantó un dedo y ¿quién apareció sentado a horcajadas sobre una carretilla elevadora sino Camarada Buc, con la frente perlada de sudor? ¡Pero no lo miréis, ciudadanos! Apartad los ojos de su artera mirada.

—Para proteger la modestia de Sun Moon —le dijo el Querido Líder—, va a necesitar algún tipo de vestidor en el aeropuerto.

Camarada Buc soltó un suspiro.

—Dispondrá del mejor —aseguró.

Entonces el Querido Líder la tomó del brazo y se la llevó hacia las luces y la música.

—Ven —le dijo—. Te quiero enseñar una película. La visita de los americanos me ha hecho pensar en vaqueros y justicieros fronterizos, y he escrito un *western*. Vas a interpretar el papel de la pobre esposa de un vaquero explotada por los terratenientes capitalistas. Cuando un *sheriff* corrupto acusa al vaquero de robar una...

Sun Moon lo interrumpió.

—Prométeme que no le pasará nada —le rogó Sun Moon.

—¿A quién? ¿Al vaquero?

—No, a mi marido. O quienquiera que sea —repuso—. Es un hombre de buen corazón.

—En este mundo —declaró el Querido Líder—, esa es una promesa que no puede hacer nadie.

El comandante Ga fumaba en el porche y escrutaba la carretera con los ojos entornados, buscando alguna señal que le indicara que el coche regresaba para devolverle a Sun Moon. Oyó el ladrido lejano de un perro en el zoológico y se acordó de otro perro que había visto hacía tiempo, en una playa, montando guardia ante las olas para alguien que no volvería jamás. Había personas que aparecían en tu vida y te lo quitaban todo, la mujer de Camarada Buc tenía razón en eso. Saberse una de esas personas había sido asqueroso. Él había sido ya el que te lo quitaba todo, el que se llevaban y el que dejaban atrás, pero dentro de unas horas iba a saber qué se sentía cuando eras las tres cosas a la vez.

Apagó el cigarrillo. En la barandilla había aún semillas de apio de las trampas para pájaros del niño. Ga las hizo girar con un dedo y contempló la ciudad, oscura en la superficie, pero que acogía en sus entrañas un laberinto de búnkeres iluminados. En uno de esos búnkeres, estaba convencido, se encontraba Sun Moon. ¿Quién se había inventado aquel lugar? ¿Quién lo había hecho realidad? La esposa de Camarada Buc había considerado la idea de un edredón como algo repugnante y ridículo. ¿Dónde estaban el estampado y la tela que iban a permitir a alguien tejer la historia de una vida en aquel lugar? Si algo había aprendido del verdadero comandante Ga tras vestirse con su ropa y dormir en su cama, era que este era un producto de aquel lugar. En Corea del Norte no nacías, te hacías, y aquella noche el hombre que se encargaba de hacer las cosas se había quedado trabajando hasta tarde. Las semillas sueltas de la barandilla lo llevaron hasta una montaña de semillas. Ga alargó la mano, lentamente. ¿De dónde sacaba la esposa de Camarada Buc la serenidad que mostraba ante todo aquello? ¿Cómo sabía lo que había que hacer? De pronto crujió una rama, cayó una piedra, se tensó un hilo y un pequeño nudo atrapó el dedo de Ga.

Registró toda la casa buscando información, aunque no sabía ni de qué tipo ni para qué. Revisó la colección de vino de arroz del comandante Ga y comprobó cada botella. Se subió a una silla y, con la ayuda de una vela, echó un vistazo a la colección de pistolas amontonadas de cualquier manera en el armario de arriba de la cocina. En el túnel, examinó con la mirada todos los DVD buscando alguno que tratara sobre su situación, pero al parecer los americanos no hacían películas de ese tipo. Estudió las fotografías de las cubiertas y leyó los argumentos, pero ¿dónde iba a encontrar una película que no tuviera principio, con una parte central despiadada y un desenlace que se repitiera una y otra vez? Leer en inglés le provocó dolor en los ojos, y entonces empezó a pensar en inglés, lo que lo obligó a pensar en el día siguiente, y por primera vez le entró un miedo aterrador. No lograría quitarse el inglés de la cabeza hasta que oyera la voz de Sun Moon.

Cuando finalmente llegó su coche, el comandante Ga estaba echado en la cama, intentando relajarse, con la respiración inconsciente, elemental, de los niños. La oyó entrar en la casa oscura, ir a la cocina y servirse un vaso de agua con el cucharón. Cuando abrió la puerta de la cocina, Ga buscó a tientas la caja de cerillas y sacó una.

—No lo hagas —le dijo ella.

Él temió que le hubieran hecho daño o que la hubieran marcado de alguna forma, que le hubieran infligido algún tipo de castigo y que intentara ocultarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —respondió ella.

La oyó cambiarse de ropa. A pesar de la oscuridad, visualizó perfectamente cómo se desnudaba y colgaba las prendas en el respaldo de la silla, y cómo apoyaba una mano en la pared para mantener el equilibrio, mientras se ponía la combinación que llevaba para dormir. Percibió sus movimientos en la oscuridad, tocando la cara de los niños, asegurándose de que estaban bien y que dormían.

Cuando se metió bajo las sábanas, Ga encendió una vela y ahí estaba, iluminada bajo la luz dorada.

—¿Dónde te ha llevado? —le preguntó—. ¿Qué te ha hecho?

Escrutó su rostro, buscando en ella alguna señal de lo que había pasado.

—No me ha hecho daño —lo tranquilizó—. Tan solo me ha mostrado un destello de cómo será el futuro.

Ga vio los tres *choson-ots*, uno rojo, uno blanco y uno azul, colgados en la pared.

—¿Los vestidos son parte de ese futuro? —le preguntó.

—Me los tengo que poner mañana. ¿No pareceré una de esas guías turísticas patrióticas del Museo de la Guerra?

—¿Y no puedes llevar tu propio vestido, el plateado?

Ella negó con la cabeza.

—Así pues, te vas a marchar como la corista en que quiere convertirte —dijo Ga—. Ya sé que no es lo que tú querías, pero lo importante es que te marches. Porque no has cambiado de opinión, ¿verdad? Todavía quieres irte, ¿no?

—Todavía queremos irnos, ¿no? —respondió ella. Entonces algo llamó su atención y volvió la mirada hacia la repisa vacía de la chimenea—. ¿Dónde está la lata de melocotones?

Ga tardó un instante en responder.

—La he tirado por la ventana —dijo—. Ya no la necesitamos.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Y si alguien la encuentra y se la come? —preguntó ella.

—Antes he abierto la tapa para que se derramaran —le explicó Ga.

Sun Moon ladeó la cabeza.

—¿Me estás mintiendo?

—No, claro que no.

—¿Puedo confiar en ti?

—La he tirado porque no vamos a seguir ese camino —le explicó—. Vamos a elegir otro, uno que lleve a una vida como la de la película

americana.

Sun Moon se tendió boca arriba y contempló el techo.

—Pero bueno, ¿y tú? —preguntó Ga—. ¿Por qué no me cuentas qué has hecho tú?

Ella se subió las sábanas y las agarró con las dos manos,

—¿Te ha puesto las manos encima?

—En este mundo hay cosas que pasan —admitió—. ¿Qué se puede decir al respecto?

Ga esperó a que añadiera algo, pero Sun Moon no dijo nada más.

Al cabo de un rato soltó un resoplido.

—Ha llegado el momento de que intimemos —decidió entonces Sun Moon—. El Querido Líder sabe muchas cosas sobre mí. Cuando estemos a salvo en el avión te contaré mi historia, si es lo que quieres. Pero de momento, esta noche te voy a revelar las cosas que él no sabe de mí.

Giró el cuello hacia la vela y la apagó de un soplo.

—El Querido Líder no tiene ni idea de que mi marido y el comandante Park conspiraban contra él. El Querido Líder no sabe que detesto su constante karaoke, que no he cantado una canción por placer en mi vida. No tiene ni idea de que su mujer me mandaba notas; les ponía un sello para tentarme a abrirlas, pero no lo hice nunca. Nunca ha sabido que en cuanto empieza a confiarme sus viles secretos, dejo de escucharlo. Nunca le contaría lo mucho que te odié por hacerme comer una flor, cómo te detesté por obligarme a romper mi promesa de no comer nunca más como una persona hambrienta.

Ga quería encender la vela, ver si estaba enfadada o asustada.

—De haberlo sabido... —empezó a decir.

—Déjame terminar —lo cortó ella—. Si me interrumpes no lo podré decir todo. No sabe que el objeto más valioso que poseía mi madre era una cítara de acero. Tenía diecisiete cuerdas y la parte posterior, lacada en negro, era tan brillante que te podías ver reflejado en ella. La noche anterior a la muerte de mi hermana, mi padre llenó el cuarto con el vapor

de hierbas hirviendo y mi madre nos inundó con música *san-jo*, que resonaba en la oscuridad mientras mi madre sudaba entre los destellos de las cuerdas metálicas. Con ese sonido pretendía desafiar la luz que, al llegar el alba, se llevaría a su pequeña. El Querido Líder no sabe que por las noches busco a mi hermana con la mano. Y cada vez, cuando no la encuentro, me despierto. Nunca le contaría que aún llevo esa melodía grabada en la mente.

»El Querido Líder conoce mi historia elemental, los meros hechos. Sabe que a mi abuela se la llevaron a Japón para convertirla en mujer de solaz, pero sería incapaz de comprender por lo que pasó, y por qué volvió a casa habiendo aprendido solo canciones tristes. Como no podía hablar de esos años, era importante que sus hijas aprendieran esas canciones. Aunque, eso sí, se las tuvo que enseñar sin letra: tras la guerra, el simple hecho de saber japonés podía costarte la vida. Les enseñó las notas y cómo llenarlas de sentimiento. Eso fue lo que aprendió en Japón: a tocar una cuerda de modo que su sonido contuviera algo que no estaba ahí, a ocultar en una nota todo lo que la guerra se había tragado. El Querido Líder no comprende que lo que espera de mí es exactamente lo mismo.

»No sabe que la primera vez que me oyó cantar, yo le cantaba a mi madre, que estaba encerrada en otro vagón del tren, para que no desesperara. Viajábamos con cientos de personas más en un tren de recolocación, rumbo a un campo de reeducación, todos con un corte reciente en la oreja. Eso fue después de que se llevaran a mi hermana mayor a Pyongyang por su belleza; después de que, como familia, decidiéramos que mi padre intentara sacar a mi hermana pequeña del país; y después de que el plan fracasara, de que perdiéramos a mi hermana, de que declararan que mi padre era un desertor, y de que mi madre y yo nos convirtiéramos en familiares de un desertor. Era un viaje largo, el tren avanzaba tan despacio que los cuervos se posaban sobre el techo del vagón e iban de aquí para allá entre los respiraderos, observándonos como si fuéramos grillos a los que no podían acceder. Mi

madre iba en otro vagón. Hablar estaba prohibido, pero cantar no. Yo cantaba *Arirang* para que supiera que estaba bien, y ella me devolvía la canción para decirme que aún estaba conmigo.

»Nuestro tren se detuvo en una vía muerta para dejar pasar otro convoy. Resultó que se trataba del tren a prueba de balas del Querido Líder, que se detuvo para que los dos conductores pudieran intercambiar información sobre el estado de las vías. Los rumores pronto circularon a través de los vagones y se extendió un pánico silencioso por lo que iba a sucedemos. Algunos empezaron a especular en voz alta sobre lo que sucedía en otros vagones, comentaron que se estaban llevando a algunos de los viajeros, de modo que me puse a cantar tan fuerte como pude, con la esperanza de que mi madre me oyera por encima de los murmullos de angustia.

»De repente la puerta de nuestro vagón se abrió y los guardas le pegaron una paliza a un hombre para que se arrodillara. Cuando le ordenaron que se inclinara, obedecimos todos. Y entonces, iluminado desde atrás por una luz deslumbrante, apareció el Querido Líder.

»—¿He oído un pajarito cantor? —preguntó—. Decid, ¿quién de entre vosotros es ese pajarito abandonado?

»Nadie habló.

»—¿Quién ha cogido nuestra melodía nacional y la ha adornado con tanta emoción? —insistió el Querido Líder, paseando entre las hileras de personas arrodilladas—. ¿Quién es la persona capaz de destilar de esta manera el corazón humano y llenar con su melodía la copa del cielo patriótico? Por favor, quien sea, que termine la canción. ¿Cómo puede existir sin un final?

»De rodillas, y con las mejillas surcadas de lágrimas, me puse a cantar:

Arirang, Arirang, arariyó, cruzo el monte Arirang.
Te creí cuando me dijiste

que íbamos al monte Arirang a celebrar un picnic primaveral.

Arirang, antes de que te alejes diez pasos de mí te fallarán los pies.

»El Querido Líder cerró los ojos y sonrió. Yo no sabía qué era peor, si disgustarlo o complacerlo. Lo único que sabía era que mi madre no sobreviviría sin mí.

Arirang, Arirang, arariyó, Arirang solitario,
con una botella de vino de arroz oculta bajo la falda.

Te busqué, amor, en nuestro lugar secreto, en Odong, el bosque de Odong.

Arirang, Arirang, devuélveme mi amor.

»Cuando terminé, el Querido Líder pareció no oír la débil canción que me respondía.

»Me llevaron a su tren privado, cuyas ventanas eran tan gruesas que filtraban una luz verde e irreal. Allí me pidió que recitara unas frases de una historia que había escrito, titulada *Que se mueran los tiranos*. ¿Cómo es posible que no notara el olor a pis que yo desprendía, ni ese tufo a hambre que te sube por la garganta y te infecta el aliento? Pronuncié las palabras, aunque en ese estado no significaban nada para mí. Apenas logré terminar la primera frase sin sucumbir.

»—Bravo —aprobó entonces el Querido Líder, y me dedicó un aplauso—. Dime que memorizarás mis frases —dijo—. Dime que sí, que aceptas

el papel.

» ¿Cómo iba a saber que en realidad yo no entendía qué era una película, que solo había oído óperas revolucionarias? ¿Cómo iba yo a comprender que en el tren del Querido Líder había otros vagones, contruidos para fines mucho menos nobles que realizar audiciones?

«Entonces el Querido Líder hizo un gesto amplio, como si estuviéramos en un cine.

»—Naturalmente, la sutileza de esta forma artística conseguirá que mis frases se conviertan en tus frases —añadió—. Los espectadores te verán llenar la pantalla y recordarán tan solo la emoción de tu voz mientras dabas vida a las palabras.

»El tren empezó a moverse bajo mis pies.

»—¡Por favor! —exclamé yo, con una voz que era casi un grito—. Mi madre tiene que estar a salvo.

»—Desde luego —dijo él—. Haré que alguien se encargue de ello.

»No sé qué me dio, pero levanté la cabeza, lo miré a los ojos y repetí:

»—A salvo para siempre.

»Él me dirigió una mirada de reconocimiento y sonrió.

»—A salvo, para siempre —asintió.

»Me di cuenta de que se avenía a mis términos, que obedecía al lenguaje de las reglas.

»—En ese caso lo haré —le dije—. Interpretaré su historia.

»Ese fue el momento en el que me “descubrió”. El Querido Líder lo recuerda con gran cariño, como si con su perspicacia y sabiduría me hubieran salvado de una fuerza natural destructora, como un corrimiento de tierras. Le cogió tanta afición a la historia que la repitió en numerosas ocasiones a lo largo de los años, cuando estábamos a solas en su palco de la ópera o mientras atravesábamos el cielo en su teleférico privado, su cuento sobre cómo el destino había hecho coincidir nuestros trenes. Nunca la vio como una amenaza con la que recordarme hasta dónde podía volver a caer, sino como un recordatorio de que juntos éramos eternos.

»A través de la ventana verde vi alejarse el tren donde viajaba mi madre.

«—Ya sabía yo que dirías que sí —comentó el Querido Líder—. Tenía una corazonada. Voy a cancelar a la otra actriz inmediatamente.

En la oscuridad, el comandante Ga pronunció aquella palabra:

—Cancelar.

—Sí, cancelar —repitió Sun Moon—. ¿Cuántas veces habré pensado en esa otra chica? ¿Cómo va a saber el Querido Líder que al pensar en ella aún se me pone la piel de gallina?

—¿Qué fue de ella? —preguntó Ga.

—Sabes perfectamente qué fue de ella —le contestó.

Los dos guardaron silencio un instante.

—Hay otra cosa que el Querido Líder no sabe de mí —dijo entonces Sun Moon—. Pero lo descubrirá pronto.

—¿Y qué es?

—Voy a recrear una de las canciones de mi abuela. En América encontraré las palabras que me faltan y la canción hablará de él. Contará todas las cosas sobre este lugar que nunca he podido expresar, hasta el menor detalle. La voy a cantar en el canal estatal de la principal emisora de América y todo el mundo sabrá la verdad sobre él.

—En el resto del mundo ya saben la verdad sobre él —repuso Ga.

—No, no lo saben —replicó ella—. Y no lo sabrán hasta que lo oigan en mi voz. Se trata de una canción que nunca creí que pudiera cantar.

Sun Moon encendió una cerilla y, con el destello de luz, continuó:

—Pero entonces llegaste tú. ¿Te das cuenta de que el Querido Líder no tiene ni idea de que soy la actriz más pura del mundo, no solo cuando recito sus frases, sino siempre, en cada momento? A ti también te he mostrado la actriz, pero en realidad no soy ella. Aunque no pueda dejar de actuar, por dentro no soy más que una mujer.

Ga apagó la cerilla de un soplido, la cogió del brazo y la acercó a él. Era el mismo brazo del que ya la había cogido con anterioridad, pero esta

vez ella no se resistió. Ga tenía la cara muy cerca de la de ella y notaba su aliento.

La mujer lo agarró por la camiseta.

—Enséñamelo —dijo.

—Pero está oscuro, no lo vas a ver.

—Lo quiero notar —respondió ella.

Se quitó la camiseta por la cabeza y se inclinó sobre ella, hasta que el tatuaje quedó al alcance de las yemas de sus dedos. Sun Moon siguió sus músculos y le puso la mano sobre las costillas.

—A lo mejor me tendría que hacer uno —dijo entonces.

—¿Un qué, un tatuaje? —preguntó él—. ¿Y qué te tatuarías?

—¿Tú a quién sugieres que me tatúe?

—Depende. ¿En qué parte del cuerpo te lo quieres hacer?

Ella se quitó la combinación por la cabeza, le cogió una mano y la dejó, junto con las suyas, encima de su corazón.

—¿Qué te parecería aquí?

Él notó su piel delicada y la insinuación de su pecho, pero, sobre todo, sintió el calor de la sangre que su corazón bombeaba por todo su cuerpo y sus brazos, hasta las manos con las que sujetaba el dorso de la suya, de modo que tuvo la sensación de sumergirse en ella.

—Esta pregunta es fácil de responder —contestó—. El tatuaje que llevas sobre el pecho es la imagen de lo que llevas dentro del corazón.

Entonces se le acercó más y la besó. Fue un beso largo e inolvidable, y cuando sus labios se separaron, él cerró los ojos. Ella se quedó en silencio y él se preocupó, pues no sabía qué pensaba.

—Sun Moon, ¿sigues aquí?

—Sigo aquí —dijo ella—. Me acaba de pasar una canción por la cabeza.

—¿Una canción buena o mala?

—Solo las hay de un tipo.

—¿De verdad que nunca has cantado por placer?

—¿Y qué canción habría cantado? —le preguntó ella—. ¿Una sobre sangre derramada y la celebración del martirio, llena de mentiras aduladoras?

—¿De verdad no hay ninguna canción que puedas cantar? ¿Una de amor, tal vez?

—Dime una sola que no hayan pervertido y transformado en un canto de amor hacia el Querido Líder.

Él la acarició a oscuras: el hueco de la clavícula, el tenso tendón del cuello, el fino hueso del hombro.

—Pues yo me sé una canción —le dijo.

—A ver.

—Solo me acuerdo del principio, la oí en América.

—¿Qué dice?

— *Ella es la rosa amarilla de Texas —empezó.*

— *Ella es la rosa amarilla de Texas —cantó ella.*

Las palabras en inglés resultaban extrañas en sus labios, pero su voz tenía un timbre encantador. Él le acarició delicadamente los labios, para notarlos mientras ella cantaba aquellos versos.

— *Y yo la voy a ver.*

— *Y yo la voy a ver.*

— *Cuando finalmente la encuentre me tendré que casar con ella.*

—¿Qué significa la letra?

—Habla de una mujer cuya belleza es como una flor rara y de un hombre que siente un gran amor por ella, un amor que ha estado acumulando durante toda su vida, y no le importa lo lejos que tenga que ir, ni que el tiempo que tengan para estar juntos sea breve, ni que luego la pueda perder, porque ella es la flor de su corazón y nada se la podrá arrebatarse.

—¿Y el hombre de la canción eres tú? —le preguntó.

—Sí, ya lo sabes.

—Pues yo no soy la mujer de la canción —le aseguró—. No soy ni una actriz, ni una cantante, ni una flor. Yo solo soy una mujer. ¿Quieres conocer a esa mujer? ¿Quieres ser el único hombre del mundo que conozca a la verdadera Sun Moon?

—Sabes que sí.

Ella alzó ligeramente las caderas para que él le quitara la última prenda que llevaba puesta.

—¿Tú sabes qué les pasa a los hombres que se enamoran de mí? —le preguntó entonces.

Ga se lo pensó un momento.

¿Que los encierras en tu túnel y no les das nada más que caldo durante dos semanas?

—No —respondió ella en tono juguetón.

—Pues a ver... —dijo Ga—. ¿Que tu vecino intenta contagiarles botulismo y luego el chófer del Querido Líder les pega un puñetazo en la nariz?

—No.

—Vale, me rindo. ¿Qué les pasa a los hombres que se enamoran de ti?

Ella se movió hasta que sus caderas quedaron justo debajo de las de él.

—Que se enamoran para siempre —dijo.

Después de perder a Jujack y de que Q-Ki desertara y se marchara con los Pubbyok, pasé una temporada sin acercarme a la División 42. Sé que vagué por la ciudad, pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Una semana? ¿Y adonde fui? ¿Estuve caminando por el paseo Joseon, observando a los pájaros que intentaban desesperadamente huir de las trampas que les sujetaban las patas? ¿Me perdí en el mausoleo de Kumsusan, y pasé horas

contemplando el ataúd de cromo y cristal de Kim Il-sung, y su cuerpo rojizo bajo las lámparas de conservación? ¿O estuve observando al hombre del saco en su camión, camuflado de furgoneta de los helados, mientras vaciaba las callejuelas de Pyongyang de niños mendigos? ¿Me acordé en algún momento de cuando recluté a Jujack, durante las jornadas de orientación profesional de la Universidad Kim Il-sung, a las que acudí vestido de traje y corbata, le mostré nuestros folletos en color al chaval y le expliqué que los interrogatorios ya no se basaban en la violencia, sino en la astucia intelectual, y que nos basábamos en el pensamiento creativo para proteger la seguridad nacional? A lo mejor me senté en el parque Mansu a observar cómo las vírgenes cortaban leña mientras el uniforme se les empapaba de sudor. Y, en ese caso, ¿no habría considerado el hecho de que estaba solo, que mi equipo había desaparecido, que mis posibilidades de amor, amistad y familia parecían haberse esfumado? A lo mejor tenía la mente en blanco mientras hacía cola ante unos autobuses que no tenía intención de coger, posiblemente no pensara en nada cuando me reclutaron para que participara en una brigada de sacos de arena. Porque ¿era posible que hubiera pasado todo ese tiempo reclinado sobre el vinilo azul de una de las butacas del piloto automático, imaginándolo todo? ¿Qué le estaba pasando a mi memoria? ¿Cómo podía ser que no me acordara de lo que había hecho durante esos días tan dolorosos? ¿Y por qué no me importaba no recordar nada? Lo prefería así, ¿verdad? ¿Qué probabilidades tenía realmente la vida frente al olvido?

Cuando finalmente regresé a la División 42 me sentía nervioso. Mientras bajaba el último tramo de escaleras no estaba seguro de qué esperar, pero me encontré con la actividad normal. Había nuevos casos en el tablón de la sala y las luces rojas de los tanques de reclusión estaban encendidas. Q-Ki pasó junto a mí, seguida de un nuevo becario.

—Me alegro de verlo, señor —dijo.

Sarge se mostró particularmente jovial.

—He aquí a nuestro interrogador —me saludó—. Es un placer tenerlo de vuelta.

Lo dijo de una forma que sugería que se refería a algo más que a mi reciente ausencia. Tenía un voluminoso objeto metálico encima de la mesa de trabajo.

—Eh, Sarge —le dije.

—¿Sarge? —preguntó—, ¿Quién es ese?

—Es decir, camarada. Lo siento —me disculpé.

—Mucho mejor —aprobó Sarge.

Justo entonces pasó junto a nosotros el comandante Park, cojeando y con el brazo en cabestrillo. Llevaba algo en la mano. No logré identificar de qué se trataba, aunque era algo rosado, húmedo y descarnado. El comandante Park, con su cara llena de cicatrices, era una figura ciertamente siniestra; su forma de mirarte, con esos ojos muertos en las cuencas marchitas, parecía salida de una película de miedo sobre dictadores malvados de África, o algo así. Envolvió lo que llevaba en la mano en papel de periódico y lo envió a través de un conducto de vacío al búnker que había debajo de nuestro edificio. Entonces se secó las manos en los pantalones y se marchó.

Sarge chasqueó los dedos delante de mis ojos.

—Camarada —dijo.

—Lo siento —me excusé—. Es que nunca había visto al comandante Park aquí arriba.

—Es el comandante —dijo Sarge.

—Sí, es el comandante —repetí yo.

—Mire —agregó entonces—, ya sé que lo han reclutado para la cosecha y que vive en un piso en la planta veintidós. Y sé que no tiene prioridad para sentarse en el metro —añadió, y se metió la mano en el bolsillo—. Por eso tengo algo para usted —dijo—. Algo que lo ayudará a librarse de las pequeñas incomodidades de la vida.

Yo estaba convencido de que me ofrecería uno de esos sedantes de

última generación de los que tantos rumores había oído, pero lo que se sacó del bolsillo fue una insignia Pubyok nuevecita, reluciente.

—Los equipos unipersonales no existen —dijo, y me la ofreció—. Usted es un tipo listo y nosotros necesitamos tipos listos. Q-Ki ha aprendido mucho de usted. Vamos, sea inteligente. Podrá seguir trabajando con ella.

—Pero todavía tengo el caso de Ga —repuse—. Lo tengo que cerrar.

—Ahí tendrá todo mi respeto —aseguró Sarge—. No querría que actuara de otra forma: termine su trabajo, claro que sí, y luego incorpórese al equipo.

Cuando cogí la insignia, dijo:

—Les pediré a los chicos que programen su ceremonia de corte de pelo.

Le di la vuelta a la insignia. No llevaba ningún nombre, solo un número. Sarge me puso una mano sobre el hombro.

—Venga, échele un vistazo a esto —dijo.

En la mesa de trabajo, me pasó el objeto metálico. Pesaba tanto que apenas conseguí levantarlo. Tenía un mango robusto, que conectaba con una franja en la que había letras hechas de metal forjado.

—¿Eso qué idioma es? —pregunté—. ¿Inglés?

Sarge asintió con la cabeza.

—Pero aunque supiera inglés, no lo podría leer —aseguró—. Está escrito al revés. —Me lo quitó de las manos para mostrarme el texto—. A esto se le llama hierro de marcar. Hierro puro, forjado a mano. Se utiliza para marcar algo que te pertenece, y una vez marcado el mensaje se lee del derecho. Ahora no recuerdo si pone «Propiedad de la República Popular Democrática de Corea» o «Propiedad del Querido Líder Kim Jong-il».

Sarge se me quedó mirando para ver si hacía una observación aguda, del tipo: «¿Y qué diferencia hay?». Al ver que no lo hacía, sonrió con expresión de aprobación.

Busqué el cable del aparato, pero no lo encontré.

—¿Y cómo funciona?

—Muy fácil —respondió—. Es antigua tecnología americana: lo colocas encima de unas brasas hasta que esté al rojo vivo. Y entonces marcas el mensaje.

—¿Dónde lo marcas?

—En el comandante Ga —dijo él—. Lo van a marcar al amanecer, en el estadio de fútbol.

«Los muy macabros», pensé, aunque intenté no mostrar ninguna emoción.

—¿Ese era el motivo de la visita del comandante Park?

—No —contestó Sarge—. El Querido Líder lo ha enviado para que cumpla una misión personal. Al parecer el Querido Líder echa de menos a Sun Moon y quería una última imagen que le permitiera recordarla.

Me quedé mirando a Sarge, tratando de comprender lo que estaba diciendo, pero en ese momento una sonrisita malévola le cruzó los labios y yo di media vuelta y eché a correr tan rápido como pude hacia donde estaba el comandante Ga. Lo encontré en uno de los tanques de reclusión insonorizados.

—Lo harán mañana por la mañana —dijo Ga cuando entré en su cámara. Estaba tendido encima de una mesa de interrogación, sin camiseta y con las manos atadas—. Me van a llevar al estadio de fútbol y me marcarán delante de todo el mundo.

Pero yo ni siquiera oía sus palabras, solo tenía ojos para su pecho. Me acerqué lentamente a él, con los ojos fijos en el recuadro desollado donde tenía el tatuaje de Sun Moon. Había perdido mucha sangre (la mesa chorreaba), pero en aquel momento ya solo le salía un líquido transparente que le caía a chorretones rosados por las costillas.

—No me vendría mal una venda —observó.

Miré alrededor de la habitación, pero allí no había nada.

Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo y a continuación el comandante Ga respiró hondo dos veces, algo que le provocó un gran

dolor. Soltó una carcajada extraña, agónica.

—Ni siquiera me han preguntado por la actriz —dijo.

—Supongo que eso significa que los ha derrotado.

De repente el dolor le paralizó la mandíbula y no pudo más que asentir en silencio. Respiró rápidamente un par de veces más, y entonces añadió:

—Si alguna vez tiene que elegir entre el comandante Park con un cúter... —Aquí apretó los dientes—. Y un tiburón...

Le puse una mano sobre la frente, que estaba perlada de sudor.

—Elijo el tiburón, ¿no? Oiga —le dije—, no hable, no hace falta que se haga el gracioso. No tiene por qué emular a Camarada Buc.

Me di cuenta de que oír aquel nombre fue lo que más dolor le provocó.

—La cosa no tenía que salir así —protestó Ga—. A Buc no tenía que pasarle nada.

—Ahora preocúpese por usted —le dije.

El sudor se le acumulaba en los ojos, que le ardían de preocupación.

—¿A él también le han hecho esto? —preguntó.

Le sequé los ojos con el faldón de mi camisa.

—No —respondí—. Buc se fue según sus propios términos.

Ga asintió y le tembló la mandíbula inferior. Sarge entró en la sala, sonriendo.

—¿Qué me dice ahora del gran comandante Ga? —preguntó—. Es el hombre más peligroso del país, ¿sabe?

—No es el verdadero comandante Ga —le recordé a Sarge—. Solo es un hombre.

Sarge se sentó a horcajadas en la mesa del comandante Ga, que dio un respingo e intentó apartar la cabeza para que la cara le quedara tan lejos de Sarge como fuera posible. Pero Sarge se acercó aún más a Ga y se inclinó sobre él, como si quisiera inspeccionar la herida de cerca. Entonces se volvió hacia mí y sonrió.

—Ah, claro —dijo—. Nuestro buen comandante ha recibido entrenamiento contra el dolor.

Sarge cogió aire y sopló sobre la herida de Ga. El grito que este soltó a continuación me dolió en los oídos.

—Ya está preparado para cantar —aseveró Sarge—. Y usted va a tomarle la confesión.

Miré al comandante Ga, que respiraba con bocanadas cortas y temblorosas.

—¿Y qué pasa con su biografía? —le pregunté a Sarge.

—Es consciente de que esta será su última biografía, ¿verdad? —me dijo—. Eso ya es historia. En cualquier caso, con que cuando se lo lleven al estadio a primera hora de la mañana tenga su confesión, puede hacer lo que quiera con él.

Asentí y Sarge se marchó.

Me acerqué al comandante Ga. De pronto se le erizaba la piel de todo el cuerpo, y luego se le relajaba. No era ningún héroe, tan solo era un hombre al que habían empujado más lejos de lo que es razonable empujar a alguien. Al verlo en aquel estado comprendí el cuento que nos había contado sobre el huérfano que comía miel de las garras del Querido Líder. De pronto me di cuenta de que la noche en que Ga nos había contado aquella historia había sido la última vez que mi equipo había estado al completo.

—No voy a permitir que caiga en las garras del oso —le aseguré—. No dejaré que le hagan lo que le quieren hacer.

Había lágrimas en los ojos de Ga.

—Vendas —fue lo único que logró decir.

—Tengo que ir a hacer un recado —le dije—. Pero luego volveré a salvarlo.

En el bloque de viviendas Gloria del Monte Paektu, no subí a toda velocidad hasta la planta veintiuno, donde estaba el piso de mis padres. Por una vez me lo tomé con calma, concentrándome en el esfuerzo que me costaba subir cada peldaño. No lograba quitarme el hierro de marcar

de la cabeza: lo veía con total claridad, su tono rojo incandescente, burbujeante, sobre el cuerpo del comandante Ga. Imaginé las marcas, antiquísimas y ya descoloridas, sobre las anchas espaldas de todos los Pubyok veteranos; vi el cuerpo perfecto de Q-Ki desfigurado, una quemadura que se le extendía desde el cuello hasta el ombligo, entre los pechos, sobre el esternón y el vientre, y que se perdía más abajo. No había utilizado la insignia de los Pubyok para tener asiento prioritario en el metro, me senté con los ciudadanos corrientes y no pude dejar de imaginar el «Propiedad de» marcado con letras rosadas en todos sus cuerpos. La marca había estado siempre ahí, solo que yo no había logrado verla hasta entonces. Se trataba de la perversión definitiva del sueño comunista que llevaba oyendo desde niño. Me di cuenta de que estaba a punto de devolver los nabos que había comido.

Casi nunca estaba en casa durante el día. Me quité los zapatos en el pasillo y metí la llave silenciosamente en la cerradura. Abrí la puerta y la levanté para evitar que los goznes chirriaran. Dentro, el altavoz vociferaba y mis padres estaban sentados a la mesa, con algunos de mis expedientes esparcidos ante ellos. Hablaban entre susurros mientras pasaban los dedos por encima de las páginas, palpando las etiquetas de las carpetas y los clips, los sellos de goma y las marcas departamentales repujadas.

Yo ya había aprendido la lección y sabía que no podía dejar documentos importantes en casa: aquello eran tan solo formularios de requisición.

Empujé la puerta, que chirrió y se cerró con un clic. Se quedaron los dos helados.

—¿Quién es? —preguntó mi padre—. ¿Quién anda ahí?

—¿Es un ladrón? —se sobresaltó mi madre—. Porque le aseguro que aquí no hay nada que robar.

Los dos me miraban fijamente, pero no parecían verme. Encima de la mesa, sus manos se buscaron y se unieron.

—Lárguese de aquí —dijo mi padre—. Déjenos en paz o se lo diremos a nuestro hijo.

Mi madre palpó a tientas por la mesa hasta que encontró una cuchara. La cogió por el mango y la levantó como si fuera un cuchillo.

—Más le vale que nuestro hijo no se entere —me advirtió—. Es un torturador.

—Madre, padre —los tranquilicé—. No tenéis por qué preocuparos. Soy yo, vuestro hijo.

—¿A estas horas? —se inquietó mi padre—. ¿Va todo bien?

—Sí, va todo bien —le aseguré yo.

Me acerqué a la mesa y cerré las carpetas.

—Vas descalzo —observó mi madre.

—Sí.

Vi las marcas sobre sus cuerpos, me di cuenta de que también ellos estaban marcados.

—No lo entiendo —admitió mi padre.

—Voy a tener una larga noche —les dije—. De hecho, me esperan unos días bastante largos. No voy a estar aquí para prepararos la cena, ni para acompañaros al baño del pasillo.

—No te preocupes por nosotros —repuso mi madre—. Ya nos apañaremos. Si te tienes que marchar, márchate.

—Sí, me tengo que marchar —afirmé.

Me dirigí a la cocina. Abrí un cajón y cogí el abrelatas. Entonces me detuve ante la ventana. Como pasaba los días bajo tierra, no estaba acostumbrado a la luz del mediodía. Observé la cuchara, la sartén y el hornillo con los que mi madre cocinaba. Miré el escurrer platos, había dos cuencos de cristal que reflejaban la luz. Decidí que los cuencos no me gustaban.

—Creo que me tenéis miedo —les dije a mis padres—. Porque me veis como un misterio. Porque en realidad no me conocéis.

Creí que protestarían, pero guardaron silencio. Alargué el brazo y cogí

la lata de melocotones del estante superior. Soplé en la tapa, pero aún no llevaba allí suficiente tiempo como para haber acumulado polvo. Volví a la mesa, cogí la cuchara que mi madre tenía todavía en la mano y me senté. Dejé todo lo que llevaba en las manos ante mí.

—Bueno, pues no tendréis que preocuparos más —les dije—. Porque hoy vais a conocer mi verdadero yo.

Hundí el abrelatas en la tapa y empecé lentamente a cortarla en círculo. Mi padre olisqueó el aire.

—¿Melocotones? —preguntó.

—Eso es —asentí—. Melocotones en almíbar.

—¿Del mercado nocturno? —preguntó mi madre.

—En realidad lo he sacado del armario de pruebas.

Mi padre olió con visible deleite.

—Es como si los viera, dentro del almíbar espeso, iluminados por la luz.

—Hace tanto que no pruebo un melocotón —dijo mi madre—. Antes venía siempre un cupón al mes en la libreta de racionamiento.

—Pero de eso hace años —comentó mi padre.

—Sí, supongo que tienes razón —respondió mi madre—. Solo digo que a mí me encantaban los melocotones, pero que llegó un día en que ya fue imposible conseguirlos.

—Pues ha llegado el momento de subsanarlo —les dije, y dejé el abrelatas encima de la mesa—. Hala, ya está.

Abrieron la boca, como si fueran niños, y mi padre cerró sus ojos lechosos, expectante. Removí los melocotones dentro de la lata y elegí un trozo. Pasé la cuchara por el fondo de la lata para recoger el almíbar y le metí el pedazo en la boca a mi madre.

—Mmm. —Lo saboreó.

A continuación le tocó el turno a mi padre.

—Esto, hijo mío, es lo que yo llamo un melocotón —declaró.

Hubo un instante de silencio, interrumpido tan solo por el estruendo del

altavoz, mientras disfrutaban del momento. Entonces, al unísono, exclamaron:

—¡Muchas gracias, Querido Líder Kim Jong-il!

—Sí —asentí—. Se lo tenéis que agradecer a él.

Volví a remover la lata y saqué el siguiente pedazo.

—Tengo un nuevo amigo —dije.

—¿Un amigo del trabajo? —preguntó mi padre.

—Sí, un amigo del trabajo —respondí yo—. Los dos nos hemos conocido bastante. Me ha hecho concebir esperanzas de que el amor me está esperando ahí fuera. Es un hombre que conoce el amor verdadero. He estudiado su caso con detenimiento y creo que el secreto del amor está en el sacrificio. Él mismo ha realizado el sacrificio máximo por la mujer a la que ama.

—¿Ha dado su vida por ella? —preguntó mi padre.

—En realidad le quitó la vida a ella —le contesté, y le metí un trozo de melocotón en la boca.

—Nos alegramos por ti —dijo mi madre, pero le temblaba la voz—. Como dice el Querido Líder, «el amor es lo que mueve el mundo». O sea que no dudes más, sal y encuentra el amor verdadero. No te preocupes por nosotros, estaremos bien: Sabremos cuidar de nosotros.

Le metí otro pedazo en la boca. La pillé por sorpresa y tosió.

—A lo mejor, de vez en cuando, me habéis visto escribir en un diario —continué—. En realidad no se trata de un diario, sino de una biografía personal. Como ya sabéis, me dedico justamente a eso, a escribir biografías de personas, que luego guardamos en lo que podría llamarse una biblioteca privada. Pero en el trabajo hay un tipo, al que llamaré Sarge, que dice que el problema de mis biografías es que nunca las lee nadie. Y eso me lleva a mi nuevo amigo, que me dijo que las únicas personas en todo el mundo que querrían leer su biografía ya no estaban.

Saqué un par de trozos más, generosamente bañados en almíbar.

—Cuando dices «personas» —comentó mi padre—, te refieres a la

mujer a la que tu amigo quería.

—Sí —respondí.

—La mujer a la que tu amigo mató —añadió mi madre.

—Y a sus hijos —dije—. La historia tiene su lado trágico, eso es innegable.

Incliné la cabeza ante aquella afirmación tan acertada. Ese sería un buen título para la autobiografía: *El comandante Ga: una tragedia*. O como fuera que se llamara.

Ya solo quedaban la mitad de los melocotones. Los removí dentro de la lata y saqué otro pedazo.

—Guárdate también para ti —dijo mi padre.

—Sí, ya hemos comido bastantes —admitió mi madre—. Hacía mucho que no probaba nada tan dulce, mi estómago no lo va a tolerar.

Pero yo negué con la cabeza.

—Es una lata de melocotones especial —les dije—. Me los iba a guardar para mí, pero optar por la solución fácil no resuelve los problemas de la vida.

A mi madre le empezaron a temblar los labios y se los cubrió con la mano.

—Pero volvamos a mi problema —proseguí—, mi biografía y las dificultades que he tenido escribiéndola. Ahora me doy cuenta de que el bloqueo del biógrafo que vengo sufriendo se debía al hecho de que, en el fondo, sabía que nadie quería oír mi historia. Pero entonces fue cuando mi amigo me contó que su tatuaje no era público, sino privado. Que aunque estuviera a la vista de todo el mundo, en realidad era solo para él. Y que perder el tatuaje significaba perderlo todo.

—¿Cómo se pierde un tatuaje? —preguntó mi padre.

—Por desgracia es más fácil de lo que crees —dije yo—.

Pero aquello me hizo pensar y al final me di cuenta de que no escribía ni para la posteridad, ni para el Querido Líder, ni para el bien de los ciudadanos. No, quienes tenían que oír mi historia eran las personas a las

que amaba, personas que tenía a mi lado pero que habían empezado a pensar en mí como en un extraño, y que me tenían miedo porque no conocían mi verdadero yo.

—Pero tu amigo mató a las personas que amaba, ¿no?

—Es una desgracia, lo sé —dije—. Lo que ha hecho es imperdonable y, de hecho, ni siquiera ha pedido que lo perdonen. Pero permitidme que empiece con mi biografía. Nací en Pyongyang, hijo de unos trabajadores de fábrica —dije—. Mi madre y mi padre eran mayores, pero eran buenos padres. Habían sobrevivido a todas las purgas laborales y habían esquivado denuncias y campos de reeducación.

—Pero todas esas cosas ya las sabemos... —protestó mi padre.

—Chiss —lo corté yo—. A un libro no se le replica. No se puede reescribir una biografía mientras se lee. Y ahora volvamos a mi historia.

Mientras se terminaban los melocotones, les conté lo normal que había sido mi infancia, relaté cómo había tocado el acordeón y la flauta dulce en el colegio, y cómo había sido contratenor de la coral, con la que había interpretado *Las cuotas nos levantan el ánimo*. Había memorizado todos los discursos de Kim Il-sung y había sacado las mejores notas en Teoría Juche. Entonces empecé con las cosas que no sabían.

—Un día, un hombre del Partido vino a nuestra escuela —dije—. Nos hizo una prueba de lealtad a todos los niños, uno a uno, en el cobertizo de mantenimiento. La prueba en sí solo duraba unos minutos, pero era bastante difícil. Imagino que la idea de una prueba es esa. Me enorgullece decir que pasé la prueba, la pasamos todos, pero nadie habló nunca de ello.

Hablar de todo eso, sacar un tema que nunca había podido poner por escrito, me supuso una gran liberación. De pronto supe que lo compartiría todo con ellos, que estaríamos más cerca que nunca: les contaría todas las humillaciones que había sufrido en el servicio militar obligatorio, mi único encuentro sexual con una mujer y la cruel novatada de la que había sido víctima como becario de los Pubyok.

—No quiero entretenerme demasiado con esa prueba de lealtad, solo diré que cambió mi forma de ver las cosas. Detrás de un pecho lleno de medallas puede haber un héroe o un hombre con un dedo índice hiperactivo. Me convertí en un chico receloso, consciente de que, si te atrevías a mirar bajo la superficie de las cosas, siempre encontrabas algo más. Es posible que esa constatación me iniciara en mi carrera profesional, la cual me ha confirmado que, en realidad, los ciudadanos honrados y autocríticos que el Gobierno nos dice que somos no existen. Y que conste que no me quejo, solo lo expongo. No he tenido una vida tan difícil como algunos. No me crié en un orfanato como mi amigo, el comandante Ga.

—¿El comandante Ga? —preguntó mi padre—, ¿Ese es tu nuevo amigo?

Asentí con la cabeza.

—Contesta —insistió mi padre—. ¿Es el comandante Ga tu nuevo amigo?

—Sí —respondí.

—Pero no puedes fiarte del comandante Ga —dijo mi madre—. Es un cobarde y un criminal.

—Sí —añadió mi padre—. Es un impostor.

—No conocéis al comandante Ga —les dije—. ¿Habéis estado leyendo mis expedientes?

—No necesitamos ningún expediente —aseguró mi padre—. Lo dice la más alta autoridad: el comandante Ga es un enemigo del Estado.

—Por no hablar del mezquino de su amigo, Camarada Buc —añadió mi madre.

—Ni pronuncies su nombre —la advirtió mi padre.

—¿Cómo sabéis todo eso? —pregunté—. ¿Quién es esa autoridad?

Los dos señalaron el altavoz.

—Cada día emiten un episodio de su historia —me contó mi madre—. Suya y de Sun Moon.

—Sí —añadió mi padre—. Ayer dieron el episodio cinco, en el que el comandante Ga acudió a la Ópera con Sun Moon. Pero en realidad no se trata del verdadero comandante Ga...

—Ya basta —exclamé—. Es imposible, apenas he logrado avanzar con su biografía. ¡Pero si ni siquiera tiene final!

—Pues escúchalo tú mismo —dijo mi madre—. El altavoz no miente. Pasan el siguiente episodio esta misma tarde.

Arrastré una silla hasta la cocina, me subí a ella y agarré el altavoz. Incluso después de arrancarlo de la pared, seguía graznando conectado a un cable. Necesité un cuchillo de la carne para silenciarlo.

—¿Qué sucede? —se inquietó mi madre—. ¿Qué haces?

Mi padre se puso frenético.

—¿Y si los americanos nos lanzan un ataque furtivo? —preguntó—. ¿Cómo nos avisarán?

—Ya no tenéis que preocuparos por ningún ataque furtivo —los tranquilicé.

Mi padre quiso protestar, pero en ese preciso momento le cayó un hilillo de saliva de la boca. Se llevó una mano a los labios, que se le habían quedado entumecidos. A mi madre le temblaba una mano y se la cogió con la otra. La toxina del botulismo había empezado a florecer en su interior. El tiempo de las sospechas y las discusiones formaba ya parte del pasado.

Recordé la horrible foto de la familia de Camarada Buc, su mujer y sus hijas desplomadas debajo de la mesa, y decidí que mis padres no sufrirían esa humillación. Les di un vaso de agua y los metí en la cama, para que esperaran a que se hiciera de noche. Pasé toda la tarde y parte del anochecer narrando mi historia con todo detalle. No me dejé nada. Mientras hablaba, pasé todo el rato mirando por la ventana, y solo me callé al ver que empezaban a retorcerse en sus camas. Aun así, fui incapaz de ponerme en movimiento hasta que se hizo de noche, momento en que la ciudad de Pyongyang se convirtió en el grillo negro de un

cuento de hadas: estaba por todas partes y en ningún sitio al mismo tiempo, y sus chirridos molestaban solo a quienes ignoraban la invitación final a acostarse. La luna se reflejaba en el río y, tras el ataque de los búhos reales, lo único que se oía de las ovejas y las cabras era el castañeteo de sus dientes mientras mascaban hierba en la oscuridad. Cuando era ya noche cerrada y mis padres habían perdido todas sus facultades, les di un beso de despedida, pues era incapaz de quedarme a presenciar lo inevitable. Uno de los síntomas más claros del botulismo es la pérdida de la visión, por lo que esperaba que no hubieran sabido en ningún momento qué les había pasado. Eché un vistazo alrededor de la sala una última vez y me fijé en nuestra foto de familia, en la armónica de mi padre, en sus anillos de bodas... Pero lo dejé todo donde estaba: al lugar adonde iba no me podía llevar nada.

Era imposible que el comandante Ga realizara el arduo viaje que tenía por delante con aquella herida abierta. En el mercado nocturno, cambié mi insignia Pub yok por algo de yodo y una venda grande. Mientras atravesaba la ciudad a oscuras, con destino a la División 42, me imbuí del silencio de la gran máquina inmóvil. No se oía el zumbido eléctrico en los cables que atravesaban las calles, ni el borboteo de agua en las cañerías. Pyongyang se agazapaba en la oscuridad para abalanzarse sobre el día siguiente. Cómo me gustaba ver despertar la capital, el olor a leña que flotaba en el ambiente por las mañanas, el aroma a rábanos fritos o el tufo a quemado de los frenos de los trolebuses... Iba a echar de menos la metrópoli, con todo su barullo y su vitalidad. Ojalá esta hubiera tenido lugar para alguien que se dedicaba a recoger historias humanas y ponerlas por escrito. Pero Pyongyang ya está llena de escritores de necrológicas, y yo no soporto la propaganda. La verdad, habría jurado que uno terminaría por acostumbrarse a su cruel destino.

Entré en la sala donde se encontraba el comandante Ga e inmediatamente este preguntó:

—¿Ya es por la mañana?

—Aún no —contesté—. Todavía hay tiempo.

Le curé la herida tan bien como supe. El yodo me manchó los dedos de rojo, de modo que parecía como si quien había masacrado al hombre que tenía ante mí hubiera sido yo. Sin embargo, en cuanto le puse la venda, la herida desapareció. Utilicé todo el rollo de cinta adhesiva para sujetársela.

—Me voy a largar de aquí —le dije—. ¿Quiere que me lo lleve conmigo?

Ga asintió con la cabeza.

—¿Le importa el lugar adonde vayamos, o los obstáculos que nos esperen?

El negó en silencio, y entonces dijo:

—No.

—¿Está listo? ¿Necesita prepararse?

—No —respondió—. Estoy listo.

Lo ayudé a levantarse y lo llevé a cuestras a través de la División 42, hasta la unidad de interrogatorios, donde lo senté en una de las butacas azul claro.

—Es el mismo lugar donde me dio una aspirina el día en que llegué —observó—. Parece que haya pasado una eternidad.

—El viaje no estará mal —le aseguré—. Al otro lado no habrá ni Pubyok, ni agujadas, ni hierros de marcar el ganado. Con un poco de suerte lo mandarán a una granja colectiva rural. No le espera una vida sencilla, pero tendrá ocasión de empezar de nuevo, formar otra familia y servir a su país según el verdadero espíritu del comunismo: con trabajo y lealtad.

—Yo ya he tenido mi vida —dijo el comandante Ga—. Creo que voy a pasar del resto.

Cogí dos sedantes. El comandante Ga rehusó el suyo, o sea que me tomé yo los dos. Abrí el armario del suministro y rebusqué entre los

pañales hasta que encontré uno de talla mediana.

—¿Quiere uno? —le pregunté—. Los tenemos siempre a mano, para cuando nos visita algún VIP. Pueden evitar situaciones embarazosas. Tengo uno grande aquí mismo.

—No, gracias —rehusó Ga.

Me bajé los pantalones y me puse el mío, utilizando las tiras adhesivas.

—Yo lo respeto, ¿sabe? —le dije—. Ha sido la única persona que ha pasado por aquí y no ha soltado prenda. Ha sido muy listo: si nos hubiera confesado dónde estaba la actriz, lo habrían matado de inmediato.

—¿Me va a conectar a esta máquina?

Asentí con la cabeza y él estudió los cables y los medidores de potencia del piloto automático.

—No hay ningún misterio —declaró—. La actriz desertó, no hay más.

—Usted no se cansa nunca, ¿verdad? Está a punto de perderlo todo menos el latido del corazón y sigue intentando despistarnos.

—Es la verdad —insistió Ga—. Subió al avión y se marchó volando.

—Imposible —repliqué—. Es cierto, cada año un puñado de campesinos se juegan la vida tratando de atravesar un río helado, pero ¿nuestra actriz nacional? ¿Delante de las narices del Querido Líder? No me insulte.

Le pasé unas zapatillas de papel. Ga se sentó en su silla azul claro y yo me senté en la mía, y juntos nos quitamos los zapatos y los calcetines para ponérnoslas.

—No pretendo insultarlo —me aseguró—, pero ¿de quién cree que son las fotografías que aparecen en mi teléfono? Mi mujer y mis hijos desaparecen, y de pronto empiezan a llegar fotos de una mujer y sus hijos de algún lugar lejano. ¿De verdad le parece tan misterioso?

—Es un enigma, lo admito. He pensado mucho en ello. Pero sé que mató a sus seres queridos; no hay otra opción —dije. Entonces saqué su teléfono de mi bolsillo y pulsé los botones necesarios para borrar las fotografías—. Si un interrogador empieza a cuestionar lo único que sabe

seguro, en fin... Pero, por favor, yo ya no soy esa persona. Ya no me dedico a escribir biografías. Ahora solo me preocupa la mía.

Arrojé el teléfono a un cubo de acero inoxidable, junto con un puñado de monedas y mi insignia, en la que ponía tan solo «Interrogador». Ga señaló las esposas de cuero.

—No me va a poner eso, ¿verdad?

—Lo tengo que hacer, lo siento. Cuando nos encuentren, necesito que sepan que he sido yo quien le ha hecho esto a usted, y no al revés.

Recliné su silla hacia atrás y le até las piernas y las manos, aunque le hice el favor de dejarle las hebillas bastante sueltas.

—Siento mucho no haber terminado su biografía —me disculpé—. Si lo hubiera logrado, ahora podría mandarla con usted, de modo que al llegar al otro lado podría leer quién fue y convertirse otra vez en esa persona.

—No se preocupe —me tranquilizó—. Cuando llegue al otro lado ella estará allí. Entonces me reconocerá y me dirá quién soy.

—Le puedo ofrecer esto —le dije, y le tendí un bolígrafo—. Si quiere, puede escribir su nombre en alguna parte del cuerpo, un lugar donde no lo vea nadie: en el *umkuyong*, o entre los dedos de los pies. Así, más tarde podrá descubrir quién es. Le aseguro que no se trata de un truco para averiguar su identidad.

—¿Usted lo hará?

—Yo no quiero saber quién fui —respondí.

—Yo ni siquiera sabría qué nombre escribir —confesó.

Me arrodillé para conectarle los electrodos al cráneo.

—¿Sabe que cuentan su historia por los altavoces? —le pregunté.

—¿Por qué? —dijo él.

—No lo sé, pero mañana no va a estar en el estadio de fútbol para arrepentirse, o sea que supongo que tendrán que inventar un nuevo final para su historia.

—Un final para mi historia —repitió—. Mi historia ha terminado ya

diez veces, pero siempre hay más. El final me persigue, pero siempre se lleva a los demás: huérfanos, amigos, comandantes... Yo los sobrevivo a todos.

Era evidente que estaba confundiendo su persona con su historia, algo natural en determinadas situaciones de estrés.

—Esto no es su final —le aseguré—, sino un nuevo principio. Y no es verdad que haya sobrevivido a todos sus amigos: usted y yo somos amigos, ¿no?

Ga clavó la mirada en el techo, como si por ahí pasara un desfile de todas las personas a las que había conocido a lo largo de su vida.

—Yo sé por qué estoy en esta silla azul —dijo—. Pero, ¿y usted?

Ordenar todos los cables rojos y blancos que le salían del cráneo era como hacerle una trenza.

—En su día, el trabajo que se hacía en este lugar valía la pena —le expliqué—. Nos encargábamos de disociar a un ciudadano de su historia; ese era mi trabajo. Entonces nos quedábamos con la historia y nos deshacíamos de la persona. Era un buen enfoque, que nos permitió desenmascarar a numerosos desviados y contrarrevolucionarios. Es cierto, a veces caían inocentes con los culpables, pero no había otra manera de descubrir la verdad. Y, lamentablemente, cuando a una persona le arrancan su historia, de cuajo, por así decirlo, es imposible devolvérsela. Pero ahora...

Ga estiró el cuello para mirarme.

—¿Ahora qué?

—Ahora la persona se pierde junto con su vida. Mueren las dos.

Ajusté el potenciómetro del piloto automático. Ga tenía una mente fuerte, o sea que lo puse al ocho.

—Cuénteme otra vez cómo funciona la intimidad.

—En realidad resultó ser muy sencillo —dijo Ga—. Se lo cuentas todo a la otra persona: lo bueno, lo malo, lo que hace que parezcas fuerte y también lo que te avergüenza. Si has matado al marido de tu esposa, se lo

tienes que contar. Si alguien intentó un ataque viril contigo, también se lo tienes que contar. Yo se lo contó a usted todo hasta donde me fue posible. Y puede que ni yo mismo sepa quién soy, pero ahora la actriz es libre. No estoy seguro de comprender la libertad, pero la he sentido y ahora ella también.

Asentí en silencio. Me reconfortaba oír aquello otra vez, me devolvía la paz interior. Finalmente había alcanzado la intimidad con mis padres, y el comandante Ga era mi amigo, a pesar de que mintiera sobre lo de que la actriz seguía viva: lo había interiorizado hasta tal punto que se había convencido de que era verdad. Según su retorcida lógica, me estaba contando la verdad absoluta, a mí, su amigo.

—Le veo en el otro lado —le dije.

Él fijó la vista en un punto que no existía.

—Mi madre era cantante —declaró.

Cuando cerró los ojos, accioné el interruptor.

Él hizo los movimientos involuntarios habituales: parpadeó, levantó los brazos y boqueó tratando de coger aire, como una carpa en la superficie de un estanque de meditación. «Mi madre era cantante», esas fueron sus últimas palabras, como si creyera que eran las únicas capaces de describir la persona que había sido.

Me senté en la silla contigua, pero prescindí de las correas. Quería que los Pubyok supieran que había elegido mi propio camino, que había rechazado su forma de hacer las cosas. Conecté mi propio arnés electrificado y me volví hacia el potenciómetro del piloto automático. No quería recordar nada sobre aquel lugar, de modo que lo puse al ocho y medio. Aunque, bien pensado, tampoco quería una lobotomía. Lo ajusté al siete y medio. Para ser sincero conmigo mismo, debía admitir que el dolor me daba miedo. Así pues, lo bajé un poco más y lo dejé en el seis y medio.

Temblando de esperanza y, aunque resulte extraño, de remordimientos, accioné el interruptor.

Se me levantaron los brazos. Parecían los de otra persona. Oí un gemido y me di cuenta de que era yo. Una lengua de electricidad me lamió el cerebro, sondeándolo, como uno se inspecciona las muelas después de comer. Había imaginado que experimentaría una especie de entumecimiento, pero en cambio mi cerebro hervía de actividad y los pensamientos iban y venían a toda velocidad. Todo era singular: el brillo de un armazón metálico, el verde chillón del ojo de una mosca... Solo existían las cosas en sí mismas, sin conexiones ni contexto, como si todo lo que había dentro de la mente se hubiera desvinculado del resto. Era incapaz de combinar el azul y la piel de la silla. El olor a ozono era algo inaudito, la incandescencia de la bombilla carecía de antecedentes. Se me pusieron de punta los pelos de la nariz. Mi erección se erguía ante mí, abominable y solitaria. No vi ninguna cima helada, ninguna flor blanca. Examiné la sala, buscándolas, pero solo vi propiedades aisladas: brillante, liso, áspero, sombra.

Me di cuenta de que el comandante Ga se movía a mi lado. Con los brazos levantados, apenas logré volver la cabeza ligeramente para mirarlo. Había logrado soltar un brazo de la correa y acercó la mano al potenciómetro. Vi cómo lo ponía al máximo, una dosis letal. Pero ya no podía preocuparme por él, había emprendido mi propio viaje. Pronto estaría en un pueblecito verde y apacible, donde todos blandían sus guadañas en silencio. Allí habría una viuda y no perderíamos el tiempo con cortejos; me acercaría a ella y le diría que era su nuevo marido. Al principio nos meteríamos en la cama desde lados opuestos. Durante una temporada ella impondría sus normas, pero con el tiempo nuestros genitales se relacionarían de manera correcta y satisfactoria. Por la noche, después de que yo hubiera soltado mi polución, nos quedaríamos en la cama, escuchando a nuestros hijos correteando por la oscuridad, cazando ranas. Mi mujer dispondría de sus dos ojos y se daría cuenta de cuando yo apagaba la vela. En el pueblo, yo tendría un nombre y todos lo utilizarían para llamarme. Cuando la vela se apagara, ella me hablaría y

me diría que durmiera, que durmiera profundamente. A medida que la electricidad me irradiaba la mente, me concentré en su voz, que gritaba un nombre que pronto sería el mío.

Por la mañana, el comandante Ga despertó con el ruido de los motores de un reactor de carga militar americano. Los niños ya estaban despiertos y tenían la vista fija en el techo. Sabían que no se trataba del vuelo semanal a Pekín, ni del saltamontes quincenal a Vladivostok. Los niños no habían oído en su vida un avión sobrevolando Pyongyang, pues el espacio aéreo de la ciudad estaba restringido. Desde que los americanos lanzaran bombas incendiarias en 1951, nadie había visto un avión sobrevolando la capital del país.

Ga despertó a Sun Moon y juntos oyeron cómo el aparato se dirigía hacia el norte, como si hubiera partido de Seúl, un lugar del que no podía acercarse nada. Echó un vistazo al reloj: los americanos llegaban tres horas antes de lo previsto. El Querido Líder iba a ponerse furioso.

—Vuelan bajo para anunciar su llegada —comentó Ga—. Muy *americano*.

Sun Moon se volvió hacia él.

—Así pues, ha llegado la hora.

Él la miró a los ojos en busca de algún rastro del acto amoroso de la noche anterior, pero Sun Moon no le devolvió la mirada.

—Ha llegado la hora —dijo Ga.

—Niños —los llamó Sun Moon—, hoy viviremos una aventura. Coged algo de comida.

Cuando estos se hubieron marchado, Sun Moon se cerró la bata y se encendió un cigarrillo junto a la ventana, observando cómo aquel Goliat

americano sacaba el tren de aterrizaje encima del Taedong rumbo al aeropuerto. Entonces se volvió hacia Ga.

—Hay algo que no entiendo —observó—. Para el Querido Líder solo cuento yo. Tiene a muchas chicas, un *kippumjo* entero, pero la única que le importa de verdad soy yo. Él cree que se lo cuento todo, que todas mis emociones se reflejan en mi rostro, sin ningún control por mi parte, y que por eso soy incapaz de conspirar contra él. Soy la única persona del mundo en la que cree que puede confiar.

—Pues lo de hoy le va a doler.

—No me preocupa él —repuso—. Me preocupas tú. Si huyo de las garras del Querido Líder, alguien va a tener que pagar por ello y el precio será inimaginable. No te puedes quedar, no puedes ser tú quien pague por ello.

—No sé de dónde sacas esas ideas sobre mí —dijo él—, pero...

—El de las ideas eres tú —lo interrumpió ella—. Yo creo que viste esa película y se te metió en la cabeza que el hombre honorable tiene que quedarse atrás.

—Te llevo tatuada sobre mi corazón —declaró Ga—. Siempre estarás conmigo.

—Pero yo lo que quiero es que estés conmigo.

—Lo conseguiremos —le aseguró él—. Te lo prometo. Todo saldrá bien, tienes que confiar en mí.

—Cuando hablas así es cuando más me asusto —le confesó, y soltó el humo—. Es que todo esto parece una prueba de lealtad, de tan mal gusto que ni siquiera se le habría ocurrido a mi marido.

Qué diferente se volvía todo cuando sabías que tu vida estaba a punto de cambiar, se dijo Ga, y más aún si sabías en qué momento iba a hacerlo. ¿Acaso no lo entendía Sun Moon? Además podían decidir. Ga no pudo evitar sonreír al pensar que, por un día, las cosas dependían de ellos.

—Y esa mirada también —dijo Sun Moon—; incluso eso me pone nerviosa.

Se le acercó y él se incorporó, para estar cerca de ella.

—Tienes que venir conmigo —insistió—. ¿Me has entendido? No puedo hacerlo sin ti.

—Nunca me separaré de tu lado.

Intentó abrazarla, pero ella se apartó.

—¿Por qué no puedes decir que vendrás conmigo?

—¿Por qué no me escuchas? Pues claro que iré.

Ella le dirigió una mirada dubitativa.

—Mi hermana, mi padre, mi otra hermana, mi madre, incluso mi marido, es un hombre cruel. Me los han ido arrebatando a todos, uno a uno. No permitas que vuelva a suceder. Las cosas no tienen por qué ser así, menos aún cuando puedes elegir. Mírame a los ojos y dilo.

Ga lo hizo, la miró a los ojos:

—Tú dijiste para siempre y yo soy para siempre. Pronto no podrás librarte nunca más de mí.

Sun Moon se puso el *choson-ot* blanco y colgó el rojo y el azul en la parte de atrás del Mustang. Ga se calzó las botas de vaquero, se guardó la lata de melocotones en la mochila y se dio un golpecito en el bolsillo para asegurarse de que llevaba la cámara. La niña perseguía al perro con una correa para atarlo.

El niño se acercó corriendo.

—Mi trampa para pájaros ha desaparecido —dijo.

—De todos modos tampoco nos la íbamos a llevar —respondió Sun Moon.

—¿Llevar adonde? —preguntó el niño.

—Ya prepararemos otra —le aseguró Ga.

—Me apuesto a que había cazado un pájaro enorme —dijo el niño—. Uno con unas alas tan grandes que se llevó la trampa volando.

Sun Moon se detuvo ante el santuario que contenía el Cinturón Dorado de su marido. Ga se acercó a ella y contempló las joyas y los arabescos

dorados: brillaban de tal forma que su poseedor podía tomar a cualquier mujer del país como esposa.

—Adiós, marido —se despidió Sun Moon, y apagó la luz que iluminaba la vitrina. A continuación se volvió y estudió durante un instante la funda de su *gayageum*, que descansaba en un rincón, alto y regio. Entonces, con una expresión trágica en la mirada, cogió aquel instrumento menor llamado *guitarra*.

Fuera, Ga sacó una foto de la espaldera cubierta de parra de pepino, con sus flores blancas abiertas, y los zarcillos de la melonera de la niña que se enroscaban entre los listones. La niña llevaba el perro; el niño, el ordenador, y Sun Moon, el espantoso instrumento americano. Brillaba una luz tenue y Ga deseó no estar sacando aquella foto para Wanda, sino para él.

Ya en el coche, el comandante Ga condujo lentamente, vestido con su mejor uniforme militar, con Sun Moon sentada en el asiento delantero, junto a él. Hacía una mañana preciosa, reinaba una luz dorada y las golondrinas daban vueltas a los invernaderos del jardín botánico, picoteando las nubes de insectos como si sus picos fueran palillos de comer. Sun Moon apoyó la cabeza en la ventanilla y estudió melancólicamente el paisaje mientras dejaban atrás el zoológico y el Cementerio de los Mártires Revolucionarios. Ahora el comandante Ga sabía que no tenía ningún tío abuelo enterrado allí, que era la hija de un minero de zinc de Hu-chang, pero bajo la luz matutina le pareció que las hileras de bustos de bronce se encendían al unísono a su paso. Se fijó en los pedestales de mica y de mármol, y comprendió que tampoco él volvería a ver nunca nada parecido. Si tenía suerte, lo devolverían a una mina prisión, aunque lo más probable era que lo mandaran a uno de los búnkeres de interrogatorios del Querido Líder. En cualquier caso, el viento no le llevaría nunca más el aroma a savia de píceas, ni el olor a la salmuera de sorgo que alguien destilaba en un recipiente de loza junto a la carretera. De repente notó el sabor del polvo que el Mustang levantaba

al avanzar y el traqueteo de las ruedas al cruzar el puente de Yanggakdo. Vio el destello esmeralda tic las planchas blindadas que cubrían el techo del Pabellón de la Autocrítica, y se deleitó con el fulgor rojo del contador de partos digital que coronaba la Maternidad de Pyongyang.

Al norte, divisó el enorme avión americano, que seguía sobrevolando el aeropuerto en círculos, como si siguiera una trayectoria de bombardeo interminable. Sabía que tendría que estar enseñando unas cuantas palabras en inglés a los niños y contándoles que, si algo salía mal, tenían que denunciarlo a él. Pero Sun Moon parecía estar cada vez más apenada y él no podía pensar en nada más.

—¿Ya te has hecho amiga de la guitarra? —le preguntó.

Tocó una única nota desafinada y Ga le ofreció los cigarrillos.

—¿Quieres que te encienda uno?

—Antes de cantar, no —dijo—. Ya fumaré cuando estemos sanos y salvos, en el cielo. Cuando esté a bordo de ese avión americano me voy a fumar cien.

—¿Vamos a ir en avión? —preguntó el niño, pero Sun Moon no le contestó.

—Entonces, ¿vas a despedir a la remera con una canción? —le preguntó Ga.

—Supongo que no tengo más remedio —contestó Sun Moon.

—¿Y de qué va la canción?

—Todavía no la he escrito —respondió ella—. Las palabras vendrán solas cuando empiece a tocar. Básicamente, tengo un montón de preguntas que hacerle —añadió. Entonces cogió la guitarra y tocó todas las cuerdas una vez—. ¿Cuánto tiempo hace que te conozco? —cantó.

—Cuánto tiempo hace que te conozco —respondió la niña, cantando con voz lastimera.

—Has remado por siete mares —cantó Sun Moon.

—Has conocido siete océanos —entonó su hija.

Sun Moon rasgueó la guitarra.

—Pero ahora has llegado al octavo mar.

—Que nosotros llamamos hogar —añadió el niño, con voz más aguda que su hermana.

Oyéndolos cantar, Ga experimentó una profunda satisfacción, como si finalmente alguna cosa muy antigua se hiciera realidad.

—Alza el vuelo, remera —cantó Sun Moon— y deja el mar.

La niña le respondió:

—Vuela, remera, lejos del octavo mar.

—Muy bien —aprobó Sun Moon—. Ahora todos juntos.

—¿Quién es la remera? —preguntó la niña.

—Vamos al aeropuerto a despedirla —dijo Sun Moon—. Venga, todos juntos.

—Vuela, remera, lejos del octavo mar —entonó la familia como una sola voz.

El niño cantaba con voz clara y confiada, pero, en cambio, la voz de la niña revelaba que poco a poco se estaba dando cuenta de lo que pasaba. Eso combinado con la nostalgia de Sun Moon creaba una armonía que a Ga le parecía sumamente reconfortante. No había en el mundo otra familia capaz de producir ese sonido, y ahí estaba él, en el centro del resplandor. Ni siquiera la visión del estadio de fútbol logró empañar esa sensación.

En el aeropuerto, el uniforme de Ga le permitió conducir por toda la terminal y hasta los hangares, donde había una multitud reunida para recibir a los americanos. Se trataba de personas que habían reclutado en las calles de Pyongyang, ciudadanos que aún llevaban sus maletines, cajas de herramientas y reglas de cálculo.

La Banda de Música de la Luz Wangjaesana estaba interpretando el tema *Corte de pelo para batalla relámpago*, que conmemoraba los logros militares del Querido Líder, mientras una legión de niños vestidos con uniformes de gimnasia verdes y amarillos practicaban números

acrobáticos encima de unos barriles de plástico blancos. A través de una nube de humo de barbacoa, Ga vio a científicos y soldados, y también a los hombres del ministro de Movilización Masiva, quienes, con sus brazaletes amarillos, ordenaban a la multitud en filas según la altura.

Finalmente, los americanos decidieron que podían aterrizar sin peligro. Hicieron virar aquella enorme bestia gris, que tenía unas alas más anchas que la pista en sí, y la hicieron aterrizar entre los fuselajes de Antonovs y Tupolevs que había abandonados junto a la pista.

Ga aparcó junto al hangar donde los habían interrogado a él y al doctor Song a su regreso de Texas, y dejó las llaves en el contacto. La niña llevaba los vestidos de su madre y el niño se encargaba del perro, que iba atado con una correa. Sun Moon cogió su guitarra y el comandante Ga cargó con la funda. En la lejanía, y a la luz de la última hora de la mañana, divisó aquella multitud ociosa.

Cuando se aproximaron al Querido Líder, vieron que estaba departiendo con el comandante Park.

Al ver a Sun Moon, el Querido Líder le hizo un gesto para que levantara los brazos y le enseñara el vestido. Cuando estuvo más cerca de él, Sun Moon giró una vez sobre sí misma e hizo volar el dobladillo de su *chima*. Finalmente hizo una reverencia. El Querido Líder le cogió la mano y se la besó. Entonces se sacó dos llaves plateadas del bolsillo y, con un amplio gesto de la mano, le mostró a Sun Moon su vestidor, una reproducción en miniatura del templo de Pohyon, con sus columnas rojas y sus elegantes aleros en voluta. Aunque no era mayor que una cabina de control de documentos de viaje, era de una belleza exquisita hasta en el menor detalle. El Querido Líder le entregó una llave a Sun Moon y se guardó la otra. Entonces le dijo algo que Ga no logró oír, y ella se rio por primera vez en todo el día.

Por fin, el Querido Líder se percató de la presencia del comandante Ga.

—¡Y aquí tenemos a nuestro campeón de taekwondo! —exclamó el Querido Líder.

La multitud prorrumpió en una ovación y *Brando* irguió la cola.

—Y, a su lado, el perro más despiadado del mundo —añadió el comandante Park.

El Querido Líder se rio y todo el mundo lo imitó. Si el Querido Líder estaba furioso, pensó Ga, así era como lo demostraba.

El avión se acercó al lugar donde se encontraban, maniobrando lentamente por unas pistas de acceso construidas pensando en aviones mucho más pequeños. El Querido Líder se volvió hacia el comandante Ga para hablar relativamente en privado.

—Los americanos no nos visitan cada día —declaró.

—Tengo la sensación de que estamos a punto de vivir un momento histórico —respondió Ga.

—Pues sí —añadió el Querido Líder—. Yo tengo la sensación de que, después de lo de hoy, las cosas cambiarán para todos. A mí me encantan esas oportunidades, ¿y a ti? Empezar de nuevo, partiendo de cero. —El Querido Líder le dirigió a Ga una mirada de asombro—. Hay una cosa que no me has contado nunca y que siempre me ha provocado curiosidad: ¿cómo lograste salir de esa prisión?

Ga se planteó si debía recordarle al Querido Líder que vivían en un país donde la gente estaba preparada para aceptar cualquier realidad que se le presentara. Se preguntó si debía compartir su impresión de que quien cuestionaba la realidad se exponía a un único tipo de castigo, un castigo definitivo, y que, por ello, para un ciudadano era sumamente peligroso demostrar que se había percatado de que la realidad había cambiado. Ni siquiera el alcaide de una cárcel se arriesgaría a ello. Sin embargo, lo que dijo fue:

—Me puse el uniforme del comandante y hablé como lo hacía el comandante. El alcaide llevaba una gran piedra sobre el hombro y solo le preocupaba que le diera permiso para soltarla.

—Sí, pero ¿cómo lograste obligarlo a hacer lo que querías, que girara la llave y abriera las puertas de la prisión? No tenías ningún poder sobre él.

Sabía que eras un simple prisionero, un don nadie sin nombre, y aun así lograste que te soltara.

El comandante Ga se encogió de hombros.

—Creo que el alcaide me miró a los ojos y vio que acababa de vencer al hombre más peligroso de la Tierra.

El Querido Líder soltó una carcajada.

—Ahora sé que mientes —dijo—. Porque ese hombre soy yo.

Ga se rio también y dijo:

—Es verdad.

El mastodóntico avión avanzó lentamente hasta llegar junto a la terminal, pero de pronto los motores redujeron la potencia y el avión se detuvo. La multitud fijó la mirada en las ventanas oscuras de la cabina, esperando a que el piloto avanzara hacia los dos operarios del aeropuerto que le hacían señales con unos indicadores de color naranja. Sin embargo, el aparato puso en marcha los motores de estribor, pivotó sobre sí mismo y se dirigió hacia la pista de despegue.

—¿Se marchan? —preguntó Sun Moon.

—Los americanos son insufribles —bufó el Querido Líder—. ¿De veras que no hay ningún ardid demasiado ruin para ellos? ¿Nada que les resulte indigno?

El avión avanzó hasta la pista, se colocó en posición para iniciar el despegue y entonces apagó los motores. Lentamente, el gigantesco portón de proa se abrió y empezó a bajar una rampa hidráulica de carga.

El avión se encontraba a casi un kilómetro de distancia. El comandante Park empezó a gritar a los ciudadanos reunidos para que se movieran de sitio. Bajo el sol, la cicatriz de su rostro adoptaba un tono rosa translúcido. Una turba de niños gimnastas empezaron a empujar sus barriles hacia la pista, seguidos por una multitud de ciudadanos. Ocultos entre el gentío había una pequeña flota de carretillas elevadoras y el coche privado del Querido Líder. Atrás quedaron la banda de música, las barbacoas y la exhibición de maquinaria agrícola de la República Popular

Democrática de Corea. El comandante Ga vio cómo Camarada Buc intentaba mover con su carretilla elevadora el templo donde debía cambiarse Sun Moon, pero este resultó ser demasiado pesado. Sin embargo, el comandante Park dirigía la retaguardia, de modo que no había vuelta atrás.

—¿Será cierto que no hay nada que inspire a los americanos? —preguntó el Querido Líder sin dejar de caminar—. No saben ni qué es la inspiración, hacedme caso. Fijaos en la gran terminal Kim Il-sung —dijo señalando el edificio—, patriota supremo, fundador de esta nación y mi padre. Fijaos en el mosaico carmesí y dorado de llamas Juche: ¿acaso no desprende un fulgor rutilante a la luz de la mañana? ¿Y dónde aparcen los americanos? Cerca del retrete de las azafatas y del estanque donde los aviones vierten sus residuos.

Sun Moon empezó a sudar. Ella y Ga intercambiaron una mirada.

—¿Nos va a acompañar la americana? —le preguntó Ga al Querido Líder.

—Es curioso que preguntes eso —comentó el Querido Líder—. Tengo la fortuna de tener a mi lado a la pareja más coreana del país, el campeón de la disciplina nacional de artes marciales y su esposa, la actriz de todo un pueblo. ¿Os puedo pedir la opinión sobre un asunto?

—Somos todo oídos —aseguró Ga.

—Hace poco —empezó a decir el Querido Líder— me enteré de que existe una operación que permite que un ojo coreano adquiera un aspecto occidental.

—¿Con qué objetivo? —preguntó Sun Moon.

—Eso digo yo, con qué objetivo —repitió el Querido Líder—. No lo sé, pero la operación existe, me lo han asegurado.

Ga tuvo la sensación de que la conversación viraba hacia un terreno en el que era fácil cometer un desliz sin ni siquiera darse cuenta.

—Ah, los milagros de la medicina moderna —comentó vagamente Ga—. Una pena que se utilicen con objetivos cosméticos cuando en Corea

del Sur hay tantas personas que nacen cojas y con fisuras de paladar.

—Bien dicho —observó el Querido Líder—. Sin embargo, esos avances podrían tener su aplicación social. Esta misma mañana he reunido a los cirujanos de Pyongyang y les he preguntado si era posible convertir un ojo occidental en un ojo coreano.

—¿Y la respuesta? —preguntó Sun Moon.

—Unánime —aseguró el Querido Líder—. Mediante una serie de procedimientos, es posible convertir cualquier mujer en coreana. «De pies a cabeza», palabras literales. Cuando los médicos terminaran su trabajo, sería tan coreana como las criadas de la tumba del rey Tangun. Dime —añadió entonces, dirigiéndose a Sun Moon y sin dejar de caminar—, ¿tú crees que esa mujer, esa nueva coreana, podría considerarse virgen?

Ga empezó a responder, pero Sun Moon lo cortó.

—Con el amor del hombre adecuado, una mujer puede volverse más pura que el útero que la creó —afirmó.

El Querido Líder la observó un instante.

—Sé que siempre puedo contar contigo para obtener la respuesta apropiada —dijo—. Pero ahora en serio: si la operación fuera un éxito en todos los sentidos, ¿se podría utilizar el término *modesta* para describirla? ¿Se la podría considerar coreana?

Sun Moon no dudó ni un instante.

—De ninguna manera —repuso—. Esta mujer no sería más que una impostora. La palabra *coreana* está escrita con sangre en las paredes del corazón de las mujeres de este país y ninguna americana la puede utilizar. Ha remado en su barquita y le ha dado un poco el sol, muy bien. Pero ¿acaso sus seres amados han tenido que enfrentarse a la muerte para que ella pudiera vivir? ¿Es la pena lo único que la conecta con el pasado? ¿Acaso su país ha estado ocupado por los opresores mongoles, chinos y japoneses durante diez mil años?

—Has hablado como solo una verdadera coreana podría hacerlo —dijo

el Querido Líder—. ¡Pero con qué malicia pronuncias la palabra *impostora*! ¡Qué mal suena en tus labios! —añadió, y se volvió hacia Ga—. Dime, comandante, ¿cuál es tu opinión sobre los impostores? ¿Crees que con el tiempo un sustituto puede convertirse en genuino?

—Un sustituto se vuelve real cuando usted así lo decreta —declaró Ga.

El Querido Líder enarcó las cejas ante la innegable verdad que encerraba aquella respuesta, pero Sun Moon le lanzó una mala mirada a su marido.

—No —dijo, y se volvió hacia el Querido Líder—. Nadie puede albergar sentimientos hacia un impostor. Un impostor será siempre un ser inferior, siempre dejará el corazón hambriento.

Empezó a salir gente de la puerta delantera. Ga distinguió al senador, a Tommy, a Wanda y a varias personas más, acompañadas por un contingente de miembros del servicio de seguridad ataviados con traje azul. Inmediatamente se les echaron encima las moscas del estanque de vertido de residuos.

Con una expresión irritada en su mirada, el Querido Líder se volvió hacia Sun Moon.

—Y, sin embargo —le recordó—, anoche pediste clemencia para este hombre, un huérfano, un secuestrador, un asesino de los túneles.

Sun Moon miró a Ga, pero el Querido Líder volvió a atraer su atención.

—Anoche te tenía un montón de sorpresas y obsequios preparados, cancelé una ópera para ti, y ¿cómo me lo agradeciste tú? ¿Suplicando por este hombre? No, ahora no finjas aborrecer a los impostores.

El Querido Líder apartó la mirada, pero Sun Moon intentó que volviera a mirarla a los ojos.

—Fuiste tú quien lo convirtió en mi marido —dijo—. Lo trato así por ti.

Finalmente, el Querido Líder se volvió hacia ella.

—Y eres tú —añadió Sun Moon— quien puede darle la vuelta a la situación.

—No, no lui yo quien renunció ati. Te arrancaron de mis manos —replicó el Querido Líder—. En mi propio teatro de la ópera, el comandante Ga se negó a inclinarse ante mí y luego te reclamó como recompensa. Pronunció tu nombre delante de todo el mundo.

—Eso fue hace años —dijo Sun Moon.

—Te llamó y tú le contestaste, te levantaste y te fuiste con él.

—El hombre del que hablas está muerto —repuso Sun Moon—. Ya no existe.

—Y ni siquiera así has vuelto junto a mí.

El Querido Líder se quedó mirando a Sun Moon y dejó que asimilara aquellas palabras.

—No entiendo a qué viene este tira y afloja —observó entonces Sun Moon—. Ahora me tienes aquí: soy la única mujer del mundo digna de ti, y lo sabes. Tú haces que la mía sea una historia feliz. Estabas ahí cuando empezó y serás su final.

El Querido Líder se volvió hacia ella, deseoso de oír más pero con la duda aún en los ojos.

—¿Y la remera? —le preguntó a Sun Moon—. ¿Qué propones que haga con ella?

—Dame un cuchillo —le respondió— y te demostraré mi lealtad.

Al Querido Líder se le abrieron los ojos de puro deleite.

—Esconde las garras, tigresa de las nieves —dijo, y se volvió hacia Ga—. Menuda es tu mujer —comentó—. Por fuera parece tranquila como la nieve del monte Paektu, pero por dentro está enroscada como una *mamushi* de las rocas que ya siente el acicate del imperialismo.

El senador se presentó con su séquito y saludó al Querido Líder con una leve inclinación de cabeza.

—Señor secretario general del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea —dijo.

El Querido Líder respondió del mismo modo:

—Honorable senador del estado democrático de Texas.

Entonces el comandante Park dio un paso al frente y, con un solo gesto suyo, un grupo de jóvenes gimnastas se pusieron en marcha. Cada niño llevaba una bandeja con un vaso de agua.

—Es un día caluroso —declaró el Querido Líder—. Adelante, refrésquense un poco. No hay nada más tonificante que las aguas reconstituyentes del dulce Taedong.

—El río más medicinal del mundo —añadió Park.

Uno de los niños ofreció un vaso al senador, pero este estaba estudiando al comandante Park, fijándose en cómo el sudor se perlaba en su rostro para luego caer en diagonal, siguiendo las cicatrices. El senador cogió el vaso. El agua estaba turbia y tenía un color verdoso.

—Lamento nuestra ubicación —comenzó el senador, que dio un traguito antes de devolver el vaso—. Al piloto le ha parecido que el avión era demasiado pesado para el alquitrán de la terminal. Le pido disculpas también por haber pasado tanto rato dando vueltas. Hemos estado llamando a la torre de control para recibir instrucciones de aterrizaje, pero no hemos logrado conectar con nadie.

—Pronto, tarde, aquí, allá —dijo el Querido Líder—. Esas palabras no significan nada entre amigos.

El comandante Ga tradujo las palabras del Querido Líder y añadió sus propias palabras al final:

—Si el doctor Song estuviera aquí, nos recordaría que son los aeropuertos americanos los que imponen el control, mientras que todo el mundo es libre de aterrizar en Corea del Norte. Y se preguntaría si no es ese el sistema de transporte más democrático.

El senador sonrió ante aquellas palabras.

—Pero si es nuestro viejo conocido el comandante Ga, ministro de las Minas Prisión y campeón de taekwondo.

Una sonrisa irónica atravesó el rostro del Querido Líder.

—Parece que tú y los americanos sois viejos amigos —le dijo a Ga.

—Dime —intervino Wanda—, ¿dónde está nuestro viejo amigo, el

doctor Song?

Ga se volvió hacia el Querido Líder.

—Preguntan por el doctor Song.

En un inglés macarrónico, el Querido Líder dijo:

— *Song-ssi ha dejado el existencia.*

Los americanos respondieron con una respetuosa inclinación de cabeza al hecho de que fuera el Querido Líder quien les comunicara personalmente aquella triste noticia, y de que lo hiciera en el idioma de sus invitados. El senador y el Querido Líder empezaron a hablar rápidamente acerca de las relaciones entre ambos países, su brillante futuro y la importancia de la diplomacia, y Ga tuvo problemas para traducir sus rápidas palabras. Se dio cuenta de que Wanda estudiaba a Sun Moon, su piel perfecta y su *choson-ot* blanquísimo, con un *jeogori* tan exquisito que parecía brillar con luz propia, Wanda, en cambio, llevaba un traje masculino de lana azul.

Aprovechando que todo el mundo sonreía, Tommy intervino y se dirigió al Querido Líder hablando en coreano.

—De parte del pueblo estadounidense, le traemos un regalo —dijo—. Una pluma de la paz.

El senador le ofreció la pluma al Querido Líder y expresó su esperanza de que pronto sirviera para firmar un acuerdo duradero. El Querido Líder la aceptó con gran fanfarria, y a continuación dio una palmada y se volvió hacia el comandante Park.

—Nosotros también hemos traído un regalo —dijo el Querido Líder.

—También nosotros les ofrecemos un obsequio de paz —tradujo Ga.

El comandante Park se acercó con dos sujetalibros hechos con cuerno de rinoceronte y Ga comprendió que el Querido Líder no iba a perder el tiempo jugando con los americanos: su objetivo, aquel día, era causar dolor.

Tommy se avanzó para interceptar el obsequio, mientras el senador fingía no verlo.

—A lo mejor ha llegado el momento de discutir el asunto que nos ocupa —dijo el senador.

—Ni hablar —repuso el Querido Líder—, Vengan, reavivemos nuestras relaciones con música y comida. Nos esperan muchas sorpresas.

—Hemos venido por Allison Jensen —continuó el senador.

El Querido Líder reaccionó airadamente al oír ese nombre.

—Llevan dieciséis horas volando, es momento de levantar los ánimos. ¿Quién no tiene tiempo para oír a unos niños acordeonistas?

—Antes de partir nos reunimos con los padres de Allison —dijo Tommy en coreano—. Están bastante preocupados por ella. Antes de seguir adelante necesitamos garantías, tenemos que hablar con nuestra ciudadana.

—¿Su ciudadana? —le espetó el Querido Líder—. Primero me devolverán lo que me robaron y luego hablaremos de la chica.

Tommy tradujo aquellas palabras, pero el senador negó con la cabeza.

—Nuestro país la rescató de una muerte segura en nuestras aguas —insistió el Querido Líder—. Su país invadió nuestras aguas, abordó nuestro barco y me robó algo que me pertenecía. Primero recuperaré lo que me robaron y luego les devolveré lo que salvé —agregó, e hizo un gesto con la mano—. Y ahora, que empiece el espectáculo.

Se acercó rápidamente una banda de pequeños acordeonistas, que empezó a interpretar *Nuestro padre es el mariscal* con precisión experta. Sonreían incansablemente, y la multitud sabía cuándo tenía que aplaudir y exclamar: «Eterna es la llama del mariscal».

Sun Moon y sus hijos iban pegados a los pequeños acordeonistas, que se movían todos al unísono, como un único ser que se contorsionaba para proyectar todo su regocijo. Sun Moon empezó a llorar en silencio.

El Querido Líder se fijó en sus lágrimas y en el hecho de que volvía a ser vulnerable. Con un gesto, le indicó al comandante Ga que había llegado el momento de prepararse para la canción de Sun Moon.

Ga la acompañó entre la multitud hasta donde terminaba la pista de

aterrizaje, una franja de hierba cubierta de piezas de avión oxidadas que llegaba hasta la verja electrificada que bordeaba el campo de aviación.

Sun Moon se volvió, lentamente, y observó la nada que los rodeaba.

—¿Dónde nos has metido? —le preguntó—. ¿Cómo vamos a lograr salir vivos de aquí?

—Tranquila —le dijo él—. Respira hondo.

—¿Y si me entrega un cuchillo? ¿Y si quiere que pruebe mi lealtad? —se angustió, y de repente abrió mucho los ojos—. ¿Y si me pone un cuchillo en las manos y no es una prueba?

—El Querido Líder no te pedirá que mates a una ciudadana americana delante de un senador de su país.

—Tú no lo conoces —repuso—. Si supieras las cosas que le he visto hacer en sus fiestas, delante de mis propios ojos, a amigos y enemigos. Para él eso no tiene ninguna importancia. Puede hacer lo que quiera, cualquier cosa.

—Pero hoy no. Hoy los que podemos hacer cualquier cosa somos nosotros.

Ella soltó una carcajada asustada, nerviosa.

—Me gusta mucho cuando dices estas cosas. Quiero creérmelas de verdad.

—¿Y por qué no lo haces?

—¿Es cierto que hiciste las cosas que dicen? —le preguntó Sun Moon—. ¿De verdad secuestraste a personas y les hiciste daño?

El comandante Ga sonrió.

—Oye, que soy el bueno de la película.

Ella se rio, incrédula.

—¿Tú? ¿El bueno?

Ga asintió con la cabeza.

—Te lo creas o no, aquí el héroe soy yo.

En aquel instante vieron, acercándose a pocos kilómetros por hora, a Camarada Buc. Iba montado en una grúa baja, diseñada para levantar

motores de avión. Suspendido de unas cadenas estaba el cambiador de Sun Moon.

—Necesitaba un aparato más potente —les explicó Buc—. Hemos pasado toda la noche construyendo esto, no tenía ninguna intención de dejarlo sin estrenar.

Cuando dejó el templo en el suelo, la madera se estremeció y crujió, pero la llave plateada de Sun Moon abrió el cerrojo. Entraron los tres juntos y Buc les mostró cómo la pared posterior del cambiador pivotaba sobre una bisagra y se abría como una puerta de corral. El espacio que quedaba era lo bastante ancho como para que cupieran las palas de una carretilla elevadora.

Sun Moon acercó la mano a la cara de Camarada Buc y se la acarició con la punta de los dedos, mirándolo a los ojos. Era su forma de darle las gracias. O tal vez de despedirse. Buc le sostuvo la mirada tanto rato como pudo, y entonces dio media vuelta y volvió rápidamente hacia su carretilla elevadora.

Sun Moon se cambió delante de su marido, sin vergüenza.

—¿De verdad que nunca has tenido a nadie? —le preguntó mientras se ponía el *goreum*. Al ver que no respondía, decidió insistir—. ¿Ni un padre que te guiara, ni una madre que te cantara? ¿Ni hermanos?

Ga le colocó bien la cola del lazo.

—Por favor —le dijo—. Ha llegado el momento de actuar. Dale al Querido Líder exactamente lo que desea.

—Soy incapaz de controlar lo que canto —confesó.

Pronto acudió junto al Querido Líder, vestida de azul y acompañada por su marido. El número de los acordeonistas alcanzó el clímax, con los niños subidos unos encima de otros, en pilares de tres. Ga vio cómo Kim Jong-il bajaba la mirada y comprendió que las canciones infantiles (tan animadas, con aquel entusiasmo que no conocía límites) lo conmovían de veras. Al final de la canción, los americanos aplaudieron pero sus manos no emitieron sonido alguno.

—A continuación oiremos otra canción —anunció el Querido Líder.

No —dijo el senador—. Primero nuestra ciudadana.

—Primero lo que me pertenece —respondió el Querido Líder.

—Necesitamos garantías —dijo Tommy.

—Garantías, garantías —repitió el Querido Líder, que se volvió hacia Ga—. ¿Me prestas tu cámara? —le preguntó.

La sonrisa que se dibujó en el rostro del Querido Líder volvió a asustar a Ga, que se sacó la cámara del bolsillo y se la entregó. El Querido Líder atravesó la multitud hacia su coche.

—¿Adónde va? —preguntó Wanda—. ¿Se marcha?

El Querido Líder subió al asiento trasero de su Mercedes negro, pero el coche no se movió.

De pronto el teléfono que Wanda llevaba en el bolsillo pitó y esta echó un vistazo a la pantalla. Después de sacudir la cabeza con gesto de incredulidad, se lo mostró al senador y a Tommy. Ga alargó la mano para coger el telefonillo rojo, y Wanda se lo dio. En la pantalla había una fotografía de Allison Jensen, la remera, sentada en el asiento trasero del coche. Ga asintió con la cabeza y, ante la mirada de Wanda, se guardó el teléfono en el bolsillo.

El Querido Líder regresó y le dio las gracias a Ga por prestarle la cámara.

—¿Les parece suficiente garantía? —preguntó.

El senador hizo un gesto, y del portón de carga del avión bajaron dos carretillas elevadoras dando marcha atrás. Entre las dos llevaban el detector de radioactividad natural japonés, que iba dentro de una caja hecha a medida.

—Sabe que no va a funcionar, ¿verdad? —dijo el senador—. Los japoneses lo fabricaron para detectar radiación cósmica, no isótopos de uranio.

—Mis mejores científicos discreparían —respondió el Querido Líder—. De hecho, su opinión es unánime.

—Al cien por cien —corroboró el comandante Park.

El Querido Líder hizo un gesto con la mano.

—Pero ya hablaremos de nuestro estatus compartido como países nucleares en otra ocasión. Ahora oigamos un *blues*.

—Pero ¿dónde está la remera? —preguntó Sun Moon—. Le tengo que cantar a ella. Es para quien he compuesto la canción.

El Querido Líder le dirigió una mirada de enojo.

—Tus canciones son mías. Solo cantas para mí —le espetó, y se volvió hacia los americanos—. Me han asegurado que el *blues* apelará a su conciencia colectiva americana —dijo—. El *blues* es la forma que tiene la gente de lamentarse por el racismo, la religión y las injusticias del capitalismo. El *blues* es la música de quienes conocen el hambre.

—Uno de cada seis —apuntó el comandante Park.

—Uno de cada seis americanos pasa hambre a diario —añadió el Querido Líder—. El *blues* es también la música de la violencia. Comandante Park, ¿cuándo fue la última vez que un habitante de Pyongyang cometió un crimen violento?

—Hace siete años —respondió el comandante Park.

—Siete largos años —dijo el Querido Líder—. En la capital de Estados Unidos, en cambio, cinco mil hombres negros languidecen en prisión a causa de la violencia. No me malinterprete, senador, su sistema carcelario es la envidia del mundo: unas instalaciones de reclusión de vanguardia, una vigilancia absoluta y tres millones de internos. Y, en cambio, no aprovechan esos recursos para ningún bien social. Los ciudadanos encarcelados no motivan en modo alguno a los ciudadanos libres, y el trabajo de los condenados no alimenta la maquinaria de la necesidad nacional.

El senador carraspeó.

—Como diría el doctor Song, «todo esto es muy instructivo».

—¿Le aburre la teoría social? —preguntó el Querido Líder, y negó con la cabeza, como si hubiera esperado más de sus visitantes americanos—.

En ese caso, aquí tienen a Sun-Moon.

Sun Moon se arrodilló sobre la pista de cemento y colocó la guitarra en el suelo, ante ella. A la sombra de quienes formaban un círculo a su alrededor, se quedó mirando el instrumento como si esperara alguna inspiración lejana.

—Cante —le susurró el comandante Park, que le dio un golpecito con la punta de la bota en la parte baja de la espalda. A Sun Moon se le escapó un gemido ahogado de miedo—. Que cante —insistió Park.

Brando se puso a gruñir y a tirar de la correa.

Sun Moon empezó a tocar sobre el mástil de la guitarra, pulsando las cuerdas con las yemas de los dedos y punteándolas con la caña de una pluma de búho real. Las notas sonaban discordantes entre sí, sobrecogedoras y solitarias. Por fin, con el tono quejumbroso de un nómada *sanjo*, empezó a glosar la historia de un chico que se había alejado de sus padres y se había perdido.

Muchos ciudadanos se aproximaron para oír la letra.

—Un viento helado se alzó —cantó Sun Moon— y dijo: «Ven, huérfano, duerme en mis ondulantes sábanas blancas».

Los ciudadanos reconocieron el cuento del que procedía aquella frase, pero nadie entonó la respuesta: «No, huérfano, no pases frío». Era una canción que aprendían todos los niños de la capital, y que utilizaban para burlarse de los huérfanos que corrían confusos por las calles de Pyongyang. Sun Moon siguió cantando:

—Entonces una mina llamó al niño y le cantó: «Ven, protégete en mis profundidades».

Mentalmente, Ga oyó la respuesta: «Rehúye la oscuridad, huerfanito. Busca la luz».

—Entonces se acercó un fantasma —cantó Sun Moon— y susurró: «Déjame entrar en ti, huerfanito, y te calentaré desde dentro».

«Lucha contra la fiebre, huerfanito —pensó Ga—. No te mueras esta noche.»

—Cántela bien —le ordenó el comandante Park.

Pero Sun Moon siguió cantando melancólicamente acerca de la llegada del Gran Oso y su idioma especial, relatando cómo este había cogido al huérfano y había partido un panal de miel de abeja con una garra. En su voz resonaban todas las cosas que se había dejado, como lo afiladas que eran esas galerías, o las picaduras del enjambre de abejas. Su sonora voz vibraba con el apetito insaciable del oso y su implacable voracidad omnívora.

Los hombres del público no exclamaron: «¡Come de la miel del Gran Oso!».

Las mujeres no respondieron: «¡Comparte la dulzura de sus actos!».

Un gran estremecimiento de emoción recorrió todo el cuerpo del comandante Ga, aunque no habría sabido decir por qué. ¿Era por la canción en sí, por la intérprete, porque la hubiera cantado en aquel momento y en aquel lugar, o porque el personaje central era un huérfano? Solo sabía que aquello era la miel de Sun Moon, lo único que tenía para ofrecerle.

Para cuando la canción se terminó, al Querido Líder le había cambiado considerablemente la actitud. Su aspecto despreocupado y sus gestos alegres se habían esfumado, y ahora tenía los ojos apagados y las mejillas hundidas.

Los científicos informaron de que, después de inspeccionar el detector de radiación, podían confirmar que estaba intacto.

El Querido Líder le hizo un gesto a Park para que fuera a buscar a la remera.

—Acabemos con esto de una vez, senador —lo instó el Querido Líder—. Los habitantes de nuestro país desean realizar una donación de comida humanitaria a los ciudadanos hambrientos de su país. Y luego podrá repatriar a su conciudadana y marcharse a resolver asuntos más importantes.

—De acuerdo —aceptó el senador después de que Ga le tradujera esas

palabras.

El Querido Líder se volvió hacia Ga.

—Dile a tu mujer que se vista de rojo —le indicó simplemente.

Si el Querido Líder hubiera podido contar aún con el doctor Song, pensó Ga. El doctor Song se desenvolvía con gran desparpajo en ese tipo de situaciones, que en su presencia se convertían en arrugas que este alisaba con un simple gesto.

Wanda pasó cerca del comandante Ga y le dirigió una mirada de asombro.

—Joder, ¿de qué hablaba esa canción? —preguntó.

—De mí —respondió él, pero ya se estaba alejando con el niño, la niña, su mujer y el perro.

Cuando entraron en el templo de Pohyon, este les pareció un lugar ciertamente digno de una plegaria, pues en su interior Camarada Buc había dejado un palé con cuatro barriles vacíos.

—No hagáis preguntas —les ordenó Sun Moon a sus hijos al tiempo que levantaba las tapas blancas de los barriles. El comandante Ga abrió la funda de la guitarra, y de dentro sacó el vestido plateado de Sun Moon.

—Ten, márchate según tus términos —le dijo.

Entonces levantó a la niña y la metió en un barril. Abrió la mano y depositó en la palma de la pequeña las semillas del melón de la noche anterior. A continuación le tocó el turno al niño, al que Ga entregó los bastoncillos tallados, el hilo y la piedra de la trampa para pájaros que habían construido juntos.

Los observó a los dos, la cabeza asomando de dentro de los barriles. No podían hacer preguntas, aunque de todos modos tampoco habrían sabido formular las apropiadas, ni lo sabrían hasta el cabo de mucho tiempo. Ga se tomó un instante para observar, maravillado, aquella cosa pura que se estaba forjando ante sus ojos. Y de pronto le pareció todo clarísimo, meridiano: no existía el abandono, tan solo personas en situaciones imposibles, personas a las que se les presentaba una gran oportunidad, o

tal vez la única oportunidad. Cuando acechaba un grave peligro, un abandono podía convertirse en salvación. Y de repente comprendió que lo habían salvado. Su madre era una belleza, una cantante. Y por ese motivo le esperaba un destino terrible. No lo había abandonado, lo había salvado de lo que le deparaba el futuro. En aquel palé, con sus cuatro barriles blancos, Ga reconoció el bote salvavidas con el que tantas veces había soñado a bordo del *Junma*, y que significaba que no se iba a hundir con el barco. En su día lo había tenido que dejar partir de vacío, pero ahora volvía a estar ahí, y esta vez iba a transportar el más valioso de los cargamentos. Ga alargó la mano y alborotó el pelo de aquellos niños confusos, que no comprendían que los estaban rescatando, ni aún menos de qué.

Sun Moon se puso el vestido plateado y Ga no perdió el tiempo admirándolo: la levantó con los dos brazos, la dejó en su sitio y le entregó el portátil.

—Aquí tienes tu carta de tránsito —le dijo.

—Como en nuestra película —comentó ella, y sonrió con incredulidad.

—Eso es —respondió Ga—. La carta dorada que te llevará a América.

—Escúchame —suplicó ella—. Aquí hay cuatro barriles, uno para cada uno. Sé lo que estás pensando, pero no seas tonto. Ya has oído mi canción, ya has visto qué cara se le ha quedado.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó la niña.

—Chisss —dijo Sun Moon.

—¿Y *Brando*? —quiso saber el niño.

—Irás luego —les aseguró Ga—. El Querido Líder se lo va a devolver al senador y le dirá que es demasiado fiero para los pacíficos habitantes de nuestro país.

A los niños no les hizo gracia.

—¿Te volveremos a ver algún día? —preguntó la niña.

—Yo os veré a vosotros —le prometió Ga, y le entregó la cámara—. Cuando saquéis una foto, aparecerá en mi teléfono, aquí.

—¿Y qué tenemos que fotografiar? —preguntó el niño.

—Las cosas que me queráis enseñar —contestó Ga—. Las cosas que os hagan reír.

—Ya basta —dijo Sun Moon—. He hecho lo que me pediste, te he abierto las puertas de mi corazón. Eso es lo único que sé: que no hay que separarse, que la gente tiene que seguir junta, cueste lo que cueste.

—Yo también te llevo en el corazón —respondió Ga, y al oír el sonido de la carretilla elevadora de Camarada Buc, cerró con fuerza las tapas de los barriles.

Al perro todos aquellos acontecimientos le parecieron de lo más interesantes, y rodeó los barriles gimiendo y buscando la forma de entrar.

En el cuarto barril, el comandante Ga vació el contenido de la funda de la guitarra. Dentro cayeron revoloteando miles de fotografías, las almas perdidas de la Prisión 33, todas ellas con nombre, fecha de ingreso y de fallecimiento.

Ga abrió la pared trasera del templo y guio a Buc haciendo señas. Este estaba muy pálido.

—¿De verdad que lo vamos a hacer? —preguntó.

—Bordee la multitud —le indicó Ga—. Que parezca que viene de otro sitio.

Buc levantó el palé y dio marcha atrás, pero no se movió de donde estaba.

—Va a confesar, ¿verdad? —preguntó Buc—. El Querido Líder sabrá que todo ha sido obra suya, ¿no?

—Lo sabrá, confíe en mí —respondió Ga.

Cuando Buc dio marcha atrás y salió a la luz del sol, Ga constató, horrorizado, que se distinguía claramente que había personas dentro de los barriles, por lo menos sus siluetas, como gusanos moviéndose dentro de sus capullos blancos.

—Creo que se nos han olvidado los agujeros de respiración —dijo Buc.

—En marcha —ordenó Ga.

De vuelta a la pista de aterrizaje, Ga encontró al Querido Líder y al comandante Park dirigiendo a un grupo de niños que colocaban barriles encima de los palés de varias carretillas elevadoras. Los niños se movían con gestos coreografiados, pero sin la música de una banda, el número recordaba al robot que montaba tractores en el Museo del Progreso Socialista.

A su lado se encontraba la remera, ataviada con un vestido dorado. Aguardaba en silencio junto a Wanda, y llevaba unas gafas de sol que le ocultaban los ojos. Parecía que la hubieran sedado. O a lo mejor, pensó Ga, era que la habían sometido a la operación de cirugía ocular.

El Querido Líder se acercó a él y Ga se dio cuenta de que había recuperado la sonrisa.

—¿Dónde está nuestra Sun Moon? —preguntó.

—Ya la conoce —respondió Ga—. Tiene que estar perfecta. No parará hasta alcanzar la perfección.

El Querido Líder asintió ante aquella verdad.

—Por lo menos los americanos contemplarán pronto su indudable belleza mientras se despide de nuestra ruda invitada. Una al lado de la otra, no quedará duda de quién es superior. Por lo menos yo me voy a dar ese gusto.

—¿Cuándo les devolvemos el perro? —preguntó Ga.

—Ese, comandante Ga, será el insulto final.

Varias carretillas elevadoras pasaron junto a Tommy y el senador, rumbo a la rampa del avión. Los dos hombres estudiaron con interés la carga que contenían: en uno de los barriles brillaba el vinalón azul de unos monos de brigadas de trabajo, mientras que en otro se distinguía el marrón de un montón de carne de barbacoa. A continuación pasó una carretilla cargada con retretes ecológicos, y Tommy preguntó:

—¿Qué tipo de ayuda humanitaria es esa?

—¿Qué dice el americano? —le preguntó el Querido Líder a Ga.

—Sienten curiosidad ante la variedad de la ayuda humanitaria que

contiene nuestro cargamento —contestó Ga.

El Querido Líder se volvió hacia el senador.

—Le aseguro que solo hemos incluido productos de primera necesidad para un país con graves carencias sociales —declaró—. ¿Desean realizar una inspección?

Tommy se volvió al senador.

—¿Quieres inspeccionar una de las carretillas? —le preguntó.

Al ver que el senador dudaba, el Querido Líder indicó al comandante Park que detuviera una carretilla. Ga vio a Camarada Buc que se aproximaba por un extremo de la multitud rezagada, pero afortunadamente Park le hizo un gesto a otra de las carretillas. Sin embargo, el conductor fingió no oírlo y siguió conduciendo, con una expresión de pánico en el rostro. Park le dio el alto a otra carretilla, pero una vez más el conductor fingió estar absolutamente absorto en la tarea de trasladar la carga hasta el avión.

—¡Dak-Ho! —le gritó Park—. ¡Sé que eres tú y que me has oído!

El Querido Líder se rio y le dijo:

—Trata de ser un poco más amable, a ver qué tal.

Era difícil leer la expresión del comandante Park, pero cuando le ordenó a Camarada Buc que se detuviera, lo hizo con autoridad, y Ga supo que Buc era justamente el tipo de hombre que se detendría.

Camarada Buc detuvo su carretilla a menos de diez metros de donde se encontraban; cualquiera que se tomara la molestia de fijarse en los barriles, se daría cuenta de que lo que se movía dentro eran figuras humanas.

El comandante Ga se acercó al senador y le puso una mano tensa sobre la espalda. El senador lo fulminó con la mirada.

—Este es un lote de ayuda humanitaria ideal para revisarlo, ¿no? —le preguntó al senador señalando la carretilla elevadora de Buc—. Mucho mejor que comprobar el contenido de aquel de allí, ¿sí?

El senador tardó un instante en procesar la situación, pero finalmente

señaló la otra carretilla y, volviéndose hacia el Querido Líder, preguntó:

—¿Hay algún motivo por el que no quieren que inspeccionemos aquella?

El Querido Líder sonrió.

—Pueden examinar la que les plazca.

La muchedumbre se desplazó hacia la carretilla que había elegido el senador, pero en aquel preciso instante *Brando* levantó el hocico y, menando la cola, empezó a ladrarle a la carretilla de Camarada Buc.

—No pasa nada —le gritó Ga a Camarada Buc—. Ya no lo necesitamos.

El comandante Park ladeó la cabeza y se quedó mirando al perro.

—No, un momento —le indicó Park a Buc, que apartó la mirada para que no lo reconociera. Park se arrodilló junto al perro y lo estudió con atención—. Se supone que estos animales son los mejores detectando cosas —le dijo a Ga—. Al parecer tienen un gran olfato.

Park se fijó en la postura del perro. Entonces miró entre las orejas del animal, como si de la mirilla de una pistola se tratara, y al final del hocico vio la carretilla de Buc.

—Hmm —murmuró.

—Comandante Park, venga aquí —lo llamó el Querido Líder—. Esto le va a encantar.

Park valoró la situación durante un instante y finalmente se volvió hacia Buc:

—No te muevas de aquí —le ordenó.

El Querido Líder lo volvió a llamar. Estaba riendo.

—Ven, Park, ven —le dijo—. Necesitamos una habilidad que tú nos puedes ofrecer.

Park y Ga se acercaron al Querido Líder, mientras *Brando* tiraba de la correa en dirección contraria.

—Dicen que los canes son animales particularmente agresivos —comentó Park—. ¿Usted qué cree?

—Yo creo que solo son tan peligrosos como sus dueños —respondió Ga.

Se acercaron a la carretilla elevadora junto a la que se encontraban el Querido Líder y el senador, y Tommy, Wanda y la remera se unieron también a ellos. En el palé de la carretilla había dos barriles y una pila de cajas empaquetadas y retractiladas.

—¿Cómo puedo ayudarlo? —preguntó Park.

—Esto es perfecto —se rio el Querido Líder—. Es demasiado bueno para ser cierto. Parece que hay que abrir una caja.

El comandante Park se sacó un cúter del bolsillo.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Tommy.

El comandante Park pasó la cuchilla por la juntura de la caja.

—Es la primera vez que lo utilizo con una caja —reconoció Park, y el Querido Líder volvió a reírse.

La caja estaba llena de los tomos en tapa dura de las *Obras completas de Kim Jong-il*. El Querido Líder cogió un ejemplar, lo abrió y se llenó los pulmones con el olor a tinta.

La remera se quitó las gafas de sol: a juzgar por sus ojos, parecía profundamente sedada. Miró los libros de soslayo y, al reconocerlos, su rostro adoptó una súbita expresión de pavor.

—No —dijo, y por un momento pareció que iba a devolver.

Tommy levantó la tapa de un barril y cogió un puñado de arroz.

—Es de grano corto —observó—. ¿No se supone que Japón produce arroz de grano corto y Corea de grano largo?

—El arroz norcoreano —dijo Wanda, imitando la forma de hablar del doctor Song— tiene el grano más largo del mundo.

El Querido Líder se dio cuenta por su tono de que se trataba de un insulto, aunque no sabía de qué tipo.

—¿Dónde se ha metido Sun Moon? —le preguntó a Ga—. Ve a ver por qué tarda tanto.

Para ganar algo de tiempo, Ga se volvió hacia el senador.

—Creo recordar que cuando estuvimos en Texas, el doctor Song les prometió que, si alguna vez visitaban nuestra gran nación, el Querido Líder les firmaría su obra —le dijo.

El senador sonrió.

—Es una gran ocasión de poner a prueba la pluma de la paz.

—Nunca he firmado ninguno de mis libros —confesó el Querido Líder, halagado y suspicaz a partes iguales—. Pero imagino que se trata de una ocasión especial.

—Wanda —dijo Ga—, usted quería uno para su padre, ¿no? Y usted, Tommy, ¿no se moría de ganas de recibir también un ejemplar firmado?

—Creía que nunca tendría el honor —declaró Tommy.

El comandante Park se volvió hacia la carretilla de Camarada Buc. *Brando* seguía tirando de la correa con desespero.

—Comandante Park —lo llamó Ga—. Venga conmigo, iremos a comprobar qué le pasa a Sun Moon.

Pero Park no le devolvió la mirada.

—Enseguida —repuso, y se aproximó a la carretilla.

El comandante Ga se dio cuenta de que Camarada Buc se aferraba al volante, aterrorizado, y que, dentro de los barriles, las figuras se retorcían por el calor y la falta de aire. Ga se agachó junto a *Brando*, le quitó la correa del cuello y lo agarró por un pliegue de piel

—Pero comandante Park... —empezó a decir Ga.

Park se detuvo y le dirigió una mirada.

—Ataca —añadió entonces el comandante Ga.

—¿Ataca? —preguntó Park.

Pero era ya demasiado tarde; el perro se le echó encima y le mordió el brazo.

El senador se dio la vuelta y vio, horrorizado, cómo uno de sus admirados perros catahoula desgarraba los tendones del brazo de un hombre. A continuación el senador miró a sus anfitriones con una

expresión nueva en los ojos, como si acabara de comprender que no había nada en Corea del Norte que no terminara volviéndose agresivo y malicioso.

El comandante Park le clavó el cúter al perro y este empezó a sangrar en abundancia. La remera soltó un grito y echó a correr hacia el avión, histérica. Sus brazos se movían a toda velocidad: a pesar de los sedantes y de haber pasado un año inactivo, bajo tierra, su cuerpo de atleta respondió a su llamada.

Al cabo de nada, el perro tenía ya el pelaje negro y empapado de sangre. El comandante Park le pegó otro cuchillazo y el animal le hundió los colmillos en el tobillo, hasta el hueso.

—¡Disparadle! —gritó Park—. ¡Pegadle un tiro al maldito animal!

Los agentes de los servicios secretos presentes entre la multitud desenfundaron sus pistolas Tokarev y el resto de los ciudadanos salieron en desbandada, corriendo en todas direcciones. Camarada Buc se marchó a toda velocidad, maniobrando entre los agentes de seguridad americanos, que se apresuraron a proteger al senador y su delegación.

El Querido Líder estaba solo, confuso, firmando uno de sus libros. Aunque contemplaba el sangriento espectáculo, parecía no reconocer un acontecimiento que se había producido sin su autorización.

—¿Qué sucede, Ga? —preguntó el Querido Líder—. ¿Qué está pasando?

—Un episodio de violencia, señor —lo informó Ga.

De pronto el Querido Líder dejó caer la pluma de la paz.

—Sun Moon —dijo.

Se volvió hacia el pabellón y hurgó en el bolsillo, buscando la llave plateada. Empezó a trotar tan rápido como podía, con la tripa que se le bamboleaba bajo el traje gris. Varios de los hombres del comandante Park lo siguieron, y Ga se unió a ellos.

A sus espaldas continuaba el férreo combate: ahora perro y hombre habían caído al suelo, pero los dientes del animal se negaban a soltar su

presa.

Al llegar al vestidor, el Querido Líder se detuvo, indeciso, como si se encontrara ante el verdadero templo de Pohyon, bastión contra los japoneses durante la Guerra Imjin, hogar del gran guerrero y monje Sosan, y última morada de los anales de la Dinastía Yi.

—Sun Moon —dijo, y llamó a la puerta—. ¡Sun Moon!

Metió la llave en el cerrojo, haciendo oídos sordos a los disparos de pistola que sonaban a sus espaldas, seguidos del último aullido mortal del perro. Dentro, el pequeño cuartito estaba vacío. Colgados en la pared estaban los tres *choson-ots*, el blanco, el azul y el rojo. En el suelo había quedado la funda de la guitarra. El Querido Líder se agachó y la abrió: dentro estaba la guitarra. El Querido Líder hizo sonar una cuerda y se volvió hacia Ga.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Dónde se ha metido?

—¿Y los niños? —añadió Ga.

—Es verdad —convino el Querido Líder—. Los niños también han desaparecido. Pero ¿adónde puede haber ido sin la ropa?

El Querido Líder acarició los tres vestidos como para comprobar que eran los auténticos. Olisqueó una manga.

—Sí —dijo—, son los suyos.

Entonces se fijó en algo que había quedado encima del cemento. Lo recogió y vio que se trataba de dos fotografías unidas con un clip. En la primera aparecía un hombre joven de expresión sombría. El Querido Líder miró la otra fotografía y vio una figura humana destrozada en el suelo, cubierta de tierra. Tenía la boca abierta y llena también de tierra.

El Querido Líder retrocedió un paso y dejó caer las fotografías.

Salió fuera del cambiador, donde se oía el estruendo de los motores de reacción del avión y la puerta delantera que ya se cerraba. El Querido Líder echó un vistazo alrededor de la construcción y levantó la mirada hacia las nubes, perplejo.

—Pero si la ropa está aquí dentro —observó—. Su vestido rojo está

aquí.

Camarada Buc llegó y bajó de la carretilla.

—He oído disparos —dijo.

—Sun Moon ha desaparecido —lo informó Ga.

—Imposible —repuso Buc—. ¿Dónde se puede haber metido?

El Querido Líder se volvió hacia Ga.

—No ha dicho nada de que tuviera que ir a ningún sitio, ¿verdad? —preguntó.

—No ha dicho nada de nada —contestó Ga.

El comandante Park se acercó hacia donde estaban, cojeando.

—Maldito perro —dijo, y respiró hondo; había perdido mucha sangre.

—Sun Moon ha desaparecido —anunció el Querido Líder.

Park se dobló sobre sí mismo, respirando pesadamente, y apoyó una mano en la rodilla buena.

—Detened a todos los ciudadanos —ordenó a sus hombres—. Confirmad la identidad de todos, peina el aeropuerto, y mirad en todos los aviones abandonados. Y que alguien drene el estanque de mierda ese.

El avión americano empezó a acelerar por la pista, y el ruido de los motores ahogó la conversación. Durante un minuto se quedaron como estaban, esperando a poder volver a hablar. Para cuando el avión estuvo en el aire y empezó a girar, Park ya había atado cabos.

—Iré a buscarle una venda —se ofreció Buc.

—No —respondió Park con la vista clavada en el suelo—. Aquí nadie irá a ninguna parte —añadió, y se volvió hacia el Querido Líder—. Debemos asumir que todo ha sido obra del comandante Ga.

—¿Del comandante Ga? —se sorprendió el Querido Líder—. ¿Este de aquí? —añadió, señalándolo.

—Era amigo de los americanos —dijo Park—. Ahora los americanos se han ido. Y Sun Moon también.

El Querido Líder levantó la mirada e intentó ubicar el avión americano, escudriñando lentamente el cielo. Entonces se volvió hacia Ga con una

mirada de incredulidad. Sus ojos sopesaron todas las posibilidades, todas las cosas imposibles que podían haberle sucedido a Sun Moon. Por un instante, al Querido Líder se le quedó la mirada vacía, una expresión que Ga conocía a la perfección: era la misma cara que Ga había mostrado al mundo, la de un niño que se había tragado todo lo que le había ocurrido, pero cuyo significado no entendería hasta mucho, muchísimo más tarde.

—¿Es verdad? —preguntó el Querido Líder—. Quiero saber la verdad.

Estaban rodeados de un silencio que ocupaba el lugar que el estruendo del avión había dejado libre.

—Ahora sabe algo de mí —le dijo Ga al Querido Líder—.

Le he mostrado una parte de mí y ahora sabe quién soy realmente. Y yo sé algo de usted.

—¿De qué hablas? —preguntó el Querido Líder—. Dime dónde está Sun Moon.

—Le he arrebatado lo último que importaba —continuó Ga—. He tirado del hilo que va a hacer que se termine desmoronando.

El comandante Park se irguió, aunque solo parecía parcialmente recuperado. Levantó el cúter ensangrentado, pero el Querido Líder lo detuvo con un solo dedo.

—Me tienes que contar la verdad, hijo —dijo el Querido Líder con voz grave y seria—. ¿Le has hecho algo?

—Se lo he hecho a usted: a partir de ahora llevará en su corazón una herida como la que llevo yo en el mío —le dijo Ga—. No volveré a ver a Sun Moon nunca más, pero usted tampoco. A partir de hoy seremos como hermanos.

El comandante Park hizo una señal y sus hombres apresaron a Ga y le clavaron los dedos en los bíceps.

—Mis chicos de la División 42 lo resolverán todo —le prometió Park al Querido Líder—. ¿Lo puedo dejar en manos de los Pub yok?

Pero el Querido Líder no respondió, sino que se dio la vuelta y volvió a contemplar el cambiador, aquel simple templo con vestidos en el interior.

El comandante Park tomó el mando de la situación.

—Entregad a Ga a los Pub yok —les ordenó a sus hombres—. Y coged también a los conductores de las carretillas.

—Un momento —lo interrumpió Ga—. Buc no ha tenido nada que ver con esto.

—Es verdad —asintió Camarada Buc—. Yo no he hecho nada.

—Lo siento —le dijo el comandante Park a Buc—, pero la cantidad de dolor que provocará todo esto será demasiado para un hombre solo. Incluso aunque la repartamos entre todos los demás, es posible que sea excesiva.

—Querido Líder —suplicó Buc—, soy yo, su camarada más próximo. ¿Quién le proporciona coñac francés y erizos de mar de Hokkaido? ¿Quién le ha conseguido todas las marcas de cigarrillos del mundo? Soy un hombre leal, tengo familia —rogó Buc, y se le acercó más—. Yo no deserto —añadió—. No he desertado nunca.

Pero el Querido Líder no lo escuchaba, sino que tenía la mirada fija en el comandante Ga.

—No entiendo quién eres —le dijo el Querido Líder—. Mataste a mi peor enemigo, te fugaste de la Prisión 33. Te podrías haber largado para siempre, pero en lugar de eso viniste aquí. ¿Quién hace eso? ¿Y quién va por mí, por si eso fuera poco? ¿Qué tipo de persona echa a perder su vida solo para arruinarme la mía?

Ga levantó la mirada y siguió la estela del reactor que cruzaba el cielo, hasta que llegó al horizonte. Un día no era solo una cerilla que encendías cuando todas las demás se habían apagado. Al día siguiente, Sun Moon estaría en América. La mañana la encontraría en un lugar donde podría cantar la canción que llevaba toda la vida esperando cantar. A partir de aquel momento, para ella vivir no se limitaría a sobrevivir y resistir. Y aquel nuevo día lo estaban abordando juntos.

Ga se volvió hacia el Querido Líder y, sin miedo alguno, miró a los ojos al hombre que iba a tener la última palabra. De hecho, Ga se sentía

bastante despreocupado. «Así es como me habría sentido durante toda la vida si no hubieras existido», se dijo. Ga experimentó una súbita determinación, tuvo la sensación de estar al mando de su vida. ¡Qué sensación tan extraña, tan nueva! A lo mejor era a eso a lo que se había referido Wanda cuando, ante el vasto cielo texano, le había preguntado si se sentía libre. Porque ahora sabía que sí, que era algo que se podía sentir, y que le provocaba un cosquilleo en los dedos y le alteraba la respiración. De repente vio ante sus ojos todas las vidas que habría podido vivir, y la sensación no se desvaneció ni cuando los hombres del comandante Park lo arrojaron al suelo y se lo llevaron a rastras hacia el cuervo.

¡Ciudadanos, reuníos alrededor de los altavoces! ¡Ha llegado la hora del último capítulo de la Mejor Historia Norcoreana del año, aunque también podríamos llamarla la Mejor Historia Norcoreana de todos los tiempos! Y, no obstante, en este último episodio la fealdad hace inevitablemente acto de presencia, ciudadanos, por lo que recomendamos no escucharlo a solas. Buscad el consuelo de vuestros colegas de la fábrica, abrazad a un desconocido en el metro. También recomendamos que protejáis a los camaradas más jóvenes (que ignoran aún la existencia de la injusticia humana) del contenido del capítulo de hoy. Sí, hoy los americanos desatan su jauría de perros de caza. Así pues, barred el serrín acumulado en el suelo del molino y recoged el algodón acumulado en los motores de los telares, cualquier cosa que sirva para tapar los sensibles oídos de los inocentes.

Finalmente, había llegado el momento de devolver a su país a la pobre remera americana, que nuestra valerosa flota de pescadores había rescatado de los peligros del mar. Recordaréis el lamentable aspecto de la

americana antes de que Sun Moon se encargara de ella. Ciertamente, no había *cho-son-ot*, por dorado que fuera, capaz de disimular sus hombros caídos y sus pechos desgarrados, pero desde que su dieta se había visto complementada por saludables porciones de sabroso y nutritivo sorgo, por lo menos la remera presentaba un aspecto más saludable, y tras recibir una estricta lección sobre castidad por parte del Querido Líder, inmediatamente había adoptado un aire más femenino: su rostro presentaba un aspecto más discreto y su postura era más erguida.

Pero, aun así, su partida era un acontecimiento triste, pues iba a regresar a América, a una vida de perros, analfabetismo y condones de colores. Por lo menos sus libretas, donde había copiado todas las enseñanzas y observaciones del Querido Líder, le servirían de guía. Y debemos admitir que su sitio estaba entre su gente, aunque eso significara volver a un país donde no hay nada gratuito: ni las algas, ni un bronceado, ni siquiera una simple transfusión de sangre.

Imaginad la fanfarria con la que nuestro Reverendísimo General Kim Jong-il recibió a los americanos que volaron hasta Pyongyang para recuperar a su joven remera. Imbuido por el espíritu de cooperación, el Querido Líder accedió a dejar de lado el recuerdo de cuando los americanos arrojaron napalm sobre Pyongyang, bombardearon la presa de Haesang o ametrallaron a los civiles de No Gun Ri. Por el bien de la amistad mutua, el Querido Líder decidió no sacar a colación los crímenes que los colaboracionistas de los americanos cometieron en la prisión de Daejeon o durante el alzamiento de Jeju, por no mencionar las atrocidades de Ganghwa y del valle de Dae Won. Ni siquiera iba a mencionar la masacre de la Liga de Bodo, o el maltrato de nuestros prisioneros en el perímetro de Pusan.

No, era preferible dejar el pasado de lado y pensar solo en niños gimnastas, en animadas canciones de acordeón y en las virtudes de la generosidad, pues aquel día iba a producirse algo más que un intercambio cultural amistoso: entre los planes del Querido Líder estaba también

proporcionar ayuda humanitaria para los americanos que pasan hambre a diario, ni más ni menos que uno de cada seis.

En un primer momento, los visitantes americanos se mostraron pasablemente agradables, aunque, eso sí, llegaron acompañados por un montón de perros. Recordad que, en América, los canes son objeto de lecciones de obediencia habituales, mientras que la población, los ciudadanos de a pie, como vosotros y vuestros vecinos, no reciben lecciones de ningún tipo. ¿Debe sorprendernos, pues, que después de que los americanos recibieran lo que habían venido a buscar (a su hogareña compatriota, y suficiente comida para alimentar a sus pobres), demostraran su gratitud con una cobarde demostración de agresividad?

¡Sí, ciudadanos, los americanos lanzaron un ataque furtivo!

Al oír la palabra clave, todos los perros enseñaron los colmillos y se abalanzaron sobre sus anfitriones coreanos. Inmediatamente, las pistolas americanas empezaron a escupir plomo caliente contra sus nobles homólogos coreanos. Fue entonces cuando un comando de élite americano capturó a Sun Moon y, actuando con gran brusquedad, se la llevó a rastras hacia el avión yanqui. ¿Formaba parte de los planes americanos secuestrar a la mejor actriz del mundo de nuestra humilde nación? ¿O actuaron sobre la marcha, impelidos por la súbita visión de aquella soberbia belleza ataviada con un *choson-ot* rojo? ¿Y dónde estaba Camarada Buc?, se preguntará el ciudadano astuto. ¿No se encontraba junto a Sun Moon, presto para defenderla? La respuesta, ciudadanos, es que Camarada Buc ya no es vuestro camarada. No lo fue nunca.

Preparaos para lo que se avecina, ciudadanos, y que la sed de venganza no os consuma. ¡Canalizad vuestra indignación y transformadla en esfuerzo, ciudadanos, para duplicar vuestras cuotas de producción! ¡Que el fuego de vuestra ira alimente el horno de la productividad!

Cuando los americanos fueron a secuestrar a nuestra actriz nacional, el despreciable Buc, temiendo por su propia seguridad, se la entregó sin más. Entonces dio media vuelta y echó a correr.

—Disparadme —gritó Sun Moon mientras se la llevaban a rastras—. Disparadme, camaradas, pues no quiero vivir sin los benévoloos consejos del más grande de los líderes, Kim Jong-il.

Haciendo honor a su formación militar, el Querido Líder pasó a la acción y echó a correr en pos de los cobardes que nos habían arrebatado nuestro tesoro nacional, directo hacia los disparos y el fragor de la batalla. ¡Una tras otra, una bandada de palomas se interpuso en el camino de las balas y estalló con el brillo emplumado del sacrificio patriótico!

Mientras tanto, el cobarde del comandante Ga, el impostor, el huérfano, el mal ciudadano, contemplaba la situación impasible. Y, sin embargo, al ver cómo el Querido Líder repelía el ataque de los perros y esquivaba las balas, ese hombre sencillo se imbuyó de un espíritu nuevo, despertó en él un celo revolucionario hasta entonces desconocido. Ser testigo directo de aquel acto de valentía suprema hizo que Ga, uno de los elementos más vulgares de la sociedad, sintiera el deseo de servir a los más elevados ideales socialistas.

Cuando un soldado americano gritó: «¡Adopciones gratis!» y cogió un puñado de jóvenes gimnastas, el comandante Ga despertó de su letargo. A pesar de no contar con la técnica del Querido Líder para defenderse de los perros, sabía taekwondo. ¡*Charyeot!*, les gritó a los americanos, y con eso logró llamar su atención. *Junbi*, dijo entonces, y a voz en grito añadió: ¡*Sijak!* Entonces empezaron las patadas y los puñetazos. Con los puños en alto, Ga corrió tras los americanos, que se batían en retirada, y se abrió paso entre las turbulencias de los reactores, las balas con funda de cobre y los colmillos de los perros, para intentar dar caza al avión, que ya aceleraba por la pista de despegue.

Aunque los motores del aparato rugían, preparados para el despegue, el comandante Ga hizo acopio de todo su valor coreano y, recurriendo a la fortaleza Juche, logró atrapar el avión y subirse a un ala. Mientras el avión dejaba la pista y se elevaba sobre Pyongyang, Ga se levantó y, combatiendo el fuerte viento, logró alcanzar la ventana. A través del

cristal, vio cómo la remera reía; mientras, al ritmo de una melodía pop surcoreana, los americanos desnudaban a Sun Moon y le arrebataban la modestia prenda a prenda.

El comandante Ga hundió su dedo en una herida sangrienta y escribió eslóganes inspiradores sobre las ventanas del avión. Entonces, y para reafirmar la determinación de Sun Moon, escribió en rojo y con letras invertidas un recordatorio del amor eterno que el Querido Líder profesaba hacia ella y, por ende, hacia cada uno de los ciudadanos de la República Democrática Popular de Corea. A través de la ventana, los americanos dedicaron gestos furiosos al comandante Ga, pero ninguno tuvo el valor de salir al ala con él y plantarle cara como un hombre. En lugar de ello, el avión aceleró hasta una velocidad asombrosa, ejecutando maniobras de emergencia y acrobacias aéreas para sacudirse de encima aquel huésped tan tenaz, ¡pero no había vuelo en barrena capaz de detener al resuelto comandante Ga! Este se agazapó y se agarró con fuerza al borde de ataque del ala, mientras el avión se elevaba sobre las benditas montañas de Myohyang y sobre el sagrado lago Chon, entre las cimas heladas del monte Paektu, pero finalmente, al pasar sobre la ciudad jardín de Chongjin, perdió la conciencia.

Solo el asombroso alcance de los poderosos radares norcoreanos nos permite contar el resto de la historia.

Pese a que el aire estaba frío y cada vez más enrarecido, los dedos helados de Ga seguían aferrándose con fuerza, pero los colmillos de los perros habían empezado ya a pasarle factura: nuestro camarada estaba cada vez más débil. Fue entonces cuando Sun Moon, con el pelo alborotado y la cara cubierta de cardenales, se acercó a la ventana y, sirviéndose de la potencia de su voz patriótica, empezó a cantar los versos de *Nuestro padre es el mariscal*. En el momento oportuno, el comandante Ga murmuró: «Eterna es la llama del mariscal». El viento le arrancaba hilos de sangre helada de los labios, pero el buen comandante se alzó sobre el ala y repitió: «Eterna es la llama del mariscal».

Combatiendo el viento inclemente, logró llegar hasta la ventana, donde Sun Moon señaló el mar con un dedo. Allí abajo, el comandante vio lo mismo que ella: un portaaviones americano patrullando agresivamente nuestras aguas soberanas. El comandante Ga le dedicó a Sun Moon un último y escueto saludo, se soltó del ala y se lanzó en barrena, convertido en un misil humano que se precipitaba contra la torre de mando del capitalismo, donde, sin duda, un capitán americano planeaba ya el siguiente ataque furtivo.

No imaginéis a Ga cayendo eternamente, ciudadanos. Imaginadlo en medio de una nube blanca, envuelto por una luz perfecta, como una flor en una montaña helada. Sí, imaginad una imponente flor blanca, tan alta que tiene que inclinarse para recogerte. Sí, ahí está el comandante Ga, al que la flor coge en su momento de máximo esplendor y levanta en lo alto. Y ahí aparecen (todo es luz y todo brilla) los acogedores brazos del mismísimo Kim Il-sung.

Cuando un Glorioso Líder te deposita en brazos del siguiente, ciudadanos, es que vivirás para siempre. Así es como un hombre corriente se convierte en un héroe, un mártir, una inspiración para todos. ¡Así pues, no lloréis, ciudadanos, y pensad que ya se está colocando un busto de bronce en honor al comandante Ga en el Cementerio de los Mártires Revolucionarios! Secaos los ojos, camaradas, pues futuras generaciones de bienaventurados huérfanos llevarán el nombre de un héroe y también de un mártir. Eternamente, comandante Ga Chol Chun. Y así vivirás para siempre.

AGRADECIMIENTOS

Este libro contó con el apoyo de la National Endowment for the Arts, la Whiting Foundation y el Programa de Escritura Creativa de Stanford. Partes de este libro vieron originalmente la luz en las siguientes publicaciones: *Barcelona Review*, *Electric Literature*, *Faultline*, *Fourteen Hills Review*, *Granta*, *Flayder's Ferry Review*, *Playboy*, *Southern Indiana Review*, *Yalobusha Review* y *ZYZZYVA*. El autor también está en deuda con la Biblioteca Médica Kalmanovitz de la Universidad de California de San Francisco, donde escribió gran parte de este libro.

Gracias a mis compañeros de viaje en Corea del Norte, el doctor Patrick Xiaoping Wang, Willard Chi y el estimado doctor Joseph Man-Kyung Ha. Kyungmi Chun, bibliotecaria del Programa de Estudios Coreanos de la Universidad de Stanford, fue también de gran ayuda, lo mismo que Cheryl McGrath, de la Widener Library de Harvard. Gracias también al inestimable apoyo de toda la facultad de escritura de Stanford y, en especial, de Eavan Boland, Elizabeth Tallent y Tobias Wolff. Asimismo, estoy enormemente agradecido a Scott Hutchins, Ed Schwarzschild, Todd Pierce, Skip Horack y Neil Connelly, que leyeron algunas de las versiones de este libro y me proporcionaron sabios consejos.

Esta novela no habría podido encontrar mejor editor y paladín que David Ebershoff. Warren Frazier, como siempre, es el príncipe de los agentes literarios. Muchas gracias a Phil Knight, que convirtió a su profesor en alumno. Vaya mi agradecimiento también a la doctora Patricia Johnson, al doctor James Harrell y al honorable Gayle Harrell. Mi mujer brinda inspiración a mi obra, y mis hijos la llenan de sentido: muchísimas gracias Stephanie, Júpiter, James Gerónimo y Justice Everlasting.

ÍNDICE

Primera parte

La biografía de Jun Do

Segunda parte

Las confesiones del comandante GA

Agradecimientos

* * *

Impreso en Liberdúplex, S. L. U.

Ctra. BV 2249, Polígono Torrentfondo 08791 Sant Llorenç; d'Hortons
(Barcelona)

Adam Johnson

Es profesor de escritura creativa en la Universidad de Stanford. Su narrativa breve ha aparecido en *Esquire*, *The París Review*, *Harper's Magazine*, *Tin House*, *Granta* y *Playboy*, así como en *The Best American Short Stories* y en la colección de relatos *Emporium*. En 2003 publicó su primera novela, *Parasites Like Us*. Con *El huérfano*, su segunda novela, ha sido galardonado con el Premio Pulitzer. Vive en San Francisco.

COMENTARIOS

«Una proeza épica de la narración. Increíblemente bien escrita y simplemente apasionante. Punto», Zadie Smith, *Los Angeles Times*.

«La elegancia estilística, la osadía técnica, el peso moral y la sensación de misterio que rodea el momento actual en Corea del Norte se combinan en [...] la mejor novela del año. Brillante», *The Wall Street Journal*.

«Una novela osada y extraordinaria», Michiko Kakutani, *The New York Times*.

«Una novela increíblemente intensa que no podrás dejar de leer [...]. Una novela de madurez que aúna romance, aventura y suspense; es un libro excepcional que no podemos perdernos», *The Huffington Post*.

«Merece un lugar entre los clásicos de la novela distópica, como *1984* y *Un mundo feliz*», Barbara Demick, *The Guardian*.

«Una vibrante epopeya de identidades distorsionadas y un amor irreprimible», Roberta Rotta, *Vogue*.

«No podrás dejar de leerla», David Ignatius, *The Washington Post*.

«Extraordinaria e impactante», *The New Republic*.

«Una mirada excepcional a uno de los países menos conocidos del mundo; Adam Johnson teje una trama brillante de miseria, romance y redención en Corea del Norte», *National Geographic Traveler*.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

